Revista Iberoamericana

Organo del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

PUBLICACIÓN A CARGO DE:

Director Técnico: Alfredo Angel Roggiano

State University of Iowa, Iowa City, Iowa, EUA.

Directores Literarios-Iberoamérica
Julio Jiménez Rueda
Francisco Monterde
Universidad Nacional de México
México, D. F., México

Director Literario-Estados Unidos
Fernando Alegría
University of California
Berkeley, Calif., EUA

Jefe, Sección de Anuncios (Advertising Manager)
José Vázquez Amaral
Box 622, Rutgers University
New Brunswick, New Jersey, EUA

Secretario Ejecutivo Tesorero
Marshall R. Nason
Box 60, University of New Mexico,
Albuquerque, New Mexico, EUA

CANJE

Para Canje, envíos de libros, revistas y todo otro intercambio cultural, dirigirse a:

REVISTA IBEROAMERICANA

Director Técnico: ALFREDO A. ROGGIANO. *Department of Romance Languages, State University of Iowa, Iowa City, U.S.A.*

XUM

Mesa Directiva del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

PRESIDENTE

José A. Balseiro, University of Miami, Florida.

VICEPRESIDENTES

Jack H. Parker, University of Toronto. Enrique Anderson Imbert, University of Michigan. John E. Englekirk, Tulane University.

SECRETARIO EJECUTIVO - TESORERO

Marshall R. Nason, University of New Mexico.

PROSECRETARIO

Sabine R. Ulibarrí, University of New Mexico.

DIRECTOR TECNICO

Alfredo A. Roggiano, Universidad de Iowa.

DIRECTORES LITERARIOS, Iberoamérica.

Julio Jiménez Rueda y Francisco Monterde, Universidad Nacional de México.

DIRECTOR LITERARIO, EE. UU.

Fernando Alegría, University of California.

COMISIÓN EDITORIAL

Arturo Torres-Rioseco, University of California; Luis Monguió, Mills College; Gustavo Correa, University of Chicago; Ralph E. Warner, University of Colorado; Gerald E. Wade, University of Tennessee; Max Henríquez Ureña, La Habana, Cuba; Jefferson-Rea Spell, University of Texas; Robert G. Mead, Jr., University of Connecticut.

Esta Revista aspira a constituir, gradualmente, una vital representación de los grandes valores espirituales de la creciente cultura iberoamericana.

Sus directores, así como el Instituto, quieren hacer vivo el lema que cifra el ideal de su obra: A LA FRATERNIDAD POR LA CULTURA.

Se reflejará en sus páginas una clara imagen del pensamiento de Iberoamérica.

XUM

X
Per
R454IA
V.21
1956

SUMARIO

Homenaje a Pedro Henríquez Ureña

Pág.

EVOCACION Y APRECIO DEL MAESTRO

Adhesión del Dr. Ramón Menéndez Pidal 11
Adhesión del Dr. Francisco Romero 12
Adhesión del Dr. José A. Balseiro 13
Max Henríquez Ureña: Hermano y maestro 19
Homero Serís: Dos cartas de Pedro Henríquez Ureña . . . 49
Alfonso Reyes: Encuentros con Pedro Henríquez Ureña . . . 55
Aníbal Sánchez Reulet: Pensamiento y mensaje en Pedro Henríquez Ureña 61
Mariano Picón Salas: Un hombre que hacía claro lo obscuro . 69
José Antonio Portuondo: Pedro Henríquez Ureña, el orientador 75
José Luis Romero: Una voz a los diez años de su muerte . . . 81
Rafael Alberto Arrieta: Pedro Henríquez Ureña, profesor en la Argentina 85
Félix Lizaso: Pedro Henríquez Ureña y sus presencias en Cuba . 99
Luis Leal: Pedro Henríquez Ureña en México 119
Julio Jiménez Rueda: Pedro Henríquez Ureña, profesor en México 135
Arturo Torres Ríoseco: Recuerdos de Pedro Henríquez Ureña . 139
Marcos A. Morínigo: Pedro Henríquez Ureña y la lingüística indigenista 143
Dorothy Clotelle Clarke: Resumen antológico de la obra métrica de Pedro Henríquez Ureña 149
Luis Alberto Sánchez: Notas sobre Pedro Henríquez Ureña . 159

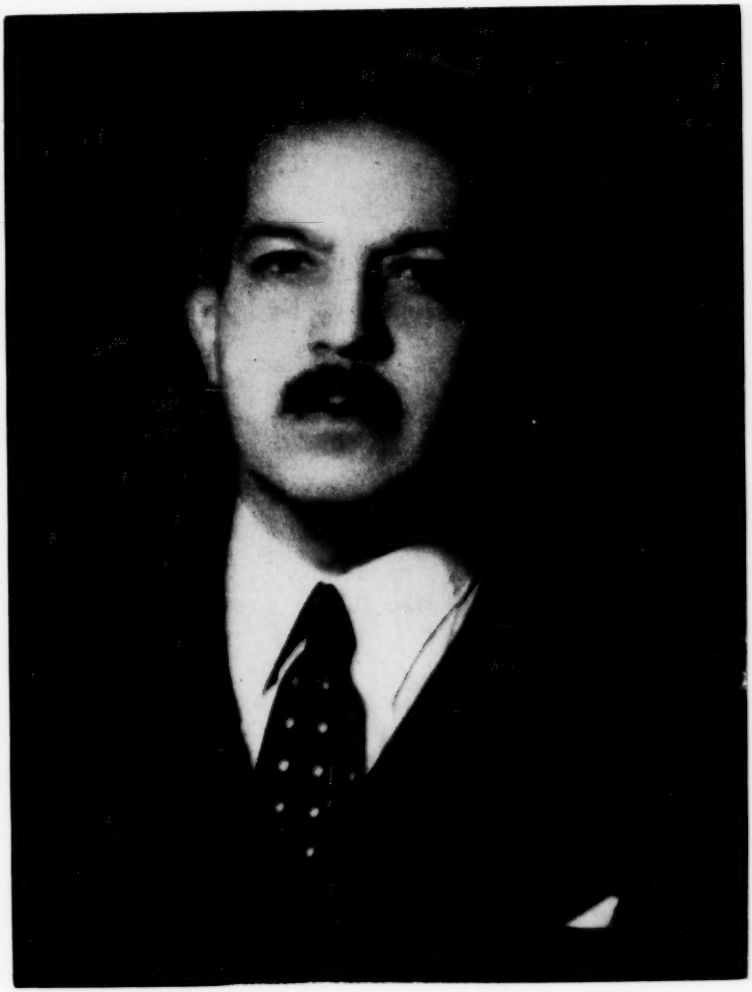
XUM

Pág.

ANDRÉS IDUARTE: Recuerdo de Don Pedro 167
ALFREDO A. ROGGIANO: Pedro Henríquez Ureña o el pensamiento integrador 171
EMMA SUSANA SPERATTI PIÑERO: Crono-bibliografía de don Pedro Henríquez Ureña. 195

ESTUDIOS OFRECIDOS A LA MEMORIA DEL DR. PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

GERMÁN ARCINIEGAS: Los cuadros de costumbres y las malas costumbres 245
CHARLES V. AUBRUN: Poesía épica y novela: El episodio de Glaura en *La Araucana* de Ercilla 261
ANA MARÍA BARRENECHEA: Notas al estilo de Sarmiento . . . 275
ARTURO CAPDEVILA: Nuevo Mundo y nueva Clío 295
EDMUNDO DE CHASCA: El "Reino interior" de Rubén Darío y "Crimen Amoris" de Verlaine 309
JOHN E. ENGLEKIRK: Franklin en el mundo hispano 319
CARLOS GARCÍA PRADA: La poesía imaginista y el *hai-kai* japonés . 373
FRIDA WEBER DE KURLAT: Estructuras cómicas en los "Coloquios" de Fernán González de Eslava 393
RAFAEL LAPESA: Sobre el ceceo y el seseo en Hispanoamérica . . 409
TOMÁS NAVARRO: Apuntes sobre el español dominicano . . . 417
NOTICIAS IMPORTANTES DE HISPANOAMÉRICA 431
PUBLICACIONES RECIBIDAS 451



Pedro Henríquez Ureña

XUM

EVOCACION Y APRECIO DEL MAESTRO

XUM

ADHESION DEL EXCMO. Sr. DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, D. RAMON MENENDEZ PIDAL

Madrid, 26 de diciembre de 1956.

Sr. Director de la *Revista Iberoamericana.**

Muy Sr. mío:

Reciba en estas líneas mi adhesión al homenaje que la *Revista Iberoamericana* rinde a la memoria del gran escritor dominicano Pedro Henríquez Ureña, que tanto ha hecho para ilustrar, facilitar y difundir el conocimiento de la literatura española.

Mi recuerdo va con añoranza a los años en que Henríquez Ureña residió en Madrid y colaboró en el Centro de Estudios Históricos, cuando publicó en 1920 la primera edición de su eruditísimo y novedoso trabajo sobre *La Versificación Irregular en la Poesía Castellana.* Lo recuerdo muy especialmente porque ese estudio es la mejor muestra de las altas cualidades del autor para organizar una materia nunca estudiada en su conjunto hasta entonces y para dar luz sobre un arte no académico, pero arte hondamente sentido por la musa española.

Lamentando no poder contribuir con un trabajo a este homenaje se despide de Ud. muy cordialmente

(Firmado): RAMON MENENDEZ PIDAL

Director de la Real
Academia Española

* Carta dirigida al profesor Alfredo A. Roggiano, Director técnico de la *Revista Iberoamericana,* a cuyo cargo estuvo la preparación del *Homenaje a Pedro Henríquez Ureña.* El origen de este homenaje se debió a una propuesta del profesor Roggiano a la Comisión de Iniciativas del VIIo. Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, reunido en Berkeley (California) en agosto de 1955, tal como se informa en el número 40, página 380 de esta revista. La mencionada Comisión, que aprobó la propuesta por unanimidad, estuvo integrada por los profesores Enrique Anderson Imbert, Antonio Castro Leal, Julio Jiménez Rueda, Max Henríquez Ureña y Alfredo Roggiano. Actuó como secretario el profesor Marshall Nason.

XUM

ADHESION DEL PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD FILOSOFICA ARGENTINA, D. FRANCISCO ROMERO

Martínez (Buenos Aires), 15 de enero de 1957.

Señor Director técnico de la *Revista Iberoamericana,*
Profesor D. Alfredo A. Roggiano, Universidad de Iowa.

Distinguido amigo:

Me hago un deber en enviar a usted mi más cordial y entusiasta adhesión al homenaje que esa Revista se dispone a rendir al ilustre humanista D. Pedro Henríquez Ureña, sin duda una de las más cabales personalidades de nuestra América. Tuve la suerte de frecuentar durante muchos años a Henríquez Ureña y comprobé en el trato casi diario sus elevadas condiciones de hombre y de maestro ejemplar, consagrado a la orientación intelectual y moral de la juventud. Las excelencias de su legado de escritor son sobradamente conocidas; sus estudios constituyen una de las más perdurables aportaciones a nuestro acervo literario y al esclarecimiento de nuestra historia espiritual. Pero, al lado de su obra escrita, debe recordarse siempre aquella otra acción que sin reposo realizó en la cátedra y en el trato personal, prodigando sin tasa su saber y ejerciendo esa generosa faena de adoctrinamiento, estímulo y magisterio ético que está reservada a muy pocos entre los mejores.

Con mis plácemes por la feliz iniciativa, reciba usted las seguridades de mi alta estima y cordiales afectos. (Firmado): FRANCISCO ROMERO.

ADHESION DEL SR. PRESIDENTE DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE LITERATURA IBEROAMERICANA, D. JOSE AGUSTIN BALSEIRO

Mi estimado Sr. Director:*

¡Qué deleite darnos hoy al que calificara Leonardo del más noble goce: el júbilo de comprender! Porque no otro será el de los compañeros de Pedro Henríquez Ureña dedicados a recordarle.

Evocar la figura y la obra de este maestro cultural de América equivale a enaltecerle; a reconocer la trascendencia de su buen hacer.

Nadie, en su generación, sirvióle mejor al humanismo hispanoamericano. Pocos, en ella o en cualquiera, podrían medirse con él.

De movernos pueriles orgullos geográficos, recordaríamos que fue uno de esos hombres señeros del pensamiento y de las letras nacidos más acá del Ecuador: Bello, Hostos, Martí, Justo Sierra, Gutiérrez Nájera, Silva, Darío... Si fuéramos capaces de relacionar la obra prócer con límites aún más estrechos, nos ufanaríamos de su nacer antillano. Pero ni por él, ni por nosotros, pecaríamos tan gravemente. Porque si Santo Domingo no sabe de escritor más sabiamente preocupado que él por la cultura de su tierra, no supo tampoco América —muertos Bello, Hostos y Martí— de varón tan universalmente empeñado en servir a todos sus pueblos.

Igual que Emerson en el Norte, el meridional Pedro Henríquez Ureña desdeñaba el provincialismo. Por la inquietud panorámica que alcanza y la pluralidad de inquietudes espirituales que atesora, su labor nos dice de su conciencia de que toda escasez es siempre costosa en los dominios del conocimiento. Y si Emerson, en sus *English Traits*, penetra en la entraña del pueblo fundador del suyo, Pedro Henríquez Ureña

* Carta dirigida al Director técnico de la *Revista Iberoamericana*, D. Alfredo A. Roggiano.

XUM

no se desarraiga, ni enajena la cultura novomundana, del solar hispánico. Ahí sus *Tablas cronológicas de la literatura española, La versificación irregular en la poesía castellana, Plenitud de España...*

¿Conlleva, tal actitud, sometimiento? ¿Habrá de interpretarse como falta de independencia intelectual?

Volvamos a Emerson. El 14 de julio de 1838 leyó una conferencia, *Literary Ethics,* en Dartmouth College. Quejábase en ella de que el rasgo típico en la pintura, en la escultura, en la poesía, en la novela, en la elocuencia de Estados Unidos parecía ser cierta gracia sin grandeza; y que, en sí mismo, no era nuevo, sino derivado. Por pensar así, pudo ser el primero en regocijarse magníficamente ante obra tan originalmente americana como la de Walt Whitman: nueva en su esencia vital, nueva en su libertad, nueva en su emoción; cargada de profecía y palpitante de fe en el porvenir de su pueblo.

Pedro Henríquez Ureña es siempre ecuánime cuando trata de España. Más aún: es a manera de puente, vivo y sensible, entre los hombres intelectualmente representativos de aquélla y los americanos, no menos importantes, quejosos de ella y hasta desconfiados y escépticos alguna vez. Dos cartas, desde Londres, de don Baldomero Sanín Cano, dirigidas a Henríquez Ureña cuando residía en Minneapolis, lo ilustran así. La primera es de marzo 30 de 1921. Leemos: ..."y me apresuro a decirle que celebro infinito saber cómo la actitud del señor Menéndez [Pidal] es de benevolencia para con los escritores americanos", etc. Más adelante: "Me complace sobremanera que la *R. de F. E.* les abra los brazos a personas de procedencia americana, como el señor [Alfonso] Reyes." Sanín Cano se dolía de los ataques, a su juicio absolutamente injustos, que recibió de la *Revista de Filología Española.* Y concluye: "Me place que usted se esfuerce en hacer desaparecer estas prevenciones... Le deseo feliz éxito y me declaro errado en mis apreciaciones sobre el americanismo de Menéndez Pidal". En la segunda epístola (mayo 4 de 1921) añade el maestro colombiano: "Su convicción en favor de los españoles de la nueva generación es tan firme y tan generosa en su manera de exponerla, que estoy por declararme convertido a tan bella causa." Y después: "Si sigue Ud. añadiendo hechos

y razones a su pensamiento, acabaré por ser más españolista que Menéndez y Pelayo."

No sigue Pedro Henríquez Ureña, como se ve, la línea de los Olmedo y los Sarmiento. Su *Historia de la cultura en la América hispánica* es justa en recordar todas las aportaciones imponderables de España al desarrollo intelectual de su parte americana. Y exalta lo que —con fuerzas propias ya, y con su carácter y valores peculiares— ha creado esa porción del hemisferio occidental en literatura, pintura, escultura, arquitectura, música e investigaciones científicas en numerosas disciplinas.

Ese armonioso equilibrio interior; ese juicio sereno para apreciar los hechos desde el mundo de la cultura, no desde posiciones de pasión política, contribuyeron a que Pedro Henríquez Ureña —como otro gran maestro de su generación, Alfonso Reyes— ganárale a su América el respeto de la más autorizada crítica en España.

Ya en noviembre 23 de 1910, y a propósito de sus *Horas de estudio,* escribíale Menéndez y Pelayo: . . ."me complazco en reconocer que todo ello está sinceramente pensado y sobriamente escrito, con una gravedad y decoro que se echan muy de menos en la actual generación literaria". Y en julio 3 de 1915, también desde Madrid, decíale Azorín: "La delicadeza y la incisividad son sus notas dominantes; a ellas une usted un espíritu de independencia raro en América y en España. Su prosa y los versos de Rubén son para mí, entre todo lo americano, algo excepcional. Espero ocasión de hablar en España de su obra literaria; ya conoce usted nuestra escasez de verdadera crítica; por eso sería un gran bien que usted continuara sus trabajos sobre nuestros autores clásicos y modernos."

No debe extrañar, en consecuencia, que en 1932, temporalmente de vuelta en Santo Domingo, enseñara en su Universidad un curso de literatura española.

Ya nombrado Alfonso Reyes, oportuno es referirnos a cómo lo presenta Pedro Henríquez Ureña a Menéndez y Pelayo. Pronto —el 15 de febrero de 1911— le avisa: "Dentro de pocas semanas enviará a usted un libro, *Cuestiones esté-*

XUM

ticas, el escritor más joven y —a mi juicio— de más porvenir en México: Alfonso Reyes."

He ahí al crítico no sólo enriquecido por el conocimiento, sino elegido por la gracia de Dios para prever al magistral ensayista proyectándose hacia el Mañana.

Por su sabiduría, por su sensibilidad, Pedro Henríquez Ureña es más que dominicano; más que hispanoamericano; más que español. Su espíritu universal sabe de andanzas por muchas latitudes. Su cultura cosmopolita lo salva de confundirse; y lo guía con visión segura. Así, por ejemplo, al aludir al poeta Gastón Deligne, de su propia tierra, aseveraba en 1909: "Yo mismo, de no haber viajado, acaso pondría a nuestro poeta a la cabeza de todos los de nuestra América." Y cuando, en horas difíciles para su patria y para él, aclara su posición en Estados Unidos (carta pública del 28 de septiembre de 1916) fija su conducta de hombre libre y de intelectual sin prejuicios: "No me agrada entretenerme en comparar diversos países; lo que me gusta de cada uno es su carácter individual, su originalidad nacional."

Aparte la distinción intelectual y la entereza moral de sus mayores, para aprecio de la señalada virtud contraria a toda xenofobia, es preciso recordarnos de que, nacido el 29 de junio de 1884, Pedro Henríquez Ureña parte hacia Nueva York, en viaje de estudios, el 19 de febrero de 1901. Y durante diez —que son los de su adolescencia y primera juventud— crece al contacto de otra América relativamente nueva: de una América pujante y multiforme en la que no halla residuos ni ecos de lo colonial-hispánico; una América hecha y rehecha con la sangre de pueblos distintos que se unen en ella.

Es significativo que ya en sus *Ensayos críticos* (1905) el índice incluya notable diversidad cosmopolita: D'Annunzio, Wilde, Shaw, Rodó, Wagner, Strauss, Darío, José Joaquín Pérez, Hostos. Lo europeo, lo americano, lo antillano.

Hace una década ya perdimos a Pedro Henríquez Ureña. Se quedó la vida de cada uno de nosotros sin el bien de su enseñanza, sin la lección de su paciencia, sin el privilegio de su amistad. Nos queda, en cambio, el fruto de tan sabrosas mieles que es cada uno de sus mejores libros. Y, para humana

satisfacción, sigue en pie otro de los maestros de su estirpe. A Max y a Pedro Henríquez Ureña, en carta desde Montevideo de julio 19 de 1912, teníales muy presentes, en su recuerdo y en su predilección, José Enrique Rodó. Y les llamaba "los dos hermanos, dignos herederos de un apellido ilustre, que tan eficazmente contribuyen, uno en Cuba, otro en México, a mantener vivo y fecundo el entusiasmo por la cultura intelectual".

Esa contribución, amigo mío, es de las pocas que no se extinguen con la muerte.

(Firmado) :
JOSÉ A. BALSEIRO

Universidad de Miami,
Coral Gables, Florida.

XUM

HERMANO Y MAESTRO

(Recuerdos de infancia y juventud)

Evoco mis recuerdos más remotos, aquellos que se confunden con los primeros destellos de mi razón, y veo en torno mío dos imágenes inseparables y constantes: la de mi madre y la de mi hermano Pedro. El mundo, para mí, se concentraba en esos dos seres. Mi padre y el mayor de mis hermanos se encontraban ausentes desde tiempo atrás y yo no podía hacer memoria de ellos.

¡Quién sabe a qué lejano momento del alborear de mi vida se remontan algunos recuerdos vagos, confusos, a modo de nebulosa! Así la visión imprecisa y fragmentaria de la casa en que viví mis primeros años: era una casa de dos plantas, que hacía esquina, y ocupaba un solar no muy espacioso. Mi primer recuerdo concreto es el de nuestra mudanza a otra casa, de una sola planta, que me deslumbró por su amplio jardín central, encuadrado por frescos corredores, en medio del cual se alzaba una altísima pajarera habitada por aves canoras. Había también un vasto traspatio donde no faltaban árboles frutales.

Para entonces tenía yo cinco años. Algunas discípulas de mi madre, que en la propia casa tenía instalado el Instituto de Señoritas, fundado por ella diez años atrás, me habían enseñado a deletrear. Pedro, que me llevaba un año y meses,

* Publicado en Pedro Henríquez Ureña, Antología, Selección, prólogo y notas de Max Henríquez Ureña, Librería Dominicana. Ciudad Trujillo, 1950. Lo reproducimos por expresa indicación del autor, con las correcciones hechas por él mismo. (A. A. R.).

XUM

sabía leer ya y trataba de ejercitarme en el conocimiento de los números, a los cuales se había aficionado. Fue él, pues, mi primer maestro en los rudimentos de las matemáticas. Desde tan temprana edad demostraba él su natural vocación y aptitud para la enseñanza. Nuestra residencia en la calle Duarte, estaba separada solamente por una manzana de la casa solariega de nuestra familia materna, situada en la calle 19 de Marzo, esquina a la calleja de la Cruz, hoy Salomé Ureña. Algún familiar nos conducía casi a diario, a Pedro y a mí, a esta última casa, donde vivía nuestra abuela, Gregoria Díaz viuda de Ureña, a quien llamábamos "Manina", con su hermana Ana, que regenteaba desde hacía cincuenta años una escuelita de primeras letras, y con nuestra tía Ramona, única hermana de mi madre, que profesaba a Pedro especial cariño; y esa marcada preferencia me hizo creer, durante largo tiempo, que era su madrina; pero fue Valentina Díaz de Morales, prima de nuestra madre, la que llevó a Pedro a la pila bautismal. Durante el corto trayecto, Pedro me hacía leer en alta voz los números de las casas. Mi dicción era incompleta y defectuosa: pronunciar algunas letras, como la erre, representaba para mí una empresa imposible, y me daban mucho trabajo los diptongos. "Un 'tes' y un 'cato': '¡tenta cato!", exclamaba yo, ufano, descifrando un número que Pedro señalaba. "¡Trein-ta-y-cua-tro!", rectificaba él, lenta y pacientemente. "Eso es, —confirmaba yo—, 'ten-ta-y-ca-to!'" Lo cierto es que, en poco tiempo, la numeración corriente no tuvo secretos para mí.

En cambio, seguía paralizado mi aprendizaje de la lectura. Y he aquí el segundo recuerdo importante de mi vida: una prima noche tenía yo en la mano un libro de fábulas (creo que era una edición de la casa Paluzie, y contenía las de Esopo, Fedro, Iriarte y Samaniego). Con envidia lo había visto manejar por Pedro. Traté de repetir el ejercicio acostumbrado del deletreo y súbitamente, al decir "efe-a", "fa", "be-u", "bu", "ele-a", "la", se me ocurrió repetir las tres sílabas seguidas y dije: "fá-bú-la". "¡Oh —exclamé, acudiendo al lado de Pedro— aquí dice 'fábula'!". "—Sí", confirmó él. No necesité más, y penetré corriendo en la sala, donde mi madre atendía unas visitas. "¡Ya sé leer!", grité lleno de júbilo; y al día siguiente esperé con impaciencia la llegada de mi tío Federico,

que concurría a dictar algunas clases en el Instituto, y a menudo me preguntaba cuándo iba yo a aprender a leer. Verlo entrar, y acudir hacia él gritando: "¡Ya sé leer!", fue todo uno. Y lo obligué a detenerse y a oírme leer el principio de una fábula. Mi tío Federico, —"tío Fellé", como le decíamos sus numerosos sobrinos—, era el padrino de bautismo de Pedro, y yo pretendía disputárselo, pues no entendía por qué no había de serlo mío también, y a la larga hube de declararlo mi "padrino adoptivo".

Poco tiempo me bastó para convertirme en un lector asiduo, como ya lo era Pedro, y en compartir con él muchas lecturas. Desde tan temprana época adquirimos el hábito de leer juntos, que conservamos hasta muy avanzada nuestra juventud.

El tercer hecho importante que guardo en la memoria fué el regreso de mi padre y de mi hermano Fran. Algunas semanas antes, mi tío Federico había llegado con un papel en la mano, y dirigiéndose gozoso a mi madre, exclamó: "¡Albricias, Salomé!" Nos llamó después, a Pedro y a mí, y nos dijo que ese papel era un telegrama en el cual mi padre anunciaba que pronto estaría entre nosotros. Nos leyó el texto del mensaje, que yo apenas habría comprendido sin ese preámbulo, porque en él se hacía referencia a exámenes terminados y a otras cuestiones cuyo alcance no me era dable medir. En suma, mi padre, que había ido a Europa a ampliar sus estudios de medicina, acababa de obtener el doctorado en la Universidad de París y se reintegraba a su patria y a su hogar.

Su llegada transformó y amplió para mí el mundo circunstante. Desde el primer momento comprendimos Pedro y yo que en él teníamos un guía y un mentor de gran autoridad, cuya "voz magistral" nos producía honda impresión. Y con nuestro hermano Fran ganamos un compañero de más edad y experiencia, a quien realzaba a nuestros ojos el prestigio de haber vivido cerca de tres años en París.

Estudiábamos los tres en la propia casa, bajo la dirección de nuestros padres, que deseaban ser nuestros propios maestros; pero el maestro de quien yo sacaba más provecho, porque estábamos juntos casi todo el tiempo, era Pedro, que al igual que mostraba destreza y rapidez para el cálculo mate-

XUM

mático elemental, se interesaba grandemente por la zoología, lo que movió a mi padre a adquirir para él la *Historia natural* del doctor Brehm, publicada en ocho o diez grandes tomos, profusamente ilustrados, por una editorial de Barcelona. También sentía gran atracción por la geografía, y recitaba de corrido los nombres de las capitales de todos los países del mundo, ya fueran independientes, ya fueran colonias. A esa época corresponde una anécdota que oí contar a mis mayores: mi padre fue a presenciar unos exámenes de fin de curso en el Colegio San Luis Gonzaga, y llevó a Pedro consigo. Esos exámenes se hacían entonces con gran afluencia de público, en forma de exhibición más o menos teatral, y los visitantes distinguidos eran invitados a formular preguntas a los examinandos. Uno de los visitantes inquirió: "¿Cuál es la capital de Curazao?" El alumno se quedó perplejo y a la postre dijo: "yo creía que Curazao no tenía más nombre que Curazao". El visitante que había hecho la pregunta declaró entonces, sonriente: "No, la capital de esa posesión holandesa tiene otro nombre, pero yo tampoco lo sé. A ver quién lo sabe . . ." Hubo algunas risas y comentarios. De pronto, una voz infantil rompió el silencio: "Yo sí lo sé: ¡Willemstad!" Era Pedro.

Un día llegó a casa un señor de tez bronceada y porte severo, aunque esa severidad era atenuada por su mirada acogedora y bondadosa. Mis padres los recibieron con grandes muestras de cariño. Mis hermanos y yo fuimos llamados a saludarlo. Para todos tuvo una frase afectuosa, especialmente para Pedro, a quien no cesaba de alabar lo crecido y fuerte que estaba, a pesar de que en su más tierna infancia había sufrido quebrantos graves.

—Pues vas a ser su padrino de confirmación —le advirtió mi padre.

Días después el visitante vino en busca de Pedro para llevarlo al palacio arzobispal, en cuya capilla ofició para confirmarlo Monseñor de Meriño.

El padrino de confirmación de Pedro era el autor de las estrofas del "Himno Nacional", Emilio Prud'homme, que entonces dirigía en Azúa la escuela Perseverancia y había venido en esos días a la capital para asistir a la investidura de un grupo de discípulos suyos en la Escuela Normal. Al acto de la

investidura llevó mi padre a Fran y a Pedro. Yo quedé en casa, inconforme.

Otro hecho digno de mención ocurrió al año siguiente: Pedro y yo fuímos, en compañía de nuestra madre, a Puerto Plata, donde permanecimos cerca de tres meses. Fue aquél nuestro primer viaje, y tal circunstancia es bastante para señalar la importancia que para nosotros tuvo ese acontecimiento. La distancia no era larga, pero el viaje se hacía entonces por la vía marítima, con lentitud que para nosotros era plausible. Ibamos en un barco de la línea Clyde, si mal no recuerdo el *Saginaw*, e hicimos escala de un día en San Pedro de Macorís y de tres días en Sánchez, frente a la espléndida bahía de Samaná, que nos causó impresión imborrable.

En Puerto Plata nos recibió y hospedó José Dubeau, fraternal amigo de mi padre, y padrino mío de confirmación. La esposa de Dubeau, Zenona, y su hermana Casimira, prodigaron atenciones solícitas a mi madre, cuyos quebrantos habían motivado ese viaje de descanso. Constantemente venía a verla, como médico y como amigo, el doctor Carlos Alberto Zafra, que mi padre consideraba como un familiar. Mi madre se repuso bastante y tuvo ánimo para escribir algunos versos, cosa que ya sólo hacía de tarde en tarde. Iba a celebrarse el cuarto centenario del descubrimiento de América y mi padre le había pedido que escribiera algunas estrofas para el acto conmemorativo que en la capital iba a celebrar la sociedad de "Amigos del País". Ella, que a esa sociedad debía señalados y repetidos homenajes, se apresuró a escribir una composición poética intitulada "¡Tierra!", a la que mi padre tuvo el encargo de dar lectura. Pero en la ciudad de Puerto Plata existía otra sociedad que había adoptado el nombre de una de las composiciones más celebradas que escribió mi madre en su juventud: "La fe en el porvenir"; y tampoco quiso ella negarse a complacer idéntica petición que esta institución le hiciera. Escribió unas estrofas con el título de "Fe", y ella misma fue a leerlas en los salones de la "Fe en el Porvenir", el doce de octubre de 1892. A Pedro y a mí nos llevaron al acto, aunque nos situaron a alguna distancia: pudimos, más que oírla, verla aparecer en el estrado, donde se destacaba su figura, vestida de negro, con la majestuosa sencillez que le

XUM

imprimían su mirada serena y grave y su elevada estatura. Cuando ella terminó, una voz juvenil y estentórea se hizo oír, por encima del unánime aplauso: "¡Viva la ilustre poetisa nacional!" La muchedumbre, entusiasmada, coreó el viva. ¿Quién lo había iniciado? Mi madre lo preguntó y le dieron este nombre: Enrique Deschamps. Fue esa la última vez que mi madre apareció en público.

Dos semanas después regresamos a la capital. Mi madre volvió a sus tareas habituales al frente del Instituto de Señoritas, pero su estado de salud, por un lado, y las obligaciones profesionales de mi padre, por otro, hacían cada vez más difícil el plan, que tan grato era a ambos, de que no tuviéramos otra escuela que el propio hogar. La llegada de Prud'homme, quien, por no ser grata su presencia en Azúa al gobierno de Ulises Heureaux, se había visto obligado a trasladarse a Santo Domingo, donde fundó un nuevo plantel de enseñanza, el Liceo Dominicano, resolvió la cuestión: ir a la escuela de Prud'homme, que tan identificado estaba con nuestros mayores, era más o menos igual que seguir los estudios en nuestra propia casa. Tenía yo poco menos de diez años y Pedro sobrepasaba los once cuando, por vez primera, concurrimos a una escuela. Fran era el único de nosotros que había pasado por esa experiencia: había asistido en Francia a un aula de párvulos. Fran y Pedro ingresaron juntos en el curso preparatorio del bachillerato. Yo quedé en el penúltimo grado de los estudios primarios.

Aunque separados por el plan de estudios, hubo, sin embargo, un aspecto de nuestro desarrollo intelectual en el que Pedro y yo seguimos unificados: el de nuestras lecturas, que continuamos haciendo juntos. Nuestra afición a las letras se había manifestado de manera precisa desde algún tiempo antes: Pedro contaba poco más de nueve años y yo ocho, cuando leíamos la encomiable traducción que de algunas obras de Shakespeare había hecho el peruano José Arnaldo Márquez. Empezamos por la *Comedia de las equivocaciones*, *Como gustéis*, *Cuento de invierno* y *Sueño de una noche de verano*, para seguir con *Las alegres comadres de Windsor*, *Coriolano* y *Julio César*, avaloradas nuestras lecturas por los comentarios y explicaciones que nos daba nuestra madre; pero nuestro

mayor empeño era leer a *Romeo y Julieta*, *Hamlet* y *Otelo*, cuyos argumentos conocíamos por múltiples referencias. Llegó a poco un actor italiano, Luis Roncoroni, que recorría los pueblos de habla hispánica del Caribe y que a pesar de su defectuosa pronunciación del español era muy popular por su excelente repertorio, en el cual figuraban esas tres obras. Cualquiera que fuese el mérito de Roncoroni, lo cierto es que este actor de la lengua difundía a su paso el conocimiento de las grandes obras teatrales de todas las literaturas, y prestaba así un positivo servicio a la cultura general de los pueblos que visitaba. Pedro y yo asediamos a nuestro padre para que nos llevara a las representaciones de Shakespeare, y él, que no gustaba de Roncoroni como actor, confió a nuestra tía Ramona el encargo de acompañarnos, ya que mi madre, cuya salud seguía siendo precaria, tampoco pudo ir con nosotros al teatro.

El haber visto esas obras en escena acrecentó en nosotros el ansia de leerlas, y un día nos aparecimos Pedro y yo en la "Gran Librería Selecta", que regenteaba el profesor Félix Evaristo Mejía, para preguntar si allí estaban a la venta las obras completas de Shakespeare. "—Bueno, —nos dijo Mejía—, las tengo completas hasta donde llega hoy la traducción que publica la Biblioteca Clásica de Madrid".

—Queríamos verlas, —apuntó Pedro.

Vaciló Mejía, considerando que sólo éramos unos chiquillos, y murmuró:

—Pero . . . a ustedes ¿quién los manda?

—Venimos por nuestra cuenta . . . queremos conocer a Shakespeare entero.

—¿Ustedes? ¡Vamos! ¿Cómo van a entenderlo?

—Pues sí que lo entendemos y nos gusta mucho—, exclamé encarándome con Mejía.

Pedro me impuso silencio, mientras Mejía echaba a reir de buena gana.

Ya en la calle, Pedro decidió:

—Mañana volveremos con papá.

Así fue. Nuestro padre nos acompañó a la librería y, para orgullo nuestro, explicó a Mejía cuáles eran nuestras lecturas y aficiones y cuánto entusiasmo teníamos por las obras de Sha-

XUM

kespeare, cuya colección (traducción de Mac Pherson) adquirió acto continuo y allí mismo la puso en nuestras manos. Salimos con los libros bajo el brazo y la frente alta, por haber visto rehabilitado nuestro crédito intelectual ante el profesor Mejía.

Para entonces nos habíamos mudado a una casa de dos plantas, muy próxima a la Catedral, en la calle del Arquillo, con buenos salones y cinco balconcetes en el frente. Era más amplia todavía que la anterior, y también tenía magnífico jardín y enorme traspatio. En esta casa nació mi hermana Camila. Allí pudo instalarse mejor la biblioteca de mi padre, que en su mayor parte era de obras de medicina, pero tenía una sección literaria abundante, aunque en ella, para contrariedad nuestra, predominaban los libros en francés, y el único que entonces conocía ese idioma entre nosotros era Fran. A veces nuestra madre nos traducía, leyéndonos unas cuantas páginas por día, algún libro que nos interesaba conocer. En esta nueva residencia teníamos, exclusivamente para nosotros, un cuarto de juegos que en realidad era destinado a lecturas y a conatos de representaciones teatrales.

Asomados una tarde a uno de los balcones del salón principal que daba a la calle, hablábamos Pedro y yo de lo interesante que sería coleccionar la obra de todos los poetas dominicanos.

—Y que ya son muchos . . ., —comentábamos.

—Sin ir muy lejos, miren para ahí enfrente y verán a dos de los mejores, —advirtió nuestra tía Ramona.

En efecto: en la acera opuesta estaba José Joaquín Pérez en conversación con mi tío Federico: salían de la "Imprenta Quisqueya", que era de mi tío.

—Ya esos dos, —dijo Pedro—, están en *La lira de Quisqueya*, que es lo único que se ha hecho para reunir poesías dominicanas. ¡Pero hay tántos otros . . .! Valdría la pena hacer una nueva *Lira de Quisqueya* . . .

—Pues vamos a hacerla . . .—, dije.

Desde ese día, tijera en mano, nos pusimos a la obra. Muchos periódicos y revistas llegaban a casa: *Letras y Ciencias*, que dirigía mi tío Federico; *Prosa y Verso*, que en Macorís publicaban los hermanos Deligne junto con L. Bermúdez;

El Hogar, fundado por Fabio Fiallo; y en el *Listín Diario* y *El Eco de la Opinión* se publicaban, ya secciones literarias de alguna amplitud, como *Los Lunes del Listín*, ya composiciones o trabajos literarios sueltos. Además, contábamos con muchos periódicos que se conservaban entre los papeles de mi abuelo Nicolás Ureña, y en ellos encontramos abundante cosecha de la poesía dominicana de algunas décadas atrás.

Yo reuní muchos pliegos de papel en blanco, que doblé y corté adecuadamente para formar cuadernillos de dieciséis páginas y coserlos después, poniéndoles tapas de cartón y dándoles una encuadernación tosca y primitiva. En esos volúmenes se copiaban las composiciones poéticas que queríamos conservar, o se pegaba el recorte de las que, por esa circunstancia, no era necesario entretenerse en copiar. El título que adopté y Pedro aprobó, fue: *Poetas Dominicanos*. Tres volúmenes gruesos fueron el fruto de ese empeño. En el último había una sección que en rigor debió ser más extensa y pudo abarcar, por lo menos, más de la mitad de la colección. El título que llevaba esa sección era: "Ensayadores". (Todavía conservo ese tomo).

Pedro me ayudaba a almacenar ese centón y solía copiar, con su excelente letra, que siempre fue clara y fina, muchas poesías: pero prefirió dedicarse a un solo autor, y así empezó a reunir, y en esa labor continuó varios años, copiándolas él mismo en un grueso cuaderno, todas o casi todas las composiciones poéticas de José Joaquín Pérez. A la muerte de José Joaquín, esa colección de Pedro fue utilizada para preparar la futura edición de la obra del poeta, que sólo vio la luz bastantes años más tarde con el título de *La Lira de José Joaquín Pérez*.

Pero Pedro y yo no nos conformábamos con ser noveles hacedores de colecciones de versos, tomándolos de los periódicos: quisimos tener periódicos propios. Yo lancé a la circulación en el hogar una hojita manuscrita semanal, con pésima letra y alguna que otra falta de ortografía. Le puse por nombre: *La Tarde*. Naturalmente, se editaba un solo ejemplar, que circulaba por la casa de mano en mano. Alguien me hizo observar que el nombre elegido era más propio de un diario que saliera todas las tardes, y entonces lo cambié por el de

XUM

El Faro Literario. Pedro echó a la circulación otra hojita, también hebdomadaria, que bautizó: *La Patria,* y en ella aparecieron reproducciones de nuestros poetas, con comentarios suyos, que acaso fueron la primera manifestación de sus futuras dotes de crítico y ensayista. ¡Y qué clara y limpia la letra, que motivó en *La Tarde* calurosos elogios a la "moderna y nítida impresión del colega", *La Patria.*

Pero llegaron días de inquietud y de zozobra. Desde el nacimiento de nuestra hermana Camila el estado de salud de nuestra madre se agravaba de día en día, razón por la cual ella se había decidido a cerrar el plantel de enseñanza que había fundado quince años antes y que había dado al país un valioso contingente de maestras normales, que por su capacidad y preparación prestaron una contribución de primer orden a la cultura general y, en especial, a la de la mujer dominicana. Mi padre había resuelto, inconforme con el régimen del Presidente Ulises Heureaux dentro del cual él y sus mejores amigos eran objeto de continua vigilancia, emigrar a Cabo Haitiano, donde había encontrado, al visitarlo poco antes, campo favorable para el ejercicio de su profesión de médico. Llevar a Cabo Haitiano a mi madre, en quien la tuberculosis hacía rápidos estragos, era someterla a un esfuerzo demasiado fatigoso, pues sólo había vapores directos hasta Puerto Plata. Mis padres optaron por una solución intermedia: mi madre quedaría con Pedro y conmigo en Puerto Plata, cuyo clima era agradable y sano, y después se vería si era posible que continuara el viaje hasta Cabo Haitiano.

Emprendimos todos el viaje a Puerto Plata, donde mi padre había tomado en arrendamiento una pintoresca casita próxima a la playa. Nos acompañó él durante el primer mes de nuestra permanencia en Puerto Plata y asistió a la velada que organizamos para inaugurar una sociedad literaria infantil, "El Siglo Veinte", cuya presidencia entendimos que sólo podía desempeñar nuestra propia madre. Ella sonrió al oírlo, protestando de que su única labor presidencial iba a ser la de asistir, desde su asiento, a nuestras reuniones y que mejor debía presidir la sociedad uno de nosotros.

—Cuando veas la gente que viene, —le decíamos—, te

darás cuenta de que ninguno de nosotros podría ocupar la presidencia...

Empezaron a llegar los invitados: Dubeau, las hermanas Meireles, Carmen Lovatón de Meunier, Antera Mota de Reyes y su hermana Mercedes, con algunas alumnas del plantel que Antera regenteaba, y otras amistades más. Pedro leyó una página suya, delicada y emotiva, con recuerdos de sus primeros años; pero la revelación de la noche fue nuestro hermano Fran, que hasta entonces no había demostrado igual afición a las letras, y se dio a conocer con unos fogosos párrafos, a los que puso el título de "Insurrecta", y que se inspiraban en la guerra de la independencia de Cuba. Creo que empezaban así: "¡Regocijémonos! La Cuba ha despertado. ¿No la véis?..."

Dos o tres veces al mes ofrecía la sociedad "El Siglo Veinte" unas veladas similares, y alternando con ellas se celebraban otras en el plantel de Antera Mota, con el concurso de algunas de sus alumnas. Uno de los primeros esbozos críticos de Pedro fue un comentario que leyó sobre una conocida composición poética de Gutiérrez Nájera, "La Serenata de Schubert", que fue recitada por la alumna Concepción Meana, hija de emigrados cubanos. Naturalmente, el público que concurría a estas reuniones era mucho más numeroso que el de las veladas de "El Siglo Veinte", a las cuales sólo asistía un grupo de íntimos que no pasaba de la veintena. De ahí que en las veladas del plantel de Antera Mota se repitieran a veces algunos números de los programas de "El Siglo Veinte", y tanto la "Insurrecta" de Fran como la página hogareña de Pedro merecieron esos honores.

Esa página de Pedro, escrita con corrección y sentimiento, movió a mi madre a escribir las dos estrofas finales de una composición, empezada hacía años, que todos en casa sabíamos de memoria: "Mi Pedro". Fueron esas dos estrofas lo último que ella escribió. Terminan con una expresión de firme confianza que equivale a una profecía:

Así es mi Pedro: generoso y bueno,
todo lo grande le merece culto;
entre el ruido del mundo irá sereno,
que lleva de virtud germen oculto.

XUM

Cuando sacude su infantil cabeza
el pensamiento que le infunde brío,
estalla en bendiciones mi terneza
y digo al porvenir: ¡te lo confío!

La muerte inesperada de nuestra tía-abuela Ana Díaz, acontecimiento que inspiró a Pedro una página sentida intitulada "Nostalgia", hizo que mi madre se determinara a hacerlo embarcar para Santo Domingo, a fin de que acompañara un tiempo a nuestra abuela y a nuestra tía Ramona.

No tardamos en seguir sus pasos: mi madre se sentía cada vez peor y tomó la resolución de regresar también a su ciudad natal, con el presentimiento de su próximo fin. Mi padre se apresuró a acudir a su lado para prestarle auxilio, pero ella sólo sobrevivió unas semanas más.

Tras de aquel golpe terrible había que organizar de nuevo nuestra vida. Mi padre, a quien sólo el estado de salud de mi madre había obligado a retornar a Santo Domingo, se encaminó otra vez a Cabo Haitiano, resuelto ya definitivamente a no regresar al país mientras gobernase Ulises Heureaux. A poco nos llamó a su lado. En unión de dos hermanas de mi padre: Clotilde (a quien acompañaban sus pequeños hijos Flérida y Carlos) y Adelina, emprendimos el viaje Fran, Pedro, Camila y yo.

Nos detuvimos varios días en Puerto Plata, en espera del barco que había de llevarnos a Cabo Haitiano. Las hermanas Mota no dejaron pasar la ocasión de celebrar, en obsequio de nuestra prima Flérida, una velada infantil. Pedro leyó allí unos versos a la memoria del poeta boriqueño Francisco Gonzalo Marín, muerto en la guerra de Cuba. Eran los primeros versos que daba a conocer en público, y a todos nos pareció, a partir de ese momento, que Pedro había de ser, ante todo y sobre todo, un poeta. Además, sin asumir el papel de improvisador, Pedro solía, en tono de broma, expresarse en verso, ya para matizar la conversación, ya para recoger incidentes familiares en forma epigramática o anecdótica. No he olvidado esta quintilla suya que reproduce un intercambio de frases entre los dos primos que en aquel momento compartían nuestra vida:

En conversación ayer
Flérida a Carlos decía:
"Cuando un año yo tenía,
tú no soñabas nacer".
"¡Pero si yo no dormía! . . ."

Reiniciamos en Cabo Haitiano las veladas de "El Siglo Veinte", que ahora abría nuestro padre, dándonos a conocer composiciones poéticas de autores españoles contemporáneos. Pedro leía nuevas poesías de su cosecha, entre ellas un canto "A Shakespeare", algo declamatorio, pero de bonita factura.

Agradables fueron las semanas que, todos reunidos pasamos en Cabo Haitiano, pero a la postre no sólo nuestras tías tuvieron que regresar a Santo Domingo, sino que además mi padre, deseoso de no interrumpir o retardar los estudios de bachillerato de Fran y Pedro, decidió que ellos dos volvieran a Santo Domingo para reingresar en el Liceo Dominicano.

Quedé, junto con mi padre, en Cabo Haitiano. Por primera vez tuve que separarme de Pedro por un tiempo relativamente largo, pero nuestra comunicación era constante, y en ese comercio epistolar dedicábamos no poco espacio a comentar nuestras lecturas. Aprendí el francés, que ya Pedro podía leer aunque todavía no tenía el hábito de hablarlo, y esto ampliaba grandemente el horizonte de nuestra cultura. También nos atraía la música: Pedro y yo habíamos empezado juntos en Cabo Haitiano el aprendizaje del piano, pero él hubo de interrumpirlo al retornar a Santo Domingo. Nunca, sin embargo, abandonó su afición a la buena música, que sabía apreciar con fino sentido crítico y constituyó siempre para él un alto placer estético.

Yo seguí la "publicación" de *El Faro Literario*, que después se convirtió en *El Siglo Veinte*. El único ejemplar de ese periódico manuscrito, después de leído por los íntimos en Cabo Haitiano, era remitido a Santo Domingo para otro grupo de lectores: Fran, Pedro, Ramona, Leonor M. Feltz (la discípula predilecta de mi madre), y algunas otras personas de nuestro grupo familiar. Una sección de artículos de costumbres, que yo redactaba en tono humorístico, hacía reir mucho a mi tía Ramona, y Pedro llegó a pensar que habría de sobresalir en el género. No ha sido así, sin embargo; prueba de que

XUM

los vaticinios resultan difíciles cuando, a esa edad, la curiosidad o la versatilidad intelectual nos mueven a espigar en campos muy diversos. Cuando Pedro contaba pocos años hubo quienes declararon que su porvenir estaba en las matemáticas; después pareció que las ciencias naturales lo atraían más que todo otro orden de conocimientos; más tarde veíamos en él a un poeta: sólo pasado algún tiempo pudimos clasificarlo como humanista y ensayista, y él lo confirmó así al abandonar la poesía, que sólo ha quedado, en el proceso de su vida literaria, como una afición juvenil, aunque llegó a producir algunas composiciones de elevada inspiración.

Esta primera separación no duró tanto como al principio creíamos. Alarmado por los acontecimientos políticos de nuestro país, mi padre se apresuró a hacer que Fran y Pedro regresaran a Cabo Haitiano. Había ocurrido el caso del *Fanita*, el fracasado asalto a Montecristi por Juan Isidro Jimenes y Agustín Morales, que en ese empeño perdió la vida. Mi padre era uno de los aliados y consejeros con que contaba Jimenes para sus planes revolucionarios contra Heureaux y para la organización de su futuro gobierno. Aunque mi padre estimó prematura la arriesgada empresa del desembarco en Montecristi y opinó que para iniciar una revolución poderosa debía esperarse a que la situación económica del gobierno de Heureaux, ya en extremo precaria, se hiciese insostenible, su colaboración con Jimenes no era un secreto para Heureaux.

Por tales motivos, mi padre empezó a prepararse para trasladar sus reales a otra parte, previendo el caso de que, bajo la presión de Heureaux, el gobierno haitiano, en cumplimiento de un acuerdo de cooperación política concertado poco antes con el de Santo Domingo, podía expulsarlo del territorio de Haití. No se confirmaron estos temores y permanecimos en Cabo Haitiano, donde mi padre había contraído segundas nupcias con Natividad Lauransón. Desde luego, con la llegada de Fran y Pedro a Cabo Haitiano, se reanudaron las veladas de "El Siglo Veinte", ahora con mayor variedad de programas, pues a los números literarios se agregaban los musicales, que yo ejecutaba en el piano, al cual me había consagrado con entusiasmo. En nuestra primera reunión leyó Pedro una composición que lo confirmó a nuestros ojos como

poeta: "Incendiada", poemita en que se advierte la influencia de Gastón Deligne y acaso aun más la de su hermano Rafael, que acababa de ser laureado por otro poema breve de análoga factura: "Insolación". Los poemas de Gastón eran de tipo psicológico; el de Rafael Deligne, al igual que la "Incendiada" de Pedro, era más descriptivo que psicológico.

Meses después, el 26 de julio de 1899, caía en Moca, abatido a balazos, el Presidente Heureaux. Durante unas semanas, aunque llegaban a Cabo Haitiano los ecos de la fuerte reacción de la opinión pública en todo el territorio dominicano contra los restos del gobierno que él había presidido, no había constancia de que se hubiera organizado formalmente un movimiento revolucionario para liquidar esa situación. El general Andrés Navarro, partidario de Jimenes, se levantó en armas con un grupo en la línea noroeste, inmediata a la frontera haitiana. Desde el Cabo, mi padre y su concuño Abraham Pretto, le hicieron llegar ocultamente algunas armas y pertrechos. En eso, los conjurados del 26 de julio lograron formalizar la revolución en el Cibao, y en pocos días ocuparon las principales poblaciones, acogidos con popular entusiasmo, para dirigirse luego a la capital de la república, no sin constituir antes un gobierno provisional bajo la presidencia del General Horacio Vázquez.

El tres de septiembre entró en el puerto de Cabo Haitiano el vapor *Georges Croisé*, a bordo del cual Juan Isidro Jimenes, que lo había fletado en Cuba, venía en busca de mi padre.

En el momento de echar anclas el *Georges Croisé* mi padre celebraba una consulta médica sobre un caso grave, a bordo de un barco alemán que iba de tránsito. Mis hermanos y yo, en unión de nuestros primos Fernando Abel y Angel Salvador, que habían llegado antes a Cabo Haitiano, acudimos en un bote para dar a mi padre aviso de la llegada de Jimenes. El nos hizo saber que se trasladaría de un barco al otro en cuanto terminara la consulta para la que había sido llamado, y fuimos a esperarlo al *Georges Croisé*, a donde llegó al cabo de media hora. Se apartó con Jimenes y con el General Luis María Hernández Brea, que también venía en el *Georges Croisé*, a un extremo de la cámara, y después de larga conversación vino hacia nosotros para invitarnos a regresar con él a tierra

XUM

y anunciarnos que a las pocas horas seguiría viaje en el mismo vapor, rumbo a Puerto Plata.

Comprendimos desde ese momento, llenos de júbilo, que había llegado la hora de regresar a nuestro país, y poníamos toda nuestra esperanza juvenil en el nuevo gobierno que pronto había de constituírse. En uno de nuestros periódicos manuscritos escribió Pedro un razonado artículo enjuiciando la personalidad política de Heureaux. Aunque ese trabajo era el fruto de una inteligencia de quince años, ya en él se perfilaba el futuro ensayista.

Mi padre volvió semanas después, resuelta ya la elección de Jimenes como Presidente constitucional y la de uno de los jóvenes revolucionarios del 26 de julio, hasta ese momento presidente "de facto", el General Horacio Vázquez, como vicepresidente. Un barco de guerra nacional, el *Independencia*, vino en busca de mi padre, y con él embarcamos todos hacia Santo Domingo. Llegamos a la capital la víspera del día en que había de constituirse el Congreso Nacional recién elegido, del cual formaban parte Prud'homme y Dubeau, los dos fraternales amigos de mi padre. Depurado el cómputo electoral, fueron proclamados Jimenes y Vázquez, que al punto prestaron juramento. En el gabinete que formó Jimenes ocupó mi padre el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores. El gobierno se inició bajo los mejores auspicios y es lástima que al cabo de dos años y medio se viera tronchada la obra de civilismo iniciada de tal suerte por un grupo de hombres de buena voluntad y que el país cayera otra vez en la endemia revolucionaria.

Para mis hermanos y para mí, el retorno a la patria fue algo así como el despertar a una vida nueva, dentro de la cual veíamos de momento colmados nuestros anhelos de actividad intelectual. Encontramos un grupo de amigos cuyas aficiones eran semejantes. Con Apolinar Perdomo, Bienvenido Iglesias, Mario Mazara y Porfirio Herrera inició mi hermano Fran la publicación de una revista literaria, *El Ibis*, mientras José Esteban Buñols lanzaba al público otra revista juvenil con el nombre de *Páginas*. Fundiéronse después las dos revistas en una tercera, *Nuevas Páginas*. En las tres colaboramos junto

con Fran. Además, Pedro y yo solíamos escribir en la *Revista Literaria*, que publicaba Enrique Deschamps.

Aparte de esos empeños que nos ponían en contacto con el público, habíamos convertido la casa de las hermanas Feltz, —Leonor, la discípula de mi madre, y Clementina—, en un centro de lecturas y de vida intelectual. Pedro lo recordó así años después en las palabras liminares de su segundo libro, *Horas de estudio*. Allí leíamos y comentábamos a Ibsen, releíamos a Shakespeare; revisamos no pocas lecturas clásicas y recorrimos, al través de sus figuras sobresalientes, las literaturas contemporáneas. La hora más favorecida para esas lecturas, que no se interrumpieron un solo día, era la del atardecer, pero muchas veces organizábamos sesiones que se prolongaban hasta ya avanzada la noche, porque se nos unían circunstancialmente nuestro tío Federico, Rodolfo Coiscou, Enrique Deschamps y algún otro íntimo, a los cuales se sumaron después nuestros primos Sócrates Nolasco y Enrique Apolinar Henríquez.

A principios de 1901 mi padre fue comisionado por el gobierno para trasladarse a los Estados Unidos de América y después a Europa, a fin de llegar a un arreglo con los tenedores de bonos de la deuda pública que quedaba al país como funesto legado del gobierno de Heureaux. Como Fran y Pedro habían obtenido poco antes el diploma de bachiller, mi padre decidió llevarlos consigo para que se quedaran en Nueva York a cursar estudios universitarios.

La correspondiencia continua y copiosa de mis hermanos me hacía lamentar menos su ausencia. Correo tras correo me enviaba Pedro libros seleccionados por él, que utilizábamos para las lecturas en el salón de las hermanas Feltz. Enviaba también versos, que yo publicaba en una revista, *El Ideal*, que fundé con otros compañeros de una sociedad que tuvo corta vida, el Ateneo de la Juventud: Juan Tomás Mejía hijo, Armando Pérez Perdomo, y otros más. Entre las composiciones de Pedro publicadas en *El Ideal* se encuentra "Flores de Otoño", primeros versos de genuino sabor modernista que ostentaban la firma de un autor dominicano:

XUM

Crisantemas,
crisantemas como el oro,
crisantemas cual la nieve,
desplegad vuestras corolas,
las corolas como el sol del mediodía,
las corolas como el mármol inmortal.

¡Qué lucientes
en el rico invernadero
o tras límpidas vidrieras,
entre rosas como auroras,
entre vívidos claveles como sangre,
entre tímidas violetas como el mar!

¿Es que sueñan,
en atávicos ensueños,
en olímpicas nostalgias,
con su país encantado,
con su patria luminosa que no han visto,
con Cipango,
con el lejano Japón?

Desterradas,
sólo nacen con las nieblas,
sólo viven en Otoño.

Flor de oro, flor de nieve,
ya ha pasado entre esplendores el estío
ya es la hora, desplegad vuestro botón!

Mi padre regresó meses después y dispuso que yo me trasladara a Nueva York para continuar allí mis estudios de música, que, según su plan, debía completar más adelante en Europa. Grande fue mi alegría al reunirme de nuevo con mis hermanos y reanudar mis habituales lecturas y comentarios con Pedro, que siempre me servía de guía. Nuevas perspectivas se abrían para nosotros en aquella inmensa urbe. Asistíamos constantemente a los mejores espectáculos y conciertos: si hoy aplaudíamos a Eleonora Duse, mañana tocaba el turno Henry Irving o a otras grandes figuras de la escena contemporánea; en el campo de la música nos fascinaba el conjunto de estrellas del Metropolitan Opera House, empezando por Marcela Sembrich, y nos deleitábamos con los "recitales" de

Paderewski, Kreisler y tantos otros artistas de excepcional valía.

El porvenir se presentaba halagüeño y venturoso a nuestros ojos; pero a poco el panorama cambió. Vinieron días aciagos para la república. El gobierno de Jimenes fue derribado por la revolución injustificable del veintiséis de abril de 1902. Mi padre se apresuró a comunicarnos que no podría mantenernos en Nueva York porque carecía de recursos para tal fin y se preparaba a trasladarse a Cuba en busca de un nuevo centro de actividad profesional.

Mis hermanos y yo decidimos buscar el modo de ganarnos la vida en Nueva York: Fran y Pedro encontraron trabajo como empleados de comercio y yo me coloqué temporalmente como pianista en un restaurante. Desde La Habana, nuestro padre insistía en llamarnos a su lado. Yo fui a hacerle compañía por breve tiempo, para calmar sus inquietudes, y regresé a Nueva York en momentos en que había estallado en Santo Domingo la revolución de marzo de 1903, que dio al traste con el gobierno provisional del General Horacio Vázquez. Nuevos sacudimientos sobrevinieron a poco, y mi padre, vuelto al país por asuntos de familia, emigró nuevamente y se estableció como médico en Santiago de Cuba. Allí fui a reunirme en 1904, después de corta permanencia en Santo Domingo. Mis hermanos se habían trasladado a La Habana donde, por recomendación del Generalísimo Máximo Gómez, obtuvieron empleo en la casa de Silveira y Compañía.

En Santiago de Cuba fundé y dirigí una revista, *Cuba Literaria*, en la cual colaboró asiduamente mi padre. Desde La Habana, Pedro, a más de colaborador, era, en realidad, un co-director de la revista. En *Cuba Literaria* publicó algunos de los trabajos que mejor lo dieron a conocer como crítico y ensayista, entre ellos los que dedicó a Rodó y a D'Annunzio y luego incluyó en su primer libro, *Ensayos críticos*, publicado en La Habana a fines de 1905. El libro fue bien acogido por la crítica en la América española. También de España recibió Pedro cartas y opiniones muy halagüeñas de Menéndez y Pelayo y otros escritores de renombre.

Ya para entonces había suspendido yo la publicación de *Cuba Literaria* y me encontraba junto a él en La Habana,

XUM

donde entré a formar parte de la redacción del diario *La Discusión* y de la revista semanal *El Fígaro*. No habíamos, empero, de seguir juntos mucho tiempo, pues Pedro había decidido emprender viaje a México, para donde embarcó a principios de 1906. Permaneció unos meses en Veracruz, donde figuró como redactor de *El Dictamen* y lanzó a la publicidad, junto con Arturo R. Carricarte, la *Revista Crítica*, que alcanzó bastante resonancia en el mundo intelectual, aunque de ella sólo se publicaron tres o cuatro números.

De Veracruz se trasladó Pedro a la capital mexicana. Allí se relacionó al punto con el grupo literario de la *Revista Moderna de México*, que dirigía el poeta Jesús E. Valenzuela, y entró a formar parte del cuerpo de redacción del diario *El Imparcial*. En casa de Valenzuela se reunían muchos escritores y poetas de alta significación dentro del movimiento modernista, entonces en auge: por allí desfilaban Luis G. Urbina, Balbino Dávalos, José Juan Tablada, Jesús Urueta y Efrén Rebolledo; a veces venía de Jalapa Salvador Díaz Mirón, y también concurrían, junto con los hijos de Valenzuela, entre los cuales Emilio solía cultivar el verso, no pocos jóvenes de la nueva generación, que en su mayoría se han destacado después tanto en la vida intelectual como en la vida pública de México: Alfonso Cravioto, que había iniciado la publicación de una excelente revista, *Savia Moderna*, como órgano de la juventud; Antonio Caso, que gozaba ya de extenso crédito en el campo de los estudios filosóficos; Rafael López, Ricardo Gómez Robelo, Abel C. Salazar, Eduardo Colín, Manuel de la Parra, Roberto Argüelles Bringas, Luis Castillo Ledón, Angel Zárraga, Nemesio García Naranjo, Carlos González Peña, Jesús T. Acevedo, Rubén Valenti, Jenaro Fernández McGregor, Isidro Fabela, Jesús Villalpando, y el benjamín del grupo, Alfonso Reyes, que tanto en el verso como en la prosa hacía ya gala de las excepcionales dotes que lo han consagrado como maestro del pensamiento y artífice de la expresión. A estos poetas y escritores se agregaban algunos artistas: pintores como Roberto Montenegro, Jorge Enciso y Francisco de la Torre y músicos como Manuel M. Ponce. Más adelante vinieron a engrosar ese grupo juvenil nuevos adherentes que llega-

ban de diversos Estados de la nación mexicana, entre ellos José Vasconcelos y José de J. Núñez y Domínguez.

Al empezar el año 1907, Pedro me invitó a pasar a México, al saber que yo había renunciado, a causa de incidentes provocados por un injustificado ataque a nuestro país, el puesto que ocupaba en *La Discusión*.

Apenas llegué, entré a formar parte de ese movimiento juvenil dentro del cual Pedro era calificado cariñosamente como el Sócrates del grupo. La personalidad de Pedro se singularizaba por su temperamento de maestro. Conversar con él era aprender. Enseñaba, enseñaba siempre, con naturalidad y sin esfuerzo ni vano alarde de saber. En todo momento era, por excelencia, maestro.

Ingresé poco después en la redacción de *El Diario*, que dirigía Juan Sánchez Azcona. Junto con Luis Castillo Ledón y su hermano Ignacio nos instalamos Pedro y yo en un piso de la calle séptima de Soto, donde acordamos celebrar cada domingo las reuniones literarias del grupo, que de ese modo adquirió completa unidad de espíritu y de organización. A poco, un hecho, que tenía la trascendencia de un atentado contra la memoria de Manuel Gutiérrez Nájera, nos hizo presentar ante el público el frente unido que ya constituíamos: un ingenuo y mediocre versificador, Manuel Caballero, adversario del movimiento modernista en el cual Gutiérrez Nájera había figurado como uno de los iniciadores, anunció la resurrección, bajo su dirección personal, de la *Revista Azul*, que el propio Gutiérrez Nájera dirigió y fundó, y que fue tribuna del modernismo. Caballero, que se decía "parnasiano", aunque su verso era desmedrado y sin aliño, declaraba que la revista iba a combatir el modernismo. En la reunión dominical subsiguiente a tal anuncio, Luis Castillo Ledón se pronunció airadamente contra el propósito enunciado por Caballero. Todos lo secundamos y se redactó a la carrera un manifiesto literario denunciando el hecho como una profanación. El documento, claro está, no tenía la serenidad que hubiera sido aconsejable para dar mayor autoridad a nuestra protesta, y algunos lo advirtieron así. Pedro dirimió la cuestión: "Los manifiestos —dijo—, son documentos de combate, en los que no es posible aspirar a la perfección. Este tiene claridad y

XUM

energía, y eso basta". Al punto lo firmamos todos, para remitirlo a la imprenta, y a la vez acordamos dedicar un día de desagravio a Gutiérrez Nájera. En la tarde de ese día recorrió las principales calles de México una compacta muchedumbre, que encabezábamos nosotros portando un estandarte con el lema "Arte libre", y nos encaminamos a la Alameda, donde hubo discursos y poesía. Por la noche celebramos una velada en el Teatro Arbeu, colmado de bote en bote, y la nota culminante de ese acto fue el discurso que pronunció el insuperable orador Jesús Urueta, quien dirigiéndose a nosotros exclamó: "¡Santa es la memoria de Gutiérrez Nájera! Y hoy, cuando un viejo eunuco pretende mancillar su nombre y saquear su cripta para una obra de estúpida vanidad y de burdo mercantilismo, vuestra protesta generosa estalla ¡oh buenos hijos de la Grecia...!" Un trueno de aplausos interrumpió por varios minutos al orador, que al terminar fue cargado en hombros hasta llevarlo al carruaje que lo aguardaba en la puerta del teatro.

La *Revista Azul* de Caballero no sobrevivió a esta asonada literaria, después de la cual era imposible que nuestro grupo se condenara a la inacción. Decidimos entonces fundar la Sociedad de Conferencias, que con creciente éxito celebró sus primeras reuniones públicas en el Casino de Santa María. Las primeras conferencias fueron dictadas por Alfonso Cravioto, Antonio Caso y Pedro. Más adelante el nombre de la sociedad fue reemplazado por el de Ateneo de la Juventud y los ciclos posteriores de conferencias se celebraron en el Teatro del Conservatorio.

El periódico en que yo escribía, *El Diario*, mantuvo intensa y continua propaganda en favor del movimiento cultural iniciado por la juventud. No así *El Imparcial*, que había manifestado su disgusto por la protesta contra Caballero y que después nos trató con alguna frialdad. Como Pedro escribía en *El Imparcial*, determinó, contrariado por esa actitud del periódico, abandonar el puesto que allí tenía y aceptó la invitación que le hizo Sánchez Azcona de pasar a formar parte de la redacción de *El Diario*. Meses después, a causa de una vulgar intriga de redacción, Pedro se retiró de *El Diario*, y yo lo acompañé.

Ese incidente dio motivo a que nos separáramos de nuevo. Pedro entró a trabajar en la compañía de seguros "La Mexicana" y yo partí para la capital del Estado de Jalisco, como jefe de redacción de *La Gaceta de Guadalajara*. De ahí pasé a dirigir la edición española de *The Monterrey News*, en la capital del Estado de Nuevo León, por recomendación del gobernador de aquel Estado, que era el General Bernardo Reyes, padre de nuestro íntimo amigo Alfonso.

Mi correspondencia con Pedro durante todo este período era casi diaria. Aunque separados por la distancia, nunca estuvimos más unidos. El me informaba minuciosamente de las actividades de nuestro grupo, me informaba sobre sus lecturas, comentándolas extensamente y recomendándome las que consideraba más útiles; y a la vez hacía la crítica de lo que yo escribía, con alguna severidad, pues siempre creyó que, tanto conmigo como con los demás componentes de nuestro grupo, era así como mejor cumplía su misión socrática.

Volvimos a vernos a mediados de 1908, pues la Sociedad de Conferencias me había reservado un turno en la nueva serie de disertaciones y Pedro me avisó que mi conferencia sería fijada en fecha próxima a la de una conmemoración importante organizada por la juventud literaria: el homenaje a la memoria de Gabino Barreda, reorganizador de la enseñanza en México. Alfonso Reyes, que había ido de vacaciones a Monterrey, emprendió el viaje a México junto conmigo para asistir a ambos actos. El tren que nos conducía llegó con algún retraso, apenas si momentos antes de empezar el homenaje a Barreda, que se iniciaba a las nueve de la mañana. El primer acto era en la Escuela Preparatoria, hacia donde nos encaminamos directamente Alfonso y yo desde la estación del ferrocarril. Al entrar buscamos con la vista a Pedro y de súbito lo vimos aparecer en la tribuna, pues había llegado su turno. Su oración, sólida en ideas y elegante en la forma, causó honda impresión y arrancó muchos aplausos. De la Escuela Preparatoria fuimos en manifestación al Teatro Virginia Fábregas, donde hubo un mitin en el que Diódoro Batalla y Rodolfo Reyes abundaron en alusiones políticas contra el régimen imperante, que era el de Porfirio Díaz. "En México nos estamos muriendo de miedo y de mentira", dijo Rodolfo Reyes al cerrar

XUM

uno de sus candentes párrafos. Decir eso parecía mucho dentro de un régimen que había suprimido los derechos del pensamiento, y el público estalló en aplausos frenéticos y en aclamaciones delirantes. Hablaron también esa mañana dos oradores de nuestro grupo: Rubén Valenti e Hipólito Olea, razonador el uno, sarcástico el otro, agresivos ambos. Ya se sentían los sordos latidos que habían de culminar, poco más de dos años después, en la revolución de Madero.

Todavía quedaba pendiente para esa noche una velada solemne en el Teatro Arbeu, a la cual Porfirio Díaz había prometido asistir. El inspector general de la policía, General Félix Díaz, tenía concertada para esa tarde una entrevista con los organizadores del homenaje, para asegurar su cooperación a las medidas de policía que habían de ser tomadas para la celebración del acto, y el arquitecto Jesús T. Acevedo consideró oportuno informarle que, aparte del Ministro de Instrucción Pública, que era Justo Sierra, sólo habría otro orador esa noche, Antonio Caso, que siempre se mantenía en un plano elevado. Félix Díaz, que no había podido ocultar cierta contrariedad al empezar la entrevista, sonrió satisfecho y confirmó que el Presidente Díaz estaría a las nueve en punto frente a la puerta del teatro.

Pedro y yo formábamos parte de la comisión que había de recibir al Jefe del Estado. A la hora justa llegó el carruaje presidencial. Porfirio Díaz descendió pausadamente, sus facciones eran marcadamente indígenas. Su porte, severo y majestuoso, digno de su alta jerarquía. Nos tendió la mano mientras en su rostro sonrosado se esbozaba una sonrisa de cortesía y avanzó a nuestro lado, seguido de su séquito. El acto alcanzó toda la solemnidad propia del caso. Justo Sierra leyó, con voz reposada y sonora, un magistral discurso. Antonio Caso habló con su habitual elocuencia y analizó de modo tan ponderado y hábil la personalidad de Barreda, que Porfirio Díaz le estrechó la mano con efusión.

Dos o tres días después pronuncié mi anunciada disertación sobre Chopin en la Sociedad de Conferencias, y regresé a Monterrey; pero mi salud era precaria y, seriamente amenazado de tuberculosis, respondí al llamado de mi padre y fui a reunírmele en Santiago de Cuba. Había un principio de

lesión en el vértice superior del pulmón derecho. Aire puro y campestre, reposo absoluto, sobrealimentación, aparte de otros recursos terapéuticos y del cuidado vigilante de mi padre, me permitieron ser dado de alta antes de pasado un año. No me atreví, sin embargo, a alejarme demasiado de mi padre, y me instalé en La Habana, donde viví durante algunos años y cursé mi carrera de abogado.

A partir de entonces no me reuní con Pedro sino en ocasiones esporádicas y generalmente breves. El imperio de la distancia quebrantaba la unión estrecha que mantuvimos siempre y aun nuestra correspondencia, aunque frecuente, hubo de resentirse de ello, recortado como estaba nuestro tiempo por los imperativos categóricos de la vida.

Por cortos días nos vimos en La Habana en 1911, y a la ida y la vuelta del viaje que hizo Pedro a Santo Domingo después de diez años de ausencia. Ya Pedro gozaba de renombre continental después de haber publicado en París (ediciones españolas de Ollendorff) su libro de ensayos *Horas de estudio*. Tres años después estuvo nuevamente en La Habana, porque en México no podía resistir el ambiente asfixiante del régimen de Victoriano Huerta. No lo vi esta vez sino durante breves días; yo había vuelto a residir en Santiago de Cuba, donde fui a ejercer la abogacía y mis obligaciones profesionales apenas me permitieron darme una escapada para ir a abrazarlo. En La Habana dió a la estampa su importante estudio sobre Hernán Pérez de Oliva y de ahí pasó a Washington como corresponsal del *Heraldo de Cuba*, que dirigía Manuel Márquez Sterling. Después siguió a Nueva York e ingresó en la redacción del semanario *Las Novedades*, a la vez que colaboraba, con artículos escritos en idioma inglés, en algunas revistas norteamericanas. Durante su permanencia en Nueva York publicó *El nacimiento de Dionisos*, ensayo de reconstrucción de la forma primitiva que tuvo la tragedia griega.

A mediados de 1916 mi padre fue llamado a la Presidencia de la República, por elección constitucional que de su persona hizo el Congreso Nacional en momentos de aguda crisis política, cuyo más sensible resultado fue el desembarco de tropas de los Estados Unidos de América en el territorio dominicano. No estábamos todavía en la época de la política del "buen vecino",

XUM

y la misión encomendada a mi padre era sumamente espinosa, pues su principal obligación, tanto en el orden moral como en el constitucional, era la de obtener la desocupación del territorio dominicano por las fuerzas militares extranjeras que se habían adueñado de algunas ciudades y cuarteles. Las condiciones que los ocupantes quisieron exigir para acceder a tal reclamación eran sencillamente inaceptables, y ante el rechazo formal que de ellas hizo el gobierno dominicano se llegó a una medida extrema: la creación de un gobierno militar de ocupación en todo el territorio fue decretada, desde Washington, lo que implicaba el desconocimiento del gobierno constitucional existente. Mi padre decidió ausentarse del país para, en su calidad de Presidente "de jure", emprender una campaña en pro de la reintegración de la soberanía dominicana. Lo acompañé a los Estados Unidos, y en Nueva York nos reunimos con Pedro, que era profesor de la Universidad de Minnesota desde hacía pocos meses. Un periódico de Minneapolis había hecho resaltar la circunstancia de que un ciudadano dominicano estuviera en ese cargo, interpretando ese hecho como una demostración de preferencia por los Estados Unidos. La respuesta publicada por Pedro fue breve y categórica: su país, pequeño y desventurado, era "el suyo" y era, por lo tanto, el de su invariable predilección.

La situación de guerra mundial que entonces prevalecía y la entrada ya inminente de los Estados Unidos de América en el conflicto, hicieron de momento imposible la campaña proyectada. Inútiles fueron los esfuerzos de mi padre por hacerse oír en Washington; y en vista de ello se reintegró al ejercicio de su profesión en Santiago de Cuba. Al firmarse el armisticio de 1918 las perspectivas fueron otras. Se organizaron en Cuba los Comités Pro-Santo Domingo, y con los fondos recaudados por esas instituciones se inició la campaña, robustecida un tiempo después por las colectas hechas en Santo Domingo, singularmente las de la "semana patriótica". Nada de esto había sido posible durante el período de la guerra.

Mi padre se encaminó a Francia en el momento de suscribirse el tratado de Versalles. Allí cambió impresiones y presentó diversos "memoranda" sobre el caso dominicano a todas las delegaciones de América, empezando por la de los

Estados Unidos. Volvió de Europa a los Estados Unidos para seguir allí la labor emprendida, y logró disponer de unos días para ir a visitar a Pedro en Minneapolis. A poco nos reunimos todos en Nueva York, junto con mi tío Federico, Tulio M. Cestero y otros dominicanos, y quedó constituída la Comisión Nacionalista Dominicana, encabezada por mi padre como Presidente "de jure" de la República. Pedro nos acompañó después a Washington, asistió a algunas conversaciones con funcionarios del Departamento de Estado, y colaboró en la redacción de algunos "memoranda" presentados por mi padre al propio Departamento y a los representantes diplomáticos de las demás repúblicas americanas.

No es del caso de entrar ahora en otros aspectos de esa campaña: he querido sólo señalar la participación que Pedro tuvo en ella, y debo agregar que, gracias a su dominio del idioma inglés y a sus relaciones periodísticas y universitarias, prestó entonces y después valiosísimo concurso a la causa que defendíamos. Al fin, en 1924, la República volvió al pleno disfrute de su soberanía con la retirada definitiva de las fuerzas de ocupación.

Con esta última mención podría poner punto final a estos recuerdos de infancia y juventud. Nuestras vidas se bifurcaron cada día más. ¡Ya habían pasado los años de ilusión y de esperanza! Quiero, sin embargo, dar por lo menos una apretada síntesis de los años posteriores de la vida de Pedro.

En 1919 se encaminó Pedro a España, que había visitado ya en 1917. En Madrid permaneció alrededor de un año y trabó amistad personal con Menéndez Pidal y el grupo de intelectuales que en torno a él constituyeron el Centro de Estudios Históricos. Allí publicó uno de sus libros fundamentales: *La versificación irregular en la poesía castellana*, que es una ampliación de la tesis que presentó un año antes, en idioma inglés, en la Universidad de Minnesota, para obtener el doctorado en letras.

Al año siguiente retornó a Minnesota, para encaminarse después a México, llamado por nuestro amigo José Vasconcelos, que tenía a su cargo la cartera de Instrucción Pública. En la Universidad de México, de la cual fue nombrado profesor, había cursado sus estudios para obtener el título de abogado

XUM

(carrera que, por otra parte, nunca ejerció). Pedro desarrolló intensa y fecunda labor al lado de Vasconcelos, y junto con él realizó un viaje oficial a la América del Sur.

Contrajo matrimonio con Isabel Lombardo Toledano. Meses después de nacida su primogénita, Natacha, emprendió viaje a la Argentina para ir a desempeñar una cátedra en La Plata. Allí nació su segunda hija, Sonia.

Residió un tiempo en La Plata y pasó después a Buenos Aires, donde había obtenido otra cátedra, sin por ello verse obligado a abandonar la de La Plata, a donde se trasladaba varias veces por semana a dictar sus lecciones. Ingresó también en el Instituto de Filología, dirigido por su fraternal amigo Amado Alonso, y de su asombrosa labor en ese prestigioso centro dan prueba no pocos libros y folletos suyos, entre ellos *Sobre el problema del andalucismo dialectal de América, Para la historia de los indigenismos, La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo y El español en Santo Domingo.* En colaboración con Amado Alonso publicó una *Gramática Castellana,* que puede decirse no tiene rival en el orden pedagógico y en el filológico. En general, su producción durante los largos años que permaneció en la Argentina es por todos conceptos admirable. Entre los libros que allí publicó se destaca *Seis ensayos en busca de nuestra expresión,* donde hay algunas páginas que pueden considerarse como las mejor escritas de toda su producción. Su estilo, florido y rico en imágenes durante la juventud, alcanzó grado a grado más sencilla y armónica elegancia, a la vez que gran mesura y precisión.

Su permanencia de cerca de veinte años en la Argentina sólo tuvo dos interrupciones (si se descuentan sus visitas a Chile para dictar cursillos universitarios) : la primera, de 1931 a 1933, cuando fue llamado por el Presidente Trujillo a desempeñar en Santo Domingo el cargo de Superintendente General de Enseñanza y, para corresponder a tan deferente invitación, obtuvo licencia especial por el espacio de año y medio, en las cátedras que tenía a su cargo en Buenos Aires y La Plata; la segunda, de 1940 a 1941, cuando la Universidad de Harvard lo designó para ocupar durante ese año lectivo la cátedra creada por el legado de Charles Norton con la condición de que por ella desfilara en cada curso una auto-

ridad reconocida, de fama mundial, en determinadas disciplinas. Fruto del curso dictado en Harvard es uno de sus últimos libros: *Literary Currents in Hispanic America*, que después de su muerte ha sido cuidadosamente traducido al idioma español por Joaquín Díez-Canedo.

Estuve junto a él en Buenos Aires, a donde fui como representante diplomático, en 1934 y 1935; y allí nos volvimos a ver a fines de 1936, cuando concurrí a la Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz. Pasaron después nueve años. Cuando al cabo de ellos volvimos a reunirnos en Buenos Aires, a donde llegué como Embajador a fines de 1945, no pude sospechar que a la vuelta de unos cuantos meses habíamos de separarnos para siempre. Pedro parecía lleno de salud y de vigor. Era uno de los directores técnicos, y accionista además, de la Editorial Losada, donde, aparte de otras actividades, tenía a su cargo la útil y valiosa colección de *Las cien obras maestras de la literatura y del pensamiento universal*, cuidadosamente escogidas, ordenadas y prologadas en su mayor parte por él. En esa colección habían aparecido ya alrededor de cuarenta volúmenes. En sus cátedras y en el Instituto de Filología rendía una labor intensa y fecunda, y sus discípulos lo admiraban y lo querían; formaba parte del jurado del "Club del mejor libro del mes"; asistía a los salones literarios, y su propia casa era un centro de animada vida intelectual. Estaba escribiendo una nueva obra: *Historia de la Cultura en la América Hispánica*, que terminó tres días antes de que lo sorprendiera la muerte.

Estábamos ya en 1946. En una mañana de mayo se dirigió Pedro a la editorial, según costumbre; atendió allí diversos asuntos; y cuando el presidente de la empresa, Gonzalo Losada, lo apremió para que lo acompañara a un almuerzo que la propia editorial ofrecía ese día a distinguidos visitantes extranjeros, se excusó alegando que no debía faltar a su cátedra en La Plata, ya que la víspera le había sido imposible ir por encontrarse algo indispuesto. Apresuradamente se encaminó a la estación del ferrocarril que había de conducirlo a La Plata. Llegó al andén cuando el tren arrancaba, y corrió para alcanzarlo. Logró subir al tren. Un compañero, el profesor Cortina, le hizo seña de que había a su lado un puesto

XUM

vacío. Cuando iba a ocuparlo, se desplomó sobre el asiento. Inquieto Cortina al oír su respiración afanosa, lo sacudió preguntándole qué le ocurría. Al no obtener respuesta, dio la voz de alarma. Un profesor de medicina que iba en el tren lo examinó y, con gesto de impotencia, diagnosticó la muerte.

Así murió Pedro: camino de su cátedra, siempre en función de maestro.

MAX HENRÍQUEZ UREÑA

La Habana, Cuba.

Dos cartas de Pedro Henríquez Ureña

HONRADO por la benévola invitación de mi estimado amigo y colega don Alfredo Roggiano, director técnico de la *Revista Iberoamericana*, para colaborar en el homenaje a la memoria de Pedro Henríquez Ureña, con algún recuerdo personal o el envío de alguna carta autógrafa del nunca bastante llorado amigo mío, —tan querido como admirado—, he tenido la fortuna de hallar entre los pocos papeles salvados del naufragio de la guerra de España, dos cartas, las únicas que conservo hoy de la abundante correspondencia que con él sostuve. Las demás, las cuales guardaba avaramente en Madrid, se han perdido.

Mi amistad con los hermanos Henríquez Ureña data de muy atrás. Empezó con Max, en La Habana, allá por 1908; continuó con Pedro, en Nueva York, alrededor de 1914, y conocí a Camila, en Nueva York también, años más tarde. Pedro y yo éramos asiduos lectores en la Biblioteca de la Sociedad Hispánica de América, a donde nos llevaban nuestras comunes aficiones. Por cierto que una de las suyas, no muy conocida entre la multitud de sus trabajos de investigación, era la bibliografía. Precisamente una de las cartas que reproduzco es un testimonio de esa dedicación. Recuerdo haberle visto inclinado sobre los volúmenes de Nicolás Antonio, tan poco consultados por los investigadores modernos, quizá, en el caso de algunos, por hallarse la obra del gran bibliógrafo redactada en latín.

Sabido es que su estudio se encuentra muy abandonado en nuestros días. Para Henríquez Ureña, humanista hasta la médula, era obra de consulta constante y fructuosa.

XUM

Las dos cartas copiadas a continuación me fueron dirigidas en 1932 y 1933, época en que Henríquez Ureña desempeñaba el alto puesto de Superintendente General de Enseñanza de la República de Santo Domingo, según reza el membrete. Trata en ellas su autor de asuntos relacionados con el Centro de Estudios Históricos de Madrid y con la *Revista de Filología Española*, cuyas secretarías estaban a mi cargo. Se refiere a artículos, reseñas, notas y bibliografía que enviaba como colaboración para la revista. Habla de las pruebas de la 2ª edición corregida y adicionada de su famoso libro *La versificación irregular en la poesía castellana*. Y da la noticia, en la primera carta, de que está preparando una "Bibliografía general de la literatura hispanoamericana", la cual se ha visto forzado a suspender por no encontrar colaborador. Insinúa luego que quizá yo podría ser el colaborador y acaba por hacerme el ofrecimiento, que mucho me honraba, de trabajar con él en la empresa. En la segunda carta, vuelve sobre este tema, y me propone remitirme todas sus papeletas a fin de que yo las completara. En aquel entonces, me hallaba abrumado de trabajo, y no pude aceptar uno más, a pesar de que tanto me satisfacía y cautivaba. Henríquez Ureña pensó enviar al archivo de la *Revista de Fololog*ía, gradualmente, lo que llevaba hecho "para que no se extraviе al fin". Estas son sus palabras; pero no pudo realizar su intento. Con anterioridad venía remitiéndonos algunas papeletas de bibliografía corriente hispanoamericana que se publicaban en la revista, mas nunca se recibió bibliografía retrospectiva. ¿Dónde estarán depositadas actualmente aquellas fichas?

En la segunda carta hace referencia a un trabajo de José María de Cossío, publicado en la *Revista de Filología* (1932, XIX, 283-287), sobre *El modelo estrófico de los "layes, decires y canciones" de Rubén Darío*, en el que coincide con la tesis y detalles y, por lo tanto, los corrobora, de un artículo anterior de Henríquez Ureña, *Rubén Darío y el siglo XV, (Revue Hispanique*, 1920, L, 324-327). Henríquez Ureña adjunta una nota, que se insertó en la *RFE* (1932, XIX, 421-422), en la que hace constar dicha coincidencia y aprovecha la oportunidad para añadir ciertas observaciones acerca del casticismo de Darío, "para oponerse a la opinión vulgar de que Darío

sólo había leído literatura francesa". "La verdad —afirma— es que en su adolescencia leyó asiduamente la literatura española". Agrega varias citas, entre ellas la del estudio poco conocido de Jesús Zavala, hecho bajo la dirección de Henríquez Ureña en el Seminario de Literatura Castellana de la Universidad Nacional de México, sobre *Rubén Darío y la Literatura española*, impreso en la *Revista de Revistas*, México, 1923. Y asimismo el libro de Torres Rioseco, *Rubén Darío: casticismo y americanismo*, Harvard University, 1931.

Por mi conocimiento personal y por las cartas de Pedro Henríquez Ureña, arrancado a nuestro afecto y admiración por inesperada y prematura muerte, pude apreciar sus altísimas cualidades de ciudadano y maestro de todo un Continente.

HOMERO SERÍS

Centro de Estudios Hispánicos,
Syracuse University

He aquí la copia de sus dos cartas escritas de su puño y letra, con su clara y bella escritura; según podrá observarse por el facsímil de la primera que ocupa sólo una página:

I

El Superintendente General de Enseñanza
Santo Domingo,
29 de noviembre, 1932.

Mi querido amigo:

Contesto a su atenta carta, avisándole que ya estoy haciendo la reseña de la bibliografía dominicana de Waxman, trabajo defectuoso. Mi blibliografía general de la literatura hispanoamericana está suspendida porque nunca encontré colaborador y aquí hay pocos medios para continuarla. He pensado enviar a la **Revista de Filología Española**, al archivo, gradualmente, lo que llevo hecho, para que no se extravíe al fin. ¿Quizás usted podría ser el colaborador? Se trata de bibliografía general, no del tipo preciso y minucioso que usted domina; pero tal vez le interese. Usted dirá.

XUM

El Superintendente General
de Enseñanza

Santo Domingo,
29 de noviembre 1932

Mi querido amigo: Contesto a su atenta
carta, avisándole que ya estoy hacien-
do la reseña de la bibliografía domi-
nicana de Waxman, trabajo defectuoso.
Mi bibliografía general de la literatura
hispanoamericana está suspendida, porque
nunca encontré colaborador y aquí hay
poco medios para continuarla. He pensado
enviar a la RFE, al archivo, gradualmen-
te, lo que llevo hecho, para que no
se extravíe al fin. ¿Quizás usted
podría ser el colaborador? Se trata de
bibliografía general, no del tipo preciso
y minucioso que usted domina, pero tal
vez le interese. Usted me dirá.

Remití ya mis últimas pruebas de
La versificación irregular y espero que allá
hagan lo demás: por ejemplo, el índice general,
que es poco trabajo.

Muchos saludos a todos los amigos

Pedro Henríquez Ureña

Carta manuscrita del Dr. Pedro Henríquez Ureña dirigida al Dr. Homero Serís.

Remití ya mis últimas pruebas de **La versificación irregular** y espero que allá hagan lo demás: por ejemplo, el índice general, que es poco trabajo.

Muchos saludos a todos los amigos.

Suyo.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA.

II

El Superintendente General de Enseñanza
Santo Domingo,
8 de marzo de 1933.

Sr. D. Homero Serís
Madrid.

Mi querido amigo:

Acabo de recibir sus amables letras de 12 de febrero. Días atrás recibí la **Revista**, y al leer el trabajo de Cossío escribí la nota que va adjunta. Pude haber sido más breve, pero quise aprovechar la ocasión para hacer observaciones sobre el casticismo de Darío y recordar el trabajo, poco conocido, de Zavala. Quise agregar algún adjetivo en elogio de Cossío, pero, como él dice lo mismo que yo, temí que, al elogiarlo, pareciera yo elogiar mi propio trabajo. Si ustedes lo creen oportuno, puede agregársele algún calificativo.

Supongo que ya estará lista **La versificación irregular.** Los ejemplares que se me destinen como autor, quiero que los reserven allá hasta nueva indicación que yo le haga. Mientras tanto, pueden enviárseme tres ejemplares.

No he recibido respuesta de usted sobre la proposición que le hice para que colaborara conmigo en la bibliografía general de la literatura hispanoamericana. Yo le enviaría todas mis tarjetas y usted las completaría con otras. El trabajo sería lento, pero creo que sólo puede hacerse bien en el Centro.

Con recuerdo para todos los amigos, quedo

suyo.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA.

XUM

Encuentros con Pedro Henríquez Ureña *

QUE PEDRO HENRÍQUEZ Ureña siempre me haya parecido una reencarnación de Sócrates lo he dicho mil veces: por su apariencia y presencia, por ajeno a las convenciones inútiles, por probo y fuerte y sabio, por ávido de análisis y goloso de conocer y entender al prójimo, por sediento de educar y educarse, por la valentía y sinceridad de su trato que rayaban en la impertinencia. Su conversación era una mayéutica constante: sacaba el alma afuera a sus interlocutores y desagradaba a los necios. Lo enfrentaba a uno consigo mismo. Y se plantaba ante el mundo con aquella visión virgínea que hacía recordar la actitud de Anacarsis Escita ante la sociedad ateniense.

Pero la mayoría de sus condiciones y cualidades más personales se quedó fuera de sus libros. Si no hubiera escrito, como Sócrates no escribió, y si como aquél sólo persistiera en el recuerdo de sus amigos, las dos siluetas se ajustarían todavía mejor, pero hubiéramos perdido la noble cosecha de sus libros. Hay, con todo, un hiato irremediable entre Pedro el hombre y Pedro el escritor. Es necesario que se diga y se sepa. De otro modo, quienes no lo conocieron de cerca no sospecharán todo su caudal. Pedro el escritor es perfecto, vive en la

* En carta dirigida al Director técnico de la *Revista Iberoamericana*—del 21 de enero de 1957—el Dr. Alfonso Reyes explica las razones de orden material que le impiden escribir un artículo especial para este homenaje dedicado a Pedro Henríquez Ureña, y nos manifiesta su deseo de no estar ausente en el mismo. Por lo que nos envía estos "Encuentros con Pedro Henríquez Ureña", ya publicados en *Cuadernos* (París, enero-febrero, 1955), que reproducimos agradecidos (A. A. R.).

tradición, la gran tradición de las letras y la cultura, y ocupa un sitio único en la crítica hispanoamericana y en los fastos de la legua española. Pero Pedro el hombre era insondable, inesperado, vertiginoso y genial; y como su originalidad y su despojo de atavíos y miramientos inútiles llegaban fácilmente al cinismo (no entendido groseramente, sino según lo entiende la filosofía), también se lo pudo llamar, como al gran cínico de antaño, "el Sócrates furioso".

Esta silueta corresponde sobre todo al Pedro juvenil, el que apareció por México a comienzos del siglo XX. Llegó de Cuba a Veracruz en compañía de Carricarte. De Veracruz tuvo el acierto de traerlo el doctor Luis Lara Pardo para que colaborase en *El Imparcial*. Era el Pedro en rama, el Pedro heroico.

Más tarde, ya casado y con hijas, y establecido en Buenos Aires, empezó a cuidarse, a "redibujarse" un tanto por dentro y por fuera según los hábitos mundanos; se embotó su excesivo filo en el trato y aprendió a ser algo complaciente, aunque nunca haya aprendido verdaderamente a mentir. Tal era el Pedro urbano, el de la última época. La transformación, si bien se explica en parte por la edad y el cambio de estado, en buena parte se explica también por la ecología: el diálogo inevitable con los respectivos ambientes, el de México y el de la Argentina.

Cuando lo encontré por primera vez en la redacción de *Savia Moderna*, se me figuró un ser aparte, y así lo era. Su privilegiada memoria para los versos —cosa tan de mi gusto y que siempre me ha parecido la prenda de la verdadera educación literaria— fue en él lo que desde luego me atrajo. Poco a poco sentí su gravitación imperiosa, y al fin me le acerqué de por vida. Algo mayor que yo, era mi hermano y a la vez mi maestro. La verdad es que los dos nos íbamos formando juntos, él siempre unos pasos adelante.

En él se daba, por aquel entonces, una curiosísima mescolanza de adivinación y de inexperiencia: aquello, para la cultura; esto, para la vida.

—Debo de estar muy enfermo —me dijo un día—. Nunca tengo apetito, pero cuando se acerca la hora de comer siento como un ansia que se mitiga conforme empiezo a alimentarme.

Era tan ordenado por dentro como desordenado por fuera. Mientras conversaba conmigo, sacaba de su lugar mis objetos de escritorio, mis libros, mis papeles, y los regaba por todas partes. Yo acudía a ponerlo todo en su sitio.

—¡Qué manía! —exclamaba Pedro—. Parece que te hubieran educado los jesuitas.

Yo le oponía mi "teoría semántica o jeroglífica del espacio": cada sitio tiene una significación diferente. Por ejemplo: un manuscrito a la izquierda de la mesa está aún por corregir; si se encuentra a la derecha, quiere decir que sólo falta copiarlo en limpio, etc.

Vinieron las campañas de la juventud que he descrito en *Pasado inmediato*. Después de la revista *Savia Moderna* y la exposición organizada por el Dr. Atl, la "manifestación Gutiérrez Nájera", la Sociedad de Conferencias, la "manifestación Barreda", el segundo ciclo de conferencias en el Conservatorio, las lecciones de Antonio Caso sobre el positivismo, el Ateneo de la Juventud, las conferencias conmemorativas de 1910, la ocupación de cátedras gratuitas en la flamante Escuela de Altos Estudios, la Universidad Popular, las conferencias en la Librería General, etc. La presencia y la acción de Pedro fueron eminentes. El inventaba, él atizaba la hoguera, él participaba en todo, él marcaba rumbos. Cuando embarqué para Europa, en 1913, lo dejé ya en plena siembra. Todos los que vivieron o trabajaron a su lado llevan su huella, y mucho mentirá quien lo niegue o siquiera lo disimule.

Vivía yo en Madrid, y él radicaba ya en Minnesota, cuando, en unas vacaciones (a mediados de 1917), se me apareció vistiendo un viejo abrigo, que él, humorísticamente y no sé por qué causa, llamaba "el abrigo de José Martí". Antes de acercarse a Madrid, se detuvo un poco en Barcelona, desde donde entonces me escribía fascinado con la luminosidad, el mar y el aire. "Goza, goza el color, la luz, el oro", le contesté yo, repitiendo para él las palabras de Góngora.

Como no podía vivir ocioso, acudió conmigo al Centro de Estudios Históricos de Madrid. Entonces confeccionó su libro, de que había soltado por ahí algunas anticipaciones, sobre *La versificación irregular en la poesía castellana*, libro que las ediciones de la *Revista de Filología Española* publica-

XUM

rían tres años después, con prólogo de don Ramón Menéndez Pidal. Esta publicación se preparó después del segundo viaje de Pedro a España, de diciembre de 1919 a principios de septiembre de 1920. El libro apareció cuando ya Pedro se hallaba de regreso en Minneapolis.

En 1917, había yo acomodado a Pedro en otro piso del mismo edificio en que yo vivía (General Pardiñas, 32). El calor era sofocante. Pedro dio en andar descalzo dentro de la casa, lo que en una ciudad marítima y tropical como Río hubiera chocado algo menos, pero que en Madrid resultaba muy extravagante.

—¡Pedro...! —le reconvine un día suavemente.

—¡Ah! —me contestó con más mordacidad que candor— Yo no sabía que el pie era *tabú*.

Volvió, pues, a los Estados Unidos ("este hombre merecería vivir en un clima menos áspero", escribía Gómez de la Serna); volvió, como queda dicho, a Madrid el año de 1920, y luego a México otra vez, donde colaboró con Vasconcelos y después se alejó de él, como también lo hizo entonces Antonio Caso, y donde lo encontré a mi regreso, el año de 1924. Pero ya su mayéutica había sufrido una suerte de corregimiento por la cicuta. Le habían amargado un poco la existencia. Estaba dispuesto a alejarse, aunque siempre pensaría y trabajaría por y para México. Se casó y se fue a la Argentina, adonde lo llamaban el destino y Arnaldo Orfila Reynal.

Viví en Buenos Aires dos temporadas, mis dos Embajadas partidas por la larga estancia en el Brasil: de 1927 a 1930, y de 1936 a 1937. Naturalmente, nuestra frecuentación era constante. Entonces me pareció que trabajaba con exceso, y había adquirido el mal hábito de hacerlo a toda hora. Ello puede haber precipitado su muerte.

En *Grata compañía*, al evocarlo, dije, entre otras cosas, algo que me dicido a copiar aquí, con leves retoques aclaratorios:

Estaba dotado de una laboriosidad que le era naturaleza, y ella poseía dos fases: la ostensible y la oculta. Leía, escribía y tomaba apuntes junto a la sopa, entre plato y plato, en mitad de la conversación, delante de las visitas, jugando al *bridge*, mientras corregía deberes escolares —¡el cuitado vivió siem-

pre uncido al pesado carro pedagógico!—, de una cátedra a otra, en el tren que lo llevaba y traía de La Plata a Buenos Aires y viceversa. A veces llegué a preguntarme si seguiría trabajando durante el sueño. Y es que, en efecto, bajo aquella actividad visible corría, como río subterráneo, la actividad invisible, sin duda la más sorprendente. Su pensamiento no descansaba nunca. Mientras seguía el hilo de la charla, iba construyendo, para sí, otra interior figura mental. Y, al revés, dejaba correr su charla sin percatarse, aparentemente, de las cosas que lo rodeaban.

Esta impresión era engañosa: no contaba uno con su ubicuidad psíquica. Cierta vez, por ejemplo, cuando se hallaba en España, José Moreno Villa lo llevó a ver el Escorial. Lo detuvo, en el Museo, frente al *San Mauricio* del Greco. Pedro habló todo el tiempo de Minnesota —el clima, la Universidad, el catedrático de literatura francesa, una profesora que estudiaba la *Divina Comedia*, las reuniones dominicales en la casa de algún colega— y no parecía prestar atención a lo que tenía delante. Moreno Villa volvió decepcionado. Poco después, al regreso, en un misterioso desperezo retrospectivo, Pedro dejó pasmado a Moreno Villa con un estupendo análisis del cuadro.

En apariencia, padecía las pintorescas abstracciones del sabio. En México, Caso y yo solíamos decirle que para él no existían el tiempo ni el espacio, sólo la causa. Y se hubiera creído que pasaba junto a las frivolidades sin verlas. Pero he aquí que, de pronto, le oía yo explicar, en un corro de damas porteñas, el nuevo modelo de los sombreros femeninos. Y lo que hacía para las pinturas y las modas, lo hacía también para la música o los deportes, con igual facilidad que para las letras, y siempre con delicadeza y elegancia. Sólo ante el cine lo vimos retroceder francamente, desencantado de las historias y no compensado por el deleite fotográfico. A menos que algunos *films* aparecidos en los últimos años hayan logrado convencerlo.

Y lo que es mejor todavía: el mismo proceso de elaboración hipnótica parecía operarse en su mente con respecto a los más recibidos rasgos de las costumbres y a los más arduos

XUM

conflictos de la ética o de la política. ¡Ay, si se hubiera decidido a escribir todo lo que pensaba y decía!

En el entreacto de mis dos residencias platenses, todavía nos encontramos un par de ocasiones. En diciembre de 1930, él vino a pasar conmigo una temporada en Río de Janeiro, acompañado de su familia, y allí se le reunió por algunos días su cuñado Vicente Lombardo Toledano, de paso para alguna reunión obrera en Buenos Aires. Poco después, Pedro regresó a su tierra, Santo Domingo, para encargarse oficialmente de la educación pública; pero no duró en ello dos años, y de nuevo se instaló en la Argentina. En 1933, hice, en comisión diplomática, un viaje redondo entre Río y Santiago de Chile. A la ida, Pedro estaba ausente de Buenos Aires: creo entender que andaba por Córdoba; a mi retorno de Santiago, pudimos hablar unas horas. Yo iba muy de carrera y tenía que ocupar mi sitio en el Brasil para la visita del Presidente Justo.

Durante mi segunda temporada porteña, en 1936, nuestros caminos se juntaron nuevamente por menos de dos años, y disfrutamos un tiempo la compañía del llorado Enrique Díez-Canedo, entonces Embajador de España. Regresé a México el año de 1938, y aunque él, al terminar cierto curso en Harvard, se acercó hasta Cuba, Daniel Cossío Villegas y yo intentamos en vano que pasara unos días en México. Y no lo vi más, tras ocho bien contados lustros de humano comercio y comunicación.

Pero lo tengo ya junto a mí para siempre, desde aquel día de mayo, 1946, en que se derrumbó repentinamente durante uno de sus diarios viajes de Buenos Aires a La Plata. Desde ese día, no se me aleja. Hablo con él y lo interrogo. Y cuando quiero quejarme del mundo, le dirijo mensajes, como esa *Carta a una sombra* que distribuí entre mis amigos hace unos cuantos años.

ALFONSO REYES.

Academia Mexicana de la Lengua.

Pensamiento y mensaje en Pedro Henríquez Ureña

TRATÁNDOSE de Pedro Henríquez Ureña no puedo rehuir, hasta cierto punto, el tono personal y autobiográfico. Fue mi vida, como en la de tantos otros jóvenes de América, una fuerza conformadora y orientadora. Fue el maestro con quien tuve la envidiable fortuna de mantener por más de veinte años, hasta su muerte, una entrañable amistad. Y lo que aprendí de él, lo aprendí en el trato cotidiano, más que en la lectura de sus obras. Aprendí de él a tomar en serio el oficio de escritor: bajo su implacable lápiz rojo fue cobrando forma mi prosa adolescente. Aprendí de él, también, casi todo lo que sé de literatura.

En sus clases, en sus conferencias, en la conversación —más que en sus libros— iba dando Don Pedro a sus discípulos, a sus amigos, los grandes esquemas, las categorías, los conceptos fundamentales de la estética y la historia literarias. Su conversación bajaba muchas veces al nivel de la anécdota curiosa, del dato desconocido, de la fecha precisa: su memoria era prodigiosa. Pero nunca se quedaba allí: ascendía siempre al plano de las ideas.

No sólo de literatura hablaba Don Pedro. La literatura, con ser su principal pasión, no estaba divorciada, para él, del cuerpo total de la cultura y de la historia. Era, a lo sumo, el vasto litoral de un continente cuyas grandes planicies y ríos y montañas y mesetas, también había explorado. La literatura se prolongaba para Don Pedro en pintura, en música,

XUM

en arquitectura, en historia, en política, en sociología, en ciencia, en filosofía.

DEL ESPIRITU FILOSOFICO

Estaba penetrado, en verdad, de espíritu filosófico. Al menos, en el sentido en que él mismo lo definía en uno de sus escritos juveniles; como el espíritu capaz de abarcar con visión propia e intensa los conceptos del mundo, de la vida, de la sociedad y de analizar los detalles y los extraños paralelismos de la evolución histórica y artística.[1]

Fue Don Pedro, sin quererlo, —porque secretamente me tenía reservado otro destino— quien impulsó mi primer interés por la filosofía. Promotor de vocaciones ajenas, mató en sí mismo, sin embargo, algunas de sus mejores posibilidades. Pocas inteligencias tan bien dotadas como la suya para el pensamiento puro. Lo prueban sus estudios filosóficos, escritos antes de los veinticinco años, y en los cuales, a la claridad de ideas y de expresión, unía —como siempre— la mejor información y la más reciente.

Don Pedro fue el primero que en nuestra América expuso las ideas de William James, cuando apenas empezaban a conocerse en Europa;[2] y uno de los primeros que señaló los elementos pragmatistas del pensamiento de Nietzsche[3]. Fue también el primero que en nuestros países hizo una crítica a fondo, comprensiva y superadora, del positivismo, cuyo imperio dogmático se había extendido por más de cuarenta años a todos los niveles de la vida intelectual hispanoamericana. Con motivo del ciclo de conferencias que sobre el positivismo venía pronunciando Antonio Caso en la Escuela Preparatoria de México, en 1909, Don Pedro publicó dos artículos en los que colocaba aquel movimiento dentro de su verdadero marco histórico, como una corriente de pensamiento que pertenecía ya al pasado.[4]

[1] Cf. *Horas de Estudio* (París, Ollendorf, 1910), p. 292.
[2] Con la posible excepción, quizá, de Carlos Vaz Ferreira, quien, por la misma época, exponía y criticaba el pragmatismo en sus cursos universitarios.
[3] Cf. *Op. cit.*, pp. 61-74.
[4] *Op. cit.*, pp. 13-60.

Esos artículos eran, de hecho, rectificaciones críticas a algunos de los conceptos expresados por Caso en sus conferencias. (Llevado por la amistad, y por la virtud de un magisterio que todos reconocían y acataban, Don Pedro asumió muchas veces el papel, nunca grato, de censor público de la obra de sus amigos y, por supuesto, de sus discípulos. Yo mismo sufrí alguna vez su enérgica censura. Censura enérgica sí, pero generosa, no para acallar o suprimir, sino para restablecer la verdad y favorecer el libre desarrollo del pensamento legítimo. Don Pedro fue, por eso, la conciencia vigilante de varias generaciones en Hispanoamérica, comenzando por la suya). Caso, en sus conferencias de la Escuela Preparatoria, mostraba, todavía, una actitud ambigua y temerosa frente al positivismo de Comte, doctrina dominante, oficial, en el México de aquellos años. Don Pedro lo censuró, precisamente por invertir el papel histórico de Comte, a quien presentaba como un gran renovador, como el punto de máximo desarrollo en el pensamiento del como el punto de máximo desarrollo en el pensamiento del siglo XIX.

Los reparos críticos de Don Pedro debieron influir poderosamente en la evolución intelectual de Caso, quien se convirtió, muy pronto, en uno de los portavoces autorizados de la reacción antipositivista. Influyó, además, en otros espíritus afines contribuyendo, de modo decisivo, al cambio intelectual que se operó, después de 1910, en toda Hispanoamérica.

DEL ESPIRITU CRITICO

A pesar de su buen comienzo, Don Pedro no persistió en el camino de la filosofía. De la filosofía, se entiende, en el sentido estricto del término. Desistió, también, de la literatura de creación en la que había alcanzado buenos logros. Quiso permanecer en el terreno mucho más árido de la crítica, de la historia literaria, de la investigación filológica, de la bibliografía, de la erudición.

A través de su obra escrita, sin embargo, se descubre la unidad de su pensamiento: el mismo espíritu filosófico que reflejaba en su conversación o en sus clases. Podrá parecer ex-

XUM

traño a quienes sólo conozcan sus trabajos más técnicos, como *La versificación irregular en la poesía castellana*, pero no a quienes estén familiarizados con sus estudios críticos. En ensayos y artículos breves, en reseñas, notas bibliográficas y conferencias, fue expresando Don Pedro su visión personal, vasta y sintética, orgánica y profunda, del mundo, de la vida, de la sociedad, de la historia. Casi siempre de un modo elíptico; a veces, en las entrelíneas. No escribió mucho, pero todo lo que escribió fue sólido, denso, rico en sustancia intelectual.

Dominaba, a un mismo tiempo, el arte de la miniatura y del fresco monumental. Le gustaba exhibir su asombrosa erudición y hasta tenía el virtuosismo de hacer de ella un recurso estilístico, como cuando caracterizaba una época, un movimiento, una tendencia, un estilo, mediante la enumeración, brevemente anotada, de nombres, títulos, datos, cualidades, circunstancias. Recuérdense, por ejemplo, algunos de sus catálogos de plantas y palabras indígenas, tan llenos de color y de significación. Pero su obra, como su prosa, está penetrada de un riguroso sentido de arquitectura y equilibrio: se destacan los volúmenes, las líneas de desarrollo, en estricta perspectiva. El detalle no perturba la visión de la totalidad.

La obra de Don Pedro prueba, una vez más, que el gran crítico y el verdadero historiador de la literatura no trabajan primariamente con datos y fechas, sino con ideas. Demuestra, en suma, que el crítico y el historiador deben ser, ante todo, pensadores.

DEL ESPIRITU ILUSTRADO

El pensamiento de Don Pedro se correspondía con su temperamento y era la expresión directa de su entera personalidad. Pese a sus lecturas clásicas y a su admiración juvenil por la antigüedad helénica, su inteligencia no era la de un humanista tradicional, sino más bien la de un ilustrado del siglo XVIII. Tenía demasiados intereses puestos en la realidad presente; estaba vuelto hacia el futuro, más que hacia el pasado. Y creía, como los hombres de la Ilustración, en el progreso moral, en la educación y en la ciencia.

Varias veces, en acto de confesión íntima, había expresado su agnosticismo. En una ocasión, tentado por el demonio sofístico que llevo dentro de mí, le pregunté: "¿Si no cree usted en Dios, Don Pedro, cómo es que cree en la existencia de un universo con sentido?" Sonrió irónicamente, a sabiendas de que me contestaba con una finta, y dijo: "Por pura fe animal, como Santayana". Pero la fe animal es un sustituto eufemístico del escepticismo y Don Pedro no era escéptico: estaba penetrado de una inmensa fe racional. Fe, primero, en las capacidades naturales del hombre. Lo animaba no sólo la creencia roussoniana de que el hombre es naturalmente bueno; creía, además, en el sentido natural de la belleza. "El buen gusto es natural, el mal gusto es adquirido", era uno de sus axiomas estéticos. De ahí su interés constante por el arte indígena y popular y su desprecio por la vulgaridad de la cultura industrializada.

No era, sin embargo, un romántico exaltador de los impulsos primitivos. Como buen ilustrado, sólo confiaba en la inteligencia y en el esfuerzo sostenido por expresar, en formas claras y comunicables, la secreta riqueza de la imaginación y la sensibilidad espontáneas. La originalidad, en todo caso, era el fruto de una larga disciplina.

Discutiendo, en 1909, el problema de la expresión original en la literatura hispanoamericana, afirmaba: "Sólo cuando logremos dominar la *técnica* europea podremos explotar con éxito nuestros asuntos"[5]. Años más tarde, en plena madurez, al discutir las distintas fórmulas del americanismo literario decía: "... no hay secreto de la expresión sino uno: trabajarla hondamente, esforzarse en hacerla pura, bajando hasta la raíz de las cosas que queremos decir: afinar, definir, con ansia de perfección"[6].

La expresión madura, genuina, original de nuestra América —en la literatura, en el arte, en la filosofía— fue uno de los temas que más le preocuparon porque veía en ella uno de los modos de la salvación: por la voz, por la forma, por la palabra, por el logos, por el espíritu.

[5] *Op. cit.*, p. 207.
[6] Cf. *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (Buenos Aires, Babel, 1928), p. 32.

XUM

DEL ESPIRITU UTOPICO

Mucho más importante que el logro de la perfección estética o intelectual, sin embargo, era para Don Pedro la realización de la justicia. Le oí decir muchas veces que el ideal de justicia estaba antes que el ideal de cultura. Y nada le irritaba tanto como el espectáculo de la injusticia. Eran las únicas ocasiones en que aquella cabeza naturalmente fría se encendía en pasión indignada. Sospecho que si en algunos momentos le irritaba también el error era por lo que suele tener de injusto y de inmoral.

De su voluntad de justicia provenía su afán utópico. Aún recuerdo vivamente el asombro que me produjo, siendo yo todavía adolescente, oírle decir en clase que las utopías no eran para ser soñadas, sino para ser realizadas; que la utopía no era un puro juego de la imaginación, sino una de las grandes creaciones espirituales de Grecia, que había legado al mundo occidental, con ella, la inquietud de la perfección infinita. Sólo mucho más tarde comprendí la sustancia ética, la gran trastienda moral, que tenía en él este pensamiento: la utopía como deber.

Su entusiasmo americanista —uno de los grandes entusiasmos de su juventud, que atenuó, pero nunca apagó la desilusión de los años maduros— estuvo constantemente alimentado por la convicción de que América debía y tenía que ser el continente de la utopía. Continente utópico que fue para la imaginación de muchos europeos, casi desde el momento mismo del descubrimiento. Y el primer gran ensayo de realización utópica en la historia había sido, precisamente, los Estados Unidos: el país donde se había intentado la creación de un nuevo orden fundado en la libertad, la igualdad y la justicia. No creía, sin embargo, que los Estados Unidos hubieran sido fieles a ese gran ideal utópico. Su esperanza —muchas veces desesperanzada— se volvía, por eso, hacia la América hispánica. A pesar de las disensiones estériles, de las tiranías agostadoras, de los nacionalismos enervantes —o quizás por eso mismo— nunca perdió la fe, o no quiso perderla, en el destino de nuestra América. Sostenía que la unidad de nuestra historia debiera llevarnos, por encima de las diferencias regionales y nacionales, a constituir una *magna patria*.

La desunión política de nuestros pueblos significaba el desastre, como aconteció con las ciudades de la Grecia clásica, o con las repúblicas italianas del Renacimiento.

DEL ESPIRITU AMERICANO

La realización de nuestra utopía no debía tener, sin embargo, un límite en sí misma. No se trataba de acumular poder por el gusto del poder, ni de crear un nuevo imperio, fuerte y temible. Eso era plagiar una vez más la historia. Si la *magna patria* había de unirse, debía unirse para la justicia, para crear una sociedad nueva donde no se conocieran, ni el despotismo, ni la explotación, ni la miseria, ni la esclavitud. El ideal no podría alcanzarse, sin embargo, por la única vía de la reforma social y de la justicia económica. Para Don Pedro, la "plena emancipación del brazo y de la inteligencia", tenía que ser, ante todo, una empresa espiritual en la que colaboraran todos los hombres de buena voluntad. Eso fue quizás el sentido último de su mensaje[7].

Fiel a su actitud racionalista, Don Pedro creía en el poder de las ideas. Pero no de las ideas abstractas, sino de las ideas encarnadas en los hombres. De ahí su preferencia por el método socrático, por el comercio directo de ideas entre maestros y discípulos. Era el único modo eficaz de prolongar, en el futuro, la genealogía moral de nuestros pueblos de América. Afirmaba que no debíamos desesperar mientras hubiese en ellos diez hombres justos que buscasen el bien. Y había levantado en su conciencia una especie de panteón invisible en el que honraba, cada día, la memoria de sus héroes preferidos: Sarmiento, Hostos, Martí, Rodó. De todas las lecciones que de él recibí ésta fue la más importante: sentir nuestra América como una comunidad moral, incesantemente renovada, de hombres de buena voluntad que creen en la utopía y trabajan por realizarla.

ANÍBAL SÁNCHEZ REULET
Unión Panamericana,
Washington, D. C.

[7] P. Henríquez Ureña expuso estas ideas en dos conferencias que han sido recogidas, después de su muerte, en el volumen titulado *Plenitud de América* (Buenos Aires, Peña-Del Giudice, 1952).

XUM

Un hombre que hacía claro lo obscuro

El Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana dedica este número de su revista a honrar la memoria de Pedro Henríquez Ureña a diez años de su muerte, y a revivir la huella de su enseñanza y su labor crítica en las varias tierras en que cumplió su trayectoria. Entre ellas una de las más vecinas es Venezuela, no porque haya vivido en nuestro país, sino por el conocimiento afectuoso y próximo que le merecieron, especialmente en su juventud, letras y hombres venezolanos. En algunos diálogos con él, en Buenos Aires, le escuché evocar aquella andariega colonia venezolana que en los últimos días del siglo XIX y primeros del presente —de modo muy concreto bajo la dictadura de Cipriano Castro— visitó Santo Domingo y le dieran a conocer, entre otras cosas, ese capítulo tan importante del Modernismo literario en Hispanoamérica que se difundió desde la revista *El Cojo Ilustrado*. Entre rostros de políticos, barbados generales del 1900 y bachilleres anti-castristas, recordaba don Pedro que visitaron entonces su legendaria Quisqueya algunas hermosas y vivacísimas mujeres venezolanas por quienes todavía me interrogaba en Buenos Aires y en perspectiva nostálgica de cuarenta y tantos años. ¿Qué fue de aquellas damas de madrigal; qué de sus bellezas y tocados? Yo respondí a don Pedro que las había conocido abuelas.

En un ensayo juvenil escrito en 1905, Henríquez Ureña cita entre los tres prosistas más importantes de la América Latina de aquellos días a dos venezolanos: Manuel Díaz Rodríguez y César Zumeta. El otro de la ilustre trilogía a que le vaticinaba influencia más duradera, se llamaba José Enri-

XUM

que Rodó. Y por nuestro siglo XIX —tan mal conocido fuera de las fronteras venezolanas— transitaba con sabiduría y fineza crítica a través de la obra de humanistas y poetas románticos como Juan Vicente González, Fermín Toro, Cecilio Acosta, José Antonio Calcaño o Juan Antonio Pérez Bonalde. No es preciso mencionar la obra de Bello que dominaba y conocía en toda su vasta órbita filosófica y filológica. Aun sobre el espíritu venezolano formulaba allá por el año 30 la teoría de que habiendo tenido Venezuela magisterio continental en los días de Bello y Bolívar y producido después escritores de alta significación, se opacó y agostó bajo la dictadura de Juan Vicente Gómez cuando se cerraron al país los movidos horizontes de la vida moderna. Pero celebró el final de aquella tiranía que auguraba, acaso, el renacer de nuestra mejor tradición literaria.

En más de una conversación con Henríquez Ureña y socorrido con los datos de su memoria, se me ocurría aventurar todo un capítulo —aun no bien formulado— de nuestra tradición intelectual. Fue el fulgurante contagio que tuvieron las ideas y movimientos de Venezuela en todo el mundo antillano del siglo XIX, cuando las colonias insulares vieron en nuestra guerra de Independencia paradigma y ejemplo grandioso; cuando Núñez de Cáceres, por ejemplo, quería negociar con Bolívar la liberación de su isla. Si el recuerdo de nuestra epopeya estuvo siempre presente en los sueños de un José María Heredia, el poeta cubano; si dimos a Cuba un aventurero heroico como Narciso López, no menos se pensaba en el estímulo de Venezuela durante la independencia de Santo Domingo en 1844. Hubo todo un camino de relaciones espirituales entre nuestra tierra y esa amada Quisqueya de Henríquez Ureña, que jamás se había interrumpido. Así los escritores y poetas modernistas dominicanos como Fiallo y Cestero se revelaron, también, en las páginas de *El Cojo Ilustrado* y publicaron libros en Caracas, como la diáspora frecuente de políticos, periodistas, o simples inconformes, pasaba de uno a otro país.

Pero esto eran sólo anécdotas que nos acercaban a la humana intimidad de Henríquez Ureña, cuya obra —sólo por haber vivido menos— no fue tan extensa como la de don Andrés Bello. La mente clara y organizadora, la riqueza y variedad

de sus disciplinas intelectuales, el gusto de sistematizar cuanto estaba disperso, parecen acercarlos como miembros de una misma familia espiritual. Era don Pedro, de cierto modo, un continuador de la obra de Bello con la natural frontera de métodos y sensibilidad de sus distantes generaciones. Y se ha perfilado en la vida intelectual hispanoamericana de nuestros días, predominantemente en la historia y crítica literaria y el análisis filológico, una tradición creada por el magisterio de Henríquez Ureña comparable a la que Bello suscitó en el siglo XIX. Ambos fueron maestros viajeros, y lo que decían en sus coloquios y sus clases tenía tanta sustancia y novedad como lo que estamparon en sus libros.

Y aun algo más: es curioso que dos hijos del trópico, tierra que según el mal determinismo geográfico de los positivistas, estaba abocada al desorden mental frente a la disciplina y el método que se atribuye a los climas fríos, representaran en distintos momentos de la cultura hipanoamericana, la más válida aspiración ordenadora. Porque había en ambos la voluntad goethiana de "hacer claro lo obscuro", de llevar a sistema y jerarquía los valores de nuestra tradición espiritual, de enlazarlos con los grandes movimientos del mundo y organizar una conciencia de América que asimile el pasado pero incorpore, asimismo, toda fuerza de renovación. Ambos luchan por la propiedad con que se use, de México a Argentina, la lengua española como indispensable instrumento unificador, mas no como puristas conservadores que quieren detenerse en las formas tradicionales, sino como expedicionarios por todos los dominios de las Letras y la Filosofía que aportan su magnífico botín al dominio común de nuestra familia de pueblos.

Que Pedro Henríquez Ureña, nacido en Santo Domingo, fuese figura decisiva en el movimiento mexicano de reacción anti-positiva hacia 1910; hispanista en España entre los más sabios y sagaces maestros del Centro de Estudios Históricos y profesor de gran influencia en las nuevas generaciones argentinas a partir de 1924, indica que a pesar de la fragmentación política de nuestros pueblos, disponemos de órbita inmensa para la cultura común, como quizás no pueda presentarla ningún otro linaje étnico o lingüístico. Y parecía en todas partes

XUM

como esos humanistas viajeros del Renacimiento, cuya clara prosa y objetividad —no desprovista de amor— estaba dispuesta a desvanecer todo prejuicio, a mirar serenamente sobre toda idolatría tribal o nacionalista. A veces estos prejuicios eran pequeños disentimientos entre hermanos como el que se formó en la Argentina de fines del siglo XIX y comienzos del XX contra los otros países de América que no disfrutaron de la temprana ventura y opulencia de la nación austral; mitos como el del "tropicalismo" que los excusaba de conocer cuanto ocurría más allá de su frontera de los Andes; negación de la justicia de la revolución mexicana porque en ella se mezclaron tantos bandidos. Por una América conciliada en sus diferencias y también en sus propósitos de futuro, alega siempre Henríquez Ureña, quien había vivido y estudiado el Continente en todos los matices de lo antillano, lo mexicano, lo argentino. Nivela la tradición americana en el mensaje de sus personalidades egregias y deja en libros sintéticos como la *Historia de la cultura en la América hispánica* y las *Corrientes literarias*, el balance estimulante de esa tradición. Gran empresa que se está haciendo y no puede congelarse en las rígidas fórmulas deterministas en que se empeñó el Positivismo, era esta fundación de América. Superando el "especialismo" en que suele acorazarse todo "scholar" (y él lo era en grado máximo) se interesaba por conocer con alegre versatilidad muy latinoamericana, temas que no eran los suyos como la música y el folklore, la anécdota biográfica y el pequeño episodio político en que se refleja algo de nuestra psicología colectiva.

En el tumulto y colisión de influencias que sacudieron el espíritu occidental en los últimos cincuenta años, su instinto ordenador y su sensibilidad estética sabía encontrar la salida del laberinto. Por que no todo lo que se pone de moda o agita los círculos literarios y artísticos en determinado instante habrá de perdurar, y el papel de un crítico tan avisado es distinguir la roca pura del fangoso y embarazante aluvión. Así, en diálogos inolvidables, le veía juzgar desde las obras más significativas de la novelística contemporánea hasta aquella polémica —tan contaminada de política— que pusieron de moda los intelectuales franceses de izquierda, entre la obra de arte "gratuita" y la "comprometida". Y como siempre, en un co-

loquio en casa de Victoria Ocampo, dijo sobre el problema las palabras más sensatas e iluminadoras. Todos los mitos, fórmulas y propagandas que lanzaba la moda o el choque ácido de las ideologías, eran juzgados y esclarecidos por su ecuánime liberalismo.

Más allá de su obra escrita, tan varia, rigurosa y rica de direcciones, hay otro Henríquez Ureña igualmente duradero: el que socráticamente dejó en la conversación, la cátedra y el diálogo de amigos, los más provocativos estímulos espirituales. Así lo recordaremos siempre, junto a la castigada prosa de sus libros, quienes alguna vez nos acercamos al generoso rescoldo de su amistad. Como su contemporáneo Alfonso Reyes, es uno de esos buenos americanos que lucharon "por el aseo de América", por el orden, claridad y exactitud en los trabajos del espíritu; por superar aquella etapa de improvisación, provincialismo y vacua verbosidad que también fueron frecuentes en nuestra cultura.

MARIANO PICÓN SALAS
Caracas, Venezuela

XUM

Pedro Henríquez Ureña, El Orientador

En el proceso histórico de la crítica literaria hispanoamericana dos figuras se destacan capitales: Andrés Bello (1781-1865), el fundador, y Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), el orientador. Como ha explicado este último, "el deseo de independencia intelectual [de Hispanoamérica] se hace explícito por vez primera en la *Alocución a la Poesía* de Andrés Bello". Publicada en 1823, la *Alocución* se adelantó en catorce años a *The American Scholar* (1837), de Emerson, llamada por Oliver Wendell Holmes la Declaración de Independencia Intelectual norteamericana, como recuerda también Henríquez Ureña. Bello, surgido a la vida literaria en los instantes mismos de la emancipación política, junto a Miranda, Bolívar y San Martín, dió a nuestras letras conciencia clara de su personalidad distinta, reivindicó las peculiaridades lingüísticas hispanoamericanas, reclamando, al mismo tiempo, la debida participación de los pueblos hispánicos del Nuevo Mundo en la rica herencia cultural española. Saturado de influencias filosóficas empiristas y utilitaristas, bebidas en Londres junto a los Mill y a Jeremías Bentham, trajo a nuestras tierras una nueva visión de las letras y de los problemas colectivos y devino, bajo el gobierno conservador del chileno Portales, el pensador y legislador de la burguesía criolla dominante. Cuando sus ideas, esgrimidas por sus apasionados discípulos, chocaron con las de Sarmiento y los proscritos argentinos, en la célebre "polémica del Romanticismo" de 1842, no faltaron observadores contemporáneos que descubrieran con agudeza las raíces e implicaciones sociales de la batalla literaria.[1] La obra de fun-

[1] En la *Gaceta del Comercio*, de Valparaíso, del 9 de agosto de 1842, un

XUM

dación y ordenación, de acarreo erudito y el esfuerzo normativo, en el orden social y en el literario y lingüístico realizada por Bello, fue enorme. El, con modos conservadores, puso las bases de la conciencia hispanoamericana que había de orientar después, por más liberales caminos, Pedro Henríquez Ureña.

Henríquez Ureña aparece en el instante de partida de otro vasto movimiento de emancipación económica y social en el que aún estamos empeñados. En 1810, al iniciar la burguesía criolla de grandes terratenientes la emancipación política de España, Bello tenía 29 años de edad; cuando las masas campesinas y proletarias de México inician, un siglo más tarde, la Revolución económica y social en nuestra América, Pedro Henríquez Ureña acaba de cumplir 26 años. Educado por dos grandes forjadores de hombres, su propia madre, Salomé Ureña de Henríquez, y Eugenio María de Hostos, será él también, desde su infancia, maestro y orientador.[2] Su primer libro, *Ensayos críticos* (La Habana, 1905), contiene no sólo apreciaciones sagaces sobre letras italianas, inglesas e hispanoamericanas, en torno a la música y a la sociología, sino tesis y orientaciones que hallarán después concreción y madurez en libros posteriores, como *Horas de estudio* (París, 1910) y *La enseñanza de la literatura* (México, 1913). En este último ensayo, sobre todo, se manifiesta de modo explícito la importancia de la *buena orientación*, destacada aun más en la charla pronunciada en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, en 1930, con el título de *Aspectos de la enseñanza literaria en la escuela común*. En ella afirma Henríquez Ureña:

anónimo comunicante afirmaba: "La cuestión del romanticismo, que se ha ventilado en estos días en los periódicos nacionales, pertenece a la literatura moderna; y con decir esto sólo ya se entiende que debe ser una cuestión social, que afecta más o menos los intereses del ciudadano, y que pone en movimiento algunas pasiones. Con efecto, en la lucha de la escuela clásica con la romántica, ¿quién no ve conmoverse las bases sociales de diferentes épocas, y pugnar abiertamente la tradición con el espíritu innovador, y la aristocracia con el espíritu democrático? Pues bien, semejante lucha no podía ser tan fría ni tan pacífica como una cuestión de química y astronomía, ni la prensa tampoco que les ha servido de palestra, podía tomar la serenidad y sosiego de una academia." Norberto Pinilla, *La polémica del Romanticismo*, Buenos Aires, Americalee (1943), p. 139.

[2] Vid. Max Henríquez Ureña, *Hermano y maestro*, Santo Domingo, Librería dominicana, 1950.

> Quizá en esa fórmula, **buena orientación**, podríamos compendiar todo el secreto de la enseñanza literaria, tanto en la escuela elemental como en la superior. Quien haya adquirido en las escuelas normales, o en los colegios nacionales, o en los liceos, o por propia cuenta, la buena orientación, estará en aptitud de acertar siempre. Buena orientación es la que nos permite distinguir calidades en las obras literarias, porque desde temprano tuvimos contacto con las cosas mejores. ¡Cuánta importancia tiene que el maestro sepa distinguir entre la genuina y la falsa literatura; entre la que representa un esfuerzo noble para interpretar la vida, acendrando los jugos mejores de la personalidad humana, y la que sólo representa una habilidad para simular sentimientos o ideas, repitiendo fórmulas degeneradas a fuerza de uso y apelando, para hacerse aplaudir, a todas las perezas que se apoyan en la costumbre! Bien se ha dicho que el primero que comparó a una mujer con una rosa fue un hombre de genio y el último que repitió la comparación fue un tonto. Toda literatura genuina tiene sabor de primicia: aun cuando ninguno de los elementos de que se compone resulte estrictamente nuevo, queda la novedad de la manera, del acento que nos revela cómo el escritor ha sentido de nuevo las emociones que expresa, aunque sean eternas y universales; cómo ha creado de nuevo sus imágenes, aunque surjan de cosas vistas por todos. Por eso, quien haya formado su gusto literario en la lectura de obras esenciales, de obras que representan creación e iniciación, discernirá fácilmente el artificio de las cosas falsas.

A idéntico afán orientador responden sus *Tablas cronológicas de la literatura española*, publicadas primero en México, en 1913, y reeditadas siete años más tarde en la Universidad de Minnesota; sus estudios sobre el Renacimiento español, sobre versificación y sobre el español en América. Los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (Buenos Aires, 1928), que constituyen el punto de partida de la crítica literaria hispanoamericana contemporánea, están agrupados en dos grandes secciones: "orientaciones" y "figuras". En el primer grupo aparecen ensayos que encierran las bases para el más justo enjuiciamiento de nuestras letras. Como en otra parte hemos hecho notar[3], toda la producción crítica de Pedro Henríquez Ureña se resume en el empeño de orientarnos en la búsqueda de nuestra propia y peculiar expresión hispanoamericana.

[3] José Antonio Portuondo, *Situación actual de la crítica literaria hispanoamericana*, México, Cuadernos Americanos, 1949, pp. 3-6.

XUM

Mas para él, recuérdese, la literatura no se reduce a "una habilidad para simular sentimientos o ideas", sino que considera sólo genuina a "la que representa un esfuerzo noble para interpretar la vida, acendrando los jugos mejores de la personalidad humana". De ahí su ancha y profunda visión de la literatura en constante juego dialéctico con los demás órdenes y esferas culturales, tal como se expresa en las dos obras que resumen su pensamiento a este respecto: *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, aparecida en inglés en 1945, versión española en 1949, y la *Historia de la Cultura en la América Hispánica* (México, 1947) que no alcanzaría a ver publicada.

Testigo de la Revolución Agraria Mexicana, partícipe él también, como su amigo argentino Héctor Ripa Alberdi, de las nuevas ansias de justicia que llevaron la urgencia de las calles a sacudir la incurable caquexia de los claustros académicos, aun sumidos en los moldes conservadores trazados por Bello y sus discípulos, Pedro Henríquez Ureña señaló a los escritores su deber de participar en la gran faena colectiva como paso indispensable en el hallazgo de nuestra propia expresión. Con plena conciencia de su condición de maestro y orientador de las nuevas generaciones literarias hispanoamericanas, escribió estas palabras:

> El ideal de justicia está antes que el ideal de cultura: es superior el hombre apasionado de justicia al que sólo aspira a su propia perfección intelectual. Al diletantismo egoísta, aunque se ampare bajo los nombres de Leonardo o de Goethe, o pongamos el nombre de Platón, nuestro primer maestro de utopía, el que entregó al fuego todas sus invenciones de poeta para predicar la verdad y la justicia en nombre de Sócrates, cuya muerte le reveló la terrible imperfección de la sociedad en que vivía. Si nuestra América no ha de ser sino una prolongación de Europa, si lo único que hacemos es ofrecer suelo nuevo a la explotación del hombre por el hombre (y por desgracia, ésa es hasta ahora nuestra única realidad), si no nos decidimos a que ésta sea la tierra de promisión para la humanidad cansada de buscarla en todos los climas, no tenemos justificación: sería preferible dejar desiertas nuestras altiplanicies y nuestras pampas si sólo hubieran de servir para que en ellas se multiplicaran los dolores humanos, no los dolores que nada alcanzará a evitar nunca, los que son hijos del amor y la muerte, sino los que la

> codicia y la soberbia infligen al débil y al hambriento. Nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro cuando, constituida en magna patria, fuerte y próspera por los dones de su naturaleza y por el trabajo de sus hijos, dé el ejemplo de la sociedad donde se cumple "la emancipación del brazo y de la inteligencia".[4]

Como Bello, el fundador, el conservador, Pedro Henríquez Ureña, orientador liberal en la hora ardiente de la Revolución Hispanoamericana, no elude su deber de hombre y de ciudadano tras el cobarde pretexto de la absorbente faena erudita, sino que nos enseña, con palabras y ejemplos, a cumplir limpiamente la obligación política y social, sin mengua de la devoción literaria, estimulando el quehacer cultural con el vigor y el impulso dimanados del empeño justiciero. Y a quienes aspiran a hallar la expresión definitiva de nuestra América, Patria de la Justicia, advierte:

> Ahora, no nos hagamos ilusiones: no es ilusión la utopía, sino el creer que los ideales se realizan sobre la tierra sin esfuerzo y sin sacrificio. Hay que trabajar. Nuestro ideal no será la obra de uno o dos o tres hombres de genio, sino de la cooperación sostenida, llena de fe, de muchos, innumerables hombres modestos; de entre ellos surgirán, cuando los tiempos estén maduros para la acción decisiva, los espíritus directores; si la fortuna nos es propicia, sabremos descubrir en ellos los capitanes y timoneles, y echaremos al mar las naves.
>
> Entre tanto, hay que trabajar, con fe, con esperanza todos los días. Amigos míos: a trabajar.[5]

He aquí la suprema orientación, con absoluta vigencia todavía, que emana de la vida y de la obra de Henríquez Ureña. Todo intento de reducir su magisterio al simple empeño erudito, al culto exclusivo de lo intelectual, al perfeccionamiento narcisista del gusto literario o al interesado y cobarde atrincherarse en las raíces, que parece ser para algunos, el único objeto de la investigación literaria o lingüística, no es otra cosa que flagrante traición a su pensamiento. Porque Pedro Henríquez Ureña, como sus antecesores y maestros, Andrés

[4] "Patria de la Justicia", en *Ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, Raigal, 1952, p. 31.
[5] *Loc. cit.*, pp. 31-32.

XUM

Bello, Salomé Ureña de Henríquez, Eugenio María de Hostos y José Martí, no pretendió nunca escapar al deber de su tiempo escudado en el quehacer literario, y se dio, hasta su muerte, a la lucha serena y constante por preparar los caminos al mundo de mañana, por abrir la mente inquieta de las nuevas generaciones a las utopías que se esfuerzan por ser ya realidad, a la noble faena de orientar a los escritores hispanoamericanos en la búsqueda indispensable de nuestra expresión, la expresión peculiar, inconfundible, de Hispanoamérica, Patria de la Justicia.

JOSÉ ANTONIO PORTUONDO
Universidad de Oriente,
Santiago de Cuba

Una Voz

A los diez años de su muerte

A los diez años de la muerte de don Pedro Henríquez Ureña, su figura se nos ofrece ya rodeada de una levísima aureola. Sólo en la impertubabilidad del recuerdo podía aparecer, porque su espíritu era todo vida. Pero la larga distancia ha inmovilizado su imagen, y un vago vapor de eternidad comienza a elevarse desde sus plantas a sus sienes.

En ciertos lugares, acaso en ciertos espíritus nada más, la pausada voz del maestro parece resonar como una especie de salmodia. Mas la salmodia se vuelca desde una fuente viva de sabiduría y el recuerdo traduce los sones en palabras y las palabras en ideas y las ideas en armoniosas y sutiles imágenes de cosas. Porque él no podía ver las cosas sino en armoniosas imágenes, en hermosas imágenes que le atrajeran por su ajustada representación y por su belleza formal.

Yo no lo puedo imaginar sino hablando muy lentamente, con un ritmo verbal que denotaba la exquisita y decantada prudencia que otorga la sabiduría, pero que no llegaba a ocultar la militante actitud crítica ni la ágil profusión de los pensamientos que entrechocaban en su mente. Acaso haya otras muchas imágenes posibles de él, pero acaso ninguna merezca perdurar como ésta lo merece.

En el coloquio, aquella voz suave hecha de ironía y bondad a un tiempo, se deslizaba fugitiva unas veces tras el impacto incontestable, o se demoraba otras en el infatigable análisis de las cosas, riguroso e imaginativo como un escolástico, fino y sensible como un cortesano dieciochesco. Su voz no

XUM

estaba hecha para la imprecación, ni para la injuria, ni para el debate; estaba hecha para el trasiego de las ideas, para ofrecerlas y acogerlas como reflejos del espíritu, para modelar su cuerpo, para ceñir su talle, para peinar su cabellera. Era la voz de un artista de las ideas. Ninguna estructura dogmática lo contenía, ningún compromiso intelectual le imponía su yugo, ningún perjuicio lo atemorizaba. Medido en el andar, contenido y débil en el gesto, tenía una insospechada audacia en el pensamiento y un desusado valor moral para defenderlo. Era el suyo un pensar libre, y parecía casi siempre un puro pensar.

El maestro que había en él no solía hallar en la tribuna un sitial propicio. Quien sólo lo conociera allí, no sabría de él sino lo menos profundo. Su voz no estaba hecha para ambular por los espacios deshabitados ni su pensamiento para dispersarse entre fantasmas desconocidos. Era una voz humana hecha para oídos humanos, incapaz de estridencias ni de expresar sonidos para que descubrieran su significado a través de atmósferas impuras. El maestro crecía hasta alcanzar un aire socrático en el diálogo desapasionado, en el coloquio libre, a través del despliegue de los espíritus. Ciertamente, le era necesario sentir el retorno de sus ideas después de haber irisado las mentes, le apasionaba descubrir las metamorfosis del pensamiento en su vagabundeo a través de climas diversos, le sucedía la magia de su expresión cuando se independizaba del pensamiento que la engendrara.

Acaso fuera, en el fondo y por sobre todo, un temperamento estético, y acaso fuera el coloquio su obra más depurada. Parecía adivinarse en él la perpetua ilusión de que las ideas surgieran siempre revestidas de peplos griegos, sutilmente plegados, conformando los torsos y las caderas, pero luego libérrimos en sus caídas, como resistiendo delicadamente a todas las auras. Las ideas parecían valer a sus ojos cuando reflejaban armonías profundas, de esas que su espíritu intuía en la meditación y reflejaba luego con vagas y esotéricas alusiones que eran, empero, hitos precisos en el encadenamiento de las ideas.

Porque la levísima aureola con que ya, a los diez años de su muerte, parece rodeada la figura de don Pedro Henríquez

Ureña, está hecha del contraste entre lo ilusorio y lo real, entre lo impreciso y lo definido que yacía en su espíritu y comienza a desprenderse de sus cenizas a la luz del recuerdo. Lo veo sumido en sus libros y sus papeles, lo veo precisando el contorno de un pensamiento, y lo veo al mismo tiempo persiguiendo quimeras profundas e irreales. Poeta y filósofo para sí, supo ser sabio para los demás. Extraño caso el suyo.

JOSÉ LUIS ROMERO
Buenos Aires,
Argentina

Pedro Henríquez Ureña, profesor en la Argentina

He leído más de una vez en publicaciones hispanoamericanas artículos que conjeturaban acerca de los motivos que pudo tener Pedro Henríquez Ureña para radicarse definitivamente en la Argentina, y alguna del país ha expuesto con inexactitud la forma en que se incorporó a nuestro medio. Mi intervención directa y, puedo decirlo, exclusiva, en las gestiones preparatorias, fueron conocidas por varios amigos comunes; al contarla ahora creo contribuir a documentar la biografía del maestro. Pero, ¿cómo prescindir del pronombre de primera persona sin quitarle al relato valor testimonial y aserción responsable. El precepto pascaliano, vigilante con sus ojillos de diéresis, me coarta: "le *moi* est haissable". Sí, el *yo* es detestable; mas los rodeos para evitarlo suelen impedir la claridad, y sin ésta toda información es equívoca.

Mi relación personal con los hermanos Henríquez Ureña empezó con Max, quien me envió un ejemplar de su libro *Tres poetas de la música*. Acabo de verificar la data en la dedicatoria manuscrita: Santiago de Cuba, 7 de abril de 1918. Nos cruzamos dos o tres cartas. En el verano de 1921 vino a Buenos Aires; yo me encontraba de vacaciones en el campo y a mi regreso él había partido. Ese mismo año se realizó en México un congreso internacional de estudiantes americanos al que concurrieron cinco platenses, entre ellos dos ex alumnos míos del Colegio Nacional de La Plata, Héctor Ripa Alberdi y Arnaldo Orfila Reynal. El primero, ya autor de un libro de versos —*Soledad*, 1920—, volvió por el Pacífico y reencendió ante

los compañeros estudiantiles de Lima, con verbo lírico, la prédica "reformista" de aquella hora, que él había hecho encandecer ante los compañeros mexicanos. Apenas llegó a nuestra ciudad, me visitó en mi casa. Desbordaba de impresiones y recuerdos: mares, tierras, hombres... Me traía un saludo de Pedro Henríquez Ureña y habló con particular efusión del gran dominicano residente en la capital de México.

—Es un hombre tan sencillo y bondadoso —me dijo— que, a pesar de la diferencia de edades y la altura de su posición intelectual, era como un camarada de todos los estudiantes... Intimó mucho con los argentinos. Yo tengo con él una deuda conmovedora: figúrese que me ha propuesto escribir un largo trabajo en colaboración...

Al año siguiente llegó Pedro Henríquez Ureña a Buenos Aires, integrando la misión mexicana presidida por el ministro de educación José Vasconcelos, enviada para asistir a la trasmisión del mando presidencial. Yo me había radicado aquel año en la capital federal. Mis dos ex alumnos me presentaron en seguida a su amigo. Al oír que éste se tuteaba con Orfila debí hacer un gesto de sorpresa, porque en cuanto nos hallamos solos, mi visitante se creyó obligado a explicarme aquella familiaridad:

—Durante la permanencia en México de estos jóvenes, su "voseo" me tentó a emplearlo en broma con ellos, y así quedó establecido inesperadamente nuestro tuteo. Lo singular es que yo me he tuteado con pocos amigos antiguos y de mi edad.

Agregó que la familiaridad entre los estudiantes argentinos y él se había acentuado en paseos y excursiones, durante los cuales solía pedirles que le entonasen canciones populares de nuestra tierra, siempre interesado por conocer las particularidades folklóricas de América. No era ése el fuerte de nuestros jóvenes representantes. Y sonrió al recordar la desafinación de uno, las confusiones de otro, la sorpresa de un tercero que no se explicaba aquella curiosidad insólita...

Estrechamos amistad rápidamente. Nos veíamos a diario. Juntos recorrimos el salón primaveral de Bellas Artes, asistimos a recepciones y banquetes y viajamos a La Plata, donde se celebró un acto universitario en homenaje a la misión mexicana y otro, el 14 de octubre, en la Facultad de Humanida-

des, donde Henríquez Ureña leyó las preciosas y memorables páginas que tituló *La utopía de América*. Tuve yo la satisfacción de presentarlo al auditorio en nombre del cuerpo de profesores. La embajada, compuesta sobre todo por destacadas figuras de las letras, atraía el interés de los centros de la cultura porteña. Era ministro de México el gran poeta Enrique González Martínez, siempre entusiasta y cordial; Vasconcelos no se negaba, por cierto, a disertar en público; Julio Torri leía relatos sutiles; Carlos Pellicer recitaba su canto reciente a las cataratas del Iguazú; Henríquez Ureña, reclamado por la concurrencia, solía decir su breve glosa a un pensamiento de Rabindranath Tagore. Una noche manifestó el deseo de ver actuar a Roberto Casaux y fuímos a la ópera donde trabajaba el celebrado cómico.

Al partir de regreso la misión, mi nuevo amigo se despidió de mí con un promisorio ¡hasta pronto! Encariñado con la Argentina, ya me había expresado su esperanza de radicarse en ella.

Nuestra correspondiencia epistolar se inició con una carta suya datada en México el 20 de marzo de 1923. Extraigo de ella esta declaración estilística: "A poco de llegar aquí —tardamos dos meses— le envié *Mi España*, que espero le haya llegado y le haya llevado mis recuerdos, como yo mismo: creo que voy acercándome (al menos eso procuro) a escribir en el tono de la conversación y aspiro a que mis artículos —mientras no puedan ser sustanciales— sean conversaciones con amigos". En la misma carta hay una referencia a su novia; y agregaba, sin duda pensando en ella también: "No abandono mi deseo de irme a la Argentina, aunque las circunstancias me obliguen a esperar".

El 23 del mes siguiente me escribió de nuevo: "Aunque no tengo noticias de usted, después del envío de *Mi España*, creo tener en usted uno de mis mejores amigos argentinos, y por eso me atrevo a molestarlo. Por ahora, a reserva de escribirle más despacio, le envío la primera de las *Cartas a mi tierra*, que deseo dar a conocer en la Argentina, y que enviaré en serie. Tengo mi escrúpulo y por eso acudo a usted: no sé dónde encajará mejor la serie, ya que hago afirmaciones que pueden tomarse como excesivas. Le ruego, pues, que usted de-

XUM

cida dónde es preferible que aparezcan las *Cartas* y las entregue al diario o revista que escoja". Recibí, en efecto, el trabajo anunciado —primero y único— y lo entregué a la revista *El Hogar*, de Buenos Aires, donde apareció.

Los acontecimientos políticos de México arrasaron en seguida con la situación de aquel momento, y Henríquez Ureña perdió su cargo en el Instituto de Intercambio Universitario. Me escribió una carta angustiosa; recién casado, quedaba sin apoyo económico, en un medio hostil y con sus amigos también desalojados y desvalidos. Necesitaba salir de México y pensaba con más vehemencia que nunca en la Argentina. Pero ¿cómo vivir en ella? ¿Podría conseguir algún puesto público, alguna cátedra para contar con un sostén inicial?

Felizmente estábamos empeñados en la reforma del plan de estudios del Colegio Nacional platense y yo formaba parte del Consejo Superior universitario. El presidente de la Universidad, doctor Benito Nazar Anchorena, y el rector de aquel establecimiento, mi ex alumno doctor Luis H. Sommariva, acogieron mi pedido con simpatía y recta comprensión: el humanista dominicano podía ser un colaborador valioso. Tuve, pues, la alegría de ofrecer a mi lejano amigo tres cátedras secundarias de lengua castellana. Me escribió el 4 de diciembre: "Hoy he recibido su carta del 3 de noviembre y me apresuro a contestarle. Le agradezco infinito sus gestiones y quisiera poder irme en seguida. Pero las circunstancias me lo impiden, así es que le ruego resuelva con las autoridades escolares lo siguiente: ¿es posible que llegue yo en mayo o junio? Sé que es pedir demasiado, pero otra cosa es imposible para mí y quizás fuera factible encomendar los cursos interinamente a otras personas. Esto implicaría una gran cortesía, excesiva para quien todavía no ha podido iniciar sus cursos, pero no inconveniente para los sustitutos, puesto que recibirán la remuneración entretanto. Las circunstancias que me detienen son éstas: la primera es que precisamente a principios de marzo espero al primogénito. Si pudiéramos emprender el viaje inmediatamente la dificultad no sería tan grande y el niño sería argentino. Pero de momento no veo modo de reunir dinero para el viaje ni me atrevo a dejar abandonados mis embrolladísimos intereses. La situación económica de México

es muy mala; nadie tiene dinero; mis ahorros están metidos en tierras no acabadas de pagar, y éstas me representan, por ahora, deudas y no entradas. Ni hay a quién vender, ni siquiera a quién asociar. Pero claro es que de aquí a marzo habré logrado darle alguna solución al asunto".

En la misma carta se refería a la muerte de Héctor Ripa Alberdi, acaecida en La Plata el 18 de octubre de aquel año, y el párrafo terminaba con esta vinculación imprevista: "Aquí la Secretaría de Educación Pública organizó una velada a su memoria, y en ella me tocó hablar. Creo, por cierto, que mis palabras al aludir al conflicto universitario de la Argentina ahondaron mi separación de las autoridades mexicanas".

Pedro Henríquez Ureña, su joven y bella esposa y su hijita Natacha desembarcaron en Buenos Aires a fines de junio o principios de julio de 1924. Pedro había gastado en el largo y costoso viaje todo su dinero y se vió obligado a afrontar, durante los primeros meses, una situación penosa, sobre todo para su delicadeza moral. Deseaba instalarse en alguna pensión familiar, y la buscamos juntos. Se decidió por una situada en la calle Bernardo de Irigoyen, bastante próxima a la estación Constitución, y empezó a viajar diariamente; algunas veces lo hacíamos en el mismo tren. Fue recibido con gentileza por las autoridades del Colegio, pero varios profesores de la misma asignatura que él enseñaba, mostraron cierto desapego hacia el nuevo colega: tal vez encono para el "extranjero" recién venido que había logrado una posición envidiable, no alcanzada por ellos en largos años de ejercicio docente; quizás la sequedad un poco hosca del compañero ilustre, que debieron de interpretar como signo de superioridad despectiva, cuando no era sino reserva natural y hasta apocamiento en el trato social. También se esperaría de él la efusión de un tropicalismo desbordante, porque una vez, en la sala de profesores del vasto establecimiento, alguien lanzó en su presencia una saeta intencionada contra la hojarasca literaria de las tierras calientes. Con energía, pero sin destemple, el antillano consideró aquella generalización un lugar común de la ignorancia, y citó escritores ampulosos de regiones mucho menos cálidas de América. Hubiera podido presentarse él mismo como ejemplo de contención y sobriedad. Comprendí entonces

XUM

que el difundido concepto climático influía obsesivamente en su constante vigilancia del estilo. Y algo después supuse que el resquemor del episodio había aflorado en cierto párrafo de uno de sus trabajos de aquellos días, del que me limito a trascribir estas líneas: "Cada país, o cada grupo de países —está dicho— da en América matices especiales a su producción literaria: el lector asiduo los reconoce. Pero existe la tendencia, particularmente en la Argentina, a dividirlos en dos grupos únicos, la América mala y la buena, la tropical y la *otra*, los *petits pays chauds* y las naciones "bien organizadas". La distinción, real en el orden político y económico —salvo uno que otro *punto crucial*, difícil en extremo— ,no resulta clara ni plausible en el orden artístico".[1]

Inmediatamente se impuso por su saber. Asombraba la precisión de su memoria y el interés que manifestaba por conocimientos extraños a sus estudios habituales. Mi amigo inolvidable, el doctor Hilario Magliano, director del departamento de física y matemáticas del Colegio, me confirmaba lo referente a su especialidad: las preguntas que le hacía revelaban una sólida información. Pronto se vinculó a la ciudad universitaria mediante lecturas y conversaciones que grupos de estudiantes o asociaciones de cultura le pedían. En noviembre de 1924 el pintor platense Emilio Pettoruti, recién llegado de Europa después de una provechosa ausencia de diez años, inauguró la exposición de sus cuadros en la Universidad. Yo debí pronunciar las palabras de apertura; impedido por una enfermedad repentina, me reemplazó con ventaja Henríquez Ureña. Destaco de sus páginas esta declaración valiosa: "Si yo he ejercido —con intermitencias, y cada vez menos— la crítica literaria, he esquivado todo lo posible la crítica de artes plásticas, tal vez porque aspiro a persistir en la máxima libertad de mis gustos; creo que en las artes plásticas, aun más que en las letras, ha de ser permanente el reconocer las altas cualidades, pero han de variar en cálida fluidez las preferencias si se quiere que conserven realidad y vida. Si Emilio Pettoruti me cree capaz de hablar de su obra al público de su ciudad natal —y ya reincide—, es sólo porque juzga que los libros y los

[1] "Caminos de nuestra historia literaria", en la revista *Valoraciones*, tomo II, n. 6, La Plata, junio de 1925.

museos no me han robado la facultad de pensar, ni siquiera la aptitud para ver".[2]

El cansancio del viaje diario y la obligación de madrugar lo decidieron a instalarse en La Plata; hubo, tal vez, otra razón poderosa: su necesidad socrática de continuar el diálogo con los alumnos predilectos, después de clase. Solía vérsele con tres o cuatro de ellos por calles y paseos; supe que las reuniones en su casa se prolongaban hasta después de medianoche. Yo almorcé en ella algunas veces, solamente con Pedro e Isabel, su esposa. En una ocasión, de sobremesa, mi amigo me propuso organizar en colaboración una antología poética hispanoamericana. Esta obra lo tentaba desde que en 1910 había participado en la *Antología mexicana del centenario* con Luis G. Urbina y Nicolás Rangel. Trabajamos varios meses sobre un plan suyo; abandonamos temporariamente, no recuerdo por qué, nuestra labor; la reanudamos en Buenos Aires, cuando él volvió a radicarse en esta ciudad, y finalmente, con motivo de su viaje a Santo Domingo, quedó interrumpida para siempre. Tengo presente que habíamos escogido numerosas piezas y escrito veinte o treinta notas bibliográficas. La admirable memoria de Pedro anticipó el texto inhallable de dos o tres poesías antillanas; verifiqué después su exactitud. Amaba los versos y nunca citaba uno solo sin adoptar la entonación reverente que lo destacara en la espontaneidad descuidada de la charla.

La atracción de Buenos Aires —teatro, conferencias, exposiciones—, el reclamo de sus amistades porteñas y otras tareas docentes ya iniciadas en la gran ciudad, lo devolvieron a ella con su mujer y sus dos hijas, argentina la segunda. Sin embargo, continuó viajando casi diariamente, pues siempre mantuvo, como he dicho, sus tres cátedras en el colegio platense, fuente principal de sus recursos, aunque obligación dura y monótona. Llegaba al tren en el último instante con su cartera abultada, y empleaba la hora de viaje en corregir los trabajos de sus alumnos de segundo y tercer años, o en dormitar, eterno deudor del sueño sacrificado al estudio, a la velada entre amigos, al Colón. Hallaba tiempo, sin embargo, para escribir un

[2] "Sobre la obra pictórica de Emilio Pettoruti", en *Valoraciones*, tomo II, n. 5, La Plata, enero de 1925.

XUM

artículo o dar una conferencia, y entre éstos no olvido su espléndida colaboración al ciclo de difusión cultural que como rector del Colegio Nacional de La Plata organicé en 1929. Le correspondió a Henríquez Ureña la disertación octava y nos leyó un estudio sobre *Música popular de América*, que fue convenientemente ilustrado por una pianista y una cantante. Ese estudio de cincuenta y siete páginas impresas, nunca reproducido, yace casi ignorado en el volumen de limitada circulación que recogió aquellas disertaciones.[3] Al prepararlo para el libro, el autor le añadió notas bibliográficas y aclaratorias y ampliatorias. He aquí el principio de su breve introducción:

> Que el título escogido para mi disertación sea mi defensa: **Música popular de América** no me compromete a hablar de toda la música de nuestra pareja de continentes: me permite limitar el campo. Ya en el camino de las limitaciones, resulta fácil la primera: no hablar del Río de la Plata; no llevar lechuzas a Atenas ni naranjas al Paraguay. Era natural, además, declarar la separación —a pesar de ligeros contactos y coincidencias—entre nuestra América latina y la América inglesa. Era difícil penetrar en la maravillosa selva del Brasil. Y así, de exclusión en exclusión, porque la variedad de países y regiones multiplica las dificultades, llegué a la limitación definitiva: tratar sólo de la música de las Antillas y de México.

Quede también transcrita aquí la diferencia entre el arte popular y el vulgar, tan nítidamente establecida en aquella introducción:

> Está en crisis el arte popular genuino: en muchos países —los de nuestra América española entre ellos— va camino de desaparecer. Es una forma de cultura que expresa el **sentido de la tierra**. Hay quienes la consideran cultura arcaica, que guarda, empobrecidos, los restos de formas superiores, nacidas en la alta cultura: así, las reliquias de la música litúrgica de la Edad Media en la canción popular de diversos pueblos de Europa. Pero el arte popular no es sólo conservación: transforma cuanto adopta, lo acerca a la tierra; además, crea. Como actividad espiritual genuina, es creación.
>
> El arte popular se refugia ahora en los campos, y hasta allí lo persigue y lo acosa el arte vulgar, industria de las ciudades,

[3] *Conferencias*, primer ciclo, volumen I, pp. 179-236, La Plata, 1930.

especialmente de las capitales. Nunca es obra del hombre sencillo sino del que ha entrado a medias en la cultura, que olfatea la moda y mezcla, en dosis variables, según los casos, heces de civilización y espumas de pueblo. El arte vulgar se extiende desde los cuadros de pintores en boga, los Bouguereau de ayer o los Chabas de hoy, hasta los cromos de almanaque; desde las novelas académicas de Henry Bordeaux y de Ricardo León hasta el sainete de humildes teatros de barrio; desde las óperas triviales que en los grandes escenarios alternan con **Don Juan**, con **Tristán e Isolda**, con **Boris Godunov**, con **Peleas y Melisanáa**, hasta los **cuplés** de revista.

No que el arte vulgar merezca siempre desdén: tiene, se ha dicho, sus aciertos, y tantos más cuanto más se acerca a las formas populares. En música los aciertos son más frecuentes que en otras artes: porque las melodías y los ritmos del pueblo se insinúan fácilmente en los gustos del hombre de ciudad y el músico los lleva incorporados a su sensibilidad desde la infancia, mientras que las formas ingenuas de las artes plásticas y de la poesía tropiezan con graves resistencias en el ambiente urbano. El gran pecado del arte vulgar no es que pueda errar: yerra también el arte culto; yerra el popular, aunque no lo crean los idólatras del estado de naturaleza. El gran pecado lo lleva en su fuerza de destrucción, que lo empuja a cegar las fuentes mismas en que bebe mejor: terrible paradoja. La música de jazz, que se nutre de invenciones del campesino negro, extraídas del Sur de los Estados Unidos, al refluir sobre la región creadora va matando en los antiguos esclavos el don de inventar; el tango, irradiando desde Buenos Aires, arrincona y desaloja a las danzas criollas del interior de la Argentina. ¡Lamentable visión, la del futuro en que las artes populares hayan perecido bajo la opresión de la imprenta, el cinematógrafo y la radiotelefonía, invenciones de genio esclavizadas para servir de instrumentos a la mediocridad presuntuosa! Mientras tanto el arte culto se refugiará en atmósferas enrarecidas, perdiendo calor y sangre...

Probemos a atajar tales desastres: llevemos nuestro óbolo a la empresa de salvación, como llevan sus tesoros Albéniz y Falla, Igor Stravinski y Bela Bartok.

La esperanza de poder aliviarse un día de la esclavitud que le representaba corporal y espiritualmente el viaje y la enseñanza secundaria, era una cátedra en la Universidad de La Plata. Como primer paso para llegar a ella le propuse que optara a la suplencia de una de las mías en la Facultad de Humanidades. Obtuvo ese cargo; dictó anualmente las clases reglamentarias e integró las mesas examinadoras; pero una

XUM

resolución del Consejo Académico dispuso que sólo podrían ser profesores titulares los argentinos nativos y los extranjeros naturalizados. Henríquez Ureña creyó que la ordenanza le estaba particularmente dirigida, y como nunca pensó en obtener carta de ciudadanía argentina, no pudo llegar a la titularidad en ninguna cátedra de aquella casa de estudios. También fue profesor suplente de la cátedra de literatura hispanoamericana en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, y juntos formamos repetidas veces tribunales examinadores; pero aunque no se le opuso allí el impedimento de la nacionalidad, tampoco llegó a ser titular, no obstante haberse producido la vacancia del cargo y corresponderle el mismo. En cambio, fue incorporado al Instituto de Filología, de dicha Facultad, dirigido por el doctor Amado Alonso, su amigo y colaborador en obras didácticas, y realizó trabajos de gran mérito que editó dicho Instituto.

Más suerte tuvo, como docente, en el Instituto del Profesorado Secundario de Buenos Aires. Desempeñó con autoridad indiscutida la cátedra de literatura hispanoamericana y conquistó siempre la devoción de sus alumnos. Como yo pertenecía al establecimiento y tenía a mi cargo materia afín a la suya, constituíamos mesa examinadora común. Hacia la terminación del año lectivo de 1931, Pedro me dijo que el gobierno de su país lo había designado para ocupar el Ministerio de Educación y que anhelaba desempeñar esa función como un deber patriótico, pero que no se decidía a comprometer la estabilidad de su situación docente en la Argentina. Ignoro si se proponía permanecer corto tiempo en su tierra o si temía que las fluctuaciones políticas pudiesen obligarlo a abandonar pronto el ministerio, y él no ignoraba la anomalía que significaba obtener licencia en sus cátedras argentinas para ir a desempeñar una función de aquella naturaleza en su país de origen. La proximidad de las vacaciones allanó temporariamente la dificultad; logróse adelantar el examen de sus alumnos, y partió. El 20 de noviembre recibí carta suya, escrita a bordo del *Eastern Prince*, frente a Santos. Me decía:

> De Rosario le había escrito unas líneas, pero, como usted supo, no nos pudimos embarcar allí. El trastorno sirvió para

que conociéramos la ciudad y muestras asombrosas de generosidad argentina. Regresamos por unos días a Buenos Aires, y cuando esperaba ocuparme de los amigos, se nos enfermó Natacha de enterocolitis y al fin tuvimos que embarcarnos con ella todavía enferma. Ahora el mar y el reposo nos han mejorado a todos. Espero llegar a Santo Domingo con normalización general.

De Santo Domingo, mientras ejercía el cargo de superintendente general de Enseñanza, me escribió el 16 de febrero de 1932 la tarjeta que transcribo:

Desde que llegué aquí caí en el vórtice, como habría dicho un romántico, y tengo muy pocos minutos fuera del trabajo. La Superintendencia, con escaso personal, atiende las necesidades de una población que parece estar en 1.200,000 habitantes. No he querido comenzar con grandes reformas: hay crisis, y toda reforma cuesta algo. He obtenido ya, sin embargo, una disposición del Consejo Nacional de Educación que, si no suprime los exámenes, exime de ellos a los mejores alumnos, como en la Argentina; he acortado los períodos de exámenes y aumentado el número de clases. Hemos organizado, con profesores que trabajamos gratis, la suspendida Facultad de Filosofía y Letras. He visitado el interior del país (yo sólo conocía siete puertos) y me ha sorprendido el aspecto continental, no isleño, de sus montañas y valles: acaso único en las Antillas, porque tenemos las alturas (hasta 3,140 metros) mayores de todo el archipiélago; Santo Domingo tiene forma de tortuga mientras que Cuba es larga y llana. He dado, además, muchas conferencias.

Y terminaba:

He pedido licencias en el Colegio y en el Instituto. Si usted puede influir favorablemente, se lo agradeceré.

Resuelto así el pedido para las cuatro cátedras, el profesor dominicano volvió a ellas al terminar las licencias.

A sus tareas docentes añadió la dirección de una sección de las ediciones Losada: "Cien obras de la literatura y del pensamiento universal". Escogía las obras, escribía para cada una varias páginas de introducción —nunca meras noticias, a veces notables resúmenes de la crítica universal, como en *La Ilíada*, o estudios sobrios y luminosos, como al frente de *Facundo*— y además corregía escrupulosamente las pruebas.

XUM

Recuerdo haberle visto aprovechar minutos, entre dos turnos de exámenes, para revisar las galeradas húmedas. Pero su siempre soñada historia de la literatura hispanoamericana —¡quién, sino él, era el llamado a dárnosla!— esperaba... Me habló de ella cuando nos conocimos; nuestra antología frustrada debió de estar dentro del mismo plan; poco antes de morir le oí lamentarse de no poder consagrarle el tiempo y la exclusividad necesarios. No hay duda que innumerables apuntes, artículos, disertaciones, y sus clases semanales de la materia iban clarificando, distribuyendo y dando forma parcial a sus enormes acumulaciones; y no todo se perdió, pues sus dos últimos libros fueron extraídos de tan rica experiencia y de tan valiosos yacimientos.

Trabajaba sin biblioteca propia, lo que contribuía a la dispersión del esfuerzo y a la pérdida de muchas horas. Sus mejores libros habían quedado en Santo Domingo, en Cuba, en México, en poder de sus hermanos y sus amigos. Solía referirse a obras difíciles de reemplazar, anotadas por su mano, que había dejado en aquellos países, y tengo muy presente su nostalgia de bibliófilo al evocar un ejemplar suyo de la primera edición de André Chénier, que tenía en La Habana. En repetidas ocasiones, cuando debía dictar las clases anuales correspondientes a la suplencia de mi asignatura en la Facultad de Humanidades, con temas de mi programa, pasó horas en mi casa, entre mis libros, tomando los apuntes que necesitaba. Conservo esos ejemplares con la huella de su lectura: un punto dejado por el lápiz en los márgenes para señalar una línea o un párrafo. Sé que era su costumbre, porque en obras que me facilitó o regaló, descubrí esa guía perceptible pero diminuta. A veces subrayaba una palabra. Y poseo un libro que él debió de pedirme cuando trabajábamos en la abandonada antología —pues se trata de la *Antología de poetas modernistas americanos*, organizada por C. Santos González y prologada por Rufino Blanco Fambona, edición Garnier Hermanos, París, 1913— que en la página XVIII del prólogo muestra una anotación marginal de tres palabras con su letra. Fue probablemente, una reacción de fastidio, un impulso de réplica aleccionadora. El párrafo apostillado se refiere al poeta mexicano Salvador Díaz Mirón y dice así: "Su personali-

dad potentísima e inconfundible ha troquelado en su nueva manera una estrofa de ocho heptasílabos; el cuarto, agudo, rimando con el octavo, los tres primeros rimando entre sí, y los quinto, sexto y séptimo también monorrimos. Ya le han imido la estrofa, Rubén Darío el primero". El sabio lector de mi ejemplar anotó al lado de la ligera afirmación: "¡El viejísimo céjel!" Como es sabido, Henríquez Ureña mantuvo siempre su devoción a la poesía del gran lírico nicaragüense.

El autor de *La versificación irregular en la poesía castellana* (Madrid, 1920), tenía evidente predilección por los estudios métricos, que no abandonó durante su residencia en la Argentina. Entre sus trabajos platenses figura uno de 1926 titulado *En busca del verso puro;*[4] casi veinte años después amplió notablemente el iniciado en 1909 sobre *El endecasílabo castellano,*[5] y guardo una carilla de 1945 en que su mano anotó varios trabajos en inglés y en alemán sobre el soneto de Lope de Vega, que no recuerdo si correspondía a investigaciones que hubiera iniciado en los últimos años.

Una tarde, mientras tomábamos exámenes y él presidía, me deslizó un sobre a escondidas; el brillo que sorprendí en sus ojos confirmaba la sorpresa: era la invitación de Harvard a ocupar con un curso de su especialidad la cátedra Charles Eliot Norton, de prestigio mundial, que había contado en años anteriores con las presencias del helenista Gilbert Murray, del físico Alberto Einstein, del músico Igor Stravinsky. El profesor Pedro Henríquez Ureña permaneció en los Estados Unidos durante el año académico 1940-1941. A su regreso, las ocho conferencias dadas por él, en lengua inglesa, en el Fogg Museum of Art, fueron reelaboradas en Buenos Aires y constituyeron el volumen titulado *Literary currents in Hispanic America* (Cambridge, 1945). La obra, traducida al español por Joaquín Díez-Canedo, apareció impresa en México en 1949.

[4] *Valoraciones,* números 10 y 11.

[5] Fue publicado en el número 49 del *Boletín* de la Academia Argentina de Letras —corporación de la que el autor era miembro desde 1934— con esta nota: "El presente trabajo es, en parte, reconstrucción de uno anterior, publicado en la *Revista de Filología Española,* de Madrid, 1919, y, en parte, enteramente nuevo, especialmente en la porción dedicada a las formas contemporáneas del verso". La primera redacción, fechada en 1909, había sido incluida en el libro juvenil *Horas de estudio,* París, 1910.

XUM

Tres años antes, el 11 de mayo de 1946, el autor se había dormido, para no despertar, a mediodía, en un tren que lo llevaba a sus cátedras platenses. La cartera abultada, llena de ejercicios gramaticales, minuciosamente corregidos por el humanista que enterraba horas preciosas en esa labor cotidiana, quedó a su lado, testigo indiferente.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA

Academia Argentina de Letras,
Buenos Aires, Argentina.

Pedro Henríquez Ureña y sus Presencias en Cuba

En el interesante trabajo "Hermano y Maestro", que precede la *Antología* de Pedro Henríquez Ureña, su hermano Max ofrece datos y fechas imprescindibles para mejor conocer los primeros pasos en las letras, como poeta y crítico, de quien llegara a ser ilustre humanista y animador de la cultura americana. Allí se nos presenta con precisión el que fue un caso de precocidad literaria, pues sus primeras composiciones poéticas corresponden a sus más tiernos años de edad. La inclinación a la crítica surge a poco, y según recuerda Max, uno de los primeros esbozos de Pedro fue un comentario en una velada infantil celebrada durante la estancia de la familia en Puerto Plata, sobre una "conocida composición poética de Gutiérrez Nájera, 'La Serenata de Schubert' ". El comentario y la crítica llegaron a ser frecuentes, especialmente en las reuniones de la casa de las hermanas Feltz, un centro de lecturas y de vida intelectual. En el ensayo, a manera de dedicatoria, que figura en su libro *Horas de Estudio*, "A Leonor M. Feltz, en Santo Domingo", el autor dejó registrado ese feliz período de su adolescencia:

> ¡Qué multitud de libros recorrimos durante el año en que concurrí a vuestra casa, y, sobre todo, qué río de comentarios fluyó entonces! Vuestro gusto, sin olvidar el respeto debido a los clásicos, a Shakespeare (que entonces releíamos casi entero), a los maestros españoles, nos guió a recorrer la poesía castellana de ambos mundos, el teatro español desde los orígenes del romanticismo, la novela francesa, la obra de Tolstoi, la de

XUM

> D'Annunzio, los dramas de Hauptmann y de Sudermann, la literatura escandinava reciente y, en especial, el teatro de Ibsen, cuyo apasionado culto fue el alma de vuestras reuniones.

Esta página, escrita en México en octubre de 1909, es como el resumen de un momento culminante de su formación, aquel en que el ensayista y el humanista se revelan y emprenden el camino de su futura dedicación.

Los vaivenes políticos y revolucionarios juegan papel importante en la vida familiar. En 1901, cuando Pedro sólo tenía 17 años de edad, su padre lo envía a New York, junto con su hermano mayor Fran, para que cursara estudios universitarios. Pero al año siguiente ambos tienen que trabajar como empleados de comercio, pues la revolución de 1902 derriba al gobierno, obliga al padre a trasladarse a Cuba y finalmente se establece como médico en Santiago, donde en 1904 se le junta Max. En ese mismo año Pedro y Fran se trasladan a La Habana, y aquí, por recomendación del generalísimo Máximo Gómez, dominicano de nacimiento, obtienen empleo en una casa de comercio.

Pedro y Max, en sus tempranos años de Santo Domingo, sintieron la obsesión de los periódicos literarios. Y manuscritas aparecieron sus primeras hojas, dedicadas a ser leídas en el círculo familiar. Max fundó *La Tarde*, que cambió después por *El Faro Literario*. Y más tarde fundó *El Ideal*, revista literaria que imprimía con otros compañeros. Pedro "echó a la circulación otra hojita, también hebdomadaria, que bautizó *La Patria*, y en ella aparecieron reproducciones de nuestros poetas con comentarios suyos, que acaso fueran la primera manifestación de sus futuras dotes de crítico y ensayista". Fran, por su parte, aparecía dirigiendo *El Ibis*. Esa inclinación resurgió cuando Max vino a residir con su padre en Santiago de Cuba, al fundar y dirigir *Cuba Literaria*, revista de la cual, según nos dice, a más de colaborador, Pedro era, en realidad, codirector. En ella aparecieron sus primeros trabajos publicados en Cuba, los que, según afirma su hermano Max, mejor lo dieron a conocer como crítico y ensayista, entre ellos los estudios sobre Rodó y D'Annunzio.

*

No se conoce con exactitud la fecha en que Pedro Henríquez Ureña llegó a Cuba en el año 1904, pero debió ser en los meses finales. Los artículos "D'Annunzio el poeta" y "Ariel", que Max publicó en *Cuba Literaria*, tienen las fechas 1903 y 1904, respectivamente, y seguramente fueron escritos antes de su llegada, así los dedicados a "Bernard Shaw", "Richard Strauss y sus poemas tonales" y "La ópera italiana", que figuran en su primer libro *Ensayos críticos*, publicado en La Habana a fines de 1905. En el trabajo sobre Bernard Shaw, una cita de Varona hace suponer que el trabajo pudo haberse escrito en La Habana. Todos los demás que integran el libro llevan la fecha de 1905, y aunque el autor hubiera utilizado para su redacción borradores traídos de Santo Domingo y Nueva York, con seguridad la forma última en que los publicó, fue aquí donde se la impuso. Y uno de los artículos, "El modernismo en la poesía cubana", fue concebido y escrito en contacto directo con nuestro medio literario.

Ensayos críticos contiene, en germen, muchas de las direcciones de la dedicación literaria del maestro. Su inclinación a la literatura inglesa está presente en sus tres ensayos sobre Oscar Wilde, Arthur Wing Pinero y Bernard Shaw; el crítico literario aparece en sus artículos sobre Rubén Darío, Rodó, José Joaquín Pérez, D'Annunzio y el trabajo sobre el modernismo en nuestra poesía. También apunta su interés por el pensamiento en América, al estudiar las aportaciones a la Sociología del dominicano Hostos y del cubano Enrique Lluria, y su afición a los temas musicales.

Su penetración en muchos de esos estudios le lleva a adelantarse en sus juicios no sólo a otros críticos de nuestra América, sino de la misma Francia. Así podemos leer hoy, cincuenta años después de haber sido escrito, su opinión sobre Bernard Shaw, sorprendiéndonos su claridad de visión y de juicio:

> Bernard Shaw es quizás la más curiosa proyección del espíritu céltico sobre las letras anglosajonas. Como humorista, pertenece por entero al mundo inglés y sólo dentro de éste se le apreciará plenamente; como pensador, se ha adelantado a su público y le ha asombrado con sus extravagancias de fumista literario, que contrastan con la seriedad de su carácter y de su

> vida privada. Paradoja viviente, se le llama: un devoto de Schopenhauer y de Nietzsche que, en el caso, se desprendería de su último centavo para dar de comer al hambriento.

Dos de sus trabajos de esta época, los consagrados a Darío y a Rodó, nos sirven también para apuntar su sagacidad crítica, pues además de ser trabajos de los veinte años, tanto la obra de Darío como la de Rodó aun eran poco conocidas cuando tales artículos se escribieron. La carta que Rodó le dirigió al recibir el volumen, fechada en 20 de febrero de 1906, adelanta juicio de mucha estimación sobre sus disposiciones intelectuales:

> Agradézcole su libro y su juicio porque revelan un espíritu levantado sobre el nivel de la mediocridad, y porque veo en Ud. un verdadero escritor, una hermosa promesa para nuestra crítica americana, tan necesitada de sangre nueva que la reanime. Me agradan mucho las cualidades de espíritu que Ud. manifiesta en cada una de las páginas de su obra, y que son las menos comunes, y las más oportunas y fecundas, con relación al carácter de nuestra literatura. Me agradan la solidez y ecuanimidad de su criterio, la reflexiva seriedad que da el tono de su pensamiento, lo concienzudo de sus análisis y juicios, la limpidez y precisión de su estilo. Me encanta esa rara y felicísima unión del entusiasmo y la moderación reflexiva que se da en Ud. como en pocos. Y me complace reconocer, entre su espíritu y el mío, más de una íntima afinidad y más de una estrecha simpatía de ideas.

Ensayos críticos tuvo excelente acogida, y fue el mensaje de ese libro el que dio a conocer al autor ventajosamente en América. Pero no fue sólo esa publicación la que dejó huella imborrable de este primer paso del escritor por nuestra tierra. Su hermano Max, que, como ya vimos, había fundado en Santiago de Cuba la revista *Cuba Literaria*, suspendió su publicación y vino a residir a la Capital, entrando a formar parte de la redacción del periódico *La Discusión* y del semanario *El Fígaro*. Juntos pasaron algunos meses en La Habana en ese año de 1905, y *El Fígaro* saludó la presencia de Max en su número de 5 de marzo, en nota al pie de su retrato. En cuanto a Pedro, sus colaboraciones en *La Discusión* fueron varias: "Los dramas de Pinero", "Tendencias de la poesía cubana", "Martí escritor", entre las que hemos hallado en ese año de 1905.

Siguiendo el itinerario marcado por Max, sabemos que no duró mucho la estancia de Pedro en Cuba, pues había decidido emprender viaje a México, para donde embarcó a principios de 1906. En total, poco más de un año de duración tuvo esta permanencia, pero dejó impresión señalada en su vida de escritor. No sólo aquí publicó su primer libro, sino que tomó el rumbo de México, donde tendría reservado una altísima misión: la de contribuir de modo poderoso a la formación de una nueva conciencia literaria, artística y cultural, y a preparar el terreno para los cambios que ya los tiempos hacían presentir. Alfonso Reyes, testigo de mayor excepción, pudo decir, en la evocación que escribió al tener noticia de su muerte:

> Pedro, el apostólico Pedro, representa en nuestra época, con títulos indiscutibles, aquellas misiones de redención por la cultura y la armonía entre los espíritus, que en Europa se cobijan bajo el nombre de Erasmo, y en América bajo el de ese gran civilizador, peregrino del justo saber y el justo pensar, que fue Andrés Bello.

Y al reclamar como propio el derecho de llorarlo, termina así su evocación:

> Aquí fundó su hogar. Y al cabo, nos ayudó a entender y, por mucho, a descubrir a México. Nuestro país era siempre el plano de fondo de su paisaje vital, la alusión secreta y constante de todas sus meditaciones. México fue para él la tierra firme en que asentó su vida y su campo de observación y de batalla por los ideales de América. Y para México fue, como lo llamó con acierto Daniel Cosío Villegas, "el hermano definidor".

Si su primera estancia en Cuba se señaló con la publicación de su primer libro, la primera de México, que comprendió casi seis años, se coronó con una obra allí compuesta en su totalidad, y que apareció publicada en París en las ediciones de la casa Ollendorff, en 1910. La gran labor que en esa primera década del siglo le tocó realizar, en un momento en que fermentaban los nuevos impulsos y existía como una fiebre en la juventud que buscaba afanosamente un camino que ya presentía, —cuando surgían los nombres que después habrían

XUM

de ser gloriosos de Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, y algunos más—, Pedro Henríquez Ureña, con ser de edad semejante a la de sus compañeros, se les había adelantado con aquella precocidad sorprendente que siempre se le reconoció. Y así fue en buena medida el guiador, el consejero, el mentor de aquel grupo.

Su participación en todos los empeños juveniles que dieron al movimiento renovador de México el altísimo sentido e impulso que en buena parte fue un anticipo de la revolución mexicana, serán objeto de merecido estudio en este número. Sólo vamos a señalar ahora, por la resonancia que tuvo en Cuba, el encargo honroso de que fue objeto por parte del gobierno de México, el que al aproximarse la oportunidad del Centenario de su Independencia —15 de septiembre de 1910— resolvió publicar una *Antología de Poetas Mexicanos*, y para realizar tal empeño designó al poeta Luis G. Urbina "y al joven y ya ilustre crítico dominicano Pedro Henríquez Ureña, residente en México desde hace algunos años", como rezaba la nota que *El Fígaro* de La Habana insertó en su edición de 9 de enero de 1910, ilustrada con una "máscara" que firmaba Alberto Garduño.

*

Horas de estudio fue su consagración, no sólo en América sino aun en España. Y lo confirma la carta que en 23 de noviembre del mismo año en que dicha obra apareció, hubo de dirigir al joven maestro el eminente crítico y literato don Marcelino Menéndez y Pelayo, y que *El Fígaro* de La Habana tuvo el privilegio de publicar poco después, en su número correspondiente al primero de enero de 1911. Es de suponer que esa carta, el reconocimiento más rotundo de una "exquisita educación intelectual comenzada desde la infancia y robustecida con el trato de los mejores libros", la dio a conocer el propio Pedro, enviándola desde México, como un anticipo de su próxima visita. Pero lo cierto es que se encontraba en La Habana a principios de ese año, y pudo asistir a la conferencia que en el Ateneo pronunció Enrique José Varona y que le da oportunidad para su comentario "Oyendo a Varona", que

El Fígaro publicará en su número de 10 de abril. Aquella conferencia fue la que pronunció Varona tratando de su escepticismo, y de seguro impresionó vivamente al joven maestro que ya pudo señalar la índole de la incredulidad a que Varona se inclinaba, no por cierto de la índole sustancial, sino más bien intelectual, y no extrema, sino atemperada. Concluyó esclareciendo el punto en que Varona se situaba, refiriéndose a su posible contacto con el pragmatismo de William James, y concluyendo que el propósito respecto a esa conferencia debió ser darnos, no su "discurso del método", sino una lección de fe; con lo cual anticipó en más de treinta años su pensamiento sobre el "Maestro de Cuba".

Semanas después se publicó en la propia revista un artículo de Jesús Castellanos, iniciado con un saludo a su paso por nuestra capital, "con rumbo a su patria que hace algunos años abandonó", pero que es un análisis de la obra que sólo en pocos meses le ha precedido, y que Castellanos considera como un aporte de valor sobresaliente, ejercicio de la crítica, con sentido creador, al decir: "Pedro Henríquez Ureña es uno de los muy contados críticos que en la América trabajan, tomando la crítica en su sentido europeo de la más ardua cumbre literaria". Y la frase con que cerraba sus impresiones anticipaba lo que sería su camino: "He aquí una inteligencia que llega rápidamente a su climax de madurez. Su proceso de desenvolvimiento, revelador de nuevas vistas en el futuro americano, es una buena lección para ser contada al oído de nuestros jóvenes conquistadores".

De ese fugaz paso poco más quedó, pero ya los dos artículos que reseñamos bastan para revelar cómo era apreciado entre nosotros, y se le supo admirar y comprender desde su misma juventud.

La tercera estancia la consideramos la de mayor importancia, por la repercusión que tuvo en el ambiente cultural, y sobre todo porque le dio oportunidad de poner en práctica la que era ya su norma de alentador de vocaciones, como había ocurrido antes en México.

Breve había sido su estada en Cuba en el año 1911, desde donde se dirigió a Santo Domingo para permanecer allí poco más de un mes, pues llegado el 16 de mayo, regresó a México,

XUM

vía Cuba, el 22 de junio de 1911. Allí permanece por tres años. Pero en abril de 1914 se encuentra otra vez entre nosotros. Su permanencia va a ser sólo de meses, pues ya en diciembre del mismo año se halla en Washington, desde donde envió numerosas correspondencias al *Heraldo de Cuba*, que lo había nombrado su representante especial. Muchos de sus artículos aparecieron con su firma, pero también algunos con el pseudónimo *P. Garduño*. Y durante el año 1915 aun continuaron apareciendo crónicas suyas.

A la vez que sus artículos se publicaban en *Heraldo de Cuba*, no dejaba de colaborar en *El Fígaro*, y en la revista *Cuba Contemporánea*, de gran radio en toda nuestra América, y en la que ya en 1913 había aparecido su trabajo "Romances en América". Hallándose en La Habana se publicó en esta revista su estudio "El Maestro Hernán Pérez de Oliva", y se reimprimió en la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias* su conferencia sobre "Juan Ruiz de Alarcón".

De este período se menciona su "polémica" con Enrique José Varona. En realidad, no hubo verdadera polémica. Varona acababa de pronunciar su discurso sobre Gertrudis Gómez de Avellaneda, en el cual Henríquez Ureña encuentra una parte admirable, que le merece cálidos elogios, la que considera un estudio psicológico de la poetisa, "que hubiera sido magistral y acaso definitivo —dice—, si no se cortara y suspendiera brusca e inesperadamente, para ceder el paso a una segunda parte, de crítica tan estéril como interesante la otra". Y en la manera respetuosa y comedida en que la admiración que profesaba a Varona, y su propio temperamento exigían, hace la defensa de la lírica española, que el maestro cubano desconoció o trató con indiferencia, en frases para las que no hallaba justificación, precisamente por tratarse de quien nunca pecaba de ligero. "Los poetas españoles de los siglos de oro son grandes poetas líricos, y más aún, los mayores de nuestro idioma". Y complementa su apreciación agregando: "Hay momentos en la historia intelectual de España, en que el más alto pensamiento se refugia en los místicos y en los líricos. La poesía de las ideas, la "emoción intelectual", rara flor de cultura, se encuentra a menudo en ellos". En carta de 18 de mayo de 1914, que *El Fígaro* publica, Varona, apreciando el tono de deferen-

cia, "la apreciación tan lisonjera de lo que aparezco a sus ojos", tiene la condescendencia de explanar los juicios en que disentían, y termina rogándole que admita, en cuanto le sea posible, sus descargos. Y así quedó precisado que sus puntos de vista no coincidían en algún extremo, pero Varona los sostenía con plena conciencia de su juicio, y sentaba una vez más su sentido relativista de la historia: "Las manifestaciones del arte son muy varias. Cada época tiende a tener las suyas preferidas. No se agravia a una época, cuando se reconoce la excelencia de otra. Y mucho menos cuando se reconoce que ésta excede a aquélla en tal o cual forma artística".

*

Vi entonces por primera vez a Pedro Henríquez Ureña. No recuerdo las circunstancias, pero sí el lugar. Trabajaba yo en la oficina de un notable abogado de La Habana, y era allí, además de empleado, amigo bien recibido y estimado en el círculo familiar. Entre el hijo mayor y yo, había nacido una cordial amistad. En los ratos desocupados conversábamos largamente de nuestros coincidentes intereses literarios. Nos transmitíamos nuestras impresiones de las últimas lecturas. Muchas mañanas, al llegar a mi mesa de trabajo, lo primero que hallaba en ella era una nota escrita en tono de comunicativo entusiasmo, en que Francisco José Castellanos me transmitía un juicio apresurado, pero vivo y certero, del libro que se había leído aquella misma noche, o me comunicaba algún proyecto de vida en que siempre había un ancho margen para las cosas del espíritu. Por las tardes, concluídas las labores, o en las horas del mediodía, teníamos nueva oportunidad de conversar, cuando no se sentaba al piano e interpretaba de modo personalísimo alguna de sus piezas predilectas. Uno de aquellos días tuve la primera noticia acerca de Pedro Henríquez Ureña, recién llegado a La Habana, noticia que, —he de confesarlo— era para mí la primera acerca de su existencia.

Francisco José me transmitía sus impresiones: era un ser dotado de extraordinario poder de penetración, que además tenía un don asombroso de conversación, e inagotable su sabi-

XUM

duría en letras, en arte y aun en filosofía. Era una sorpresa un ser así, lleno de cordial interés por el sentir y el saber de los demás, que incansablemente gustaba de sondear en las almas y trataba de darles orientación adecuada y firme en el contacto con las letras. Lejos del diletantismo sin normas, y de la inconsistencia ambiente, tomaba en plano de absoluta seriedad los dominios de la inteligencia. Era una serena actividad de maestro, y se veía cómo su vida era un fluir esencial de derroteros y de acentuación de seguras normas creadoras.

En Francisco José Castellanos, en Mariano Brull, en José María Chacón y Calvo, en Luis A. Baralt, hallaba la promesa de verdaderos temperamentos literarios, y su misión tenía campo propicio en que ahondar. Día a día se iban sucediendo los coloquios, que a veces se alargaban de tal modo, que la noche transcurría en la conversación, que no terminaba sino con el alborear del nuevo día. Los ecos de estos nuevos diálogos platónicos me llegaban a través de la admirativa palabra de Francisco José, despertando mi creciente curiosidad e interés. Un día, al fin, pude escucharle largamente. La conversación se desenvolvió alrededor de una novela que leía en ese momento: *Madame Bovary*. El quiso conocer la razón de cada una de mis apreciaciones sobre la obra, pues no se contentaba con el juicio simple y de conjunto o con el entusiasmo que no pudiera razonarse. No puedo recordar las indicaciones que me hizo, pero desde luego se refirió a la necesidad de leer los libros directamente en el idioma en que se habían escrito y en ese caso concreto habló sobre el estilo de Flaubert. Algunas veces más tuve oportunidad de oírle. Pero nuestra amistad verdadera se forjó después, cuando él ya se había marchado y yo comencé a publicar algunos pequeños ensayos en periódicos y revistas. Se encontraba de profesor en la Universidad de Minnesota, en 1916, cuando Francisco José me mostró alborozado una carta que acababa de recibir. Había un párrafo consagrado a la impresión que le había producido la lectura de alguno de mis trabajos, y a vuelta de elogios generosos en extremo, y de lamentarse de no haberme consagrado más atención, surgía fórmulas para hallarme modo de vivir con suficiente independencia, y él mismo adelantaba ya la manera de que pudiera enseñar español en alguna universidad americana. Alentado

por palabras venidas de pluma de tanta calidad, continué escribiendo y publicando artículos que siempre le mandaba. Ya sus cartas tenían de continuo una referencia a mis trabajos, señalándome pautas y dándome nuevos alientos. Recibía también los artículos de Chacón, y alguna vez, refiriéndose concretamente a esos ensayos nuestros, escribió estas palabras: "me hacen pensar que se puede reanudar en Cuba la tradición de escribir bien y seriamente".

En diciembre de 1917, de regreso de un rápido viaje a Europa, recibí una larga carta que en cierto modo anudó el lazo de amistad que nos unía, forjado a través de mi devoción y de su generosa tolerancia. Comenzaba refiriéndose a un reproche imaginario, un reproche que presumía que podía haberle hecho, y extremó sus explicaciones. Vale la pena recoger ahora algunas palabras de aquella carta:

> Yo creo —decía— en las cosas intelectuales, y en la seriedad de la dedicación (o aun, si quiere usted, profesión) literaria; pero sé lo que cuestan. Se sufre demasiado con ellas; se quiere hacer siempre más de lo que se puede (aunque se sea Goethe o Leonardo) y siempre se fracasa, como en todo. Si a nuestra devoción intelectual, acompañada siempre del sentido de nuestra impotencia, se le unen causas externas deprimentes, el caso es aun más grave. Así he llegado a la norma de que, en países como los nuestros, donde la lucha económica es tan desagradable, hay que resolverla antes que nada, y sólo dos clases de personas deben dedicarse a cosas intelectuales: las que tienen dinero o al menos holgura económica; y las que tienen "vocación", ya que a éstas nadie puede detenerlas y en cambio su intenso amor a las cosas del espíritu les compensa de las molestias inevitables.

La explicación venía después:

> Cuando pasé aquellos meses de 1914 en Cuba se me habló no poco de usted, y supe, no sólo su "afición" intelectual, sino también su situación en la vida, que le obligaba a tomar en serio la cuestión económica. Ante estos datos dije resueltamente a Francisco José: es mejor desalentarle, es mejor que dedique todas sus energías a la vida práctica, y se abra paso en ella; su "afición" intelectual nunca estará de más, pero no pretendamos que la convierta en "profesión", porque le traerá sinsabores que pueden evitársele.

XUM

Finalmente, la consecuencia era la más lisonjera referencia a mi "vocación", y le hacía decir con verdadero humorismo: "y ha triunfado de todas las oposiciones, como en las "biografías de niños célebres".

Sus consejos me alentaron desde entonces continuamente, y su tesón fue superior a mis propias disposiciones. Por él me fue dado obtener en la Universidad de Princeton un cargo para enseñar español, que aunque desempeñé con apreciable fortuna, no supe aprovechar debidamente, como su reiterado consejo me indicaba. Entresaco de sus cartas algunos párrafos que permiten apreciar su decidido empeño en guiar mis pasos:

> Acabo de recibir su carta y le contesto en seguida para decirle que ES INDISPENSABLE QUE CONTESTE USTED QUE SÍ, (y esto lo escribía todo con mayúsculas). Diga usted que sí, y si ocurren otros contratiempos, siempre habrá tiempo para decir no, gran principio mexicano que yo no he sabido aplicar, pero cuya grande utilidad he visto clara en estos días.

Y abundaba en otras razones convincentes:

> Es absurdo que se vaya usted a quedar en Cuba, en la situación más o menos precaria en que vive. En Cuba, si no logra usted entrar en la diplomacia, y con las dificultades que encuentra para sus estudios, me temo que se vería obligado a vivir en empleos mezquinos, sin independencia y sin tiempo para el trabajo intelectual.
>
> Y no contento con argumentos de esta fuerza, se entretiene mientras da "una fastidiosa clase de idioma" en su cátedra de Minnesota, en numerar mis objeciones, refutando una por una las siete que según él le había puesto para apoyar mi indecisión.

Y para no dejar lugar a dudas, terminaba así su carta:

> Quizás le escriba a Marden indicándole la aceptación de usted aun antes de recibirla, pues cuento con ella.

Hemos abusado de la cita para que pueda apreciarse el interés que ponía al servicio de quienes él consideraba que debían y podían trabajar en serio por su superación intelectual. El caso seguramente no será único, y sin duda en muchos

otros los resultados fueron infinitamente superiores. Pero se ve bien en éste la generosidad sin límites. Y todo porque él creyó que había una posibilidad literaria que debía salvarse.

Estando en los trámites de mi viaje a Princeton surgió lo inesperado. Un antiguo alumno de aquella Universidad, establecido en La Habana, había sido comisionado para visitarme y transmitir sus impresiones al profesor Marden, jefe del departamento de español. Tan pronto Henríquez Ureña tuvo la noticia me escribió poniéndome sobre aviso, temiendo que la entrevista, de no llevarse a cabo en la forma adecuada, pudiera traer dificultades. Y entre sus advertencias destaco ésta: "En primer lugar, no sea usted modesto. Con los norteamericanos no tiene éxito el sistema latino de rebajar el propio valer: ellos toman al pie de la letra lo que se les dice. Declare usted con absoluta franqueza lo que es"; y abundaba en apreciaciones sobre mi propia labor.

En sus cartas, hallaba siempre la lección de la amistad y del saber. Cuando le oponía mi falta de preparación para desistir de aceptar el ofrecimiento de Princeton, él me argüía: "No se preocupe usted por la 'falta de preparación'. Nunca se acaba de estudiar; pero si se está bien orientado, ya es bastante. Alcanazada la buena orientación no hay más sino seguir por ella, sin apresurarse demasiado". Y me ofrecía un programa de trabajo formado a través de su propia experiencia y de sus más caros anhelos:

> Conviene ir leyendo a la vez lo muy nuevo, lo que tiene vida actual, y lo eterno; sin preocuparse mucho por conocer todas las figuras secundarias, pero procurando enterarse, por lo pronto, de la historia literaria y filosófica. No quiera escribir mucha crítica: la crítica es un veneno de que yo hago esfuerzos por librarme. Escriba ensayos, a la inglesa o a la española, como lo está usted haciendo. Aténgase de preferencia, como usted dice, a "las líneas generales y eternas".

Abundaban las noticias y opiniones sobre sucesos y personas, siempre en relación con las letras. Pero por momentos iba creciendo el trabajo que le cercaba y las excusas por no escribir aumentaban día a día: "Dos palabras. El tiempo no da para más", es el comienzo de una. Otra se inicia así: "No quiero repetir mis viejas excusas sobre mi "no escribir".

XUM

A fines de septiembre de 1919 llegábamos a Princeton, pero él no había podido realizar su promesa de acompañarme durante los primeros días. Había emprendido un viaje por distintas ciudades —Chicago, Washington, New York—, de donde embarcó para Europa. De todas partes me llegaban sus palabras guiadoras. "Dedíquese a dar sus clases, al inglés y al francés, y verá que pronto se siente encarrilado, y resueltos sus problemas. Dentro de una semana se asombrará usted de que todo comience a parecerle más fácil". Era la constante voz animadora que me señalaba el camino, no siempre escuchada y seguida con la precisión que él apuntaba. Y cuando le llegaron mis explicaciones, seguramente confusas e inadmisibles, recibí a vuelta de correo el nuevo aliento: "No se deje dominar por el pesimismo". De Madrid, de Florencia, de Venecia, me siguieron llegando sus mensajes. Ahora, ya de regreso en New York y camino nuevamente de su cátedra de Minnesota, se interesaba en saber cómo veía yo, después del regreso a Cuba, mis experiencias de Princeton y cuáles eran mis futuros planes.

Apenas reincorporado a su cátedra, una carta mía le llevó la más triste noticia que podía esperar: la de la súbita muerte de Francisco José Castellanos, en quien había cifrado sus mayores esperanzas. Me decía: "Yo no sé si usted mismo se da cuenta de lo que significa para mí lo ocurrido: perder un amigo como Francisco José es perder una de las razones de existir". Se lamentaba de que dejándose vencer por el exceso de ocupaciones, no le hubiera escrito más a menudo, y concluía: "No puedo hablarle largamente de él: no me es fácil dominarme".

Terminado su curso, Pedro Henríquez Ureña se despide definitivamente de Minnesota. Lo llamaban de México, donde había sido designado Secretario de Educación José Vasconcelos, una de las figuras de formación cercana a él durante su anterior estancia, cuando en el Ateneo de la Juventud se forjaban los nuevos hombres que habrían de dar explendor a las letras y al pensamiento mexicano. Junto a Vasconcelos participa en la cruzada en pro de la afirmación de la cultura, que se intensifica a la vez que la otra encaminada a combatir el analfabetismo. De allá me llegó, recién instalado, la invi-

tación a trabajar en el gran empeño. Como Director del Departamento de Intercambio Universitario, confeccionó los planes de la colección de clásicos, y estuvo empeñado en recoger el material necesario para una Antología Hispano Americana que la Universidad se proponía editar. Sus cartas ahora son apremiantes en la solicitud de obras cubanas, principalmente de Martí y de Casal. Pero no olvida a otro de sus amigos de 1914, a Luis A. Baralt, en quien piensa como posible profesor al crearse la Escuela de Verano en la Universidad de México, de la que fue principal animador y organizador. Las peticiones de libros y de datos sobre nuestros poetas y escritores se suceden. En una carta dice: "Mucho querría escribirle de otras cosas, pero mi cabeza no puede pensar sino en cosas concretas: efectos de la labor". Era el gran momento de efervescencia de los planes de Vasconcelos, en los que trabajaba sin descanso en infinidad de proyectos que pasaban inmediatamente a convertirse en realidades. Y junto a él estaban los jóvenes que ya eran la promesa: Daniel Cosío Villegas y Eduardo Villaseñor, de quienes me hablaba con frecuencia. En manos de Daniel Cosío, a quien llama "mi grande y nuevo amigo", deja las pruebas de su libro *Mi España*, que acaba de entregar a la imprenta cuando en julio de 1921 emprende viaje a América del Sur, formando parte de una misión enviada por México. Y de Cosío y de Villaseñor me envía trabajos para publicar en nuestras revistas, especialmente en *El Fígaro*, concretando así su juicio sobre ellos: "Son de los nuevos que más prometen".

Para no hacer excesivamente extensa esta evocación, omitimos interesantes detalles de su intervención en nuestro empeño de realizar, en colaboración con José Antonio Fernández de Castro, la antología de lo poesía moderna en Cuba. Conoció el plan, hizo sugestiones muy atinadas, nos ayudó en nuestro trabajo, ansioso de que se hicieran las cosas bien de una vez. Pero sí no queremos dejar de recoger sus indicaciones sobre Martí: "En mi opinión debe dedicarse a Martí el mayor espacio, pues cada día me parece Martí el mejor poeta de Cuba (y naturalmente el mejor prosista también)".

Sobre el estilo encuentro muchas notas interesantes en la relectura de su correspondencia. En una carta le había planteado distintos problemas, y uno de ellos trataba de los nuevos

escritores españoles —de los que escribían hacia 1922—. En su respuesta Pedro Henríquez Ureña apuntaba: "Actualmente todo el mundo en España escribe de modo muy distinto de lo que se creía "estilo español". Ya nadie —sino algunos académicos que sólo publican en lugares que no se leen— escribe párrafos largos. Azorín y la lectura de los escritores franceses ha cambiado el estilo español. En Cuba sí subsiste el viejo estilo, pero le aseguro que aun en los diarios más conservadores, más reaccionarios de Madrid se escribe de modo moderno. La mentalidad de la España nueva, además, y no sólo el estilo, ha cambiado".

Sobre el uso de las palabras encuentro insistentes comentarios que son de utilidad divulgar. Siente el horror de las palabras que llama pedantes, —y eso a propósito del término "estado anímico", que yo había usado en un escrito añadiendo que son palabras que hacen pesado el lenguaje. Y me ofrece su propia experiencia para establecer como regla a la que él mismo ha llegado, el usar el menor número de palabras no sólo pedantes, sino aún meramente técnicas, tratando de usar siempre las más sencillas y más claras, aun para hablar de las cosas más abstrusas. Y resumiendo su pensamiento acerca del estilo, dice en una carta:

> En el estilo, el problema principal es el de la "unidad de tono", y eso es muy difícil de definir **a priori**. Esa unidad de tono la tiene Varona, la tenía Rodó, la tiene Valle-Inclán... Es aquello que el vulgo llama "ni una palabra de más ni una palabra de menos".

Vamos a terminar esta evocación con una referencia a su americanismo. Sabemos que Pedro Henríquez Ureña se formó en moldes clásicos, que en literatura española su erudición era pasmosa. Alfonso Reyes, conversando con Chacón y Calvo cuando ambos vivían en la misma casa de Pardiñas 32, en Madrid, le preguntaba una vez: ¿Crees tú, José María, que haya quien sepa más que Pedro? Pero el gran conocedor de las letras hispanas no desdeñó ocuparse de nuestra literatura americana, más aún, se empeñó en señalar la necesidad de una depuración de nuestra cultura, porque según su decir, sabíamos muchas cosas, pero no las sabíamos bien, y no atinábamos a

distinguir entre las doctrinas serias y las disparatadas, entre las buenas y las malas fuentes. He aquí su gran labor: su constante lección hacia las mejores normas de nuestras letras. Un amigo que hacía dilucidaciones alrededor del americanismo y que incluía nombres indebidamente y omitía otros, le movió este comentario: "y cree que no soy *americanista* porque soy *hispanista*. Me temo que en Cuba, todavía, ser *americanista, cubanista*, digamos, implica ser antiespañol; y hay uno que otro país de América donde todavía se piensa así". Limpio de prejuicios, no veía peligros que a otros se le antojaban, y por el contrario, su simpatía por España no enturbiaba su límpido sentido americanista. "Tengo simpatía por España —me dice en una carta de 1923— porque la veo luchar por lo mismo que nosotros, pueblo desdichado como México o el Perú, no feliz como la Argentina o el Uruguay". México acababa de sentir entonces una nueva amenaza con el levantamiento de Veracruz. Y él veía así el problema:

> Ahora deben definirse las cosas: en México hay siempre dos orientaciones, que yo llamo **peladistas** y **decentistas.** Los peladistas son generalmente honrados; los decentistas son con frecuencia ladrones en diversas formas. Ahora el decentismo se ha levantado en Veracruz. Si triunfan, prolongarán las dificultades de México; si fracasan, México podrá continuar su programa.

Se inicia el año 1924. A pesar de haber vivido abrumado de trabajo, el problema económico no le deja escribir. Ahora, desde hace un año ha creado un hogar: su matrimonio con Isabel Lombardo Toledano, hermana de su discípulo Vicente, y el nacimiento de su hija, le dan una nueva responsabilidad a su vida. Sus palabras son una desolación: "no escribiré más mientras no tenga descanso económico". Su teoría estaba sintiéndola en su propio espíritu. Y determina por irse a Buenos Aires en busca de ese sosiego económico que necesitaba.

Tres meses después —junio de 1924— pasaba por La Habana. Natacha, su hija, venía en brazos. No transcurrió un solo día sin que le visitara, ayudándole en sus urgentes problemas. Al tomar el barco, me dijo adiós con estas palabras: "dialogaremos sobre el mar". En la Argentina vivió veintidós

XUM

años. Allí, como antes en todas partes, se rodeó de afectos y realizó su más importante obra de creador y de guiador.

*

Aun tuvo una última oportunidad de visitar La Habana. Había sido invitado por la Universidad de Harvard, para ocupar la cátedra Charles Eliot Norton, en el curso académico 1940-1941. A su salida la intelectualidad argentina lo despidió con un acto al que concurrió todo lo más representativo del país, y que se efectuó en la Universidad Popular Alejandro Korn, testimoniándole "al escritor, al maestro y al amigo, la simpatía y solidaridad de los que en este país han apreciado su labor y gozado de su amistad". Francisco Romero dijo palabras de despedida al "buen americano", como acertó a calificarlo. Después de haber desempeñado brillantemente su cometido, pronunciando en inglés las lecciones que después constituyeron su obra son precedentes *Literary Currents in Hispanic America*, de regreso a Buenos Aires se demoró algunos días entre nosotros. Chacón y Calvo ocupaba la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, y había fundado el Instituto de Altos Estudios, inaugurado con un curso memorable del gran filólogo Karl Vossler. Pedro Henríquez Ureña ofreció desde la nueva cátedra algunas conferencias de las que habían sido objeto de sus lecciones en Harvard, y recordamos que escritas como estaban en inglés, las iba traduciendo al español, sin que el auditorio pudiera notarlo.

Días después tomaba el barco de regreso para Buenos Aires. Allá le esperaba el trabajo cada día creciente. Además de las cátedras en las Universidades de Buenos Aires y de La Plata, y de sus labores en el Instituto de Filología, que en unión de Amado Alonso regenteaba, debía dar forma definitiva a la edición de su nuevo libro completando sus notas innumerables, y a diario trabajar en las colecciones que había incorporado a la Editorial Losada, y que estaban a su cuidado por entero. Allá murió, cuando realizaba el último de sus viajes de Buenos Aires a La Plata, para dar su clase diaria.

Había tenido la esperanza de encontrar su amistad generosa de siempre en un viaje al que me había alentado, pues

invitado por la Comisión Argentina de Cooperación Intelectual, por generosa distinción de su Secretario, Don Antonio Aita, mis conferencias se habían señalado para el mes de octubre de 1946. Un escueto cable de Buenos Aires, que algún periódico de La Habana recogió, nos trajo la noticia de su muerte, ocurrida el 12 de mayo de 1946. Sólo hallé el recuerdo imborrable de una vida íntegramente consagrada a las más puras dignidades del espíritu. Y tuve el alto honor de rendirle allí donde se guardaba con devoción el culto a su memoria, en la Cátedra Popular Alejandro Korn de la Universidad de La Plata, tan vinculada a su obra, de la que había sido uno de sus fundadores, mi humilde testimonio de devoción, al leer en aquel recinto mi trabajo "Pedro Henríquez Ureña, primado de la cultura americana".

FÉLIX LIZASO,

Archivo Nacional,
La Habana, Cuba.

Pedro Henríquez Ureña en México

El paso de Pedro Henríquez Ureña por México dejó huella indeleble. Los pensadores mexicanos que mayor influencia han tenido sobre el desarrollo de las letras modernas en ese país bebieron copiosamente del manantial de su amplia cultura y asombrosa erudición. Las obras de estos escritores —Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes— trascienden la influencia del maestro dominicano. ¿Con qué secreto contaba este joven de veintidós años —llegó a México en 1906— para poder ejercer su influencia, en un ambiente extranjero, sobre mentalidades de la talla de Caso, Reyes y Vasconcelos? El haber sido aceptado tal vez se deba a que los jóvenes a los cuales se unió —a su llegada a tierras de Anáhuac— vieron en él lo que precisamente les faltaba a ellos: una mentalidad bien disciplinada; una rica erudición; un estilo formado y, lo más importante, un gran espíritu emprendedor. Sin su esfuerzo, el grupo de jóvenes entusiastas que se reunía en los salones de la Preparatoria para dictar y oír conferencias nunca se hubiera organizado en "Ateneo de la Juventud". Antonio Caso, debido a su "carácter apático y a veces insociable —nos dice José Vasconcelos— no hubiera mantenido alianzas sin la colaboración de Henríquez Ureña".[1]

Mas, antes de discutir la actuación de don Pedro dentro del "Ateneo de la Juventud", esa organización que tanta influencia había de tener en el desarrollo de las letras mexicanas, echemos un vistazo a los acontecimientos ocurridos entre 1906 y 1909, años de gran trascendencia en el cambio ideológico que

[1] *Ulises Criollo*, 5ª ed. (México, Botas, 1936), p. 311.

XUM

se verificó en México y que culminó en 1910 con la Revolución Mexicana.

Tan pronto como don Pedro llega a la ciudad de México se incorpora al grupo que Alfonso Cravioto había reunido en torno a la revista *Savia Moderna*, establecida en mayo de 1906 con el objeto de atraer a todos aquellos intelectuales que representaban las principales tendencias filosóficas y literarias de la época. Allí conoció Henríquez Ureña a los jóvenes literatos mexicanos que más prometían. "Desde 1906 —dice Alfonso Reyes— me había vinculado al grupo de *Savia Moderna*, en cuya redacción conocí, entre otros, a Pedro Henríquez Ureña, que representa toda una etapa de mi formación juvenil".[2] Los otros miembros del grupo de *Savia Moderna*, además de Cravioto y Reyes, eran Luis Castillo Ledón —que había colaborado con Cravioto en fundar la revista—, los filósofos Antonio Caso y José Vasconcelos, el arquitecto Jesús T. Acevedo, el pintor Diego Rivera y los literatos Rafael López, Manuel de la Parra, Eduardo Colín y Ricardo Gómez Robelo. Caso, debido a su elocuencia, a su eficacia mental, a su naturaleza irresistible, se convirtió en el director de este grupo de jóvenes. Pero la influencia de Don Pedro era, nos dice Reyes, más honda, más total. "Sin saberlo, enseñaba a ver, a oír, a pensar, y suscitaba una verdadera reforma en la cultura pesando en su pequeño mundo con mil compromisos de laboriosidad y conciencia. Era, de todos, el único escritor formado, aunque no el de más años. No hay entre nosotros, ejemplo de comunidad y entusiasmo espirituales como los que él provocó. El peruano Francisco García Calderón escribió de él: 'alma evangélica... inquietada por los grandes problemas, profundo erudito en letras castellanas, sajonas, italianas...' Díaz Mirón, que lo admiraba, lo llamaba 'dorio'. Y todos nos apellidamos de su amistad".[3]

Por aquellos años (1907), don Pedro traduce a Walter Pater,[4] interés que es manifiesto en su ensayo "El espíritu

[2] *La experiencia literaria* (Buenos Aires, 1942), p. 127.

[3] Alfonso Reyes, *Rubén Darío en México. Memorias literarias*. Publicado en la revista *Nuestro Tiempo*, junio, 1916 (Madrid, Imprenta de "Alrededor del Mundo", 1916), p. 8.

[4] Walter Pater, *Estudios griegos* (México, edición de la *Revista Moderna*,

platónico" (1907), recogido en su libro *Horas de estudio* (París, 1910). En compañía de Alfonso Reyes y José Vasconcelos, leía a los griegos. El resultado de dichas lecturas es su tragedia *El nacimiento de Dionisos* (Nueva York, 1916), obra relacionada, por la inspiración, a la *Ifigenia cruel* de Reyes y al *Prometeo vencedor* de Vasconcelos. En su libro *La experiencia literaria*, Reyes hace memoria de esos estudios: "Y el mismo año de 1908 ... el afán por desentrañar la continuidad pagana que corre del mito antiguo al cristianismo nos llevó a celebrar una íntima fiesta literaria la noche de Navidad, fecha coincidente con la que se ha atribuido al nacimiento de Dionisos. Sobre este asunto escribió Pedro Henríquez Ureña una tragedia en prosa, según la manera del teatro ateniense, y yo cierto *Coro de sátiros en el bosque* ... Ambas piezas fueron leídas en aquella velada" *(La experiencia literaria*, p. 128). Los escritores griegos fueron la pasión de este grupo de jóvenes;[5] su lectura les atraía de tal manera, que se olvidaban del mundo exterior: "Una vez —dice don Pedro— nos citamos para releer en común el *Banquete* de Platón. Eramos cinco o seis esa noche; nos turnamos en la lectura, cambiándose el lector para el discurso de cada convidado diferente ... La lectura acaso duró tres horas; nunca hubo mayor olvido del *mundo de la calle*, por más que esto ocurría en un taller de arquitecto, inmediato a la más populosa avenida de la ciudad".[6] Alfonso Reyes recuerda esa reunión: "Era —nos dice— la calle de Plateros. Era el taller de Jesús Acevedo. Eramos amigos unidos para siempre. Amanecía cuando cerramos el libro. Sólo entonces nos dimos cuenta de que había llovido toda la noche".[7] Otro fruto de estas lecturas fue la obra *Cuestiones estéticas* (París,

1908). (Traducción de P. H. U.). Los primeros estudios que Henríquez Ureña publicó en México aparecieron —en el año de 1907— en la *Revista Moderna*, la *Revista Crítica* y *México Moderno*. Uno de sus primeros trabajos de tema mexicano fue el que escribió sobre el poeta Jesús E. Valenzuela en *México Moderno* (1907). Para la bibliografía de P. H. U. ver *Revista de filología hispánica*, VIII (1946), págs. 194-210, y en este número la *Crono-bibliografía*... de E. Speratti Piñero.

[5] Ver Alfonso Reyes, *Pasado inmediato* (México, 1941), pp. 47-48.

[6] Pedro Henríquez Ureña, *La cultura de las humanidades*, discurso de inauguración de las clases en la Escuela de Altos Estudios de México, 1914. Citado por Alfonso Reyes en *Simpatías y diferencias* (México, 1945), II, 294-95.

[7] *Simpatías y diferencias*, ed. cit., II, 295.

XUM

1911) de Alfonso Reyes, publicada a instancias de don Pedro, a quien el autor dedica el primer ensayo del libro, "Las tres 'Electras' del teatro ateniense", fechado en 1908.

Además de los griegos, Henríquez Ureña leía, en compañía de don Antonio Caso, a Kant y a otros filósofos idealistas. Con frecuencia, las reuniones eran en casa del maestro Caso. Hablando de la *Crítica de la razón pura* de Kant, Caso evoca, nostálgicamente, la siguiente escena: "Nos trae el libro a la memoria días ya lejanos en que, en nuestra casa y compañía, don Pedro Henríquez Ureña, don José Vasconcelos, don Alfonso Reyes y don Martín Luis Guzmán ... leíamos y comentábamos a Kant en el texto de Perojo. Estas lecturas fueron para nosotros de incalculable significación y trascendencia. Pedro Henríquez Ureña poseía la versión inglesa de Max Müller, y solía agregar importantes notas eruditas a nuestras lecturas comentadas de los capítulos de la Estética y Analítica trascendentales".[8]

Las lecturas de los filósofos tenían, también, un fin ulterior: buscar bases firmes sobre las cuales se pudiera combatir el positivismo de Comte. "Bajo el gobierno de Díaz —dice don Pedro— la vida intelectual de México había vuelto a adquirir la rigidez medioeval ... el positivismo había reemplazado al escolasticismo en las escuelas oficiales, y la verdad no existía fuera de él. En teoría política y económica, el liberalismo del siglo XVIII se consideraba definitivo ... Pero en el grupo a que yo pertenecía, el grupo que me afilié a poco de llegar de mi país a México pensábamos de otro modo. Eramos muy jóvenes (había quien no alcanzaba todavía los veinte años) cuando comenzamos a sentir la necesidad del cambio ... Sentíamos la opresión intelectual, junto con la opresión política y económica de que ya se daba cuenta gran parte del país. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva, para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón, que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡Oh

[8] Antonio Caso, *México: Apuntamientos de cultura patria* (México, 1943), pp. 92 y 94.

blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce".[9]

La primera manifestación pública contra el positivismo oficial fue la que organizó este grupo de jóvenes en 1907, con el pretexto de oponerse a que don Manuel Caballero — a quien no le reconocían personalidad para recoger la tradición— reviviera la *Revista Azul* de Nájera. En mitin celebrado en la Alameda, Gómez Robelo criticó el positivismo prevalente en la vida pública. Por la noche, el grupo asistió a una velada en el Teatro Arbeu, en donde el orador Jesús Urueta continuó el ataque. Tanto Don Pedro como su hermano Max —que vivió en México de 1907 a 1908— firmaron el manifiesto de protesta, protesta que había de dar sus frutos. El 20 de marzo del año siguiente, en famoso discurso, don Justo Sierra condenó el positivismo oficial. De esa fecha parte una nueva época en la ideología nacional. No poco de ello se debe a los esfuerzos de don Pedro, el más activo miembro del grupo cuyas ideas prevalecieron a partir de esa fecha.

El resultado de este descontento fue la organización, en 1908, de la importante "Sociedad de Conferencias", en el Casino de Santa María la Ribera, y de la cual había de surgir el Ateneo de la Juventud. En la formación de ambas sociedades tuvo gran influencia —y así lo reconocen tanto Reyes como Henríquez Ureña— el arquitecto Jesús T. Acevedo; pero sin el espíritu formalista y académico de don Pedro el Ateneo no se hubiera organizado. "Mucho se ha hablado —dice Vasconcelos— en México del grupo del Ateneo y lo único cierto es que sin Pedro no habría existido. Su exigencia de sociabilidad nos llevó a trabajar en común, no obstante ser cada uno de nosotros radicalmente distinto, e inepto para trabajo común".[10] El 28 de octubre de 1909, por lo tanto, la agrupación fundó el "Ateneo de la Juventud", presidido el primer año por el maestro Caso y el segundo por Alfonso Cravioto.[11] ¿Y por

[9] "La revolución y la cultura en México", en la *Revista de filosofía,* Buenos Aires, XXI (1925), 125-132; en particular, p. 127.

[10] José Vasconcelos, "Vivió en los amigos", en *Letras de México,* núm. 125 (15 de agosto de 1946). Número dedicado a P. H. U.

[11] Sobre la fundación del Ateneo de la Juventud, ver el artículo de Quijano, "El verdadero Ateneo", en *Letras de México,* núm. 19 (16 de sept., 1937), p. 2.

XUM

qué —nos preguntamos— se escogió dicho nombre? Tal vez se deba a que ya en 1901 existía en Santo Domingo un "Ateneo de la Juventud" al cual pertenecían Pedro y Max, fundador este último de su órgano *El Ideal*.[12]

Uno de los primeros actos del Ateneo de la Juventud fue la organización de un ciclo de conferencias. La primera la sustentó el maestro Caso, quien habló sobre la filosofía moral de Hostos; la segunda Alfonso Reyes, sobre los *Poemas Rústicos* de Othón, y la tercera, el lunes 22 de agosto de 1910, en el salón de actos de la Escuela de Jurisprudencia, Pedro Henríquez Ureña. El tema que desarrolló esa noche fue: "La obra de José Enrique Rodó". Dichas conferencias, con otras por González Peña, José Escofet y José Vasconcelos, fueron recogidas en volumen y publicadas en México ese mismo año.[13] Como podemos observar por los títulos de las conferencias, Caso y Vasconcelos —éste disertó sobre las ideas de Gabino Barreda— eran los representantes, en el Ateneo, de la filosofía. En cambio, don Pedro y Alfonso Reyes representaban la literatura y la crítica literaria. Según ha recordado Vasconcelos, los críticos imprimieron al grupo "una dirección cultista, mal comprendida al principio, pero útil en un medio acostumbrado a otorgar palmas de genio al azar de la improvisación y fama perdurable, sin más prueba que alguna poesía bonita, un buen artículo, una ingeniosa ocurrencia . . ."[14]

De mayor importancia, por supuesto, es la campaña cultural con la que el Ateneo renovó el ambiente intelectual. "Bien pronto —dice Henríquez Ureña— nos dirigimos al público en conferencias, artículos, libros (pocos) y exposiciones de arte. Nuestra juvenil revolución triunfó, superando todas nuestras esperanzas . . ."[15] El joven maestro dominicano era el verdadero animador del Ateneo. "En él —dice don Martín Luis Guzmán— figuró como voz orientadora infatigable —nunca se lo agradecerán bastante la cultura y las letras mexicanas—

[12] Ver "Max Henríquez Ureña", en Esperanza Velázquez Bringas y Rafael Heliodoro Valle, *Indice de escritores* (México, 1928), pp. 128-131).

[13] *Conferencias del Ateneo de la Juventud* (México, Imprenta Lacaud, 1910). El estudio de P. H. U. sobre Rodó ocupa las págs. 63-83.

[14] *Ulises Criollo*, ed. cit., p. 267.

[15] "La revolución y la cultura en México", p. 127.

Pedro Henríquez Ureña, alto espíritu dotado a la vez, por raro privilegio, de un talento adulto reposado y sabio y del más bello entusiasmo juvenil".[16] Los ateneístas —podríamos agregar— establecieron los fundamentos y las direcciones esenciales del pensamiento y sensibilidades del presente; su estudio nos revela las corrientes intelectuales y literarias posteriores. Si don Pedro no hubiera vuelto de Santo Domingo en 1911 —año en que hizo una visita a su patria— la deuda que México tendría con él sería considerable. Y en cambio, su actuación dentro del Ateneo fue solamente un aspecto de sus portentosas actividades literarias y culturales de aquellos años de intensa vida intelectual. "Estaba dotado —dice don Alfonso Reyes— de una laboriosidad que le era naturaleza, y ella poseía dos fuerzas: la ostensible que le era naturaleza, y la oculta. Leía y escribía junto a la sopa, en mitad de la conversación, delante de las visitas, jugando al 'bridge', entre los deberes escolares... A veces, llegué a preguntarme si seguía trabajando durante el sueño... Su pensamiento no descansaba nunca".[17]

Entre las innumerables actividades que don Pedro llevó a cabo durante aquellos años, se encuentra la de compilar la importantísima *Antología del Centenario,*[18] obra que marca una época en la historia de los estudios literarios en México. En la "Advertencia", calificada por Alfonso Reyes de "sobria y meditada",[19] el maestro dominicano hace, por primera vez

[16] *A orillas del Hudson* (México, 1920), p. 49.

[17] "Evocación de Pedro Henríquez Ureña". Homenaje a su memoria ofrecido por la Secretaría de Educación Pública en el Palacio de Bellas Artes de México el 31 de mayo de 1946. Recogido en *Grata compañía* (México, 1948), pp. 205-215; también apareció como "Prólogo" a las *Páginas escogidas* de Pedro Henríquez Ureña (México, Secretaría de Educación Pública, 1946). La selección es de José Luis Martínez. Vol. 109 de la "Biblioteca Enciclopédica Popular". P. H. U. murió de un síncope cardíaco en el tren que le llevaba a La Plata la mañana del sábado 11 de mayo de 1946. Ver: Francisco Romero, "Cómo murió Pedro Henríquez Ureña", en el *Repertorio Americano,* XLVII (1951), p. 177.

[18] Obra compilada bajo la dirección del señor Lic. D. Justo Sierra... por los señores don Luis G. Urbina, Don Pedro Henríquez Ureña y don Nicolás Rangel. Primera parte (1800-1821). 2 vols. (México, Imp. de Manuel León Sánchez, 1910).

[19] "La Antología del Centenario", reseña recogida en *Obras completas de Al-*

XUM

en México, una penetrante crítica de las historias de la literatura mexicana hasta 1910, sobresaliendo sus apuntes acerca de Beristáin y Menéndez Pelayo. También le pertenecen varias de las biografías y, en el Apéndice al segundo tomo, el "Indice biográfico de la época", cuya introducción es una brillante reseña de la cultura mexicana de la época colonial, y en la cual hace resaltar por primera vez la importancia del siglo XVIII. Para él, "el siglo XVIII fue, dentro de los límites impuestos por el régimen político de la colonia, acaso el siglo de mayor esplendor autóctono que ha tenido México".[20] A pesar de ello, hasta hace pocos años la importancia del siglo XVIII era casi ignorada. Sólo en nuestros días se ha comenzado a estudiar sistemáticamente tan importante período de la cultura colonial mexicana.

Antes de ir a México, el joven dominicano ya había publicado un libro, cuyo título, *Ensayos críticos* (La Habana, 1905) apunta ya qué actividades han de ocuparle el resto de su vida.[21] El indicio se confirma con su segundo libro, *Horas de estudio* (París, 1910) —"¡para usted todas son horas de estudio!", le decía el maestro Caso— partes del cual fueron escritas en México; allí encontramos su primera apreciación de dos ateneístas: Antonio Caso y Alfonso Reyes.[22] Al mismo año pertenece también su mejor estudio histórico, "Hernán Pérez de Oliva", escrito en 1910 y publicado en la revista *Cuba Contemporánea,* de La Habana, en 1914. Fue reimpreso en su libro *Mi España* (México, 1922) y también en *Plenitud de España* (Buenos Aires, 1940), con algunas adiciones en las notas; ensayo que sirve, dice Vitier, de ejemplo para su procedimiento en cosas de historia literaria.

El año de 1911, en México, marca el rompimiento con el

fonso Reyes (México, Fondo de Cultura Económica, 1955), I, 277-283. (Suscrita en México, agosto de 1910).

[20] *Antología del Centenario* (México, 1910), II, 661.

[21] Nos es imposible citar aquí, debido a la naturaleza de este trabajo, todas las obras que don Pedro escribió en México o en torno a asuntos mexicanos; los lectores interesados pueden consultar la excelente *Crono-bibliografía de Pedro Henríquez Ureña,* de Emma Speratti Piñero, en este mismo número.

[22] "Días alcióneos: Antonio Caso y Alfonso Reyes", en *Horas de estudio* (París, P. Ollendorff, 1910). Este trabajo apareció primero en la revista *La Cuna de América,* de Santo Domingo, en 1908.

pasado. El 25 de mayo el Presidente Díaz por fin renuncia la presidencia, y Madero, cuatro meses más tarde, hace su entrada triunfal en la ciudad de México. Mas su gobierno es breve; su asesinato el 23 de febrero de 1913 desata una lucha civil que ha de retumbar en los más apartados rincones de la república. La vida cultural, y sobre todo la literaria, casi se paraliza. A fines de 1912 habían terminado las actividades del Ateneo, y por inicitiva de sus miembros se estableció la Universidad Popular.[23] Al año siguiente, don Pedro ayuda a reorganizar la Escuela de Altos Estudios: "En 1913 —nos dice— el doctor Chávez, hombre del antiguo régimen, que había vivido en esfuerzo continuo de adaptación a tendencias nuevas, se echó a buscar el concurso de hombres avanzados, dispuestos a trabajar grautitamente en la organización de la Escuela de Altos Estudios; la mayoría de los profesores la dio entonces nuestro grupo, y así nacieron, con éxito resonante, los cursos de humanidades y de ciencias".[24] El maestro, siempre dispuesto a ayudar, ocupó la cátedra de literatura inglesa.

Los acontecimientos políticos desencadenados por la contra-revolución de Huerta en 1913 casi suspenden las actividades de los ateneístas. Esos "años terribles de 1913 a 1916 —nos dice don Pedro— hubieran dado fin a toda vida intelectual a no ser por la persistencia en el amor de la cultura que es inherente a la tradición latina".[25] Lo que es peor, el grupo comenzaba a dispersarse. En agosto de 1913, Alfonso Reyes parte hacia España; Vasconcelos se encontraba al lado de los revolucionarios en el norte de la República. El maestro Caso y don Pedro seguían en la ciudad de México. Mas sus actividades son limitadas. Organizan, con don Francisco Gamoneda,

[23] Henríquez Ureña, sin embargo, dice que la Universidad Popular se fundó en 1911: "Nuestro grupo, además, constituido en Ateneo en 1909, había fundado en 1911 la Universidad Popular Mexicana, en cuyos estatutos figuraba la norma de no aceptar nunca ayuda de los gobiernos; esta institución duró diez años, atravesando ilesa las peores crisis del país, gracias al tesón infatigable de su rector, Alfonso Pruneda, y contó con públicos muy variados: entre los obreros difundió, en particular, conocimientos de higiene; y de sus conferencias para el público culto nacieron libros importantes, de Caso y de Mariscal, entre otros." ("La revolución y la cultura en México", p. 128).

[24] *Ibid* Ver también *supra*, nota 6.

[25] *Ibid.*, p. 129.

XUM

una serie de conferencias en la Librería General. El 6 de diciembre, Henríquez Ureña dicta su ya famosa conferencia sobre Ruiz de Alarcón,[26] uno de los estudios que México más le agradece, ya que con él reintegró a la literatura mexicana la personalidad del autor de *La verdad sospechosa*. Su tesis sostiene que Ruiz de Alarcón pertenece de pleno a la literatura de México y representa de modo cabal el espíritu del pueblo mexicano. La conferencia fue acogida con entusiasmo, como es evidente por las reproducciones que de ella se hicieron en varias revistas, lo mismo que su traducción al francés.[27] Años después, el autor la recogió, sin notas y con algunos retoques, en su libro *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*.[28]

Al año de 1913 también pertenece su poco conocido estudio sobre las *Traducciones y paráfrasis en la literatura mexicana de la época de la Independencia (1800-1821)*, publicado por el Museo Nacional. De dicho estudio, don Pedro, tal vez por consejo de Alfonso Reyes, envió un ejemplar al crítico francés R. Foulché-Delbosc desde la Secretaría de la Universidad de México.[29] En su *Revue Hispanique* el benemérito hispanista le publicó, entre otros trabajos, su *Bibliografía de Sor Juana Inés de la Cruz*.[30] Sobre la formación de esta erudita

[26] *Don Juan Ruiz de Alarcón*. Conferencia pronunciada en la Librería General de México el 6 de diciembre de 1913. Tirada aparte: La Habana, Impr. de "El Siglo XX", de Aureliano Miranda, 1915. Reproducida en *Nosotros*, México, núm. 9 (marzo de 1914), y en *El libro y el pueblo*, México, X, núm. 2.

[27] *Bibliothèque Americaine*, de la Universidad de París, 1924.

[28] Buenos Aires, Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones, 1928, pp. 79-99 En 1922, Pedro Henríquez Ureña publicó en México, con Prólogo y Notas, la comedia *Los favores del mundo*, de Alarcón, y en 1938 la Introducción a una edición de *La verdad sospechosa*, que apareció en Buenos Aires. También habla de Alarcón en su estudio "Escritores españoles en la Universidad de México", *Revista de filología española*, XXII (1935), pp. 60-65.

[29] *Traducciones y paráfrasis en la literatura mexicana de la época de la Independencia* (1800-1821), por Pedro Henríquez Ureña, en los *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, V (1913), 51-63. Tirada aparte: México, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1913, 13 pp. Ejemplar dedicado por el autor a Raymond Foulché-Delbosc en mi biblioteca. Sobre la misma época también publicó su estudio "La métrica de los poetas mexicanos de la Independencia", en el *Boletín de la Biblioteca Nacional de México*, VII (1914), 19-28.

[30] *Revue Hispanique*, París, XL (1917), 161-214. Reproducida en *El libro*

y meritoria bibliografía, don Pedro, allí mismo, nos dice: "A principios de 1914, di a la revista *México* —digna de mejor vida y circulación mayor de la que alcanzó— un breve artículo *En pro de la edición definitiva de Sor Juana*, al que acompañan sucintas notas bibliográficas (52 números) ... entre tanto, he añadido nuevos datos a mi bibliografía, en Washington y en Nueva York, y considero que en América no me sería fácil obtener muchos más" (pp. 161-162). Más tarde, sin embargo, la había de publicar en Buenos Aires (1937) corregida y añadida (ver nota 30). Su interés en Sor Juana, lo mismo que en Ruiz de Alarcón, perduró hasta los últimos días de su vida.[31]

Aunque algún crítico afirma que Henríquez Ureña salió de México en 1913, más bien parece que fue en 1914. De México pasa a Cuba, donde vivía su hermano Max, y de allí a los Estados Unidos. En ese año de 1914 lo encontramos en la Universidad de Minnesota, en Minneapolis.[32] Los años que van de 1914 a 1920 allí los pasa, estudiando, dictando conferencias y escribiendo. Recibe el grado de *Master of Arts*, y poco después (junio de 1918) el de Doctor en Filosofía. En el verano de 1917, don Pedro había visitado a Alfonso Reyes en Madrid. De esa visita, don Alfonso recuerda interesante anécdota, que ilustra el carácter del dominicano: "Cierta vez —nos dice— José Moreno Villa lo llevó al museo del Escorial. Pedro habló todo el tiempo de Minnesota —el clima, la Universidad, el catedrático de literatura francesa, una profesora que estudiaba la *Divina Comedia*, las reuniones dominicales en casa de algún colega— y no parecía prestar atención a lo que tenía adelante. Poco después, al regreso, en un misterioso desperezo retrospectivo, dejó pasmado a José Moreno Villa con un estupendo análisis del *San Mauricio* del Greco".[33]

El maestro dominicano, por supuesto, no permanece en

y el pueblo, México, XI (1934), 72-78; XII (1934), 137-43, 175-79, 229-35, 290-98, 336-44, 386-93, 436-41, con notas de E. Abreu Gómez; también en el *Boletín del Instituto de Cultura Latino-Americana*, Buenos Aires (1937), corregida y añadida.

[31] Para otros trabajos de Pedro Henríquez Ureña sobre estos dos autores, véanse las referencias bibliográficas de la nota 4.

[32] Ver *Abside*, México, XIX (1955), p. 55.

[33] Alfonso Reyes, *Grata compañía* (México, 1948), p. 210.

XUM

España; su América le atrae. Vuelve a Minnesota, y de allí, llamado por José Vasconcelos —que acababa de ser nombrado Secretario de Educación (1920)— otra vez a México por una segunda temporada. Debido a su influencia sobre Vasconcelos, la Universidad Nacional editó los clásicos griegos. En 1921 salieron de las prensas universitarias las *Tragedias* de Eurípides, que Henríquez Ureña menciona en su bibliografía al artículo sobre Pérez de Oliva. Por esos años también, despertó en México —como resultado de la Revolución— el interés por el folklore y la literatura popular. Vasconcelos encargó a don Pedro que hiciera un estudio de los romances populares. Las primeras investigaciones serias sobre la divulgación del romance tradicional en México a él se deben. Dichos estudios "fueron hechos —dice don Vicente T. Mendoza— hará unos quince años, hacia 1922, cuando era Ministro de Educación el Lic. D. José Vasconcelos, y tenía como colaborador a D. Pedro Henríquez Ureña. En su obra *Indología,* el Lic. Vasconcelos dice que proyectaba publicar un *Romancero;* dicha obra no llegó a editarse —ignoro las causas—, ni sé tampoco si se intentaba que fuese solamente español o debía contener versiones mexicanas; me inclino a creer que fuese esto último, porque en el *Homenaje a Menéndez Pidal,* T. II, el señor Henríquez Ureña presenta diversas versiones recogidas entre personas conocidas de México y presumo que estaban destinadas a publicarse por la Secretaría de Educación. Como hasta ahora es éste el único trabajo de consideración que se ha llevado a término en este sentido, me ha sido valiosa su consulta e incluyo en mi obra dicha documentación".[34]

Por aquellos años ya había surgido una nueva generación —Antonio Castro Leal, Alfonso Caso, Gómez Morín, Toussaint, Cosío Villegas, Lombardo Toledano, José Gorostiza— formada en las aulas de la Universidad Nacional, bajo el influjo decisivo de Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña.[35] El órgano oficial del grupo era la revista *México Moderno,* que antes dirigiera el poeta González Martínez y entre cuyos directores encon-

[34] *El romance español y el corrido mexicano* (México, 1939), pp. 61-62.

[35] Sobre esta "Generación de 1915", ver José Luis Martínez, *Literatura mexicana siglo XX,* Primera parte (México, 1949), pp. 15-16.

tramos el nombre de don Pedro.[36] Allí publicó, en 1922, sus *Notas sobre literatura mexicana.* Sobre las aportaciones del grupo a la cultura mexicana, nos dice: "Hacia 1920 se hace franco cambio de orientación en la enseñanza de la sociología, la economía política y el derecho. Esta transformación se debe a hombres más jóvenes que nosotros, hombres que apenas alcanzan ahora [1925] los treinta años: Manuel Gómez Morín, a quien se debe en su mayor parte la nueva coordinación del plan de estudios jurídicos en la Universidad; Vicente Lombardo Toledano, cuyas *Definiciones de derecho público,* se inspiran en la escuela de Duguit; Daniel Cosío Villegas, cuyo intento de hacer sociología aplicada al país (apuntes de *Sociología mexicana)* despierta franco interés; Alfonso Caso, Daniel Quiroz y otros. . ." [37]

El magisterio de Henríquez Ureña en México termina en 1924, año en que decide pasar a la Argentina. Mas esto no indica que deje de pensar o escribir sobre México. Al año siguiente de su llegada a Buenos Aires da a la *Revista de filosofía* su estudio "La revolución y la cultura en México",[38] esquemática síntesis de la cultura mexicana, la primera del autor, que había de ampliar en obras posteriores, como la *Historia de la cultura en la América Hispánica* (México, 1947). Otros de sus estudios sobre temas y autores mexicanos los recogió en su libro —uno de los que más fama le han dado— *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928); tres de los seis estudios versan sobre la personalidad y las obras de autores mexicanos: Ruiz de Alarcón, Alfonso Reyes, González Martínez; ensayos, los tres, de capital importancia para el estudio de las letras mexicanas, y a los cuales hay que volver siempre.

En Buenos Aires, debido a la influencia del filólogo Amado Alonso, renace en don Pedro el interés por las investigaciones lingüísticas. Dos son las fuentes que utiliza para sus estudios del español en México, estudios indispensables sobre la materia: sus observaciones personales del habla popular y su

[36] En el primer número (1º de agosto de 1922) colaboró con su ensayo "La antología de la ciudad". La editorial *México Moderno* le publicó su libro *En la orilla: Mi España* (1922).

[37] "La revolución y la cultura en México", p. 129.

[38] Ver nota 9.

XUM

inmensa erudición. Las bibliografías que antepuso a la obra *El español en Méjico, los Estados Unidos y la América Central* (Buenos Aires, 1938), obra publicada con cuatro años de retraso a pesar de su empeño, son el mejor ejemplo de su prodigiosa erudición. La "Introducción", al mismo tiempo, es un enjundioso estudio sobre el español de esas regiones, y sus "Datos para el habla popular de Méjico" (pp. 277-324) aportan un insuperable modelo a los estudios de esta naturaleza y, a la vez, demuestran el dominio que el autor poseía de la materia.

Hay, por fin, un aspecto de las actividades del maestro dominicano —el aspecto de su vida más difícil de captar— que es preciso mencionar: trátase de su obra no escrita. No hay duda de que, mientras vivió, hizo un gran esfuerzo por dar lo mejor a sus amigos, tanto en la conversación como en la enseñanza. En México creó ambiente intelectual. Entre sus discípulos encontramos a las mejores inteligencias del siglo. Los que mañana lean sus obras, dice Alfonso Reyes, apenas conocerán la mitad de su contenido humano y quién sabe si todavía menos. "Todo lo dejaba, todo, para acudir a los demás, y en ello gastó gran parte de su vida. Somos legión los responsables de que no haya dado cima a muchos más libros proyectados. Y no sólo hacía suyas nuestras empresas literarias: también nuestros enojos prácticos y nuestras vicisitudes morales. Un día, cuando más pobre estaba, hizo entrega de sus parvos ahorros en manos de uno a quien quería ver inconmovible en su apartada dignidad cívica" (*Grata compañía*, p. 208).

En conclusión, podríamos decir que las principales aportaciones de don Pedro a la cultura mexicana son: en el campo de las letras, la revalorización de Ruiz de Alarcón, los estudios sorjuanísticos, los importantísimos estudios de revalorización del siglo XVIII, la *Antología del Cenenario*, la valorización de las obras de Alfonso Reyes y González Martínez, y sus trabajos filológicos; en el campo de las ideas: la ayuda que dio a la lucha contra el positivismo, la orientación de los jóvenes que formaron el Ateneo de la Juventud y, más tarde, al grupo llamado generación de 1915; en la educación: su colaboración en la organización de la Universidad Popular y la reorganización de la Escuela de Altos Estudios, hoy Universidad Nacional; y, en fin, en el campo de las relaciones humanas: su ayuda

a todos los jóvenes que se le acercaban a pedirla, ya fuera intelectual, moral o material. Con razón Alfonso Reyes, quien mejor lo conoció, ha dicho: "México reclama el derecho de llorarlo por suyo. Pocos, sean propios o extraños, han hecho tanto en bien de México. Aquí transcurrió su juventud ... aquí enseñó entre sus iguales, sus menores y sus mayores; y en corto plazo, hizo toda la carrera y ganó el título de abogado. Aquí gobernaba con intimidad y sin rumor aquellas diminutas y sucesivas pléyades, cuyas imágenes van convirtiéndose ya en focos orientadores a los ojos de la mocedad más promisora. Aquí se incorporó en las trascendentales reformas de la educación pública. Aquí fundó su hogar. Y, al cabo, nos ayudó a entender y, por mucho, a descubrir a México. Nuestro país era siempre el plano de fondo en su paisaje vital, la alusión secreta y constante de todas sus meditaciones" (*Grata compañía*, p. 206).

¡Sirvan estas desaliñadas notas de humilde homenaje al inolvidable maestro!

LUIS LEAL,

Emory University,
Georgia, EE. UU.

Pedro Henríquez Ureña Profesor en México

En el año de 1913, Pedro Henríquez Ureña era profesor de literatura castellana en la Escuela Nacional Preparatoria. Las mismas enseñanzas impartía el gran poeta Luis G. Urbina. Pedro con él había compartido la redacción de la *Antología del Centenario*, obra excelente que estudia la producción literaria de México en los primeros diez años de su vida independiente. La obra se proponía abarcar el estudio de la literatura mexicana en los años comprendidos de 1810 a 1910. La revolución iniciada en este último año dejó trunca la obra que prometía ser fundamental para el conocimiento de la obra de poetas y prosistas en el primer siglo de México como nación desvinculada de España. Henríquez Ureña aportaba a este propósito, iniciado y fomentado por el entonces Ministro de Instrucción Pública, don Justo Sierra y secundado por Nicolás Rangel, el eminente historiador, además de los dos ya citados hombres de letras, su erudición, su buen gusto, su conocimiento de las letras mexicanas.

En la cátedra de Henríquez Ureña no sólo se aprendía a conocer a los autores españoles, sino también a investigar. Se adquiría una disciplina intelectual que ha servido de mucho a los que después se han dedicado al cultivo de las disciplinas literarias. No era un brillante expositor, no tenía la elocuencia de don Antonio Caso por ejemplo, pero sí sabía encontrar la vocación de sus discípulos y la sabía encauzar. Era un buen partero de almas como quería Sócrates para los maestros. Formó así un grupo importante de discípulos. De entre ellos sur-

XUM

gió una publicación que hasta ahora se consulta con provecho: *Las cien mejores poesías de la literatura mexicana* reunidas por Antonio Castro Leal, Manuel Toussaint y Alberto Vázquez del Mercado.

Henríquez Ureña formaba parte del grupo conocido con el nombre de "Generación del Ateneo". Fue miembro fundador de la Sociedad de Conferencias que había de dar origen al "Ateneo de la Juventud". Los que la integraban habían de dar en su mayoría lustre y decoro a las letras mexicanas. La generación del Ateneo se había de distinguir por la preferencia dada a los estudios filosóficos y al ensayo como expresión. Fue menos lírica que la que actuó bajo el signo del Modernismo. Trató de ir más allá del positivismo, que había sido la doctrina oficial de la República desde 1868. Para ello era menester que sus componentes contemplaran el panorama del mundo intelectual contemporáneo. La Universidad reabierta por don Justo Sierra en 1910 necesitaba de la cooperación de estos jóvenes que se dedicaron en cuerpo y alma a la renovación del ambiente del México de entonces. Pedro Henríquez Ureña aportó en ello su sabiduría, su curiosidad siempre despierta, su inteligencia lúcida y su capacidad de trabajo. Reconocieron su autoridad compañeros suyos que han dejado honda huella en la vida intelectual de México: Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Carlos González Peña, Julio Torri.

Creada la Facultad de Altos Estudios en la recién formada Universidad, Henríquez Ureña enseñó Literatura Castellana, primero y Literatura Comparada después, formando en ambas cátedras a los estudiantes que habían de sustituirlo más tarde en la enseñanza.

Cuando se trató de superar la doctrina positivista que era el alma de la enseñanza superior en el México de entonces, Henríquez Ureña cooperó con el Ministro de Educación don Nemesio García Naranjo para abrir las ventanas de la Escuela Nacional Preparatoria a horizontes nuevos. Se reformó el plan de esa Escuela incorporando en él los estudios de los problemas de Filosofía que habían estado ausentes de él, los de Arte que no habían aparecido en el curriculum de la enseñanza superior. Se incorporó la Literatura Mexicana. Se pretendió que las Humanidades tuvieran el lugar que les co-

rresponde en la enseñanza. Desgraciadamente la caída del régimen hizo que el plan de estudios fuera flor de un día. El viaje al extranjero de Pedro Henríquez Ureña interrumpió su enseñanza en la Universidad. Dejaba ya varias publicaciones importantes: *Horas de estudio* y sus *Tablas cronológicas de la Literatura Castellana.* Había colaborado en las revistas mexicanas de mayor importancia. En una de ellas se publicó su importante estudio sobre el Maestro Hernán Pérez de Oliva, que presenta un panorama muy rico del Renacimiento Español. En el año de 1914 pronuncia su conferencia sobre Juan Ruiz de Alarcón que marca época en los estudios sobre la dramática del gran autor mexicano.

Al asumir la Rectoría de la Universidad primero y la Secretaría de Educación después, don José Vasconcelos en el año de 1920, Pedro Henríquez Ureña vuelve a México, para fundar la Escuela de Verano, que tanta importancia ha tenido para el conocimiento de México en los Estados Unidos particularmente. Se rodea de un profesorado capaz y entusiasta. Incorpora a sus discípulos a la enseñanza. Implanta nuevos métodos en la docencia y en la investigación universitaria. En la Escuela de Altos Estudios, ahora Facultad de Filosofía y Letras, inicia un seminario de letras españolas, uno de los primeros cursos de este tipo que se dieron en la Universidad. Sigue desempeñando su cátedra de Literatura Comparada.

En el año de 1923 va a Puebla a ocupar la dirección de la educación pública del Estado. Los tiempos son difíciles. El país está en plena agitación por el movimiento de la Huertista. Su paso por ese puesto es fugaz. Tiene que salir del país. Encuentra ocupación en las Universidades de Buenos Aires y de La Plata.

Fuí discípulo de Pedro Henríquez Ureña en 1914 y en 1921 y 1922. Su enseñanza dejó en mí hondas huellas. Me enseñó a trabajar en la investigación de temas literarios. Cooperé con él como maestro en la Escuela de Verano y seguí sus huellas como Director de este Instituto en 1928. Le sucedí en la cátedra de literatura española en la Facultad de Altos Estudios cuando salió del país. Soy, pues, testigo de la importancia de la obra realizada por el maestro dominicano en nuestro país. Seguí correspondiendo con él desde México y a

veces desde el extranjero. Sus cartas traían siempre una enseñanza, un consejo, una observación certera y útil. Después de diez años de su tránsito sigo considerándolo como uno de los maestros más esclarecidos de Iberoamérica.

JULIO JIMÉNEZ RUEDA.

Universidad Nacional
Autónoma de México

Recuerdos de Pedro Henríquez Ureña

ENTRE el polvo y la ceniza del tiempo la luz de estos recuerdos. Primero, en Nueva York (1918), a través del entusiasmo de Salomón de la Selva, su amigo predilecto. Después, el contacto más directo, epistolar, de Pedro, en su soledad de Minnesota donde preparaba ya su sólida obra sobre *La Versificación irregular*. Entre la nieve de Minneapolis y el helado viento de Nueva York la vibración cordial de nuestra amistad. Cuando Pedro abandonó ese ambiente gélido, por dentro y por fuera, yo iba a sucederle en la cátedra y a dictar por primera vez (1921) un curso de literatura hispanoamericana. El nombre de Pedro estaba allí presente, vivo entre las papeletas de un seminario que buscaba "los elementos líricos en el drama español anterior a Lope de Vega", vivo también en el afecto de Antonio Heras; en la admiración de unos cuantos estudiantes. El profesor Beach me preguntaba constantemente por Pedro, su amigo tan querido de esos años. Más tarde, en 1922, Pedro me invitó a los cursos de verano de la Universidad de México. Allí estuve por unas semanas cerca de su espíritu y de su visión. Allí escuché su palabra mesurada, serena, profunda y sabia. Charlas en su despacho de la vieja universidad, en los pasillos, en las salas de clase, visitas a su amable casa en un lejano barrio de México, conversaciones y refrigerios bajo la mirada tutelar de una culta anciana, creo que tía suya; gratas charlas en compañía de Cosío Villegas, Alejandro Villaseñor, Julio Jiménez Rueda, Salvador Novo, Jaime Torres Bodet. Las comidas en el viejo restaurante "Colón", junto a José Vasconcelos, Julio Torri, Pellicer.

XUM

Es problable que ya nadie recuerde una discusión entre el ático Henríquez Ureña y el exaltado Vasconcelos, para mí tan gestora. Vasconcelos, que acababa de invitar a Gabriela Mistral a México, hablaba de "la única poetisa de América"; Pedro le recordó el nombre de Juana de Ibarbourou. Vasconcelos, con apasionado gesto, dijo: "todavía hay categorías, Pedro". Así quedaron definidos ante mí los dos grandes escritores.

Pedro partió en viaje a la América del Sur ese verano en compañía de Vasconcelos, Antonio Caso, Julio Torri y otros intelectuales mexicanos. Para mí la Universidad quedó semidesierta.

Veinte años de silencio. En 1943 vi a Pedro por última vez en Buenos Aires. A pesar de sus muchos éxitos le encontré desencantado y triste. Hablamos varias veces en el Instituto de Filología, y recordamos los que a él le gustaba llamar "nuestros días alcióneos". Con Amado Alonso y Angel Rosenblat bajamos algunas tardes a tomar un refresco. Un día de enero de 1944 vi por última vez a Pedro. Le dejé en una esquina de la Avenida de Mayo y le observé cruzar la calle, con andar fatigado, en su traje negro de siempre. No sé por qué me invadió una gran tristeza esa tarde.

En 1918 la reputación de Pedro Henríquez Ureña, según entendí yo en Nueva York, era de una solidez reconocida entre la gente de los países del Norte de nuestra América. Ya había publicado sus *Ensayos críticos* en La Habana (1905), sus *Horas de estudio* en París (1910), su conferencia sobre *Juan Ruiz de Alarcón* en México (1914), su estudio sobre el maestro *Hernán Pérez de Oliva* en Cuba (1914), su tragedia clásica *El nacimiento de Dionisos* en Nueva York (1916), su *Literatura dominicana* en París (1917). Preparaba entonces su tesis doctoral *La versificación irregular en la poesía castellana* que iba a publicar poco después en Madrid (1920). Por Salomón de la Selva conocí yo *El Nacimiento de Dionisos*, obra de cultura más que de inspiración, de rigurosa exactitud preceptista. Salomón tenía dos dioses mayores: Rubén Darío y Pedro Henríquez Ureña. Un dominicano avecindado en la gran cosmópolis, hombre de letras y de fiesta, Manuel Cestero, consideraba a Pedro como un maestro. Muñoz Marín, Requena

Legarreta, René Borgia seguían con admiración y cariño la labor del profesor de Minnesota. En verdad Pedro era ya el maestro continuador de la obra de José Enrique Rodó. Sus intereses en materias intelectuales eran múltiples; filología, historia, crítica literaria, filosofía, gramática, métrica, pedagogía, estudios clásicos. Yo leí con creciente admiración toda su obra y tengo aquí frente a mis ojos un ejemplar de *El Nacimiento de Dionisos* con esta dedicatoria: "Al profesor Peter H. Goldschmidt, atentamente, Pedro Henríquez Ureña, N. Y., Feb. 1916". Este señor Goldschmidt era una buen varón que editaba una famosa revista en los dos idiomas en Nueva York.

Además de sus estudios sobre literaturas hispánicas, Pedro había divulgado ya algunos destacados valores de la literatura inglesa tales como Walter Pater, Oscar Wilde, Bernard Shaw. Leía con gran interés en esos días a los escritores norteamericanos. En mi ensayo *La influencia de los Estados Unidos en nuestra literatura* ("Cuadernos", París, Julio-Agosto, 1956) yo digo lo siguiente: "Pedro Henríquez Ureña era una autoridad en la materia. Creo que en su tiempo nadie conoció mejor que él las letras norteamericanas. Ya en 1909 escribe un comentario sobre el dramaturgo yanqui Clyde Fitch, incluído en su libro *Horas de estudio*. Durante su estada en los Estados Unidos escribió acerca de Edith Warton, Vachel Lindsay, William Rose Benet, Edna St. Vincent Millay. Su artículo *Veinte años de literatura en los Estados Unidos* ("Nosotros", LVII, 1927) es el mejor comentario sintético que se ha hecho de la literatura norteamericana en el primer cuarto del siglo presente".

No hay más que leer su libro *Literary currents in Hispanic America* (Harvard University Press, 1945) para observar los profundos conocimientos de Pedro en este campo.

Hasta aquí lo que yo sabía de Pedro en mi primera aproximación a él. Más tarde le seguí en su desarrollo intelectual a través de sus obras mayores: *En la orilla: mi España* (México, 1922), *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (Buenos Aires, 1928), *Sobre el problema del andalucismo dialectal de América* (Buenos Aires, 1932), *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo* (Buenos Aires, 1936), *Plenitud de España* (Buenos Aires, 1940).

XUM

Todo esto me llenaba de orgullo, en parte por motivos egoístamente personales. Pedro había sido una especie de padrino literario para mí. El fue quien por primera vez comentó mis poemas de juventud en su cátedra; él me recomendó para que le sucediera en su puesto de la Universidad de Minnesota; él quien me invitó a dar clases en la Universidad de México; él quien me presentó a los maestros mexicanos, Antonio Caso, José Vasconcelos, Julio Torri. A esta distancia —diez años de su muerte— su recuerdo está vivo, por el afecto, por la admiración, por la nobleza del ejemplo.

Ahora que el nombre de Pedro Henríquez Ureña ha entrado en la historia, esta humilde nostalgia mía es el homenaje que le rinde mi recuerdo.

ARTURO TORRES RÍOSECO

Universidad de California, Berkeley.

Pedro Henríquez Ureña y la Lingüística Indigenista

PARA Pedro Henríquez Ureña (Don Pedro, en el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires por el respeto y admiración ilimitada de cuantos allí le teníamos por maestro y ejemplo) no había capítulos ignorados en el vasto campo de la historia de la cultura de Occidente. En el de la cultura hispánica nada escapaba a su pesquisa, a su dominio total, pormenorizado y seguro. En el de la civilización latinoamericana, su confesado campo de especialización, su saber de cuanto directa o indirectamente con ella se relaciona era sencillamente insuperable en cualquier dimensión, desde cualquier punto de vista que se lo considerase. Quienes gozamos del privilegio de su trato asiduo estábamos de tal modo acostumbrados a su sabiduría enciclopédica y maciza que ya nos parecía cosa natural oírle hablar hoy de la arqueología de los Chibchas, mañana de las investigaciones botánicas sobre las plantas cultivadas por los indios americanos, con mención exhaustiva en este caso de los nombres comunes de tales plantas, antiguos y actuales, indios y españoles, así como de sus correspondientes nombres científicos. En el dominio de la vida cultural hispanoamericana no había para él campos a trasmano. Todos estaban para él sobre el camino real. Todos tenían para él interés primordial. Para quienes no lo conocieron sino por sus obras Pedro Henríquez Ureña fue un humanista ejemplar; para nosotros, maestro universal cuya doctrina inagotable rebalsaba sobre cualquier limitación. Hablara de lo que hablare, su información era siempre de primera mano, su bibliografía óptima y

al día, su juicio reposado e imparcial, su crítica medular tanto como benevolente.

Como sabio de veras, Don Pedro no se sentía envanecido de su ingente saber, mucho menos satisfecho. Todo lo contrario, con modestia admirable confesaba los supuestos huecos de su formación y escuchaba en actitud discipular cuando creía estar aprendiendo algo de su interlocutor.

Uno de esos supuestos huecos era el de no haber aprendido ninguna lengua indígena, y más de una vez le he oído deplorar el no haber aprendido el náhuatl durante su permanencia en México. Sostenía que en las tierras americanas donde las lenguas indígenas están aún vigentes era deber de los intelectuales responsables aprenderlas bien para estudiarlas con autoridad. Y estimaba incongruente con nuestras pretensiones de madurez cultural el que europeos y norteamericanos nos aventajasen en la calidad y en el número de los estudios sobre nuestras lenguas aborígenes.

Este tema de las lenguas indígenas reincidía en nuestras conversaciones. Estaba familiarizado con su historia y bibliografía, colonial y post-colonial, sus préstamos al español. Recuerdo que una tarde nos citamos en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires para examinar un ejemplar de los *Sermones y ejemplos en lengua guaraní*, de Nicolás Yapuguay, impreso en las misiones jesuíticas del Paraguay. Profesaba gran admiración por los fundadores de la lingüística indigenista en nuestras tierras como Francisco Pimentel y Manuel Orozco y Berra, de México; L. Fernández, de Costa Rica; E. Uricochea, de Colombia, y Bartolomé Mitre y Samuel A. Lafone Quevedo, de la Argentina, y se sentía apenado por la razón que le asistía a Paul Rivet para decir, en uno de los párrafos iniciales de su estudio sobre *Las lenguas de la América del Sud y de las Antillas*, incluido en *Les langues du monde* de Meillet y Cohen, que: "Ce chiffre considérable [de 77 familias lingüísticas en la América del Sud y las Antillas] montre a quel point les études linguistiques sud-americaines sont peu avancéés". No podía explicarse cómo de aquella siembra generosa saliera tanta espiga huera.

No creo equivocarme afirmando que su interés por la lingüística indígena creció con los años hasta transformarse

en preocupación. De este interés nacieron en nuestros diálogos algunos proyectos y algunos conatos para realizarlos. El primero en el tiempo fue el del *Diccionario histórico de los indigenismos americanos del español.* Amado Alonso lo acogió con entusiasmo, pero no abundaban los investigadores y escaseaban los recursos. Por vía de entrenamiento para nosotros mismos, y de estímulo a los posibles interesados, recogió sus notas sobre *palabras antillanas* en un artículo del mismo título que publicó en la *RFE* en 1935, mientras yo publicaba el mío sobre *Las voces guaraníes del Diccionario académico* en la *Revista de la Academia argentina de letras* en el mismo año. De su posterior constancia en tal empresa son testimonios sus insuperables trabajos sobre *Papa y batata, El enigma del aje, Boniato* y *Caribe,* que en 1938 fueron reunidos en un volumen bajo el título de *Para la historia de los indigenismos.* No dejaba de pensar D. Pedro en que por muy bien hecho que estuviera un diccionario de esta índole estaría inacabado en la medida de que se fueran publicando documentos y libros coloniales hasta ahora inéditos, u obras literarias en las que se utilicen voces indígenas. Para facilitar la tarea de los futuros lexicógrafos e historiadores del español americano juzgaba necesario establecer la costumbre de acompañar las ediciones de tales documentos y libros de un índice, o mejor aún de un glosario, de las voces indígenas que en ellos aparezcan, con mención de los nombres científicos para los casos de fauna y flora. No creía difícil establecer tal costumbre por sus obvias ventajas. Las publicaciones académicas y universitarias tendrían que dar el ejemplo, pero había que hablar de ella, además, en todas las ocasiones oportunas y hacer que los congresos históricos, literarios y afines la recomendaran con reiteración. El profesor Angel Rosenblat, en sus bellas y cuidadas ediciones del Inca Garcilaso y Sarmiento de Gamboa, ha dado una excelente pauta de lo que tales glosarios podrían ser.

También mencionaba D. Pedro en nuestras pláticas el abandono en que las universidades tenían a las investigaciones sobre las lenguas indígenas. El resultado era la desorientación en estos estudios y la caída inevitable de los mismos en manos de los cultores empíricos que trabajan al margen de los métodos, fines y teorías de la disciplina que dicen profesar y

XUM

cuyas obras no sólo son inútiles para la ciencia, sino también dañosas, ya que los trabajos serios también son mirados con recelo por la crítica competente, o lo que es peor, sencillamente ignorados en razón de la procedencia. Para corregir este estado de cosas creía necesario promover la vuelta a la tradición colonial de enseñar las lenguas aborígenes en el plano universitario. Los países con lenguas indígenas vivas deberían iniciar tal restauración. Sus universidades tendrían que acoger en su seno a los estudiosos más competentes y encauzar las investigaciones por los senderos de la ciencia. De este modo cumplirían con su intransferible misión de contribuir al avance de los conocimientos científicos en un campo casi virgen, sin competidores y al inmediato alcance de la mano, y conquistarían dentro de una esfera modesta pero segura la consideración y el respeto del mundo científico.

Hablando de estas cosas siempre traía a colación lo que la lingüística debe a las universidades norteamericanas. Ellas hicieron posible la creación de una escuela de lingüística indigenista norteamericana de donde salieron un Boas y un Sapir. Sus miembros, con la protección de las universidades, exploraron lingüísticamente todo el continente boreal en un tiempo increíblemente breve, aprendieron las lenguas aún vivas y estudiaron las reliquias de las desaparecidas, escribieron gramáticas descriptivas de las mejor conocidas y pusieron orden en la agrupación por familias preparando el terreno para los estudios de fondo con que Boas y Sapir contribuyeron al progreso de la lingüística general.

Un buen ejemplo que emular. Y por otra parte, ¿por qué invitar con nuestra negligencia a que otros vengan a cosechar en nuestra propia heredad?

Todavía quiero mencionar otro proyecto brotado de nuestras conversaciones. Amado Alonso tenía *in mente* el de una historia de la difusión del español en América. Nos lo mencionaba una y otra vez. Discutiéndolo surgió el otro, en cierto modo complementario: una historia de los indigenismos americanos del español. Desde el principio D. Pedro lo consideró con calor. Con frecuencia hablaba de lo que tal historia debía ser. Iba madurándola en su espíritu. No una mecánica historia de palabras sino un capítulo de la vida espiritual de

América. De su predilección por el proyecto queda un testimonio: el título del volumen arriba mencionado *Para la historia de los indigenismos*.

Ciertamente muy poco es lo que se añade, con lo aquí aducido, a los méritos que Pedro Henríquez Ureña cosechó en vida para hacer su nombre imperecedero. Pero no es menos cierto que su vida y su obra fueron un constante acto de amor a la América hispana y a su cultura. Su pensamiento tenía ese solo rumbo. Valgan estos recuerdos como un testimonio más de su entrañable patriotismo americano, para el cual ninguna faceta de la vida de nuestra América le fue desconocida, mucho menos indiferente.

MARCOS A. MORÍNIGO.

University of Southern California.

Resumen antológico de la obra métrica de Pedro Henríquez Ureña

"No es la métrica, a pesar del desdén con que suele mirársela desde la época romántica, como parte de la destronada Retórica, asunto baladí o estudio vacío, propio tan solo de la erudición indigesta: es porción esencial y efectiva de la técnica literaria, a la cual consagraron sabio esmero los Griegos y los Latinos, y conocimiento necesario para integrar la *filosofía de la composición*, según lo mostró Hegel en elocuente páginas de su *Estética*".[1] A esta porción esencial y efectiva de la técnica literaria Pedro Henríquez Ureña ha consagrado varios estudios de suma importancia en la historia literaria —estudios de verdadera erudición y genuina intuición estética. Se ha propuesto descubrir los elementos fundamentales de la métrica española y obrando sin vendar los ojos con viejos prejuicios y sin más teoría que la del valor de la rigurosa observación científica, ha ido examinando los versos de poeta y plebe no sólo de los países de habla española sino de otros muchos antiguos y modernos —unas veces en busca de la historia de un verso particular, de una estrofa, o de un sistema, otras veces en busca del verso puro. Guiado sólo por su deseo de conocer a fondo el verdadero ritmo de la poesía española, ha logrado descubrir hechos históricos y verdades poéticas antes insospechadas. Aunque se puede dividir la obra métrica de Henríquez Ureña en tres partes principales[2] —la

[1] Pedro Henríquez Ureña, "El verso endecasílabo", en *Horas de estudio*, París, 1910, p. 138.

[2] Ha estudiado varios problemas de métrica: *Rubén Darío*, 1905 (publi-

XUM

que trata del endecasílabo castellano[3] (en que distingue cinco tipos de endecasílabo castellano en vez de los dos tipos generalmente definidos por los tratadistas anteriores), la de investigaciones sobre la versificación irregular española[4], y la del estudio del verso puro[5] se puede decir de toda ella lo que ha dicho Menéndez Pidal de *La versificación irregular en la*

cado también en *Horas de estudio*, París, 1910, 113-137); *Don Juan Ruiz de Alarcón*, México, Nosotros, 1914: "La métrica de los poetas mexicanos en la época de la Independencia", *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 1914, 19-28; "Notas sobre Pedro Espinosa", *Revista de Filología Española*, IV, 1917, 289-292; "Rubén Darío y el siglo XV", *Revue Hispanique*, L, 1920, 324-327; "El modelo estrófico de los 'layes, decires y canciones' de Rubén Darío", *Revista de Filología Española*, XIX, 1932, 421-422; "La versificación de Heredia", *Revista de Filología Hispánica*, IV, 1942, 171-172; "Los jueces de Castilla", *ibid.*, VI, 1944, 285-286; "La cuaderna vía", *ibid.*, VII, 1945, 45-47; "Sobre la historia del alejandrino", *ibid.*, VIII, 1946, 1-11. Quisiera añadir aquí una nota importante sobre el arte mayor citada de una carta que me escribió Pedro Henríquez Ureña en 1941: "No creo que en estos casos haya cesura: 'Cuando las áncoras quís levantar'; precisamente me parece que la cesura ha sido deliberadamente suprimida y que hay *enjambement* entre el primer hemistiquio y el segundo."

[3] "Cuestiones métricas. El verso endecasílabo", *Revista Moderna de México*, XII, 1909, 27-40 (también en *Horas de estudio*, París, 1910, pp. 138-147); "El endecasílabo castellano", *Revista de Filología Española*, VI, 1919, 132-157; "El endecasílabo castellano", *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, XIII, 1944, 725-824. En "Rubén Darío" (p. 123) dice: "Con su última radical innovación, este gran revolucionario ataca precisamente el óptimo tesoro de nuestra métrica: el endecasílabo... Si en el Pórtico no mezcló este endecasílabo con el yámbico, en otras composiciones, no sólo los mezcla, sino que liberta completamente el ritmo de nuestro verso heroico..."

[4] *Antología de la versificación rítmica*, San José de Costa Rica, 1918 (con prólogo de Alfonso Reyes); *Antología de la versificación rítmica*, México, *Cultura*, X, 1919; "El apogeo de la versificación irregular. 1600-1675", *Nosotros*, XXXIII, 1919, 445-451 (parte del capítulo IV del libro *La versif. irreg. ...)*; "La versificación irregular en la poesía castellana", *Cuba Contemporánea*, XXII, 1920, 372-386 (introducción y capítulo I del libro del mismo título); *La versificación irregular en la poesía castellana*, Madrid, 1920 (segunda edición, 1933); "Problemas del verso español", *Cursos y Conferencias*, 1935, nº 5; "Problemas del verso español. La versificación fluctuante en la poesía de la Edad Media (1100-1400), *Cursos y Conferencias*, IX, 1936, 491-505.

[5] "En busca del verso puro", *Valoraciones*, IV, 1926-1927, pp. 3-6, 73-88, 174-177 (reproducido en *Cursos y Conferencias*, IV, 1934, 225-249, y en *Homenaje a Enrique José Varona en el cincuentenario de su primer curso de filosofía (1880-1930)*, La Habana, 1935, 29-48).

poesía castellana:[6] "Y bien puede decirse que Henríquez Ureña, penetrando la esencia musical de esta métrica antes desconocida, abriendo el espíritu del lector a gustar bellezas que antes dejaban insensibles a la crítica, ha conquistado una nueva provincia para la historia literaria".

Sería ocioso elogiar más la obra que ha destruido la superstición del isosilabismo, cambiando profundamente el concepto de la métrica española, la obra que ha hecho no sólo aceptable sino obligatoria la libre investigación de problemas métricos españoles. Ya son casi axiomáticas las ideas de Henríquez Ureña sobre la fluctuación en la versificación española —ideas que serían escandalosas en los primeros años del siglo veinte, ideas que nos hacen comprender claramente la *raison d'être* del verso libre moderno. Tan bien conocida, en efecto, es *La versificación irregular en la poesía castellana*, obra repetidamente citada por los especialistas, que sobran comentarios. No será superfluo, sin embargo, subrayar una vez más la importancia del verso irregular en la métrica española. La importancia de la fluctuación métrica es evidente si se considera la historia del verso irregular, historia que me propongo trazar brevemente ofreciendo al lector el siguiente *pastiche* de la obra maestra de nuestro autor:

"Desde el siglo XII hasta fines del XIV, el fenómeno de la fluctuación existe, salvo excepciones bien contadas, en toda la versificación española, pero con caracteres diversos y en grados distintos. Es general, eso sí: la irregularidad métrica estaba en todas partes, *en el ambiente*, y no sólo en los asendereados copistas (p. 34). El isosilabismo se erige en norma de la versificación castellana, pero no en norma absoluta: el principio de la versificación acentual, con grandes libertades respecto de las sílabas, se impone precisamente cuando las formas amétricas desaparecen (hacia 1400) (p. 37). Durante doscientos años, desde que puede comprobarse su existencia en la literatura castellana, la versificación irregular de tipo acentual, o con vaga tendencia acentual, imperfectamente definida, sale a la superficie pocas veces: pero a fines del siglo XV sube a gozar de prestigio y sigue disfrutándolo desde en-

[6] Segunda edición, p. VI. Todas las citas son de esta edición.

XUM

tonces: primero entre el pueblo mucho más que entre los poetas cortesanos y ciudadanos; luego, difundiéndose por igual entre uno y otros (p. 97). Hasta 1600, la versificación acentual está comunmente en manos populares y vulgares, y recibe poca atención de los hombres de letras; desde 1600, los poetas cultos se apoderan de ella, y acaban por transformarla, regularizándola (p. 98). Al terminar el siglo XVI, los elementos populares, cuya ascensión hacia las letras cortesanas, desde la época de los Reyes Católicos, había sido gradual, pero constante, acaban por penetrar de lleno en el drama, en la poesía lírica, en la novela. Lope es el gran maestro de este movimiento en lo que atañe a la versificación, entre otras cosas. Coetáneos suyos, Cervantes, Góngora, los dramaturgos de Valencia, son quienes mejor contribuyen a la innovación. El carácter renacentista del siglo de Carlos V va cediendo cada vez más ante el reflujo de tendencias nativas que dan su peculiar sabor al siglo XVII en España (p. 209). El apogeo de la versificación irregular en las manifestaciones cultas de las letras castellanas coincide con la época de mayor esplendor del teatro, a la vez del profano y del religioso. Se adaptaba a maravilla esa versificación a los episodios de canto y danza que formaron parte principal del espectáculo cuyo núcleo era la comedia y cuyos incidentes y accesorios, a veces excesivos en número, requerían a menudo el empleo de la música. La versificación irregular mantiene el contacto con la poesía del pueblo, sobre todo antes de 1650; pero los poetas la escriben libremente en ocasiones, ya sea tratando de imitar el estilo popular, como ocurre con Lope y Tirso, ya sea sin reminiscencia alguna de los orígenes, como ocurre con Calderón o con Castillo Solórzano. La versificación sigue girando dentro de sus círculos originarios: la seguidilla, el metro de gaita gallega, el metro donde predomina el eneasílabo. Durante poco tiempo, trata de definirse otro en que habría predominado el decasílabo bipartito. Fuera de esos, continúan los esquemas libres: los más de ellos, durante el siglo XVII, con predominio de las medidas largas (pp. 275-276). A partir de 1650, toda esta brillante variedad se irá regularizando y reduciendo. Las seguidillas y los versos de gaita gallega se volverán regulares, sometidos a las leyes del isosilabismo, como la silva de origen

italiano; los otros esquemas desaparecerán al fin. La versificación irregular, después de prolongar su existencia en relativa oscuridad en el teatro cómico, desaparecerá de toda poesía culta y volverá al seno de las masas anónimas de donde habían subido hacia las cortes (p. 276). Hacia el final del siglo XVIII, la antigua versificación irregular ha desaparecido a tal punto de la literatura, que ni siquiera sus reliquias parecen peligrosas a los clasicistas académicos, y se comienzan a exhumar versos desusados, como el endecasílabo de gaita gallega o el eneasílabo o el dodecasílabo o el decasílabo bipartito, para emplearlos en combinaciones isosilábicas e isométricas (pp. 282-283). El isosilabismo no lo violaron nunca los románticos (apenas hubo uno que otro desliz de Espronceda, momentáneamente, cuando se enredaba en algún intento métrico extravagante), y sus ataques contra la isometría de las estrofas, audaces al principio, fueron reduciéndose gradualmente, hasta desvanecerse. De la irregularidad silábica sólo se salen, en rigor, unos pocos intentos de resucitar la cantidad grecolatina: los más interesantes son los de Juan Gualberto González. Este imperio de la uniformidad isosilábica durará hasta 1895, más o menos (p. 285). El libro que señala el resurgimiento de la versificación iregular en la literatura es *Prosas profanas*, de Rubén Darío, publicado en Buenos Aires en 1896. El movimiento, como se ve, principia en la literatura de América: es reflejo del movimiento en favor del moderno verso libre, que tiene su centro en Francia y de allí irradia a muchos países. Caracteriza al libro de Rubén Darío la gran variedad de metros, manejados todos con rara perfección, con exquisito sentido de sus cualidades musicales, sin repetir nunca demasiado ritmos iguales dentro de cada tipo de verso. El deseo de hacer de todos los metros conocidos en castellano instrumentos igualmente flexibles —deseo que nace con el siglo XIX— llega aquí a su realización, no lograda ni por los últimos clásicos académicos ni por los románticos (p. 317). La versificación plenamente irregular, amétrica, iniciada de modo tímido por Darío, continúa difundiéndose y adquiere brillo en los poemas de José Santos Chocano, del Perú, y en el *Lunario sentimental* (Buenos Aires, 1909), de Leopoldo Lugones, de la Argentina, antiguo jefe de la *extrema izquierda* en el movimiento que se

XUM

llamó *modernista* (p. 329). En tiempos recientes, Juan Ramón Jiménez se convierte en el principal cultivador de los metros libres. En sus libros últimos, *Diario de un poeta recién casado* (Madrid, 1917), *Eternidades* (1918), *Piedra y cielo* (1919): emplea constantemente la versificación irregular (pp. 331-332). Como se ve, el movimiento iniciado en América entre 1890 y 1895, y extendido a España desde 1900, ha restaurado en la poesía culta los dos tipos de versificación irregular que habían existido en castellano: el amétrico, que domina desde el siglo XII hasta el XIV, y el acentual, que florece del XIV al XVII. El tipo amétrico moderno, aunque unas veces coincida con el medieval en la tendencia a aproximarse a paradigmas isosilábicos, otras veces desecha toda aproximación a la regularidad y busca efectos singulares. Cerca de ellos se encuentran los ocasionales ensayos de prosa rítmica, la cual, por definición, debería distinguirse del verso, faltándole la unidad que debe caracterizarlo (p. 335)". Y una advertencia final: "Los dos extremos en que puede caer la versificación irregular son la prosa, el sonsonete de baile. El tipo amétrico, manejado por versificadores que no posean el sentido justo de la unidad rítmica que constituye el verso, puede llegar a no distinguirse de la prosa. El tipo acentual puede convertirse en sonsonete monótono, si el versificador no cuida de variar los efectos con la distribución de los golpes o altas, a la vez que el número de sílabas, como lo hacen los poetas de idiomas en que la poesía es meramente acentual, sin sujeción al número fijo de sílabas. De uno y otro extremos deberán huir los poetas de lengua castellana, si quieren mantener viva y eficaz la riqueza de versificación conquistada durante los últimos años (pp. 335-336)".

Ya se ve que el verso irregular, aunque irregular, es verso. Pese a quien pese, hay que admitirlo en la familia de los versos legítimos de la poesía. ¿Hasta dónde, entonces, puede llegar la *irregularidad* de un verso? ¿Hasta la prosa? ¿Cómo definir el verso —el verso puro? ¿Cómo distinguirlo de la prosa? "¿Será cierto que hay dos únicos modos de expresión verbal: el verso y la prosa? ¿Y será cierto que el verso y la prosa deben mantenerse puros, antitéticos e inconfundibles entre sí? Vivimos bajo el terror de que nos descubran paren-

tesco con el inmortal *bourgeois gentilhomme*. Y más si el parentesco existe. Pero padecemos escrúpulos innecesarios. Quizás M. Jourdain era menos tonto de lo que Molière creía, como Bouvard y Pécuchet eran menos tontos de lo que Flaubert creyó. Quizás no era M. Jourdain quien se equivocaba, sino el maestro de retórica, según hábitos de su tribu. Recordemos al árabe describiendo la prédica de Mahoma: 'No es poesía, ni es prosa, ni es lenguaje mágico, pero impresiona, penetra . . .' ".[7]

En el artículo "En busca del verso puro", estudio no tan bien conocido como *La versificación irregular de la poesía castellana*, por ser casi inaccesible, pero esencial para los que desean comprender el verso libre, Henríquez Ureña examina las definiciones del verso de varias lenguas, antiguas como modernas, en busca de la definición mínima, la noción genérica, del verso. De este artículo he escogido los siguientes párrafos, florilegio que bien puede servir de abecedario en el estudio de la métrica:

"Para desvanecer el prejuicio de que sólo es verso el de nuestro idioma en nuestro tiempo, de que sólo merece el nombre aquella unidad rítmica cuyas leyes nos son familiares, nada mejor que una peregrinación a tierras lejanas. Los pueblos que nos son exóticos hablan lenguas cuyos sistemas gramaticales resultan irónicamente contrarios al nuestro; su música se organiza sobre escalas distintas de las nuestras. ¿No será natural que el verso difiera? Lo es.

"El verso varía de pueblo a pueblo, de siglo a siglo. Pero varía menos que las armazones lingüísticas o los sistemas tonales, porque trabaja con material uniforme, la sílaba, arcilla sonora sujeta a modulaciones pero intacta en su esencia.

"Si representamos con letras los recursos principales del verso, podremos resumir en fórmulas la versificación de todos los idiomas. Sean: A, la unidad fluctuante, de medida elástica; B, la combinación de versos desiguales; C, la cesura; D, el número fijo de sílabas; E, la regulación de la cantidad, el número fijo de valores de sílabas (largas y breves); F, los

[7] "En busca del verso puro", en *Homenaje a Enrique José Varona*, p. 29. Todas las citas son de esta edición.

XUM

acentos de intensidad; G, la regulación de los tonos o diferencias de altura musical entre las sílabas; H, la rima; I, la aliteración; J, el encadenamiento; K, el paralelismo; L, el acróstico". (págs. 36-37).

"Desatando al verso de la cadena de rigores con que se pretende sujetarlo, todavía se aferra al último eslabón: la ley del ritmo. ¿Es justa, entonces, la familiar definición del verso como *unidad rítmica?*

"Sí: la definición es justa siempre que se encierre dentro del círculo exacto de definición mínima, siempre que se recoja estrechamente dentro de la noción limpia y elemental de *ritmo*, apartando de sí cualquier enredo con la idea de acento o de tono o de cantidad, cualquier exigencia de igualdades o siquiera de relaciones matemáticas". (p. 30).

"El verso, en su esencia invariable a través de todos los idiomas y de todos los tiempos, como grupo de fonemas, como "agrupación de sonidos", obedece sólo a una ley rítmica primaria: la de la repetición. Ritmo, en su fórmula elemental, es repetición. El verso, en sencillez pura, es unidad rítmica porque se repite y forma series: para formar series, las unidades pueden ser semejantes o desemejantes.

"La unidad aislada carece de valor: la serie le da carácter rítmico y la frecuencia del uso le presta apariencia de entidad. Cuando decimos que frases como 'Lo cierto por lo dudoso' o 'Amar sin saber a quién' o 'En un lugar de la Mancha' son versos octosílabos, es que la abundancia de aquel tipo métrico en la poesía española crea costumbre y obliga al oído a reconocerlo suelto o dentro de la prosa. Cualquier tipo de versificación, cuando es nuevo, cuando falta la costumbre de él, desconcierta al oyente: los tradicionalistas sentencian que 'no es verso', que 'suena mal al oído'. Así se dijo del endecasílabo español en el siglo XVI; así, a fines del XIX, de la rica versificación de Rubén Darío y los suyos; todavía se oyen ecos de aquella disputa cuando estalla otra nueva . . ." (p. 31).

"La excursión a través de unas cuantas literaturas de Asia, Africa y Europa revela cuántos fenómenos distintos reciben el nombre de verso. ¿Qué habrá de común entre el Hai Kai de los japoneses, cuyo único recurso rítmico es la regularidad aritmética de la serie de sílabas, y el poema germánico,

con sus incisivos acentos, pausas y aliteraciones, pero de medida silábica vaga? ¿Qué habrá de común entre la estrofa de Safo o de Anacreonte, tejida con delicados filamentos de matices en la duración del sonido y la profecía hebraica, en versículos de extensión indeterminada, unidos por la duplicación o el contraste de los pensamientos o las imágenes? ¿Qué habrá de común entre las rigurosas runas finlandesas del *Kalevala*, todas de ocho sílabas, con cuatro acentos fijos, con aliteración y paralelismo, y los vagos contornos del cantarcillo español, ceñidos apenas por el lazo pueril del asonante? De común sólo existe la noción mínima, esencial, de unidad rítmica (la fórmula A).

"A la unidad rítmica, desnuda y clara, se atiene el verso libre a que se consagran hoy, en típica confluencia, poetas jóvenes de las más divergentes naciones occidentales. Si es verdad que nuestro tiempo cava hasta llegar a la semilla de las cosas para echarlas a que germinen de nuevo y crezcan libres; si el empeño de simplificación y de claridad toca a los fundamentos de los valores espirituales, y del valor económico, y de la actividad política, y de la vida familiar ¿por qué no ha de tocar a las formas de expresión? Reducido a su esencia pura, sin apoyos rítmicos accesorios, el verso conserva intacto su poder de expresar, su razón de existir. Los apoyos rítmicos, que a unos les parecen necesarios, a otros les sobran o les estorban. Y tales apoyos tienen vida limitada: recorren ciclos y desaparecen. Desapareció la cantidad en los viejos idiomas indoeuropeos; desapareció la aliteración en los germánicos . . . El siglo XIX, en Europa, está lleno de quejas contra la rima. ¿Por qué la rima resiste todavía el ataque? Cuando se la expulsa, se va con ella el cuento de sílabas: de otro modo, habríamos creado especies nuevas de verso blanco en medidas exactas . . . No hay formas universales ni eternas". (pp. 43-45).

¡NO HAY FORMAS UNIVERSALES NI ETERNAS!

"Aceptemos la sobriedad máxima del ritmo: el verso puro, la unidad fluctuante, está ensayando vida autónoma. No acepta

apoyos rítmicos exteriores; se contenta con el impulso íntimo de su vuelo espiritual". (p. 45).

El problema de definir la poesía —significación espiritual— queda intacto después de definir el verso, fenómeno del orden de los sonidos. Si al verso alcanzamos a encerrarlo dentro del círculo de la noción mínima, es porque existe como entidad sonora en todas las lenguas, y, despojado de sus variaciones, persiste como unidad rítmica que se desarrolla en series. Pero queda el otro problema adyacente, el de los límites entre la prosa y el verso. Y este problema, que muchos pretenden resolver con el tajo brusco entre las dos formas, sólo admite una solución: la separación entre el verso y la prosa no es absoluta; del verso a la prosa hay grados, escalones, etapas descendentes.

"Se dice, con la solemnidad del maestro de M. Jourdain, que hablamos en prosa. Distingo. Hay dos acepciones de prosa, una negativa y otra positiva. Si —según al arbitrio popular— decidimos aplicar el nombre de prosa a cualquier uso del lenguaje que no sea verso, podrá tolerársele su explicación al retórico de la comedia. Pero si el nombre se aplica a una forma de expresión literaria, obra de esfuerzo consciente y claro propósito, no hablamos en prosa. Hablamos, y nada más.

"La historia no deja dudas: la prosa no nace como mera proyección del lenguaje hablado; se crea como derivación y a ejemplo del verso". (págs. 45-46).

Digamos, en conclusión, contrahaciendo una predicción que hizo Henríquez Ureña de la obra de Rubén Darío: las historias futuras consagrarán a Henríquez Ureña como el Sumo Intérprete de la versificación castellana: si no el que mejor ha interpretado ciertos metros típicos de la lengua, sí el que mayor variedad de metros ha descubierto.

DOROTHY CLOTELLE CLARKE.
Universidad de California,
Berkeley.

Notas sobre Pedro Henríquez Ureña

Le estimé tanto que no podría ser apasionado ni unilateral. Disto, pues, del coro de ditirambos incondicionales, y me siento más a mi placer en aquel puesto que él hubiera querido siempre ocupar: contemplador interesado, cosa distinta a ése que, según Ortega, "se inmuniza de lo contemplado". Además, Pedro posee materia suficiente para resistir pellizcos, golpes y dentelladas. A cincel puro se le puede reformar, es decir, presentar bajo forma distinta de la que por lo común se usa para dárnoslo por sabido.

*

El contacto directo que nos unió no fue como el largo e indirecto que mantuvimos por correspondencia desde más o menos 1925, yo estudiante aún. Comenzó en los primeros días de 1937. Pedro había asistido a la primera Escuela de Verano de la Universidad de Chile. Un hijo mío sufrió entonces serio accidente. La noche tétrica de la definición, Pedro estuvo a mi lado con una ternura increíble. Durante muchas horas se negó a dejarme con mi ansiedad. Desde luego, conversando de temas gratos e intensos. Me parece que también estuvo Amado Alonso, o fue al año siguiente esta nueva visita. Guardo de ello el recuerdo más agradecido y firme.

Ya habíamos estado juntos, en Buenos Aires, hacia septiembre de 1936. Nos reunió el PEN Club. Nos acercó la afición editorial, a que yo estaba entregado en aquel entonces. Una noche, nos juntamos en casa de la señora Gonet de Rinaldini, quien presidía unas reuniones socráticas. La noche de

XUM

mi referencia asistieron Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges y Pedro. En una pieza vecina discutían los planes de una futura revista un grupo de jóvenes discípulos. Estoy seguro de que uno de ellos era Enrique Anderson Imbert.

Después coincidimos a menudo en los viajes entre Buenos Aires y La Plata, ocupados de funciones profesorales: así fue en 1937, 1938, 1939 y 1940, en que yo iba de visita docente de Chile a la Argentina. En 1941, él me anticipó en el viaje a los Estados Unidos. Creo que es cuando Pedro luce toda su madurez.

No avancemos por los mares de la crítica. A más de riesgosos suelen ser ingratos.

La última vez que nos vimos fue en 1943. Mi postrera aventura docente en Buenos Aires y La Plata, hasta que cayó el bullicioso "peronato". Pedro estaba enflaquecido y pálido. Trabajaba como galeote, corrigiendo pruebas de sus ediciones, redactando prólogos, haciendo notas, dictando clases (de aquí para allá), participando en debates, como si tuviera treinta años y en estado de merecer. Digámoslo con claridad: en la Argentina recibió toda clase de homenajes, salvo uno: el desempeñar a plenitud una cátedra universitaria, por su condición de extranjero que, ya al final, estaba llegando a puerto (la condición de extranjero, no la ciudadanía).

Al despedirme de él, junto al ascensor de su casa, después de haber comido en la dulce paz de su hogar, con los suyos, le pregunté si se sentía mal: "¿Me nota algo?", me preguntó. Asentí. Entonces me dijo, como quien confiesa algo inconfesable: "La verdad es que hace algún tiempo que no me siento del todo bien..." Se llevó la mano al corazón y agregó: "Este tiene sus picardías". Y, muy bajito: "Pero es un secreto entre usted y yo".

Recordé a González-Prada recatando de su esposa la noticia de un síncope cardíaco. De otro iría a morir ... Este año, conversando con Max y Camila Henríquez Ureña, hermanos de Pedro, pude enterarme de que ellos nada supieron nunca de aquella enfermedad del ausente. Lo entiendo bien ahora.

Cuando murió Pedro, al empinarse a colocar su cartapacio de papeles en una red portaequipaje del tren entre Buenos Ai-La Plata, recordé todo aquello. Fue en 1946. Escribí un ar-

tículo para *La Tribuna*, de Lima. Desde entonces le estoy debiendo este pequeño *Pro-memoria*.

*

Un joven estudioso, Antonio Pagés Larraya, muy bien documentado, formula algunos reparos a la obra de Pedro. No son desatendibles. Pero debieron extenderse al común de los exégetas latinoamericanos. Somos corredores de velocidad; de cortas distancias; ensayistas, no tratadistas; cuentistas antes que novelistas. Conviene ahondar el caso.

Lo primero depende de una causa estrictamente material. Carecemos de profesiones a tiempo completo y, por tanto, a devoción y a paga total. Un hombre debe todavía —y en aquel tiempo era mucho peor— hacer muchas cosas diferentes para subsistir. Pedro Henríquez Ureña, como todos los escritores nuestros, se vio en ese caso. Propongamos aquí una encuesta: los novelistas del siglo XIX fueron permanente o esporádicamente adinerados. Los escritores sin fortuna escriben cuentos, artículos, reseñas, crónicas.

Lo segundo depende de una causa fundamentalmente cultural. Nuestra dotación de hombres preparados era muy pequeña. Por tanto, el que lo estaba debía prestar múltiples servicios. Como los antiguos sacerdotes, debía ser jefe legislativo, político, universitario, literario y, a veces, como Julio Arboleda, Jorge Isaacs, Bartolomé Mitre, Domingo Faustino Sarmiento, Vicente Riva Palacios, etc., también jefe militar. Tantas resposabilidades encogen el ámbito de las posibilidades profundas. Uno se hace fragmentario. La posteridad juzga implacablemente de acuerdo a los resultados, no a las causas o motivos. El desequilibrio es así fatal.

Pedro desempeñó muchas tareas a un mismo tiempo. Fuera de su época como profesor en una Universidad de Minnesota y el de la fugacísima Superintendencia de Educación en la República Dominicana, de que salió asqueado, todo lo suyo fue a corre-vuela, siendo él, sin duda, hombre de sosiego, de ahondamiento, de comprobaciones reiteradas. Su última etapa la pasa como profesor de la Universidad y del Colegio Nacional de La Plata, de la Facultad de Filosofía de Buenos Aires, del Ins-

XUM

tituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, asesor de la Editorial Losada, director de dos colecciones de la misma, conferenciante, redactor de prólogos y artículos, y algo que se me queda por ahí. El crítico que no tome en cuenta semejante, involuntaria e inevitable dispersión, será muy injusto. Pero, al mismo tiempo, la obra que no se resienta de ello, sería milagrosa.

Después de considerarlo no nos asombra que su póstuma *Historia de la Cultura en la América Hispánica* sea tan esquemática. Debemos quedarnos, como su obra básica, con *Corrientes literarias:* libro imprescindible.

*

Horas de Estudio señala la verdadera aparición de este hombre taciturno y sereno, según sus escrituras; jovial y profuso, según sus pláticas; intenso y metódico, según sus lecciones. Subtituló el volumen *Estudios críticos de filosofía y literatura* (París, Ollendorf, 1910). Se advierte ahí el impacto de México sobre el joven socrático, a la sazón de 26 años. Los temas de que se ocupa serán Alfonso Reyes, Antonio Caso, Gabino Barreda; de su patria y aledaños hablará en los trabajos sobre Hostos, Gastón Deligne y "la vida intelectual de Santo Domingo"; revelará sus preocupaciones estilísticas en el estudio sobre el verso endecasílabo; desde luego, rendirá homenaje a Rubén Darío, en su apogeo entonces.

Ese mismo año de 1910 publica, en colaboración con Nicolás Rangel, Luis G. Urbina y con el patrocinio de don Justo Sierra, la *Antología del Centenario* de México, libro no superado todavía.

Pero, ya había asombrado a su coterráneos Pedro con un librito juvenil: *Ensayos críticos* (Habana, Imp. de E. Fernández, 1905), en el que se ocupó ya de un poeta a quien reiteraría homenaje después: José Joaquín Pérez, a Hostos y a Darío. Interesa este parvo tomo porque en él se recogen las predilecciones juveniles de Pedro: D'Annunzio, Shaw, Wilde, y en música Wagner y Strauss.

Puede afirmarse que, a partir de 1910, y no desde 1905, la vida de Henríquez Ureña está jugada. A cara o cruz: Cruz,

la enseñanza literaria. No la traiciona, como que ya en 1913 lanza un folleto en México sobre ese tema.

Desde entonces la vida de Pedro transcurre entre lecciones, conferencias, ediciones, debates, traducciones, viajes. Todo eso impidió que el erudito se tragara al hombre de gusto, así como las lecturas evitaron que el viajero se quedase con el profesor.

En 1913, Pedro Henríquez Ureña llama la atención de los críticos literarios de América y España con su prólogo a las obras de don Juan Ruiz de Alarcón (México), donde plantea la tesis de su mexicanismo esencial (hay segunda edición de La Habana, 1915). No es donde se muestra más sereno. Se advierte cierta vehemencia mal contenida, pero se explica no sólo por la edad de Pedro sino también por las circunstancias: la hora cero de la Revolución Mexicana, las resonancias internacionales del suceso mexicano..

Literatura dominicana (París, *Revue hispanique*, 1917), *Antología de la versificación rítmica* (San José, Costa Rica, *El Convivio*, 1918), "El endecasílabo castellano" (Madrid, *Revista de Filología*, 1919), *La versificación en la poesía castellana* (Madrid, *Revista de Filología*, 1920), *Observaciones sobre el español en América* (Madrid, 1921), los folletos sobre la novela en América (1927), el supuesto andalucismo de nuestro lenguaje, etc.; el ya sesudo volumen *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (Buenos Aires, *Babel*, 1928); la estupenda claridad de *La cultura y las letras en Santo Domingo* (Buenos Aires, 1936); los dos volúmenes de ensayos: *Plenitud de América* (Buenos Aires, 1952), póstumo, y *Plenitud de España* (Buenos Aires, 1940); todo conduce ya, con más el precioso tesoro de *Para la historia de los indigenismos* (Buenos Aires, *Instituto de Filología*, 1938) a la parte final, al opus magna que es *Literary Currents in Hispanic America* (Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1945), traducido póstumamente como *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (México, Fondo de Cultura, 1949).

Pero, al margen de esto, que es lo visible, Pedro Henríquez Ureña dirigió la colección de *Cien obras maestras*, de la Editorial Losada, y planeó la actual *Biblioteca Americana* que se publica en México. En realidad, este libro se completa

con *Historia de la cultura en la América Hispánica*, también póstumo (México, Fondo de Cultura, 1947).

La obra de Pedro fue así, variada y acezante. Se trasluce en la sequedad de algunos comentarios. Le salvaba su prurito y logro de exactitud. Prolijo y fiel, en él se puede uno confiar, casi siempre, dejando el margen de error humano, indispensable. Uno de ellos fue el que cometió respecto a la novela. Pero, aclaremos: en ese tiempo, nadie pensaba que las leyes de Indias fuesen tan letra muerta respecto de los libros, como en realidad lo fueron.

*

De ocho partes o capítulos consta *Las corrientes literarias*... No es un libro de estricta historia literaria, ni de crítica. Participa, como tiene que ser, de los caracteres de crítica, historia, sociología, psicología. Empieza con el descubrimiento del Nuevo Mundo en la imaginación de Europa, y siguen: la creación de una sociedad nueva; el florecimiento del mundo colonial; la declaración de la independencia intelectual; romanticismo y anarquía; el período de organización; literatura pura; problemas de hoy. Me parece que falta un capítulo, no sé si previo o a continuación del primero, sobre el aporte lingüístico, sintético y sensorial del indio. No cabe en capítulo mixto, subsidiariamente. Tal vez, la perspectiva virreinal fuera demasiado amplia, a cambio de una desproporcionada pormenorización de lo más cercano. Discutibles puntos de vista, y, además, mínimos. Nada de eso recorta la dimensión continental, la profundidad de pensamiento, la amplitud de miras con que se mueve Pedro a través de esas páginas realmente magistrales.

Podría afirmarse que, después de leído tal libro, surge con límpidos contornos la imagen de un mundo novomundial. Desde luego, en ello entran ingredientes no siempre igualmente aceptados. Muchos de los que me reprochaban mi "socioliteratura", hace veintitantos años, encontraron justa la posición de Pedro, nada distante casi de la mía, hace quince. Lo digo con afán de prosélito, no de escampavía. Para resal-

tar cuánto hace la autoridad en aquellos deseosos de tener alguna...

La multiplicidad de tareas obligó a Pedro a un estilo sobrio y cinematográfico. No perdía con ellos la claridad de la frase, ni su estirpe castiza. Sufrió lo que podríamos llamar el regodeo fonético, la suntuosidad. Mas, a fuer de buen gimnasta verbal, había aprendido ese dificilísimo y maduro arte que consiste en decir mucho en poco, la musculosidad de la expresión, exprimida de grasas, tensa y ágil para vencer pruebas ásperas.

De ahí también que lo más jugoso y expresivo de Pedro estuviera en su conversación, en sus clases. Discípulo suyo es hombre —o mujer— herido de su certidumbre. En las pláticas se entregaba. Era un platicante congénito e insuperable. Iba y venía por las ideas y los hechos con una incomparable meticulosidad y, al mismo tiempo, sentido de la perspectiva. Abundaba en citas de memoria, todas oportunas. Los enxiemplos, como en un buen autor árabe, se sucedían en su punto, jugosos, esclarecedores.

De haber sido América un continente menos ardido de vehemencias y de necesidades primarias, Pedro Henríquez Ureña debió de haber disfrutado de la estupenda prebenda del ocio creador. Lo obligaban a la rapsodia, y él se revolvía gallardo y terco, casi patético contra la coyunda.

Claro, se dirá, no todos nacen con el privilegio de un hogar como el suyo, donde padre, madre, tío, hermanos fueron y son paradigmas de amor a la cultura, recorredores en libros y ciudades de todo lo americano e hispánico. No obstante, muchos que así fueron dotados se descarriaron del camino y prefirieron la pereza a la diligencia, el no hacer nada al trabajar con ahinco por descubrir rutas.

Es nuestro gran ordenador. Los que coincidimos con él en preocupaciones y rumbeos, los que además fuímos y somos como él hombres de andar, ver, oír y leer, comprendemos su cuita. Se nos fue cumplidos los sesenta, con la mente lúcida y la aljaba llena de posibilidades y proyectos. Su maestrazgo vive a través de sus lecciones y colecciones. Para los que le conocimos y disfrutamos del dulce acicate de su nutritiva amistad, Pedro permanece en lo alto de nuestras vi-

XUM

gilias, orientándolas y estimulándolas. Tratar de superarle es arduo, pero la única forma de cumplir con él. Aunque no sea más que en la intención ambiciosa y por tanto creadora.

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ.
Universidad de San Marcos,
Lima, Perú.

Recuerdo de Don Pedro

CREO que lo vi algunas veces en la librería de Porrúa: moreno, de otra manera que sus compañeros mexicanos, con el aire del trópico, con su sol en la piel, parecido a los míos de la costa del Golfo, y con algo más, diferente, entre tabasqueño y antillano y, si no me equivoco, con gran sombrero de fieltro negro. ¿Lo vi entonces, o lo imaginé después bajo la sugestión de alguna fotografía?...

Poco lo leí en México, es la verdad, pero mucho en París, donde me dediqué a buscar lo hispano en el mundo y, sobre todo, lo hispanoamericano en lo hispánico. Y no sólo lo leí, sino lo estudié, en Bédarrides de Vaucluse, en la Provenza, en la casa de Gabriela Mistral, donde pasé una buena temporada del año de 1929. "Busque su América, muchacho", me decía Gabriela, siempre. Y a menudo: "en Pedro, en Alfonso, en Vasconcelos, en Caso la encontrará". Los admiraba mucho, y a Henríquez Ureña, a Reyes y a otros los recordaba con su nombre de pila. Y yo hacía lo mismo, un poco por su influencia y un mucho por desacato juvenil, por un vano e inconfesado intento de hombrearme con los grandes de América. Y, en el caso de Alfonso, porque el casi tuteo de Gabriela era lluvia sobre mojado: mi padre, desde mi infanca así llamaba a los hijos de don Bernardo. A Vasconcelos nunca le dije *Pepe* porque Gabriela no se lo decía y, quizá más, porque era el caudillo político de mis compañeros, y algo el mío, a la distancia y demasiado discutido en mis adentros, para justa furia y continua polémica epistolar con mis íntimos amigos Andrés Pedrero y Herminio Ahumada, que en ese momento peleaban cívica y heróicamente junto con él;

XUM

y menos a Caso le llamé *Antonio*, en parte porque Gabriela no me enseñó a hacerlo, y sobre todo, porque había sido mi maestro. Lo cierto es que en Francia vivía yo en el seno de la alta familia en cuya cima veíamos al casi abuelo de todos, don Justo Sierra, y en la que no era menos mexicana la rica rama, copiosa de frutos, del sabio y buen dominicano.

Pero, de carne y hueso, de voz y plática, no vine a conocerlo sino en 1941, quizá en febrero, aquí en Nueva York. Don Federico de Onís lo invitó a asistir a la sesión de apertura del Instituto Hispánico de la Universidad de Columbia, y asombrado vi su juventud extraordinaria, la piel tersa, el bigote y el pelo negrísimos: yo sabía su edad porque la de la fama es pública. Días después don Tomás Navarro Tomás lo llevó a nuestro apartamento de la calle 123 y la Avenida Amsterdam, donde saboreó y elogió la merienda mexicana de mi esposa, y en seguida oyó los discos que fueron el principal motivo de la visita. Eran aquéllos con los que el periodista español Bonifacio Fernández Aldana quiso iniciar ese archivo de la palabra hispanoamericana que tanta falta sigue haciendo, que tanto pesará mañana que no se haya hecho todavía. Muy bueno era el que recogía la de don Mariano Azuela en aquel pasaje de Demetrio Macías: "Yo soy de Limón, muy cerca de Moyahua, del puro cañón de Juchipila ... Tenía mi casa ... es decir, que nada me falta ... Pero uno es lebroncito de por sí, y un día sale la daga, y la pistola, y vámonos a recorrer la sierra mientras se les olvida el difuntito ...". Cito, a propósito, de memoria, sin ir a las páginas del libro. Don Pedro dijo:

—No sólo es Azuela el que habla: Es la voz del campo de México. Eso lo oyó de alguien, palabra por palabra. Se oye, se siente ... Póngalo otra vez. Es México.

Y varias veces oyó la cadencia que, si no me equivoco, se le había pegado de su estancia en mi patria, de la diaria añoranza y de la esposa mexicana.

Oímos luego a Martín Luis Guzmán en un magnífico elogio de don Francisco I. Madero. "La misma voz metálica, la misma dicción clarísima, la misma inteligencia lúcida", dijo don Pedro.

Siguió un trozo de *Bolivarismo y monroísmo* de don José Vasconcelos:

—No, no lo reconozco... ¿Es la voz de Pepe? No lo parece.

Don Tomás hizo entonces recuerdos de su archivo de la palabra del Centro de Estudios Históricos, y hablamos de los defectos de fabricación de los discos de ayer y de entonces, de la alteración de la voz humana al ser grabada, del aspecto técnico que los dos conocíamos muy bien. Y seguí con la *Visión de Anáhuac* de Alfonso Reyes:

—No, tampoco es él...

Pero oyó un rato más, y con la voz alterada y los ojos casi llorosos, dijo don Pedro:

—No, me equivocaba. Sí es él, el mismo de siempre.

Recordó los tiempos de la juventud, en una conversación que se empeñaba en no caer en el sentimiento, y el profesor que nunca faltaba en él nos dio detalles precisos, fechas exactas, significativas anécdotas.

De la rememoración mexicana pasamos a la española, y don Tomás nos dio mucho de lo que ocurrió en el Madrid donde Alfonso continuó su brillante camino. Y luego pasamos a los escritores de nueva hornada: recuerdo que había un precioso disco de Xavier Villaurrutia, y creo —no estoy seguro— que otros de Carlos Pellicer, de Jaime Torres Bodet, de José Gorostiza. Habló don Pedro de todos ellos, con tanto conocimiento como estimación.

Semanas después volvió de Boston don Pedro para darnos una conferencia sobre "Poesía pura y poesía social en la América española". Estaba entonces en la Universidad de Harvard, invitado por la fundación Charles Eliot Norton. Fue —nos dice el archivo del Instituto Hispánico— el 24 de marzo de 1941. Yo lo presenté al público, y él solo dijo:

—Ojalá fuera verdad todo lo que ha dicho; pero no lo es. Habla generosamente porque es joven y, quizá más, porque es mexicano.

No volví a verlo. De Buenos Aires me acusó recibo de mi libro sobre Martí, en 1945, y me dijo alguna cosa, ésa sí, generosa. Me pedía datos para incorporarme a no sé qué índice y, por no sé qué absurdo descuido, nunca se los envié.

XUM

Un día supe su repentina muerte. En mi clase de literatura hispanoamericana mis alumnos y yo le hicimos un homenaje; y el Instituto Hispánico, con la palabra de Onís y Navarro Tomás, otro muy hondo.

No dejó de llegarnos su sabiduría y su generosidad, a través de sus libros, de sus amigos, de sus discípulos. Uno tras otro vinieron éstos, cuando el peronismo. Pocos de los que no recibieron su lección valdrán tanto como los que tuvieron ese privilegio. De ese modo se dividen los que escriben y enseñan entre los que *sí*, y los que *no*. No fue el único maestro, claro, y hay otras cimas; pero su altura intelectual y moral no fácilmente se sobrepasa. Talento, método, sabiduría, y bondad y llaneza no andan a menudo juntos.

Con la admiración vieja, sintiéndolo tan nuestro por América y por México, escribimos hoy sobre él lo único que podemos escribir, y es esta rememoración tan insignificante como devota.

ANDRÉS IDUARTE.
Columbia University,
Hispanic Institute, N. York.

Pedro Henríquez Ureña o el Pensamiento Integrador

NUESTRO trabajo tiene por objeto mostrar el pensamiento de Pedro Henríquez Ureña, no para disociarlo en aspectos de fragmentaria especialización, sino para hallar en él las constantes que nos permiten determinar su actitud de integrador. No resulta tarea fácil ni muy cómoda, puesto que Pedro Henríquez Ureña no nos ha dejado un libro orgánico, ni ensayos o cursos de estricta sistematización filosófica. Sus ideas están esparcidas en notas y artículos de revisión crítica, algunos recogidos en libros y otros dispersos en revistas de circulación a veces bastante restringida.[1] Contamos con buenas

[1] Los ensayos y notas de Pedro Henríquez Ureña que tienen especial interés filosófico son: De *Ensayos críticos* (La Habana, 1905), "Estudios de Lluria sobre la naturaleza y el problema social" (pp. 91-98), "Ariel" (pp. 71-80), después incluído en *Horas de Estudio* (París, 1910), "Hostos" (pp. 81-98), también recogido en *Horas de Estudio,* y "Richard Strauss". En los otros ensayos de esa primera obra hay asimismo reflexiones de interés filosófico general. En *Horas de Estudio* (1910) ordena una sección especial del libro con el título de "Cuestiones filosóficas" (pp. 13-74), totalmente dedicada al análisis del positivismo y del pragmatismo. En las otras secciones del libro hay también importantes reflexiones filosóficas de orientación general; hacemos mención especial del ensayo titulado "El espíritu platónico" (pp. 253-258) y de su nota sobre "Barreda" (pp. 298-303). En sus ensayos sobre algunos poetas (Gabriel y Galán, Darío y José Joaquín Pérez) hay muestras del interés filosófico ligado a la poesía. Otros ensayos de interés filosófico publicados más tarde son: "La obra de José Enrique Rodó", conferencia leída en el Ateneo de la Juventud de México, publicada en el volumen *Conferencias* (México, 1910, pp. 63-83) y reproducida en posteriores publicaciones, cuyos datos precisos pueden leerse en el volumen *Ensayos en busca de nuestra expresión* (Buenos Aires: Editorial Raigal, 1952, p. 118); "La Revolución y la cultura en México" (en *Revista de Filosofía,* Buenos Aires, XXI, 1925, pp. 125-132), que ahora puede

XUM

bibliografías de sus obras[2] y valiosos ensayos que exponen aspectos diversos de su personalidad,[3] pero todavía no ha tenido

leerse en el volumen *Plenitud de América* (Buenos Aires: Peña, Del Giúdice, Editores, 1952, pp. 77-87), y los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (Buenos Aires, 1928). Del volumen *Plenitud de España* (Buenos Aires: Editorial Losada, 1940), tienen interés general y de orientación científica los ensayos: "España en la cultura moderna" (pp. 7-15) y "Los matemáticos españoles" (pp. 159-164). En sus dos obras mayores: *Literary currents in Hispanic America* (Cambridge, Massachusetts, 1945) e *Historia de la cultura en la América hispánica* (México: Fondo de Cultura Económica, 1947), además de sus ideas de orientación general, hay una copiosa información sobre la filosofía en nuestra América. Complétese con "Enrique Espinosa" (en *Trapalanda,* II, Buenos Aires, 1933, pp. 79-87; "Erasmistas en el Nuevo Mundo" *(La Nación* de Buenos Aires, 8 de diciembre de 1935) y con la reseña que hizo, con Raimundo Lida, sobre el *Diccionario filosófico* de José Ferrater Mora en RFH, Buenos Aires, 1940-41, números 2-3, pp. 396-398). Todavía podrían hallarse apreciables reflexiones filosóficas en "El lenguaje" *(Humanidades* de La Plata, Argentina, Tomo XXI, 1930, pp. 107-125), en "Veinte años de literatura en los Estados Unidos" *(Nosotros,* Buenos Aires, Año XXI, 1927, tomo LVII, números 219-220, pp. 353-371); en el ensayo "El espíritu y las máquinas" y en los dedicados a Velázquez que figuran en *En la orilla: Mi España* (México: 1922). Parte de su correspondencia, que hemos leído en la tesis de máster de Jerry E. Patterson, *The literary criticism of Pedro Henríquez Ureña* (The University of Texas, 1955), tiene también interés filosófico-estético. Suponemos que la demás correspondencia inédita que posee Rodríguez Demorizi tendrá también interés filosófico. Por último, citaremos una reseña sobre el libro *Profesores de idealismo* (París, 1909) de Francisco García Calderón, publicada en *Ateneo* de Santo Domingo, Núm. 7, agosto de 1910, que no hemos leído, pero que ha de tener abundante material, dada la índole del libro, acaso el primero en difundir en la América hispánica las ideas de William James y de idealistas franceses, alemanes e italianos de comienzos de siglo. Por lo menos así lo hacen pensar las notas que Pedro Henríquez Ureña puso a la traducción de la comunicación de F. García Calderón al Tercer Congreso Internacional de Filosofía, celebrado en Heidelberg en 1908, titulada "Les courants philosophiques dans l'Amérique Latine" (París, 1908), publicada originalmente en francés, en la *Revue de Metaphisique et de Morale* y luego, con las notas de P. H. U., en la *Revista Moderna* de México y recogida en *Profesores de idealismo* y en *Ideas e Impresiones* del mismo F. G. C. (Editorial América, Madrid, 1919).

[2] Las bibliografías de Julio Caillet-Bois (RFH, VII, 1, 1946, pp. 196-210), completada por el mismo en el *Homenaje a Pedro Henríquez Ureña (Letras),* Revista del Círcula de Profesores de Castellano y Literatura "Arnoldo G. Crivelli", Buenos Aires, diciembre de 1956; Emilio Rodríguez Demorizi, en *Anales* de la Universidad de Santo Domingo (Ciudad Trujillo, 37-38, enero-julio de 1946, pp. 55-88), y la más reciente y completa *Crono-bibliografía de Pedro Henríquez Ureña,* de Emma Speratti Piñero, que puede leerse en este mismo número de la *Revista Iberoamericana.*

[3] Tratan de aspectos filosóficos de la obra de Pedro Henríquez Ureña: Andrés

la suerte de que un investigador bien dotado le dedique un libro analítico, completo, exhaustivo, como, pongamos por caso, el que Manuel Olguín ha publicado recientemente sobre Alfonso Reyes.[4] Quisiéramos contribuir en parte y muy humildemente a avivar una corriente de simpatía y especial atención hacia el gran maestro de la cultura hispanoamericana que fue Pedro Henríquez Ureña. Necesariamente debemos limitarnos al espacio e índole de este artículo; y como no nos será posible documentar aquí cada uno de los aspectos en que se manifiesta ese pensamiento integrador, sólo daremos los resultados, en escueta síntesis, de lo que consideramos sus ideas fundamentales. Comenzaremos por donde el mismo Pedro Henríquez Ureña empezó: la búsqueda y afirmación de una actitud personal bien definida y la integración de la misma en el pensamiento universal, como síntesis de una tradición cultural y como posibilidad de descubrimiento y creaciones futuras.

ACTITUD VITAL: ENTRE LA POESIA Y LA CIENCIA

Según nos recuerdan su hermano Max y otros testigos de la formación juvenil de Pedro Henríquez Ureña,[5] una tem-

Avelino, "Pedro Henríquez Ureña", en *Anales* de la Universidad de Santo Domingo citado en la nota 2; Francisco Romero, "Un humanista de nuestro tiempo", en *Ideas y figuras* (Buenos Aires; Editorial Losada, 1949, pp. 58-69), y Aníbal Sánchez Reulet, "Pensamiento y mensaje de Pedro Henríquez Ureña", en este número de la *Revista Iberoamericana*.

[4] MANUEL OLGUÍN, *Alfonso Reyes, ensayista. Vida y pensamiento* (México, 1956, [Colección Studium-11]).

[5] Parece seguro que Pedro Henríquez Ureña quedará perpetuado en la historia de nuestras letras con el perfil del humanista, del extraordinario erudito y sabio ordenador de la cultura de la América hispánica. Y, sin duda, a medida que pase el tiempo y se comprendan los ingentes beneficios de su inagotable saber, este aspecto de su personalidad surgirá cada vez más nítido y terminará por recortarlo y fijarlo definitivamente. El mismo Pedro Henríquez Ureña parece contribuir a esta consideración póstuma ,no sólo con el ejemplo de sus obras, sino también con expresas confesiones personales. Por ejemplo, en 1922, en un homenaje a José Vasconcelos dice: "Como mi dedicación principal es la literatura, y, dentro de la literatura, más que producir cosas mías, admirar las ajenas", etc. (en la revista *Nosotros*, vol. 42, año 1922, p. 245). En su educación más temprana encontramos confirmada una dualidad vocacional que fluctúa entre la poesía y la ciencia (véase:

prana y bien orientada educación científica lo predispone más al análisis y al ordenamiento de la realidad objetiva y vital que a su canto o realización lírica. Y aun en sus poesías de la edad juvenil, la actitud reflexiva y la construcción lógica lo acercan con preferencia a las estructuras ideales y a las grandes síntesis definidoras. Pedro Henríquez Ureña creció entre la ciencia (representada en el hogar por su padre, médico) y la poesía (representada por su madre).[6] Este era un hecho común en

"Hermano y maestro", de Max Henríquez Ureña, en este mismo número). Américo Lugo, quien en 1907 lo admiraba como "el mayor poeta de la última generación", con motivo de la muerte del maestro, escribió: "Pedro creció bajo profético influjo. Fluctuó primero entre dos mundos: la poesía y la ciencia. Pagó tributo a la estirpe materna, y fue musageta en 'Lo Inasequible' y 'Al Mar', en 'Flores de Otoño' y 'Mariposas Negras'; pero rindióle al fin el pujante temperamento paterno, y ya en 1905 era el más notable crítico dominicano". (Cita E. Rodríguez Demorizi en la "Ofrenda" que sirve de prólogo a las *Poesías Juveniles* de Pedro Henríquez Ureña. Ediciones Espiral, Colombia, 1949, p. 8). Pero nos parece más justa la conclusión a que arriba su amigo, discípulo y albacea testamentario Emilio Rodríguez Demorizi: "Si Pedro Henríquez Ureña vivió en el mundo de la ciencia —de la ciencia literaria, preferentemente— nunca estuvo ausente de los altos reinos de Apolo: pervivían en él las inquietudes espirituales de la infancia, el dulce acento apostólico de la madre, parte enseñanza y parte poesía. Que toda la sabiduría y todos los caminos del conocimiento y de la vida tienen por meta esa luz única". *(Op. cit.,* p. 9).

[6] A este respecto dice E. Rodríguez Demorizi *(Op. cit.,* p. 8): "La poesía es el ensueño de la mañana de las grandes vidas; contiene en sombras todas las realidades futuras de la existencia... ¡Desgraciado el que no ha sido poeta una vez en su vida! Estas bellas palabras de Lamartine parecerían escritas para Pedro Henríquez Ureña, porque el sabio humanista, el maestro de disciplina tan áspera como la filología, se inició en las letras como poeta. Antes de cosechar, con manos de filósofo, los maduros frutos del pensamiento, cultivó en sus huertos interiores la flor de la poesía. Y fue siempre poeta: en lo hondo de sus escritos, aun en la parquedad de la frase en que ocultaba su emoción hay esa poesía recóndita que es quizás la más pura expresión del don divino.

Su fuente de gracia la halló en el seno de la madre poeta, de la excelsa Salomé Ureña; reposó la infantil cabeza sobre el corazón de la más egregia mujer dominicana; aspiró los hálitos de la poesía en el ambiente de la esclarecida casa solariega. Al despertarle, en la dulce mañana los versos maternales, cantó también. Había de ser poeta donde asentaba su reino la poesía. Dentro del verso conoció el sentido de las palabras y en ellas puso, con pasmo de todos, el juvenil espíritu. Así nacieron sus versos, antes de los días alciónes de su precoz adolescencia". La poesía no abandonó nunca a Pedro Henríquez Ureña. Si dejó de escribirla en edad más o menos temprana (en 1911, a los 27 años de edad), nunca dejó de frecuentarla, como gustador de ella, o en nuevos y repetidos intentos de creación, como

la segunda mitad del siglo XIX. Leconte de Lisle, por ejemplo, había dicho: "El arte y la ciencia, largamente separados por causas de esfuerzos divergentes de la inteligencia, deben tender en adelante a unirse estrechamente, ya que no a fundirse". Esta orientación, difundida desde Francia, se repite en otros países, y especialmente tiene un eco eficaz en escritores de Hispanoamérica. El argentino Olegario Víctor Andrade nos da una versión poco menos que textual de lo dicho por Leconte de Lisle. Y afirmaciones similiares encontramos en poetas y prosistas del último cuarto del siglo XIX hispanoamericano. La ciencia era la hija predilecta del positivismo, continuación, en cierto modo, del racionalismo de los siglos XVII y XVIII. La actitud opuesta estaba representada por los movimientos irracionalistas del idealismo de fin de siglo. La literatura había sido penetrada por ambas tendencias en pugna. El Parnaso llevó su afán de perfección a rigores técnicos que lindaban con la objetividad científica y la supresión casi absoluta de la personalidad. La reacción del Simbolismo llevó al extremo opuesto: frente a la apariencia, como realidad del mundo y de la poesía, se proclamó el enigma del ser y el misterio del cosmos. Un verdadero coro disconformista partió otra vez de

lo prueban sus cuentos y su magnífica reconstrucción del teatro griego primitivo, *El nacimiento de Dionisos. Ensayo de tragedia a la manera antigua.* Alfonso Reyes, otro admirado maestro, poeta y sabio ejemplar, al evocarlo en el más bello y emocionado retrato de su personalidad en *Grata compañía),* se lamentaba en 1946 de no conocer bien los versos de su entrañable amigo, pero elogiaba la creación poemática de *El nacimiento de Dionisos.* Y Raimundo Lida, tan agudo siempre, nos hace esta comparación reveladora: "No es casualidad que entre los cuentos que escribió, haya alguno —para niños— no inferior a los admirables de Martí" (en "Cultura de Hispanoamérica", *Cuadernos Americanos,* Sept.-Oct. de 1947, p. 207). Por su parte, Enrique Anderson Imbert, si bien sostiene que el ensayo crítico "es el sello más visible de su obra", reconoce: "Pero era también un escritor de imaginación y sensibilidad: versos de sabor modernista, prosas poemáticas, descripciones de viaje, *El nacimiento de Dionisos* (1906) [*sic*, la edición correcta es: Imprenta de Las Novedades, New York, 1916, 46 págs., aunque ya la había publicado, en febrero de 1909, en la *Revista Moderna de México*], "ensayo de tragedia a la manera antigua", hermosos cuentos. No escribió en esta vena bastante para incorporarse a una historia puramente literaria. Sin embargo, su sentido de la forma artística se estampó en todo lo que escribió, aun en sus trabajos de rigor técnico. Tenía una prosa magistral en su economía, precisión y arquitectura", *(Historia de la literatura hispanoamericana,* Fondo de Cultura Económica, México, 1954, pág. 310).

XUM

Francia y llenó el ámbito hispanoamericano con reacciones contra la ciencia y la concepción racional del mundo. Son célebres, a fines de siglo, las protestas de José Asunción Silva, Manuel Acuña y el Leopoldo Lugones de "la voz contra la roca" o más precisamente, de la "Introducción" a las *Montañas del Oro* (1897). Pedro Henríquez Ureña, lector de Naville, de Goblot y de Rickert, no puede rechazar todo lo que la ciencia tiene de positivo en la formación de la personalidad humana; pero originariamente poeta, tampoco puede negar la importancia que el misterio, la inspiración, la fantasía, la emoción nativa tienen para el mundo creador de la cultura. Y toma de ambos lo que era menester para una constitución armónica de la personalidad. De la ciencia rechaza lo que tiene de abstracción sin aplicación inmediata y, particularmente, advierte los peligros de su especialización. Sobre todo, durante su contacto con los Estados Unidos. La lectura de obras básicas de Stumpf, Poincaré y Meyerson, le llevan a una comprensión más humanizada de la ciencia, que es —dice en 1908, hablando de Barreda— "una virtualidad que tiende a la acción"; por lo que ella tiene su razón de ser en tanto que permite cimentar una fe en la cultura como creación y aumento del espíritu. Se comprende ahora por qué Pedro Henríquez Ureña nunca vio con buenos ojos la poética del decadentismo francés, por lo menos aquella que proclamaba, por boca de Verlaine, la indecisión y lo impreciso. Frente a ellos y frente al *esteticismo* de Wilde, quiso oponer los aspectos afirmativos del heroísmo vital de D'Annunzio. Pero cabe recordar que nunca sometió la poesía o el arte a una función de fines comprometidos; y a pesar de esa "imaginación razonadora" que le asigna Alfonso Reyes, su concepto de la poesía se mantiene dentro de la línea platónica, con la aportación necesaria del neoplatismo humanístico del Renacimiento. En su estudio sobre Juan Ramón Jiménez (1918) dice de la poesía: "¿No es en la embriaguez donde hallamos la piedra de toque para la suprema poesía lírica, —como en el sentimiento de purificación para la tragedia? No basta la perfección, acuerdo necesario de elementos únicos: podemos concebir poesía perfecta, de perfección formal, de nobleza en los conceptos, sin el peculiar acento del canto; pero la obra del cantor, del poeta lírico, cuando la recorremos sin inte-

rrupción, debe darnos transporte y deliquio". Lector de Nietzsche y de los irracionalistas del idealismo (Schopenhauer, Bergson) que se opusieron al racionalismo científico y al idealismo absoluto, Pedro Henríquez Ureña hizo suyo el precepto del autor de *La gaya ciencia* que dice: "ver la verdad por la óptica del artista, pero el arte por la óptica de la vida". De este modo se humanizan la ciencia y el arte, y ambas manifestaciones divergentes de la actividad humana se integran ahora en la realización de un ideal ya acariciado por Spencer y tenido en cuenta por Pedro Henríquez Ureña: a más alto desarrollo de la inteligencia corresponde siempre la mayor riqueza de sentimiento, porque la amplitud de los horizontes intelectuales, la visión de la realidad y la vida impiden toda inmoralidad y todo egoísmo, y sólo sabe darse como un acto de amor a la humanidad.

CIENCIA Y FILOSOFIA. HACIA UN IDEALISMO HUMANIZADO

La reflexión filosófica surge en Pedro Henríquez Ureña como algo que le es propio, connatural, y se desarrolla paralelamente con su vocación poética, como dos manifestaciones de una misma necesidad de descubrimiento y autorrevelación. Y por momentos, cuando lo acucia el rigor crítico, no duda en englobar la facultad artística dentro del espíritu filosófico, "no porque la considere subordinada, sino porque la estimo —dice en *Horas de Estudio*, pág. 292— como algo más que simple potencialidad creadora, de imaginación y sensibilidad . . .: como una facultad elevada a la altura filosófica por el poder de sistematización y desarrollada y afinada merced a la capacidad crítica". Concluye afirmando que es axiomática ya la verdad de que todo arte elevado arraiga en la filosofía. Esta capacidad filosófica está bien manifiesta en su primer libro (*Ensayos críticos*, 1905), como lo prueban sus estudios sobre *Ariel*, Hostos, Lluria y el enfoque filosófico que hace de poetas como José Joaquín Pérez, Rubén Darío y D'Annunzio. Pero el pensamiento de Pedro Henríquez Ureña se fija, al parecer definitivamente, en la primera década de este siglo.[7] Por

[7] Es definiitva, en este sentido, una página de su ensayo "La revolución y la

entonces, si bien en Europa el positivismo era una filosofía ya superada, en América era la más difundida y aun se la aplicaba con fines oficiales. Especialmente en Iberoamérica, el positi-

cultura en México", que publicó en la *Revista de Filosofía,* Buenos Aires, XXI (1925), págs. 126-127: "El nuevo despertar intelectual de México, como de toda la América Latina en nuestros días, está creando en el país la confianza en su propia fuerza espiritual. México se ha decidido a adoptar la actitud de crítica, de discusión, de prudente discernimiento, y no ya de aceptación respetuosa, ante la producción intelectual y artística de los países extranjeros; espera, a la vez, encontrar en las creaciones de sus hijos las cualidades distintivas que deben ser la base de una cultura original.

El preludio de esta liberación está en los años de 1906 a 1911. En aquel período, bajo el gobierno de Díaz, la vida intelectual de México había vuelto a adquirir la rigidez medieval, si bien las ideas eran del siglo XIX, "muy siglo XIX". Nuestra *Weltanschauung* estaba predeterminada, no ya por la teología de Santo Tomás o de Duns Escoto, sino por el sistema de las ciencias modernas interpretado por Comte, Mill y Spencer: el positivismo había reemplazado al escolasticismo en las escuelas oficiales, y la verdad no existía fuera de él. En teoría política y económica, el liberalismo del siglo XVIII se consideraba definitivo. En la literatura, a la tiranía del "modelo clásico" había sucedido la del París moderno. En la pintura, en la escultura, en la arquitectura, las admirables tradiciones mexicanas, tanto indígenas como coloniales, se habían olvidado: el único camino era imitar a Europa. ¡Y qué Europa: la de los deplorables *salones* oficiales! En música, donde faltaba una tradición nacional fuera del canto popular, se creía que la salvación estaba en Leipzig.

Pero en el grupo a que yo pertenecía, el grupo que me afilié a poco de llegar de mi país a México pensábamos de otro modo. Eramos muy jóvenes (había quien no alcanzaba todavía los veinte años) cuando comenzamos a sentir la necesidad del cambio. Entre muchos otros, nuestro grupo comprendía a Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Acevedo el arquitecto, Rivera el pintor. Sentíamos la opresión intelectual, junto con la opresión política y económica de que ya se daba cuenta gran parte del país. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva, para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón, que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡oh blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confinamos dentro de la Francia moderna. Leímos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española, que había quedado relegada a las manos de los académicos de provincia. Atacamos y desacreditamos las tendencias de todo arte *pompier;* nuestros compañeros que iban a Europa no fueron ya a inspirarse en la falsa tradición de las academias, sino a contemplar directamente las grandes creaciones y a observar el libre juego de las tendencias novísimas; al volver, estaban en aptitud de descubrir todo lo que daban de sí la tierra nativa y su glorioso pasado artístico".

vismo había cumplido una función fundamental de suplantar el dogmatismo de la Iglesia Católica Romana. Además de sus aspectos técnicos-científicos, base sobre la cual se construyó la era del progreso y organización nacional en nuestros principales países, el positivismo dio los fundamentos de nuestra pedagogía común y se convirtió en una doctrina social de las minorías directivas, muy de acuerdo con el naciente espíritu burgués de las jóvenes repúblicas. A comienzos del siglo, Enrique Rodó dio la primera voz de alerta sobre las consecuencias positivistas en la formación espiritual de América. La voz de Rodó venía sostenida por un amplio coro de procedencia europea, especialmente francesa, y sin duda estaba dirigida a salvar la herencia espiritual de Europa frente al avance agigantado de una nueva forma de positivismo que empezaba a invadirnos desde el Norte, paralelamente con el capitalismo norteamericano. *La Revue de Métaphisique et de Morale* de París (desde 1893 opositora de la *Revue Philosophique*, aparecida en 1876 y dirigida por Theodule Ribot, positivista) fue el principal órgano difusor de una nueva corriente idealista y humanista, metafísica y espiritualista, en cuya línea se alistó la pléyade hispanoamericana admiradora de Rodó y cuyo principal difusor, desde París, fue el peruano Francisco García Calderón. Los nuevos metafísicos reconocían a Etienne Vacherot (1809-1897) como el primer integrador de las antinomias entre la metafísica y la ciencia, en un libro de ese mismo título, de 1858, y, sobre todo, al creador de *Le nouveau spiritualisme*, 1884; admiraban a Rénouvier (1815-1903); seguían el "positivismo espiritualista" de Ravaisson (1813-1900), integrador de lo espiritual activo y de lo mecánico pasivo, y sobre todo, esclarecedor de la historia del pensamiento francés en su célebre *Rapport sur la philosophie en France au XIXéme siècle* (1868); proclamaban su respeto por Lachelier (1832-1918) como integrador entre naturaleza e historia, entre el sentimiento religioso y moralidad, cuyas últimas consecuencias desarrollaron Boutroux (1845-1921) y Bergson (1850-1940), el primero como expositor de la historia de la filosofía francesa a partir del momento en que la había dejado Ravaisson y el segundo como integrador de la psicología y la metafísica. Es muy posible que la figura cumbre de este momento haya sido

Alfred Fouillée (1838-1912), el creador de las *ideas-fuerzas*, "que integraban en una unidad indisoluble los elementos aparentemente antagónicos de la actividad y de la pasividad, de la acción y de la inteligencia, de la libertad y del determinismo" (Ferrater Mora, en su *Diccionario Filosófico)*. En el orden sociológico, los guías fueron, en Francia, Guyau (1854-1888), integrador de lo individual con lo social en sus fuertes ataques a la moral tradicional y a la del utilitarismo y con aplicaciones al arte y a la religión, y Gabriel Tarde (1843-1904), integrador entre la imitación e invención como base para la construcción de una sociología positiva que explique el fenómeno total de la naturaleza, pero sobre todo, visto en Hispanoamérica, como el gran defensor del espíritu latino y su propagación y triunfo en el mundo contemporáneo.

Pedro Henríquez Ureña estaba muy bien enterado de todo esto, y partiendo de lo que él llama el "idealismo crítico" (consideraba a Kant el "manantial inagotable"),[8] se dedicó especialmente a justificar la función histórica del positivismo y a señalar la nueva filosofía que debía superarla. Eso es lo que hace hacia 1908 y 1909 *(Horas de estudio* aparece en 1910). Aquí encontramos bien definida la posición de Pedro Henríquez Ureña. Lo mismo podemos decir de afirmaciones circunstanciales deslizadas como al pasar en algunos textos de su correspondencia. Se ve claramente lo que Pedro Enríquez Ureña se proponía. En una carta a su hermano Max le declara su proyecto de escribir un libro titulado "Idealismo y pragmatismo", acaso influido por las obras de William James y las últimas reacciones producidas en Francia, especialmente en Berthelot y Bergson; y en *Horas de estudio* anuncia la preparación de otro titulado "La nueva filosofía". Pero es particu-

[8] Antonio Caso da testimonio de las lecturas kantianas en México y del papel de Don Pedro en ese momento: "Nos trae el libro [se refiere a la *Crítica de la razón pura* de Kant] a la memoria días ya lejanos en que, en nuestra casa y compañía, don Pedro Henríquez Ureña, don José Vasconcelos, don Alfonso Reyes y don Martín Luis Guzmán leíamos y comentábamos a Kant en el texto de Perojo. Estas lecturas fueron para nosotros de incalculable significación y trascendencia. Pedro Henríquez Ureña poseía la versión inglesa de Max Müller, y solía agregar importantes notas eruditas a nuestras lecturas comentadas de los capítulos de la Estética y Analítica trascendentales" (en *México: Apuntamientos de cultura patria,* 1943, pp. 92 y 94).

larmente en la sección de ensayos denominados "Sociología" de su primer libro y en la titulada "Cuestiones filosóficas" de su segunda obra, donde su posición filosófica está mejor expuesta. Pedro Henríquez Ureña pasa revista a la filosofía, a la literatura y a otras manifestaciones del arte de la segunda mitad del siglo XIX y se sitúa en su momento histórico para señalar el contraste entre un pasado de negación metafísica, pesimismo y materialismo y un presente de nuevas luces y seguras afirmaciones. En *Ensayos críticos* dice:

> En los albores del siglo XX se han hecho formidables las corrientes del pensamiento que se iniciaban en 1882. La filosofía basada en la ciencia que condena la especulación metafísica niega lo maravilloso, y busca explicación **natural** a los enigmas del universo, por un lado, y por el otro la voz de pensadores y artistas que predican la afirmación de la personalidad individual, como Nietzsche, el culto del yo, justamente con el valor de la vida y el retorno a condiciones más sencillas y armónicas, han influído en que el pensamiento contemporáneo, preocupado con problemas más inmediatos, "no piense en los dioses", según la frase de Goethe, y parezca marchar hacia la "irreligión del porvenir", prevista y descrita magistralmente por Guyau.
>
> En literatura, los recientes sucesos del misticismo atávico tienen más resonancia que influencia e importancia real. Huysmans y Bourget, por caso, despiertan ahora menos interés que antes de su retorno al catolicismo; y Tolstoi y Maeterlinck, los dos escritores más influyentes de cuantos en el día deriven enseñanzas de las palabras de Jesucristo, predican casi exclusivamente doctrinas de fines sociales, prácticos, humanos.[9]

El positivismo había concluido por ser, en definitiva, una filosofía social, más una "estática" que una "dinámica" social, según las clasificaciones de Comte. Por eso a Pedro Henríquez Ureña le llama especialmente la atención un libro del cubano Enrique Lluria titulado *La evolución superorgánica,* que desarrolla un aspecto de la filosofía de Spencer. Don Pedro le dedica una amplia reseña en sus *Ensayos críticos* (pp. 91-98), que consideramos de capital importancia para este período del pensamiento de nuestro autor. Dice allí:

> En el mundo intelectual se suceden épocas de optimismo y

[9] *Ensayos críticos* (La Habana, 1905), pp. 114-115.

de pesimismo. Los últimos años del siglo XIX fueron de pesimismo agudo, con la influencia dominante de Schopenhauer y de Hartmann, de la poesía decadente, de la novela rusa y del drama escandinavo, con sus cuadros dolorosos, y del **Triunfo de la muerte** d'annunziano. Y la influencia filosófica más poderosa en ese fin de siglo, la de Nietzsche, que reunía ambas tendencias contrarias, resulta más pesimista que optimista: el pensador alemán veía en la humanidad una especie inferior, creía en la inutilidad del esfuerzo de la vida por superarse a sí misma, y para librarse de la obsesión de ese eterno **en vano** creó el Superhombre, encarnación de la voluntad dominadora y del individualismo anti-igualitario. El Superhombre ni siquiera había de ser feliz, puesto que debía buscar, "con su suprema esperanza, su supremo dolor", ¡el ineludible dolor! Su placer favorito, la divina risa, ¿podría ser, en condiciones tales, un placer sano, una expresión de la potente alegría universal?

En contraste, estos años iniciales del siglo XX han traído una corriente cada vez más reforzada de optimismo. Ibsen, Wagner y Tolstoi, los tres máximos **artistas morales** de la última mitad de centuria, resultan hoy, mejor comprendidos, maestros de energía y entusiasmo. D'Annunzio, que hasta ayer se elevaba al éxtasis en la tortura moral, entona, con el fervor religioso de los antiguos vates, el magno **Laus Vitae**; Gorki lanza su formidable grito: ¡Viva el Hombre!; Sudermann hace a su heroína Beata brindar, con la copa de veneno que ha de darle la muerte, por el triunfo de la Vida; Richard Strauss abandonando el escepticismo de su **Zarathustra** y su **Don Quijote**, celebra en su drama musical **Fuersnoth** la gloria de fuego y del amor y en sus poemas tonales **La vida de un héroe** y **Sinfonía doméstica** el esfuerzo, el trabajo, los afectos puros y plácidos; Maeterlinck predica su evangelio de fe creadora y de armonía serena.

Y es que, mientras los últimos metafísicos se empeñaban en probar la infinita vanidad de todo, la ciencia, la misma que minaba los cimientos de los castillos **noumenales**, construía las bases de un nuevo edificio cuya columna central es la fe en el Triunfo de la Vida y de la Evolución: el optimismo de Spencer y Haeckel, el meliorismo de Sully, la filosofía de la esperanza, de Fouillée, el ideal futuro de Guyau...

El edificio comienza a elevarse lentamente, una a cada sólida [sic] piedra la férrea armazón. ¿Quién habla de la bancarrota de la ciencia? El nuevo pensamiento no necesita, para ser optimista, creer en el divinal destino del hombre: bástale con la existencia que conoce y su virtualidad inagotabe, y contesta a Schopenhauer, probándole la inutilidad del Nirvana: "El hombre desaparecerá de la tierra: otro ser se haría rey de ella, y durante millones de años la vida continuará en el planeta su marcha triunfal e inperturbable! (Novicow).

Obra típica de este momento, por su vigoroso optimismo científico, por su absoluta fe en la vida, es **La Evolución superorgánica** del Dr. Enrique Lluria. Desde la desaparición de Guyau, no había sonado en la Europa intelectual una nota de entusiasmo tan ardorosamente juvenil.

Pero no se piense que la fe que anima este libro se apoya en la bondad de la vida social presente. Observando los males que azotan la sociedad moderna, Lluria ha sentido el deseo de contribuir a formar la idea de un progreso más efectivo que el contemporáneo y más acorde con las leyes naturales de la evolución. Y para poner sus ideas al servicio de la humanidad, ha apresurado la publicación de este estudio de "la naturaleza y el problema social", que, con ser apenas el esbozo de un sistema sociológico a **base biológica**, es por su vigorosa originalidad y su altura de concepto, digno de la acogida entusiasta que ha obtenido entre la intelectualidad española y de los elogios que le tributa en el prólogo el maestro del autor, el eximio Ramón y Cajal, intelectualidad verdaderamente genial que a un profundo saber une el don maravilloso de un estilo que convierte la ciencia en poesía.[10]

Pedro Henríquez Ureña hace una exposición de la obra de Lluria, cuyos detalles no interesa exponer aquí. Pero creemos necesario resumir sus conclusiones más importantes:

El proceso continuo de la vida es, según la definición de Spencer, la adaptación de las relaciones internas a las externas. Y como ya observó el mismo filósofo inglés, la nueva evolución del ser que representa el más alto grado de evolución en el planeta, será una mayor adaptación y coordinación de acciones, que necesariamente se realizará en el sentido de un desarrollo superior de la inteligencia y de los sentimientos.

Hasta aquí, el joven pensador español está en perfecto acuerdo con el monismo de Haeckel y el evolucionismo de Spencer. Pero, al considerar los fenómenos del mundo superorgánico, aspira a ampliar la obra de sus predecesores y rectificar muchos conceptos erróneos hoy en boga.

Ante todo, quiere desterrar de la ciencia social la ley de lucha establecida por Darwin para la biología y luego erigida en principio sociológico que han llevado a la exageración por distintas vías, Nietzsche y Gumplowicz, y que constituye hoy una **idea-fuerza** en los pueblos de educación teutónica. Fouillée piensa que la concepción opuesta, "la unión para la vida" es propia de los pueblos llamados latinos. Y en esto es ciertamente donde

[10] *Ibid.*, pp. 91-93.

los sociólogos dan más decisiva preponderancia al principio de la solidaridad sobre el de la lucha en la vida superorgánica.

Parece que Lluria había tomado esto de Engels: "Siendo la explotación de una clase por otra la base de la civilización, su evolución se realiza en contradicción constante. Cada progreso de la producción es al mismo tiempo un retroceso en la situación de la clase oprimida ,es decir, de la mayoría". Partiendo de este razonamiento semejante al de Engels, —comenta Don Pedro— Lluria considera evolución aberrante la de la sociedad moderna:

> Todas las enormes desigualdades e incongruencias de la vida contemporánea son productos de ideas y prácticas erróneas con que el hombre ha falseado las leyes naturales. El capital, el dinero mismo, la propiedad, tales como se conciben hoy, todo sistema económico, en fin, es nocivo al desarrollo efectivo y completo del organismo social, y, por consecuencia, de cada organismo individual. Los males reinantes —el pauperismo, la miseria fisiológica y las enfermedades, la degeneración física y psíquica— están tan extendidos que requiere un tratamiento rápido y certero.
>
> Lluria tiene alta fe en la ciencia y fe aún más alta en la Vida, cuya virtualidad es tal que secundará con creces cualquier rectificación de un proceso aberrante. Conocidos los factores de la evolución —adaptación, selección y herencia— debe estudiárseles y ayudárseles a fin de reintegrar al hombre en el proceso evolutivo de la naturaleza. Así como hemos sabido sustituir la lenta selección natural, cuyo agente es la lucha biológica, con la selección artificial de las plantas de cultivo y los animales domésticos, hasta para obtener cualidades morales, debemos sustituir las desastrosas luchas sociales, que primero estimulan pero al fin agotan la energía de las razas, con el trabajo universal, libre de las aberraciones de la propiedad y el capitalismo. El amor, medio natural de selección en la vida superorgánica, será la base de la sociedad del porvenir.[11]

La base de esta "perfección" futura será la selección psíquica, que llevará a toda la sociedad del porvenir a la felicidad, dice Lluria. Y Pedro Henríquez Ureña, que en uno de sus ensayos sobre Rodó adopta la idea de los "hombres repre-

[11] *Ibid.*, pp. 95-97.

sentativos" como conductores de pueblos y creadores de cultura, agrega: "La fórmula del porvenir, que es deber de la Sociología esclarecer, será la socialización de la naturaleza por la humanidad". Lo que Lluria y Pedro Henríquez Ureña piden es una integración de lo individual en lo social, como algo natural y necesario, o, lo que parece ser lo mismo, un "equilibrio de la existencia colectiva". Ambos creen en la cienca para lograr este fin y parecen sostener que este equilibrio no se ha logrado

> no porque las realidades científicas sean, ni con mucho, oscuras, sino porque la razón común ha seguido el mismo antinómico e irregular desarrollo de la vida económica: el intelecto de la masa social, sin excluir las comunidades más civilizadas, contiene, en incongruente mezcla, verdades aprendidas principalmente en las exteriorizaciones prácticas de la ciencia, y conceptos absurdos, supervivencias hereditarias o atávicas, **aparecidos** según la gráfica expresión de la tragedia isbeniana. Por tanto una de las necesarias carreras preparatorias de la realización de una vida social más acorde con las leyes naturales de la evolución, ha de ser la racionalización del pensamiento de las mayorías por medio de una educación positiva, científica, destructora de la rutina, "que es a la inteligencia lo que la inercia a los cuerpos brutos". Así preparados los cerebros para las concepciones reales y justas, percibirán más clara la necesidad de reformas cuyo resultados sean una vida físicamente normal y sana que tienda espontáneamente a la más alta **actividad** y un desarrollo superior de la moral científica, cuyo ideal es la **armonía**.[12]

Desde este momento (1904), toda la obra de Pedro Henríquez Ureña estará dedicada a combatir toda clase de determinismos positivistas, naturalistas o materialistas. Los comentarios a las conferencias de Caso (le critica su tímido anti-positivismo, si bien Caso se decía intelectualista) y sus estudios sobre el pragmatismo tienen ese fin. Con respecto al papel de Comte en la historia de la filosofía da esta justa apreciación:

> La clasificación de las ciencias, que es aceptable como serie histórica y en parte como serie lógica, sirvió como punto de partida a la constitución de la enciclopedia contemporánea. Comte

[12] *Ibid.*, p. 97.

XUM

> no aportó a la filosofía ninguna noción esencialmente nueva, sino que puso a su disposición, en mejor orden que antes, el conjunto de las ciencas, como lo había deseado Novalis y lo habían ensayado pensadores del siglo XVIII; su papel tenía que dejar bien pronto de ser activo y convertirse en histórico; así lo impuso la posterior transformación de las ciencias, provocada en gran parte por irrupciones de **metafísica** que habrían escandalizado al fundador del positivismo. (Prezzolini propone que se escriba una mitología de las ciencias contemporáneas).[13]

El principal papel de Comte no es otro que el de un "vulgarizador genial", que supo "llevar a las mayorías la agitación filosófica, en forma de especulaciones sencillas, democratizó la razón y proclamó que, ...en filosofía... nadie queda excluido"; además, "puso en auge los métodos científicos y perfeccionó la pedagogía contemporánea". En cuanto a la sociología, "señala una superioridad de su filosofía histórica sobre la de Hegel en su estudio de correlación entre las diversas actividades sociales".[14]

Su ensayo sobre "El positivismo independiente" completa al anterior:

> Mientras el realismo se hacía cada vez menos crítico y más intolerante en boca de sus divulgadores, la corriente del idealismo... seguía ganando las altas esferas y venció por fin a su rival. Al terminar el siglo XIX, aunque el gran público se dedicaba a leer **El enigma del universo** de Haeckel con un interés que no había despertado ningún otro libro científico ni filosófico desde el **Origen del hombre**, de Darwin, los críticos de todos los bandos, lo mismo el Cardenal Mercier que Fouillée o Windelband, podían afirmar que el positivismo aceptado por la mayoría de los hombres de ciencia había anclado defintivamente en el criterio idealista.[15]

Pedro Henríquez Ureña proclama la necesidad de una vigorosa defensa de todas las manifestaciones filosóficas que pudieran conducir a un nuevo idealismo y a una vuelta a la metafísica. Y está claro que responde a una actitud filosófica general de la segunda mitad del siglo XIX: la alemana e in-

[13] *Horas de estudio*, pp. 43-45.
[14] *Ibid.*, pp. 35-36.
[15] *Ibid.*, pp. 46-47.

glesa (además de la francesa ya mencionada y del naciente idealismo italiano representado por Croce) que reaccionó contra el naturalismo de Haeckel y Darwin, contra el positivismo de Spencer y Comte y contra el determinismo de Taine. Esta actitud procedía de Dilthey y se aseguraba, a fines del siglo, con Simmel y Scheler especialmente. En Francia, repetimos, el renacimiento metafísico e idealista tenía su órgano espiritual en la *Revue de Métaphisique et de Morale*, y por boca de Bergson, se sostenía que en el mundo había entonces dos países representativos de la filosofía de mayor porvenir: Francia y E. U. De ahí el interés por William James.

La sagacidad de Pedro Henríquez Ureña al situar a Stuart Mill en la historia de la filosofía, le permite anticipar apreciaciones que hoy se tienen por válidas:: Mill, al colocar el problema epistemológico en los lindes del escepticismo, lo conecta con el pensador norteamericano William James, quien va a "justificar el conocimiento dándole valor de acción ya que no de realidad. El pragmatismo, pues, es hijo del idealismo crítico; aunque éste, en Mill, cuando quería vencer las limitaciones del empirismo, entraba involuntariamente, según indica Benno Erdmann, en el terreno de la necesidad psicológica".[16] Pedro Henríquez Ureña supo ver la base de psicología asociacionista, con mezcla de lógica conceptual, que hay en la filosofía de Mill. Y cuando se cree que aquél sistema fuera a caer en algunas de las formas del irracionalismo de fin de siglo, nos aclara:

> En él se esboza la hipótesis de Lotze que se cita como una de las formas de la filosofía de la contingencia, la posibilidad de que aparezcan elementos nuevos, nuevos **comienzos**, los cuales no escaparían al imperio de la ley, sino que tendrían la suya propia. (Esto debería llamarse en realidad la teoría de lo imprevisto). Lejos de su pensar, empero, la concepción del universo como esencia irracional, discordante o contingente en su manifestación, que sólo por necesidad estética o por necesidad práctica ensayamos concebir bajo el dominio de leyes: concepción que bajo diversas formas, incipientes o precisas, oscuras o conscientes, se insinúa en la filosofía alemana, desde los problemas de la **dialéctica trascendental** de Kant, a través del romanticismo (Schelling, Schopenhauer), hasta Lotze, no sin

[16] *Ibid.*, pp. 52-53.

XUM

> alcanzar a Nietzsche; penetra en Francia con las corrientes iniciadas por Ravaisson y Renouvier, y hoy lucha francamente, bajo armaduras diversas (pluralismo pragmático, **bovarismo, evolución creadora** de Bergson, teoría de la contingencia), con las concepciones intelectualistas de unidad y necesidad fijas e inmutables.[17]

Como se ve, Pedro Henríquez Ureña busca una integración entre la contingencia y la ley, entre el irracionalismo y una racionalidad que no se pierda en el intelecto, sino que se consagre en la actividad de la vida. De esta manera se aparta ya de Boutroux y sigue más bien la doctrina de las *ideas-fuerzas* de Fouillée, con la cual es evidente que quiere reemplazar la unidad *materia-fuerza* del positivismo. No debemos olvidar asimismo el origen platónico de la actitud de Don Pedro, un Platón que pudo espigar a través del mismo Fouillée, en su famoso libro *La philosophie de Platon* (París: Hachette, 1888-1904), o acaso a través de Walter Pater, cuyo libro *Plato and Platonism* es precisamente de 1909. Pero no debemos olvidar tampoco la exposición que Menéndez y Pelayo había hecho de Platón en el primer volumen de la *Historia de las ideas estéticas en España* (1883), por el gran respeto que nuestro autor tenía hacia el ilustre crítico español. No titubeamos en afirmar que la actitud integradora de Pedro Henríquez Ureña pudo venirle del mismo Menéndez y Pelayo, quien había sostenido ya el realismo de las ideas de Platón y había señalado con precisión las relaciones con el discípulo Aristóteles. Las incitaciones de Menéndez y Pelayo, Walter Pater y Fouillée se avenían bien con el espíritu del neo-platonismo renacentista y la integración de Platón y Aristóteles que habían hecho los humanistas españoles (recuérdese especialmente a Fox Morcillo). La filosofía moderna conecta aspectos del Renacimiento (el empírico-científico y el racionalista subjetivo) con la filosofía del siglo XVIII y el idealismo crítico, hasta la idea absoluta de Hegel y otros absolutismos del romanticismo alemán; pero, sobre todo, tuvo sus efectos más estrechamente dogmáticos y anti-metafísicos en el positivismo de la segunda mitad del siglo XIX. Frente a todo esto em-

[17] *Ibid.*, p. 292.

pezaron a reaccionar las filosofías de la vida y de la cultura, con figuras como Dilthey, Windelband y Rickert a la cabeza, sin descartar, por otra parte, actitudes pre-existencialistas como las de Kirkegaard y otros. El nuevo idealismo alemán, que Stirling, Green, Bosanquet y Bradley impusieron en la Inglaterra de fin de siglo, y en cierto modo, Royce, en Estados Unidos y Croce en Italia, tuvo su manifestación esencialmente espiritual y vital (de cuño metafísico platónico) en Alfred Fouillée y Ortega y Gasset, en Francia y España, respectivamente. Pedro Henríquez Ureña debe situarse en esa actitud filosófica, de idealismo espiritual integral: es decir, en el idealismo de los ideales, de concepción netamente hispánica, que José Ferrater Mora ha opuesto al idealismo de las ideas, en el sentido meramente racional o intelectual de los siglos XVII y XVIII.[18]

Y siguiendo firme en nuestra creencia de que el pensamiento de Pedro Henríquez Ureña fue esencialmente integrador, nos atrevemos a insinuar que en él podríamos hallar un antecedente hispanoamericano a la teoría de la "razón vital" de José Ortega y Gasset; con lo cual, reconoceríamos, junto con la aportación literaria del modernismo, esta otra, de carácter filosófico, como contribución de la originalidad de nuestra América al mundo hispánico y a la cultura universal. Esto explicaría también la constante defensa de los valores hispánicos que hizo Pedro Henríquez Ureña.

CONCLUSION

No cabe duda de que el hombre Pedro Henríquez Ureña —artista y pensador— venía precedido de un innato sentido de la universal, aquel ritmo y armonía de lo eterno de que hablaba Platón, su maestro favorito; y así lo vemos desde una edad tempranamente madura ya definido con claridad hacia una integración de lo individual y de lo temperamental con los valores permanentes de la cultura. Originalidad y tradición, creación y erudición, ser y mundo, lo particular y lo universal,

[18] José Ferrater Mora, *España-Europa* (Santiago de Chile: Ediciones Cruz del Sur, 1942).

XUM

lo concreto y lo genérico, lo ideal y un bien entendido realismo práctico, tales son los polos que se atraen con imponderable fuerza de integración y equilibrio. Nos parece que toda su obra es un esfuerzo ingente por superar cualquier forma de dualismo, cuyo fracaso es evidente que se cumple como una exigencia de sistema, como resultado inevitable de su propia y convencional rigidez. La realidad, objetiva o subjetiva, es siempre una y existe allí donde puede manifestarse como un acto de vida: es decir, creación, expresión, actividad que recibe y que es capaz de nutrir constantemente otras realidades. En 1883 decía Dilthey: "La idea fundamental de mi filosofía es el pensamiento de que hasta el presente no se ha colocado ni una sola vez como fundamento del filosofar a la plena y no mutilada experiencia, de que ni una sola vez se ha fundado en la total y plena realidad". Y Pedro Henríquez Ureña, en 1907, al comentar el histórico ciclo de la Sociedad de Conferencias de México, nos da esta concepción del espíritu filosófico: "La principal facultad por ellos revelada es, a mi ver, espíritu filosófico. Filosófico, si se quiere, en significación más extensa de lo que es usual: espíritu capaz de abarcar en convicción personal e intensa los conceptos del mundo y de la vida y de la sociedad, y de analizar con fina percepción de detalles, los curiosos paralelismos de la evolución histórica, y las variadas evoluciones que en el arte determina el inasible elemento individual".[19] De allí su centro irradiador, auténticamente poético, que convoca y atrae a su ser reflexivo y organiza su personalidad definitiva. Pedro Henríquez Ureña, que nace poeta, se revela y afirma en el mundo de la cultura como pensador y crítico y concluye siendo el gran organizador de complejos ideales, o, en definitiva, para nosotros, el orientador de América.

Asombra en un hombre de letras, tal como ahora lo vemos, la seguridad con que abarca amplísimos panoramas del saber, los penetra y vuelve de ellos con la idea clara y precisa que había de servirle para lo que realmente necesitaba o debía ser. Sólo quien conoce bien el pasado se afirma en el presente y marcha seguro hacia el porvenir. La cultura, en los diversos

[19] *Horas de estudio*, p. 292.

momentos en su historia, tiene valores temporales y otros que son permanentes. Los unos definen el saber histórico y caracterizan épocas y condicionan períodos; los otros atañen más a la eternidad del hombre y de sus creaciones. Pedro Henríquez Ureña tuvo una capacidad especial para deslindar unos de otros y hallar seguros rumbos en los momentos de más alto prestigio del pasado cultural; sobre todo en el pasado inmediato y en los momentos del desarrollo cultural coetáneo a su formación, supo distinguir siempre lo que estaba muriendo de lo que engendraba una nueva dinámica de porvenir. Por eso pudo ser el vigía de un mundo de luces interiores y un espectador siempre conmovido de esa encrucijada que aun estamos viviendo; el siglo XIX, que entregaba parte de su alma y de su corazón al idealismo de la razón, al experimentalismo de la ciencia, a la abstracción de las leyes generalizadoras y a la comodidad de la técnica, y el siglo XX, que pugna por hallar una nueva noción del espíritu para reintegrar al hombre a su plena condición humana.

Precisamente es ésta la actitud filosófica fundamental que podemos admirar en Pedro Henríquez Ureña: un radiante idealismo del espíritu, optimista, afirmativo y creador, arraigado en la creencia de una realidad concreta, perfecta o perfectible —realidad metafísica esencial y objetiva— y la seguridad de que en ella se afirma lo humano como una manifestación del bien y del amor, únicas formas posibles de la dignidad del hombre y de la convivencia humana. En ello encarna su fe, que impulsa la razón para garantizar y hacer comunicable lo bello y lo perfecto. Como su maestro Platón pudo decir: Yo nada sé fuera de una exigua disciplina de Amor *(Theages);* o bien, ni en los cuerpos ni en otra cosa alguna sino sólo en el alma, se da lo bueno y lo bello *(Filebo).*

Es evidente que quien de este modo se acercaba a la vida, al hombre y a lo humano, con esta actitud filosófica quería dar una respuesta a todo el ciclo de la filosofía moderna —la que va desde Descartes hasta las postrimerías del siglo XIX. Esa filosofía se había fundado en la razón abstraída en el intelecto, la idea absoluta y la experiencia resuelta en la ley científica y la técnica aplicada. Todo esto venía a someter la vida a la naturaleza, los sentimientos a la inteligencia pura

XUM

o a la conciencia vacía; abstraía la realidad, negaba las vivencias y el conocimiento de la "cosa en sí", afirmaba la actividad en el fenómeno, las apariencias y lo convencional, y, por fin, negando las relaciones de lo inmediato con la verdad esencial, negaba también las posibilidades de un más allá del espíritu, del misterio, en fin, de la metafísica y del arte. Concluía, en suma, en los dos terribles males que la Europa moderna nos ha dejado como herencia de un mundo sin fe, sin amor y sin ideales: el individualismo egoísta de todos los despotismos ilustrados y el pesimismo que engendran todas las formas de lucha y de destrucción. Pedro Henríquez Ureña recibe esta herencia con los estertores del siglo XIX, después de una procesión de fracasos filosóficos y vitales que se llaman: empirismo, racionalismo, idealismo absoluto, cientificismo, transformismo, evolucionismo, organicismo, mecanicismo, positivismo, determinismo, naturalismo, logicismo, neokantismo, sociologismo, utopismo, agnosticismo, decadentismo, y qué sé yo cuántos "ismos" más todos, al parecer nacidos del subjetivismo y del individualismo modernos. Ante esta vertiginosa carrera de caídas que intentan una sistematización, más que de la realidad, del caos tendido sobre ella por esas mismas sistematizaciones del hombre, Pedro Henríquez Ureña tiene la vislumbre de que un solo camino sería correcto: la vuelta a lo humano. La insistencia con que utiliza esta palabra —en todas sus formas gramaticales: sustantivo, adjetivo, verbo, adverbio— prueba la fidelidad con que se aferra a ella. Y si no se aplica a una definición precisa de lo que él entiende por "humano", es porque resulta obvio —harto ya de definiciones, de leyes y sistemas— que una realidad basta con que sea vivida para que resulte humana. Los objetos del mundo y del espíritu, la experiencia, la razón, la idea, las formulaciones de la ciencia, los sistemas, las instituciones, todas estas cosas han perdido hoy su eficacia porque ellas forman parte de un cuerpo muerto de principios y estructuras que existen fuera y separados de la vida. Salvar, pues, la vida en su inmanencia más inmediata, necesaria, elemental y hasta biológica, con una nueva concepción de los organismos sociales, políticos y económicos, y salvar luego las formas superiores que la vida crea como atributos de lo humano, como razón de ser del alma

y del espíritu, es lo que urge a este humanista moderno, actual y americano, como acertadamente ha sido llamado.[20] Y he aquí su mensaje, mensaje de integrador, repito, en un proceso concreto que va de lo individual a lo general y que vuelve a la armonía total de la persona: integra erudición y saber en una cultura viva, activa, en la que, a su vez, se integren el individuo creador y la tradición, lo individual, particular y personal, con lo universal, ideal y permanente; lo subjetivo con lo objetivo; la contemplación y la acción; el intelecto y la sensibilidad; la vida y el arte. Y todo esto impregnado de una fuerte esteticismo muy renacentista, pero también muy postrealista y postpositivista de fines del siglo XIX y principios del XX. Por fin, hijo de América, del mundo hispánico, o, si se quiere, con más amplitud: latino, busca una integración de la cultura incipiente de Iberoamérica con la europea y la norteamericana, salvando siempre las formas originales y creadoras que nos son propias.[21] Tal fue, en última instancia, el máximo esfuer-

[20] Véase: Francisco Romero, "Un humanista de nuestro tiempo", en *Ideas y Figuras, op. cit.*, y Antonio Castro Leal, "Pedro Henríquez Ureña, humanista americano", en el *Boletín bibliográfico mexicano*, de México, 31 de julio de 1946.

[21] Creemos que del humanismo, suma y síntesis del espíritu clásico, tomó Pedro Henríquez Ureña su pasión por los ideales del espíritu y el sentido humano de los mismos, y que de su confrontación con la cultura moderna accedió a tomar de ésta los instrumentos que podían llevar a aquellos ideales a un mayor acrecentamiento y provecho. De ahí, también, su integración entre la cultura clásica y la moderna, y la latina con la anglo-norteamericana. Partamos de la idea del humanista moderno de Francisco Romero y veamos cómo Pedro Henríquez Ureña, si en un momento prestó oídos al llamamiento de Rodó, supo darle sentido y ajustarlo a las necesidades que la circunstancia histórica requería. Dice Romero: "El humanismo consiste en la asimilación de la cultura, en su incorporación al espíritu en los términos de una profundización y potenciación de lo esencial humano. La humanidad crea la cultura en un esfuerzo plural nunca interrumpido; la cultura ofrece aspectos puros, libre de cualquier escoria, en los que se manifiestan las capacidades y los anhelos más elevados del hombre, y otros de menor dignidad, de índole práctica, utilitaria. El humanismo es la concentración personal de aquel primer aspecto o sector de la cultura, su reconducción al hombre, el enriquecimiento del individuo con todos los bienes de orden superior producidos por la especie, la animación del tesoro disperso al ser encarnado en una persona humana". F. Romero, en *Ideas y Figuras* (Buenos Aires: Editorial Losada, S. A., 1949.

El humanismo, así entendido, se fijó en los momentos más originales y lúcidos del Renacimiento y consistió en un modo de captar y hacer propios los contenidos sustanciales de la cultura greco-romana, considerada clásica, a la par que modelo

XUM

zo de su labor, cuyos resultados dio en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928), *Literary Currents in Hispanic America* (1945) y *La cultura en la América hispánica* (1947).

ALFREDO A. ROGGIANO.
State University of Iowa.
Iowa City, Iowa.

del más alto prestigio de los valores creados por la humanidad hasta esa época. Pero esa apropiación del saber consagrado no era mera acumulación erudita, sino una recepción que se asimilaba, depuraba y era materia de nuevas creaciones. El humanista, tal como se ha fijado su imagen en los siglos XV y XVI, era a la vez un receptor y un creador de cultura. A partir del siglo XVII, con el advenimiento de una filosofía del individualismo subjetivo y de las nuevas concepciones de la vida moderna, desaparece esta idea del humanista como integrador de cultura y creación, y empiezan a fragmentarse la realidad y las actividades del hombre en un especialismo cuyas consecuencias no hace falta reiterar aquí. Pedro Henríquez Ureña ha señalado la gravedad de este hecho, llevado a sus últimas consecuencias con el positivismo científico y, sobre todo, con su aplicación técnica en los Estados Unidos. "La cultura y los peligros de la especialidad" se titula uno de sus más vehementes ensayos, publicado en la revista *Nosotros*, de Buenos Aires, en septiembre de 1922. (Año XVI, Núm. 160, pp. 47-54. Véase también "El espíritu y las máquinas", citado en la nota 1). Critica allí el especialismo norteamericano y, fiel a su tradición latina, clásica y renacentista, aboga por una cultura integral, humanista, que sea fuerza viva de saber y creación, única forma de devolver al hombre su jerarquía universal y la consolidación de sus valores permanentes. Pero como hombre que está ya de vuelta de ese saber acumulado en los hechos y sus relaciones, no desdeña el método que a ello conduce, en tanto que sea usado para una precisión del saber, su clasificación, ordenamiento, modo de aprovecharlo y dirigirlo hacia su producción. Por eso, ya en 1904, toma posición ante el *Ariel* de Rodó mediante una actitud sabiamente integradora, en la cual, si reconoce la verdad de la crítica de fondo que hace Rodó a los Estados Unidos, no deja de advertir los aspectos positivos que aquí pueden hallarse. "Pero por encima de sus tendencias prácticas —dice— aquel pueblo sustenta un ideal elevado, aunque distinto de nuestro ideal *intelectualista* [lo subraya]: el perfeccionamiento humano, que tiene por finalidad el bien *moral* [también subrayado por él] y debe traducirse socialmente en la dignificación de la vida colectiva". (*Ensayos críticos*, pp. 71-80). Más tarde, en 1913, en un nuevo ensayo sobre "La obra de Rodó" publicado también en la revista *Nosotros* de Buenos Aires (Año VII, Núm. 45; vol. 9, 1912-1913, pp. 223-238), abarca en amplio cuadro todo el panorama de la cultura y se fija como antes en América y particularmente en "Nuestra América" y en sus hombres representativos, con un fin evidentemente integrador. En *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928) dirá la forma cómo se hará la integración de América para que ésta construya su destino propio.

Crono-bibliografía de Don Pedro Henríquez Ureña

Advertencia

Mi propósito al iniciar este trabajo, era sólo el de reconstruir la bibliografía de Pedro Henríquez Ureña. El copioso material que encontré en su archivo tanto como sus peculiaridades me obligaron a cambiar de rumbo. Trato de proporcionar hoy la trayectoria esquemática de esa vida rica en diversos intereses y preocupaciones, trayectoria que no pudo dejar de reflejarse en los escritos. Por eso he comenzado desde las poesías infantiles y he citado hasta los trabajos efímeros u ocasionales que revelan la aparición de preferencias y gustos; por eso he recogido los diferentes pseudónimos, máscaras distintas para distintas circunstancias; por eso, finalmente, me he atenido en lo posible a las fechas en que los trabajos fueron escritos y no a su aparición en revistas, periódicos o libros, aunque nunca he dejado de registrar también esos datos. Sé, sin embargo, que mi tarea ni es perfecta ni es exhaustiva; sé que padece de omisiones y que algunas veces las referencias son incompletas. Pero en otra oportunidad, con más tiempo y más calma, pondré término cumplido a mi labor.

Buena parte del éxito de mi trabajo se debe, como he dicho, a que he podido manejar el archivo de don Pedro, cuya viuda lo puso a mi entera disposición. También me han sido muy útiles, especialmente en lo que respecta al período 1924-1946, la "Bibliografía" elaborada por Julio Caillet-Bois* y el

* V. núm. 644, pp. 79-102.

XUM

fichero de Sonia Henríquez Ureña de Hlito, quien había incorporado la bibliografía de Rodríguez Demorizi. Agradezco a don Alfonso Reyes su amable colaboración en la identificación de publicaciones aparecidas sin firma y el haberme permitido trabajar en su archivo; agradezco igualmente a mis amigos Ernesto Mejía Sánchez y Andrés R. Vázquez los datos que aportaron a mi investigación.

CRONO-BIBLIOGRAFIA

1894

1. "Mimisintinca" [poesía].[1]

1896

2. "Beyita" [poesía].[1]
3. "María Reina" [poesía].[1]
4. "La noche y el mar" [poesía].[1]
5. "Ana Osorio" [poesía].[1]
6. "A Josefa A. Perdomo" [poesía], agosto.[2]
7. "A Colón" [poesía], octubre.[2]

1897

8. "La mariposa" [traducción de la poesía homónima del escritor catalán Pau Bunyegas].[3]
9. "La mariposa" [traducción de Lamartine].
10. "Melancolía" [poesía].
11. "Shakespeare" [poesía].
12. "Tristezas. A la memoria de mis muertos" [poesía],[2] septiembre.
13. "Entre niños. Sucedido" [poesía],[2] octubre.
14. "Aquí abajo" [traducción de la poesía homónima de Sully-Prudhomme],[3] *LyC*, 1º de febrero de 1898; firmada Pedro Nicolás F. Henríquez Ureña.
15. "A Cuba" [poesía],[2] octubre.

1898

16. "El diluvio. Tradición de la isla de Haití" [poesía],[4] agosto.

1899

17. "¡Incendiada!" [poesía],[2] marzo; *LyC*, junio 20; firmada Pedro N. Fed. Henríquez Ureña.
18. "El autor del primer himno. En memoria del decano de la poesía patria Félix María Delmonte" [poesía],[2] abril o mayo.
19. "El mundo de las almas" [trad. de Sully-Prudhomme],[3] 29 de julio.
20. "El ideal" [trad. de Sully-Prudhomme],[3] agosto.
21. "Ulises Hereaux", agosto.

1900

22. "Crónica" [Recuerdo de José Joaquín Pérez], *Revista Ilustrada*, Santo Domingo, 15 de julio.[5]
23. "Teatrales. *Virginia. La locura de amor*", *Lucha*, 31 de julio.[6]
24. "Teatrales. Tamayo y Luisa Martínez Casado. *La bola de nieve. Adriana Lecouvreur*", *Lucha*, 17 de agosto.[6]
25. "Teatrales. *Lola. Don Juan Tenorio*", *Lucha*, 21 de agosto.[6]
26. "*María del Carmen*. Impresiones" [Sobre el drama de de Feliú y Codina], *El Ibis*, Santo Domingo, 1º de septiembre; firmado Pedro N. Henríquez Ureña.
27. "Fiez-Vous" [trad. del poema homónimo del poeta haitiano Oswald Durand],[3] *NP*, 15 de octubre; firmado Pedro N. Henríquez Ureña.
28. "De poesía. A propósito de una obra" [*La sensibilidad en la poesía cubana* de Nicolás Heredia], *NP*, 1º de diciembre; firmado Pedro N. Henríquez Ureña.
29. "Juan Gabriel Borkman, drama de Henrik Ibsen", *NP*, 15 de diciembre; firmado Pedro N. Henríquez Ureña.
30. "Rima negra" [poesía].[7]
31. "Las trágicas" [poesía], diciembre.

1901

32. "Editorial", *NP*, 1º de enero;[5] *Lucha*, en el mismo mes.
33. "La belleza. Paráfrasis de un soneto de Baudelaire",[3]

XUM

NP, 15 de enero; *Germinal*, Santiago de Cuba, diciembre de 1905. Firmado Pedro N. Henríquez Ureña.

34. "Belkiss" [sobre la obra de Eugenio de Castro], *RevLit*, abril o mayo; *CLit*, 14 de julio de 1904.
35. "Crónica neoyorkina. En el Metropolitan Opera House", *RevLit*, 8 de julio.[6]
36. "En el viento" [poesía],[8] *Ideal*.
37. "Mariposas negras. Reminiscencias de *Las mariposas negras* de Schumann" [poesía],[7] octubre. *Cuna*, 8 de marzo de 1903; *Fig*, 28 de junio de 1903.
38. "Flores de otoño" [poesía fechada en Nueva York en octubre],[8] *Ideal*, 4 de noviembre; firmada Pedro N. Henríquez Ureña. *CyAm*, 2 de julio de 1905; *Por esos mundos*, Madrid, octubre de 1905; *Diario de la Marina*, La Habana, 17 de noviembre de 1905 (tarde).
39. "Otoñal" [poesía fechada en Nueva York en octubre],[8] *Ideal*, 18 de noviembre; *La Vanguardia*, Puerto Plata (Rep. Dominicana), noviembre; firmada Pedro N. Henríquez Ureña.
40. "Ensueño" [poesía fechada en Nueva York en diciembre],[8] *Cuna*, 29 de mayo de 1904; *CyAm*, 13 de agosto de 1905.
41. "El verdadero Ibsen" [trad. y extracto de un artículo de William Archer], *RevLit*, 1º de mayo; *Cuna*, 4 de septiembre de 1904.

1902

42. "Tropical" [poesía fechada en Nueva York el 12 de agosto].[9]
43. "En la cumbre" [poesía fechada en Nueva York en agosto],[7] *LD*, 25 de septiembre; *El Civismo*, Puerto Plata, septiembre; *Azul y Rojo*, La Habana, 31 de marzo de 1903. Firmada Pedro N. Henríquez Ureña.

1903

44. "Virginia Elena Ortea", *Cuna*, 3 de mayo; firmado P. N. Henríquez Ureña.
45. "Hostos" [Escrito con motivo de la muerte de Hostos y

fechado en Nueva York], *LD*, 29 de septiembre; reproducido en *Eugenio M. Hostos: biografía y bibliografía*, Tip. de *Oiga* . . ., Santo Domingo, 1905.

46. "Frente a las «Palisades» del Hudson" [poesía fechada en Nueva York en octubre],[8] *CLit*, 14 de junio de 1904.
47. "Intima" [poesía fechada en Nueva York en diciembre],[7] *Cuna*, 11 de septiembre de 1904.
48. "Neoyorkinas. Notas artísticas", *Oiga*. . ., 26 de diciembre.
49. "Postales" [poesías breves dedicadas a distintas personas].[9]

1904

50. "Postales" [poesías breves dedicadas a distintas personas].[9]
51. "Mercedes Mota", *Actualidades*, Lima.
52. "Literatura norteamericana", abril; *Cuna*, 22 de mayo.
53. "Música moderna" [poesía], *Cuna*, 1º de mayo; *CMus*, 15 de enero de 1905.
54. "La música nueva. La escuela italiana", *CLit*, 23 de julio; *Páginas de Arte*, El Salvador, núm. 3, febrero de 1906; *Quincena*, 15 de abril de 1906; *El Heraldo Industrial*, Caracas, 1º de junio de 1906; *Gaceta Musical*, México, 1º de agosto de 1906 [v. núm. 96].
55. "Crónica habanera", *CLit*, 21 de agosto.[10]
56. "Crónica habanera", *CLit*, 5 de septiembre.[10]
57. "Letras cubanas. I, *El romanticismo* de Enrique Piñeyro (París, 1904) ; II, Los poemas de Valdivia: «Melancolía» (junio, 1904) ; «Los vendedores del templo» (julio, 1904)", *CLit*, 5 de septiembre. La parte dedicada a Piñeyro se reprodujo en *Cuna*, 25 de septiembre.
58. "Ante el mar. Paráfrasis de un trozo de la oda «To the sea» de la poetisa norteamericana Amelie Rives",[7] *Cuna*, 8 de enero de 1905; *El Album*, Santiago de los Caballeros, febrero de 1905; *CLit*, 10 de mayo de 1905; *Dictamen*, 3-4 de febrero de 1906.
59. "Crónica habanera", *CLit*, 5 de octubre.[10]
60. "Crónica habanera", *CLit*, 28 de octubre.[10]

XUM

61. "Escorzos. I, Adelina Patti; II, Marcella Sembrich; III, Lillian Nórdica" [poesías], *CMus*, 15 de noviembre; *Cuna*, 11 de diciembre. "Adelina Patti" se publicó equivocadamente en *The Monterrey News* (1908) con la firma Gastón F. Deligne; "Marcella Sembrich" en *ProII*, febrero de 1906.
62. "Crónica habanera. Italia Vitaliani", *CLit*, 20 de noviembre.[10]
63. "Sobre la Antología", *Cuna*, 20 de noviembre; *An*, 5 de febrero de 1935.
64. "Crónica habanera. La Vitaliani en *Hedda Gabler*", *CLit*, 28 de noviembre.[10]
65. "Dulce María Borrero", *CLit*, 28 de noviembre.
66. "La música nueva. Ricardo Strauss y sus poemas tonales", *CMus*, 15 de diciembre [v. núm. 96].
67. "Reflorescencia" [Sobre el poeta dominicano Gastón F. Deligne], *Cuna*, 18 de diciembre.
68. "Rasgos de un humorista" [George Bernard Shaw], *CLit*, 20 de diciembre [v. núm. 96].
69. "*Ariel*. La obra de José Enrique Rodó" [fechado el 31 de diciembre], *CLit*, 12 de enero de 1905 [v. núm. 96].

1905

70. "Crónica habanera", *CLit*, 20 de enero.[10]
71. "Oscar Wilde" [fechado en La Habana en febrero; v. núm. 96].
72. "Crónica habanera", *CLit*, 5 de febrero.[10]
73. "Los dramas de [Arthur Wing] Pinero", *Discusión*, 12 de febrero [v. núm. 96].
74. "Dos artistas" [Francisco García de Cisneros y Eleonora de Cisneros], *CLit*, 20 de febrero.
75. "Crónicas humanas. El libro de Muñoz Bustamante", *CLit*, 5 de marzo.[5]
76. "Crónica habanera", *CLit*, 12 de marzo.[10]
77. "Correspondencia habanera", *La Campaña*, Santo Domingo, 17 de marzo.
78. "La profanación de Parsifal", *CMus*, 15 de abril [v. núm. 96].

79. "José Joaquín Pérez", *CLit*, 20 de abril; *Cuna*, 10 de febrero de 1907 [v. núms. 96 y 182].
80. "Lux" [poesía], *CLit*, 28 de abril; *Quijote*, t. 4, núm. 7, febrero de 1911.
81. "La serpentina" [poesía], *CMus*, 1º de mayo; *Quincena*, 1º de junio; *El Español*, Mérida (Yucatán), 17 de diciembre; *Dictamen*, 14 de enero de 1906; *Cuna*, 23 de febrero de 1908.
82. "Correspondencia habanera", *Tel*, 20 de mayo.
83. "Correspondencia habanera", *Tel*, 10 de junio.
84. "Juan Guerra Núñez", *CMus*, 15 de junio.
85. "Máximo Gómez" [poesía fechada el 18 de junio], *Discusión*, 25 de junio; *CLit*, 28 de junio.
86. "D'Annunzio, el poeta", *CLit*, 21 de julio [v. núm. 96].
87. "Correspondencia habanera. La muerte de Máximo Gómez", *LD*, 9 de agosto.
88. "Tendencias de la poesía cubana", *Discusión*, 13 de agosto [v. núm. 96].
89. "Correspondencia habanera", *LD*, 22 de agosto.
90. "Dos controversias shakespirianas", *ProIl*, septiembre.
91. "Todo lo que pasa es bello" [poesía fechada el 24 de octubre], *LHab*, 15 de diciembre; *Dictamen*, 30-31 de diciembre; *MIl*, 1906; *Revista Contemporánea*, Monterrey, 1909; *Osiris*, enero 15 de 1910.
92. "Martí, escritor", *Discusión*, 25 de octubre; *LD*, 25 de octubre [¿es lo mismo de *RepAm*, 18 de febrero de 1931; *Sur*, 1931; *Archivos de José Martí*, año 4, núm. 7, mayo-diciembre de 1943?].
93. "Hacia la luz" [poesía], *LHab*, 15 de noviembre.
94. "Vencido (Síntesis)", *IbAm*, 15 de noviembre; *LHab*, 15 de enero de 1906.
95. "Educación científica", *IbAm*, 1º de diciembre.
96. *Ensayos críticos*, Imprenta Esteban Fernández, La Habana, 1905. Recoge los núms. 54, 66, 68 [con el título "Tres escritores ingleses: Wilde, Pinero y Shaw"], 69, 71, [véase *supra*], 73 [véase *supra*], 78, 79, 86 y 88 [con el título "El modernismo en la poesía cubana"]. Contiene, además, "Rubén Darío", "Sociología (Hostos y Lluria)".

XUM

1906

97. "La intelectualidad hispano-americana" [En colaboración con Arturo R. de Carricarte], *RevCrit*, enero, pp. 1-9.
98. "Cuba (Notas de psicología literaria)", *RevCrit*, enero, pp. 10-19; *Cuna*, junio de 1907; *MM*, 1907.
99. Sobre Barrero Argüelles, *Candentes*, *RevCrit*, enero, pp. 23-24.[5]
100. Sobre Enrique José Varona, *Curso de Psicología*, *RevCrit*, enero, pp. 25-27.[5]
101. Sobre F. Carrera y Jústiz, *Introducción a la historia de las instituciones locales de Cuba*, *RevCrit*, enero, pp. 27-29.[5]
102. "Mitre" [nota necrológica], *RevCrit*, enero, pp. 29-30.[5]
103. "Pimentel Coronel" [nota necrológica], *RevCrit*, enero, pp. 30-31.[5]
104. "Crónica. Oyendo la banda de artillería", *Dictamen*, 13-14 de enero.[5]
105. "Ríe, payaso" [cuento], *Dictamen*, 27-28 de enero.[11]
106. "Notas editoriales e información", *RevCrit*, febrero, pp. 65-75 [Sobre: Rubén M. Campos, *Claudio Oronoz;* Luis Rosado Vega, *Alma y Sangre;* Francisco Elguero, *Algunos versos;* Delio Moreno Cantón, *El sargento primero;* Solón Argüello, *El grito de las islas;* Rafael Angel Troyo, *Poemas del alma;* Ramón Mez y Suárez, *Observaciones sobre educación*].[12] Con el título "Notas sobre *Claudio Oronoz*" y con firma completa se volvió a publicar el primer trabajo en *RevMod*, junio de 1906.
107. "Impresiones de la semana", *Dictamen*, 3 de marzo.
108. "Impresiones de la semana", *Dictamen*, 10 de marzo.
109. "Impresiones de la semana", *Dictamen*, 17 de marzo.
110. "El nuevo indígena", *Dictamen*, 21 de marzo.
111. "Impresiones de la semana", *Dictamen*, 31 de marzo.
112. "Impresiones de la semana", *Dictamen*, 7-8 de abril.
113. "Benavente. *Los malhechores del bien*", *Dictamen*, 9-10 de abril; *Discusión*, 22 de abril.
114. "Noches de arte. *La desequilibrada* de Echegaray. *El flechazo* de los Quintero", *Dictamen*, 10-11 de abril.

115. "Impresiones de la semana", *Dictamen,* 14-15 de abril.
116. "Impresiones de la semana", *Dictamen,* 21-22 de abril.
117. "Los teatros en México", *Dictamen,* 7-8 de mayo.
118. "Henrik Ibsen" [reseña de su obra y de la crítica acerca de ella], *Imparcial,* 30 de mayo.[5]
119. "Teatros. Los conciertos. La ópera", *SavM,* junio.[12]
120. "Los restos de Colón. Famoso error histórico. Datos que comprueban la autenticidad de los restos existentes en Santo Domingo", *Imparcial,* 9 de junio.[5]
121. "México: La vida intelectual y artística", *Discusión,* 24 de junio.
122. "La resurrección de Don Juan", *Dictamen,* julio.
123. "Vida intelectual y artística. La influencia de Nietzsche. Anton Bruckner. Richard Strauss. La melodía. El modernismo español", *SavM,* julio.[12]
124. "Teatros. Conciertos. La ópera", *SavM,* julio.[12]
125. "Edith Warton", *RevMod,* agosto.
126. "Lo que dice un dilettante. A propósito de la ópera de Castro" [*La leyenda de Rudel*], *Imparcial,* 5 de noviembre; firmado "Un Dilettante". Con el título "La leyenda de Rudel" en núm. 182.

1907

127. "Julio Ruelas, pintor y dibujante", *MM,* marzo.
128. "¡...Un Libro!" [Sobre Gastón F. Deligne; fechado el 15 de marzo en México], *Cuna,* junio.
129. "Un clásico del siglo XX" [José María Gabriel y Galán], *RevMod,* julio; *RepAm,* 15 de diciembre de 1933 [v. núm. 182].
130. "Jesús E. Valenzuela", *RevMod; MM; Cuna.*
131. "Velada en la Preparatoria. Triunfo de Alfonso Reyes. Habla Justo Sierra", *El Diario,* México, julio.
132. "Conferencias y tés" [Carta a Enrique Ap. Henríquez sobre el movimiento de la literatura contemporánea en México], *Cuna,* 25 de agosto.
133. "Julio Flórez en México" [Carta a Enrique Ap. Henríquez], *Cuna,* núm. 37, 15 de septiembre.

XUM

134. "Los de la nueva hora. Carlos González Peña", *Crónica*, 15 de noviembre.
135. "El pinar" [poesía], *RevMod; Cuna*, 20 de octubre.
136. "Libros", *RevMod*, diciembre [firmado L. G.]; *Cuna*, julio de 1908 [firmado Luis Gamia].
137. "Las conferencias de los jóvenes", *La Gaceta de Guadalajara*, Guadalajara (México), 17 de noviembre; *MII*, México, 1910; *LyP*, t. 12, núm. 5, mayo de 1934 [con el título "Conferencias" en núm. 182].
138. "Fernando A. de Meriño", *Crónica*.
139. "Marginalia. José Enrique Rodó, *RevMod*..
140. "Genus Platonis", *LD* [Con el título "El espíritu platónico" en núm. 182].
141. "Hostos o La concepción sociológica de Hostos". Reproducido en el libro de Enrique Deschamps *La República Dominicana* (Barcelona, 1907); *Puerto Rico Ilustrado*, marzo de 1924 y febrero de 1939; *Clío*, abril de 1939; *América y Hostos*, La Habana, 1939, pp. 149-155 [v. núm. 182].
142. "Poesías de Unamuno", *RevMod; Cuna*, 2 de febrero de 1908.
143. "Imitación d'annunziana" [poesía, fechada en México en 1907], *Osiris*, 1909; reproducida en *Cortesía* de Alfonso Reyes, México, 1948.
144. "El feminismo (Diálogo)", *Dictamen*.
145. "Crónica de la manifestación en memoria del Duque Job", *LD*.

1908

146. "Días alcióneos", *RevMod*, enero; *Cuna*, 21 de junio; *Osiris*, 27 de febrero y 15 de agosto de 1910 [v. núm. 182].
147. "Alocución" [pronunciada en la Escuela Nacional Preparatoria de México al conmemorar al educador Gabino Barreda el 22 de marzo de 1908], *Cuna*, 17 de mayo [Con el título "Barreda", en núm. 182].
148. "Marginalia. El exotismo", *Cuna*, 25 de octubre; *RevMod*, diciembre; *Osiris*, 1º de septiembre de 1910 [Con el título "El exotismo" en núm. 182].

149. "Galaripsos (Poesías de Gastón F. Deligne)", *RevMod*, octubre, [con el título "Gastón F. Deligne" en núm. 182]. Revisado y corregido fue incorporado al libro de Deligne en 1946 [Biblioteca Dominicana, vol. 3, Ciudad Trujillo].
150. "Alfonso Reyes. — «Invitación pastoral»" [poesía a la manera de...], *Tilín*, 22 de noviembre.[5]
151. "Rafael López.—«Flor de infamia»" [poesía a la manera de...], *Tilín*, 22 de noviembre.[5]
152. "Luis G. Urbina. — «Ingenua»" [poesía a la manera de...], *Tilín*, 6 de diciembre.[5]
153. "La catedral sin torre" [fechado en México en 1908]; con el título "La catedral" en núm. 182; *NacT*, 30 de septiembre de 1942.
154. "Walter Pater. Estudios griegos", México, ed. de Revista Moderna [traduc. de P.H.U.].
155. "Nota de edición al *Ariel* de Rodó", Talleres Lozano, Monterrey (México).

1909

156. "Crónica artística. La moda griega", *Cuna*, enero [Con el título "La moda griega" en núm. 182].
157. "El nacimiento de Dionisos. Esbozo trágico a la manera antigua", *RevMod*, febrero; *Nov*, 16 de diciembre de 1915 [v. núm. 335].
158. "Marginalia", *Cuna*, 17 de enero.
159. "Francisco García Calderón, «Las corrientes filosóficas en la América Latina»", transcripción y notas de P.H.U.; *RevMod*, febrero.
160. "Crónica de Nueva York. El Metropolitan y el Manhattan. Brillantes temporadas. Puccini. Nuevos estrenos. Otras novedades. Retiro de Marcel Sembrich. Otras novedades", *TyM*, 15 de febrero.[13]
161. "Cuestiones métricas. El verso endecasílabo", *RevMod*, marzo [v. núms. 182, 355, 634].
162. "Las cien mejores poesías", *Cuna*, 7 de marzo.
163. "Desde Nueva York. La retirada de Emma Eames. Réprise de *Salomé*. Una ópera de Smetana. Los encantos de Mary Garden. Obras maestras. El arte de Ludwig

Wullner. Las novedades dramáticas. La *Salomé* de Strauss. Paderewsky", *TyM*, 15 de marzo.[13]

164. "Carta a Menéndez y Pelayo" [fechada el 28 de abril], *BBMP*, vol. 27, 1951.
165. "Nietzsche y el pragmatismo (Nota al vuelo)", *RevMod*, mayo [v. núm. 182].
166. "Un libro sobre el feminismo" [fechado en mayo; sobre M. Romera Navarro, *Ensayo de una filosofía feminista*], *RevMod*.
167. "Desde México" [Carta a Federico García Godoy], *Cuna*, 6 de junio [con el título de "Literatura histórica", v. núm. 182].
168. "Conferencias sobre el positivismo" [fechado el 21 de julio de 1909], *RevMod*, [con el título "El positivismo de Comte" en núm. 182].
169. "El positivismo independiente" [fechado el 25 de agosto], *RevMod* [v. núm. 182].
170. "A un vencido" [poesía], *Fig; Cuna*, 3 de octubre.
171. "A un poeta muerto" [poesía a René López], *An-re*, 13 de septiembre; *Blanco y Negro*, Santo Domingo, 19 de diciembre; *Fig*.
172. "Los mejores libros" [Enumeración de cien autores cuya lectura considera indispensable], *An-re*, 20 de septiembre [firmado Lilius Giraldus].
173. "Ibsen" [poesía], *An-re*, 20 de septiembre.
174. "Rosario Pino en Arbeu" [Crónica teatral], *Act*, 15 de octubre.[12]
175. "*Señora ama* de Benavente" [Crónica teatral], *Act*, 16 de octubre.[12]
176. "Rosario Pino en *El genio alegre*" [Crónica teatral], *Act*, 17 de octubre.[12]
177. "La muerte de Clyde Fitch", *Act*, 25 de octubre [con el título "Clyde Fitch" en núm. 182].
178. "Despedida de Rosario Pino"[Crónica teatral], *Act*, 15 de noviembre.[12]
179. "Por la inmigración" [Carta a su tío Federico Henríquez y Carvajal], *Oiga...*, 20 de noviembre.
180. "Sobre Deligne" [Carta a J. Humberto Decoudray, fe-

chada en México el 25 de noviembre de 1909], *Ateneo,* marzo de 1910.

1910

181. *Antología del Centenario.* Compilación dirigida por Justo Sierra; colaboraron Luis G. Urbina, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel [Estudio documentado de la literatura mexicana en el primer siglo de independencia].
182. *Horas de estudio,* Ollendorf, París, s. f. Contiene: "Días alcióneos" [núm. 146], "Cuestiones filosóficas" [núms. 168, 169, 165, 141], "Literatura española y americana" [núms. 129, "Rubén Darío" (ya en núm. 96), 161], "De mi patria" [núms. 153, "La vida intelectual de Santo Domingo", 167, 79, 149], "Varia" [núms. 140, 148, 156, 177, 126, 137 y 147].
183. "La musa bohemia" [acerca del libro homónimo de Carlos González Peña], *MIl,* enero.
184. "La tragedia de las rosas" [sobre la obra homónima de José Escofet], *El Correo Español,* México, 28 de febrero.
185. "El maestro Hernán Pérez de Oliva" [fragmento de un estudio leído en la sesión que el Ateneo de la Juventud de México dedicó a Rafael Altamira], *La Unión Española,* La Habana, febrero; *Ateneo,* junio [v. núms. 210, 390 y 593].
186. "Altamira en México", *Ateneo,* febrero-marzo.
187. "Profesores de idealismo" [Sobre Francisco García Calderón], *Ateneo,* agosto; *RevMod.*
188. "La obra de José Enrique Rodó" [conferencia pronunciada en el Ateneo de la Juventud de México el 22 de agosto], *Conferencias del Ateneo de la Juventud,* Imprenta Lacaud, México, 1910; *Ateneo; Nos,* enero de 1913; *El Mes Literario,* Coro (Venezuela), 1913.
189 "Cultura antigua de Santo Domingo, La Española" [extractos de lo relativo a Santo Domingo en la obra de Beristáin y Souza, *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional,* precedidos de una nota explicativa; fechado en agosto], *Ateneo,* núms. 10-12, 14 y 17; 21 de noviembre y septiembre de 1911.

XUM

1911

190. "Electra y Hécuba" [fragmentos de una conferencia], *MIl*, febrero.
191. "Carta a Menéndez y Pelayo" [fechada el 15 de febrero], *BBMP*, vol. 27, 1951.
192. "Desde México" [Carta a Gustavo J. Henríquez acerca de su libro *Trinos*], *Ateneo*, núm. 15, marzo.
193. "Oyendo a Varona", *Fig*, 30 de abril.
194. "Las ideas sociales de Spinoza", *Cuna*, 28 de mayo y 4 de junio; *LD*, 11 de diciembre de 1932; *Trap*, septiembre-octubre de 1933.

1912

195. "La decadencia de la literatura descriptiva", *Argos*, México, 5 de enero; *Cuna*, 14 de enero.
196. "Carta abierta a Federico García Godoy" [acerca de su obra *Alma dominicana;* lleva fecha 25 de marzo en México], *Ateneo*, abril; *Cuna*, mayo.
197. "La Inglaterra de Menéndez y Pelayo" [fechado en México el 26 de abril], *Cuna*, 22 y 28 de febrero de 1914.
198. "Sobre la literatura descriptiva" [Carta a Charles Lesca acerca de su artículo "La decadencia de la literatura descriptiva"; fechada en México el 30 de abril], *Cuna*, julio.
199. "Carta al Director de *El Imparcial*" [acerca del supuesto nombramiento de P. H. U. en sustitución de Urbina], *Imparcial*, 9 de mayo.
200. "Rafael Cabrera y sus *Presagios*" [Conferencia leída en el Ateneo de la Juventud de México y fechada en agosto de 1912], *Biblos*, México.
201. "La ópera y la protección oficial", *La Tribuna*, México, 14 de noviembre [firmado L. G.].

1913

202. *Tablas cronológicas de la literatura española*, Universidad Popular Mexicana, México; 2ª ed., D. C. Heath y

Co. Publishers, Boston y New York, 1920 [modificadas y ampliadas].

203. "Libros nuevos. *Clásicos y modernos* de Azorín", *Páginas Blancas*, ¿?; firmado Jusepe Vargas.

204. "La poesía perfecta", *NosM*, enero [es parte del artículo sobre Deligne, v. núm. 149].

205. "Valores de nuestra América. José Enrique Rodó", *NosM*, enero, núm. 45; *Vang*, 26 de enero y 2 de febrero de 1936.

206. "Traducciones y paráfrasis en la literatura mexicana de la época de la Independencia (1800-1821)", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, México, julio-agosto, vol. 5.

207. "Las audacias de Don Hermógenes" [crítica de la *Antología de los mejores poetas castellanos* de Rafael Mesa y López], *NosM*, septiembre; *CCon*, septiembre.

208. "Por el mismo camino" [cuento], *RAz*, septiembre.

209. "Jane Austen. La escritora femenina por excelencia", *RAz*, núm. 3, septiembre; *Fig*, 30 de noviembre; *Cuna*, junio de 1919 (v. núm. 450].

210. "El Renacimiento en España" [fragmento de una conferencia sobre el maestro Hernán Pérez de Oliva], *Est*, octubre [v. núms. 185, 244, 390 y 593].

211. "La métrica de los poetas mexicanos en la época de la Independencia" [Discurso de recepción en la sesión del 2 de octubre], *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, 1914, t. 7.

212. "La enseñanza de la literatura" [trabajo leído en el Ateneo de México en octubre], *Revista Mexicana de Educación*, diciembre; *NosM*, 1913-1914.

213. "Romances de América", *CCon*, noviembre-diciembre; *La Lectura, Madrid*, enero-febrero de 1914.

214. "Don Juan Ruiz de Alarcón" [conferencia pronunciada la noche del 6 de diciembre en la 3a. sesión organizada por Francisco J. de Gamoneda en la Librería General], *NosM*, marzo de 1914; *Revista de Filosofía, Letras y Ciencias de La Habana*, 1915; *LyP*, tomo 10, núm. 2, abril de 1932; *Vang*, 12-19 de abril de 1936 [v. núm.

452]. Hay trad. francesa en Bibliothéque Americaine, Univ. de París, 1924.

1914

215. *La Universidad.* Tesis para optar al título de abogado en la Escuela Nacional de Jurisprudencia de la Universidad de México, *HeR,* 1919.
216. "El Molière del siglo XX" [Conferencia sobre G. Bernard Shaw pronunciada el 7 de enero en la Asociación Cristiana de Jóvenes como representante de la Universidad Popular Mexicana].
217. "Sobre Dulce María Borrero", *La Ilustración Semanal,* México, 27 de enero.
218. "Carta a Julio Jiménez Rueda" [acerca del plan de estudios de la Escuela Preparatoria; lleva fecha 30 de enero], *Est.*
219. "El poeta del día en México" [Enrique González Martínez], *Fig,* 12 de abril.
220. "En pro de la edición definitiva de Sor Juana", *México,* México, 15 de abril.
221. "En defensa de la lírica española" [a propósito del discurso de Varona sobre la Avellaneda], *Fig,* 17 de mayo [los dos últimos párrafos, con el título "Los poetas líricos", en núm. 390].
222. "La vida literaria en Nueva York. La interesante encuesta de *Times*", *Fig,* julio.[13]
223. "La cultura de las humanidades", *RevBC,* julio-agosto, vol. 9, núm. 4, pp. 242-252.
224. "Los valores literarios" [sobre el libro homónimo de Azorín], *Fig,* 2 de agosto [como primera parte de "Azorín" en núm. 390].
225. "Hojas" [prosa], *LHab,* 16 de agosto; *Nov.* 1915; *Fig,* 1919; *UnHisp,* 1919.
226. "Sutileza" [sobre Gutiérrez Nájera], *Fig,* 20 de septiembre; *RevRev,* 1º de agosto de 1915.
227. "José de la Riva Agüero", *Fig,* 18 de octubre.
228. "Ante la tumba de Casal", *Fig,* 25 de octubre.
229. "De viajes", *HeCu,* 25 de noviembre.[14]

230. "Cuba en Nueva York", *HeCu,* 26 de noviembre.[14]
231. "Desde Washington. Hacienda y diplomacia", *HeCu,* 28 de noviembre.[14]
232. "Desde Washington. Sin brújula", *HeCu,* 29 de noviembre.[14]
233. "Desde Washington. En torno a la doctrina Taft", *HeCu,* diciembre.[14]
234. "Desde Washington. ¿Abstención al fin?", *HeCu,* 7 de diciembre.[14]
235. "Desde Washington. La despedida de Anatole France", *HeCu,* 7 de diciembre. Con el título "Anatole France's valedictory", en *The Forum,* New York, October, vol. 54, núm. 4, pp. 479-481.
236. "Desde Washington. La neutralidad panamericana" *HeCu,* 14 de diciembre.[14]
237. "Desde Washington. Inquietudes", *HeCu,* 21 de diciembre.[14]
238. "Desde Washington. Contienda de universitarios", *HeCu,* 23 de diciembre.[14]
239. "Desde Washington. La resurrección de la danza", *HeCu,* 25 de diciembre.
240. "Desde Washington. Inglaterra ayer y hoy", *HeCu,* 26 de diciembre. La segunda parte de este artículo fue reproducida en *VidM,* junio de 1916.
241. "Desde Washington. La templanza obligatoria", *HeCu,* 28 de diciembre.[14]
242. "Desde Washington. El dominio de los empleos públicos", *HeCu,* 29 de diciembre.[14]
243. "Desde Washington. Vanidad nacional", *HeCu,* 31 de diciembre.[14]
244. "Estudios sobre el Renacimiento en España. El maestro Hernán Pérez de Oliva", *CCon,* año 2, t. 4, hay tirada aparte [v. núms. 185, 210, 390 y 593].
245. "Rioja y el sentimiento de las flores", *Revista de América,* París; *España,* núm. 131, 1920 [v. núms. 390 y 593].
246. "Lacrimae rerum" [dedicado a Pablo Martínez del Río y Vinent], *Nov,* 1915; *UnHisp,* 1919; *Cuna,* enero de 1920.

XUM

1915

247. "La poesía de Enrique González Martínez" [Prólogo a *La muerte del cisne,* fechado en Washington en 1915], *CCon* [v. núm. 452].
248. "Desde Washington. La primera rebeldía", *HeCu,* 2 de enero.[14]
249. "Música nueva", *HeCu,* 3 de enero.
250. "Desde Washington. ¿Cuál es el remedio?", *HeCu,* 6 de enero.[14]
251. "Desde Washington. Los empleos y la democracia", *HeCu,* 9 de enero.[14]
252. "Desde Washington. La necesidad del éxito", *HeCu,* 12 de enero.
253. "Desde Washington. El derecho al milagro", *HeCu,* 13 de enero.[14]
254. "Desde Washington. La ilusión de la paz", *HeCu;*[14] *El Progreso,* Santo Domingo, 7 de marzo.[12]
255. "Desde Washington. El sufragio femenino", *HeCu,* 20 de enero.[14]
256. "Desde Washington. Máquinas de conferencias", *HeCu,* 21 de enero.[14]
257. "Desde Washington. La protección del partido", *HeCu,* 23 de enero.[14]
258. "Ciudades escépticas", *HeCu,* 23 de enero.[14]
259. "Desde Washington. El castigo de la intolerancia", *HeCu,* 27 de enero.[14]
260. "La inmigración", *HeCu,* 30 de enero.[14]
261. "Desde Washington. Sajones y latinos", *HeCu,* 31 de enero;[14] se publicó arreglado en *Nov* y en *Patria,* México, octubre de 1916.
262. "Desde Washington. Pintores norteamericanos", *HeCu,* 3 de febrero.
263. "El triunfo de lo efímero", *HeCu,* 6 de febrero.[14]
264. "La muerte del sabio", *HeCu,* 8 de febrero.[14]
265. "Desde Washington. El crepúsculo de Wilson", *HeCu,* 11 de febrero.[14]
266. "Desde Washington. Las lecciones del fracaso", *HeCu,* 19 de febrero.[14]

267. "Homenaje a un pueblo en desgracia", *HeCu,* 22 de febrero;[14] *El Progreso,* Santo Domingo, 18 de abril.[12]
268. "Desde Washington. La publicidad en los negocios", *HeCu,* 24 de febrero.[14]
269. "Desde Washington. La exposición de San Francisco", *HeCu,* 28 de febrero.[14]
270. "Beethoven y Wagner", *HeCu,* 3 de marzo; modificado, en *Nov,* 22 de octubre.
271. "Desde Washington. Habla Wilson", *HeCu,* 6 de marzo.[14]
272. "Desde Washington. La eficacia de los congresos", *HeCu,* marzo.[14]
273. "Desde Washington. Acuarelas y retratos". *HeCu,* 18 de marzo.
274. "España y los Estados Unidos", *HeCu,* 12 de marzo; *Cuna,* 1º de mayo, [sin el índice final de hispanistas]; Colec. Ariel, San José de Costa Rica.
275. "Pigmalión contra Galatea", *HeCu,* 31 de marzo [v. núm. 450].
276. "El problema del secretario de Estado", *HeCu,* 9 de abril.[14]
277. "Apertura de la Conferencia Panamericana", *Nov,* 27 de mayo.[14]
278. "Danzas y tragedias" [Isadora Duncan], *Fig.* mayo o junio.
279. "Instituciones, leyes y costumbres. La institución del Homestead", *Nov,* 8 de julio.[5]
280. "La enseñanza del castellano como necesidad nacional en los Estados Unidos", *Nov,* 8 de julio.[5]
281. "La muerte de Porfirio Díaz", *Nov,* 15 de julio.[5]
282. "Instituciones, leyes y costumbres. Problemas penales", *Nov,* 15 de julio.[5]
283. "Nieves Xenes", *Nov,* 22 de julio.[5]
284. "Salomón de la Selva", *Nov,* 22 de julio.[5]
285. "Instituciones, leyes y costumbres. Delincuentes y locos", *Nov,* 22 de julio.[5]
286. "Instituciones, leyes y costumbres. Las universidades como instituciones de derecho público. Conflictos universitarios. ¿Quién es el dueño de las universidades?", *Nov,* agosto.[5]

XUM

287. "Libros e ideas. ¿Pierde América una gloria literaria? [Se refiere a Henry James que acababa de dejar su ciudanía norteamericana]. Libro sobre Haití [T. Lothrop Toddard, *The French Revolution in Santo Domingo*]", *Nov*, agosto.[5]
288. "Bernard Shaw", *Nov*, 26 de agosto.[5]
289. "Poetas de los Estados Unidos", *Fig*, septiembre.
290. "Richard Middleton", *Nov*, 2 de septiembre;[5] *RevInd*, septiembre.[12]
291. "Alice Meynell", *Nov*, 9 de septiembre.[5]
292. "Libros e ideas. Literatura holandesa", *Nov*. 30 de septiembre.[5].
293. "Instituciones, leyes y costumbres. La educación del abogado", *Nov*, 30 de septiembre.[5]
294. "Despertar" [poesía; Rodríguez Demorizi la considera de 1910], *Nov*, 30 de septiembre.
295. "La retirada de Julia Marlowe. Los teatros de repertorio", *Nov*, 7 de octubre.[5]
296. "Exposiciones. Bandbox Theatre", *Nov*, 14 de octubre.[5]
297. "Exposiciones. Manhattan Opera House", *Nov*, 28 de octubre.[5]
298. "Stevenson", *Nov*, 4 de noviembre.[5]
299. "Manhattan Opera House", *Nov*, 11 de noviembre.[5]
300. "Conciertos. Metropolitan Opera House. El drama", *Nov*, 18 de noviembre.[5]
301. "En honor de Chocano", *Nov*, 18 de noviembre.[5]
302. "El romance español en los Estados Unidos", *Nov*, 18 de noviembre.[5]
303. "Metropolitan Opera House", *Nov*, 25 de noviembre.[5]
304. "El baile", *Nov*, 25 de noviembre.[5]
305. "Conciertos. Metropolitan Opera House", *Nov*, 2 de diciembre.[5]
306. "La filosofía de la América Española", *Nov*, 2 de diciembre.[5]
307. "Thomas Walsh", *Nov*, 2 de diciembre;[5] convertido en artículo en *Fig*. 6 de febrero de 1916.
308. "Exposiciones. Conciertos. Metropolitan Opera House", *Nov*, 9 de diciembre.[5]
309. "El mejor libro del año", *Nov*, 9 de diciembre.[5]

310. "Eurípides", *Nov,* 16 de diciembre.[5]
311. "Exposiciones. Nuevo poema de Sibelius. Conciertos. La ópera. *Los Tejedores*", *Nov,* 16 de diciembre.[5]
312. "Exposiciones. Conciertos. Yvette Guilbert", *Nov,* 23 de diciembre.[5]
313. "Libros e ideas. La arquitectura mexicana", *Nov,* 30 de diciembre.[5]
314. "La ópera", *Nov,* 30 de diciembre.[5]

1916

315. "Artes y teatros. Exposiciones. El estreno de *El Príncipe Igor*", *Nov,* 6 de enero.[5]
316. "Artes y teatros. Exposiciones. La culminación de la temporada musical. La presentación de Granados", *Nov,* 27 de enero.[5]
317. "El baile ruso", *Nov,* 27 de enero.[5]
318. "Gaultier juzgado por Casseres", *Nov,* 27 de enero.[5]
319. "*Goyescas*", *Nov,* 3 de febrero; modificado y ampliado, en *España,* 8 de enero de 1920 [v. núm. 390].
320. "Artes y teatros. María Barrientos. La ópera. El baile ruso. Conciertos. Drama. *La Isla del Tesoro.* Exposiciones", *Nov,* 3 de febrero.[5]
321. "Artes y teatros. Exposiciones recientes. Conciertos. La ópera", *Nov,* 10 de febrero.[12]
322. "Cézanne", *Nov,* 17 de febrero.[12]
323. "Rubén Darío", *Nov,* 17 de febrero. Incorporado como prólogo a *Eleven poems of Rubén Darío,* Hispanic Society of America, 1916.
324. "Arte y teatros. El *Don Quijote* de Strauss. Pablo Casals. La ópera. Centenario de Shakespeare. Drama. Exposiciones recientes", *Nov,* 24 de febrero.
325. "Aelian Hall. Concierto del maestro Granados", *Nov,* 24 de febrero.
326. "Arte y teatros. Exposiciones. La ópera. Conciertos. Teatros. Centenario de Shakespeare", *Nov,* 2 de marzo.
327. "De la nueva interpretación de Cervantes" [del Quijote], *Nov,* abril; *La Nación,* La Habana, mayo; Colec.

XUM

Ariel, núm. 79, San José de Costa Rica [con el título "Cervantes" y modificado en núm. 390].

328. "El primer libro de escritor americano", *RR*, vol. 7, núm. 3, julio-septiembre, pp. 284, 287; *Boletín de la Biblioteca Nacional de México; RevFil*, 1918; *Cuna*, 1919; traducido al inglés en *Inter America*, New York, 1918, vol. 1, núm. 6, pp. 389-392.
329. "Danza de los rayos de sol" [traduc. de "Dance of the Sunbeams" de Bliss Carman, *VidM*, 16 de agosto.
330. "La República Dominicana", *CCon*, septiembre, t. 15, núm. 1, pp. 38-49.
331. "My country. 'tis of thee' " [Carta en inglés al editor de *The Journal*, Minneapolis, fechada el 28 de septiembre en Minnesota], 3 de octubre.
332. "El despojo de los pueblos débiles", *RUniv*, octubre; *El Tiempo*, Santo Domingo, 16 de noviembre.[11]
333. "José Echegaray" [en colaboración con Martín Luis Guzmán], *RUniv*, noviembre.
334. "Rubén Darío", *The Minnesota Magazine*, Minneapolis, [¿es el núm. 323?]
335. *El nacimiento de Dionisos*, Imp. de *Las Novedades*, New York [v. núm. 157].
336. Introducción al libro de Mariano Brull, *La Casa del silencio*.

1917

337. "Artes y teatros. La ópera. La orquesta sinfónica. Sociedad filarmónica. Música de cámara. Guiomar Novaes. La serie histórica de Gabrilowitsch", *Nov*, 12 de marzo.
338. "Bibliografía de Sor Juana Inés de la Cruz", *RHi*, vol. 40, julio, núm. 97, pp. 161-214; *LyP*, febrero de 1934 (pp. 72-78), marzo de 1934 (pp. 137-143), abril de 1934 (pp. 175-179), mayo de 1934 (pp. 229-235), junio de 1934 (pp. 290-298), julio de 1934 (pp. 336-344), agosto de 1934 (pp. 386-393), septiembre de 1934 (pp. 436-441) [con notas de Hermilo Abreu Gómez]; *BICLA*, 1937 y 1942 [corregida y aumentada].

339. "Literatura dominicana", *RHi*, agosto, núm. 98, tomo 40, pp. 273 y ss.; *BIUP*, abril de 1918.
340. "Un problema literario" [Carta de Enrique José Varona a P. H. U. y contestación de éste acerca de Sor Juana Inés de la Cruz], *CCon*, 15, pp. 38-49; *La Primada de América*, Santo Domingo, 15 de diciembre.
341. "Notas sobre Pedro Espinosa", *RFE*, julio-septiembre, t. 4, pp. 289-292.
342. "Campoamor", *RHi*, t. 41, pp. 683-688.
343. "El espíritu y las máquinas. Impresiones de un viaje a España", *El Gráfico*, New York, octubre; *Baja California*, San Diego, 1918; *Panorama Mundial*, México, 1918; *UnHisp*, 1919 [v. núm. 390].
344. "Opera Review", *MinD*, 27 de noviembre.

1918

345. "El niño" [poesía], *Fig*, enero.
346. "Nuevas poesías atribuídas a Terrazas", *RFE*, enero-marzo, t. 5, pp. 49-56.
347. "Las «nuevas estrellas» de Heredia", *RR*, enero-marzo, pp. 112-114.
348. "A Mexican writer" [Alfonso Reyes], *MinD*, 1º de marzo.
349. "*Antología de la versificación rítmica*" [prólogo fechado en Minnesota en mayo], Colec. El Convivio, San José de Costa Rica; 2ª ed. Ed. Cultura, México, t. 10, núm. 2, 1919 [retocada y ampliada].
350. "On the dance", *RevInd*, septiembre.
351. C. Fontaine, *En France*. Edición francesa española de P. H. U., Nueva York.
352. "La obra de Juan Ramón Jiménez" [fechado en Minneapolis en 1918], *CCon*, 1919; *RepAm*, 1920; prólogo de *Poesías* de Juan Ramón Jiménez, Ed. Cultura, México, 1923 [v. núm. 390].
353. Sobre Carl Van Vechten, *The Music of Spain*. *Hisp*.

1919

354. "La lengua de Santo Domingo" [rectificación a Meyer-Lübke], *Revistas y Libros*, Madrid; *RepAm*, 1920.

XUM

355. "El endecasílabo castellano", *RFE*, abril-junio, t. 6, pp. 132-157 [v. núms. 161, 182 y 634].
356. "La enseñanza de la sociología en América" [carta a Arturo de la Mota], *Nos*, junio.
357. "Espinosa y Espronceda", *RFE*, julio-septiembre, t. 6, p. 309.
358. "El apogeo de la versificación irregular (1600-1675)", *Nos*, diciembre, pp. 445-451 [fragm. del cap. 4 del núm. 359].

1920

359. *La versificación irregular en la poesía castellana*, Public. de la *RFE*, Madrid; 2ª ed., 1933 [corregida y adicionada]; 3ª ed., Buenos Aires [incluida en una edición que prepara la Facultad de Filosofía y Letras; contendrá todos los trabajos sobre versificación].
360. "Lecturas. Teatro, siglos XIX y XX", Junta para la Ampliación de Estudios, Madrid.
361. "La versificación irregular en la poesía castellana" [introd. al número 359], *CCon*.
362. José Moreno Villa, *Florilegio* (prosa y verso), Sel. y pról. de P. H. U., San José de Costa Rica. Incluído en núm. 390; reprod. en *RepAm*.
363. "El idioma castellano es tal popular en los bulevares de París como en Nueva York...", *Pr*, 8 de enero.
364. "Estudios sobre Rodó" (I. A[lfonso] R[eyes]; II, P. H. U.), *El Sol*, Madrid, 22 de enero.
365. Sobre J. L. Ferguson, *American Literature in Spain*. *RFE*, enero-marzo, t. 7, pp. 62-71.
366. "La cultura y los peligros de la especialidad", *UnHisp*, 11 de febrero; *Nos*, septiembre de 1922, pp. 47-54.
367. "Desde Madrid. Los hispanoamericanos en España" [firmado el 8 de marzo], *Pr*.[14]
368. Sobre Pérez y Curis, *El Marqués de Santillana*, *RFE*, abril-junio, pp. 188-189.
369. "El último libro de Luis G. Urbina *Estampas de viaje*", *Sol del Domingo*, ¿?, 17 de julio.
370. "Bibliografía literaria de Santo Domingo", *RepAm*.

371. "La renovación del teatro. La historia del escenario. El escenario como cuadro. El odiado siglo XIX. ¿Para qué sirve el realismo? La solución «artística». La solución histórica. La solución radical. Soluciones mixtas. El caso de Nueva York. La mejor solución", *España*, núm. 256. Modificado fue leído en Amigos del Arte (Buenos Aires) y publicado en *Social*, 1925; *Val*, t. 3, núm. 9, marzo de 1926, pp. 210-221 [Con el título "Hacia el nuevo teatro" en núm. 452].
372. "De la prosa castellana", *España*, núm. 267.
373. "Pérez Galdós", *UnHisp.*
374. Adolfo Salazar, *Andrómeda;* pról. de P. H. U. Ed. Cultura, México, t. 13, núm. 6 [v. núm. 390].
375. Lenín, *El estado y la revolución proletaria*. Trad. del inglés por P. H. U., Carlos Pereyra y Alfonso Reyes. Biblioteca Nueva, Madrid.
376. Oscar Wilde, *El huerto de las granadas, El retrato de Mr. W. H. y Salomé*. Trad. con la firma E. P. Garduño. Biblioteca Nueva, Madrid.

1921

377. Sobre M. Do Carmo, *Consolidaçao das leis do verso. RFE*, enero-marzo, pp. 84-85.
578. "En defensa de la *Revista de Filología Española*" [Carta a Joaquín García Monge], *RepAm*, 1º de marzo.
379. "Observaciones sobre el español en América", *RFE*, octubre-diciembre, pp. 357-390 [v. núms. 462 y 464].
380. "Rubén Darío y el siglo XV", *RHi*, t. 50.
381. Hilaire Belloc, *Orígenes del sistema representativo de gobierno*. Trad. de P. H. U., *CCon.*

1922

382. "En la orilla" [distintos fragmentos], *RepAm*, 27 de febrero; *Indice*, Madrid; *MM; El Sur*, Azua (Santo Domingo), 19 de enero de 1923; *RepAm*, 19 de marzo de 1923; *Nos*, abril de 1923; *Cuna*, agosto de 1923; *CCon*, 124; *MF*, 5 de agosto de 1925 [con el título "Preliminares" en núm. 390].

XUM

383. "Miniaturas mexicanas", *Nos,* abril, pp. 455-459.
384. "Puntos de conferencia dada en inglés ante el Club de Relaciones Internacionales de la Univ. de Minnesota" [Relaciones de Estados Unidos y el Caribe], *HeR,* 15 de mayo.
385. "Carta y programa a un tiempo" [a Joaquín García Monge a propósito de la orientación de *Repertorio Americano*], *RepAm,* 26 de junio.
386. "Notas sobre literatura mexicana", *MM,* año 2, núm. 3 [como apostilla a "Enrique González Martínez", en núm. 452].
387. "Discurso en homenaje a Vasconcelos", *Nos,* octubre, pp. 245-247.
388. "Arte mexicano", *Mundo.*[10]
389. Juan Ruiz de Alarcón, *Los favores del mundo.* Ed., pról. y notas de P. H. U.; Ed. Cultura, México, t. 16, núm. 4.
390. *En la orilla. Mi España,* Ed. de México Moderno, México. Contiene: núms. 382, 343; "De París a Madrid"; "La Antología de la ciudad"; *Letras-Artes:* núms. 374, 319, 362, 352; "Azorín" [núm. 224; "Los clásicos españoles", "Azorín y Menéndez Pelayo", "El criterio académico", "La verdadera labor de Menéndez Pelayo", "Antiguos y modernos" "Azorín renovador", "Antologías de prosistas", "La prosa castellana"]; *El Renacimiento en España:* "Explicación", núms. 245, 221, 327, 207 [modificado], 244.

1923

391. "Benavente", *Mundo,* febrero.[5]
392. "Libertad de los pueblos pequeños y el Senado norteamericano" [Carta al senador Lodge], *HeR,* 15 de febrero.
393. "La compañía del Teatro de la Porte St. Martin en el Arbeu. *El Filibustero* y *Bourbouroche*", *Mundo,* 21 de abril [firmado L. R.]
394. "El jueves se inaugurará, en el Iris, la temporada de ópera rusa con *Boris Godunov*", *Mundo,* 26 de junio.[15]
395. "La compañía de ópera rusa obtuvo un estupendo éxito

en el teatro Esperanza Iris. El *Boris Godunoff* abre la temporada de arte ruso", *Mundo*, 29 de junio.[15]

396. "Un nuevo triunfo por la compañía de ópera rusa que actúa en el Iris. La representación de la ópera de Rimsky-Kórsakov *La doncella de nieve* forma interesante contraste con *Boris Godunov*", *Mundo*, 30 de junio.[15]
397. "*El Demonio* de Rubinstein revela otro aspecto de la ópera rusa", *Mundo*, julio.[15]
398. "Diego Rivera", *Mundo*, julio; *Social*.
399. "Estreno de *Eugenio Onieguin*", *Mundo*, 6 de julio.[15]
400. "*Pique Dame* del gran compositor ruso obtuvo éxito la noche de su estreno en el teatro Iris", *Mundo*, 12 de julio.[15]
401. "*Tosca* y *La prometida del Czar* por la compañía de ópera rusa", *Mundo*, 24 de julio.[15]
402. "Breves nociones de filología", *Pan*, terminó de publicarse el 30 de agosto.
403. "La doctrina peligrosa" [acerca del discurso de Hugues y la nueva interpretación de la doctrina Monroe], *Mundo*, 3 de septiembre.
404. "El hermano definidor", *Mundo*, 5 de septiembre.
405. "El primer concierto de Arthur Rubinstein en el teatro Arbeu", *Mundo*, 13 de septiembre.[15]
406. "Nuevo triunfo de Rubinstein", *Mundo*, 15 de septiembre.[15]
407. "Arthur Rubinstein tocó el *Carnaval* ayer en el Arbeu", *Mundo*, 17 de septiembre.[15]
408. "Los conciertos de Arthur Rubinstein en Arbeu", *Mundo*, 24 de septiembre.[15]
409. "Rubinstein toca música nueva", *Mundo*, 27 de septiembre.[15]
410. "Las dos Américas. Lo que pueden darse mutuamente", *RepAm*, 1º de octubre.
411. "Movimiento artístico. Rubinstein", *Mundo*, 4 de octubre.[15]
412. "El hermano definidor. La doctrina peligrosa". *Diario de Cuba*, Santiago de Cuba, 7 de octubre [reúne núms. 403 y 404].
413. "Cuentos de Nana Lupe", *Mundo*, octubre y noviembre.

XUM

414. Juan Ramón Jiménez, *Poesías.* Sel. y pról. de P. H. U. Ed. Cultura, México [v. núms. 352 y 390].
415. "Trabajo y lucha", prólogo a un libro de Carlos Gutiérrez Cruz.
416. J. M. Barrie, *Peter Pan, el niño que nunca quiso crecer.* Trad. y adap. de P. H. U., *Mundo.*

1924

417. "Poeta y luchador" [Discurso de homenaje a Héctor Ripa Alberdi en la Escuela Preparatoria de México], *Val,* enero [quizá sea el mismo que se registra en el número siguiente].
418. "Héctor Ripa Alberdi" [Nota necrológica; fechada en México], *CCon; Nos,* abril de 1925; como prólogo en *Obras* de Ripa Alberdi, La Plata, 1925 [v. núms. 417 y 452].
419. "Emilio Pettoruti", Folleto de la Exposición Pettoruti, La Plata, 19 de octubre a 2 de noviembre; *Val,* enero de 1925.
420. "Romances tradicionales de México" [en colaboración con Bertram D. Wolfe], *Homenaje a Menéndez Pidal,* Madrid, t. 2, 1924, pp. 375-390.
421. "El hombre que era perro" [cuento], *CyC.*

1925

422. "El supuesto andalucismo de América", *Cuadernos del Instituto de Filología,* Buenos Aires, t. I, núm. 2, pp. 117-122 [v. núm. 533]. Con modificaciones de *CurCon,* 1936.
423. "La utopía de América" [+ "La patria de la justicia", en homenaje a Sánchez Viamonte el 7 de marzo], Ed. Estudiantina, La Plata. El segundo fue reproducido en *RepAm,* abril; ambos en *An,* 1933-1934.
424. "La revolución y la cultura en México", *RevFil,* t. 1, pp. 125 y ss.
425. "Dos escritores de América. Icaza. García Godoy", *Nos,* abril o junio.

426. "Caminos de nuestra historia literaria", *Val,* junio, agosto y septiembre [v. núm. 452].
427. "Eramos cuatro..." [cuento], *CyC,* agosto; *Patria,* 20 de febrero y 6 de marzo de 1926.
428. "Organicemos nuestra cultura. Las Bibliotecas", *Val,* septiembre [firmado L. R.].
429. "Nuestra crítica de arte", *Val,* septiembre [firmado L. R.].
430. "Situación parisiense y situación bonaerense", *Val,* septiembre [firmado L. R.].
431. "García Godoy", *Patria,* 21 de noviembre.
432. "La antigua sociedad patriarcal de las Antillas. Modalidades arcaicas de la vida en Santo Domingo durante el siglo XIX" [Conferencia en la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires], *Patria,* 20 y 25 de diciembre; *RevEd,* 1932.

1926

433. Sobre Jorge Luis Borges, *Inquisiciones. RFE,* enero-marzo, t. 13, pp. 79-80; *RepAm,* 14 de abril de 1928.
434. "Un libro de Sanín Cano", *Val; RepAm,* 3 de julio.
435. "La civilización manual", *Babel,* Buenos Aires, agosto; *Val.*
436. "En busca del verso puro", *Val,* agosto de 1926, enero de 1927 y marzo de 1928; *RepAm; CurCon,* 1935 [con añadidos]; *Homenaje a Enrique José Varona,* La Habana, 1935, pp. 29-48.
437. "La poesía argentina" [aclaraciones a la reseña de la *Antología* de Julio Noé], *Val,* agosto [con el título "Poesía argentina contemporánea" en núm. 452].
438. "El descontento y la promesa. En busca de nuestra expresión" [conferencia pronunciada en Amigos del Arte, Buenos Aires, el 28 de agosto], *Nac,* 29 de agosto; *RepAm,* 11 de diciembre; *Patria,* noviembre de 1928; *An,* abril de 1934 [v. núm. 452].
439. "Apuntes sobre poetas antillanos", *Arch,* julio; *Lumen,* Santo Domingo, octubre.

XUM

1927

440. *El libro del idioma. Lectura, gramática, composición, vocabulario* [para 5º y 6º grados de las escuelas primarias de la Prov. de Buenos Aires; en colaboración con Narciso Binayán], Kapeluzs, Buenos Aires; 2ª ed., 1928; 3ª ed., 1929. [Tiene una *Guía para el uso de...*]. El prólogo se reprodujo en *RepAm*, 21 de abril de 1928.
441. "Veinte años de literatura en los Estados Unidos", *Nos; Patria*, 26 de mayo; 2, 16, 23 y 30 de junio y 7 de julio de 1928 [v. núm. 452].
442. "Rafael Alberto Arrieta, Ariel corpóreo", *Val*, enero.
443. "Cultura argentina", *Patria*, 12 de febrero.
444. "Apuntaciones sobre la novela en América", *Hum*, t. 15, pp. 133-146; con el título "La novela en América", *Renovación*, Ciudad Trujillo, 1945.
445. "Góngora, hijo del Renacimiento", *MF*, 28 de mayo; *RepAm*, 23 de julio; *Patria*, 10 de septiembre [con el título "Góngora" en núm. 593].
446. "Alfonso Reyes", *Nac*, 2 de julio; *RepAm*, 10 de diciembre [v. núm. 452].
447. "José María Gabriel y Galán", *Hispania*, California, t. 10, pp. 109-119 [¿es el mismo de los núms. 129 y 182?].
448. Sobre Julio Rey Pastor, *Los matemáticos españoles del siglo XVI*. *Val*, [v. núm. 593].

1928

449. "Siento que hemos despertado" [Carta a Joaquín García Monge a propósito de las publicaciones "Carta de Sandino", "Comité de Costa Rica", "Viaje de Pavlevich" y un artículo de García Monge], *RepAm*, 16 de junio.
450. "Notas sobre literatura inglesa", *Hum*, t. 18, pp. 103-122; *LyP*, mayo de 1931, pp. 18-29. Contiene: núm. 209; "Al margen de la *Historia de las ideas estéticas;* "Bernard Shaw: a) El libro de P. P. Howe y b) núm. 275.
451. José Joaquín Pérez, *La lira*, Santo Domingo. Pról. de P. H. U. [v. núms. 79, 96 y 182].
452. *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Babel, Buenos Aires, s. f. Contiene: "Orientaciones", núms. 438,

426, 371; "Figuras", 214, 247, 386 y 446; "Dos apuntes argentinos", 418, 347; "Panorama de la otra América", núm. 441; "Palabras finales".

1929

453. *Cien de las mejores poesías castellanas*, Buenos Aires; 2ª ed., Kapeluzs, 1941 [corregida y aumentada].
454. "Apuntes sobre poetas antillanos", *Arch*, julio; *Luminar*, México, octubre.
455. "Bibliografía literaria de Santo Domingo", *RepAm*, 7, 14 y 21 de septiembre [¿es lo mismo que el núm. 370?]
456. Luis de Carrillo y Sotomayor, *Fábula de Atis y Galatea. Sonetos*. Ed. al cuidado de P. H. U. y Enrique Moreno. Pról. de P. H. U. Cuadernos de Don Segundo Sombra, La Plata [Pról. incluído en núm. 593].

1930

457. "El lenguaje", *Hum*, 21, pp. 107-125; *BADL*, 1946, núm. 21.
458. "Aspectos de la enseñanza literaria en la escuela común». *Cuadernos de temas para la escuela primaria*, 20, Fac. de Humanidades y Ciencias de la Educación, Univ. Nacional de La Plata; *RevEd*, diciembre de 1932; *RepAm*, a partir de mayo de 1933. Con el título "La enseñanza literaria en la escuela...", *BIUP*, 1933; *Vang*, 24 de noviembre de 1935; *El Nacional*, México, 12-16 de mayo de 1947.
459. "Música popular en América", *Conferencias. Primer ciclo*, Biblioteca del Colegio Nacional de la Univ. de La Plata, I, pp. 177-236.
460. "Danza y canción de América", *Nac*, 2 de marzo.
461. "Datos sobre el teatro en la América Latina", *Monterrey*, Río de Janeiro, núms. 1 y 2, junio y agosto.
462. "Observaciones sobre el español en América", *RFE*, julio-septiembre, t. 17, pp. 277-284 [v. núms. 379 y 464].

1931

463. "Letras y normas", *Nac*, 18 de enero.

464. "Observaciones sobre el español en América", *RFE*, abril-junio, t. 18, pp. 120-148 [v. núms. 379 y 462].
465. "Clásicos de América. I. Juan Ruiz de Alarcón", *CurCon*, julio; *LyP*, agosto de 1932, pp. 35-45.
466. "Clásicos de América. II. Sor Juana Inés de la Cruz", *CurCon*, septiembre; *LyP*, septiembre de 1932; *An*, 1º de diciembre de 1933.
467. "Martí", *Sur*, núm. 2, pp. 220-223; *RepAm*, 18 de julio.
468. "Dos vidas: Ibsen y Tolstoy", *Nac.* 20 de diciembre.

1932

469. "Héroes de sacrificio". [En homenaje a Duarte, Sánchez y Mella; 20 de marzo de 1932], *RevEd*, marzo, núm. 13.
470. "Alarcón y el espíritu mexicano", *LyP*, abril.
471. "Lo agradece, pero lo lamenta" [Carta a Horacio Blanco Fombona (Santo Domingo, 23 de junio) sobre errores y omisiones en que, por confusión, se le hace incurrir en una entrevista con el periodista G. A. Romeu, publicada en Puerto Rico y reproducida en *Ba*, dirigida por Blanco Fombona], *Ba*, 2 de julio.
472. "La tercera dimensión de la República española" [Confencia improvisada en la velada necrológica celebrada el 14 de diciembre en recuerdo de Galán y García Hernández], *RepAm*, 15 de diciembre de 1933.
473. "Palabras en la investidura de bachilleres de la Escuela Normal de Santo Domingo", *RevEd*, diciembre.
474. "El modelo estrófico de las layes, deçires y canciones de Rubén Darío", *RFE*, octubre-diciembre, t. 19, pp. 421-422; *RepAm*, 1934.
475. "La inconveniencia de los exámenes espectaculares", *RepAm*.
476. "Heredia y los pinos del Niágara", *RepAm*.
477. "Woss y Gil y los pinos del Niágara", *Ba; Social.*

1933

478. Emiliano Tejera, *Palabras indígenas de la Isla de Santo Domingo*. Pról. de P. H. U. (Santo Domingo).

479. Nicolás Ureña de Mendoza, *Poesías.* Colec. por P. H. U., Santo Domingo (30 pp. mimeografiadas).
480. "Palabras del superintendente de enseñanza P. H. U. en la inauguración del mausoleo de Luisa Ozema Pellerano de Henríquez" (28 de marzo), *La escuela normal y el instituto de señoritas,* Páginas para la historia de la Cultura Dominicana, Impr. La Nacional, Santo Domingo.
481. "Niebla" [Texto impresionista escrito al llegar a Francia en julio], *Número,* México; *De Mar a Mar,* ¿?, año 2, núm. 4, mayo de 1943.
482. "Historia del Arte en América" [Cartas de P. H. U. y R. Menéndez Pidal], *Clío,* julio-agosto.
483. "Raza y cultura" [Palabras pronunciadas en nombre de la Univ. Nacional de La Plata el 11 de octubre con motivo del Día de la Raza], *RepAm,* 6 de enero de 1934; con el título "Raza y cultura hispánicas" en *An,* 24 de febrero de 1934; *Vang,* 13 de octubre de 1935.

1934

484. "Comienzos del español en América", *Nac,* 18 de febrero; *CurCon,* núm. 12.
485. "La poesía popular" [dominicana], *Ba,* 14 y 21 de abril.
486. "Bernard Shaw y la economía política", *Nac,* 12 de mayo [v. núm. 504].
487. "Observaciones sobre el español en México", *InvLing,* julio-octubre, t. 2, pp. 188-194.
488. Sobre Samuel Montefiore Waxman, *A bibliography of the belles lettres of Santo Domingo* [en colaboración con Gilberto Sánchez Lustrino), *RFE,* t. 21, julio-septiembre, pp. 293-309.
489. "Casa de apóstoles", *Nac,* 18 de noviembre; *RepAm,* 16 de marzo de 1935.
490. "La colección latinoamericana" [de la Biblioteca de la Universidad de La Plata], *BUNLP,* núm. 4.
491. "En mi tierra...", *RepAm.*
492. "Literatura contemporánea de la América Española", *BUNLP,* t. 18, núm. 5.
493. Mario Irle, *Plenitud en goce y lágrima.* Pról. de P.H.U. Santo Domingo.

XUM

1935

494. "Enriquillo", *Nac.* 13 de enero.
495. "Escritores españoles en la Universidad de México", *RFE*, enero-marzo, t. 22, pp. 60-65; *Clío*, julio-agosto, pp. 103-105.
496. "Palabras antillanas en el diccionario de la Academia", *RFE*, t. 22, abril-junio, pp. 175-184; *BADL*, abril de 1942, núm. 7.
497. "Ciudadano de América" [Eugenio María de Hostos], *Nac*, 28 de abril; prólogo a la *Moral Social*, Buenos Aires, 1939 y a la ed. francesa de *Essais*, París, 1936.
498. "Poesía contemporánea" [Sobre la *Antología* de Federico de Onís], *Nac*, 31 de mayo; *RepAm*, 1º de junio.
499. "Poesía tradicional" [Comentarios a Dámaso Alonso, *Poesía de la Edad Media y poesía tradicional*], *Nac*, 4 de agosto [v. núm. 593].
500. "Esplendor, eclipse y resurgimiento de Lope de Vega", *Nac*, 25 de agosto; *LD*, 12 de octubre [v. núm. 593].
501. "España y el Renacimiento", *Nac*, 10 de noviembre; *Ba*, 18 y 25 de enero de 1936; *CurCon*, diciembre de 1938, pp. 861-867 [retocado y con el título "Cultura española]. Bajo el título "España en la cultura moderna", en núm. 593.
502. "Erasmistas en el Nuevo Mundo", *Nac*, 8 de diciembre; *Ba*, 22 de febrero de 1936; *CDC*, 2, 1943.
503. "Lope de Vega. Tradición e innovación", *Sur*. [Con el título "Tradición e innovación" en núm. 593].
504. "Bernard Shaw. I, Vida y Obra;; II, Shaw y la economía política» [v. núm. 486]; III, Filosofía y estética", *CurCon*, pp. 594-608, 786-795, 1155-1164. Hay resúmenes de E. Anderson Imbert en *RepAm*, mayo de 1936.
505. "Brasil literario", *BUNLP*, t. 19, núm. 2.

1936

506. "Camino interior" [sobre la novela americana], *Sur*, enero, pp. 76-77; *RepAm*.
507. "Don Ramón del Valle-Inclán", *Nac*, 26 de enero; *RepAm*.

508. "El maestro de Cuba: Enrique José Varona", *Nac*, 15 de marzo; *RevC, Ba y RepAm; UnivMéx*, 2, núm. 11, pp. 39-41.
509. "Paisajes y retratos" [Colón y Las Casas], *Nac*, 31 de mayo.
510. "El peso falso" [cuento], *Nac*, 12 de julio.
511. "Chesterton", *Nac*, 26 de julio; *UnivMéx*, febrero de 1937; *RepAm*, 1937.
512. "Dos valores hispanoamericanos. Sanín Cano y Enrique Díez-Canedo", *Sur*, agosto, pp. 133-136.
513. "La sombra" [cuento], *Nac*, 30 de agosto.
514. "La América Española y su originalidad", *Nac*, 27 de septiembre; *Vang*, 11 de abril de 1937.
515. "Filosofía y originalidad" [Sobre Aníbal Sánchez Reulet], *Sur*, septiembre, pp. 124-127.
516. "El teatro de la América Española en la época colonial" [Conferencia pronunciada el 21 de septiembre en el Teatro Nacional de Comedia], *Cuadernos de Cultura Teatral*, Instituto Nacional de Estudios de Teatro, núm. 3, pp. 9-50 (Buenos Aires).
517. "Teatro colonial", *Nac*, 22 de septiembre.
518. "Sobre literatura colonial en América", *RFE*, octubre-diciembre, t. 23, pp. 410-413.
519. "Palabras pronunciadas en el Primer Congreso Gremial de Escritores", *Sur*, noviembre, pp. 140-141.
520. "Korn", *Vang*, 8 de noviembre; con el título "Dr. Alejandro Korn" en *RepAm*.
521. "Teatro hispano indígena", *Nac*, 22 de noviembre.
522. "Cunningham Graham", *Nos*.
523. "Lo que aportó el descubrimiento del Nuevo Mundo a la visión y la literatura del Viejo Continente", *LD*.
524. "Sepamos quién era. Enrique Díez-Canedo", *Sur*.
525. "Problemas del verso español. La versificación fluctuante en la poesía de la Edad Media", *CurCon*, pp. 491-505.
526. "Un maestro", *RepAm*.
527. *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*, *BDH*, anejo 2 [pasajes en *Nac*, 20 de diciembre].

XUM

1937

528. "El idioma español y la historia política en Santo Domingo", Segundo Congreso Internacional de Historia de América reunido en Buenos Aires del 5 al 14 de julio de 1937. Buenos Aires, 1938.
529. "El español en la zona del Mar Caribe", *Nac*, 1º de agosto.
530. "Esquema de la Historia de la Literatura, en especial de la Literatura Argentina", *Vang*, 8 de agosto.
531. "El español en México y sus vecindades", *Nac*, 5 de septiembre.
532. "In memoriam. Genaro Estrada", *Sur*, octubre, pp. 85-86; con el título "Genaro Estrada" en *RepAm*, 12 de febrero de 1938.
533. *Sobre el problema del andalucismo dialectal en América*, *BDH*, anejo I [v. núm. 422].
534. *Antología clásica de la literatura argentina* [en colaboración con Jorge Luis Borges], Kapeluzs, Buenos Aires.
535. *La Liga de las Naciones Americanas y la Conferencia de Buenos Aires* [discurso ante la Asamblea], New York, L. y S. Printing Co.
536. "Cultura española de la Edad Media desde Alfonso el Sabio hasta los Reyes Católicos", *Historia de la Nación Argentina* [dirigida por Ricardo Levene], t. 2, Buenos Aires, pp. 175-209 [Con el título "Cultura española de la Edad Media" en núm. 593].
537. "Problemas del español en México" [Sobre Jesús González Moreno, *Etimologías del español*], *InvLing*, 4, núms. 1-2, pp. 56-57.
538. "Las universidades", *AUSD*, pp. 70-77 [cap. del núm. 527].
539. "En mi tierra...", *RepAm*.
540. "Vida espiritual en Hispanoamérica", *Europa-América latina*, Buenos Aires.
541. *La vida del Lazarillo de Tormes*. Estudio preliminar y edición de P.H.U. Colec. Universal, Buenos Aires.

1938

542. "Caribe", *Nac*, 19 de junio.

543. "Historia de palabras" [batata], *Nac*, 24 de julio.
544. "La planta enigmática" [el aje], *Nac*, 4 de septiembre.
545. "Carta a García Monge" [le remite el *Manifiesto de los intelectuales dominicanos al pueblo y al gobierno de España;* fechada en Buenos Aires el 12 de diciembre], *RepAm*, 1939.
546. "El enigma del aje", *RAA*, 5, núm. 4, pp. 209-221 [incluido en núm. 549].
547. "Estudios sobre el español en Nuevo México", *MLR*.
548. "Bibliografía literaria de la América Española", *BICLA*, pp. 67-70, 74-78, 97-103; 1943, pp. 416-621.
549. *Para la historia de los indigenismos. Papa y batata. El enigma del aje. Boniato. Caribe. Palabras antillanas*, *BDH*, anejo 3.
550. *El español en México, los Estados Unidos y la América Central* [Incluye trabajos de Hills, Semeleder, Carrol Marden, Revilla, Nykl, Lentzner, Gagini y Cuervo], con anotaciones y estudios de P.H.U., *BDH*, 4. [pasajes reproducidos en *RevC*].
551. *Gramática castellana* [en colaboración con Amado Alonso], Primer Curso, Losada, Buenos Aires; 2ª ed. [corregida], 1941; 3ª ed., 1943; 4ª ed., 1943; 5ª ed., 1945; 6ª ed., 1946; 7ª ed., 1947; 8ª ed., 1949; 9ª ed., 1950; 10ª ed., 1951; 11ª ed., 1953; 12ª ed., 1955 [v. núm. 566].
552. Juan Ruiz de Alarcón, *La verdad sospechosa*. Ed. al cuidado de P.H.U. y Jorge Bogliano; introd. de P.H.U., Buenos Aires.
553. Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras escogidas*. Ed. y pról. de P. H. U. y Patricio Canto. Colec. Austral, Buenos Aires, núm. 12; hay ya varias ediciones.

Las Cien Obras Maestras

554. *Poema del Cid*. Texto antiguo de la ed. de R. Menéndez Pidal y versión en romance moderno de Pedro Salinas. Introducción de P.H.U., Losada, Buenos Aires, vol. 1, 2ª ed., 1940; 3ª ed., 1943; 4ª ed., 1946; 5ª ed., 1951.
555. Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*. Introd. de P.

H. U., Losada, Buenos Aires, vol. 2; 2ª ed., 1942; 3ª ed., 1945; 4ª ed., 1947.

556. Fernando de Rojas, *La Celestina*. Introd. de P.H.U., Losada, Buenos Aires, vol. 4. [Introd. en núm. 593]; 2ª ed., 1941; 3ª ed., 1947.
557. Homero, *La Odisea*. Trad. de Segalá y Estalella. Introd. de P. H. U., Losada, Buenos Aires, vol. 5; 2ª ed., 1941; 3ª ed., 1947.
558. Lope de Vega, *Fuenteovejuna, Peribáñez y el comendador de Ocaña, El mejor alcalde el Rey*. Introd. de P.H.U., Losada, Buenos Aires, vol. 6 [Con el título de "Las tragedias populares de Lope" se reprodujo la introducción en *Conducta al servicio del pueblo*, Buenos Aires, 6 de abril de 1939 y en núm. 593]; 2ª ed., 1942; 3ª ed., 1945.

1939

559. "Biografía mínima: Eugenio María de Hostos, 1839-1939", *BICLA*, enero-febrero.
560. "Ello", *RFH*, t. 1, núm. 3, julio-septiembre, pp. 209-229; *BADL*, julio-noviembre de 1942.
561. Sobre Ramón Menéndez Pidal, *Poesía árabe y poesía europea*. *RFH*, t. 1, núm. 3, julio-septiembre, pp. 285-289.
562. "Centenarios" [Hostos], *Sur*, agosto, pp. 52-54.
563. "De la vida de Shakespeare", *Nac*, 10 de septiembre.
564. "Documentos" [contestación a Ozorio Almeyda], *Sur*, octubre, pp. 118.
565. Sobre Alfonso Par, *Shakespeare en la literatura española*. *RFH*, t. 1, núm. 4, octubre-diciembre, pp. 393-394.
566. *Gramática castellana* [en colaboración con Amado Alonso] Segundo Curso, Losada, Buenos Aires; 2ª ed. [corregida], 1941; 3ª ed., 1943; 4ª ed., 1943; 5ª ed., 1945; 6ª ed., 1946; 7ª ed., 1947; 8ª ed., 1949; 9ª ed., 1950; 10ª ed., 1951; 11ª ed., 1953; 12ª ed., 1955 [v. núm. 551].
567. José Martí, *Nuestra América*. Introd. de P.H.U. Colec. Grandes Escritores de América, Buenos Aires.
568. Eugenio María de Hostos, *Moral Social*. Introd. de P. H. U. Colec. Grandes Escritores de América, Buenos Aires.

Las Cien Obras Maestras

569. Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares.* Introd. de P. H. U., Losada, Buenos Aires, vol. 7. [Introd. en núm. 593]; 2ª ed., 1942; 3ª ed., 1947.
570. Infante Juan Manuel, *Libro de los ejemplos del Conde Lucanor y de Patronio.* Introd. de P.H.U., Losada, Buenos Aires, vol. 9; 2ª ed., 1942; 3ª ed., 1947.
571. Esquilo, *Tragedias.* Pról. de P.H.U., Losada, Buenos Aires, vol. 10; 2ª ed., 1941; 3ª ed., 1947.
572. Homero, *La Ilíada.* Introd. de P.H.U., Losada, Buenos Aires, vol. 11; 2ª ed., 1943; 3ª ed., 1945; 4ª ed., 1953.
573. Pedro Calderón de la Barca, *La vida es sueño, El alcalde de Zalamea, El mágico prodigioso.* Introd. de P.H.U., Losada, Buenos Aires, vol. 13. [Introd. en núm. 593]; 2ª ed., 1943; 3ª ed., 1947.
574. Tirso de Molina, *El burlador de Sevilla, El condenado por desconfiado, La prudencia en la mujer.* Introd. de P.H.U., Losada, Buenos Aires, vol. 14. [Introd. en núm. 593]; 2ª ed., 1943.
575. Luis de Góngora, *Romances y letrillas.* Introd. de P.H.U., Losada, Buenos Aires, vol. 15 [Introd. en núm. 593 y v. núm. 445]; 2ª ed., 1944.
576. Luis de Góngora, *Poemas y sonetos.* Introd. de P.H.U., Losada, Buenos Aires, vol. 16 [Introd. en núm. 593 y v. núm. 445]; 2ª ed., 1943.
577. Plutarco, *Vidas paralelas.* Introd. de P.H.U., Losada, Buenos Aires, vol. 17.
578. Shakespeare, *Otelo, Romeo y Julieta.* Introd. de P.H.U., Losada, Buenos Aires, vol. 18; 2ª ed., 1944.
579. Jean Racine, *Fedra, Andrómaca, Británico, Ester.* Introd. de P. H. U., Losada, Buenos Aires, vol. 21.

1940

580. Sobre Halfdan Gregersen, *Ibsen and Spain. A study in comparative drama. RFH,* t. 2, núm. 1, enero-marzo, pp. 58-64.
581. "Cosas de las Indias", *Nac,* 4 de febrero; *Ozama,* Ciudad Trujillo, julio-agosto de 1941.

XUM

582. Sobre Sister Mary Paulina Saint Amour, *A study of the villancico up to Lope de Vega: its evolution from profane to sacred themes, and specifically to the Christmas carol. RFH*, t. 2, núm. 2, abril-junio.
583. "Tierra lejana", *Nac*, 7 de abril.
584. "Barroco de América", *Nac*, 23 de junio; *NacT*, 6 de julio de 1941.
585. "Debates sobre temas sociológicos: En torno a «Defensa de la República», *Sur*, agosto, pp. 86-104.
586. "Debates sobre relaciones interamericanas", *Sur*, septiembre, pp. 100-123.
587. "La América Española y su originalidad", *Nac*, 27 de septiembre.
588. Sobre Jefferson Rea Spell, *Mexican literary periodicals of the twentieth century, RFH*, t. 2, núm. 4, octubre-diciembre, pp. 407-408.
589. "El problema histórico de la organización de nuestro pueblo", *Vida y Obra*, Revista del Centro de Estudios Venezolanos, La Plata, noviembre.
590. "La emancipación y primer período de la vida independiente en Santo Domingo", *Historia de América* [dirigida por Ricardo Levene], t. 7, pp. 381-425.
591. "Historia contemporánea de la isla de Santo Domingo. La República Dominicana desde 1873 hasta nuestros días, y Puerto Rico en el siglo XX", *Historia de América* [dirigida por Ricardo Levene], t. 9, pp. 463-488 y 489-501.
592. *El español en Santo Domingo, BDH*, 5.
593. *Plenitud de España*, Losada, Buenos Aires, Biblioteca Contemporánea. Contiene: núms. 501, 245, 503, 500, 244, 536; "Apuntaciones marginales", núms. 499, 556, 448, 569, 558, 574, 573, 575, 576, 456; "Explicación"; 2ª ed., 1945 [corregida y aumentada; v. núm. 623].

Las Cien Obras Maestras

594. Francisco de Quevedo y Villegas, *El Buscón y Escritos breves*. Introd. de P.H.U. Losada, Buenos Aires, vol. 28.

595. Santa Teresa de Jesús, *Las Moradas o Castillo interior y conceptos del amor divino.* Introd. de P.H.U., Losada, Buenos Aires, vol. 29.
596. Molière, *Tartufo, La escuela de los maridos, El burgués gentilhombre.* Introd. de P.H.U., Losada, Buenos Aires, vol. 30.
597. Shakespeare, *Hamlet.* Introd. de P.H.U., Losada, Buenos Aires, vol. 34.

1941

598. Sobre *Concerning Latin American culture,* edited by Charles C. Griffin. *RFH,* t. 3, núm. 3, julio-septiembre, pp. 279-281.
599. "Debates sobre temas sociológicos. Acerca de *Los irresponsables* de Archibald Mac Leish", *Sur,* agosto, pp. 99-126.
600. Sobre José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía* [en colaboración con Raimundo Lida], *RFH,* t. 3, núm. 4, octubre-diciembre, pp. 396-398.
601. "Nacionalismo", *La Información,* Santo Domingo, octubre.
602. "Debates sobre temas sociológicos. ¿Tienen las Américas una historia común?", *Sur,* noviembre, pp. 83-103.
603. "Literatura de Santo Domingo y Puerto Rico", *Historia universal de la literatura* de Santiago Prampolini, t. 12, Buenos Aires, pp. 77-95.
604. "Literatura de la América Central", *Historia universal de la literatura* de Santiago Prampolini, t. 12, Buenos Aires, pp. 105-121.
605. "Palabras americanas en la despedida de un buen americano", Public. de la Universidad Popular Alejandro Korn, La Plata. Versión de las palabras que pronunció P.H.U. sobre la cultura hispanoamericana.
606. George Santayana, *La aversión al platonismo.* Trad. de P. H. U. Incluído en la selección *Diálogos en el limbo,* Buenos Aires.
607. "Emiliano Tejera. Página de honores póstumos", *Clío.*

XUM

Las Cien Obras Maestras

608. Aristófanes, *Las nubes, Los arcanienses, Los caballeros.* Introd. de P.H.U., Losada, Buenos Aires, vol. 36.

1942

609. Sobre *Revista de Literatura Mexicana. RFH,* t. 4, núm. 1, enero-marzo, pp. 98-100.
610. Sobre Victoria Ocampo, *Testimonios (Segunda serie), Sur,* febrero, pp. 65-67.
611. "La versificación de Heredia", *RFH,* t. 4, núm. 2, abril-junio, pp. 171-172.
612. Sobre Lloyd J. Read, *The Mexican historical novel, 1826-1910. RFH,* t. 4, núm. 2, pp. 188-189.
613. Sobre Flérida de Nolasco, *La música en Santo Domingo y otros ensayos. RFH,* t. 4, p. 190.
614. "Desagravio a Borges", *Sur,* julio, p. 13.
615. Sobre Georgiana Goddard King, *Heart of Spain. RFH,* t. 4, núm. 3, julio-septiembre, pp. 292-294.**
617. "Debates sobre temas sociológicos. El problema Gandhi", *Sur,* noviembre, pp. 81-97.
618. "Influencia del descubrimiento en la literatura" [Coloquios sobre el descubrimiento patrocinados por la Institución Cultural Española], *Sur,* noviembre, pp. 11-15.
619. Archibald Mac Leish, *Los irresponsables.* Trad. de P. H. U., Pedro Lecuona y Francisco Aguilera, Losada, Buenos Aires.

1943

620. Sobre Jorge Manrique, *Cancionero* (Est., ed. y pról. de Augusto Cortina), *RFH,* t. 5, núm. 1, enero-febrero, pp. 72-73.
621. Sobre J. Warshaw, *Jorge Isaacs' Library. Light on two "María" problems. RFH,* t. 5, núm. 1, enero-marzo, pp. 99-100.

** El núm. 616 se suprimió porque había sido incluido equivocadamente.

622. Sobre Louis H. Gray, *Six romance etymologies*. *RFH*, t. 5, núm. 1, enero-marzo, pp. 100-101.
623. "Guillermo Valencia", *BAAL*, julio-septiembre, t. 9, núm. 43, pp. 617-618.
624. "El Arcipreste de Hita" [Conferencia pronunciada en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires el 17 de septiembre], *Sur*, noviembre, pp. 7-25 [incluída en la 2ª ed. de núm. 593].

1944

625. Sobre Alexander Parker, *The allegorical drama of Calderón. An introduction to the autos sacramentales*. *RFH*, t. 6, núm. 2, abril-junio, pp. 197-199.
626. "Cincuenta años", *Nac*, 4 de junio; trad. al portugués por Acácio França en *A Manhã*. Río de Janeiro, 5 de mayo de 1945.
627. "Los jueces de Castilla", *RFH*, t. 6, núm. 3, julio-septiembre, pp. 285-286.
628. "Horacio en México", *RFH*, t. 6, núm. 3, julio-septiembre, p. 286.
629. "Papa y batata. Notas adicionales (I. de Llorens Castillo; II, de P. H. U.)", *RFH*, t. 6, núm. 4, octubre-diciembre, pp. 387-394 [v. núm. 549].
630. Sobre Emilio Rodríguez Demorizi, *Vicisitudes de la lengua española en Santo Domingo*. *RFH*, t. 6, núm. 4, octubre-diciembre, pp. 409-410.
631. "Rufino José Cuervo", *BAAL*, octubre-diciembre, t. 13, núm. 49, pp. 697-698.
632. "The English Poets in Pictures. Letters of John Keats", *Sur*, diciembre, pp. 59-60.
633. "La literatura en los periódicos argentinos" [Trabajo de investigación dirigido por P.H.U., con la intervención de Dora Gumpel y Mario Muñoz Guilmar], *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tercera época, año 2, núm. 4, pp. 245-258; 1945, año 3, núm. 1, pp. 41-53, núm. 2, pp. 237-267 y núm. 4, pp. 259-283; 1946, año 4, núm. 1, pp. 85-124.

XUM

634. "El endecasílabo castellano", *BAAL*, t. 13, pp. 725-824 [v. núms. 161, 182 y 355].
635. "Esta carta..." [fechada en Buenos Aires el 27 de diciembre], *RepAm*, 26 de febrero de 1945.

1945

636. "La cuaderna vía", *RFH*, t. 7, núm. 1, enero-marzo, pp. 45-47.
637. Sobre Remigio Hugo Pane, *English translations from the Spanish, 1484-1943. A bibliography. RFH*, t. 7, núm. 1, enero-marzo, pp. 71-74.
638. "Pasado y presente", *Nac*, 25 de febrero; *CDC*, núm. 22; *Letras de México*, 1º de abril de 1945.
639. Sobre Lawrence B. Kiddle, *The Spanish word "jícara". A word history. With an appendix... RFH*, t. 7, núm. 3, julio-septiembre, pp. 288-290.
640. "Perfil de Sarmiento", *CuA*, año 4, núm. 5, septiembre-octubre, pp. 199-206 [Traducción de un fragmento del cap. 5, de núm. 642].
641. "Reseña de la historia cultural y literaria de la República Dominicana", Colec. Panamericana, núm. 28, Ed. Jackson, Buenos Aires.
642. *Literary Currents in Hispanic America*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.

1946

643. "Sobre la historia del alejandrino", *RFH*, t. 8, núms. 1-2, enero-junio, pp. 1-11.
644. "Que sobreviva y se reanime..." [Cortesía con motivo del núm. 1000 de *RepAm*], *RepAm*, 20 de enero.

*Publicaciones póstumas, recopilaciones ajenas y homenajes****

645. *Homenaje a Pedro Henríquez Ureña, Letras*, Boletín del Círculo de Profesores de Castellano y Literatura, Buenos

*** En los homenajes sólo se indican los trabajos de P.H.U.

Aires, t. 1, núm. 4, diciembre de 1946. Contiene: "El descubrimiento del nuevo mundo en la imaginación europea" [trad. del cap. 1 del núm. 642 por Fanny Rubín], núms. 481, 510, 507 y 458.

646. *Páginas escogidas.* Pról. de Alfonso Reyes. Selec. de José Luis Martínez, *Biblioteca Enciclopédica Popular,* vol. 109, Secretaría de Educación Pública, México, 1946. Contiene: núms. 140, 148, 137, 214, 245, "La antología de la ciudad" [v. núm. 390], 209, 467, 501, 527 [pp. 9-13], 556 [prólogo], 618.

647. *Historia de la Cultura en la América Hispánica,* Colec. Tierra Firme, núm. 28, Fondo de Cultura Económica, México, 1947; 2ª ed., 1949; 3ª ed., 1955.

648. *Las corrientes literarias en la América Hispánica.* Trad. del núm. 641 por Joaquín Díez-Canedo. Biblioteca Americana, núm. 9, Fondo de Cultura Económica, México, 1949; 2ª ed., 1954.

649. *Poesías juveniles.* Colec. y ed. de E. Rodríguez Demorizi, Ediciones Espiral Colombia, Bogotá, 1949. Contiene núms. 14, 17, 18, 27, 33, 38, 43, 37, 47, 53, 46, 40, 61; 58, 85, 80, 81, 135, 170, 171, 294, 143.

650. *Antología.* Selec., pról. y notas de Max Henríquez Ureña, Librería Dominicana, Ciudad Trujillo, 1950. Contiene núms. 146, 167, 214, 157, 245, 209, 423, 438, 426, 436, 513, 527 [pasajes], "El papel de Santo Domingo en la historia lingüística de América" [pasajes de núm. 592], 640, "Los intelectuales en la independencia americana" [pasajes de núm. 647].

651. *Plenitud de América. Ensayos escogidos.* Selec. y nota preliminar de Javier Fernández, Peña, del Giúdice-editores, Buenos Aires, 1952. Contiene núms. 423, 438, 483, 514, 540, 638, 424, 626, 584, 502, 605, 69, 640, 497, 508, 467, 469, 494, 512.

652. *Ensayos en busca de nuestra expresión,* Ed. Raigal, Buenos Aires, 1952. Con una "Evocación de Pedro Henríquez Ureña" de Alfonso Reyes y un "Homenaje a Pedro Henríquez Ureña" de Ezequiel Martínez Estrada. Con-

XUM

tiene núms. 423, 514, 438, 426, 444, 371, 527 [pp. 9-13], 214, 640, 497, 467, 188, 247, 446, 418.

653. El Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires prepara una edición de todos los trabajos de P.H.U. sobre cuestiones métricas.

EMMA SUSANA SPERATTI PIÑERO,
El Colegio de México.

SIGLAS CORRESPONDIENTES A LA BIBLIOGRAFIA

Act.—Actualidades, México.
An.—Analectas, Santo Domingo.
An-re.—Anti-reeleccionista, México.
Arch.—Archipiélago, Santiago de Cuba.
Ateneo.—Ateneo, Santo Domingo.
AUSD.—Anales de la Universidad de Santo Domingo, Ciudad Trujillo.
Ba.—Bahoruco, Santo Domingo.
BAAL.—Boletín de la Academia Argentina de Letras, Buenos Aires.
BADL.—Boletín de la Academia Dominicana de la Lengua, Santo Domingo.
BBMP. — Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo, Santander.
BDH.—Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, Buenos Aires.
BICLA.—Boletín del Instituto de Cultura Latino-Americana, Buenos Aires.
BIUP.—Boletín de la Unión Panamericana, Washington.
BUNLP.—Boletín de la Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
CCon.—Cuba Contemporánea, La Habana.
CDC.—Cuadernos Dominicanos de Cultura, Santo Domingo.
Clío.—Clío, Santo Domingo.
CLit.—Cuba Literaria, Santiago de Cuba.
CMus.—Cuba Musical, La Habana.
Crónica.—Crónica, Guadalajara (México).
CuA.—Cuadernos Americanos, México.
Cuna.—La Cuna de América, Santo Domingo.
CurCon.—Cursos y Conferencias, Buenos Aires.
CyAm.—Cuba y América, La Habana.

CyC.—Caras y Caretas, Buenos Aires.
Dictamen.—El Dictamen, Veracruz.
Discusión.—La Discusión, La Habana.
España.—España, Madrid.
Est.—El Estudiante, México.
Fig.—"El Fígaro", La Habana.
HeCu.—El Heraldo de Cuba, La Habana.
HeR.—El Heraldo de la Raza, México.
Hisp.—Hispania, Madrid.
Hum.—Humanidades, La Plata.
IbAm.—El Ibero-Americano, Santo Domingo.
Ideal.—El Ideal, Santo Domingo.
Imparcial.—El Imparcial, México.
InvLing.—Investigaciones Lingüísticas, México.
LD.—Listín Diario, Santo Domingo.
LHab.—Letras, La Habana.
Lucha.—La Lucha, Santo Domingo.
LyC.—Letras y Ciencias, Santo Domingo.
LyP.—El Libro y el Pueblo, México.
MF.—Martín Fierro, Buenos Aires.
MIl.—El Mundo Ilustrado, México.
MinD.—The Minnesota Daily, Minneapolis.
MLR.—Modern Language Review, Liverpool.
MM.—México Moderno, México.
Mundo.—El Mundo, México.
Nac.—La Nación, Buenos Aires.
NacT.—La Nación, Ciudad Trujillo.
Nos.—Nosotros, Buenos Aires.
NosM.—Nosotros, México.
Nov.—Las Novedades, New York.
NP.—Nuevas Páginas, Santo Domingo.
Oiga.—Oiga. . ., Santo Domingo.
Osiris.—Osiris, Santo Domingo.
Pan.—Panfilia, Santo Domingo.
Patria.—Patria, Santo Domingo.
Pr.—La Prensa, New York.
PrIl.—La Propaganda Ilustrada, New York.
Quijote.—Don Quijote, Puebla (México).
Quincena.—La Quincena, San Salvador.
RAA.—Revista Argentina de Agronomía, Buenos Aires.
RAz.—Revista Azul, México.
RepAm.—Repertorio Americano, San José de Costa Rica.
RevBC.—Revista Bimestre Cubana, La Habana.
RevC.—Revista Cubana, La Habana.
RevCrit.—Revista Crítica, Veracruz.
RevEd.—Revista de Educación, Santo Domingo.
RevFil.—Revista de Filosofía, Buenos Aires.

XUM

RevInd.—Revista de Indias, New York.
RevLit.—Revista Literaria, Santo Domingo.
RevMod.—Revista Moderna de México, México.
RevRev.—Revista de Revistas, México.
RFE.—Revista de Filología Española, Madrid.
RFH.—Revista de Filología Hispánica, Buenos Aires.
RHi.—Revue Hispanique, París.
RR.—The Romanic Review, New York.
RUniv.—Revista Universal, México.
SavM.—Savia Moderna, México.
Social.—Social, La Habana.
Sur.—Sur, Buenos Aires.
Tel.—El Teléfono, Santo Domingo.
Tilín.—Tilín-Tilín, México.
Trap.—Trapalanda, Buenos Aires.
TyM.—Teatros y Música, México.
UnHisp.—La Unión Hispanoamericana, Madrid.
UnivMéx.—Universidad de México, México.
Val.—Valoraciones, La Plata.
Vang.—La Vanguardia, Buenos Aires.
VidM.—Vida Moderna, México.

NOTAS

1. En el manuscrito de P.H.U. están abarcadas por una llave y tienen la inscripción "juguetes infantiles". No las recoge.
2. Figuran en el ms. con el subtítulo "Balbuceos".
3. En el ms. con el subtítulo "Del cercado ajeno".
4. En el ms. con el subtítulo "Leyenda indígena".
5. Sin firma.
6. Con la firma "Bohechio".
7. En el ms. con el subtítulo "Pesimismos".
8. En el ms. con el subtítulo "Modernismos otoñales".
9. En el ms. con el subtítulo "Galantes".
10. Con la firma "León Roch".
11. La siguiente nota manuscrita acompaña al ejemplar del archivo de P.H.U.: "En este cuento solamente la firma y la idea son de P.H.U.; la factura y el estilo son de Arturo R. Carricarte".
12. Con la firma P.H.U.
13. Con la firma "M. de Phocás".
14. Con la firma "E. P. Garduño".
15. Con la firma "Gogol".

Estudios ofrecidos a la memoria del Dr.
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

XUM

Los cuadros de Costumbres y las Malas Costumbres

The **cuadro de costumbres** was a criticism of social life, often with an avowed public purpose, the correction of antiquated and injurious habits. It was related to political literature, to the writings of men who wished to remodel society and the state such men as the Mexicans of the **Reforma** movement; the Argentines who fought and drove away the **caudillos**; the Venezuelans Antonio Leocadio Guzmán (1800-1884) and Fermín Toro (1807-1865), whose description of a small town, a **parroquia**, in a speech made in 1858, might be mistaken for a page from a **costumbrista**; and the Chilean Francisco Bilbao (1823-1865), whose violent pamphlet on the structure of Chilean society (**Sociabilidad chilena**, 1844) burst with a crash upon the mental drowse of the privileged families and the smug marrowness of the reigning politicians. In Peru, the first clash between the old and the new social and political ways took the shape of **cuadros de costumbres**, and comedies too, in the hands of Pardo and Segura. In Argentina, Juan Bautista Alberdi (1810-1884), the future mentor of the constitutional legislators of 1853, began his public career as the first **costumbrista** of the country... The **costumbrista** frankly becomes a political writer and a sociologist in Echeverria's **The Slaughter-House** and in Sarmiento's portraits of human types in the pampas, the **rastreador**, the **baquiano**, the **gaucho malo**, and the **cantor**, in his **Facundo**.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

En nuestra América, la literatura del siglo XIX está salpicada de estampas goyescas: son los cuadros de costumbres, caricaturas sobre nuestras malas costumbres. Empiezan a escribirse como sarcasmos que muerden los resabios aun

latentes de la vida colonial. Sólo que, llevados por el genio del chiste y la sátira, los costumbristas acabaron burlándose de todo, y de sí mismos. Lo que en un principio se aprovechó como instrumento para abrirle calle ancha al progreso —el Dios de los radicales del ochocientos—, acabó revolviéndose contra el progreso mismo. No hay nada más difícil para uno de nuestra América que fijarle límite a la sátira, y los zorros de la literatura reaccionaria se dieron cuenta de que con los mismos cuadros de costumbres de que se servían los liberales para hacer el ridículo de la tradición, podían ellos mofarse de las ingenuas utopías en que por fuerza debían expresarse los constructores de las nuevas repúblicas. Entonces, tuvieron los revolucionarios que remozar su fe democrática y luchar contra la ironía, so pena de caer víctimas de su propio invento. Vistos desde este ángulo, los cuadros de costumbres son de una atracción irresistible para el crítico que se divierte como un niño desarmando relojes. Muestran los resortes íntimos que animan el ingenio literario. Estudiar los cuadros de costumbres es como estudiar los chistes, los epigramas, las caricaturas, los corridos. Desde el punto de vista académico, esta clase de ejercicios me hace pensar en un pequeño poema que compuso mi hija cuando tenía ocho años y en que hablaba de su muñeca "con sus tripas de bello color".

El cuadro de costumbres es tan viejo como la literatura española o la romana. En España, desde la época en que fue colonia, los pobres, que siempre han formado legión, se han defendido con el ingenio. Lástima grande que jamás se haya podido recoger la fabulosa riqueza de historias fabladas que han animado todas las tertulias desde el primer día en que tres españoles se sentaron en el suelo o sobre las piedras de la cocina, para entregarse a la edificante tarea de descuerar a sus semejantes. Así se formaron los grandes moralistas. Cuando Séneca conversaba con Petronio, fue mucho lo que debieron avanzar por el terreno costumbrista los dos ingenios neronianos. Alguien ha dicho que el *Satyricón* de Petronio podría señalarse como un remoto ascendiente de los cuadros de costumbres. Y no hay que olvidar que el entusiasmo de Séneca por los cínicos era lo más español de su espíritu. No anda errado Bonilla de San Martín cuando señala la formidable

influencia de Séneca en la picaresca. Quevedo, senequista, fue, sin duda, gran moralista, rey de la picaresca y costumbrista incomparable. La picaresca es el gran teatro de fondo del costumbrismo. Larra no constituye nada nuevo en la literatura española como actitud. Lo único que él suministra es una fórmula más económica, una adaptación periodística, aprovechando el sistema inglés de los colaboradores de *The Spectator* y *The Tatler*. La receta de Larra está en unas cápsulas que en seguida se consideran más eficaces. Pero la materia prima era españolísima. En punto a malas costumbres, España está a la altura de la historia inglesa. Y en cuanto a la manera de relatarlas, si de un lado aparece Chaucer, los españoles tienen al Archipreste de Hita.

Clifford Marvin Montgomery, en su ensayo *Early Costumbrista writers in Spain, 1750-1830*, señala con toda justicia como precursores a Vélez de Guevara *(El Diablo Cojuelo)*, Gracián *(El Criticón)*, Torres Villarroel *(Visiones y Visitas con don Francisco Quevedo*, y su *Vida)*, el Padre Isla *(Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campaza)*, y Cadalso *(Los eruditos a la Violeta)*, sin omitir, desde luego, ni a Quevedo, ni a Salas Barbadillo, ni a Castillo Solórzano, etc., etc. Nosotros podríamos ampliar esta lista con el ejemplo de la literatura en nuestra América. Desde antes de que Antonio Liñán y Verdugo escribiera en 1620 su *Guía y avisos de forasteros, a donde se les enseña a huir de los peligros que ay en la vida de Corte*, recordado por Montgomery, se pueden encontrar estupendos casos de cuadros de costumbres, envueltos en picaresca, en los libros de los primeros cronistas de América. Mariano Picón Salas decía que Bernal Díaz del Castillo le daba la impresión de esos viejos campesinos que se sientan a recordar historias al pie del fogón, en las veladas rústicas que transforman el relato de los sucesos heroicos en alegre y deliciosa evocación comadrera. Todavía estaba fresca la fundación de Santa Fe de Bogotá, cuando Rodríguez Fresle escribió el famoso *Carnero*, con tan estupendas historias de brujas, crímenes, infidelidades y otras novedades que han obligado a muchos a clasificar su relato como una historia picaresca. En los libros versificados del cura Juan de Castellanos se encontrarían ejemplos no menos convincentes. Si alguien se decidiera a

entresacar de nuestros cuatro siglos de literatura lo que hay en ella de burlón y malicioso, haría una nueva historia de América, más instructiva y penetrante que la que todos conocemos. El revés que muestra la ironía explica muchas cosas que ilustran el carácter de los pueblos mejor que cien capítulos obvios de sucesos inocuos y representaciones oficiales.

Los tiempos de crítica, de revisión general de la vida popular, son revolucionarios. El grande ajetreo de la conquista y de los descubrimientos era muy propio para que el buen humorista español se burlara de sí mismo. El siglo XVIII tuvo parecida acidez. La ilustración, el volteriano sesgo que toma la vida europea, y al cual España no se substrae, tiene un reflejo en América que hace más dramáticos todos sus episodios. El americano lee la enciclopedia; ve cómo se destierra a los jesuitas sin que se caiga el mundo; conversa con sabios como Humboldt, tan distantes de lo que eran los frailes que enseñaban en las universidades, y comienza a descubrir que toda la colonia en torno es una estúpida supervivencia medieval en que las ideas de los siglos pasados se mueven sonámbulas, como espantos, prolongando una noche que los jóvenes repudian indignados. Ellos avanzan hacia el siglo de las luces. Es difícil encontrar en la propia literatura española una obra tan sarcástica como la del mexicano fray Servando Teresa de Mier en que pinta sus viajes por Madrid, Bayona, París, Roma, Nápoles, trazando en cada caso cuadros de tan corrosivo y alegre realismo, que pueden sin dificultad desprenderse del texto y ofrecerse como un capricho puesto en aguafuerte. Toda la revolución de la independencia de México está viva en ese costumbrista genial que escribía treinta años antes de que Larra hubiese nacido. Mucho más conocida es la obra del otro mexicano, de Fernández de Lizardi, que dejó en *El Periquillo Sarniento*, y en *Don Catrín de la Fachenda* un completo museo de escenas mexicanas. Los viajes de fray Servando, o las novelas de Fernández de Lizardi, atraen tanto por el simple gusto que dan sus irreverencias, sus naturalezas vivas, que el lector se olvida de su espíritu revolucionario. Fray Servando fue gran figura de la independencia espiritual azteca, y Fernández de Lizardi, el primer héroe de la lucha por la libertad de impren-

ta; ambos fueron víctimas de la inquisición, cuyos abusos y arbitrariedades combatieron con las armas del ingenio.

El cinismo, la irreverencia, los atrevimientos de ciertos españoles que supieron capear el miura del tribunal del Santo Oficio con el humorismo, se ve duplicado en los americanos. Pero en éstos había algo más: ya no se alzaban sólo contra los dominicos, sino contra la corona. Desde el punto de vista de la formación estilística, es impresionante ver la cantidad de obras que circularon en América de Quevedo, Vélez de Guevara, Gracián, o el Padre Isla. Yo he encontrado en Bogotá, en las librerías de viejo, primeros ejemplares del *Criticón*, del *Buscón* y todos los *Almanaques* y la *Vida* de Torres Villarroel. El día en que las colonias se mueven hacia su independencia, parece como si todo ese juego desenfadado y travieso de los peninsulares se hubiese bilocado para pulverizar en este lado del Atlántico las malas costumbres que se oponían al espíritu liberal.

En el fondo, el chiste y la burla, como arma política, o simplemente como instrumento moralizador, son tan propios de España como de nuestra América. Pero el ingenio se agudiza en momentos de crisis. Cuando se ve mayor urgencia crítica. Pocos ejemplos hay de un ardor republicano tan exaltado como el que ofrece el joven dramaturgo colombiano Luis Vargas Tejada, cuya exaltación lírica fue el motor que impulsó a los conspiradores septembrinos a atentar contra la vida de Bolívar, cuando Bolívar suplantó con la dictadura el régimen civil de Santander. Pero ese mismo apasionado, que pagó con su vida semejante aventura, fue el autor de uno de los juguetes cómicos más divertidos que se recuerde en Colombia. *Las Convulsiones*, primera obra de importancia literaria en el costumbrismo de la república, se puede ver hoy en las tablas con placer. Es curioso que, en este caso, Vargas Tejada, hombre de vasta curiosidad, se hubiera inspirado en una obra italiana, y no española. Pero el tema era tan santafereño, las escenas realistas del mundo circundante quedaron tan bien fotografiadas, que del modelo italiano no quedó sino la sombra. Y la obra en sí no hace sino mostrar cómo podía divertirse en Santa Fe y de Santa Fe el más cabal revolucionario.

El costumbrismo en el Perú tiene riquísimo trasfondo,

y hay una obra singular, la de Concolorcorvo, *El Lazarillo de Ciegos Caminantes*, en donde el autor, que escribe en plena colonia, da la fórmula precisa que han de seguir los escritores en nuestra América: inspirarse en los temas del país. Lo hace cuando juzga la obra de Peralta y Barnuevo, y aplica muy bien la receta a su propio trabajo. Las escenas de la vida gauchesca, la pintura del Buenos Aires de su tiempo, las páginas dedicadas al negocio de mulas en Salta, y luego el viaje por el Alto Perú y por Perú mismo hacen de su librito una obra precursora de la prodigiosa literatura de costumbres que debería hacer inmortales las páginas de los *Recuerdos de Provincia* y el *Facundo*.

Los peruanos eran costumbristas por mil razones. Tenían no sólo el buen humor y los malos hábitos que gemelos se crían siempre en las cortes, sino una disposición excelente para la ironía. En cierto modo las historias de las tapadas, de los virreyes nocherniegos, de las cholitas pícaras como la Perricholi, de los oidores miedosos, determinaron un género nuevo, el de la evocación maliciosa de la colonia. Nacen así los cuadros de esas costumbres que una vez fueron y aun siguen siendo, más en el espíritu que en la realidad, es decir: las *Tradiciones Peruanas*. Esta derivación originalísima del costumbrismo muestra cómo el genio inventivo de un limeño puede llegar a perfeccionar las fórmulas tradicionales o corrientes de hacer estampas dejando la impresión de una completa originalidad.

*

En 1823 se derrumba en España la ilusión de los liberales de Cádiz. La constitución que, como flor de un día, llevó al mundo el mensaje del quijotismo español, quedó arrasada por la santa alianza pactada en Verona por las fuerzas confabuladas de Austria, Rusia, Prusia y Francia. Fernando VII volvió a España para instaurar un absolutismo reaccionario, un despotismo contrailustrado, que obligó a los liberales a huir de la península y a buscar refugio en diversas ciudades de Europa, principalmente en Londres. Después de todo, Inglaterra se había puesto al margen de la acometida continental contra la España liberal. Larra decía, como lo recuerda Vicente Llo-

rens Castillo en el magnífico estudio consagrado a la emigración española en Inglaterra: "Ser liberal en España es ser emigrado en potencia".

Los españoles en Londres formaron colonia aparte. Hubo un barrio de la ciudad que ellos transformaron, que hicieron a su imagen y semejanza, donde se vivía vida de café, y se discutía levantando las manos y alzando la voz en las esquinas, en las aceras, en los zaguanes. Los mozos, españoles o ingleses, estaban obligados a soportar una clientela que peroraba hasta la madrugada, haciendo discursos, polemizando platónicamente, trazando planes sobre los manteles salpicados de vino. Qué combinación más explosiva: españoles, liberales y románticos. Si la imaginación pudiera oponer algo más expresivo a los católicos, apostólicos romanos de España, eran esas tres palabras de la tertulia iluminada que por aquel tiempo disipó en Londres la nórdica melancolía. A Londres llegaban cantantes y guitarristas, editores, periodistas y maestros, poetas y políticos. Y todos, de paso, se juntaban con los hijos de las antiguas colonias españolas de América, que por motivos semejantes habían llegado al mismo puerto. En Inglaterra buscaron Miranda, Nariño, Bolívar, y cuantos les siguieron, el único posible aliado en su lucha contra la España imperial. En Inglaterra tuvieron los americanos una agencia fiscal para que atendiera a los primeros empréstitos, en Londres se establecieron los primeros consulados, Bolívar sacó de allí a Lancaster, el educador, para que organizase las escuelas de la Gran Colombia, y en Londres, sobre todo, estaban Andrés Bello, Fernández Madrid, Rocafuerte, García del Río, todos los escritores del *Repertorio Americano*, y los que mezclados con los españoles hacían periódicos y revistas en donde se publicaba todo lo que en España no era posible escribir.

Llorens Castillo, después de contar cómo tuvieron que emigrar de España escritores como Meléndez Valdés y Moratín, y cómo fueron a dar a las cárceles los liberales, agrega "las pocas obras de valor que llegaron a publicarse vieron la luz en países extranjeros; se prohibió la entrada de libros y la lectura de numerosas publicaciones de la etapa liberal... En la lista publicada en 1815 por el tribunal de la Inquisición —abolido por las Cortes y restaurado por Fernando VII—

figuraban la *Cabaña Indiana* de Bernardin de Saint Pierre y *El Sí de las Niñas* de Moratín... En 1818 llevaba ya Quintana varios años de preso en la fortaleza de Pamplona cuando la edición de sus poemas de 1813 fue condenada por la Inquisición... Cuando en 1832 Carnero hace un elogio de los periódicos españoles no se refiere para nada a los peninsulares sino a los de Cuba, donde había en efecto varios mejores que los de Madrid...".

A tiempo que en Madrid muere la prensa, y sólo hay dos periódicos, de los cinco que se publican, en donde se le preste alguna atención a la literatura, en Londres aparecen entre 1824 y 1829 *El Español Constitucional*, *El Telescopio*, los *Ocios de Españoles Emigrados*, el *Museo Universal de Ciencias y Artes*, el *Correo Literario y Político de Londres*, *El Emigrado Observador*, el *Semanario de Agricultura*, las *Variedades*, el *Repertorio Americano*, el *No me Olvides*...

Los emigrados españoles encontraron en las revistas inglesas, y particularmente en *The Spectator* y en *The Tatler*, el cuadro de costumbres como una feliz invención periodística que se adaptaba a sus propósitos políticos y literarios. El recuerdo nostálgico de la patria se ajustaba muy bien al tono romántico de las letras inglesas. No encuentro fundada la afirmación de Frank M. Duffey en su libro *The early Cuadro de Costumbres in Colombia*, cuando refiriéndose a la lentitud con que hizo su aparición el género en España, dice: "el cuadro, tal como lo conocieron Larra y Mesonero, parece haber llegado a España por la ruta muy transitada que por los Pirineos lleva a Francia, donde quienes lo escribían —con Víctor Joseph Etienne de Jouy a la cabeza— aparentemente habían sacado la idea de *The Spectator* y de *The Tatler*". En realidad, los emigrados estaban en contacto con esas revistas, escribían en ellas, y no sólo los emigrados sino los hispanistas ingleses las aprovechaban para dialogar con ellos sobre los temas de poesía, de teatro, de política que les apasionaban. En *The European Review*, don José Joaquín de Mora escribió tres artículos sobre costumbres españolas. Como Mora era en cierto modo el mejor de los periodistas emigrados, y como él de Londres pasó a Buenos Aires, a Santiago de Chile y a Lima, por ahí hay que buscar el hilo de cómo se introdujo en América la fórmula

del cuadro de costumbres, o cómo se desenvolvió un género que ya se insinuaba desde tiempos de Fernández de Lizardi, Fray Servando Teresa de Mier, Concolorcorvo, etc. Los cuadros de Mora se publicaron en Londres en la misma revista con los del francés Jouy y con los del italiano De Angelis, en 1824.

José Joaquín Mora fue en realidad de los segundos emigrados. Los primeros corresponden en realidad a la época de Blanco White. Blanco White, o José María Blanco y Crespo, se refugió en Londres desde 1810. Era el decano de los emigrados. Su conocimiento de las letras inglesas acabó por convertirlo en un escritor inglés, que sirvió de puente de comunicación no sólo para los españoles, sino muy principalmente para los americanos. Blanco White ocupa un capítulo singularísimo en la vida de los americanos en Londres y en la de las relaciones de nuestras letras con las de los emigrados españoles. El mismo escribió una serie de cuadros de costumbres que se publicaron en el *New Monthly Magazine*, como *Letters from Spain*, con el pseudónimo de Don Leocadio Doblado. Estas cartas, que ha reseñado Montgomery en su libro sobre los primitivos costumbristas españoles, están fechadas entre 1798 y 1808 en diversos lugares de España. Es verosímil que las fechas sean exactas si se considera que antes de salir de España, Blanco había sido uno de los colaboradores del *Correo de Sevilla*, publicado de 1803 a 1807. En el *Correo de Sevilla* se dio cabida a los cuadros sobre las corridas de toros que el mismo Montgomery recuerda en su libro sobre los costumbristas españoles.

Claro que entre las costumbres, buenas o malas, de los españoles, y por consiguiente de los americanos, estaba la de hacer hervir la olla política. La independencia de las colonias españolas en América era un tema ideal para que se armaran polémicas como las de Dios es Cristo. Los directores de *El Español Constitucional* levantaron cátedra contra los gobiernos americanos que se negaron a recibir a los españoles liberales emigrados el año 23. José Canga Argüelles, director de *El Emigrado Observador*, acabó escribiendo en favor de Fernando VII, por simple irritación contra los americanos. Los comentarios de los *Ocios de Españoles Emigrados*, una revista que en realidad se sostenía con dinero que adelantaba el ecua-

toriano Vicente Rocafuerte, secretario de la legación de México, producían a veces reacciones de indignación en el propio México. Pero estos incidentes sólo sirven para mostrar que españoles y americanos formaban una familia, peleadora como conviene a la sangre española que todos llevaban. Al lado de las polémicas ocasionales, se publicaban por los españoles críticas favorables a las poesías de Heredia y de Olmedo, y en la tertulia de Bentham, de quien Andrés Bello fue secretario, se encontraban todos. No hay que olvidar que en la revista de Bentham, *Westminster Review*, publicaba sus artículos Alcalá Galiano.

*

La demora en introducir a España los cuadros de costumbres obedeció, más que a pereza de los literatos, a las malas condiciones creadas por Fernando VII para la crítica, y principalmente para el periodismo. En cuanto Larra y Mesonero pueden hacerlo, estallan con sus cuadros en donde queda por averiguar qué es lo más notable, si la gracia o el veneno. En América, la resonancia de las revistas de Londres, las de los españoles y las de los americanos, es inmensa. Y luego, la de los escritos de Larra. Para ver la velocidad con que el nombre de Larra se populariza, nada mejor que reproducir unos anuncios que Frank M. Duffey ha hallado en *El Correo* de Bogotá, de 1839. Las obras de Larra, en cinco volúmenes, habían aparecido en Madrid en 1835-1837, y en Caracas se publicó en seguida una edición más completa. En *El Correo* de octubre de 1839 se ofrecía a la venta, a plazos, la edición de Caracas, y en diciembre del mismo año se insistía: "La edición europea, incompleta i no tan bella como la edición de Caracas, cuesta el doble del precio de ésta..." En marzo de 1840 se insertó un anuncio en el mismo periódico, que comenzaba así: "LARRA.—Como actualmente se hallan en la capital las personas notables de las provincias, que han venido a representarlas en el congreso, creemos conveniente avisarles que se hallan de venta las obras de este excelente escritor en la tienda del señor Ulpiano González... Creemos que no hai un solo amante de las bellas letras i del mérito literario que no tenga noticias de

Fígaro i del *Pobrecito Hablador*, a cuyo lado sólo puede ponerse Mesonero Romanos entre los que escriben en la lengua de Castilla".

No hay duda de que la edición de Caracas, fechada en 1839 y publicada en la imprenta de George Corser, es realmente hermosa. Con todo orgullo "Los Editores" decían que una de las razones para hacer estos libros era el "aumentar el número de las impresiones americanas, como uno de los ramos en que la América del Sur debe tener sus productos indíjenas sin depender de otros países".

Desde luego, cuando estos libros comienzan a circular, ya se están escribiendo cuadros de costumbres en Colombia. Duffey recuerda, por ejemplo, uno, *Fiestas*, que ha hallado en una colección de *El Argos*, de 1838. Tiene que ver con los "toros, encierros, orquestas, canciones, cohetes, dulces, globos, etc., de un 20 de julio en Bogotá. El 20 de julio es el día de la independencia nacional. A los pocos años, ya no se escribían sino cuadros de costumbres. Los unos, para hacer burla de la ignorancia, de la afición a los pleitos, de la corrupción política, de las incomodidades de la vida aún colonial, los otros para reirse del progreso, de la república, de la patria boba, de las revoluciones universitarias. En el fondo había el goce casi sensual de tener libertad de imprenta, de haber matado el bicho de la Inquisición. La cita burlesca de *Le Mariage de Figaro*, que usó Larra como epígrafe para sus obras, tenía un sabor exquisito para los americanos: "... On me dit qu' il s' est établi dans Madrid un sistème de liberté, que s' étend même à la presse; et que pouvu que je ne parle en mes éscrits, ni de l'autorité, ni du culte, ni de la politique, ni de morale, ni des gens en place, ni des corps en crédit, ni de l' opéra, ni des espetacles, ni de personne qui tienne à quelque chose; je puis tout imprimer librement, sous l' inspection de deux où trois censeurs. Pour profiter de cette douce liberté, j'annonce un éscrit..."

*

Los emigrados españoles en Londres veían en las antiguas colonias posibles centros en donde sus actividades literarias

y su liberalismo encontrarían un ambiente más receptivo que el inglés. Por su parte las nuevas repúblicas veían en esos españoles posibles colaboradores en la gran obra de construir las instituciones democráticas. El incidente que motivó los airados comentarios de *El Observador Emigrado* de Londres contra los americanos tuvo resonancia efímera. De México, de Bogotá, de Buenos Aires, de Santiago, fueron enviándose cartas a Londres invitando a americanos y a españoles. El más importante de los americanos, Andrés Bello, fue llamado a Chile, y el más importante de los españoles, José Joaquín de Mora, fue llamado a Buenos Aires. En casi toda la América española se habían introducido como textos de enseñanza para las letras y las ciencias los catecismos de Ackermann redactados por emigrados españoles. La estancia de Mora en Buenos Aires fue breve. Rivadavia le había invitado, y alcanzó a fundar dos periódicos: *El Conciliador* en asocio de Pedro de Angelis, y la *Crónica Política y Literaria*. De Buenos Aires Mora fue invitado a Chile. En Chile su actividad fue inmensa. Fundó periódicos, revistas, escuelas, redactó la constitución de 1828, formó parte de la Sociedad de Lectura, tomó parte en controversias literarias. Con Bello y Mora, y con algunos otros de los antiguos emigrados en Londres, en Santiago se reprodujo algo de lo que fue el ambiente de la capital inglesa. Con una diferencia: que lo que en Londres tenía resonancia en un barrio y en unas revistas selectas, en Santiago conmovía a toda la población. Las disputas tenían consecuencias. El propio Mora tuvo que salir de Chile, definitivamente, en 1830. Los periódicos dejaban de lado buena parte de su misión informativa, para entregarse a controversias literarias, hasta el extremo de que todo aquello desembocó en el año crítico de 1842 que es toda una explosión de polémicas que marcan época aparte en la historia de las letras chilenas. En ellas están envueltos los Españoles y Bello, el colombiano García del Río, los emigrados argentinos con Sarmiento a la cabeza, y la más brillante generación chilena. Entre los españoles está Rivadeneira, que dirige por un tiempo el *Mercurio*, y que acabará por convertirse en un monumento nacional de las letras en España con la publicación de su célebre Biblioteca, el más ambicioso proyecto que por primera vez se realice de recoger la obra dispersa de los escri-

tores españoles de todos los tiempos. En Chile Rivadeneira ya se muestra como este gran empresario de la cultura, y una de las cosas que hace, justamente hacia 1842, es editar una recopilación de los artículos de Larra.

La obra de Larra, pues, se introduce en Chile en un momento de efervescencia. Desde antes del año 42 ya se habían publicado algunos cuadros de costumbres, pero ese año se populariza el género como formidable instrumento de estudio de la realidad chilena, y de crítica. Los cuadros de ese tipo que publica Sarmiento figuran entre lo mejor de su obra, y Joaquín Vallejo, o Jotaveche, el más famoso de los costumbristas chilenos hace entonces su aparición. Jotaveche, se había formado como un discípulo de Mora, y no debieron ser indiferentes a su iniciación literaria los consejos de ese buen periodista que había escrito en Londres sus primeros cuadros de costumbres.

No es este lugar para detenerse en la polémica sobre romanticismo y clasicismo, en que aparecen como contendores principales Jotaveche y Sarmiento. Bello se retiró de ella con un gentil compás de pies. Lo que importa destacar es el hecho de que uno y otro eran los autores de los cuadros de costumbres en que se vierte toda la ironía de la lucha. Sarmiento se complació en poner a Jotaveche el sobrenombre del Larra chileno, o el Larrita chileno, en son de burla. Y para aumentar el desconcierto con una travesura propia de su impulsiva juventud escribió un largo artículo escrito íntegramente con frases sacadas de los artículos de Larra, sin que nadie se diese cuenta del truco. Acabó riéndose de todos, descubriéndoles la malicia con que lo había compuesto.

Este ejemplo de Chile me parece importante porque muestra cómo en nuestra América el espíritu en que se forma la literatura de los costumbristas es un espíritu de inconformidad, de introspección, de revisión de valores propio de unos pueblos que tienen que verlo y examinarlo todo para poner en orden sus cosas. Es el mismo espíritu de los emigrados de España y de los viajeros de América reunidos en Londres, cuando Londres fue la capital intelectual de España, como ha dicho el historiador de esos sucesos. La buena inteligencia

XUM

que duró, al menos en los primeros años, entre Mora y los chilenos, se debe a que coincidían en ese espíritu de rechazo al absolutismo español, que se ha comparado al acuerdo de simpatía en nuestro tiempo entre los emigrados republicanos y las gentes de nuestro hemisferio que rechazan el régimen de Franco. Para dar una muestra del punto de vista de Mora, basta copiar unas líneas de la nota que publicó en *El Mercurio Chileno* el día de Año Nuevo de 1826 dando cuenta de la publicación hecha en la *Revista Enciclopédica de París* sobre las obras poéticas de Martínez de la Rosa: "Las musas han abandonado la triste península Española en compañía del saber, de la libertad y de la virtud. La España, dominada por un tirano, embrutecida por la intolerancia y por el fanatismo, y devorada por facciones implacables, ahuyenta de su seno a todo el que no puede ponerse al nivel de barbarie que domina en sus fértiles regiones. Sus hijos más ilustres vagan en el día en tierras extrañas, mendigando a veces una escasa subsistencia. Mas no por esto se ha estinguido en ellos la llama del jenio...".

En realidad, si los cuadros de costumbres entraron un poco tarde a España, como se ha dicho, habría que restringir la afirmación al crudo significado geográfico. Ya en la España de Londres se estaban escribiendo antes esos cuadros, y también en la España de América. Y en América, donde el género está en embrión, pero con toda su eficacia, ilustrado en las páginas de Fernández de Lizardi o de Concolorcorvo, prende la fórmula mágica de Larra con súbita eficacia a una rapidez que no tiene por qué asombrar. A la curiosidad natural de la gente de este hemisferio, se sumaba la necesidad de instrumentos como ése. Y hubo algo más que favoreció este movimiento del "realismo romántico", —expresión que debemos utilizar para nuestra interpretación literaria—: el adiestrameinto de las nuevas generaciones, desde la época de la ilustración, en el estudio de nuestras realidades. Desde un cuarto de siglo antes de la guerra de independencia, los de nuestra América venían aplicándose con pasión insomne al estudio de sus gentes, de sus paisajes, de sus costumbres, como

si fuera a esas gentes de fines del XVIII y comienzos del XIX a quienes estuviese reservado el descubrimiento final del mundo americano.

GERMÁN ARCINIEGAS,
Columbia University.

Poesía Epica y Novela: El Episodio de Glaura en *La Araucana* de Ercilla

CUANDO publicó José Toribio Medina su edición monumental de *La Araucana*,[1] intituló "ilustraciones" sus veinte disquisiciones sobre la obra y el autor. Y allí dio todo lo que se podía esperar de un gran erudito formado en la escuela positivista de Mommsen: antecedentes históricos, fuentes literarias, *excursus* "a propósito" de la obra, digresiones "alrededor" del hombre. Al fin y al cabo, ilustraciones. Es como si el lector de *La Araucana* descansara la vista sobre hermosos grabados que aclararan el texto con precisiones utilísimas. Lo de menos es la calidad intrínseca —literaria o estética—, del poema. Medina es el perfecto exégeta que pudiera "ilustrar" con igual ciencia y objetividad la crónica más ramplona y la epopeya más sublime.

Es tiempo que *La Araucana* se estudie como humana obra de arte, como la invención difícil de un hombre singular obsedido por su tarea, su mensaje y las exigencias de su público.

* * *

En la mente de Ercilla, el libro por escribir se presenta como crónica rimada de los hechos de los españoles en el Arauco. Esto, en 1568, al dar la última mano a esta primera

[1] Santiago de Chile, 5 vol., 1910-1918.

XUM

parte antes de entregarla al impresor. En 1578, cuando publica la segunda parte, ya es otra cosa: un poema épico con episodios galantes. Y cuando da a su obra su última forma, en 1589-1590, aparece como obra literaria de género ambiguo, histórico y poético, en loor de Felipe II, por un soldado poeta que tomara parte en una de las guerras más obscuras del reinado. El concepto de la obra no ha sufrido alteraciones esenciales, sino que ha evolucionado; y no desaparece sino que se modifica paulatinamente la tonalidad original fijada ya en el primer Canto.

Pues bien, las mismas vacilaciones del autor en su trabajo abren como resquebrajaduras por las cuales nos es lícito divisar el modo de funcionar de su mente en medio de las fuerzas contradictorias que la solicitaban.

El episodio de Glaura acaso presenta el mejor ejemplo de esta rebelión de Ercilla contra su propia rutina y la de su público. Al llegar al fin de su segunda parte no está satisfecho —y lo dice—, siente la necesidad de adornar su narración. E interpola la historia de una mujer araucana [2] con una torpeza técnica que, por cierto, ha de chocar hoy a toda la crítica "gestaltista". Pero, preguntamos, ¿consiste el valor de una obra en la perfecta adecuación de la forma a la intención clara del autor? ¿O bien resulta su gracia espiritual precisamente del desacuerdo entre una y otra, de una riqueza confusa de valores que pasa de la escueta intención consciente? Lo que nos conmueve es el salto en lo desconocido que da el autor impaciente, rebelde, disonante ante su propia letra. En otros términos, si a *La Araucana* se la considera únicamente como objeto de arte, bien es verdad que los episodios galantes y las visiones de San Quintín y Lepanto rompen la unidad y la armonía del conjunto; son como manchas en su total aspecto, excrecencias o bien granos de arena en los engranajes de su máquina interior.[3] Pero si se la considera

[2] La interpolación va de la última estrofa del Canto XXVII hasta la estancia 52 del Canto XXVIII, siendo la 53 trabucada por inadvertencia del impresor o por la del autor, ya que debiera seguir lógicamente a la 54.

[3] Los historiadores contestarían con razón a los formalistas que los modelos de Ercilla dan muestra también de tal diversidad en la acción y hasta en la tonalidad.

como obra humana, sus perfecciones cobran su máximo valor cuando se revelan frágiles y quebradizas y sus mismas imperfecciones a veces nos conmueven.

No apliquemos, pues, a Ercilla los criterios modernos, ni los de la escuela positivista, ciega a los valores estéticos, ni los de la escuela "formalista", insensible al calor humano de la creación. ¿La perspectiva del mismo poeta sobre su obra sería la única legítima? Tampoco. No basta el juicio del autor para dar cuenta del valor de su engrendro. Muchas veces le vemos fracasar en sus páginas más escritas, más cuidadas. Sus "aciertos" no nos admiran, pero sí el anhelante errar de su pluma entre la rutina y la invención, entre las tentaciones de la facilidad y las exigencias de su genio, entre trivialidades y sublimidades. Según Goethe, lo mejor del hombre es el temblar. También es el temblar lo mejor de la obra literaria. No tratemos a ésta como objeto inanimado ni como reloj hábilmente montado, sino como cosa vivida, que, por cierto, no existe por sí sola, sino que va integrada a la vez en la vida más íntima del autor y en la vida más misteriosa de una colectividad, especialmente de un público socialmente definido. Al descifrarla, sentimos un nacer y un morir perpetuo, adivinamos afirmaciones y denegaciones, bríos y fatigas, retos y debilidades, siempre la perplejidad y por todas partes extremos. En breve, una obra es estéticamente válida cuando se le oye latir el corazón.

* * *

La intervención de Guacolda en la Primera parte (Cantos xiii y xiv) había sido adorno épico, fruto de la larga tradición culta y popular, la de Homero y la del romancero. Recordaba Ercilla confusamente la despedida de Héctor y Andrómaca,[4] el sueño premonitorio de Doña Alda en Aquisgrán,[5] etc.

En la Segunda parte ya no resiste Ercilla y reniega de su intención original, que era de excluir a Venus de un relato

Por ejemplo, *La Diana* de Montemayor (1561) y *El Carlo famoso*, poema épico de Luis Zapata (1566).

[4] *Ilíada*, cuento VI.

[5] *Romancero general* de A. Durán, *B.A.E.*, X, Nº 400.

consagrado a Marte. Sucumbiendo ante el encanto de Ariosto, nos cuenta los amores de Tegualda (Cantos xx y xxi) y acude al esquema a la vez clásico y caballeresco de la prueba pública entre los pretendientes a la mano de la princesa. Una importante novedad es la encadenación en este tema con otros tres: la muerte gloriosa del joven esposo, los lamentos de la viuda y su desesperación cuando recorre el campo de batalla buscando el cadáver del amante (cf. el tío de don Beltrán en el famoso romance carolingio).[6] Precisamente se llama episodio a esta serie lógica de tópicos literarios. Aunque la misma Tegualda le da unidad y verosimilitud relatándolo en primera persona, no duda un momento el lector de su carácter ficticio; sabe que es ornato retórico; y tampoco el poeta intenta ocultar la mano.

Muy diferente es el episodio de Glaura, que es la tercera audacia de Ercilla en el curso de su *Araucana* y constituye la piedra de toque de su genio épico.

En la base de este relato sin duda viene una experiencia vivida por el mismo Ercilla. En efecto, el poeta aparece como personaje esencial en el nudo y en el desenlace de la intriga. Su héroe es su propio *yanacona*, su fiel criado. Lejos de presentarse la historia como trozo muy escrito y ejercicio de retórica, salta a la vista su construcción relajada: por ejemplo, explica el autor la prisión de Cariolán después de la liberación de éste, a destiempo, cual "arrepentimiento" de pintor poco sagaz. También notemos cómo surgen inútilmente en el relato la intervención y la muerte violenta del padre de Glaura, las cuales no tienen función orgánica que las pueda legitimar. ¿Cómo se pueden explicar estas dos fallas sino por la torpeza del escritor que no supo descartar hechos, históricos, por cierto, pero incongruentes, en una buena fábula literaria?

Tampoco valdría la hipótesis de que el autor intente dar verosimilitud a lo inverosímil con estos detalles superfluos. No, en aquel tiempo, una intriga plausible no requiere toques ni retoques de autenticidad; sólo se acude a los procedimientos de verosimilitud cuando la ficción es harto mentirosa.[7]

* * *

[6] *Ibidem*, Nº 395.

[7] Véanse Alfonso López Pinciano (*Filosofía antigua poética*, 1596) o Juan

El episodio de Glaura no deja por eso de ser una fábula. En efecto, esta experiencia vivida el autor la va a verter en el molde tradicional del cuento literario. Así es como acude a la técnica de Boccaccio e introduce a sus personajes por medio de un encuentro casual. ¿Leería al autor del *Decamerón?* No lo podemos afirmar; pero sí es lícito suponer que este aficionado a las letras se había leído a Timoneda y sus colecciones de cuentos de tipo italiano de 1564, 1567 y 1569. Por lo tanto, Ercilla va a fingir que encuentra por azar a una doncella que ronda al campo español, exactamente como lo había fingido ocho cantos antes cuando introdujo en su poema a Tegualda.

También, como aquella vez, pregunta a la mujer la causa de su desesperación, y ella le responde con una larga relación en primera persona. Es procedimiento corriente en aquella época, como lo demuestran Montemayor en la *Diana* (1559), el autor del *Lazarillo* (1554) y el mismo Ariosto en su *Orlando Furioso* (más de diez ediciones en español entre 1549 y 1564).

Compárense:

> Mi nombre es Glaura en fuerte hora nacida
> hija del buen cacique Quilacura.[8]

y

> Isabella sono io, che figlia fui
> del Re mal fortunato da Gallizia.[9]

Muy significativa también es la reacción de Ercilla ante los "libros de caballería" tan en boga en su tiempo:

> No las damas, amor, ni gentilezas
> de caballeros canto enamorados.[10]

de Valdés (*Diálogo de la lengua*, obra publicada tan sólo en 1737). En aquel tiempo, ni existe verosimilitud ni existe realismo en el sentido actual de estas palabras.

[8] Canto XXVIII, est. 7.

[9] Canto XIII, est. 4 del *Orlando furioso*.

[10] Canto I, est. 1.

XUM

.....
Es relación sin corromper sacada
de la verdad, cortada a su medida.[11]

Las mujeres de *La Araucana* pertenecerán, pues, a este nuestro mundo de violencia y de tragedia, por ficticias que sean sus figuras y sus nombres.

Lo mismo diremos de la actitud del poeta ante las historias de pastores, puestas de moda por Montemayor y sus secuaces.

ni [canto] las muestras, regalos y ternezas
de amorosos afectos y cuidados.[12]

Este género de la novela pastoril, nada utópico, sino muy histórico y real y hasta de llave, le repugnan, como a buen soldado, los juegos afeminados, las cursilerías y las gazmoñerías de los cortesanos a la moda. Sin duda, reconoce Ercilla la "delicadeza" de los grandes maestros Dante, Petrarca y Garcilaso de la Vega, pero condena a sus epígonos.[13]

¡Qué difícil es resistir a la marea creciente de la mala literatura caballeresca o pastoril! Sucumbe y no sucumbe Ercilla. Quisiera sustituir su "ganadería heroica" a los galanteos sosos de los falsos pastores. Véase este retrato "a contra corriente" de Glaura, la rica ganadera:

Era muchacha grande, bien formada,
.....
espaciosa de pecho y relevada,
hermosas manos, brazos bien sacados
.....
Mas, ¡ay de mí!, ¡cuánto mejor me fuera
ser una simple y pobre ganadera![14]

Por lo mismo serán sus heroínas esposas de soldados y

[11] Canto I, est. 3.

[12] Canto I, est. 1.

[13] Dante, Ariosto, Petrarca y el Ibero / Amor los trujo a tanta delgadeza (Canto XV, est. 2). Plagia a Garcilaso en estos dos versos: Armado siempre y siempre en ordenanza, / la pluma ora en la mano ora la lanza (Canto XX, est. 24).

[14] Canto XXVIII, est. 4 y 7.

no amantes de mequetrefes deshonestos. Glaura, salvada de uno de éstos por el que vendrá a ser su esposo, se amedrenta un momento ante una cruel pelea, huye y, como ninfa virgiliana, se esconde en el tronco de un árbol. Pero, al recordar, tiene tanta vergüenza la muchacha por su cobardía, que afrenta todos los peligros en busca de su infeliz y tan amado Cariolán.

No es muy original este errar ansioso de Glaura por los valles y los montes; nos recuerda a Virgilio y a Garcilaso; y también anuncia a Juan de la Cruz. Pero, por una inclinación irresistible, el autor se desliza cada vez del plano pastoril al plano heroico. Así, Tegualda buscaba el cadáver de Crepino en el campo de batalla; así, Glaura, disfrazada de hombre, intenta acercarse al campo español, donde el corazón le dice que vive su marido.

No con menor repugnancia ni con menor dificultad rechaza Ercilla la lección tentadora de las historias legendarias o mitológicas que deleitaban a los jóvenes de su tiempo: Hero y Leandro, Psique, Lucrecia y Tarquino, Pirro y Policena. A Antonio de Villegas le podía perdonar por haber interpolado en su *Inventario* la noble y generosa historia de don Rodrigo de Narváez *(Abindarráez y la hermosa Jarifa)*, pero no por su traducción de Píramo y Tisbea, fábula mentirosa nada heroica.[15] También sabemos cómo Ercilla va a tratar en 1589 una ficción del mismo tipo: Dido y Eneas, haciendo de la heroína un modelo de castidad [16] y de valor moral.

Sin embargo, no desconoce Ercilla el partido que sacaron de la anagnórisis los bizantinos en sus mal pensadas, pero conmovedoras novelas, *Dafnis y Cloe, Teágenes y Cariclea*,[17] etc. Ariosto también supo aprovechar esta técnica, lanzando a sus personajes en sendas y singulares aventuras fantásticas antes de su final reunión. Recuerda Ercilla el caso de Isabella

15 Citamos esta versión por ser de un autor a quien frecuenta Ercilla. Pero esta historia de Ovidio *(Met.* IV) ya había salido en España bajo la pluma de Castillejo y también en un anónimo romance publicado por Esteban de Nájera en 1550.

16 Adopta el desenlace de Justino *(Filípicas,* 1. XVIII), el mismo de la *Crónica general.* Véase M. R. Lida, "Dido . . .", *R. F. H.,* IV y V

17 La de más fama es *Teágenes y Cariclea,* de Heliodoro traducida al francés por Amyot. (Amberes, 1559).

XUM

y Zerbino, episodio interpolado en el *Orlando*, tan lleno de sugerencias. Al concebir la historia de Glaura y Cariolán va a acudir nuestro poeta a este procedimiento tan eficaz del reconocimiento de los amantes después de peligrosa separación.

* * *

Ante todo, conviene decir "no" a la perversidad de los tiempos presentes. Las nuevas letras, piensa Ercilla, deben tomar otro rumbo, otro norte: ni la antigüedad, ni Bizancio, ni Italia, sino España y la religión católica.

Las heroínas de Ercilla no serán, pues, doncellas aventureras, sino "muchachas" casadas y que comparten con sus esposos las peligros de la guerra. Y, por araucanas que sean, no se casan con cualquiera. Glaura rechaza las proposiciones deshonestas del deudo de su padre. Ercilla se acuerda aquí del famoso romance de la "destruycion de España".[18] La Cava se mostraba menos cruel con el rey Rodrigo, amigo también de su padre, cuando la perseguía por sus amores en su palacio de Toledo. Pero nuestro poeta se niega a atribuir a la maldad de una mujer la derrota de los Araucanos, rechazando otra vez la sugerencia de su modelo literario.

Aún va más allá. Da a Glaura una razón muy "tridentina" de no casarse con Fresolano; y es que es primo suyo.[19]

> ¡O malvado,
> incestuoso, desleal, ingrato,
> corrompedor de la amistad jurada
> y ley de parentesco conservada![20]

¿Por qué esa lección de moral cristiana en boca de una Araucana? ¿Por qué ese detalle tan inoportuno del parentesco criminal? ¿Por qué condenar a muerte, pudiendo salvarle u olvidarle, al pobre Fresolano? El incesto y su castigo habían

[18] Durán, *Romancero general*.

[19] Se prohibió el matrimonio entre deudos hasta el cuarto grado. El tema del amigo traidor lo tratará Cervantes. Recordemos su novelita interpolada en el Quijote: "El curioso impertinente".

[20] Canto XXVIII, est. 16.

de ser obsesiones suyas para que los metiera allí por fuerza. Y esto nos revela tanto su mentalidad personal como las preocupaciones morales del público para quien escribía.

También Ercilla tiene un concepto singular del amor. Las "muchachas bien apuestas" de nuestro poeta aman y se casan tan sólo porque el amor entra en su corazón "por las puertas de la admiración". Ya en la famosa leyenda, doña Jimena se entrega al Cid, Rodrigo Díaz de Vivar, después de vencer éste en "cinco batallas campales". Del mismo modo, Glaura toma por marido a Cariolán cuando este valiente araucano acaba de vencer y matar a dos infames negros que intentaban forzarla. Tanta prisa y tanto ímpetu de parte de una princesa le parece poco moral y poco realista al historiador J. T. Medina, muy de su tiempo. Por cierto, el soldado Ercilla no tenía esos prejuicios neopuritanos. Reserva su aprecio a la mujer que se da y no a la que se abandona.

La castidad es la primera virtud femenina.[21] (Esta idea es muy de militares). Fiel como Dido es Tegualda, y honrada es Glaura, quien antepone su honor a la miseria y a la vida:

> Yo triste no estimaba en nada
> el perder los vestidos y la vida.
> Pero el honor y castidad preciada
> estuvo a punto de ser perdida.[22]

El hecho es importante, pues el honor viene a doblar el otro móvil y resorte tradicional de la acción: este mismo apego a la vida que los acontecimientos a cada momento vienen a echar sobre el tapete. Ercilla acababa de encontrar la roca en que se iba a cimentar la comedia española algunos años después; mas fundaba en ella tan sólo una especie de novela ejemplar, de porvenir mucho menos brillante, y ésta todavía en verso, tentativa sin ecos.

No caigamos en el ridículo de condenarle por esa falta de intuición. Por cierto, tenemos más luces que él sobre lo que

[21] En el Canto XVIII, est. 73, nos dará el retrato ideal de la mujer, el de la mujer con quien se había de casar, doña María de Bazán: . . . mostrando / en su sosiego discreción madura.

[22] Canto XXVIII, est. 24.

XUM

iba a fructificar y lo que no. Admiremos más bien esta su invención transcendente: la dramatización de la intriga en torno a dos ejes, la muerte y el deshonor, siempre inminentes.

* * *

No para aquí la deuda del género de la novela al poema épico. Para actuar sobre estos dos resortes inventa Ercilla dos medios en adelante casi imprescindibles: el disfraz y el villano.

Mujeres disfrazadas ya se encuentran en las letras italianas (Boccaccio, Boyardo, Ariosto),[23] en la *Diana*, de Montemayor,[24] en *Los Engañados*, una adaptación teatral del italiano por Lope de Rueda (1556) [25] y en los cuentos de Timoneda. Pero van en busca de sus amantes para satisfacer sus malas pasiones, y como el amor les quitó la discreción y el pudor, no tienen nada que perder que ya no estuviera perdido. Son aventureras. Glaura, al contrario, si se disfraza es para escapar al estupro de la soldadesca y reunirse con su esposo.

Sabe el peligro que corre constantemente su honor, ya que la asaltaron con violencia indebida su malvado primo Fresolano y luego otros dos villanos, y, por cierto, negros villanos, villanos negros. Quedamos perplejos ante esta arbitrariedad o genialidad de Ercilla. Entre todos los codiciadores lujuriosos que abundaban en el ejército escoge a dos negros. ¿Será otro homenaje a la verdad del caso? [26] Aun si fuera tal, notemos que insiste en el color de sus malvados como si quisiera eximir a los españoles de aquel crimen. Sobre todo, siente como la necesidad de introducir en su episodio a la infamia para que resalte la virtud, a antihéroes para dar más relieve a los héroes.[27] ¡Cuánto abusaron los futuros novelistas de la ingeniosa fórmula de Ercilla! Los novelistas románticos fundarán en

[23] No pudo conocer las novelas (llamadas después *trágicas:* Salamanca, 1589) de Bandello sino en las adaptaciones de Timoneda.

[24] Episodio de Felismena y Félix tomado de Bandello.

[25] Editada por Timoneda en 1583 después de publicada esta segunda parte de *La Araucana.*

[26] Es muy probable. Literariamente un agresor bastaba. O bien tres agresores si se tratara de ensalzar la hazaña de Cariolán.

[27] Ya en la Diana había salvajes que atacaban a tres ninfas. Pero salva a éstos una mujer, Felismena. La situación no puede ser más diferente.

ella su antagonismo sistemático de las fuerzas del bien y de las fuerzas del mal. De este abuso respondan ellos, que no de su uso el perspicaz Ercilla.

Como presenciaba cada día el choque sangriento de los hugonotes y de los "ligueurs", Bandello, obispo de Agen, tiende a dar a sus intrigas, por italianas que sean, un desenlace sangriento, trágico. Pero Ercilla va mucho más allá en ese sentido, ya que concibe el episodio como una serie de peripecias, o sea la acción como una serie de golpes de teatro. Por ejemplo, Glaura escapa por instantes a las violencias de Fresolano gracias a la intervención inesperada de los españoles, verdaderos *Dei ex machina*. Luego, se suceden rápidamente acontecimientos nunca previstos y de ningún modo previsibles: Cae en manos de dos negros que la despojan de sus vestidos e intentan abusar de ella. Surge Cariolán. Los vence y los mata. Se casan Glaura y su salvador. Huyen en la selva. Vienen los españoles. El joven esposo desaparece en la pelea que luego se arma. Ella le busca. En vano. Se disfraza de hombre. La descubre el capitán Ercilla. Surge el criado de éste, su *yanacona*. Y exclama Glaura:

> ¡O justo Dios!, ¿qué es lo que veo?
> ¿Eres mi dulce esposo? ¡Ay, vida mía!
> en mis brazos te tengo y no lo creo.
> ¿Qué es esto? ¿Estoy soñando o estoy despierta?
> ¡Ay, que tan grande bien no es cosa cierta! [28]

Más trágica no puede ser una novela.

Subrayemos otro rasgo de la pluma de Ercilla. Nunca condena a muerte a sus heroínas, como lo hace con gozo épico con sus héroes. ¿Será tradición literaria? ¿Será su singular ternura por las mujeres? Guacolda y Tegualda desaparecen de nuestra vista después de clamar su desesperación ante la muerte de sus esposos.[29] Fresia también se marcha, rompiendo su enlace con un esposo indigno de su amor. Y Glaura escapa con su Cariolán de entre la pelea cuando Ercilla les

[28] Canto XXVIII, est. 43.

[29] Desesperadas quisieran morir. Pero el católico Ercilla no se lo permite

XUM

devuelve la libertad. Es el final feliz de la "tragicomedia" tal como la va a practicar Lope de Vega unos años más tarde.[30]

* * *

Pero Ercilla no es literato profesional. La calidad de su poema no reside en el agrado de los adornos librescos, sino en su grandeza moral (y en la nitidez de la expresión). ¡Magnífico contrasentido el del capitán español al leer el episodio de Isabella y Zerbino, libertados sucesivamente por Orlando![31] Ariosto atribuía a la casualidad el gesto de su héroe. Ercilla atribuye a la generosidad el gesto del suyo. Es decir, que el español, abandonando la objetividad del narrador, interviene en el relato como personaje y propone al lector su propia escala de valores morales. Muestra cómo un soldado sabe deponer el rigor de las armas en medio del combate para satisfacer lo que debe a su propia alma, afirmando su integridad.

Otra obrita, encantadora, por cierto, le sirvió ahí de guía y de piedra de toque: "la historia de Abindarráez y la hermosa Jarifa" interpolada en el *Inventario* de Antonio de Villegas en 1551 y publicada con él en 1565.[32] Allí, el capitán español Rodrigo de Narváez liberta a un noble moro por espacio de tres días, lo bastante para que éste pueda recoger a su amada Jarifa de casa de su padre, que era reacio a estos amores. Al volver los novios a su poder, don Rodrigo se enternece y les devuelve incondicionalmente la libertad, que lo propio de un caballero "no es robar damas, sino servirlas y honrarlas".

A Ercilla le parece disparatada y fofa esa moraleja final de la novelita. Un soldado de verdad no es caballero andante y no gusta de debilidades sentimentales ni en sí ni en

y detiene su cruel mano, "su rabiosa gana de la muerte". Según él, es "gentílico intento y desvarío" (Canto XXI, est. 10 y 11).

[30] Ercilla tiene una conciencia clara de la virtud literaria del "happy ending": "Visto de Glaura el mísero intento / en felice suceso rematado" (Canto XXVIII, est. 44).

[31] *Orlando furioso*, XIII y XXIII.

[32] Interpolada también en la *Diana* a partir de la edición de 1561. Pero circulaba también en manuscritos y poco tiempo después en una edición suelta. (Medina, 1565).

los demás. Eso es literatura. Ercilla liberta a Cariolán por ser éste su fiel *yanacona,* cuya vida peligraría más que la de nadie en la lucha que se entabla entre españoles y rebeldes araucanos. Y a Glaura la liberta por la admiración que ha suscitado en él su alta calidad de mujer casta, fiel y heroica. Por lo tanto, su acto de gracia viene a ser recompensa de la virtud y se funda en un criterio propiamente moral.

> Amigos, adiós, y lo que puedo
> que es daros libertad yo os lo concedo.

Este desenlace es perfecto coronamiento estético y ético del episodio de Glaura. Pero ahí no se para su vitrud. Pues define con la mayor precisión una actitud y un valor social hasta aquel tiempo informulados, si bien presentes en las profundidades del alma española. Ercilla se propone —y consigue— aclarar y expresar sentimientos colectivos confusos. Y surge de su pluma un esquema de comportamiento que va a ser una de las directrices de su nación [33] en los años, en los siglos por venir. Al hacer esto rompe con la modalidad frívola de las letras italianas o italianizantes: No basta deleitar, hay que aprovechar.[34] También rompe con la falsa objetividad de los novelistas profesionales. Es a la vez narrador y personaje. Y escribe para purgar tanto sus pasiones como las de su público.[35] Todo su poema y este episodio de Glaura en particular los consagra a enaltecer la entereza del hombre nunca corrompida en el servicio de Venus ni en el servicio de Marte.

CHARLES V. AUBRUN.
University of Texas,
Sorbonne. París.

[33] Y por herencia, de las naciones hispanoamericanas, por cierto.

[34] Observamos la misma reacción en Cervantes, también soldado escritor, en sus *Novelas Ejemplares* y en su *Quijote* (Primera parte). Lope también rompe con la tradición y la rutina en su *Arte nuevo* y fija para años y acaso siglos el estilo peculiar del galanteo español.

[35] Véase López Pinciano, *op. cit.,* muy consciente de este tercer papel de las letras, sobre todo en España: la catarsis. "Tres provechos traen estas artes . . .: el uno es alterar y quietar las pasiones del alma a sus tiempos convenientes, el segundo mejorar las costumbres, el tercero. . . el entretenimiento".

XUM

Notas al estilo de Sarmiento

TODOS los críticos de Sarmiento están de acuerdo en destacar que no fue un creador puro, sino un autor de combate que siempre tomó la pluma para la defensa de una idea. También Sarmiento lo ha repetido a cada paso: "Soldado, con la pluma o la espada, combato para poder escribir, que escribir es pensar; escribo como medio y arma de combate, que combatir es realizar el pensamiento" (Prólogo a la *Campaña del Ejército Grande,* XIV, p. 68).[1]

Además, la grandeza de su obra de estadista ha atraído el análisis, el elogio o la polémica, en detrimento del estudio de sus condiciones de escritor. Sin embargo, ya se va formando una corriente de opinión [2] —Giusti, Onetti, Castro, Henríquez Ureña— que plantea la necesidad de considerar en

[1] Todas las citas —excepto las del *Facundo*— están tomadas de las *Obras de D. F. Sarmiento* publicadas con los auspicios del Gobierno Argentino en Santiago de Chile y en Buenos Aires, desde 1885, en 52 volúmenes. Llevan indicado el título de la obra, el volumen en números romanos y la página. El *Facundo* —excepto la Carta-prólogo a la edición de 1851— se cita por el excelente texto preparado y anotado por Raúl Moglia, Ediciones Peuser, Buenos Aires, 1955, con indicación de capítulo y página, aclarándose los casos en que la numeración del capítulo no coincide con la usada en las ediciones más corrientes, para facilitar la tarea del lector.

[2] ROBERTO GIUSTI, "Sarmiento, escritor", *Cursos y Conferencias,* Buenos Aires, octubre-noviembre de 1938; CARLOS MARÍA ONETTI, *Cuatro clases sobre Sarminto escritor,* Tucumán, 1939; AMÉRICO CASTRO, "En torno al *Facundo* de Sarmiento", Sur, Buenos Aires, agosto de 1938; PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Literary Currents in Hispanic America,* Harvard University Press, Cambridge, 1945. Aníbal Ponce, Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones, Ezequiel Martínez Estrada no están interesados preferentemente por su condición de escritor pero le dedican páginas a veces reveladoras.

XUM

primer término la creación artística. Onetti se ha preguntado en qué consistía el que hombre tan poco atento aparentemente al modo de decir las cosas, y tan preocupado por las cosas mismas que debía decir, fuera un artista excepcional. Así, se muestra como enemigo del puro esteticismo, en la polémica que sostuvo con los discípulos chilenos de Bello al atacar los moldes vacíos y las imitaciones hueras:

> Pero cambiad de estudios, y en lugar de ocuparos de las formas, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes o Fray Luis de León, adquirid ideas de donde quiera que vengan, nutrid vuestro espíritu con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época; y cuando sintáis que vuestro pensamiento a su vez se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, y en seguida escribid con amor, con corazón, lo que se os alcance, o que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado, aunque a veces sea inexacto; agradará al lector, aunque rabie Garcilaso; no se parecerá a lo de nadie; pero bueno o malo, será vuestro, nadie os lo disputará ("Segunda contestación a un quidam", I, p. 223).

Aquí encontramos una defensa de su prosa vital, prosa de luchador que se interesa más por la novedad y el empuje renovador de las ideas, que por la corrección y la fidelidad a los modelos. Una defensa del sentimiento y de la pasión, de lo espontáneo y lo instintivo que puede llegar a ser aún más enérgica, con la cual sigue juntamente las tendencias de su particular temperamento y los ideales de la escuela romántica que triunfa en su época. "He escrito, pues, *lo que he escrito* —dice con afirmación rotunda en el prólogo a los *Viajes*— porque no sabría cómo clasificarlo de otro modo, obedeciendo a instintos y a impulsos que vienen de adentro, y que a veces la razón misma no es parte a refrenar" (V, p. 9). Necesidad esencial y profunda que halla su justificación en sí propia por el ímpetu irrefrenable que le dio origen y por el solo hecho de existir.

En las formas que emplea Sarmiento para hablar de su labor de autor hay siempre un borbollear de vida ("el despilfarro de ideas y pensamientos que reclama" la pren-

sa periódica, *Recuerdos de provincia,* III, p. 69; "por retocar obra tan informe, desapareciese su fisonomía primitiva, y la lozana y voluntariosa audacia de la mal disciplinada concepción", Carta-prólogo de la edición del *Facundo* de 1851, *Obras,* VII, p. 16); hay un insistir en el apresuramiento de la tarea ("fruto de la inspiración del momento"..."ejecutada no bien era concebida, lejos del teatro de los sucesos, y con propósitos de acción inmediata y militante"... "páginas precipitadas", *ibidem,* p. 16); hay también un destacar la lucha y muchas veces el placer de la lucha.[3]

Sarmiento en persona parecería dar la razón a los que le juzgan un genio espontáneo y descuidado, hombre de acción más que creador consciente. Pero todo lo que acabamos de recordar no debe llevarnos a olvidar que fue un escritor nato, que sabía lo que quería hacer y cómo lo quería hacer, que era capaz de juzgar a los otros escritores y juzgarse a sí propio, y capaz de sentir en grado sumo el halago de la gloria literaria. En la crónica dedicada a *El rey se divierte,* de Víctor Hugo (II, p. 73) sentenciaba: "El autor que en su obra deja que el fondo domine y sofoque a la forma, es impotente; y el que deja que la forma domine y sofoque al fondo, es charlatán." Aunque hoy no hablemos en términos de fondo y forma, resulta revelador un juicio de la labor literaria que es —en última instancia y por contraste— una definición de poderío intelectual, una afirmación del espíritu del hombre que cuando es un gran artista, se enseñorea de la materia (fondo o forma) de sus creaciones.

Esta y otras manifestaciones que luego veremos, nos impulsan a estudiar la prosa de Sarmiento desde un punto de vista estético, es decir, a destacar los medios expresivos que

[3] Véase la "Primera polémica literaria", I, especialmente pp. 224-226. Es curioso cómo se jacta de su estrategia: "Pero ya que nos veíamos cogidos en la red, quisimos poner la cuestión en términos que removiese los ánimos, suscitase antipatías y aficiones a fin de que todos los que se interesan en esta materia prestasen atento oído a lo que se iba a decir por ambas partes, y no sucediese lo que de ordinario con los trabajos de la prensa periódica, que pasan de día claro delante de nosotros como las aves nocturnas cruzan el cielo en el silencio de la noche, sin que nadie se fije en ellas" (p. 225); "grande fermentación ha causado nuestro artículo del 22 de mayo, y bueno fuera que no hubiéramos logrado nuestro intento cuando poníamos todos los medios de conseguirlo" (p. 226).

XUM

eligió, quizá con mayor conciencia de lo que se cree, para trasmitirnos su mensaje. Por ahora nos limitaremos a algunos aspectos del *Facundo,* sin agotarlos.

IMPORTANCIA DEL PLAN EN EL *FACUNDO*

A primera vista llama la atención la importancia que da al plan de la obra, contra lo que se esperaría de un escritor tildado de improvisar. Consideremos el porqué de dicha actitud. El *Facundo* es un panfleto contra la tiranía de Rosas, pero juntamente es un intento de explicar el fenómeno del caudillismo por las especiales condiciones de la cultura de América —suelo, colonización española, vida pastoril en el desierto. Tiene el apasionamiento de la lucha y la intensidad de una demostración en que se echa mano de todos los medios, desde la estadística hasta la imprecación, para convencer de algo que se ve allí patente como la luz del día, pero que hay que introducir en las mentes reacias de los oyentes sea como fuere. La fuerza y la verdad de lo que dice no admiten dudas para Sarmiento:

> ...si un pobre narrador americano se presentase ante ellos con un libro, para mostrarles, como Dios muestra las cosas que llamamos evidentes, que se han prosternado ante un fantasma, que han contemporizado con una sombra impotente, que han acatado un montón de basura, llamando a la estupidez energía, a la ceguedad talento, virtud a la crápula, e intriga y diplomacia a los más groseros ardides (Carta-prólogo de la edición de 1851, Obras, II, p. 17).

Pero debe probar su verdad. Así acude a todos los resortes del hombre, y llama a su sensibilidad y a su intelecto con esa mezcla maravillosa de pasión y de raciocinio que hay en él mismo. Porque últimamente, lo que se propone es superar la pasión y orientar la acción buscando las razones del mal para encontrar con ellas la respuesta a los problemas de la patria.

Tiene para ello un plan intuido con claridad antes de redactar su libro[4] e irá desenvolviéndolo en páginas y páginas

[4] Pedro Henríquez Ureña dijo de sus libros: "They are solidly built; he wrote them in haste, but conceived their structure complete and harmonious from the start" (obra citada, p. 133).

minuciosas. Sabe, sin embargo, que el lector es desatento, distraído, perezoso y no puede correr el riesgo de que no siga paso a paso la explicación que ha proyectado.[5] Por eso parecería que se apodera de él desde los primeros capítulos y no lo suelta. Por una parte excita su interés con un diálogo constante que no le deja desviar la atención, con preguntas, respuestas, exclamaciones, recursos que subrayan las opiniones, sacudimientos y virajes súbitos, respiros y sorpresas, pausas y nuevas arremetidas. Por otra parte, temiendo que se extravíe entre tantas digresiones y no mantenga el hilo de su razonamiento, le recuerda a cada paso el plan que lo guía para que al final quede claro el camino recorrido y pueda casi acabar con la fórmula tradicional: *quod erat demostrandum.*

En varios pasajes de la "Introducción" expone la novedad de las explicaciones que ha concebido a la arquitectura de la obra:

> Hubiérase entonces explicado el misterio de la lucha obstinada que despedaza a aquella República; hubiéranse clasificado distintamente los elementos contrarios, invencibles, que se chocan; hubiéranse asignado su parte a la configuración del terreno y a los hábitos que ella engendra; su parte a las tradiciones españolas y a la conciencia nacional, inicua, plebeya, que han dejado la Inquisición y el absolutismo hispano; su parte a la influencia de las ideas opuestas que han trastornado el mundo político; su parte a la barbarie indígena; su parte a la civilización europea; su parte, en fin, a la democracia consagrada por la Revolución de 1810, a la igualdad, cuyo dogma ha penetrado hasta las capas inferiores de la sociedad (pp. 10-11).

> ...porque en Facundo Quiroga no veo un caudillo simplemente, sino una manifestación de la vida argentina tal como lo han hecho la colonización y las peculiaridades del terreno, a lo cual creo necesario consagrar una seria atención, porque sin esto, la vida y hechos de Facundo Quiroga son vulgaridades que no merecerían entrar sino episódicamente en el dominio de la Historia (p. 15).

Y al final de esta introducción, en la que critica la biografía de Bolívar hecha con un enfoque europeo, resume su

[5] Recuérdese el texto citado en la nota 3.

Facundo fundado en circunstancias intrínsecamente americanas:

> Razones de este género me han movido a dividir este precipitado trabajo en dos partes: la una, en que trazo el terreno, el paisaje, el teatro sobre que va a representarse la escena; la otra, en que aparece el personaje, con su traje, sus ideas, su sistema de obrar; de manera que la primera esté ya revelando a la segunda, sin necesidad de comentarios ni explicaciones (p. 16).

Quedan, pues, concretadas las causas del caudillismo en la carrera de un hombre típico cuyos antecedentes culturales se desarrollan en la primera parte para recoger en la segunda los resultados fatales de dichos modos de vida. Hasta aquí no advertimos más que el procedimiento usual en muchos autores: la presentación sintética del libro en el prólogo.[6] Ya no es tan común que a través de toda la obra se refiera a ese plan concebido previamente. Sarmiento va recordando por qué le interesa la descripción del suelo. Puede indicarlo en larga digresión teórica sobre la dependencia del medio geográfico, las costumbres y el carácter de los habitantes:

> Hay que hacer notar de paso un hecho que es muy explicativo de los fenómenos sociales de los pueblos. Los accidentes de la naturaleza producen costumbres y usos peculiares a estos accidentes, haciendo que donde estos accidentes se repiten vuelvan a encontrarse los mismos medios de parar a ellos, inventados por pueblos distintos (cap. II, p. 36).

O en una frase certera y breve:

> ...la pampa es un malísimo conductor para llevarla [la civilización] y distribuirla en las provincias, ya veremos lo que de aquí resulta (cap. I, p. 22).

También alude a cada momento a las influencias de la organización de la sociedad:[7]

[6] Lo que no es tan común, tampoco, es el apóstrofe a la sombra de Facundo, al cual nos referiremos al final de este artículo. Para el modo de interpretar la historia en Sarmiento véanse Américo Castro, obra citada, y Tulio Halperín Donghi, "*Facundo* y el historicismo romántico", *La Nación*, Buenos Aires, 23 de septiembre de 1956.

[7] Véase también cap. IV, p. 60.

> Pero esta manera de numerar los pueblos argentinos no conduce a ninguno de los resultados sociales que voy solicitando. La clasificación que hace a mi objeto es la que resulta de los medios de vivir del pueblo de las campañas, que es lo que influye en su carácter y espíritu (cap. I, p. 26).

Constantemente se detiene a sintetizar el trabajo hecho y a proyectarlo en el futuro de la obra. Al finalizar un capítulo suele resumir el camino andado para que el oyente no lo pierda de vista y para subrayar ciertos aspectos fundamentales de su pensamiento que conviene recordar y tener siempre presentes en esa maraña. Después lo incita a continuar con él adelantando lo que le falta desarrollar y que cerrará el ciclo de la demostración. Futuro del libro ligado con el futuro de la patria, camino del lector que es su camino de hombre argentino o americano, de hombre ciego que no ve la realidad porque está inmerso en ella y que no adivina el porvenir de destrucción que le aguarda. Así acaba, por ejemplo, el capítulo III, dedicado a las formas de sociabilidad del gaucho, que precede al de la Revolución de 1810:[8]

> Doy tanta importancia a estos pormenores porque ellos servirán a explicar todos nuestros fenómenos sociales y la revolución que se ha estado obrando en la República Argentina; revolución que está desfigurada por palabras del diccionario civil, que la disfrazan y ocultan, creando ideas erróneas; de la misma manera que los españoles, al desembarcar en América, daban un nombre europeo conocido a un animal nuevo que encontraban, ...La vida de los campos argentinos, tal como la he mostrado, no es un accidente vulgar: es un orden de cosas, un sistema de asociación característico, normal, único, a mi juicio, en el mundo, y él solo basta para explicar toda nuestra revolución. ... He indicado la asociación normal de la campaña, la desasociación, peor mil veces que la tribu nómade; he mostrado la asociación ficticia en la desocupación; la formación de las reputaciones gauchas; ...La revolución de 1810 llevó a todas partes el movimiento y el rumor de las armas. La vida pública que hasta entonces había faltado a esta asociación áraberromana entró en todas las ventas, y el movimiento revolucionario trajo al fin la asociación bélica en la **montonera** provincial, hija legítima de la venta

[8] Compárese cómo empieza el capítulo siguiente (p. 57), cómo acaba el cap. II y comienza el III de la parte primera (pp. 47 y 49). Véase también cap. VII, p. 98 (parte segunda, cap. III en otras ediciones).

> y de la estancia, enemiga de la ciudad y del ejército patriota revolucionario. Desenvolviéndose los acontecimientos, veremos las montoneras provinciales con sus caudillos a la cabeza; en Facundo Quiroga últimamente, triunfante en todas partes la campaña sobre las ciudades y dominadas éstas en su espíritu, gobierno y civilización, formarse al fin el gobierno central, unitario, despótico del estanciero don Juan Manuel Rosas, que clava en la culta Buenos Aires el cuchillo del gaucho y destruye la obra de los siglos, la civilización, las leyes y la libertad (pp. 54-55).

Muerto Quiroga, discute con el lector la necesidad de continuar el libro,[9] porque Facundo es sólo representante de un fenómeno histórico más vasto y ha sido elegido como protagonista por su misma tipicidad[10] y por las posibilidades literarias que ofrece su carácter ingenuo y primitivo. Pero no quedaría completa la requisitoria de la tiranía si no se prolongasen las consecuencias de la barbarie hasta juzgar el gobierno de Rosas, predecir su inevitable caída y vislumbrar la realización de los sueños de paz y progreso de los proscritos.

> Por lo que con su muerte no queda terminada una serie de hechos que me he propuesto coordinar, y, para no dejarla trunca e incompleta, necesito continuar un poco más adelante en el camino que llevo para examinar los resultados que produce en la política interior de la República, hasta que el número de cadá-

9. En la segunda y tercera edición del *Facundo,* Sarmiento suprimió los dos capítulos finales por consejo de Valentín Alsina: "He suprimido la introducción, como inútil, y los dos capítulos últimos como ociosos hoy, recordando una indicación de usted en 1846 en Montevideo, en que me insinuaba que el libro estaba terminado en la muerte de Quiroga" (Carta-prólogo de la edición de 1851, *Obras,* VII, p. 17), pero los repuso en la cuarta edición en castellano de 1874 y así ha seguido imprimiéndose.

10 Para Quiroga como prototipo del caudillismo y la barbarie véanse entre otros pasajes: Introducción, p. 9 y cap. IX, p. 139 (parte segunda, cap. V en otras ediciones). Para el escritor que se muestra eligiendo dentro de los prototipos sus caracteres representativos: "Aquí termina la vida privada de Quiroga, de la que he omitido una larga serie de hechos que sólo pintan el mal carácter, la mala educación y los instintos feroces y sanguinarios de que estaba dotado. Sólo he hecho uso de aquellos que explican el carácter de la lucha, de aquellos que entran en proporciones distintas, pero formados de elementos análogos, en el tipo de los caudillos de las campañas que han logrado al fin sofocar la civilización de las ciudades, y que últimamente ha venido a completarse en Rosas..." (cap. V, p. 79; parte segunda, cap. I en otras ediciones).

veres que cubren el sendero ya sea tan grande que me sea forzoso detenerme hasta esperar que el tiempo y la intemperie los destruyan para que desembaracen la marcha (cap. XIV, pp. 197-198; tercera parte, cap. I en otras ediciones).

Sarmiento llega en este pasaje a expresar la saturación del crimen en un grado imposible de superar, por el paso insensible desde el ámbito del quehacer literario ("hechos que me he propuesto coordinar") al ámbito de las realidades donde se presenta moviéndose entre cadáveres que impiden la marcha y que sólo el ciclo de las fuerzas naturales ("el tiempo y la intemperie") borrarán.

Durante toda la obra marcha acompañado por el lector. A menudo se interrumpe para justificar observaciones que parecerían inoportunas o pueriles: por qué sigue ese plan y no otro, por qué elige ciertos detalles que considera significativos ("No sin objeto hago esta enumeración trivial", cap. I, p. 27), por qué trata en tal momento formas de vida que juzga reveladoras y que luego se irán reproduciendo en el transcurso de la narración ("Aun podría añadir a estos tipos originales muchos otros igualmente curiosos, igualmente locales, si tuviesen, como los anteriores, la peculiaridad de revelar las costumbres nacionales... Andando esta historia, el lector va a descubrir por sí solo dónde se encuentran el rastreador, el baqueano, el gaucho malo y el cantor", cap. II, p. 47). También suele volverse hacia atrás y enlazar los personajes últimos con los prototipos de las primeras páginas patentizando la perfecta coherencia de su relato (La Madrid es "el cantor de que hablé en la primera parte", cap. VIII, p. 112; segunda parte, cap. IV de otras ediciones. "Si el lector se acuerda de lo que he dicho del capataz de las carretas, adivinará el carácter, valor y fuerzas del Boyero", cap. XI, p. 151; segunda parte, cap. VII de otras ediciones).

Constantemente comenta el historiador la selección y ordenamiento[11] que lleva a cabo entre los datos que la realidad le ofrece, ya eligiendo por razones estéticas ("Sacrifico la relación [de infamias] a la vanidad de autor, a la pretensión literaria. Diciendo más los cuadros saldrían recargados, inno-

11 Véase nota 10.

bles, repulsivos", cap. VI, p. 95; segunda parte, cap. II de otras ediciones); ya desechando por razones éticas; ya siguiendo criterios de agrupamiento que le inducen a sacrificar la cronología y a guiarse por el interés de lo que desea probar ("Como mi ánimo es sólo mostrar el nuevo orden de instituciones que suplantan a las que estamos copiando de la Europa, necesito acumular las principales, sin atender a las fechas", cap. XIV, p. 205; tercera parte, cap. I en otras ediciones). Así surge con nitidez una visión abarcadora de la obra toda, que calcula al desarrollar un pasaje lo que conviene tratar en él y lo que debe dejarse para capítulos posteriores:

> No entraré en todos los detalles que requeriría este asunto ... La vida de Facundo Quiroga nos proporcionará ocasión de mostrarlo en toda su desnudez. Lo que por ahora necesito hacer notar es que, con el triunfo de estos caudillos, toda forma **civil**, aun en el estado en que las usaban los españoles, ha desaparecido totalmente en unas partes; en otras, de un modo parcial, pero caminando visiblemente a su destrucción (cap. IV, p. 61).

Digámoslo ya bien claramente. Lo importante no es que Sarmiento haya redactado su libro con una armazón consciente y calculada: muchos lo han hecho antes que él; aunque ya resulta curioso que se haya conducido de ese modo un autor del que se afirma que creó sin plan, al azar de lo que iba escribiendo día a día mientras le arrancaban de las manos las cuartillas para llevarlas a la imprenta. Importa más que Sarmiento no se haya contentado con proceder así, y que haya recalcado también que procedía así y por qué procedía así. Lo singular es que haya sentido la necesidad de incorporar a su obra el comentario de cómo la realizaba.

Creemos que lo hizo por varios motivos. Sin duda vivió la originalidad de su intento[12] —explicación de un fenómeno americano por circunstancias americanas— y quiso destacarlo con el orgullo del escritor consciente de su propio valer como

[12] Era sin duda la idea de la Asociación de Mayo ("El caudillo es el hijo del desierto y el desierto es lo que hay que conquistar"), pero le pertenecía la gloria de haberla desarrollado y sus compañeros de generación lo reconocían. Sus vidas de Aldao y Quiroga son para Echeverría: "lo más completo y original que haya salido de la pluma de los jóvenes proscriptos argentinos" *(Ojeada retrospectiva)*.

una exaltación y defensa de su labor. Además, siendo el libro íntegro un diálogo con su pueblo, argentino, chileno, americano, y aun con los poderosos de Europa, necesita que la demostración quede nítidamente delineada para llegar a convencerlos. Por otra parte, justificar un detalle es no sólo integrarlo en el conjunto del alegato, sino subrayar indirectamente la importancia del tópico colocándolo en un primer plano. A Sarmiento lo guían, pues, en este comentario paralelo a la narración de su historia, dobles motivos estéticos y activos.

RELACIONES DEL AUTOR, EL LECTOR Y LOS PERSONAJES

La sensación extraordinaria de literatura viva, espontánea, jugosa, que produce el *Facundo* nace en buena parte de la imposibilidad de juzgarla desde afuera porque nos vemos arrebatados por el torbellino de esa realidad allí evocada. Su prosa se despliega en un doble juego de tensiones: Sarmiento-lector, Sarmiento-personajes, todos incorporados a la obra, todos metidos dentro de ella, dialogando, imprecando, desplazándose por la vasta geografía de la Argentina, borradas las fronteras de la obra literaria porque todo es vida —y algo mucho más terrible— todo es nuestra trágica vida de argentinos y americanos. Veamos el primero de estos tres elementos así incorporados: autor, lector, personajes.

A Sarmiento no le basta conformar enteramente el libro con su poderosa personalidad, tiene que manifestar en voz alta su opinión. Unas veces la razona con cierta amplitud:

> Creo que el cargo [de vanidad nacional entre los argentinos] no es del todo infundado, y **no me pesa de ello.** ¡Ay del pueblo que no tiene fe en sí mismo! ¡Para ése no se han hecho las grandes cosas! ¿Cuánto no habrá podido contribuir a la independencia de una parte de la América la arrogancia de estos gauchos argentinos que nada han visto bajo el sol mejor que ellos, ni el hombre sabio ni el poderoso? (cap. I., p. 32).

Otras intercala, simplemente, una exclamación o una breve

frase que se le escapa[13] —mejor dicho, que deja estampada en la forma ingenua de la exclamación que se escapa— porque predomina en él una estética de lo espontáneo[14] y libre que se traduce no sólo en la elección y en la valoración de los temas, sino también en el modo de narrar. Así se desahoga con un "¡Dios mío!" desesperado (Introducción, p. 12) cuando le dicen que es inútil luchar contra la fatalidad encarnada en Rosas, o con un irónico "¡Bendito sea Dios!" *(ibidem)* ante la ceguera y la estupidez con que Guizot trata los problemas americanos, o con un combativo "¡Qué ilusión!" (cap. XV, p. 230; tercera parte, cap. II en otras ediciones) contra la astucia dominadora de Inglaterra.

Tampoco falta el comentario a su tarea de escritor y la manifestación del placer que le produce ("el carácter del protagonista de aquel sangriento drama hace demasiado a mi asunto para que me prive del placer de introducirlo", cap. XI, p. 157; segunda parte, cap. VII de otras ediciones), goce estético-vital que nace al encontrarse con un tipo americano que confirma su tesis y que tiene además su adhesión de artista que se recrea en lo natural.

Sarmiento tiene una forma apasionada de sentir las ideas y de transmitirlas a los demás con la fuerza del convencimiento de lo que se ha vivido, para que queden en las mentes ajenas con la misma tensión dominante que tuvieron en su creador. Pero vuelve a llamarnos la atención no tanto el que haya pensado apasionadamente y haya querido luego actuar sobre el

[13] Compárese con las interjecciones: "¡Cierto!", "¡Qué!", "¡No!" de la Introducción, pp. 12, 13 y 14, o con las preguntas del final de la parte primera, cap. IV, p. 67.

[14] Para su preferencia por las formas espontáneas en la vida y en la literatura o por los contrastes de refinamiento y primitivismo, que desarrollaremos en estudio aparte, véanse: cap. XIV, p. 197 (parte tercera, cap. I en otras ediciones); Introducción, p. 9; cap. V, p. 80 (parte segunda, cap. I en otras ediciones); cap. VIII, p. 112 (parte segunda, cap. IV en otras ediciones). En un pasaje de sus *Viajes* se muestran vivamente estas preferencias literarias, traducidas a la vez en un lenguaje de lo natural: "Echeverría describiendo las escenas de la pampa, Maldonado imitando el llano lenguaje, lleno de imágenes campestres del cantor, ¡qué diablos! por qué no he de decirlo, yo, intentando describir en Quiroga la vida, los instintos del pastor argentino, y Rugendas, pintando con verdad las costumbres americanas; he aquí los comienzos de aquella literatura fantástica, homérica, de la vida bárbara del gaucho..." (V. p. 61).

lector para contagiarle su pasión, sino el que se valga de la exposición de su experiencia obsesiva para alcanzarlo. Entonces el efecto surge de desplegar ante nuestros ojos su propio proceso de pensamiento-pasión:

> ¿Dónde, pues, ha estudiado este hombre el plan de innovaciones que introduce en su **gobierno**...? Dios me perdone si me equivoco, pero esta idea me domina hace tiempo: en la **estancia de ganados**, en que ha pasado toda su vida, y en la Inquisición, en cuya tradición ha sido educado... Si esta explicación parece monstruosa y absurda, denme otra... (cap. XIV, p. 207; parte tercera, cap. I en otras ediciones).

Así queda incorporado al relato Sarmiento autor, agonista de su obra, que la medita y la sufre al mismo tiempo con intensidad insostenible y se vuelca entero —persona y escritor— en el libro. Por último puede llegar a presentarse en la cima del sufrimiento y de la indignación rompiendo toda la disciplina mental que se ha impuesto para comprender el fenómeno del caudillismo por el ejercicio del intelecto:

> ¡No es posible mantener la tranquilidad de espíritu necesaria para investigar la verdad histórica, cuando se tropieza a cada paso con la idea de que ha podido engañarse a la América y a la Europa tanto tiempo con un sistema de asesinatos y crueldades tolerables tan sólo en Ashanty o Dahomay, en el interior de Africa! (cap. IV, p. 60).

Con su lenguaje conversacional, directo, se vuelca en la narración ("lo diré todo de una vez", cap. XIII, p. 177 o parte segunda, cap. IX en otras ediciones; "es cosa de nunca acabar" cap. XIV, p. 202 o parte tercera, cap. I en otras ediciones) avanza entre exclamaciones, preguntas, respuestas, y aun se vuelve sobre lo dicho y se corrige para realzar aun más la espontaneidad de la pluma ("concluyeron por llamarse *federales* y unitarios. Miento, que no concluye aún la fiesta: que a don Juan Manuel Rosas se le ha antojado...", cap. VII, p. 108; parte segunda, cap. III en otras ediciones).

Parecería que a Sarmiento no le bastan los cortes del hilo discursivo donde se asoma y nos cuenta qué siente, qué opina, cómo se desespera ante lo que va contando. Todavía tiene que

realizar algo más: la incorporación dinámica de su persona a la aventura. En esta obra de tempo acelerado como de tromba que se despeña, Sarmiento, testigo y relator de los hechos, se presenta también en movimiento desplazándose materialmente en la vasta geografía de la república, saltando de un lugar a otro para asistir afiebrado al sucederse de los acontecimientos: "Me es preciso dejar a Buenos Aires para volver al fondo de las demás provincias a ver lo que en ellas se prepara. Una cosa debo notar de paso . . ." (cap. IX, p. 130; parte segunda, cap. V en otras ediciones). Y la angustia por la tragedia que se desata se acentúa además porque, si bien los lectores conocen la historia conclusa, el autor la relata minuto a minuto con la ansiedad de quien la va viviendo en la incertidumbre y la amenaza de un futuro temible.

En estos desplazamientos característicos de su estilo, arrastra a los oyentes y, fusionados el *yo* y el *vosotros*, ya somos todos testigos directos del horror, ya hemos roto la barrera que nos separa de la obra, ya hemos dejado nuestros cómodos asientos y nos movemos arrebatados por el mismo ímpetu: "Pero vamos a Atiles, donde se está preparando un ejército para ir a recobrar la reputación perdida en la Tablada . . ." (cap. X ,p. 140; parte segunda, cap. VI en otras ediciones).

Algún momento prefiere dar a los acontecimientos reales la solemnidad y el aparato de las representaciones trágicas, siguiendo una metáfora de larga tradición literaria.[15] Entonces no somos ya los testigos del hecho vivo trasladados al lugar del suceso para asistir anhelantes a algo incierto que, aunque lo suponemos terrible, no podemos prever pues cae en lo inseguro del porvenir. Ahora nos lleva de la mano y seremos los horrorizados espectadores de un drama prefijado que nos sobrecoge con su ejemplaridad: "Por la puerta que deja abierta el asesinato de Barranca Yaco entrará el lector conmigo en un teatro donde todavía no se ha terminado el drama sangriento" (cap. XIV, p. 198; parte tercera, cap. I en otras ediciones).

[15] Para la historia del topos vida-representación teatral véase Ernst Robert Curtius, *Europäische Literatur und Lateinisches Mittelalter*. Indudablemente en Sarmiento, que muestra preferencia por estas metáforas, la idea de la Divinidad ha sido sustituída por una concepción de influencias (suelo, formas de vida, herencia cultural) que determinan el camino seguido por el hombre.

No quedan limitadas a esto sus relaciones con el oyente. Para mantenerlo alerta, le obligará a leer con conciencia sin resbalar sobre las frases y también a pensar por su parte y a colaborar con el autor: "No; lo *que pide es lo que la frase expresa:* tradiciones, costumbres, formas, garantías, leyes, culto, ideas, conciencia, vidas, haciendas, preocupaciones: *sumad todo lo que tiene poder* sobre la sociedad, y *lo que resulte*[16] será la suma del Poder Público pedida" *(ibidem)*. Pero no basta la colaboración intelectual. Al fin lo que se está contando nos atañe a todos, autor y lectores sumergidos en ese mar de sangre: así nos incorpora sin remedio al terror y a la humillación pasando insensiblemente del *ellos* al *nosotros* y al *vosotros*, del razonar o el imaginar al padecer en la propia carne:

> La América entera se ha burlado de aquellas famosas fiestas de Buenos Aires y mirádolas como el colmo de la degradación de un pueblo; pero yo no veo en ellas sino un designio político, el más fecundo en resultados. ¿Cómo encarar en una república que no conoció reyes jamás la idea de la personalidad de gobierno? La cinta colorada es una materialización del terror que os acompaña a todas partes, en la calle, en el seno de la familia; es preciso pensar en ella al vestirse, al desnudarse, y las ideas se nos graban siempre por asociación... ¡Imaginaos una ciudad culta, hombres y niños vestidos a la europea, uniformados dos años enteros con un ribete colorado en el sombrero! ¿Os parece ridículo? ¡No! Nada hay ridículo cuando todos, sin excepción, participan de la extravagancia y, sobre todo, cuando el azote o las lavativas de ají están ahí para poneros serios como estatuas si os viene la tentación de reiros (cap. XIV, p. 203; parte tercera, cap. I en otras ediciones).

Nadie se escapa, ni aun los otros pueblos americanos que juzgan friamente desde su posición de hombres libres la barbarie argentina como los espectadores de un mundo torpe o risible. A ellos también los increpa y los arrastra con la misma amenaza: "¡No os riáis, pues, pueblos hispanoamericanos, al ver tanta degradación! ¡Mirad que sois españoles, y la Inquisición educó así a la España! Esta enfermedad la traemos en

[16] El subrayado es nuestro. Compárese cap. VIII, pp. 115 y 119 (parte segunda, cap. IV en otras ediciones).

la sangre"[17] (cap. VIII, p. 117; parte segunda, cap. IV en otras ediciones).

PREGUNTAS, RESPUESTAS Y EXCLAMACIONES

La tensión Sarmiento-lector, el juego del *yo* y el *tú* o el *vosotros*, el estilo vital, tienen su expresión más característica en las sucesiones de preguntas, respuestas y exclamaciones. Ya vimos que el *Facundo* está pensado con una relación constante entre el autor y el público, y esa relación toma muy a menudo la forma del diálogo.

La pregunta puede ir puesta directamente en boca de los oyentes para manifestar el estupor ante acontecimientos que resultan incomprensibles o para poner objeciones al discurrir del autor. Esto le permite presentarlos como participando en la obra, y además le da pie para desarrollar combativamente y con mayor amplitud sus propios argumentos.

Tras las lecciones de humillación y sometimiento de Quiroga vienen las de Rosas que encarcela en tandas a los habitantes de Buenos Aires hasta que casi la ciudad entera pasa por las prisiones:

> ¿Por qué? ¿Qué habían hecho? ... ¿Qué habían dicho? ¡Imbéciles! ¿no véis que se está disciplinando la **ciudad?** ... ¿No recordáis que Rosas decía a Quiroga que no era posible constituir la República porque no había costumbres? ¡Es que está acostumbrando a la ciudad a ser gobernada; él concluirá la obra, y en 1844 podrá presentar al mundo un pueblo que no tiene sino un pensamiento, una opinión, una voz, un entusiasmo sin límites por la persona y por la voluntad de Rosas! ¡Ahora sí que se puede constituir una República! (cap. VI, p. 93; parte segunda, cap. II en otras ediciones).

A la pregunta ingenua del lector que aun no ha entendido el sistema del terror responde la exclamación brutal que lo trae a la realidad; y la explicación del autor —desarrollada a su vez en preguntas y admiraciones irónicas— repite la fraseo-

[17] Metáfora que entusiasmaría a Unamuno. Este lenguaje de lo que está metido en las entrañas es una de las características de nuestro autor.

logía del tirano que puesta en boca de Sarmiento cobra su pleno sentido de sarcasmo y de tragedia.

Existe otro pasaje que elegimos entre mil, pero que no queremos dejar de citar, aunque incompletamente, porque constituye un verdadero bombardeo de interrogaciones. Primero, los argumentos contrarios del oyente en forma de preguntas repetidas, con ese "¡Dios mío!" intercalado como grito de desesperación de quien quiere hablar porque está cargado de razones y el adversario no le deja. Después, las propias preguntas de Sarmiento, interrogaciones retóricas que son respuestas apasionadas y que cubren una página entera:

> ¿Rosas, según esto, no es un hecho aislado, una aberración, una monstruosidad? Es, por el contrario, una manifestación social; es una fórmula de una manera de ser de un pueblo. ¿Para qué os obstináis en combatirlo, pues, si es fatal, forzoso, natural y lógico? ¡Dios mío! ¡para qué lo combatís! ...¿Acaso porque la empresa es ardua, es por eso absurda? ¿Acaso porque el mal principio triunfa, se le ha de abandonar resignadamente el terreno?... (Introducción, p. 12).

En ciertas ocasiones Sarmiento interroga formulando él mismo los argumentos que el lector propondría como quien está pertrechado de respuestas para cualquier objeción que quieren hacerle y se adelanta a manifestarlas en nombre de los otros y las contesta rebatiéndolas ("¿Os parece esto mucha degradación? No; así son los pueblos; así es el hombre cuando se ha perdido toda conciencia del derecho, cuando la fuerza brutal se desencadena").[18]

El propio autor se desdobla en dos personajes que dialogan con el objeto de presentar vívidamente el desarrollo de su pensamiento. Las conjeturas toman entonces las formas de la interrogación y la respuesta:

> ¿Ha querido [Inglaterra] poner su mano poderosa para

[18] Pasaje de la primera edición, que fue suprimido en la cuarta (Cito por *Obras*, VII, p. 165). La interrogación puede no llevar a veces la segunda persona del plural, sino una pasiva con *se* que indique en forma general lo que la opinión pública pensaría u objetaría: "¿Creeráse que tanta mediocridad es natural a una ciudad del interior? ¡No! Ahí está la tradición para probar lo contrario" (cap. IV, p. 65).

XUM

> que no se levante en el Sur de la América un Estado como el que ella engendró en el Norte? ¡Qué ilusión! Ese Estado se levantará, en despecho suyo, aunque sieguen sus retoños cada año, porque la grandeza del Estado está en la pampa pastora, en las producciones tropicales del Norte y en el gran sistema de ríos de navegación cuya aorta es el Plata (cap. XV, p. 230; parte tercera, cap. II en otras ediciones).

Y como los móviles de la conducta de Inglaterra favorable al tirano le tocan a lo vivo, su figura de luchador se yergue en un lenguaje de la voluntad y de la confianza: borra con una exclamación los planes de dominio, y afirma su fe con el contraste de la lucha constante para renacer de la nada ("aunque sieguen sus retoños cada año") y el ímpetu avasallador de las fuerzas naturales.

Este tipo de frases es tan característico de Sarmiento que no sólo aparece en los momentos dialécticos en que las argumentaciones diversas parecerían pedirlo, sino aun en los casos de la simple narración. Tal la historia de la cinta colorada: "Pero aun quedaba mucho por arreglar. ¿Llevaba uno la cinta negligentemente anudada? ¡vergazos!; era unitario. ¿Llevábala chica?, ¡vergazos! era unitario. ¿No la llevaba?, ¡degollado por contumaz!" (cap. VIII, p. 116; parte segunda, cap. IV en otras ediciones).

La pregunta, según vamos viendo, nunca es un verdadero interrogante —petición objetiva de que se despeje una incógnita—, es la manifestación de un auge de la fantasía o un escape de la emoción y casi siempre un modo de actuar en el oyente. Preguntas y exclamaciones subrayan los conceptos que en una forma neutra requerirían la frase enunciativa, a veces con irónica admonición ("¿No os decía que el terror produce resultados mayores que el patriotismo?", cap. XII, p. 171; parte segunda, cap. VIII, en otras ediciones), otras con una característica saliente de su prosa: el indicar una afirmación enemiga, retomarla, insistir en ella y darle con una nueva luz el verdadero y horrible sentido ("¿No habéis oído la palabra *salvaje*, que anda revoloteando sobre nuestras cabezas? De eso se trata: de ser o no ser *salvaje*", Introducción, p. 12).

El capítulo final del *Facundo* es una profecía del futuro brillante de la Argentina y contiene el programa de civilización

europea que soñaban los proscritos. Está construído en un vaivén de contrastes entre lo que Rosas es y lo que ellos serán. A cada mal de la tiranía se opone un bien en una dialéctica constante. Rosas, destruyendo, colabora ciegamente con la buena causa, por esa vaga creencia de Sarmiento en un orden histórico de compensaciones que acaba por hacer triunfar el progreso. Toda la fuerza voluntariosa de nuestro autor, toda su fe en el porvenir de los justos, está en esos párrafos en que se suceden preguntas tras preguntas, sintetizadoras de los horrores de la tiranía. A cada pregunta responde un "no importa", un "pues bien" que acepta el mal y lo anula deduciendo de él una futura forma de bienestar. Las páginas se continúan en violenta tensión de oposiciones, como si se tratase de una lucha y a cada ataque del enemigo aparecieran nuevos escuadrones de refuerzo y choque. Pero en un momento la pasión es tal que Sarmiento rompe el paralelismo de la construcción, se sale de sus casillas —es decir de su posición de juez y profeta— y pasando insensiblemente de la tercera a la segunda persona se vuelve directamente a increpar al tirano y a dialogar con su personaje aborrecido, nuevamente borradas las barreras entre el escribir y el vivir:

> ¿Ha encadenado la Prensa y puesto una mordaza al pensamiento para que no discuta los intereses de la patria, para que no se ilustre e instruya, para que no revele los crímenes horrendos que ha cometido y que nadie quiere creer a fuerza de ser espantosos, inauditos? ¡Insensato! ¿Qué es lo que has hecho? Los gritos que quieres ahogar cortando la garganta, para que por la herida se escape la voz y no lleguen a los labios, resuenan hoy por toda la redondez de la tierra ... El **americano**, el enemigo de los europeos, condenado a gritar en francés, en inglés y en castellano: "¡Mueran los extranjeros!" "¡Mueran los unitarios!" ¡Eh! ¡Eres tú, miserable, el que te sientes morir, y maldices en los idiomas de esos extranjeros, y por la Prensa, que es el arma de esos unitarios! ¿Qué Estado americano se ha visto condenado como Rosas a redactar en tres idiomas sus disculpas oficiales para responder a la Prensa de todas las naciones, americanas y europeas a un tiempo? Pero, ¿adónde llegarán tus diatribas infames, que el execrable lema "¡Mueran los salvajes, asquerosos, inmundos unitarios!" no esté revelando la mano sangrienta e inmoral que las escribe? (cap. XV, pp. 234-235; parte tercera, cap. II en otras ediciones).

Así llegamos al último de los tres elementos —autor, lector, personaje— que antes citamos. El personaje odiado (Quiroga o Rosas) que nunca fue por entero una figura literaria, es ahora un ser vivo y presente, porque si ya ha muerto, Sarmiento conjurará su cadáver y le insuflará el espíritu vivificador para luchar con él. No necesitamos transcribir la página magnífica y sobrecogedora que abre el libro porque todos la recuerdan. En este momento no le basta a Sarmiento la fe en sus condiciones de artista que sabe dar existencia literaria a un hombre desaparecido, tiene que presentar ante nuestros ojos como una realidad que se desenvuelve ese hecho estético, y traducir su obra de creador por el verbo en un milagro de carne y hueso que nos llene de estupor:

"¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte...!"

ANA MARÍA BARRENECHEA.
Universidad de Buenos Aires,
Instituto de Filología

Nuevo Mundo y Nueva Clío

Con España en América se levanta una nueva musa de la historia: enteramente otra Clío.

El siglo XIX fue por excelencia el siglo de la historia. Esta rama del saber adquiere a lo largo de la centuria los más perfectos instrumentos de investigación. Conviene preguntarse qué idea tenían estos historiadores máximos acerca de las crónicas que siglos antes anunciaron el nacimiento del género histórico.

La idea que los historiadores declaraban tener acerca de las antiguas crónicas, no las recomendaba a éstas ni como buenas, ni como suficientes, ni como veraces. Material deleznable encontraban en ellas los historiadores, documentos que debían sujetarse a la comparación y al análisis con otros. A menudo ya no documentos, sino anti-documentos, o sea la máscara de la verdad, la ocultación del hecho verdadero, el testimonio engañoso y servil. Historiadores hay de los que emprenden obra cíclica, como Cantú, que en el prólogo de su monumental Historia formula con toda rudeza su concepto acerca de las crónicas y de los cronistas. ¿Quiénes eran éstos? Eran dependientes directos del Rey, encargados suyos, de ir escribiendo la historia augusta de la casa reinante. A la sombra del palacio real no podía existir libertad; en tan estrecha dependencia no podía alimentar juicio propio un cronista, por mucha voluntad de hacerlo que tuviese. Y en tiempos de guerras, de banderías, de luchas partidistas, de parcialidades enconadas, bien se advierte que la independencia del cronista no podía existir ni por asomo.

Por fortuna los cronistas de América no se hallan en ese caso. Por primera vez contempla el mundo la aparición de cronistas que no tendrán más compromisos que aquellos de la verdad genuina. No hay razón para que, por el momento, desfiguren los hechos. Vienen a ser, con anticipación de siglos, como los fotógrafos de los acontecimientos.

En los tiempos anteriores existía otra posibilidad de engaño, que no resultaba de la influencia particular de un monarca, sino de la influencia de la mayor o menor cultura del cronista; ocurriendo paradógicamente que con la propia cultura crecía el peligro de que saliera perjudicada la verdad. Nos referimos a ese natural prurito, común a todo hombre de letras, de seguir modelos respetables, aceptadísima cosa, y más cuando dichos modelos pertenecen nada menos que a la antigüedad latina o griega. Surge en el acto, por obra de esta influencia, el no confesado pero evidente propósito de hollar la senda de uno o de otro historiador famoso.

Nuestros cronistas americanos llegan a estas tierras libres de toda influencia clásica. No tienen por qué forzar los caracteres a que se parezcan a los que un tiempo frecuentaron en Tácito, por ejemplo, ni por qué adjudicar discursos de determinados giros a los personajes que encuentran. Se atienen a la verdad exclusivamente. Tampoco admiten compromisos con el público. No era su caso el del novelista o autor de cuentos o fábulas que debe calcular efectos con arreglo a los gustos del editor o de los lectores. En los primeros años de la conquista no hay industria editorial que los determine a ser "sensacionalistas". Quiere decir, pues, que a ellos no les son aplicables las duras sentencias corrientes acerca de los cronistas áulicos.

Da gusto entonces decir que en el cronista americano surge algo nuevo. El no se dirige al público, se dirige al Rey. Y, lo que por primera vez harán los reyes, su único encargo será que digan la verdad toda entera. Si en siglos pasados atendió el cronista a desfigurar los hechos, aquí no tiene otro empeño que el de contarlos con la mayor honradez. Surge por todo ello algo nuevo con estos cronistas nuevos.

Sea porque los primeros acontecimientos resultan mezquinos en hechos de armas u otros sucesos gloriosos, la verdad es

que los cronistas no se reducen a contar anécdotas humanas. Fijan una profunda mirada en la naturaleza, y habrá entre ellos quienes se despreocupan de lo humano y atiendan sólo al mundo vegetal, al mundo mineral y a la fauna de América. Así es como nace un continente para la verdad.

Anotemos ahora otra circunstancia, para el caso plausible. Ninguna crónica se escribe originariamente en latín. Más adelante lograrán los honores de la traducción a la lengua sabia, y sobre sabia, universal en su tiempo. Pero esto en nada modifica los hechos. Y ciertamente; de haber escrito en latín cualquiera de estos cronistas de la buena nueva, dirémoslo así, habría tenido de antemano su frase un empaque solemne y un tono majestuoso, amén de la aproximación a un determinado modelo, con la consecuencia inmediata de un irreparable *anacronismo mental.*

Decimos, pues, que los cronistas quedaron libres de anacronismos mentales, bajo cuyo engañoso influjo los sucesos deben ceñirse al desenvolvimiento de otros muy lejanos, al paso que los caracteres deberán ser también forzados a repetir antiguos caracteres heroicos. Con esto no queremos avanzar que los cronistas de América habrían de ser punto menos que rústicos. Eran hombres cultos. Cual más, cual menos, habían recibido educación; pero no aquella de tipo universitario que conducía a vivir de hinojos ante las letras clásicas. No llegaron universitarios aquí, porque no era el camino de las Indias para los universitarios, sino para los aventureros, para gente de ánimo resuelto, para hombres sin carrera ni profesión asentada. Hernán Cortés, por ejemplo, tuvo estudios en Salamanca, pero los interrumpió y cortó. De haberlos continuado, no habría pasado a la historia como conquistador de México.

Esta es, pues, la situación. Esta cultura media, la que acredita en ellos un especial espíritu de veracidad. Por otra parte, es enorme la responsabilidad de aquel que se dirige a su Rey. ¿Cómo falsear ni siquiera una loca peripecia ante el monarca?

Esta misma calidad trae consigo un especial cuidado en lo externo de las frases, porque es necesario, lógicamente, dirigirse al Rey con el mayor decoro.

Dentro de tales condiciones se está viendo que las crónі-

cas de América tienen que ser —y lo son— a menudo excelentes.

* * *

Conviene ahora distinguir dos posiciones: *la posición de la primera época* y *la posición de la segunda época,* a que las crónicas se refieren.

En el primer momento el cronista enfrenta hechos y cosas que mucho más se relacionan con la naturaleza misma, que con los hombres; y en todo caso, si han de referirse a hombres, éstos no comprometen su juicio fiel.

En la segunda época atiende ya más a los hombres que a las cosas, y no siquiera a hombres considerados fría y objetivamente, sino a partidarios y a enemigos.

Estos dos momentos se notan claramente en los respectivos prólogos de las dos partes de que consta la *Historia General de las Indias,* de D. Francisco López de Gómara.

López de Gómara merece ser considerado como el más típico de los cronistas para nuestro fin, por lo mismo que se propuso abarcar cuanto pudiera en el ámbito de la historia americana. Véase ya lo que dice a los *leyentes:*

> Toda historia, aunque no sea bien escrita, deleita. El romance que lleva es llano y cual agora usan. Los capítulos cortos por ahorrar palabras; las sentencias claras aunque breves. He trabajado por decir las cosas como pasan; si algún error o falta hubiere, suplidlo vos por cortesía, y si aspereza o blandura, disimulad, considerando las reglas de la historia: que os certifico no ser por malicia.

López de Gómara, hombre culto, cultísimo, como buen clérigo, no dejaría de hablar a Su Majestad tan claramente como lo ha hecho con los lectores. He aquí el concepto que forma el insigne historiador acerca de las cosas del Nuevo Mundo y de su descubrimiento:

> Muy Soberano Señor: la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó, es el decubrimiento de Indias... **Nunca nación ninguna caminó tan lejos como España por mar y tierra con las armas a cues-**

tas. Quiso Dios descubrir las Indias en vuestro tiempo; justo es, pues, que Vuestra Majestad favorezca la conquista y los conquistadores, mirando mucho por los conquistados.

Decíamos que en la primera época los cronistas están como maravillados ante el cuadro que se les ofrece. Lo primero que leemos en el texto así lo muestra: "Es el mundo tan grande y hermoso y tiene tanta diversidad de cosas, tan diferentes unas de otras, que ponen admiración a quien bien lo piensa y lo contempla".

Veamos ahora cómo el mismo López de Gómara se comporta en la Segunda Parte de su obra. Ya no son las cosas, ya son los hombres los que se imponen, y así esta segunda parte de la crónica está dedicada al "muy Ilustre señor Don Martín Cortés, Marqués del Valle, hijo del Conquistador". De ahí que le diga:

> A ninguno debo dedicar, muy ilustre señor, la conquista de Méjico, sino a Vuestra Señoría, que es hijo del que lo conquistó, para que, así como heredó el mayorazgo, herede también la historia. En lo primero consiste la riqueza y en lo otro la fama; de manera que andarán juntos honra y provecho.

Y esto más:

> La conquista de Méjico y conversión de la Nueva España, justamente se puede y debe poner entre las mayores historias del mundo, así porque fue bien hecha como porque fue muy grande.

* * *

Nadie lo discutirá. El primero de todos los cronistas de Indias, en el tiempo y en el mérito, es Hernán Cortés, natural de Medellín, hijo, al decir de Cantú, de una familia "noble como el sol y pobre como la luna". Por sus cuatro apellidos pertenecía a la hidalguía española. De ahí que desde un principio se ciudara la educación de este hijo. Lástima solamente que en lo físico se mostrase tan endeble, al punto de que en repetidas ocasiones estuvo enfermo de muerte. No por eso dejaba de tener los gustos e inclinaciones de quien hubiera

XUM

sido el más robusto de los muchachos. En efecto, su propensión natural era el amor a las armas. Flaco y enfermizo, lo era sólo en lo físico; que su voluntad fue de hierro. Se le destinó a Salamanca; debió interrumpir los estudios. Venturosa interrupción.

Pero algo alcanzó, y de seguro que a ese poco aire salmantino le debió mucho Hernán Cortés como escritor. Como quiera que esto sea, lo cierto es que él no estaba para estudios. Había nacido en 1485, y al tiempo de ser mozo andaba en sus albores el siglo XVI, haciendo reclutamiento de almas resueltas a todo. Ya no había dudas respecto de que América configuraba un nuevo mundo. Se acabaron las dudas de Colón; se trataba de un quinto continente que estaba pidiendo civilizadores. Pero previo a todo sería conquistarlo. El premio de los esforzados consistiría acaso en la adquisición de cuantiosas fortunas, y desde luego en la de fama y gloria.

No sueña en otra cosa Hernán Cortés, apenas vuelto de Salamanca, que en empresas grandes. ¿Adónde ir? Hay dos caminos gloriosos; uno corto y otro largo. Uno corto, que es el camino de Nápoles, con el Gran Capitán, Don Gonzalo de Córdoba; otro largo, aventurado, difícil, que es el camino de las Indias.

Este mancebo, que apenas cuenta 17 años, opta por el camino largo, y lo hubiera emprendido con el gran navegante Ovando, que lo preparaba, de no habérselo estorbado una aventurilla con una moza, de cuyas resultas, por saltar una tapia de noche, cayó con gran ruina en tierra y así, en lugar de ocupar la nave con que soñaba, debió limitarse a ocupar, por no breve tiempo, una cama de enfermo.

Es como para decir que durante un tiempo el destino anda en dudas. Se renuevan las posibilidades felices de pasar a Italia, pero las cosas sucederán de manera que deje lo cómodo por lo difícil y que en la flor de la edad juvenil se entregue a la enorme aventura y cruce del Atlántico en dirección a América.

Hemos dicho que Cortés es persona culta, que tiene letras, e incluso letras universitarias; no ocurrirá, sin embargo, que la cultura ahogue en él ese espíritu nuevo de comunicación directa con la verdad, que es la característica de estos hombres.

Es de notar ahora que la mayor parte de los cronistas, y aún de los simples navegantes que cruzaron el océano para venir a América, era gente de tierra firme, no de la costa. No hombres de mar, procedentes de un puerto, que tocan una ribera nueva y se vuelven. El hecho de ser gente de tierra adentro, los predispone a seguir el viaje tierra adentro también en el nuevo continente. De ahí esa profunda atención con que miran, observan y recogen la visión que allí encuentran. Fueron gente de arraigo que tiende otra vez a arraigar.

Escribía Cortés de un modo llano, elegante, sencillo. Pueden señalarse como dignísimos de encomio no pocas descripciones de verdadero esplendor literario. Y realmente es pasmosa la claridad, la tersura de este autor a quien tendríamos que llamar autor epistolar. Los siguientes cronistas no van a ser autores epistolares como Cortés, si bien por las razones antedichas conservarán ese hermoso espíritu de directa comunicación que hay en las cartas.

* * *

¿Y ese tosco, ese claro, ese recio Bernal Díaz del Castillo? ¿Quién es y qué hace, no lejos del Conquistador, esta especie de pedernal transparente? Ese hombre es de los que exploran el continente americano con ojos de soldado, el aventurero típico, que estará en todas partes —en Cuba, en Méjico, en Guatemala—, que participará en combates sin fin, y a la postre, ya cargado de años en Guatemala, no tendrá más mundo que el de sus recuerdos. Que es cuando la indignación le hace autor: la indignación que le produce el libro de López de Gómara sobre la conquista de Méjico, por el conocido hecho de que esta obra enaltece hasta lo excelso la actuación de Hernán Cortés, con olvido del esfuerzo colectivo de tantos conmilitones suyos como figuraron y actuaron en aquellas jornadas. Compañero de armas de Cortés, puede escribir una bien vivida historia de la conquista de la Nueva España. Es interesante verificar cómo, a esta altura de los acontecimientos, la historia gana otro elemento indispensable: el de la crítica, porque en definitiva, cuando Bernal Díaz del Castillo se alza contra la autoridad de López de Gómara ejerce el magisterio de la

crítica histórica, la cual consiste en la confrontación de las palabras del historiador con los hechos mismos consumados. ¿Cómo era admisible, después de la conquista de América, pórtico de una nueva era en el mundo, que la literatura de los viajes retomara el mal camino de los libros de caballerías: esos libros en que todos los hechos y portentos se atribuyen a un solo paladín, capaz de derrotar con la sola fuerza de su lanza, a ejércitos formidables? Algo de esto pasaba, sin embargo, con la manera de ver de López de Gómara. Hernán Cortés llenaba todo el escenario. Pero ¿y los demás? ¿Y todo lo que hubo de iniciativa audacísima en cada soldado? ¿Era posible que tan luego esto no fuera tomado en cuenta?

Cuando Bernal Díaz se decide a dar esta batalla con la pluma, ya era un anciano. Pero ¡qué anciano! De quinientos cincuenta compañeros de armas sólo quedaban con vida cinco, y tanto había combatido en América, que su intervención personal se estimaba en ciento diecinueve combates. Esa es la contextura humana del nuevo cronista; ésta la autoridad de testigo presencial con que levanta su voz.

La obra de López de Gómara, objeto de la embestida, se divide en dos partes de distinta significación. En la primera, lo que le sobrecoge y fascina son las cosas mismas del Nuevo Mundo; en la segunda, ya no son las cosas sino los hombres y sus hechos memorables lo que atrae su atención; con esta singularidad: que a todos los hombres los contempla en uno solo, el héroe, Hernán Cortés. ¿Siempre ha de suceder así en la historia? El hombre acaba por prevalecer siempre sobre el paisaje. Pero con graves consecuencias. Los paisajes dejan independiente la voluntad de quien los describe, al paso que es muy difícil conservar esa independencia ante los hechos de los hombres.

En un principio todo es acuerdo en lo que guarda relación con América. Los paisajes no se discuten. Ni las llanuras ni los montes son capaces de formar partidos. En cambio, la apreciación de la humana conducta, sobre todo cuando se trata de jefes, trae consigo inmediatamente la formación de lo que podríamos llamar *el tribunal de la historia,* y ahí es donde se separan los juicios, divergen las opiniones y sobrevienen las banderías. ¿Cómo, pues, no había de suceder todo

esto con hombres de tanta categoría española como Hernán Cortés, cuando, por otra parte, en torno a su personalidad se movían las grandes fuerzas de la historia, cuando lo vemos comprometido en guerra a muerte con los naturales de Méjico, y al mismo tiempo en no menos terrible y dramática brega con sus compatriotas rivales?

Insistimos. El terreno deja indiferentes a quienes lo contemplan. En cambio el hombre no, porque el hombre va siempre acompañado, en alguna proporción, del drama, y éste despierta por doquier la simpatía humana. Por otra parte, elementos de un sentido novelesco vinieron a suscitar en torno a Cortés un interés vivísimo. Desde su juventud, como lo abocetamos antes, su personalidad es inquieta, vehemente, ardorosa; aptitudes que se duplican en el Nuevo Mundo, donde acaba por delinear la silueta del más audaz de los guerreros que andan al rastro de la suerte, sin ningún desmedro, naturalmente, para su grandes condiciones de organizador y político.

Hay más. El amor se cruza en su camino varias veces: en Cuba se casa con una dama de la corte virreinal, y esto ya da que hablar a las gentes por lo que en ello había de poemático. Más adelante, en plena conquista de Méjico, lo está esperando también la novela amorosa, y por uno como secreto acuerdo que suele haber entre los grandes hechos colectivos y los pequeños dramas individuales con los cuales se alimenta, mucho más de lo que se cree, la gran historia. Es aleccionador el episodio.

* * *

En efecto: había ocurrido en Méjico que la viuda de un cacique importante, del cual le quedaba una hija llamada Malinche, contrajese nuevas nupcias, de las que nació un varón, lo que trajo, como suele ocurrir en ciertos corazones maternos, un desvío para con la hija del primer marido. Crecía esta criatura en el disfavor doméstico, sometida, subyugada, menospreciada de quienes más bien hubieran debido honrarla por su inteligencia, bondad y belleza.

Este dolor oculto en las asperezas de una comarca, decidió el curso de la historia de Méjico. El desvío materno llegó

XUM

a tomar formas de odio. Sólo soñaba la madre con el alejamiento de la niña, y cuando por un azar murió una criada de su servidumbre, más o menos de la edad de Malinche, hizo la madre que aquellas honras fúnebres diesen a entender que la muerta era su hija. Con este arbitrio consiguió venderla a unos traficantes, que la vendieron a su vez al cacique de Tabasco, el cual, por reverencia a Cortés, le hizo ofrenda de esta esclava y de otras compañeras de cuita.

Con estos hechos menudos quedaba sellada la suerte de un imperio colosal.

Doña Malintzin o Marina, nombre con el que fue después bautizada, le es presentada a Cortés, y sobreviene entre ambos una relación amorosa. El genio de Cortés halla en doña Marina la colaboradora indispensable. Con facilidad pasmosa adquiere ella la lengua castellana y asimila en su espíritu los principios morales de la religión que ha abrazado; y como por otra parte, tiene viejas deudas que cobrar con un mundo que hubo de mostrársele inicuo, no será ella quien defienda a Moctezuma y a su imperio.

Era un ser nobilísimo esta doña Marina, como hubo de demostrarlo cuando, ya en tiempos de grandeza, le trajeron prisionera a su madre y a los hijos de su padrastro. Allí se repitió la escena de José y de sus hermanos pérfidos, y todos se encontraron no sólo perdonados, sino además regalados por la generosidad de la dama. Y bien hacemos en llamarla dama, porque más adelante, cuando va a España y se casa con D. Juan de Jaramillo, vive allí como gran señora y como a tal se la trata en la corte.

Se ve claro. Con una historia que se va enriqueciendo de este modo con episodios novelescos y dramáticos, mientras se consuma el cataclismo de un culto para dar espacio a una nueva religión ¿cómo han de quedarse los historiadores impasibles y fríos? Habrá amigos y enemigos, pero sucederá algo más; tendrá que suceder algo más. El mero cronista deberá ser superado.

Así, Gómara representa algo que también tenía que surgir: el historiador propiamente dicho, el hombre que después de acumular materiales, los examina, los considera, los sopesa;

el historiador que deja a un lado las ligeras anécdotas y va en cambio a lo medular de los acontecimientos.

Este hombre y este espíritu es todo lo opuesto de Bernal Díaz del Castillo y de su índole. López de Gómara ha mirado los hechos desde lejos, Bernal Díaz ha estado en medio de la contienda; López tiene una preparación universitaria excelente; tanta, que ha alcanzado el sacerdocio después de largos estudios humanísticos; Bernal, antes bien, es simplemente un soldadote sin más cultura que la del ambiente y la ayuda de algunos pocos estudios de la juventud. Gómara ha estado en Roma; Bernal, una vez en Guatemala, no se ha movido más de su casa; López ha vivido a lo señor y finalmente ha sido el capellán de la familia de Cortés; Bernal no vive más que para sus recuerdos de guerra, y es tan rústico y tan mal habido con las buenas fórmulas, que se acuesta a dormir vestido y armado para no olvidar los hechos pasados.

Por otra parte, Cortés, de regreso a España, vino a añadir a la grandeza de los hechos gloriosos (cumplidos con muchas y terribles culpas que nadie puede disimular), las tristezas del olvido. Todo es sombra. Vio disminuida su fortuna, inutilizados sus esfuerzos de guerrero, y perdido el favor del Emperador que no le concedía audiencias para sus justos reclamaciones. Por ese tiempo se sitúa aquella escena patética de su cortante diálogo con el rey cuando a las puertas de palacio, viendo salir a Su Majestad en la carroza real, se le trepó al estribo, y al preguntarle Carlos V quién era le respondió: "Soy un hombre que os ha dado más provincias en el mundo que todas las ciudades que heredásteis de vuestro padre y abuelo".

He aquí el ambiente en que Gómara se inspira para escribir la segunda parte de su obra, destinada al encomio ditirámbico de semejante varón. Y es apenas lo justo. Un docto, un sacerdote, un hombre cultísimo como Gómara, conocedor de la gran historia, lector de Plutarco, no será quien ignore lo que valen los héroes.

* * *

¿Qué lo movió, después de esta historia a Bernal Díaz, a escribir la suya propia? Aquí se parten las opiniones de los

XUM

historiadores. Unos sustentan haber sido la indignación que le produjo la injusticia de López de Gómara al dejar en olvido a tantos y tantos capitanes de Cortés para exaltar solamente a éste; otros avisan que fue decepción al no hallarse en tales páginas; otros, que la pequeñez de ánimo y el deseo de escatimarle gloria al que a todos había hecho glorioso.

Pero hay un asunto mayor en todo esto, y debe ser dilucidado. Descubrimos algo más que una divergencia de criterios personales. Descubrimos un antagonismo más profundo en estas dos posiciones extremas: la del docto y la del rústico, la del clérigo y la del lego, la del humanista y la del hombre común. Nos referimos a esas dos corrientes que siempre es fácil advertir en España; de una parte la corriente erudita, de la otra parte, la corriente popular; o sean, el mester de clerecía y el mester de juglaría. El caso de la poesía se repetirá en la historia; y así tenemos la que nace ilustre, la que nace literaria, culta, cerebral, y la que sube de la entraña misma del pueblo. Tal lo que pasa con López de Gómara y Bernal Díaz del Castillo respectivamente. Uno nace de la cabeza de Zeus; el otro de su muslo.

Que Bernal Díaz del Castillo represente el mester de juglaría en la historia, se ve clarísimo, por ejemplo, en la circunstancia de dedicar a los caballos embarcados con Cortés en La Habana, todos los pormenores en que ahora mismo se podría complacer un gaucho. Es más todavía; acaso sin las crónicas de Bernal Díaz no habríamos tampoco sabido nada puntual acerca de la famosa doña Marina. Pero a él, no universitario, no clérigo, no docto, le interesa todo lo que pueda interesar al pueblo y lo refiere muy bien. Lógicamente, uno de los puntos que mejor atiende en su crónica es el que atañe a cómo era y quién era Moctezuma. Es frecuente también en Bernal Díaz el apartarse del relato mismo para complacerse en algún paréntesis, de igual modo que con uno u otro pretexto lo hacían los juglares.

Por momentos nos sorprende que esta crónica no esté escrita en octosílabos como los romances del Cid, porque en verdad, sentimos continuamente el romance en las demoras con que va narrando los hechos, deteniéndose muchísimo en

esos mil sucesos menudos que son siempre de la predilección del romancerista.

Prosa viva esta prosa, escrita en lenguaje que parece hablado, en noche de invierno, al amor de la lumbre, después de yantar.

* * *

Honor de España muy grande, haber suscitado con el descubrimiento de América la presencia de una nueva musa en la historia; *musa de la historia;* es decir musa de la más alta conciencia moral de los hombres en estado de colectividad responsable. En la antigua Escandinavia se atribuía propiamente a una divinidad —a la diosa Saga— la creación de la Historia. Era tan alta para ellos esta conciencia de los tiempos, que debió ser creada no por otra diosa que por esa de la Sabiduría, la cual en los divinos banquetes bebía con Odín en copa de oro.

Dijérase que con oro de las Indias labró España la nueva copa de oro para la nueva Clío.

ARTURO CAPDEVILA,
De las Academias Argentinas de Letras y de la Historia.

El Reino Interior de Rubén Darío y *Crimen Amoris* de Verlaine

El horror que Rubén Darío profesa a la literatura en su credo poético es una de esas magníficas mentiras con su esencia de verdad. Lo cierto es que la gran parte de la creación poética de este voraz asimilador de lecturas sugiere influencias literarias, cuyo estudio importa mucho para comprender cómo el poeta convierte lo ajeno en una creación que es "mía en mí".

En ninguno de los poemas del nicaragüense se respira tan plenamente el ambiente del arte, de la literatura y de la erudición como en el *Reino Interior*. El mismo señala y sugiere varias de sus fuentes, y Arturo Marasso ha indicado más precisamente en su excelente trabajo que la inspiración plástica procede de los primitivos italianos, de Botticelli, de los libros iluminados, de los tapices, de los prerrafaelistas; de las *Vidas de Santos* de Fra Doménico Cavalca, la visión del paisaje evangélico; una voz rara, del diccionario de Plowert; de Samain, el concepto del alma como Infanta, y de Poe el de esta Infanta encerrada en su torre terrible; el tema de los Pecados y las Virtudes de la Teología medieval; y del *Crimen Amoris* de Verlaine el concepto de la doble atracción que el hombre siente entre el bien y el mal. Esta última obra es el modelo literario más importante, pero hasta ahora no se ha elaborado un juicio comparativo sobre las dos creaciones para demostrar cómo el discípulo manifiesta su pasmosa originalidad.

"Ninguna página de nuestra lengua alcanza el raro brillo de este alegórico fresco". Concurrimos en este juicio tan ab-

XUM

soluto de Marasso sobre *El Reino Interior*, tanto por la maestría de la representación pictórica que tal juicio parece subrayar, como además, comparado a la fuente verleniana, por la mayor hondura del concepto temático.

El tema del poema de Darío es el despertar del alma al peligroso milagro de la vida en cuyo fondo de color de rosa de los años primaverales, surgen por primera vez a la conciencia los violentos rojos y los puros blancos de ímpetus opuestos. Y esta idea la desarrolla el poeta representando con palabras que roban su virtud al pincel un cuadro de armonía clásica: ante el alma asomada a la ventana de la torre del palacio paterno pasan paralelamente, en desfile, a la derecha de un camino, las siete virtudes, a la izquierda los siete pecados capitales, perdiéndose luego por la vía de rosa pero no sin haber cruzado unas y otros vivas miradas de amor. La Infanta queda pensativa y risueña. Luego se adormece y sueña estremecida con los blancos velos de las Virtudes y con los abrazos apasionados de los Pecados. Nada más, y ¡mucho más!

El asunto de *Crimen Amoris* también versa sobre el dilema de la conciencia ante el Bien y el Mal: el hombre, en forma de un bello y rebelde satán atormentado por preocupaciones morales, rechaza como arbitrario el concepto del pecado, y, para eliminar del mundo el conflicto entre la virtud y el pecado, con el fin de realizar entre los hombres el Amor Universal, prende fuego al edificio de cien torres que representa el infierno en la tierra. Pero alguien fuerte y justo ("Quelq'un de fort et de juste..."), Dios, sin duda, no acepta su sacrificio, aunque colegimos que no ha sido del todo en vano porque la dulce Naturaleza del paisaje nocturno que surge en torno a las ruinas del infierno promete un mundo nuevo.

El poema de Verlaine se inicia con la fiesta de los siete pecados celebrada en un palacio de Ecbatana, nombre eufónico y exótico de la antigua capital de Media, sede legendaria de la suma opulencia oriental. Este palacio es la morada de unos bellos satanes adolescentes. Los convidados son los apetitos, todos los deseos con sus fulminaciones brutales, y hombres y mujeres que bailan estremecidos al compás de un himno epitalámico, uniendo sus voces a la de un coro raudaloso. La bondad no está presente. Ella se ausenta de estas ocasiones,

pero su huella ha dejado un campo florido y un cielo estrellado.

El único que no comparte el regocijo general es el más bello de los satanes. En vano sus hermanos y hermanas tratan de solazarle. Arrancándose de sus brazos cariñosos el bello efebo huye a la torre más alta del palacio. Allí lanza su protesta contra el error que cometió Dios oponiendo los siete pecados capitales a las tres virtudes teologales y arroja su antorcha incendiaria. Los satanes al morir en el holocausto producido por este acto, cantan con gozo porque han comprendido el valor de su sacrificio. Y mientras que el de la antorcha pronuncia una plegaria, retumba el estallido de un trueno. La espléndida mole queda arrasada, pero el sacrificio ha sido en vano porque Dios pudo ver el punto flaco en el orgullo del rebelde.

Después del desastre viene la noche estrellada. Se extiende severo y dulce un paisaje evangélico con frescos arroyos que murmuran y buhos que nadan vagamente en el espacio. Una forma asciende las colinas de la lejanía como un amor que aun no está claramente definido, y la neblina que surge de las raíces parece un anhelo de armonía. Y todo está adorando como un corazón, como un alma y como un verbo, como un amor virginal; todo se abre en éxtasis y clama al Dios misericordioso que nos guardará del mal.

Sin examinar, por el momento, el profundo pensamiento que el plan tan simple de Darío entraña, ni la incierta complejidad conceptual de Verlaine, observemos la disposición de la materia plástica: precisa y proporcionada de una parte; y de otra imprecisa y sin orden.

En *El Reino Interior* advertimos, primero, la cabal simetría, el perfecto equilibrio en el espacio de dos grupos en contraste el uno al otro, dispuestos a la derecha y a la izquierda de un camino, y enfrente de ellos la figura central, la Infanta. Las figuras, cual si fueran vistas por los lentes de un estereoscopio, se perfilan luminosamente en una perspectiva de hondura transparente, lograda por insinuaciones de distancia ("¿Qué son se escucha, son lejano, vano y tierno?") y por el lúcido colorido de las primeras dos estrofas que recuerda a los primitivos italianos ("Azul celeste", "color de rosa", "flora

gloriosa de los cuentos azules", "se diría que el mundo está en flor").

Desde la primera estrofa se ve todo en el instante revelador captado por el ojo del pintor. El ambiente del paisaje está recargado de corrientes vitales. Allí la "selva suntuosa" habitada por el instinto sirve de fondo al primer plano, constituido por una escena de dulzura evangélica donde mora la inocencia. Por este contraste la ambivalencia del ambiente —selva pagana, tierra seráfica— corresponde a la de las figuras principales que respiran su fragancia —las virtudes, los pecados. Cobran vida hasta los elementos decorativos formales de los libros iluminados que el poeta manejó en estantes polvorientos. Se fertiliza la tierra rosada que pintó Fra Doménico Cavalca, exhala perfume la flora de los cuentos azules, y las inmóviles y mudas aves raras que adornaban las márgenes de pergaminos secos alzan el vuelo y levantan el canto.

Cuatro son los colores que predominan en este fresco: el rosado y azul del fondo, y el blanco y rojo de las figuras principales. Nunca se pierden de vista los matices de la dicha: el de la tierra que pinta el Santo, y el celeste. Bañados de su suave luz entran la teoría casta y los efebos criminales y se van del mismo modo:

> Unos y otros se pierden por la vía de rosa,
>
> Y en sueños dice [el alma]: "¡Oh dulces delicias de los cielos!
> ¡Oh tierra sonrosada que acarició mis ojos!"

Contra este fondo azul-rosado se destacan a ambos lados las figuras blancas de las vírgenes y las rojas de los mancebos, brillando sus respectivos colores con una riqueza provenida de sugerencias metafóricas que no puede igualar la representación meramente pictórica. Pero el lenguaje de la poesía, cuyas imágenes se dirigen al ojo interior, aprovecha el poder adivinatorio de las facultades cognoscitivas, superiores a las de la vista, para evocar por medio de la asociación de varios objetos una sola visión, cuyo aspecto esencial es constituido por lo semejante entre cosas distintas.

Dirijámonos ahora al turbio aluvión de sensaciones del *Crimen Amoris*. Fausto de gentío. Nada de economía en la disposición de las figuras. No se indica cómo están agrupados los concurrentes a la fiesta de los pecados porque lo que importa a la fluidez de la forma impresionista es el movimiento líquido de oleadas o el vaporoso de nubes.

Consecuencia de este movimiento es que el contraste se logra consecutivamente. Una impresión sigue a otra: al sugerido efecto policromo de la primera parte del poema sucede el de una blancura borroso de la última parte. Pero en *El Reino Interior* se consigue un contraste *sincrónico*, lo que conviene a la forma estática en que se mantiene el equilibrio de los cuerpos aunque éstos estén en movimiento. ¿Cómo, dadas las limitaciones de las artes temporales cuyo medio es la palabra, limitaciones que imponen el disponer de efectos sucesivamente, imita Darío el sincronismo de las artes plásticas, cuyos elementos, por la naturaleza del medio, se organizan simultáneamente en el espacio? De una parte, comprimiendo los efectos consecuentes, lo que reduce su suma a un efecto total sintético, como se nota en los nueve versos asombrosos de la primera estrofa, cuyo paisaje simbólico representa los diversos componentes psíquicos de la conciencia del poeta: el "azul celeste" (el arte); "la selva suntuosa" (lo pagano, ideal cristiano); "la flora gloriosa de los cuentos azules", "las ramas encantadas", "los papemores" —voz sacada del diccionario de Plowert— y extáticos ruiseñores (el mundo de la literatura). Y de otra parte, cuando la elaboración impide la compresión, se sugiere que el aspecto complementario que queda por aducir se presenta al mismo tiempo. Al leer que

> Por el lado derecho del camino adelanta,
> el paso leve, una adorable teoría
> virginal...

sabemos de antemano que al lado izquierdo está otro grupo para cumplir con el sistema de báscula del plan binario. Y en efecto, la intención simétrica se realiza por medio de un acierto genial: el de dividir la palabra "paralelamente" al fin del primer verso de la estrofa cuarta:

> Al lado izquierdo del camino y paralelamente, siete mancebos —oro, seda, escarlata...

Esta división entre la raíz adjetival y la desinencia adverbial, marca el medio de las dos grandes partes consecuentes del poema, y hasta podría decirse, por la ilusión pictórica, el centro en el espacio.

Pero ¿cómo están situadas las figuras de *Crimen Amoris* en relación las unas con las otras? El poeta no lo precisa. La primera escena se indica sólo en términos generales: "Dans un palais... dans Ecbatane." Aun la mayor precisión al presentar el paisaje de trasfondo ("...la campagne autour se fleurit des roses" y "...la nuit paraissait un diamant") no basta para completar un cuadro organizado en el espacio. Y en la última escena, que sí es completa, predomina lo indefinido sobre lo definido:

> Une campagne évangélique s'étend,
> Sévère et douce, et, **vagues comme des voiles,**
> Les branches d'arbre ont l'air d'ailes s'agitant.
>
> * * *
>
> Les doux hiboux nagent **vaguement** dans l'air
> Tout embaumé de mystère et de prière;
>
> * * *
>
> La forme molle **au loin** monte des collines
> Comme un amour encore **mal défini.**

La indistinta "campagne évangélique" corresponde a la tan específica

> tierra... de color de rosa,
> cual la que pinta fra Doménico Cavalca
> en sus **Vidas de santos,**

tierra directamente descrita en cuanto al color, e indirectamente en cuanto a los otros detalles pictóricos evocados por la referencia a la vida de santos. Del mismo modo evoca Darío los detalles pictóricos "de la flora gloriosa de los cuentos azules", y de los libros iluminados traslada al verso como por

la magia de la calcomanía las "ramas encantadas" colocando en ellas aves raras ("papemores") y ruiseñores ("bulbules") que podemos ver de cerca. A estas letras floreadas trazadas con minio, a esta pintura diminuta, se opone la ambigua pincelada de Verlaine: "las ramas, *vagas* como *velos*".

Por vía de resumen podemos decir, pues, que lo que distingue el poema de Darío, fuera de su profundidad temática, que luego se analizará, es la suma plasticidad en la representación de las figuras, en la pintura del paisaje que les sirve de fondo, y en la ornamentación. Además, al contrario de la indeterminada abundancia asimétrica de *Crimen Amoris* —"unos bellos demonios", "satanes adolescentes (¿cuántos?, "*siete* pecados y *tres* virtudes", "todos los apetitos", "hombres *y* mujeres"— se produce en *El Reino Interior* el económico equilibrio de un escaso y determinado número de figuras dispuestas en un perfecto sistema binario: "paralela-mente"; *siete* virtudes opuestas a *siete* pecados, aquéllas a la *derecha* de un camino, éstos, a la *izquierda*.

Asentemos de una vez que el desequilibrio y falta de precisión verlenianos no son en sí un defecto, ni necesariamente una virtud en sí el equilibrio y la precisión contrarios. Lo que observamos es, en el caso de Darío, un insuperable ejemplar de la forma parnasiana, estática, serena y lúcida, inequívoca; y en el de Verlaine un magnífico modelo de la forma simbolista, flúida, imprecisa, equívoca, turgente; y, sobre todo, en las primeras siete estrofas, el hechizo de la declamación verleniana ("O l'immortel et terrible désespoir!") de su gálica gesticulación, de su bello satán adolescente que tenía "seize ans sons sa couronne de fleurs" (figura que merece perpetuarse en un friso eterno); y de un verso digno de colocarse entre los peregrinos de toda la literatura:

> Et le chagrin mettait un papillon noir
> A son cher front tout brûlant d'orfèvreries.

Comparando el pensamiento de ambos poemas observamos dos diferencias fundamentales: la que distingue los respectivos puntos de vista y la que diferencia la manera de plantear el tema. En los versos de Verlaine, el punto de vista

es el de la Culpa, figurada por un ángel caído; en los de Darío, el de la Inocencia vulnerable, representada por la Infanta de las manos liliales, el alma sin mancha. De ahí que la figura central de *Crimen Amoris* se identifica por su orgullo más con los siete pecados que con las virtudes ("...la bonté... s'en allait des ces choses"), mientras que la Infanta de Darío siente con igual fuerza la atracción de ambos. Al equilibrio logrado en la disposición de los elementos sensibles del *Reino Interior* corresponde el de los aspectos morales; y a la indeterminación de la materia plástica en *Crimen Amoris* corresponde, en la esfera moral, un preponderante satanismo idealizado contra el fondo esfumado de una vaga Bondad.

Pero lo que más llama la atención es que el centroamericano ha desenmarañado la madeja temática de su fuente, reduciéndola a una profunda intuición poética en la que lo callado importa más que lo que se dice. La Infanta, al contrario del demonio verleniano, no es un portavoz que proclama rotundamente las ideas del poeta. Ella queda pensativa y nada más. Su pensamiento no lo sabemos, aunque sí lo podemos adivinar. Pero el Satán de Verlaine es reflexivo, explícito, y didáctico. Este ángel caído descarta con suma confianza la dualidad moral establecida por la tradición ética del mundo occidental, le niega la razón a su profeta principal, rechaza la idea del castigo, sugiere un remedio. Más palabrero que reflexivo nos parece este bello demonio; pero lo poco que dice la Infanta, y, sobre todo, su callar, tan elocuente, nos hace sentir el misterio insondable del problema moral sin determinarlo. En realidad, esta indeterminación ante las cuestiones más difíciles, ¿no es análoga al problema indeterminado de la matemática, aquél que puede tener indefinido número de soluciones, y que, por lo tanto, es infinitamente más complejo que el problema determinado, aquél que no puede tener sino una solución?

El que Darío plantee el problema sin que la engañosa sencillez de su pensamiento se atenga a las arbitrarias resoluciones de la teología medieval que le sirve de fondo tradicional, ni al provisional aspirar verleniano a la eliminación del principio del mal en la existencia, creo que demuestra la profundidad de su pensamiento, y el error de los que, fijándose

demasiado en sus mundos de la sensualidad, es decir, en su erotismo, en su delirio de posesión, en sus centauros, en su mujer única y su mujer múltiple, en la fiesta galante verleniana y en la divina Eulalia, puedan creer que no ascendió nuestro poeta del culto de Venus al de Minerva, o que no llegó nunca a la parte más profunda del océano moral, allí donde se dividen en el centro vertical hacia el abismo, las tinieblas, y hacia el cielo la luz.

EDMUNDO DE CHASCA.
Universidad de Iowa,
Iowa City, Iowa.

XUM

Franklin en el Mundo Hispano

"...esperamos que nuestra América siga produciendo lo que es acaso su más alta característica: los hombres magistrales."

Pedro Henríquez Ureña.

"...una armoniosa multitud humana."

Carl Van Doren.

Préambulo

EN la historia de las relaciones culturales entre el mundo hispánico y el mundo anglosajón americano, Franklin es el único que se destaca como personaje vivo y humano en la galería de los grandes próceres de nuestra epopeya independista. Para el gran pueblo hispano, al menos, la mayoría de los próceres se funden en un único ser, símbolo de las aspiraciones libertarias y democráticas de los rebeldes colonos británicos del Norte. Con la excepción de Wáshington, más tarde celebrado como "el primero en la guerra, el primero en la paz, y el primero en el corazón de sus compatriotas", y de Jéfferson —renombrado como el autor de la "Declaración de Independencia", los demás —Patrick Henry, Thomas Paine, James Hamilton, John Adams— se pierden en la anonimidad colectiva de héroes nacionales. Franklin, al contrario, tocó la conciencia hispánica en toda la elaboración de una fama debida a sus largos contactos personales en Francia e Inglaterra, donde las múltiples facetas de su genio y de su carácter amenazaron colocarle en un plano ya casi legendario. Además,

XUM

fue el único de aquella generación de proto-hombres a ser conocido no sólo como panfletista político, sino también como escritor de estudios de variada índole científica, sociológica y moral. Y ya antes de finalizar el siglo XVIII, su propia autobiografía fue leída por todo el mundo occidental como la del hombre más representativo de la joven república americana.

No fue hasta el segundo tercio del siglo XIX que la primera generación literaria nuestra —Irving, Ticknor, Cooper, Bryant, Longfellow, Prescott— empezó a ofrecerle verdadera competencia a Franklin entre el público lector de habla española y portuguesa. Cabe notar, además, que la popularidad de algunos de esa generación, especialmente de los Irving y los Prescott y mayormente en cuanto a España toca, se debió en gran parte a su dedicado hispanismo y a las íntimas amistades formadas en la misma Península. Por razones inherentes a la época y a las mismas circunstancias de su propia vida, Franklin no se distinguió como hispanista y tampoco le fue dado ni viajar ni vivir en ningún país hispano. Sabemos, empero, que desde muy joven, ya en 1733, aquel autodidacta, que creía firmemente en la eficacia y hasta en la necesidad de hablar varios idiomas, se puso a aprender el español, con miras, sin duda alguna, de que algún día le resultaría útil tal conocimiento. Años después, como uno de los fundadores (1749), Franklin propuso que se incluyera el estudio del español en el programa de la Philadelphia Academy, la que más tarde vino a ser la Universidad de Pennsylvania. Y aunque nunca llegó a dominarlo como lengua hablada, debió seguir interesándose tanto por la cultura como por el idioma de España en vista de que toda su vida se empeñó en obtener impresos en español. Y, finalmente, allí está el nombre "Junto" con que bautizó la sociedad de diez amigos fundada en 1727, es decir, aun antes de que iniciara el estudio metódico del idioma. El "Junto", como es sabido, se transformó en la célebre American Philosophical Society, la cual mantuvo Franklin por unos treinta años y de la cual fue presidente desde 1769 hasta 1790, año de su muerte. Esta sociedad, la más vieja institución científica del país, fue la primera también que estableció y mantuvo relaciones estrechas con el mundo hispánico.

Tal interés por España de parte de Franklin fue lógico y hasta inevitable en aquellos momentos decisivos de nuestra historia nacional cuando el futuro dependía, en gran parte, de la simpatía y del apoyo efectivo que nuestros antepasados pudieran obtener de las naciones tradicionalmente enemigas de Inglaterra. España, por su dominio de vastas regiones americanas, algunas de las cuales figuraban ya como elemento activo en el juego diplomático internacional de Inglaterra y más tarde como estorbo irritante al movimiento expansionista del país, no pudo menos de pedir la atención imperiosa y constante de los más capacitados estadistas americanos de la época. De todos aquellos responsables de formular y establecer las bases del "gran experimento" y de guiar nuestros primeros pasos internacionales, no cabe duda de que tanto dentro como fuera del país, el más popular y el más querido fue el venerable viejo en quien el mundo exterior creyó ver reunidas todas las características que le distinguían ya como el auténtico prototipo del joven pueblo americano. Más que ningún otro, Franklin reunía cualidades y realizaba proyectos que en su conjunto representaban el esfuerzo común de todos sus compatriotas. Por eso, muchas veces la presencia y el mensaje de Franklin iban entrañablemente unidos con los de sus contemporáneos, séanlos Wáshington, Jéfferson, Paine, por representar ellos la más alta expresión de una sola faceta del múltiple carácter y de la variadísima labor del patriarca de toda aquella fructífera generación.

El Leonardo Americano

"Eripuit coelo fulmen sceptrumque tyrannis."

Turgot.

Desde mediados del siglo, a raíz de sus primeros experimentos en electricidad y de haber lanzado su histórica cometa, la fama del nuevo Prometeo que "robó el rayo a los cielos" pronto reverberó por todo el Occidente. En 1753, la Royal Society of London le honró con su medalla de oro, acto seguido

fue el único de aquella generación de proto-hombres a ser conocido no sólo como panfletista político, sino también como escritor de estudios de variada índole científica, sociológica y moral. Y ya antes de finalizar el siglo XVIII, su propia autobiografía fue leída por todo el mundo occidental como la del hombre más representativo de la joven república americana.

No fue hasta el segundo tercio del siglo XIX que la primera generación literaria nuestra —Irving, Ticknor, Cooper, Bryant, Longfellow, Prescott— empezó a ofrecerle verdadera competencia a Franklin entre el público lector de habla española y portuguesa. Cabe notar, además, que la popularidad de algunos de esa generación, especialmente de los Irving y los Prescott y mayormente en cuanto a España toca, se debió en gran parte a su dedicado hispanismo y a las íntimas amistades formadas en la misma Península. Por razones inherentes a la época y a las mismas circunstancias de su propia vida, Franklin no se distinguió como hispanista y tampoco le fue dado ni viajar ni vivir en ningún país hispano. Sabemos, empero, que desde muy joven, ya en 1733, aquel autodidacta, que creía firmemente en la eficacia y hasta en la necesidad de hablar varios idiomas, se puso a aprender el español, con miras, sin duda alguna, de que algún día le resultaría útil tal conocimiento. Años después, como uno de los fundadores (1749), Franklin propuso que se incluyera el estudio del español en el programa de la Philadelphia Academy, la que más tarde vino a ser la Universidad de Pennsylvania. Y aunque nunca llegó a dominarlo como lengua hablada, debió seguir interesándose tanto por la cultura como por el idioma de España en vista de que toda su vida se empeñó en obtener impresos en español. Y, finalmente, allí está el nombre "Junto" con que bautizó la sociedad de diez amigos fundada en 1727, es decir, aun antes de que iniciara el estudio metódico del idioma. El "Junto", como es sabido, se transformó en la célebre American Philosophical Society, la cual mantuvo Franklin por unos treinta años y de la cual fue presidente desde 1769 hasta 1790, año de su muerte. Esta sociedad, la más vieja institución científica del país, fue la primera también que estableció y mantuvo relaciones estrechas con el mundo hispánico.

Tal interés por España de parte de Franklin fue lógico y hasta inevitable en aquellos momentos decisivos de nuestra historia nacional cuando el futuro dependía, en gran parte, de la simpatía y del apoyo efectivo que nuestros antepasados pudieran obtener de las naciones tradicionalmente enemigas de Inglaterra. España, por su dominio de vastas regiones americanas, algunas de las cuales figuraban ya como elemento activo en el juego diplomático internacional de Inglaterra y más tarde como estorbo irritante al movimiento expansionista del país, no pudo menos de pedir la atención imperiosa y constante de los más capacitados estadistas americanos de la época. De todos aquellos responsables de formular y establecer las bases del "gran experimento" y de guiar nuestros primeros pasos internacionales, no cabe duda de que tanto dentro como fuera del país, el más popular y el más querido fue el venerable viejo en quien el mundo exterior creyó ver reunidas todas las características que le distinguían ya como el auténtico prototipo del joven pueblo americano. Más que ningún otro, Franklin reunía cualidades y realizaba proyectos que en su conjunto representaban el esfuerzo común de todos sus compatriotas. Por eso, muchas veces la presencia y el mensaje de Franklin iban entrañablemente unidos con los de sus contemporáneos, séanlos Wáshington, Jéfferson, Paine, por representar ellos la más alta expresión de una sola faceta del múltiple carácter y de la variadísima labor del patriarca de toda aquella fructífera generación.

El Leonardo Americano

"Eripuit coelo fulmen sceptrumque tyrannis."

Turgot.

Desde mediados del siglo, a raíz de sus primeros experimentos en electricidad y de haber lanzado su histórica cometa, la fama del nuevo Prometeo que "robó el rayo a los cielos" pronto reverberó por todo el Occidente. En 1753, la Royal Society of London le honró con su medalla de oro, acto seguido

de repetidos elogios y honores que le prodigaron los más afamados genios y las más grandes instituciones científicas y culturales del mundo. En 1759, la Universidad de San Andrés, Escocia, le otorgó el grado de doctor. En 1762, le fue concedido el mismo alto grado honorario por Oxford, y en años posteriores por las de Dublin y Edinburgh. No pudo contenerse la avalancha de homenajes en honor de un genio fabuloso a quien el mito creciente atribuía toda clase de invenciones nuevas y cuyo nombre venía siendo para el mundo de entonces palabra ya corriente y casera o, como se dice en inglés, "a household word". Y su nombre fue respetado igualmente por todos los hombres de ciencia de su tiempo, los cuales le votaron miembro honorario de casi todas las Reales Sociedades y las academias nacionales de Inglaterra, Francia, Suecia, Italia y Rusia. Por eso, no era sino lógico y natural que también España, en 1784, reconociera su mérito al nombrarle el primer correspondiente americano de la Real Academia de la Historia.

Sería aventurado decir, por faltar datos concretos para el caso, cuándo y cómo el nombre de Franklin primero captó la atención de los peninsulares, y más específicamente de los científicos españoles. Hay, sin embargo, datos convincentes que testimonian su presencia en las colonias veinte años antes de haber sido honrado por la Madre Patria. Sabemos, por ejemplo, que en 1764 el jesuita Benito de Riba, profesor en la Córdoba del lejano virreinato del Río de la Plata, identificó el nombre de Franklin con el de Descartes y Newton.[1] Que ya por varios años la fama de Franklin como científico iba recorriendo las aulas y las bibliotecas de los jesuitas y que sus investigaciones eran objeto de estímulo y de estudio, es fácil comprobar mediante un examen de los archivos universitarios. Los expedientes, las tesis y los discursos académicos revelan que hubo un gran interés en todos los problemas relacionados con la electricidad —reflejo, claro está, del movimiento científico que coronaba la vida intelectual tanto de la Península como de las Américas durante el último tercio del ocaso colonial— y un aprecio general de la contribución hecha por

[1] V. Guillermo Furlong, "The influence of Benjamin Franklin in the River Plate area before 1810". *The Americas*, XII (enero 1956), p. 259.

Franklin no sólo en el terreno de la teoría científica, sino también en el de las invenciones prácticas y útiles. Hubo otros, pues, en el Río de la Plata, tales como Melchor Fernández y Valentín Gómez, entusiasmados admiradores del "físico" de Philadelphia, que dentro y fuera de las aulas explicaban y defendían sus especulaciones científicas. En 1782, al permitir a sus alumnos decidir cuál de las dos teorías sobre el rayo eléctrico entonces en boga, la de Nollet y la de Franklin era la mejor, Fernández se mostró partidario de la del último. Y allá por 1788, Gómez hablaba a los suyos en física de los maravillosos fenómenos eléctricos tan admirablemente descritos por Franklin.[2]

Contemporáneamente con estos "discípulos" rioplatenses hubo otros en casi todos los centros universitarios americanos que, como científicos y catedráticos, divulgaban las teorías de Franklin y dirigían tesis inspiradas en ellas. El archivo de la Universidad de Caracas descubre como tales, por ejemplo, a José Timoteo Llamozas y a José Antonio Bolívar.[3] En el Perú hubo el "gigante intelectual", Hipólito Unánue (1755-1833), quien, como humanista, periodista, legislador, sabio maestro, eugenista, y "Padre de la medicina en América", ofrece un paralelo extraordinario con Franklin, siendo, como éste, no un hombre solo, sino "una armoniosa multitud humana".[4] En el "Elogio de don José de Urrutia", Unánue expresa así su admiración por Franklin y por la obra de sus hermanos próceres: "Pero, ¿qué importa si los anima el espíritu de Franklin? Franklin, cuya sabiduría ha llegado a encadenar los rayos tremendos del cielo, armará la diestra de Wáshington, el norteamericano, con los más fuertes de la tierra."[5] Otro paralelo interesante podría hacerse del fecundo inventor Franklin con el limeño José Moreno, cuyos numerosos diseños e instrumentos por él mismo hechos para sus propios alumnos,

[2] *Ibid.*, pp. 259-260.

[3] V. Carraciolo Parra, *Filosofía universitaria venezolana, 1788-1821*. Caracas, 1934. Citado por Furlong, *op. cit.*, p. 260.

[4] V. Luis C. Infante, "Paralelo entre Benjamín Franklin y don Hipólito Unánue", IPNA, 29 (1955), pp. 30-33.

[5] V. Estuardo Núñez, "Hipólito Unánue y la cultura inglesa y norteamericana", IPNA, 28 (1955), p. 23.

asombraron, según Unánue, a todo viajero europeo que llegara a aquella ciudad, donde ni el uno ni el otro se cansará jamás de hablar del genio Franklin.[6] Y, finalmente, hay que recordar al político y escritor peruano "multánime", Manuel Lorenzo de Vidaurre (1773-1841), que hablaba de Franklin como el "Leonardo americano", viendo en él "un portento extraordinario de conocimiento, pero no... como filósofo de minorías, sino como el sabio benefactor del pueblo y de la humanidad".[7]

Como dinámico hijo de la Ilustración, el economista político chileno Manuel de Salas no pudo menos de venerar a todos aquellos cuya labor científica también sirvió para liberar a América del vasallaje intelectual y cultural del viejo mundo. Hubo que acabar con aquel mito de la dependencia colonial y a ese fin —declaró en 1801— contribuyeron las obras y la justa fama de los Peralta, Franklin y Molina, en cuyas manos la astronomía, la electricidad y la historia habían alcanzado una significación nueva.[8]

Fue en México, empero, donde más hondamente parece haberse arraigado la fama de Franklin, fama debida en gran parte a la divulgación de su nombre y de su obra realizada por su devoto discípulo el padre y doctor José Antonio Alzate Ramírez (1729-1799). Alzate escribió y dictó conferencias sobre casi todos los ramos de la ciencia de su tiempo. Tal interés enciclopédico, característico de parte de todos los verdaderos filósofos naturalistas de la época, se ve manifiesto en su aprecio y en sus traducciones —de las primeras en lengua castellana—[9] de la obra de Franklin, admiración que trans-

[6] V. John Tate Lanning, "The reception of the Enlightenment in Latin América", *Latin America and the Enlightenment*. New York: Appleton-Century, 1942, p. 81.

[7] V. Estuardo Núñez, "Franklin en América hispana", IPNA, 29 (1955), p. 17.

[8] *Escritos de don Manuel de Salas*. I. 608. Citado por Harry Bernstein, "Some Inter-American aspects of the Enlightenment", *Latin America and the Enlightenment*, pp. 55-56.

[9] V. Alzate, "Breve elogio de Benjamín Franklin", *Gaceta de literatura de México*, 13 diciembre 1790, pp. 74-77, donde dice: "...paso a dar traducido uno u otro fragmento, y continuaré en los venideros, porque no veo tenemos en castellano de las obras de Franklin sino uno u otro pequeño fragmento". No sé de estos pequeños fragmentos a que se refiere. A base de unas notas, y del comentario que

mitió al selecto público lector principalmente a través de la *Gaceta de literatura de México*, de la cual era redactor. En las páginas de la *Gaceta* correspondientes a los años 1790-1793, Alzate tradujo extractos de Franklin sobre experimentos relativos al calor que comunican los rayos del sol, a la sensación que los nervios ópticos reciben de los objetos luminosos, a los efectos del aceite sobre el agua turbulenta, al poder que tienen los vegetales para purificar el aire corrompido por los animales, al frío que se experimenta por la evaporación de los licores, etc.[10] Al confesar a los suscritores que le haría falta mucho papel para tratar de las investigaciones e invenciones de Franklin,[11] reveló el aspecto de su labor que más le atraía a él como "físico" práctico y abnegado, aspecto que ensalza en el artículo necrológico, "Breve elogio de Benjamín Franklin", que escribió al recibir la noticia de la muerte del "nuevo Prometeo que robó el fuego al cielo" [12]:

> Sus descubrimientos forman en la física verdadera, en la que es útil a los hombres, una época memorable. No era de aquellos físicos que erizan sus obras con cálculos penosos que alejan a los principiantes del santuario de la física; la experiencia, la observación, los ejemplos eran las fuentes de que deducía Franklin sus descubrimientos, y por esto los acechos de la envidia y de la cavilosidad jamás triunfaron de su mérito.[13]

No cabe duda de que "el nuevo Prometeo americano" llegó a ser conocido y respetado también en otros rincones de la América de aquel entonces: en Cuba, en el Brasil, en Guatemala, aunque falta en tal o cual caso la documentación concreta para probarlo. El hecho de que Mariano Padilla hablara de las investigaciones de Franklin en el campo de la electri-

sigue, estas "primeras" traducciones debieron ser todas del francés: "¡Qué trabajo me ha costado no traducir, sino exponer el sentido legítimo que presentó el autor! El traductor francés confundió las ideas". V. *Gacetas de literatura de México* (Puebla, 1831), pp. 128-136, reimpreso de la *Gaceta* correspondiente a un número no determinado entre el 9 de abril y el 28 de mayo de 1793.

10 V. Bibliografía, *post*, p. 360.

11 V. *Gaceta de literatura de México*, I (1789), pp. 22, 50. Citado por Bernstein, *Origins of Inter-American interest, 1700-1812*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1945, p. 64.

12 *Gaceta de literatura de México*, 20 febrero 1790.

13 *Gaceta de literatura de México*, 13 diciembre 1790, pp. 74-79.

cidad, en el "Discurso para la apertura de las clases de la Pontificia Universidad de San Carlos de Guatemala" el día 16 de octubre de 1842,[14] no debe ser interpretado como indicación de que el nombre de Franklin sólo tuviera resonancia atrasada allá en Guatemala. Más de medio siglo antes hubo contactos directos e indirectos, por ejemplo, entre ilustres hijos y científicos de la Universidad de San Carlos y el College of Philadelphia. El Dr. José Felipe Flores, médico honorario de la Corte, había sido autorizado por la Corona para seguir estudios avanzados en la ciudad de Franklin, donde, en 1797, se puso en contacto con los más distinguidos científicos de la época, entre ellos el eminente médico Benjamín Smith Barton, del College de Philadelphia. Posteriormente, en 1801 y 1802, la *Gaceta de Guatemala* acogió y divulgó los tratados y las ideas de Barton, y también los de sus colegas Rush y Coxe. Para dar el debido realce a este detalle de comunicación científica interamericana, urge indicar que el Dr. José Felipe Flores era colega y discípulo del Padre Goicoechea, uno de los más célebres académicos guatemaltecos de su tiempo, y aun en el Brasil, donde faltó universidad y donde las academias sólo sirvieron de guardianes de la tradición literario-histórica lusitana, la Sociedade Scientífica do Rio de Janeiro, fundada en 1772, bien pudiera haber sido fructífero punto de contacto y de entrada para el nombre y la obra de Franklin.

Las universidades y las distintas gacetas nacionales contribuyeron mucho, pues, al rápido intercambio de ideas y publicaciones de la época. En tal intercambio no pudo faltar ni el nombre ni el espíritu del periodista e impresor de Philadelphia, renombrado fundador y presidente de la American Philosophical Society. Ya antes de 1790, la American Philosophical Society empezó a establecer canje de publicaciones con las academias y universidades hispanas, y también con las nuevas instituciones culturales que florecieron por todo el mundo español desde que se fundó la primera Sociedad de Amigos del País en España en 1766. No sólo hubo canje de publicaciones, sino también contactos epistolares y honores conferidos sobre miembros de una y otra sociedad, como en el

[14] Guatemala: Imprenta de la Paz, 1842.

caso del honor concedido a Franklin por la Real Academia de la Historia en 1784, honor que en 1801 la American Philosophical Society confirió al destacado botánico Alejandro Ramírez, su primer correspondiente científico de la América hispana. Sería difícil exagerar las repercusiones de tal acto en el caso de tan distinguido personaje, quien, entre otros títulos, lucía también, en la labor que le llevaba por tierras del Caribe y de la América Central, los de primer secretario de la Junta de Guatemala y socio de la Real Academia de la Historia.[15] Y, finalmente, no hay que olvidar que la América toda de aquellos años fue invadida por científicos europeos que dieron un impulso incalculable a tales estudios y que sirvieron como un nexo vital entre las ideas y los hombres de todo el mundo occidental. También, pues, en el mundo hispánico de fines del siglo XVIII, como lo había afirmado John Adams con respecto a Europa allende los Pirineos, la reputación de Franklin "era más universal que la de Leibnitz o Newton, de Federico el Grande o Voltaire, y su carácter más amado y estimado que ninguno o todos ellos."

Consta igualmente que la reputación "universal" de Franklin no se limitaba a los círculos académicos y científicos, donde se le elogiaba como el autor de "la más bella teoría" sobre la electricidad. El mismo Adams había añadido que su nombre era tan familiar al pueblo como al gobierno, y "a tal grado que apenas si hubo un campesino o ciudadano... que no estuviese familiarizado con él, quien no lo considerase como amigo de la especie humana". Su reputación alcanzaba igualmente, pues, al hombre común, quien asociaba su nombre a cada paso con toda clase de invenciones útiles para el bien y el confort de la humanidad: la estufa que garantizaba mejor calefacción, más limpieza y mayor economía, y que todavía lleva su nombre; las lámparas que perfeccionó para el alumbrado público; las gafas bifocales; la compañía de bomberos; el pararrayos; y hasta la mecedora, la que tanta satisfacción da a quien, puestas las buenas gafas, está sentado leyendo *El camino de la fortuna* junto a la buen estufa de una casita bien protegida de los rayos por el aparato que dasafiaba a los duendes de la tempestad.

[15] Bernstein, *Origins of Inter-American interest*, p. 56.

La mecedora, y quizá otras invenciones también, bien pudiera haber sido producto de la idolatría desbordante del agradecido pueblo americano. Sea eso como fuere, no había nada legendario, empero, en aquel aparato que fue fruto del célebre experimento en que el práctico e ingenioso Franklin se atrevió a confrontar una de las incógnitas de su tiempo con una cometa, una cuerda y una llave. La fama y la utilidad de aquel pararrayos —sobre el cual Franklin dio un informe ante la Royal Society of London allá por los años 1771-1772— alcanzó a despertar, ya en 1787, la atención de Carlos Cabrer, director de los ingenieros de la lejana ciudad de Buenos Aires, quien recomendó en aquel año que se aprovechara de la invención del gran Franklin para la protección de los edificios y barcos.[16] Nada más elocuente en este sentido, sin embargo, que el tributo de Francisco Miranda por aquellos mismos años. Fue entre noviembre de 1783 y enero de 1784 que el prócer venezolano, en la ocasión de su bien documentada gira por los Estados Unidos, se acercaba a Philadelphia en barco por el Delaware, admirándose de unos "caballos de frisa" que los americanos habían colocado en el río para obstaculizar el paso de la marina británica. Aquellos "caballos de frisa" le solicitaron al recién llegado Miranda este homenaje espontáneo y revelador:

> ...una de las más sólidas, y felizes invenciones que pudo producirse en fortificaciones de esta especie ...por quanto no sería el sublime y general Ingenio del Docto **Frankling** que produjese esta singular invención! el nuevo Sistema de Chimineas en que con una tercera parte de Leña, o carbon de la que comunmente se gasta, se consigue dar mas calôr al quarto ó pieza que se intenta Calentar... el Javon famoso para afeitarse que se vende en Boston con el nombre suio —los conductores para preservación de los Rayos & ... con otro sin numero de invenciones, y descubiertos menores, que aunque no tan brillantes como las de las Leyes de la electricidad, y otras de este jaez, son mucho mas utiles al genero humano, han sido productos igualmente de este grande amigo de la Sociedad...[17]

[16] V. Guillermo Furlong, *Artesanos argentinos durante la dominación hispánica*. Buenos Aires, 1946, pp. 423-424.

[17] *Archivo del General Miranda*. Caracas: Editorial Sur-América, 1929. I, pp. 219-220.

Franklin murió el 17 de abril de 1790. La noticia derramó una tristeza casi instantánea por todo el mundo occidental. Si en Francia la Asamblea Nacional guardó luto por él durante tres días y "lloraron muchas bellas francesas", en la distante ciudad porteña de Buenos Aires y en la Córdoba interior de la pampa argentina se sintió el mismo dolor al saber de la muerte de aquel "grande amigo de la Sociedad", hecho comprobado por una carta fechada el 17 de julio de 1790 en que el fraile dominicano Vicente Miró comunicó al fraile Cipriano Negrete de Córdoba que, al preguntar a tres hombres por qué iban de luto por una calle porteña, supo que eran de Boston y que les dolía la noticia de "la muerte de Mr. Benjamín Franklin".[18]

[18] Del *Archivo del Convento de Córdoba.* Citado por Furlong, "The influence of Benjamin Franklin in the River Plate area before 1810", p. 263. Franklin, el físico, siguió vivo en la memoria del siglo pasado dedicado al Progreso. Ramón Vélez Herrera (1809-1886) le compuso una oda, "A Franklin, inventor del pararrayos", al estilo Quintana-Olmedo, que lleva de lema las palabras de Turgot y que mereció un puesto en *La poesía lírica en Cuba.* La Habana: "El Siglo XX", 1928. II, pp. 189-194. Editado por José Manuel Carbonell. Elogiándole primero como uno de los "osados" —Newton, Copérnico, Colón, Descartes, "Fulton sublime":

Todo cede al poder del hombre osado.
En vano le negó Naturaleza
sus dones prodigiosas...
¡Oh! Franklin inmortal! solo, y guiado
por la luz celestial que te inflamaba,
el vuelo suspendías,
y turbando el reposo de la esfera
esa región sin límites medías,
encadenando el rayo en su carrera.

termina con un tributo al Franklin coronado por Minerva, el que venció los "monstruos tiranos":

¿No es eterna la fama que te abona?
¡El mundo un himno a tu alabanza, entona!
¿Quién más digno que tú? ¿No fue tu vida
de la austera virtud sublime ejemplo?

El mismo concepto de Franklin, ilustrado por la medalla estampada con la divisa de Turgot, inspiró otros versos —no del todo felices— por el español A(ntonio) P(irala):

Y el cetro que un poder torpe, inclemente,
A tu querida patria avasallaba,

El Revolucionario Integral

"...y el cetro a los tiranos".

La inspirada divisa formulada por el Barón Turgot de Francia: "Eripuit coelo fulmen sceptrumque tyrannis" había elevado a Franklin a la categoría de los héroes épicos. Esta divisa embelleció la medalla de nuestro comisario que se vendía en todas partes al llegar Franklin a París en diciembre de 1776. Las dos facetas de su imagen venerada, tan dramáticamente resaltadas en la divisa, repitiéronse en la memoria y en las *Memorias* de todos los que le conocieron, como en el caso de Madame Campan que le caracterizó como quien "reunía a la fama de ser uno de los físicos más hábiles, las virtudes patrióticas que le habían hecho abrazar el papel de apóstol de la libertad".

Muchos eran los "apóstoles" que habían contribuido a la realización del "gran sueño" que para Europa representaba el joven país de entonces. Wáshington había capitaneado las harapientas y mal organizadas tropas, encaminándolas a la victoria final. Jéfferson había redactado la "Declaración de Independencia", piedra angular de nuestra naciente literatura nacional. Y había tantos otros —de quienes la historia habría de guardar perennemente fresca la memoria— Patrick Henry, Thomas Paine, John Adams, James Hamilton, que se habían hecho individual y colectivamente inmortales, en la tribuna o en el campo de batalla, por la espada o por la pluma, dentro

Y cual esclavo grey al pueblo hollaba,
De su dueño rompístela en la frente.

Mas tu genio avanzó en el espacio
Con temerario empeño te lanzaste,
Y el rayo matador arrebataste
Para enterrarle al fin de tu palacio.

¿Qué más trofeos formarán su gloria?
¡Tú, del trabajo y de virtud modelo!...
Brilla tu nombre en el cénit del cielo,
Tu nombre escribe la perenne historia.

Revista histórica (Madrid), I (1851), pp. 295-296.

y fuera del país. Pero por encima de todos elevábase el espíritu del venerable anciano que por casi medio siglo había asistido a todas las asambleas regionales y continentales llamadas a resolver los mil problemas confrontando al pueblo cuando aún era una colonia inglesa. Por ende, una vez firmada la solemne "Declaración" el 4 de julio de 1776, documento en cuya composición Franklin había hecho un papel decisivo, era de esperarse que el Congreso se valiera de él como el compatriota más conocido y estimado en Europa para buscar el apoyo de Francia y otros países continentales, especialmente Holanda y España. En 1785 volvió a su tierra por última vez, después de haber sido el delegado de una y de todas las colonias por más de 25 años de su vida. Medio leyenda ya, la mera presencia del querido y respetado ochentón sirvió para templar las pasiones de los demás, para que de la Asamblea Constituyente de 1787 se levantara la nación unida y fuerte. ¡Cuánto más sentido y valor histórico emanan de palabras como éstas al saber que fueron escritas por quien participó en la redacción de cuatro documentos fundamentales de nuestra gestación nacional: la "Declaración de Independencia", el "Tratado de Alianza con Francia", el "Tratado de Paz con Inglaterra", y la "Constitución de los Estados Unidos de América":

> Dios permita que no sólo el amor a la libertad, sino también una plena comprensión de los derechos del hombre puedan extenderse a todas las naciones de la tierra a fin de que el filósofo pueda sentar pie en cualquier parte de su superficie y decir: "Esta es mi Patria".

Tal, en breve, fue el papel del político y diplomático Franklin, el prócer que arrebató "el cetro a los tiranos". La novedad de su persona humilde y democrática "electrizó la viveza natural de las señoras francesas" y el valer y la fuerza de sus argumentos y de su carácter influyeron poderosamente en la política europea de la época. Esto en gran medida fue la consecuencia inevitable de la presencia de su propia persona familiar y querida en todos los círculos diplomáticos. E inevitable también, no cabe duda, un conocimiento ampliamente generalizado de sus escritos políticos, especialmente en In-

glaterra, donde no había barrera lingüística, y en Francia, donde su obra fue traducida cuanto antes al francés. Pero de ahí a decir hasta qué punto sus ideas tuvieron resonancia allá de donde en gran parte nacieron como herencia de la ideología revolucionaria americana, no es cosa fácil de determinar con toda precisión. Y mucho menos fácil resulta intentar verificar la boga y la influencia de sus ideas en el mundo español de entonces, donde pocos, por contraste, le habían tratado como el delegado persuasivo de los rebeldes colonos británicos o como el portavoz de nuevos conceptos políticos que, por faltarles en aquel momento traducciones al castellano, apenas llegaban al alcance de los que dominaban el inglés y el francés de tales ediciones que circulasen por la Península y por la América hispana. Además, en la ideología liberal y revolucionaria del mundo hispánico del último tercio del siglo XVIII y de las primeras décadas del siglo XIX van entrañablemente fundidas las distintas corrientes de ideas que en su conjunto eran la base de la Ilustración y del liberalismo político que fructificaron en el ejemplo de Francia y en el movimiento independista de las Américas. A menos que el propio autor o las mismas circunstancias precisen una fuente específica para tal o cual concepto del brillante prisma ideológico de aquellos tiempos, resulta tarea ingrata y estéril intentar diferenciar aún aquellas ideas que fueran de indiscutible origen americano, a no decir nada de intentar poner en relieve la figura y la obra de Franklin como prócer y forjador de ideas que contribuyeron a establecer el país sobre sólidas bases filosóficas e intelectuales.

¿Cómo negar, por ejemplo, que el espíritu de Franklin no conmoviera a Tiradentes, aquel joven mártir de la "Inconfidência Mineira", que en el último tercio del siglo XVIII andaba por todo el Estado proclamando orgullosamente que "o Pais de Minas Gerais era o melhor do Mundo" y debía ser "uma república livre e florescente como a dos americanos ingleses?" Además, sabemos que llevaba consigo un libro escrito en francés y publicado en Suiza en 1778 que contenía la "Declaración de Independencia" y otros actos, decretos y leyes que resumían la filosofía política americana elaborada

por Franklin, Jéfferson, y otros contemporáneos suyos.[19] De igual manera, es decir, en francés y en inglés, e inmiscuido en el cuerpo de documentos constitucionales, el mensaje de Franklin captó la imaginación de los liberales emancipadores hispánicos de aquellos tiempos. Fuera de contados fragmentos de algunos tratados científicos, no sabemos de ningún escrito suyo en traducción española hasta la publicación de su *Autobiografía* en 1798 y de los consejos del Buen Ricardo en 1825. Y no hubo nada esencial de Franklin en portugués hasta 1856.

Franklin tuvo escasos contactos personales con gente responsable de países de habla española y portuguesa. Conoció, empero, a algunos en quienes, indudablemente, dejó una impresión imborrable. Hasta qué punto éstos fueron receptivos a sus ideas y en qué medida transmitieron tales ideas a sus contemporáneos, ha de quedarse mayormente en el reino de la especulación. Además, esos contactos siempre tuvieron lugar o en los Estados Unidos o en países al norte de los Pirineos. Franklin nunca puso pie en otras tierras americanas, ni parece haber entrado jamás en España.

El primer contacto que tuvo Franklin con un alto personaje político del mundo español fue con el Conde de Aranda, quien estuvo de embajador en Francia entre 1773-1784. Franklin le buscó a principios de 1777, poco después de llegar a París como embajador nuestro, comisionado para solicitar la ayuda moral y financiera de varios países europeos. El Congreso había proyectado aun nombrarle ministro plenipotenciario en España. Pero Franklin se quedó en París, y fue allí donde inició las conversaciones con el "americanista liberal... de gran influencia en la Corte española", cuyo objeto iba a realizarse luego en Madrid mediante los oficios de John Jay. El nombre de Aranda aparece repetidas veces en la correspondencia que hubo entre Jay y Franklin. No sabemos, empero, cuántas veces se trataron directamente, trato que no pudo haber sido enteramente libre e íntimo en vista de que "Franklin hablaba el francés con dificultad, y Aranda no sabía el inglés". Con todo, parece que, a pesar de la barrera lingüística, "los dos

[19] V. mi estudio *A literatura norteamericana no Brasil*. México, 1950, pp. 3-4.

simpatizaron y entablaron una amistad que duró el resto de sus vidas".[20]

Con esa misma España liberal, Franklin tuvo otro contacto personal que años más tarde dio resultados históricos debidos, en gran parte, indudablemente, a las observaciones hechas y las cosas aprendidas por el Padre Antonio Ruiz de Padrón durante su largo viaje por el país. El momento culminante de aquel viaje debió ser su visita a Philadelphia, donde, en la misma casa de Franklin, conoció también a otros distinguidos intelectuales americanos. Al plantearse la cuestión del futuro de la Inquisición, el Padre Antonio participó decisivamente en los debates que se sostuvieron en las Cortes de Cádiz desde el 22 de abril de 1812 hasta el 13 de febrero de 1813, cuando se decretó abolida una institución que, en las palabras del padre, "era enteramente inútil en la Iglesia de Dios, en contradicción con la Constitución y en oposición al espíritu de la Biblia".[21]

No sabemos que el Conde Pedro Rodríguez de Campomanes (1723-1802), presidente de la Real Academia de la Historia desde 1764 hasta 1791 —es decir, contemporáneamente con Franklin, que lo era de la American Philosophical Society desde 1769 hasta su muerte en 1790— jamás conociera personalmente a Franklin. Consérvanse, sin embargo, dos cartas en la correspondencia de Franklin que iluminan las relaciones entre los dos en el año de 1784, año en que el uno y el otro se propusieron como miembros correspondientes de sus respectivas sociedades. Las dos merecen ser citadas aquí casi *in toto* tanto por el contenido como por el tono de ambos. La de Franklin, fechada en Passy el 5 de junio, reza así:

> I have received much Instruction and Pleasure in reading your excellent Writings... You are engaged in a great Work,

[20] V. José de Onís, "Benjamín Franklin, ciudadano de América", IPNA, 29 (1955), pp. 25-27.

[21] V. *Discusión del proyecto de decreto sobre el Tribunal de la Inquisición.* Cádiz, 1813, pp. 219-232. Citado por J. R. Spell, *Rousseau in the Spanish World before 1833.* Austin: The University of Texas Press, 1938, p. 194. Interesa notar que la *North American Review* publicó largas citas del discurso del Padre Antonio. V. E. F. Helman, "Early interest in Spanish in New England (1815-1835)", *Hispania,* XXIX (1946), pp. 339-351.

reforming the ancient Habitudes, removing the Prejudices, and promoting the Industry of your Nation. You have in the Spanish People good Stuff to work upon, and by a steady Perseverance you will obtain perhaps a Success beyond your Expectation; for it is incredible the quantity of Good that may be done in a Country by a single Man, who will **make a Business of it**, and not suffer himself to be diverted from that Purpose by different Avocations, Studies, or Amusements.

There are two Opinions prevalent in Europe, which have mischievous Effects in diminishing national Felicity; the one, that useful Labour is dishonourable; the other, that Families may be perpetuated with Estates. In America we have neither of these Prejudices, which is a great Advantage to us. You will see our Ideas respecting the first, in a little Piece I send you, called **Information to those who would remove to America.** The second is mathematically demonstrable to be an Impossibility under the present Rules of Law and Religion... in only nine Generations the present Proprietor's Part in the then Possessor of the Estate will be but a 512th, supposing the Fidelity of all the succeeding Wives equally certain with that of those now existing: Too small a Portion, methinks, to be anxious about, so as to oppose a legal Liberty of breaking Entails and dividing Estates, which would contribute so much to the Prosperity of the Country...[22]

A la cual respondió Campomanes, en carta fechada el 26 de julio:

I have received, by the hands of my friend Mr. Carmichael, your estimable letter of the 5th of June, the collection of your miscellaneous writings, and the piece entitled, **Information to those who would remove to America.** All these writings exhibit proofs of their having proceeded from a statesman, endowed with foresight, and vigilant for the best interests of his country, ... (and) for the general happiness of mankind...

The frankness, with which you dissuade people in Europe from emigrating inconsiderately to America, is a proof of your general philanthropy, and of a candor peculiar to a good man, true philosopher, and genuine patriot. You extend this same benevolence to Spain, in your remarks respecting the honour that is due to labour, and against the entailment of estates. The former is now confirmed among us by a recent law, a copy of

[22] *The Writings of Benjamin Franklin.* New York: Macmillan, 1907, IX pp. 221-223.

> which I send herewith, declaring the honourable light in which every description of artisans should be regarded. Labourers were always honoured and favoured by our laws. As to what regards entailments, I refer you to what I wrote in the year I have, at the end of my treatise upon **Mortmain,** in which I think I have demonstrated, that another regulation ought to precede this in the progress of legislation. I add also, that there is some diversity of circumstances between a monarchical and democratical constitution in this respect.
>
> I should have great pleasure in extending these reflections, if time would permit, although your penetration and sagacity would render them unnecessary. The honour conferred upon me by The American Philosophical Society, in electing me a member on the 16th of January, lays me under the pleasing obligation of expressing my gratitude through you, the worthy President of the Society. Desirous of reciprocating in some manner this act of courtesy, I proposed you as an honourary member of the Royal Academy of History, of which I am President. The proposal was responded to by universal acclamation; the Academy feeling in the highest degree honoured by having on its list the name of a man so eminent in the world of letters, and so distinguished for the part he has acted in a Revolution, the most memorable in the history of modern times.[23]

Con lo cual se comprende que aquel ilustre economista y político liberal del reinado de Carlos III no pudo menos de haber sido devoto lector y admirador de la literatura revolucionaria nuestra de entonces, cambiando ideas con correligionarios como el Conde de Aranda y el Padre Ruiz de Padrón y convenciendo a otros que "convenía a España a entrar en relaciones permanentes y democráticas con los Estados Unidos".[24]

Tampoco consta que Franklin entablara amistad personal con hispanoamericanos conocidos en Europa o en los Estados Unidos, o que estuviera en contacto con muchos que vinieron tempranamente a nuestras playas, atraídos por el éxito de nuestro movimiento separatista y por el ejemplo político inmortalizado en la histórica "Declaración". Ya comentamos

[23] *Ibid.*, p. 223. No conozco el original en español.

[24] V. W. C. Ford, *The United States and Spain in 1790*, p. 40. Citado por Bernstein, *Origins of Inter-American interest*, p. 55. A pesar de que nuestras relaciones con Portugal no eran nada cordiales por aquel entonces, ya antes de 1800 la American Philosophical Society había nombrado miembro correspondiente del país al ministro Conde de Caylus, Cipriano Rivera Freire.

sobre la admiración que sentía el dinámico protoprócer Francisco Miranda por el "sublime y general Ingenio" del eminente físico Franklin, pero no hay prueba irrefutable de que jamás llegara a estrechar la mano del que lanzó la histórica cometa. Desde luego, no pudo haber sido cuando su gira por el país durante el período 1783-1784. Franklin estuvo en Europa por aquel entonces. El nombre de Franklin no figura en las largas listas de hombres y mujeres, representativos de los más diversos y más distinguidos elementos —tanto de Charleston, Philadelphia, New York y Boston, como de Londres y París y otras partes— conocidos en los viajes que tan meticulosamente apuntaba el venezolano en sus diarios. Y, sin embargo, hay quienes afirman, o por lo menos insinúan, que Franklin y Miranda se habían tratado de amigos. Cuando, en 1793, Joel Barlow defendió al General Miranda ante el Tribunal Militar de la República Francesa, confesó no conocer él personalmente al prócer venezolano. Apresuróse, empero, a afirmar que todos sus compatriotas intercederían por él. Al hacer mención específica de Wáshington y Franklin, dio a entender que tanto Franklin como Wáshington —y a éste sabemos bien que le conoció Miranda en más de una ocasión— pudo hablar en su favor a base del trato directo: "Mais si Washington ou Franklin étaient ici, ils vous diraient que l' homme que vous allez juger a bien mérité de l'humanité pendant plus de vingt ans, non seulement par ses vertus, mais par les sacrifices qu'il n'a cessé de lui faire." [25] Y ante el mismo Tribunal, Chauveau Lagarde afirmó que entre otros Miranda contaba a Franklin, Wáshington, Hamilton, Paine, Adams, Livingston, "pour amis les hommes les plus recommandables par leurs vertus, leur génie et leurs travaux en faveur de la liberté..." [26] De todos modos resulta obvio que a Miranda no le faltaba tratar directamente a quien ya tenía en alta estima antes de su arribo al país donde hasta una "mosa y no mal paresida" mesonera de Windsor, Connecticutt, le respondió sin dilación que "en su opinión, Franklin era superior a Aristedes..." [27] En Boston, sí, en esa misma gira, su contacto fue

[25] *Archivo del General Miranda.* XII, p. 158.
[26] *Ibid.*, p. 249.
[27] *Archivo del General Miranda.* I, p. 277.

más íntimo. En su visita a los cementerios le gustaba leer las inscripciones sepulcrales, y especialmente la que el doctor Franklin había escrito para la tumba de sus padres, la cual "merece ser transcripta... por su manera y sensillez..." Y la transcribió entera, en el original.[28]

El Archivo confirma que Miranda debió haber sido reconocido por sus contemporáneos como gran admirador y asiduo lector de Franklin. Una carta de Madame D'Eon, fechada en Londres el 23 de enero de 1792, indica muy a las claras que Miranda compartía esa admiración con conocidos de Franklin y que animaba a los dueños de su obra que la permitiese circular en manos ajenas. Madame le pidió perdón, en francés, por haber guardado tanto tiempo la *Vida*, de Franklin, y las *Ruinas*, de Volney, propiedad, según parece, de Piggott, amigo de Miranda, añadiendo que había tomado "des notes sur la vie & la mémoires de Franklin avec qui elle vivait souvent tant à Londres qu'à París... (sic)".[29] Poco después, como preso en La Force, París, esperando ser procesado por el Tribunal Militar, Miranda tuvo amplia oportunidad de discutir estrategia militar e ideas y sistemas políticos con los liberales franceses encarcelados con él. En tales debates debió figurar prominentemente el nombre de Franklin, cuya obra y ejemplo el prócer venezolano habría defendido con notable ardor porque, al suicidarse el "desgraciado amigo" Achille du Châtelet en marzo de 1794, quiso que Miranda heredara, entre otros efectos suyos, sus ediciones de la obra de Franklin, Bossuet, Hobbes, *et al.*[30] Es fácil concluir, pues, que el americano Miranda leyera con suma satisfacción la siguiente sugerencia hecha en una carta fechada en Londres el 19 de noviembre de 1792 en que A. Jardine comenta el papel de Francia y particularmente el de los Estados Unidos en apresurar la caída de las monarquías europeas: "We Europeans ought to invite more of these wise Americans among us. You see Franklin,

[28] *Ibid.*, pp. 320-321.

[29] *Archivo del General Miranda.* VI, pp. 160-161.

[30] V. William Spence Robertson, *The Life of Miranda.* Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1929. I, pp. 145-147.

Paine, Barlow, have scattered more truths of importance among us than all Europe could do for themselves." [31]

Miranda se ofrece como un caso ejemplar del americano en estrecho contacto con los personajes y las ideas de la Europa liberal de su tiempo y, a través de éstos, con aquéllos también que dieron vida a la patria de Wáshington y Franklin. ¿Se puede afirmar que más o menos de manera igual el mensaje político y cívico de Franklin cautivara la conciencia de aquellos jóvenes que en distintas partes de la América misma fundaron sociedades y círculos literarios, de encubiertos fines patrióticos, con el objeto de estudiar las novísimas teorías políticas y determinar los medios con que iniciar un movimiento separatista igual al de las colonias británicas? Ya señalamos que nuestra literatura política llegaba allá en inglés y en francés y que en ella iba representado el pensamiento de Franklin. Pero sabemos, además, que ya a fines del siglo XVIII y a principios del XIX, también circulaban ejemplares de la edición de Londres de 1793 de *Works of the Late Doctor Benjamin Franklin* y del célebre tratado *Rules to convert a small state into a great power, presented to a British Minister in 1764*, éstos en Venezuela, y en Argentina otros tantos ejemplares de la primera en la edición de Charleston de 1798.[32] Muchos de los jóvenes fundadores de aquellas sociedades patriótico-literarias habían viajado y estudiado en el extranjero. Es posible, pues, que a ellos se deba la introducción y difusión de la mayoría de obras extranjeras de tal índole.

Existen catálogos, o inventarios por lo menos, de algunas de las bibliotecas de aquellos fundadores. Una de las más ricas, y de más interés para este estudio, fue la del neogranadino Antonio Nariño (1765-1823), uno de los pocos que en 1793 conspiraban ya de verdad contra la Metrópoli. Desde su primera infancia, Nariño se entusiasmó por la historia de la emancipación de los Estados Unidos, y en su biblioteca dominaban los libros sobre derecho público, matemáticas y física. Se ha dicho que fue de su amor a esta última ciencia que

[31] *Archivo del General Miranda.* VI, p. 218.

[32] V. Furlong, "The influence of Benjamin Franklin in the River Plate area before 1810".

provenía su conocida veneración por Franklin.[33] Es evidente, empero, que no fue atraído sólo por el Franklin científico. Cuando allá por 1793, el neogranadino proyectó establecer un círculo patriótico-literario, quería consagrarlo a "la Libertad, la Razón, y la Filosofía, al Divino Platón, y a Franklin". Pero por haber impreso clandestinamente los *Derechos del hombre*, de Paine, fue perseguido y desterrado, y el proyecto naufragó. Al registrar su casa, encontráronse un cuadro de Franklin en un lugar de honor en la biblioteca, y "los diseños o dibujos con que se proponía adornar la sala destinada a la asociación". Eran éstos "alegorías con inscripciones copiadas de la tumba de Franklin y de las obras de Rousseau".[34]

El caso de Nariño es doblemente interesante por que, sin poder negar el impacto directo de Franklin, se ve muy a las claras que tal impacto vino bien acompañado de otros de notable parecido ideológico, como los de Paine y Rousseau. Por eso, en el momento de querer precisar el significado de tal o cual impacto, se mete uno en un terreno más que discutible. El intento resulta especialmente complicado cuando de Paine y Franklin se trata. ¿Cómo, por ejemplo, analizar el caso del esporádico escritor peruano y político fogoso, Francisco Xavier de Luna Pizarro, primer presidente del Congreso Constituyente de 1822, en cuya biblioteca figuraban al lado de una *Miscelánea* de Franklin el *Federalista* de Hamilton y *Los derechos del hombre de Paine*.[35] Sin documentar una afirmación quizá algún tanto categórica, explícase el dilema en esta forma:

> Indirectamente a través de Paine, hubo de llegar también la acción ejemplar de Franklin en cuanto a la remoción de antiguos prejuicios y eliminación del vasallaje colonial que allí se condenaba, y tal actitud fomentó el espíritu revolucionario de la América hispana, con una fuerza expansiva indiscutible. Al conside-

[33] V. Gustavo Otero Muñoz, *Semblanzas colombianas*. Bogotá: Editorial ABC, 1938, p. 140.

[34] *Ibid.*, pp. 139-140. C. L. Chandler, *Inter-American Acquaintances*. 2 ed. University of Sewanee Press, 1917, p. 16, dice que había entre sus libros un sumario de la revolución americana y una compilación de la ley básica del país, ambos en francés.

[35] V. F. Schwab, "El inventario de la biblioteca de Francisco Javier de Luna Pizarro", *Fénix* (Lima), 7 (1950). Citado por Núñez, "Franklin en América hispana", p. 10.

rarse, en América, y en Europa, sobre todo, el folleto de Paine como escrito por Franklin, se estaba afirmando la acción ideológica de éste y reconociéndose con certeza, por lo menos, el carácter de su verdadera ideología, aun en los escritos de su discípulo y protegido." [36]

Explícita e implícitamente se ha asociado el nombre de Franklin con el de otros muchos próceres de aquellos tiempos —tanto de los años turbulentos de incipiente vida nacional como de fines de la época colonial— reconocidos casi todos como discípulos, o admiradores, por lo menos, de Rousseau. De tanto mayor trascendencia resulta el señalado lazo entre Franklin y Lizardi al afirmar Luis Alberto Sánchez que "El Pensador Mexicano... representa el esfuerzo más eficaz del periodismo al servicio de la Causa emancipadora". La deuda de Lizardi para con Rousseau es notoria.[37] Pero nadie menos que Jéfferson entra allí también: "Bajo la no lejana influencia jeffersoniana, se advierte que fructifica allí el ejemplo de Franklin y su memorable 'Gaceta de Boston' (sic)".[38] Y si por un lado el cauteloso Menéndez y Pelayo recuerda a Franklin, leyendo los diálogos de Jacinto Chano y Ramón Contreras de los poemas gauchescos del bardo patriótico Bartolomé Hidalgo— "describiendo el uno lo que vio en las fiestas de mayo en Buenos Aires, el año 1822, y dando el otro sanos consejos políticos, con sentido común análogo al del *buen hombre Ricardo*",[39] por el otro, tanto él[40] como Spell[41] insinúan por lo menos que el espíritu y la obra de Quintana, el poeta patrió-

[36] Núñez, "Franklin en América hispana", p. 12. Véase el ejemplo concreto que nos ofrece el mismo Núñez, de la "trascendente acción ideológica de Paine —e indirectamente de la de Franklin— en la edición limeña de 1821 de unas *Reflexiones políticas escritas bajo el título de instinto común* por un escritor que se ocultaba con el seudónimo de "Anselmo Natiece, indígena del Perú". Estas "Reflexiones", no eran sino "la versión peruana de *El sentido común*, ...la que más acusaba la influencia de Franklin".

[37] V. Spell, *op. cit.*, pp. 246-247.

[38] *Nueva historia de la literatura americana.* Asunción: Editorial Guarania, 1950, p. 152. Sánchez quería referirse a la *Pennsylvania Gazette* (1727-1765).

[39] *Historia de la poesía hispanoamericana.* Madrid: V. Suárez, 1911-1913. II. p, 468.

[40] *Estudios de crítica literaria.* V. p. 335.

[41] *Op. cit.*, p. 175.

tico por antonomasia de todo el mundo español, denuncian un fuerte paralelo con los de Franklin.

Aun descontando tales insinuaciones y conjeturas algo arriesgadas, es innegable que la ideología política de Franklin ejerció una decidida influencia, directa e indirecta, en la gestación y maduración de la conciencia liberal del mundo hispano. Pero una vez realizado el gesto independista, e iniciada la vida nacional con un complejo de ideas o ideales nuevos y a menudo contradictorios, en que el límpido liberalismo de la época de los próceres de la emancipación caía aceleradamente en el limbo ideológico, era de esperarse que más y más se asociara la filosofía política de Franklin con un momento ya definitivamente pasado de la vida norteamericana. El concepto de una América de prístinas virtudes democráticas y liberales plasmóse plenamente en la conciencia hispánica cuando los malos frutos (el General Walker, filibusteros, la desmembración de México) de la doctrina de Monroe y la política de "Manifest Destiny" parecían denunciar que esa América perteneció irrevocablemente ya a la historia. Por ende, en los momentos de crisis entre un país hispano y los Estados Unidos, se empezó a distinguir entre el poderoso país de aparentes tendencias imperialistas y el "país de Washington y Franklin". Así fue, por ejemplo, en el caso del federalista colombiano, el General Pedro A. Herrán (1800-1872), gran admirador del sistema político americano y sin duda también de los próceres cuyo mensaje, según el centralista José Joaquín Borda, ya (1860) no tenían validez allá: "Yo deseo que volvamos al centralismo, al gobierno unitario y fuerte, único que puede salvar y contener las ramas de la fogosa raza latina ... Los retratos de Wáshington, de Madison y Jéfferson, cuyos nombres invoca usted [Tanco] en su folleto, quedan mejor colocados en el Capitolio de la Unión americana".[42] Tres veces Herrán fue nombrado a representar a su país ante los Estados Unidos. La segunda vez fue entre 1855 y 1859, "en el momento de los graves asuntos [reconocimiento del gobierno implantado en Guatemala por Walker y el sangriento motín de Panamá] que

[42] Eduardo Posada y Pedro M. Ibáñez, *Vida de Herrán*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1903, p. 305.

hicieron indispensable su presencia otra vez en la tierra de Franklin". Y sin embargo, si habíamos de creer a los liberales, el General Herrán no aprendió nada del auténtico sentido democrático, a pesar de tantos años de residencia en los Estados Unidos. Dicha acusación la hizo el liberal Felipe Pérez al hablar de la elección de Herrán como gobernador de Antioquia: "El partido liberal, por su parte, apoyó hasta cierto punto esta candidatura, pues pensó, aunque equivocadamente, que nuestro ex-Presidente había adquirido algunas ideas de progreso y de bien entendida democracia con su larga residencia en el país de Wáshington y Franklin".[43] El concepto del prócer político se juntó con el del "Leonardo americano" para entrar ambos en la historia.[44]

El Platón Casero

"la misma encarnación de la cordura y del sentido claro."

MATTHEW ARNOLD.

El tercer concepto —el del severo moralista, del buen ciudadano, del benefactor público— personificado en los epítetos: el "Platón casero" y el "Buen Ricardo", surge en el

[43] *Ibid.*, pp. 292-293. Por contraste, el Dr. Francia del Paraguay, ofreció un retrato de Franklin a los delegados argentinos, elogiándolo como el primer demócrata del mundo y como ciudadano modelo digno de ser imitado. V. Chandler, *op. cit.*, p. 44.

[44] Al menos un artículo del "prócer político" gozó posteriormente de una contemporaneidad efectiva. Véase, por ejemplo, el incidente —relatado por Rafael Heliodoro Valle— que se relaciona directamente con la libertad de la expresión de Honduras en cierta ocasión cuando el poeta Juan Ramón Molina (1875-1908) era director del *Diario de Honduras* bajo el régimen del dictador Terencio Sierra. Incapacitado para escribir el editorial, Molina "recurrió a un artículo de Franklin, que se titula 'El hacha que afila', en que Franklin aconseja que cuando un tirano aparece en el horizonte es conveniente afilar el hacha. La edición del periódico apareció con el artículo frankliniano, y el dictador, enfurecido, llamó al periodista increpándole por su audacia al querer poner en movimiento el hacha libertadora". Desgraciadamente la cosa terminó mal para Molina. No queriendo creer que Franklin había escrito dicho artículo, el dictador humilló al poeta, "obligándole a que con una carretilla de manos trabajase acarreando piedra y tierra en la apertura de una carretera". "Dimensión de Franklin", IPNA, 29 (1955), p. 29. Y quizá no sea nota del todo intruso recordar que Ricardo Molina encabezó su artículo sobre

momento en que las jóvenes naciones americanas aspiran a crear una nueva conciencia cívica de parte del gran pueblo que por más de tres siglos había quedado más o menos al margen del proceso evolutivo de la sociedad colonial. Los forjadores de las nuevas patrias formularon divisas y lemas: "gobernar es poblar", "gobernar es educar", y enaltecieron la vida de aquellos hombres del pasado y del presente que más habían contribuido para la mejora del destino del "Gran Soberano". En la poderosa nación hermana del Norte, la que les había enseñado el camino de ser pueblo democrático y libre, muchos descubrieron modelos del tipo ciudadano que mejor encuadrara en la nueva sociedad que anhelaban establecer y que más garantías pareciera dar a que entre ellos también se realizara plenamente el "gran sueño" americano. De entre todos los enaltecidos fundadores de la patria norteña —los Wáshington, Jéfferson, Hamilton, Adams, Franklin— había sólo uno en que parecieran ser resumidas todas las cualidades y características que se identificaron ya en aquel entonces como las del "yankee," el reconocido tipo nacional. En el autodidacta Franklin, de humilde ascendencia y de espíritu democrático ejemplar, quien quiso entrar en la historia —según el epitafio que él mismo preparó para su tumba en Philadelphia— como un humilde impresor cuya obra nunca se iba a perder porque, como él esperaba, "habría de aparecer una vez más en una nueva y más elegante edición revisada y corregida por el Autor" Supremo, en aquel hombre sencillo, práctico, trabajador e ingenioso de altas virtudes morales y cívicas, el siglo XIX creyó ver el auténtico prototipo americano.

Y efectivamente, de una manera en que el humilde impresor jamás lo pensara, desde fines del siglo XVIII nuevas ediciones de su *Autobiografía* y de su *Almanaque* siguiéronse en traducciones españolas y portuguesas, y los dichos y máximas del pobre y buen Ricardo repitiéronse en la prensa hispánica de generación en generación. Y más aún. A menudo tales ediciones fueron revisadas y adaptadas de modo que su

el espinoso asunto de "Gibraltar" con estas palabras de Franklin: "El mismo derecho tienen los ingleses para conservar a Gibraltar, que tendrían los españoles para exigir que se les entregase a Plymouth". *Crónica de ambos mundos* (Madrid). I (19 agosto 1860), pp. 181-183.

mensaje fuese tanto más útil para el público lector a que iba destinado —e iba acompañado a veces de páginas originales de una más obvia utilidad inmediata e interesada. En edición de Caracas, de 1858 por ejemplo, *La ciencia del Buen Ricardo* fue seguido de un artículo por José María Samper, intitulado "Pensamientos sobre moral, política, literatura, religión y costumbres". Y en la edición chilena de 1885, la Caja de Ahorros de Santiago aprovechó un "Apéndice" de tres páginas para indicar al obrero chileno poner en práctica las buenas lecciones aprendidas en *El camino de la fortuna o sea vida y obras de Benjamín Franklin.*[45] Y en un mismo año, el de 1897, Genaro Lugo se dirigió "A los artesanos de Centro-América" en el prólogo de *Ofrenda a los artesanos. Benjamín Franklin. El arte de hacerse rico* (Managua), mientras que en Lima el Partido Demócrata incluyó en la segunda parte de su *Manual del demócrata peruano* una serie de opúsculos sacados de su *Libro del hombre de bien.* Hay noticia, además, de que quizá con el loable intento de alcanzar el mayor círculo posible de

[45] Sirviéndose, como lema, del consejo de Franklin de que no disipen ni el tiempo ni el dinero, la Caja anima a los obreros a que ahorren "todos los días una parte, por pequeña que sea, de su ganancia o de su salario... Esperamos que el ejemplo de Franklin despierte... el deseo de imitarle i que, en consecuencia, la práctica de la economía i del ahorro llegue a hacerse habitual en muchos de ellos... Franklin dice que 'los obreros podrían mejorar su condición i adquirir poco a poco fortuna, si por regla jeneral no tuviesen la mala costumbre de considerar todo aumento en su salario como un motivo para trabajar menos i beber más'. Esta observación de Franklin se funda en su experiencia personal puesto que mediante el trabajo, la honradez i la economía, él pudo elevarse desde el humilde taller de una imprenta hasta las cimas del poder, de la fortuna i de la gloria. Nuestros obreros no llegarán tal vez a esas alturas; pero a lo menos podrán obtener su independencia personal i asegurar el pan de sus hijos, si inspirándose en el modelo que les presentamos, trabajan con perseverancia i abandonan el camino que conduce a los sitios en donde se disipa el tiempo y el dinero para tomar todos los domingos el que lleva a la Caja de Ahorros establecida en Santiago para ayudarles a hacer provechosas economías i a evitar los derroches del vicio o de la vanidad". Interesa notar por lo menos que tanto el arreglo de Valdés Vergara, en la segunda edición de 1900, como la nutrida reseña que sobre él escribió Eduardo Lamas para *La revista de Chile* (V, 15 octubre 1900, pp. 244-248; 1 noviembre 1900, pp. 268-272) tuvo fruto inmediato en un corto artículo anónimo "Sobre el alcoholismo", publicado en *La revista de Chile* (VI, 15 abril 1901, p. 225). El artículo empieza con la anécdota del tratado de paz que firmaron Franklin y Morris con los indios de Carlisle.

lectores, Enrique Seoane del Perú puso en verso los consejos del Buen Ricardo.[46] Pero en esto de aprovechar el aspecto económico-moral, digamos, del mensaje de Franklin, los de lengua portuguesa se habrán mostrado aún más utilitarios que sus hermanos de lengua española. Los "Conselhos para fazer fortuna" de Franklin ocupan unas diez páginas de las *Verdades económicas ou a riqueza ao alcance de todos* impreso en Lisboa en 1876. De aún mayor aplicación directa y limitada fue el folleto intitulado *Aforismo doméstico para legítimos constitucionaes, ou ciência do homem Ricardo dando um meio fácil para pagar tributos,* impreso en Río, sin fecha, por la Imprenta Nacional, muestra convincente de la veneración casi idolátrica, en que le tenían los cariocas al considerar a Franklin como la persona más indicada para señalarles el camino menos penoso por el cual cumplir con sus obligaciones tributarias. Nada más claro, empero, que la advertencia del editor brasileño de una edición carioca, allá por 1901, de la *Ciência do bom homem Ricardo,* en la cual se particularizan las ventajas que serán de quien compre este libro de que "...em França consumiram-se em menos de quatro annos quarenta mil exemplares...": "*O bom homem Ricardo* encanta e persuade, quando nos pinta o homem laborioso, económico e bom, prestando úteis serviços aos seus semelhantes... Possam convencerse os homens, e mórmente os brasileiros, que a felicidade individual, assim como a properidade nacional, sómente lhes pode vir do amor da justiça, dos esforços da indústria, e dos hábitos de trabalho e da econômia."

No faltaba sino que los sanos consejos del Buen Ricardo llegasen al conocimiento de la juventud dentro y fuera de la escuela, lo cual se realizó con la edición bonaerense de 1873, *La economía política puesta al alcance de los niños,* vertida al castellano "para el uso de las escuelas de la República Arjentina..." Y simultáneamente el *Almanaque de Bom Homem Ricardo* "foi libro de leitura de escola primária no interior do Brasil, na segunda metade do século XIX".[47] Desde entonces

[46] Según Constantino Carrasco en *El correo del Perú* correspondiente a diciembre de 1874.

[47] V. mi estudio *A literatura norteamericana no Brasil,* p. 44, nota 16.

ha habido varias ediciones destinadas para los jóvenes, o como libro de amena lectura[48] o como texto escolar (Heath), y pocas son las antologías en que no vayan incluídos algunos trozos o máximas del Buen Ricardo.

Ocurrió, pues, que el nombre del "Platón casero" vino a ser tan conocido y tan querido en el mundo hispánico como en su tierra natal. Tan honda fue esa veneraciôn compartida por todas las clases sociales, y por los maestros y los padres, que ya desde la cuna se quiso garantizar que viviera una vida tan útil y tan ejemplar como la del ciudadano-modelo con cuyo nombre bautizaran al recién nacido. Evidentemente más de un hombre crecido había guardado con parecida emoción el mismo recuerdo nostálgico que expresara Afrânio Peixoto al examinar "com olhos comovidos" un ejemplar de la misma edición del *Almanaque do bom homem Ricardo* que le había servido de texto escolar en el sertâo de su amada Bahía. ¿No fue el caso, tal vez, de los padres del célebre novelista *sertanejo*, João Franklin da Silveira Távora (1842-1888), o el, seguramente, de los progenitores del crítico e historiador, Benjamín Franklin Ramiz Galvão (1846-1938)? Y al establecerse una nueva biblioteca pública, ¿cómo no pensar en quien fundara ya en el primer tercio del siglo pasado (1731) la primera Biblioteca Popular Circulante americana y hacer en el último tercio del siglo XIX lo que los compatriotas de Sarmiento, bautizarla Biblioteca Franklin de San Juan? Homenaje que se repitió de común acuerdo entre los de México y Estados Unidos cuando en 1942 se estableció en la capital azteca la ya renombrada "Benjamin Franklin Library", madre de una familia de bibliotecas americanas que hoy mantienen la "tierra de Franklin" en constante y estrecha relación con el gran pueblo del mundo hispano. Y motivado por el mismo deseo de rendir tributo al abnegado benefactor público de Philadelphia, allá a principios de siglo, un grupo de estudiantes universitarios chilenos, casi todos de familias ricas y de alta sociedad, fundó la Sociedad Franklin con el propósito de establecer

48 V. la edición "Juvenil Ercilla", cuya nota prologal reza así: "Pocas vidas resultarán tan ejemplares para la niñez y para la juventud como la de Benjamín Franklin el creador, por decirlo así, de los Estados Unidos de América".

escuelas nocturnas para adultos. Y a esas escuelas que fundaron y mantuvieron con su propio dinero y su trabajo personal dieron el nombre de "Escuela Nocturna Benjamín Franklin".[49]

Como libro útil y ameno o como texto escolar los sabios consejos del Buen Ricardo contribuyeron mucho a la formación de los prohombres de ayer que mediante bibliotecas y escuelas emprendieron la ardua tarea "de convertir *en pueblo* el populacho" —de crear Patria. Puede que aún en los días cuando se veneraba a Franklin como el ingenioso "físico" de la Ilustración y como el prócer-modelo del movimiento separatista, hubiera unos que ya vieron en el "filósofo juicioso" el prototipo del futuro ciudadano ejemplar de los pueblos aun por nacer. Se ha citado nada menos que al iluminado maestro de Bolívar como uno de los primeros abanderados de Franklin en la América del Sur.[50] Bien pudiera ser que Simón Rodríguez (1771-1854) se sintiera fuertemente atraído por el ejemplo y la palabra de Franklin en torno a la educación popular. Además, es muy probable que llegasen a las manos del inquieto caraqueño algunos escritos del sabio norteamericano que circulaban allí aun antes de su salida en 1797 para Jamaica, Estados Unidos y Londres.[51] Pero nada cierto se sabe de su visita, y las pocas alusiones al "país de Franklin" que se encuentran posteriormente en sus escritos no son nada halagadoras. Se colige que para él —esto correspondería más bien a sus últimos años— los Estados Unidos eran "más cuerpo que alma" y que el ejemplo de su inmoderada prosperidad material no pudo ser sino perjudicial a los pobres hermanos pueblos del Sur. Nunca cita a Franklin, ni en sus obras donde de manera más enfática y original defiende su ideología educativa profundamente rousseaniana —Rousseau es uno de los poquísimos citados por don Simón— ni en una obra tan rotundamente didáctica como *Luces y virtudes sociales* (Concepción,

[49] V. Alberto Masferrer, *Páginas escogidas*. San Salvador: Ministerio de Cultura, 1953, pp. 223-226. Y también *La Escuela Nocturna "Benjamín Franklin"*. Santiago: Imprenta "Letras", 1937.

[50] V. Núñez, "Franklin en América hispana", p. 16.

[51] Tales, por ejemplo, los panfletos *Proposals relating to the education of youth in Pennsylvania* (1749) y *Idea of the English school* (1751).

1834) en donde salen muy patentes "las máximas de moral práctica y las recomendaciones de buen sentido tan características de Franklin".[52] De todos modos el caso del visionario maestro del Libertador ofrécese por lo menos como un paralelo interesante respecto a ideas y sistemas educacionales casi simultáneamente sostenidos en ambas Américas como mejor apropiados para las nuevas sociedades en gestación.

Una vez constituidos estos nuevos pueblos no es nada infrecuente que se compare a sus más ilustres y respetados hijos civiles con el prohombre de Franklin del norte. El dominicano Manuel de Jesús Galván encuentra un fuerte paralelo, tanto físico como espiritual, en su conciudadano Ulises Francisco Espaillat (1823-1878) —uno de los hombres de la Restauración, que había ejercido interinamente las funciones de Presidente de la República en armas y "merecía el unánime respeto de sus compatriotas":

"Espaillat presentaba, fisonómica e intelectualmente, una sorprendente semejanza con Benjamín Franklin. En efecto: si su rostro evocaba la imagen del austero patriota y moralista norteamericano, también encontramos en uno y otro la misma pureza moral, la misma precisión del razonamiento, la misma clarividencia práctica de las cosas, el mismo don del 'buen sentido'."[53]

De otros muchos paralelos con Franklin que se pudieran aducir, de mayor significación —por tratarse de un célebre publicista cuya palabra y cuya persona alcanzaron a ejercer una marcada influencia por todo el mundo hispano— sería el del ilustre prócer puertorriqueño Eugenio María de Hostos (1839-1903). Aunque no haya sino una sola referencia a Franklin en toda su variada y extensa obra de moralista, educador y sociólogo, esa referencia basta para confirmar que el mensaje y el ejemplo del "padre de la patria americana" no pasaban inadvertidos al autor del *Tratado de moral*, la *Moral social* y demás obras de parecida índole. Se la encuentra justamente en el Libro Cuatro, "Moral social objetiva", de su

[52] V. Núñez, "Franklin en América hispana", p. 16.

[53] V. Max Henríquez Ureña, *Panorama histórico de la literatura dominicana*. Río de Janeiro: Conpanhia brasileira de artes gráficas, 1945, pp. 257-258.

Tratado de moral donde presenta al americano como quien dio el mejor ejemplo del "Deber de trabajo", el primer "deber" de una tabla de "Relaciones y deberes sociales" que recuerda el celebrado código moral de Franklin. El ensayo termina con lo que vale por una franca confesión de deuda al Buen Ricardo: "Nosotros acabamos de probar que la virtud no es un esfuerzo penoso, sino simplemente el ejercicio natural de nuestras facultades. Y si alguien lo prueba es el buen Franklin".[53a] No será exageración de parte de su compatriota José A. Balseiro al afirmar que "en toda su obra... vibra el espíritu del genio estadounidense, que advirtió que sólo son capaces de la libertad los pueblos virtuosos".[53b]

Quizá no haya paralelo más revelador ni más paradójico que el del "austero" Franklin y el "loco" Sarmiento en cuyo nombre se conmemora el Día del Maestro americano. Pocos prohombres latinos subieron tan alto en la escala de la vida, y por un camino de tan variada y rica experiencia desde una humilde cuna provincial hasta la silla presidencial, que aquel pobre de San Juan que ya en 1827, como tendero de profesión, se imaginaba un Cicerón o un Temístocles, o mejor un Franklin, cuya *Vida* fue el segundo libro —el primero, la de Cicerón por Middleton— que le cayó en las manos y del cual pudo confesar en sus *Recuerdos de provincia* (1850) "... libro alguno me ha hecho más bien que éste. La vida de Franklin fue para mí lo que las vidas de Plutarco para él, para Rousseau, Enrique IV, Mme. Roland y tantos otros. Yo me sentía Franklin; ¿y por qué no? Era yo pobrísimo como él, estudioso como él, y dándome maña y siguiendo sus huellas, podía un día llegar a formarme como él, ser doctor *ad honorem* como él, y hacerme un lugar en las letras y en la política americana." Ninguno de aquellos que también se hayan dado maña y seguido sus huellas pudo, con más derecho que don Domingo, ofrecer su propia vida como producto personificado del ejemplo y de los ideales de Franklin. Y, sin embargo, nadie se mantuvo tan castizamente hispánico en toda la médula de su

53a *Obras completas* (La Habana, 1939), XVI, pp. 313-315.

53b "Hostos en Puerto Rico", *Hostos, peregrino del ideal* (París, 1954), p. 243.

ser que aquel apasionado y contradictorio abanderado del lógico y moderado yankee.

El buen gaucho americano, tan orgulloso del apelativo "Don yo," admiró a aquel hombre genial del norte en todas las facetas de su múltiple ser: al hombre modesto y sencillo que "tuvo la audacia de presentarse en la corte más fastuosa del mundo con sus zapatos herrados de labriego y sus vestidos de paño burdo";[54] al ciudadano prócer, prototipo de los grandes héroes nacionales como Belgrano que "fue a buscar acomodo con la dinastía real para poner término al conflicto, y como Françlin, volvió desesperando de la prudencia y de la previsión humana a activar el Acta de nuestra Independencia";[55] al científico práctico —cuyo "espíritu experimental y candoroso se ha encarnado en una nación entera"— que merece mención primera entre los de esta América que han levantado "una punta del velo de la misteriosa Isis de la verdad científica... pues Morse y Edison son sólo sus ejecutores testamentarios";[56] y al "Buen Hombre Ricardo", digno compañero de Confucio, Sócrates, Rousseau, "tipo de la beldad moral... con sus puntos de ironía y de pillería graciosa y astuta,"[57] moralista de un sistema de moral que ninguno "había ofrecido hasta hoy enseñanza y modelos al pueblo, a la sociedad en masa, para mejorar su suerte... y ser además ilustres ciudadanos..."[58]

Quien nació maestro de escuela, llevando en alto durante cuarenta años la antorcha con su divisa "Educar al Soberano", no pudo menos de seguir al Buen Hombre Ricardo en su afán de querer compartir con todos sus hermanos los ideales de conducta que le sirvieron como norma de su propia vida y que le hicieron el venerado y popular maestro de aquella y de sucesivas generaciones de americanos. Por eso, Sarmiento quiso

54 V. Ricardo Rojas, *El pensamiento vivo de Sarmiento*. Buenos Aires: Losada, 1941, p. 84.

55 "Discurso de la bandera". —Inauguración de la estatua de Belgrano, el 24 de septiembre de 1873.

56 "Conferencia sobre Darwin", el 30 de mayo de 1881.

57 "Lectura sobre bibliotecas populares", el 20 de julio de 1883.

58 "Prólogo", *El camino de la fortuna o sea Vida y obras de Benjamín Franklin*, de Valdés Vergara.

escuelas nocturnas para adultos. Y a esas escuelas que fundaron y mantuvieron con su propio dinero y su trabajo personal dieron el nombre de "Escuela Nocturna Benjamín Franklin".[49]

Como libro útil y ameno o como texto escolar los sabios consejos del Buen Ricardo contribuyeron mucho a la formación de los prohombres de ayer que mediante bibliotecas y escuelas emprendieron la ardua tarea "de convertir *en pueblo* el populacho" —de crear Patria. Puede que aún en los días cuando se veneraba a Franklin como el ingenioso "físico" de la Ilustración y como el prócer-modelo del movimiento separatista, hubiera unos que ya vieron en el "filósofo juicioso" el prototipo del futuro ciudadano ejemplar de los pueblos aun por nacer. Se ha citado nada menos que al iluminado maestro de Bolívar como uno de los primeros abanderados de Franklin en la América del Sur.[50] Bien pudiera ser que Simón Rodríguez (1771-1854) se sintiera fuertemente atraído por el ejemplo y la palabra de Franklin en torno a la educación popular. Además, es muy probable que llegasen a las manos del inquieto caraqueño algunos escritos del sabio norteamericano que circulaban allí aun antes de su salida en 1797 para Jamaica, Estados Unidos y Londres.[51] Pero nada cierto se sabe de su visita, y las pocas alusiones al "país de Franklin" que se encuentran posteriormente en sus escritos no son nada halagadoras. Se colige que para él —esto correspondería más bien a sus últimos años— los Estados Unidos eran "más cuerpo que alma" y que el ejemplo de su inmoderada prosperidad material no pudo ser sino perjudicial a los pobres hermanos pueblos del Sur. Nunca cita a Franklin, ni en sus obras donde de manera más enfática y original defiende su ideología educativa profundamente rousseaniana —Rousseau es uno de los poquísimos citados por don Simón— ni en una obra tan rotundamente didáctica como *Luces y virtudes sociales* (Concepción,

[49] V. Alberto Masferrer, *Páginas escogidas*. San Salvador: Ministerio de Cultura, 1953, pp. 223-226. Y también *La Escuela Nocturna "Benjamín Franklin"*. Santiago: Imprenta "Letras", 1937.

[50] V. Núñez, "Franklin en América hispana", p. 16.

[51] Tales, por ejemplo, los panfletos *Proposals relating to the education of youth in Pennsylvania* (1749) y *Idea of the English school* (1751).

1834) en donde salen muy patentes "las máximas de moral práctica y las recomendaciones de buen sentido tan características de Franklin".[52] De todos modos el caso del visionario maestro del Libertador ofrécese por lo menos como un paralelo interesante respecto a ideas y sistemas educacionales casi simultáneamente sostenidos en ambas Américas como mejor apropiados para las nuevas sociedades en gestación.

Una vez constituidos estos nuevos pueblos no es nada infrecuente que se compare a sus más ilustres y respetados hijos civiles con el prohombre de Franklin del norte. El dominicano Manuel de Jesús Galván encuentra un fuerte paralelo, tanto físico como espiritual, en su conciudadano Ulises Francisco Espaillat (1823-1878) —uno de los hombres de la Restauración, que había ejercido interinamente las funciones de Presidente de la República en armas y "merecía el unánime respeto de sus compatriotas":

"Espaillat presentaba, fisonómica e intelectualmente, una sorprendente semejanza con Benjamín Franklin. En efecto: si su rostro evocaba la imagen del austero patriota y moralista norteamericano, también encontramos en uno y otro la misma pureza moral, la misma precisión del razonamiento, la misma clarividencia práctica de las cosas, el mismo don del 'buen sentido'."[53]

De otros muchos paralelos con Franklin que se pudieran aducir, de mayor significación —por tratarse de un célebre publicista cuya palabra y cuya persona alcanzaron a ejercer una marcada influencia por todo el mundo hispano— sería el del ilustre prócer puertorriqueño Eugenio María de Hostos (1839-1903). Aunque no haya sino una sola referencia a Franklin en toda su variada y extensa obra de moralista, educador y sociólogo, esa referencia basta para confirmar que el mensaje y el ejemplo del "padre de la patria americana" no pasaban inadvertidos al autor del *Tratado de moral*, la *Moral social* y demás obras de parecida índole. Se la encuentra justamente en el Libro Cuatro, "Moral social objetiva", de su

[52] V. Núñez, "Franklin en América hispana", p. 16.

[53] V. Max Henríquez Ureña, *Panorama histórico de la literatura dominicana*. Río de Janeiro: Conpanhia brasileira de artes gráficas, 1945, pp. 257-258.

Tratado de moral donde presenta al americano como quien dio el mejor ejemplo del "Deber de trabajo", el primer "deber" de una tabla de "Relaciones y deberes sociales" que recuerda el celebrado código moral de Franklin. El ensayo termina con lo que vale por una franca confesión de deuda al Buen Ricardo: "Nosotros acabamos de probar que la virtud no es un esfuerzo penoso, sino simplemente el ejercicio natural de nuestras facultades. Y si alguien lo prueba es el buen Franklin".[53a] No será exageración de parte de su compatriota José A. Balseiro al afirmar que "en toda su obra... vibra el espíritu del genio estadounidense, que advirtió que sólo son capaces de la libertad los pueblos virtuosos".[53b]

Quizá no haya paralelo más revelador ni más paradójico que el del "austero" Franklin y el "loco" Sarmiento en cuyo nombre se conmemora el Día del Maestro americano. Pocos prohombres latinos subieron tan alto en la escala de la vida, y por un camino de tan variada y rica experiencia desde una humilde cuna provincial hasta la silla presidencial, que aquel pobre de San Juan que ya en 1827, como tendero de profesión, se imaginaba un Cicerón o un Temístocles, o mejor un Franklin, cuya *Vida* fue el segundo libro —el primero, la de Cicerón por Middleton— que le cayó en las manos y del cual pudo confesar en sus *Recuerdos de provincia* (1850) "... libro alguno me ha hecho más bien que éste. La vida de Franklin fue para mí lo que las vidas de Plutarco para él, para Rousseau, Enrique IV, Mme. Roland y tantos otros. Yo me sentía Franklin; ¿y por qué no? Era yo pobrísimo como él, estudioso como él, y dándome maña y siguiendo sus huellas, podía un día llegar a formarme como él, ser doctor *ad honorem* como él, y hacerme un lugar en las letras y en la política americana." Ninguno de aquellos que también se hayan dado maña y seguido sus huellas pudo, con más derecho que don Domingo, ofrecer su propia vida como producto personificado del ejemplo y de los ideales de Franklin. Y, sin embargo, nadie se mantuvo tan castizamente hispánico en toda la médula de su

53a *Obras completas* (La Habana, 1939), XVI, pp. 313-315.

53b "Hostos en Puerto Rico", *Hostos, peregrino del ideal* (París, 1954), p. 243.

ser que aquel apasionado y contradictorio abanderado del lógico y moderado yankee.

El buen gaucho americano, tan orgulloso del apelativo "Don yo," admiró a aquel hombre genial del norte en todas las facetas de su múltiple ser: al hombre modesto y sencillo que "tuvo la audacia de presentarse en la corte más fastuosa del mundo con sus zapatos herrados de labriego y sus vestidos de paño burdo";[54] al ciudadano prócer, prototipo de los grandes héroes nacionales como Belgrano que "fue a buscar acomodo con la dinastía real para poner término al conflicto, y como Françlin, volvió desesperando de la prudencia y de la previsión humana a activar el Acta de nuestra Independencia";[55] al científico práctico —cuyo "espíritu experimental y candoroso se ha encarnado en una nación entera"— que merece mención primera entre los de esta América que han levantado "una punta del velo de la misteriosa Isis de la verdad científica... pues Morse y Edison son sólo sus ejecutores testamentarios";[56] y al "Buen Hombre Ricardo", digno compañero de Confucio, Sócrates, Rousseau, "tipo de la beldad moral... con sus puntos de ironía y de pillería graciosa y astuta,"[57] moralista de un sistema de moral que ninguno "había ofrecido hasta hoy enseñanza y modelos al pueblo, a la sociedad en masa, para mejorar su suerte... y ser además ilustres ciudadanos..."[58]

Quien nació maestro de escuela, llevando en alto durante cuarenta años la antorcha con su divisa "Educar al Soberano", no pudo menos de seguir al Buen Hombre Ricardo en su afán de querer compartir con todos sus hermanos los ideales de conducta que le sirvieron como norma de su propia vida y que le hicieron el venerado y popular maestro de aquella y de sucesivas generaciones de americanos. Por eso, Sarmiento quiso

54 V. Ricardo Rojas, *El pensamiento vivo de Sarmiento.* Buenos Aires: Losada, 1941, p. 84.

55 "Discurso de la bandera". —Inauguración de la estatua de Belgrano, el 24 de septiembre de 1873.

56 "Conferencia sobre Darwin", el 30 de mayo de 1881.

57 "Lectura sobre bibliotecas populares", el 20 de julio de 1883.

58 "Prólogo", *El camino de la fortuna o sea Vida y obras de Benjamín Franklin,* de Valdés Vergara.

que la juventud toda aprovechara las bellas lecciones que él mismo aprendió en la *Autobiography* de Franklin. Ya en 1849 afirmó que la *Vida* "debiera formar parte de los libros de las escuelas primarias," porque "alienta tanto su ejemplo, está tan al alcance de todos la carrera que él recorría, que no habría muchacho un poco bien inclinado que no se tentase a ser un Franklincito . . ." Al mismo tiempo confesó que había acariciado largo tiempo el propósito de "escribir una vida de Franklin adaptada para las escuelas". Pero en el momento de creerse en aptitud de realizarlo, el académico francés Mignet lo efectuó "con un éxito completo, aunque mi plan era diverso, más popular y más adaptable a nuestra situación". La *Vie de Franklin* por Mignet salió en 1848. Sarmiento la pidió cuanto antes a Francia y encomendó la traducción a su amigo José María Gutiérrez, la cual fue publicada en Santiago en 1849. Tuvo tal éxito que para 1856 alcanzó una cuarta edición. Años después, Sarmiento inspiró al chileno Francisco Valdés Vergara que publicara, en 1885, su traducción y arreglo de la vida y obra de Franklin para la cual él mismo escribió el prólogo que termina así: "Franklin ha añadido tres preceptos nuevos al viejo Decálogo de la Moral: Trabajo, Orden, Economía, para obtener y asegurar la libertad y la igualdad en la tierra, objeto de toda moral, que viene a ser el método de vivir feliz y hacer felices a los demás".

Interesa destacar que Valdés Vergara se sirvió de varias obras sobre Franklin escritas por el profesor francés Edouard Laboulaye (1811-1883), amigo de Sarmiento y gran admirador de las instituciones públicas americanas, bibliotecas y escuelas, debidas a la energía y al interés de aquellos apóstoles que se llamaban Franklin y Horace Mann. Recuerda Sarmiento en su discurso sobre "Bibliotecas populares," dado en Buenos Aires el 20 de julio de 1883, que "no era sin un pensamiento de realidad histórica" que su amigo Laboulaye bautizó de "Sociedad Franklin" a la agrupación que en 1881 estableció las primeras bibliotecas circulantes de Francia. Poco después, en imitación de las ideas e iniciativa de Laboulaye, se fundó en San Juan, promovido desde Buenos Aires —y seguramente por el mismo Sarmiento aunque no lo confiesa en

su conferencia— una Biblioteca Franklin, "que existe aunque sin circulación."[59]

La conferencia sobre bibliotecas populares dada en 1883 ante una numerosa concurrencia reunida en los vastos salones de la Biblioteca del Municipio de Buenos Aires, sostenida por la Asociación Rivadavia, nos ofrece otro detalle más con que coronar este breve resumen de la veneración que públicamente expresó Sarmiento toda su larga vida por uno de la trilogía de norteamericanos —los otros dos eran, como bien se sabe, Lincoln y Mann— que más nutrieron su notoria yanquifilia. Sarmiento aprovechó la ocasión para rendir un doble homenaje, tributando un merecido recuerdo a la grata memoria de su amigo Laboulaye y un "homenaje de justicia y reconocimiento" a Franklin, "patriarca de las bibliotecas populares [y] un desmentido a las preocupaciones clásicas de la Europa, la cual ha producido . . . el espíritu yankee." Y en palabras bien llenas de emoción evoca para sus compatriotas un cuadro en que se ve reflejada en Franklin la auténtica efigie del pueblo norteamericano, pueblo en donde "el buen sentido ha sido elevado con Franklin a institución y título de nobleza . . . donde impera el *self-made man,* en lugar del patentado estudiante," pueblo "que en sus obras ha seguido la huella de su hombre inmortal," pueblo, finalmente, como reiteró en su último discurso en ocasión de una manifestación escolar allá en la Asunción el 30 de mayo de 1887, unos tres años antes de su muerte, pueblo en donde estudió "las causas de su prodigioso desarrollo y la base de sus libertades para aplicarlas . . . a nuestros países." Y terminó con una afirmación que sólo para aquel anciano yancófilo obstinado tendría sentido trascendental hasta la muerte: "Así se encuentran reunidos en un solo pensamiento

[59] Servirá como epílogo a la historia de esta biblioteca la siguiente nota introductoria para el discurso que pronunció Sarmiento sobre "Educación común" cuando un grupo de jóvenes discípulos le rindió homenaje el 15 de febrero de 1881, en ocasión de su septuagésimo cumpleaños: "Ofreciéronle con este motivo un magnífico bronce Barbendienne, reproducción de la notable estatua de Paul Dubois que simboliza la Historia, en la figura de un anciano meditando . . . dicho bronce, legado a la Biblioteca Franklin de San Juan, desaparecido en el incendio de dicha Biblioteca junto con los libros y obras de arte que pertenecieron a Sarmiento". *Grandes escritores argentinos.* Buenos Aires: W. M. Jackson, s. f. I, p. 199.

los dos extremos de la América, contando con que todo el resto siga bien pronto el grandioso movimiento."

El venerable Sarmiento, ya sordo y medio ciego, no pudo o no quiso percibir, empero, que muchos ya no compartían con él la misma fe que a principios de siglo abrigó todo el mundo en el "gran sueño" americano. La amenaza de la fabulosa prosperidad material, que presintió el extravagante Simón Rodríguez, asumía cada día nuevas dimensiones peligrosas. Y si todavía en 1867 Salvador Costanzo pudo expresar confianza en que el mismo código moral de Franklin también pudiera asegurar prosperidad para España,[60] al mismo tiempo desde allende los Pirineos llegaba la denuncia de Baudelaire atacando el asfixiante materialismo del país de *gas* como el asesinato del mayor genio poético jamás producido en las Américas. La denuncia del poeta de las *Flores del mal* pronto tuvo eco en una noticia sobre Poe escrita por el joven poeta Manuel Cano y Cueto para su traducción de las *Historias extraordinarias* impresas en Sevilla en 1871. Para este nuevo devoto hispánico del malogrado y mal entendido Poe, los Estados Unidos no eran ya "el noble país" del prócer Franklin, sino más bien tierra de polígamos, de inveterados esclavistas, y de idólatras del dólar todopoderoso. Y esta embrutecida tierra tuvo como padre a aquel otro Franklin el "inventor de una moralidad de escaparate, héroe de un siglo sometido al materialismo."

De mucho mayor trascendencia que la acusación apasionada del sevillano Cano y Cueto, fue la actitud del joven nicaragüense recién llegado a Chile a mediados de 1886, es decir, a poco de empezar a circular la nueva *Vida* de Franklin, en el arreglo de Valdés Vergara y bajo el patrocinio de Sarmiento. Darío vino con una marcada admiración juvenil por aquel autodidacta cuya *Ciencia del Buen Ricardo* debió leer por primera

[60] "Muy ajenos a la política, a la diplomacia, a todas las malas o buenas formas gubernativas, creemos con el célebre Franklin, que el buen empleo del tiempo es uno de los resortes más poderosos para la prosperidad de los Estados, y muy persuadidos de que en todo lo que exige fuerza y vigor en el terreno práctico, las teorías no son tan provechosas como los ejemplos y los hechos, vamos a hablar de la economía y del buen empleo del tiempo en Inglaterra". *El globo ilustrado* (Madrid). I (1867), pp. 242-243.

vez en 1883 en la Biblioteca Nacional de Nicarágua donde devorara todo libro, inclusive los tomos de la BAE, que allí había. Sobran referencias en la obra de su primera época, anterior a la chilena, para probar tal afirmación. Cuando en su poema "A Víctor Hugo," escrito probablemente por 1883, pide el significado de la palabra "progreso," evoca la anticipada imagen del Franklin "olímpico":

> es Franklin con el rayo entre las manos
> con la frente rodeada de centellas...[61]

Y un año después, en "El poeta a las musas", escrito el 30 de septiembre de 1884, ha de evocar la misma imagen:

> Hoy el rayo de Júpiter Olímpico
> Es esclavo de Franklin y de Edison.[62]

Otra, y más significativa, empero, es la imagen evocada por la actitud del joven ya consciente de su propio valer, revelada en las mismas frases iniciales del cuento "Las albóndigas del coronel", publicado en *El mercado* de Managua el 14 de diciembre de 1885:

> Cuando y cuando que se me antoja he de escribir lo que me dé mi real gana; porque a mí nadie me manda, y es muy mía mi cabeza y muy mías mis manos. Y no lo digo porque se me quiera dar de atrevido por meterme a espigar en el fertilísimo campo del Maestro Ricardo Palma; ni lo digo tampoco porque espere pullas del Maestro Ricardo Contreras. Lo digo sólo porque soy seguidor de la **Ciencia del buen Ricardo.** Y el que quiera saber cuál es, busque el libro; que yo no he de irla enseñando así no más, después que me costó trabajillo el aprenderla.

Con tan determinada confianza en sí mismo, confianza adquirida indudablemente en el libro del "self-made" yankee, el poeta salió de su Nicaragua natal, "con una estrella en la mano," para despertar desilusionado en una tierra donde reinaba el "Rey Burgués" sobre un pueblo que se ufanaba de ser los "yankees" de la América del Sur. Rubén no pudo ajustarse a las normas de una vida dictada por la Orden, el Progreso, el

[61] *Obras completas.* Madrid: Aguilar, 1952, pp. 200-201.
[62] *Ibid.*, p. 357.

Trabajo y el Sport. Quiso ganarse la vida con la pluma, pero no pudo continuar como los demás "strugleforlíferos de la prensa", contribuyendo con crónicas sobre el "sport" para un "diario de modelo yankee, *El ferrocarril*",[63] cuando lo que más deseaba, era "dar al viento la palabra soñadora, el oropel del estilo 'decadente'...," es decir, lo "azul" de una nueva expresión inspirada en "la inédita y deslumbrante concepción del estilo" de Gautier, de Mendès y de otros franceses cuyas páginas leyó por primera vez en las nutridas bibliotecas de los cresos chilenos. Darío no pudo creer más, con el optimismo del poeta-niño centroamericano, en la doctrina de la perfectibilidad del individuo cuando aquel mismo código moral profesado por Franklin pareció haber creado una mediocridad burguesa en donde el ser no tuvo otro recurso sino conformarse— o morir de hambre como el poeta de sus cuentos de *Azul.* No pudo concordar con esos chilenos que aprobaron preceptos morales cuyo "único apoyo o cimiento [según su interpretación de Franklin] era el de la utilidad humana verificada por las consecuencias benéficas que su aplicación a la conducta producirían"[64] ni aceptar que la prosperidad terrenal —la cual el pueblo chileno bien podría realizar mediante las enseñanzas encerradas en la Vida de Franklin— "debe ser uno de los secretos anhelos de todo espíritu sano i juicioso."[65]

La reacción de Darío contra la moralidad materialista de la época se hizo patente en la nota satírica e irónica que empezó a caracterizar algunas obras escritas ya en 1887. Véanse tan sólo los versos "Aviso del porvenir," publicados en *La época* de Santiago, el 24 de marzo de 1887. El final parece de una intención indiscutible:

> ¡Atención! ¡Atención! Se abre una fábrica
> de buenos sentimientos. ¡Atención!

[63] Sabido es, claro está, que Rubén escribió una serie de ocho "Semanas" para *El heraldo* de Valparaíso. Fue la penúltima de éstas, aparecida el 7 de abril de 1888, que dedicó, aparentemente por obligación y después de un día de carreras en el Hipódromo de Viña del Mar, a un *pot-pourri* sobre los deportes.

[64] V. Eduardo Lamas G., "Benjamín Franklin", *La revista de Chile,* V (1900), 8, pp. 244-248; 9, pp. 268-272. Este artículo de Lamas es una reseña de la segunda edición de la *Vida* de Valdés Vergara publicada aquel mismo año en Valparaíso.

[65] *Loc. cit.*

¡Acudid! ¡Acudid! La ciencia hipnótica
le ha tocado las barbas al buen Dios.
Procedimientos de excelentes médicos,
pueden hacer sentir a un corazón
en un minuto o dos, a precios módicos,
lo que guste el feliz consumidor.
Pueden hacerse los bandidos ángeles
como se hacen tortillas con jamón,
y se dan pasaportes baratísimos
para ir al reino celestial, **by God!**
Se hacen almas virtuosas y magníficas
de cuarenta caballos de vapor,
y lecciones se dan teórico-prácticas
para vencer a Lucifer al **box.**
Yo, señores, me llamo Peter Humbug
(obsecuente y seguro servidor),
y me tienen usted a sus órdenes,
30, Franklin Street, en Nueva York.

La ironía de la penúltima "Semana," que salió el 7 de abril de 1888, es característica ya de la rebelión que rápidamente se estuvo plasmando por todo el mundo occidental:

> ¡Qué cambio! La raza latina de antes, tan vigorosa, tan atlética, tan llena de pujanza, y la de hoy tan canija, tan debilitada, tan sin músculos, toda entregada a utopías, toda dolorosa, toda decadente.
>
> Porque —¡Dios santo!— vamos quedando con nuestro modo de ser americanizados por la raza férrea anglo-sajona, al menos en América, raza que ha hecho de sus puños martillos, que habla una lengua férrea también, ruda, erizada, rápida y casi eléctrica.[66]

Tres meses después, esta nota se hizo dominante en las páginas de *Azul*, primer grito de protesta consciente de los modernistas en cuyo escudo poético el cisne "de engañoso plumaje" dio el mentís al lema frankliniano: "Abandona toda ocupación que no produzca nada."

Lanzada en las alas del inmaculado cisne, la protesta de los modernistas se hizo continental e hispánica en la ideología

[66] Raúl Silva Castro. *Obras desconocidas de Rubén Darío*. Santiago: Prensas de la Universidad de Chile, 1934, p. 158.

de *Ariel* (1900), nueva Biblia de todos los que denunciaron "el triunfo de Calibán."[67] En la revalorización de las ideas e ideales que fue inevitable con la bancarrota de la Ciencia y la Razón, los extremistas, encabezados por D. H. Lawrence, se negaron a aceptar como norma de conducta y de carácter el evangelio del "buen éxito", que para mejor o peor, se convirtiera en la religión social de los tiempos modernos. Para ellos "el viejo Papá Franklin ... cercó un pequeño terreno, al que llamó el alma del hombre y procedió a cultivarlo." Le acusaron de haber colocado "un alambrado de púa" alrededor del espíritu, intentando convertir al hombre "en un pequeño autómata virtuoso." Aplaudieron la protesta de Lawrence: "Soy un animal moral. Pero no soy una máquina moral." Y, finalmente, para desacreditarle por completo ante el hombre-masa actual, formularon un credo opuesto, invirtiendo sistemáticamente los consagrados preceptos de Franklin. La *Ciencia del Buen Hombre Ricardo* acabó por ser clasificada con la barata literatura moralista de los Smiles, Marden, Trine, y Carnegie.[68] El "Platón Casero" también pasó a un plano definitivamente histórico.

[67] "No, no puedo, no quiero estar de parte de esos búfalos de dientes de plata. Son enemigos míos, son los aborrecedores de la sangre latina, son los bárbaros. Así se estremece hoy todo noble corazón, así protesta todo digno hombre que algo conserve de la leche de la Loba... El ideal de esos calibanes está circunscrito a la bolsa y a la fábrica... Enemigos de toda idealidad, son en su progreso apoplético, perpetuos espejos de aumento; pero Sir Emerson bien calificado está como luna de Carlyle; su Whitman con sus versículos a hacha, es un profeta demócrata, al uso de Tío Sam; y su Poe, su gran Poe, pobre cisne borracho de pena y de alcohol, fue el mártir de su sueño en un país en donde jamás será comprendido... No, no puedo estar de parte de ellos, no puedo estar por el triunfo de Calibán... Por eso mi alma se llenó de alegría la otra noche, cuando tres hombres representativos de nuestra raza fueron a protestar en una fiesta solemne y simpática, por la agresión del yankee contra la hidalga y hoy agobiada España". Rubén Darío, "El triunfo de Calibán", *El tiempo* (Buenos Aires), 20 mayo 1898. Los "tres hombres representativos" eran Roque Sáenz Peña, Groussac, y Tarnassi. Reconocido es que esta actitud fogosa de parte de Darío responde más bien a la ocasión; no representa una posición inequívoca frente a los Estados Unidos.

[68] Los evangelios de estos moralistas han sido traducidos y leídos en infinitas ediciones por todo el mundo hispánico hasta nuestros días. Notoria ha sido la popularidad del último de estos evangelistas del "buen éxito". Vale observar que

Epitafio.

"...libro alguno me ha hecho más bien
que éste."

Sarmiento

"For it will, as he believed, appear once more,
In a new and more elegant edition,

Revised and corrected
by
The Author

Franklin

El negar que la palabra de Franklin tenga significado para el mundo de hoy sólo puede tener validez, empero, si se insiste únicamente en ver el retrato del Franklin legendario y estereotipado del mito popular. El doscientos cincuenta aniversario de quien ha sido aclamado como uno de los creadores de la tradición americana brindó la oportunidad de estudiar el reverso de la medalla. Muchos han intentado descubrirle de nuevo en la prístina claridad de sus obras. Y a éstos les ha sido permitido apreciar a Franklin una vez más tanto como uno de los grandes científicos de los tiempos modernos como uno de los más ingeniosos inventores de su época; tanto como el precursor de los grandes benefactores públicos de hoy como el ilustre prócer nacional de ayer; y tanto como el filósofo astuto que supo vivir intensamente el momento actual —"No pierdas el tiempo; dedícate siempre a algo útil; no realices ningún acto innecesario," sin dejarse jamás engañar por las apariencias— como el sano "Platón casero" que supo respetar las creencias morales de su siglo e incorporarlas en un libro que sirvió para moldear la vida y el carácter de millones de jóvenes de generaciones pasadas, séanlos de los "prairies"donde se

el libro clásico del género, *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas* de Dale Carnegie (1888-1955) pasó por ocho ediciones en cuatro años únicamente en la traducción de la Editorial Sudamericana de Buenos Aires. Y en la versión portuguesa de la Editora Nacional de Río y Lisboa alcanzó doce ediciones en seis años. Ningún otro libro americano, en plazo tan breve, ha gozado de tanto éxito en la patria grande de Cervantes y Camoens. V. mis estudios, *Bibliografía de obras norteamericanas en traducción española.* México, 1944, pp. 79, 92-94, 104, y *A literatura norteamericana no Brasil,* pp. 142, 151-152.

recitaba en inglés, séanlos de la pampa donde se aprendía a ser un "Franklincito" bajo el tutelaje del joven maestro Sarmiento.

El mundo hispánico participó plenamente en el homenaje universal a Franklin. De una de las más bellas y más dignas de estas conmemoraciones americanas surgió un nuevo aprecio de Franklin que ha de perdurar como válido por haberse sabido interpretar y captar el verdadero y pleno sentido de su mensaje:[69]

> Nuestra época y las generaciones venideras perciben y verán siempre en Franklin un símbolo de progreso, de perfección humana, de amor a la verdad, y de entrega en favor del bienestar de las nuevas y viejas colectividades. Recogemos de él, al mismo tiempo, el más generoso y sabio mensaje de fraternidad, de solidaridad y paz mundial.

BIBLIOGRAFIA

I. Obras de Franklin en Traducción Española.

"Letter to Miss Mary Stevenson" (20 septiembre 1761).

"Estracto de una carta del Sr. Francklin a Miss Stevenson, acerca de los esperimentos relativos al calor que comunican los rayos del sol". *Gaceta de literatura de México,* 13 diciembre 1790, pp. 77-79. Trad. José Antonio Alzate Ramírez. Reimpreso en *Gacetas de literatura de México* (Puebla: Oficina del hospital de San Pedro, 1831), II.

"Letter to Lord Kames" (2 junio 1765).

"Esperimentos de Francklin acerca de la sensación que los ópticos reciben de los objetos luminosos". *Gaceta de literatura de México,* 13 diciembre 1790, pp. 79-80. Trad. José Antonio Alzate Ramírez. Reimpreso en *Gacetas de literatura de México.* II.

"Letter to Miss Mary Stevenson" (13 septiembre 1760).

[69] Homenaje del Instituto Cultural Peruano-Norteamericano. IPNA, 29 (1955), p. 3.

"Acerca de ciertas olas muy particulares". *Gaceta de literatura de México,* 13 diciembre 1790, pp. 80-81. Trad. José Antonio Alzate Ramírez. Reimpreso en *Gacetas de literatura de México.* II.

"Letter to William Brownrigg" (7 noviembre 1773).

"Compendio de una carta del Dr. Francklin, escrita al Dr. Brownrigg" (del aceite sobre el agua turbulenta). *Gaceta de literatura de México,* 11 y 25 enero 1791. Trad. José Antonio Alzate Ramírez. Reimpreso en *Gacetas de literatura de México.* II, pp. 98-103.

"Letter to Joseph Priestley" (de fecha no determinada).

"Respuesta del Dr. Francklin al Dr. Presley" (sic) (del poder que tienen los vegetales para purificar el aire que corrompen los animales). *Gaceta de literatura de México,* 3 mayo 1791. Trad. José Antonio Alzate Ramírez. Reimpreso en *Gacetas de literatura de México.* II, pp. 174-175.

(Artículo de Franklin extractado de las memorias del Abate Rochon).

"Método de Mr. Francklin para imprimir con la misma velocidad que se escribe, estractado de las memorias acerca de la mecánica y física, por el Abate Rochon". *Gaceta de literatura de México,* 14 junio 1791. Trad. José Antonio Alzate Ramírez. Reimpreso en *Gacetas de literatura de México.* II, p. 204.

"Letter to John Lining" (17 junio 1758).

"Segunda carta del Sr. Franklin acerca del frío que se esperimenta por la evaporación de los licores". *Gaceta de literatura* de México (de fecha no bien determinada; entre 9 y 23 abril u 11 y 28 mayo 1793). Trad. José Antonio Alzate Ramírez. Reimpreso en *Gacetas de literatura de México.* III, pp. 128-136.

Autobiography (1791 —francés; 1793 —inglés).

Vida del Dr. Benjamín Franklin. Madrid: Pantaleón Aznar, 1798, XX —216 p. Ils. "Sacada de documentos auténticos". Portada grabada con el retrato de Franklin. Trad. y arreglo de Pedro Garcés de Mancilla.

Vida de Franklin. Santiago de Chile: Julio Belín, 1849, 226 p. Trad. de la *Vie de Franklin* (1848) de François A. Mignet (1796-1884), por Juan María Gutiérrez; *ibid.*, 1850, VI-226 p.; *ibid.*, 1853, 155 p.; *ibid.* Valparaíso: Santos Tornero, 1856. Citada en el "Catálogo de los libros i folletos impresos en Chile desde que se introdujo la imprenta (1812-1858)", *Revista de ciencias y letras* (Santiago). I (abril 1858), pp. 739-768.

Vida de Franklin, en *Gaceta de Santander,* 1861. Trad. —o arreglo— de Adriano Páez. Citada por Isidro Laverde Amaya, *Apuntes sobre bibliografía colombiana* (1882), p. 76.

El camino de la fortuna o sea vida y obras de Benjamín Franklin. Santiago: "Cervantes", 1885, 336 p. Trad. y arreglo de Francisco Valdés Vergara, a base de una o más obras de Edouard Laboulaye (1811-1883) sobre Franklin. Retrato de Franklin. Prólogo de Sarmiento. Apéndice: "La Caja de Ahorros de Santiago", pp. 327-330; *Vida de Benjamín Franklin.* 2ª ed. Valparaíso: Litografía e Imprenta Sud-Americana de Barra y Cía., 1900, 338 p. Con retrato; "Franklin y la Independencia de los Estados Unidos" (extracto), IPNA, 29 (septiembre-diciembre 1955), pp. 39-43.

Autobiografía de Benjamín Franklin. Boston-New York: D. C. Heath, s. f. (ca. 1916), XVIII-422 p. Ils. Con trozos escogidos de sus obras, con notas críticas y modelos para la enseñanza. Trad. M. R. Blanco-Belmonte. Vocabulario en inglés y español por Alfredo Elías. ("Clásicos literarios en inglés de Heath").

Franklin. Madrid: Pueyo, 1919, 237 p. Trad. de la *Vie de Franklin* (1848) de François A. Mignet, y prólogo, por Mario García Kohly; —2ª ed., 1919.

Benjamín Franklin. Relatada a los niños. Santiago: Ercilla, s. f., 84 p. Trad. y arreglo de José Baeza. (Juvenil Ercilla: I, 7).

Autobiografía y otros escritos. México: Nuevo Mundo, 1942, 464 p. Trad. León-Felipe. Selección y arreglo de Carl Van Doren. (Biblioteca Moderna: 1).

Autobiografía y otros escritos. Barcelona: Iberia, 1954, XI-230 p. Trad. Manuel Scholz Rich. Prólogo Emiliano M. Aguilera.

"The whistle" (1779).

"Benjamin Franklin's Whistle". *Semanario de agricultura, industria y comercio* (Buenos Aires), 90 (6 junio 1804). (Artículo no identificado).

"Luxury, laziness and work". *Semanario de agricultura, industria y comercio* (Buenos Aires), 116 (5 diciembre 1804). (Artículo no identificado).

"Note on how to make people enjoy work". *Semanario de agricultura, industria y comercio,* 125 (6 febrero 1805).

"The art of procuring pleasant dreams" (1786).

"The art of having pleasant dreams," *Semanario de agricultura, industria y comercio,* 179 (19 febrero 1806).

"Rules by which a great empire may be reduced to a small one" (1773).

"Reglas para convertir en pequeño un estado grande, presentadas a un ministro británico en el año de 1774". *El sastre constitución* (México), 18 julio 1820.

Poor Richard's Almanac (1733-1758).

Miscelánea de economía, política y moral —Precedida de una noticia sobre la vida del autor. París: C. Farcy, 1825, 2 tomos, 238 y 226 p. Trad. del francés por R. Mangino.

"Discurso de Ricardo Saunders" (a la cabeza de su almanaque de 1757). *Almanaque para el año 1829, XX de nuestra Libertad.* Buenos Aires: Imprenta de la Independencia, 1829.

"El camino de la fortuna, o Como dice el Compadre Ricardo". *Semanario pintoresco* (Madrid), 5 (1 mayo 1836).

"Moral privada. Plan ideado por Benjamín Franklin para arreglar su vida". *Semanario pintoresco,* 26 (16 junio 1842).

El libro del hombre de bien. Opúsculos morales, económicos y políticos extractados de Benjamín Franklin. Barcelona: A. Bergnes, 1843; *ibid.,* 1867.

Ciencia del Buen Ricardo, precedida de una noticia de su vida. Madrid: Unión Comercial, 1844.

"Máximas" y "Pensamientos". *El prisma* (Habana). I (1846), 129-130 ss.

"Consejos de Franklin". *La ilustración* (Madrid), 8 diciembre 1849.

La ciencia del Buen Ricardo o El camino de la fortuna. Caracas: G. Corser, 1858, 48 p. Seguido de un artículo por J. M. Samper, "Pensamientos sobre moral, política, literatura, religión y costumbres".

"Consejos del Buen Ricardo", Almanaque-aguinaldo de la Isla de Puerto Rico para el año bisiesto de 1860. Puerto Rico: Imprenta de Acosta, s. f. (1860), pp. 104-106; *ibid.*, 1861, pp. 125-128.

Miscelánea de economía política y moral. New York: Casa de Vingut, 1864, 2 tomos.

"Máximas de Franklin". *El siglo ilustrado* (Madrid), 22 marzo 1868.

La economía política puesta al alcance de los niños. Buenos Aires: Pablo E. Coni, 1873, 206 p. Trad. Otto Hübner. "Versión castellana para el uso de las escuelas de la República Arjentina... Con un apéndice conteniendo varios opúsculos de Benjamín Franklin".

Ricardo o ciencia de hombre de bien. Trad. en verso por Enrique Seoane, según Constantino Carrasco, en *El correo del Perú* (Lima, diciembre 1874. Nota de Estuardo Núñez, "Franklin en América hispana", p. 19.

"La ciencia del Buen Hombre Ricardo". *El educador popular* (New York). IV (1876), pp. 81, 113.

La ciencia del buen hombre Ricardo. Guayaquil: "La nación", 1879, 76 p. Precedida de un compendio de la vida del autor.

El libro del hombre de bien. Leipzig, 1882. Trad. J. Abelardo Núñez. V. Estuardo Núñez, "Franklin en América hispana", p. 16.

Ciencia del buen Ricardo. Barcelona: Juan Pons, s. f. (ca. 1890).

Ofrenda a los artesanos. Benjamín Franklin. El arte de hacerse rico. Managua: Tipografía Nacional, 1897, VI-202 p. Prólogo: "A los artesanos de Centro-América" por Genaro Lugo, pp. V-VI.

Manual del demócrata peruano y conducta del hombre de

bien. Lima: "El país", 1897, 102 p. La segunda parte del folleto se titula "Opúsculos de Benjamín Franklin tomados de su obra titulada: *El libro del hombre de bien*". Los opúsculos son: "Plan de mejora social", "Advertencias a los que quieren ser ricos", "Consejos a un joven jornalero", "Medios para tener siempre dinero en el bolsillo", y "La ciencia del Buen Ricardo o El camino de la fortuna".

La ciencia del buen Ricardo. Bogotá: Librería Nueva, s. f. (ca. 1900). (Biblioteca Popular: 149. Editor: Jorge Roa).

"Máximas" y "Frases". *Arte y letras* (México), 11 abril 1909, p. 20, y 26 diciembre 1909, p. 15; *El mosaico mexicano.* I, p. 419; *El museo mexicano.* III, pp. 272, 287; *Revista de revistas* (México), 19 junio, 18 septiembre, 30 octubre 1938; y 5 marzo, 16 abril, 4 junio, 18 junio 1939.

El camino de la fortuna o La ciencia del buen Ricardo. Bahía: "El globo", 1922, 8 p.

"Proverbios de Franklin". *Revista Ariel* (Tegucigalpa). II (30 junio 1926), p. 572.

El libro del hombre de bien. Madrid: Espasa-Calpe, s. f. (ca. 1931). (Nueva Biblioteca Filosófica: 36).

"Frases de Franklin". *Ariel* (San José, C. R.). XXV (15 septiembre 1940), p. 1861.

El libro del hombre de bien. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1941, 186 p. (Colección Austral: 171).

"Máximas de Benjamín Franklin". *Libro de lectura panamericano.* Bogotá: Editorial Santafé, 1944, pp. 64-65. Editor: Julio C. Gaitán.

"El pobre Ricardo —Sentencias escogidas". IPNA (Instituto Cultural Peruano-Norteamericano). 29 (septiembre-diciembre 1955), p. 58-61.

(Artículo no identificado).

"El préstamo de Franklin". *Semanario pintoresco,* 30 julio 1837.

Traducciones no identificadas, en *El Plata* (Buenos Aires), 1854-1855.

(Artículo no identificado).

"Memorial de la mano izquierda". *Almanaque-aguinaldo de la Isla de Puerto Rico*, 1875, pp. 54-55.

"A parable on brotherly love" (1774).

"Parábola sobre el amor". *El cojo ilustrado* (Caracas). I (15 abril 1892), p. 115; *ibid.*, *Revista de revistas* (México), 25 febrero 1912, p. 9.

(Artículo no identificado).

"De los cambios de posición". *El cojo ilustrado*. II (15 junio 1893), p. 219.

(Artículo no identificado).

"Elogio del vino". *El cojo ilustrado*. XVI (15 julio 1907), p. 430.

(Artículo no identificado).

"Apólogo". *Hispano-América* (Tegucigalpa). I (1 noviembre 1923).

(Epitafio de Franklin).

"Epitafio de Franklin". *Ariel* (San José, C. R.). V (1 abril 1938), p. 443.

"Speech on the Constitution of the United States (1787).

"El voto de Franklin". *América* (Habana). VIII (noviembre 1940), p. 33; "Discurso sobre la Constitución de los Estados Unidos". IPNA. 29 (septiembre - diciembre 1955), pp. 56-57.

(Artículo no identificado).

"La guerra", *Libro de lectura paanamericano* (Bogotá, 1944), p. 127.

II. Obras de Franklin en Traducción Portuguesa.

Poor Richard's Almanac (1733-1758).

A ciência do bom Ricardo e outras obrinhas de Benjamín Franklin. Lisboa: Imprenta Nacional, 1856, 30 p.

A ciência do bom homem Ricardo. Rio: Tipografía de Peixoto, 1859, 21 p. Trad. y prólogo: M. V. Ferreira.

A ciência do bom homem Ricardo —Conselhos para fazer fortuna, en *Verdades econômicas ou A riqueza ao alcance de*

todos. Lisboa: A. M. Pereira, 1876, 245 pp. Trad. y prólogo: Miguel Augusto da Silva.

A ciência do bom homem Ricardo ou O caminho da fortuna. Rio: Livraria Nicolau-Alvea, 1884, 21 p.

A ciência do bom homem Ricardo ou méios de fazer fortuna. Rio: Laemmert, s. f. (ca. 1901), 30 p. Prólogo: A. J. S. (editor francés). (Biblioteca das Folhinhas Laemmert: 13).

Aforismo doméstico para legítimos constitucionaes, ou Ciência do bom homem Ricardo dando um méio fácil para pagar tributos. Rio: Imprenta Nacional, s. f.

Breviário do homem de bem. Rio: Vecchi, 1943, 125 p. Trad. Dírio Gorgot. (Os Grandes Pensadores: 7).

III. Crítica Española.

Alzate Ramírez, José Antonio. "Breve elogio de Benjamín Franklin", *Gaceta de literatura de México,* 13 diciembre 1790, pp. 74-77; reimpreso en *Gacetas de literatura de México.* Puebla: Oficina del Hospital de San Pedro, 1831.

Anónimo. "Benjamín Franklin", *El apuntador* (México). I (1841), pp. 225-227. Artículo biográfico. Reproduce el "Epitafio".

Anónimo. "Anécdota de Franklin", *"El museo mexicano.* I (1843), p. 543.

P(irala), A(ntonio). "Franklin", *Revista histórica* (Madrid). I (1851), pp. 295-296. Foto-medalla. Breve aprecio y poema "A Franklin".

Anónimo. "Benjamín Franklin", *La abeja* (México), 20 enero 1875, p. 7. Artículo biográfico.

Olmedilla y Puig, Joaquín. "Franklin", *Revista europea* (Madrid). VII (18 junio 1876), pp. 638 ss. Sobre las investigaciones de Franklin relativas a al electricidad.

Rodó, José Enrique. "Benjamín Franklin", *Lo cierto y nada más* (1883), revista estudiantil redactada por Rodó, que duró tres números; amplificado y reimpreso en otra revista suya *Los primeros albores.* I (23 julio 1883), que también duró sólo tres números.

Sarmiento, Domingo Faustino. "Prólogo", *El camino de la fortuna o sea vida y obras de Benjamín Franklin* (Santiago, 1885), por Francisco Valdés Vergara; —2ª ed. 1900; "Semblanza de Franklin", IPNA, 29 (septiembre-diciembre 1955), pp. 36-38.

Lamas G., Eduardo, "Benjamín Franklin", *La revista de Chile*. V. (15 octubre 1900), pp. 244-248, 1 (noviembre 1900), pp. 268-272. Larga reseña de la segunda edición de la obra de Valdés Vergara.

Courrier, P. L. "Franklin y su folleto 'Buen sentido' ", *La semana* (Caracas). V (1905-1906), 199, pp. 189-191.

Wiesse, Carlos. "Franklin, profeta de la libertad", *Prisma* (Lima). 22 (septiembre 1906); —IPNA. 30 (enero-abril 1956), pp. 16-17. Resalta "la faceta del constructor democrático de los EE. UU., proponiéndolo como paradigma para los pueblos del continente".

Anónimo. "Héroes de la ciencia. Benjamín Franklin". *Páginas ilustradas* (San José, C. R.). III (2 diciembre 1906), pp. 1975-1976.

Mayorga Rivas, Ramón, "Tumba de Franklin", *Viejo y nuevo*. San Salvador, 1915. Poema.

"Tumba de Franklin"

(En Philadelphia)

No se alza aquí soberbio monumento;
que deslumbre al mortal con su riqueza,
en una humilde losa tiene asiento
sólo un nombre, y no más. Tanta grandeza

a sí misma se basta, y la rodea
atmósfera sagrada en que se agita
la vida universal; aquí palpita
todo lo grande que a los genios crea.

Qué mejor homenaje? El sol radiante
es lámpara encendida a su memoria,
el firmamento es dombo de su gloria,
y el planeta su altar. Natura amante,

prodiga aquí sus cantos y sus flores
y ante él su augusta magestad humilla;
y el hombre, puesta en tierra la rodilla,
le tributa el mayor de los honores.

Avella Mendoza, Temístocles. "El espíritu de Franklin", *Labor intelectual.* Bogotá: Tipografía Mercantil, 1915, pp. 61-65. Artículo biográfico, y de alto elogio, con traducciones de preceptos del filósofo "exento de toda preocupación".

Baeza, José. *Benjamín Franklin, obrero, político, escritor, inventor, su vida ejemplar, relatada a los niños.* Barcelona: Araluce [1928], 149 p. (Los grandes hechos de los grandes hombres).

Santelmo, Jorge, *Vida de Benjamín Franklin.* 3ª ed. Barcelona, I.G. Seix & Barral, 1930, 102 p. (Vidas de grandes hombres).

Nicolay, Helen. *Benjamín Franklin.* Santiago: Zig-Zag, 1937, 311 p. Trad. de *The boys' life of Benjamín Franklin* (New York: Appleton-Century, 1935), por Consuelo Villanueva.

Anónimo. "Augurio de Franklin", *Ariel* (San José, C. R.). XIV (15 abril 1939), p. 1047.

Deza Méndez, Gonzalo. "Autobiografía", *Revista de Revistas* (México), 27 septiembre 1942. Reseña, altamente favorable, de la obra de Carl Van Doren traducida por León-Felipe (1942).

Anónimo. "Franklin". *Amigos inolvidables.* Buenos Aires: Asociación de difusión interamericana, 1942-1943.

Mejía Sánchez, Ernesto. "Literatura norteamericana: 1. Franklin", *El diario nicaragüense* (Granada). XXXIV (11 enero 1947), p. 2.

Portuondo, Fernando. "Benjamín Franklin: La autobiografía". Universidad del Aire (Habana), 3 octubre 1954. Conferencia.

Anónimo. "Vida de Benjamín Franklin", IPNA. 29 (septiembre-diciembre 1955), pp. 51-55. Datos cronológicos.

Anónimo. "El aniversario de Franklin", IPNA. 29 (septiembre-diciembre 1955), pp. 62-64.

Campa, Arthur L. "Benjamín Franklin", IPNA. 29 (sep-

tiembre-diciembre 1955), pp. 5-9. Artículo biobibliográfico y de aprecio general.

Davis, Harold. "El significado histórico de Benjamín Franklin", IPNA. 29 (septiembre-diciembre, 1955), pp. 49-50. "El llevó la Revolución Americana a Francia y así comenzó el proceso de su universalización".

Erwin, Horace W. "Franklin y Mozart", IPNA. 29 (septiembre-diciembre 1955), pp. 34-35. "...Mozart grabó sus iniciales en el instrumento [armónica] de Franklin".

Infante, Luis C. "Paralelo entre Benjamín Franklin y don Hipólito Unánue", IPNA. 29 (septiembre-diciembre 1955), pp. 30-33.

Irwin, H. Franklin. "Benjamín Franklin: Infinito en sus facultades", IPNA. 29 (septiembre-diciembre 1955), pp. 44-48.

Kahn, Robert L. "Benjamín Franklin y George Forster", IPNA. 29 (septiembre-diciembre 1955), pp. 20-24.

Núñez, Estuardo. "Franklin en América hispana", IPNA. 29 (septiembre-diciembre 1955), pp. 10-19; "Franklin en Hispanoamérica", *Cuadernos americanos*. 88 (1956), pp. 155-168.

Onís, José de. "Benjamín Franklin ciudadano de América", IPNA. 29 (septiembre - diciembre 1955), pp. 25-27. "Hoy, que vemos una vez más esa misma cultura puesta en prueba por el amanecer de otros valores, Benjamín Franklin, y los ideales que él representó para nuestros abuelos, lejos de haber perdido su vigencia, son cada día más dignos de nuestro interés y estudio".

Valle, Rafael Heliodoro. "Dimensión de Franklin", IPNA. 29 (septiembre-diciembre 1955), pp. 28-29.

Bosch, Santos. *Benjamín Franklin*. Barcelona: Ediciones G. P., 1955, 64 p. (Enciclopedia Pulga: 104).

Chase, Gilbert. "Franklin y la música", IPNA. 30 (enero-abril 1956), pp. 3-11. Capítulo de su obra sobre *La música en los EE. UU.*, de próxima publicación en castellano.

McCloskey, Richard. "Benjamín Franklin, impresor", IPNA. 30 (enero-abril 1956), pp. 12-13.

Williams, Stanley T. "Franklin y Latino-América", IPNA.

30 (enero-abril 1956), pp. 14-15. Apuntes sacados de su obra sobre *The Spanish Background of American Literature.*

Valbuena Briones, Angel. "Benjamín Franklin, personaje humano", *Arbor.* 124 (1956), pp. 569-575. Sobre las diversas facetas de su genio y personalidad.

IV. Crítica Portuguesa.

Van Doren, Carl. *Benjamín Franklin.* Porto Alegre: Globo, 1943, 596 p. Trad. de *Benjamín Franklin* (New York: Viking, 1938) por J. de Matos Ibiapina.

Amzalak, Moses Bensabat. *Benjamín Franklin, economista.* Lisboa, 1941, 122 p. Foto.

Silva, Agostinho da. *Vida de Franklin. Vila Nova de* Famalição: "Minerva", 1942, 117 p.

JOHN E. ENGLEKIRK.

Tulane University,
New Orleans, Louisiana.

La Poesía Imaginista y el Hai- Kai Japonés

Mucho se ha dicho acerca de la poesía imaginista contemporánea en sus relaciones con la oriental, y muy especialmente con la que los japoneses llaman *hai-kai* (jái-cái), nombre que no tiene para ellos el mismo sentido que tiene para los occidentales.

Entre los japoneses, estos vocablos designan no una forma poética, sino un género de poesía. *Hai* quiere decir "cómico", y *kai*, poesía en general. La *hai-kai* japonesa —a pesar de la delicadeza y la ternura que suelen caracterizarla— es poesía epigramática, escrita en la forma que sus autores (los *hai-jins*, o "poetas cómicos") llaman *hok-ku* y también *hai-ku*, y pocas veces *hai-kai*, como prefieren llamarla los poetas y los eruditos occidentales.

EL HAI-KU, SU ORIGEN Y SU ÍNDOLE

El *hai-ku* es quizá la forma más representativa de la poesía japonesa de índole epigramática. En el curso de los siglos, los poetas japoneses han creado millones de *hai-kus*, muchos de los cuales se han convertido en verdaderos proverbios, que el pueblo atesora con amor.

El origen remoto del *hai-ku* se halla en la poesía china. En el año 905 de la Era Cristiana se publicó en el Japón la antología intitulada *Kokinshu*, que contiene mil cien poemas, de los cuales sólo cinco son largos. Los demás siguen las nor-

mas tradicionales de las *tannkas* chinas: son composiciones de a cinco versos cortos, cada una dividida en dos hemistiquios. Los japoneses imitaron por siglos a sus maestros chinos, no sólo adoptando su sistema de versificación, sino tomando de ellos los temas de su poesía, ora cómica y satírica, ora ética, filosófica y religiosa. Sin embargo, en el siglo XVI, el poeta Moritake-Arakida (1472-1549) y sus discípulos crearon una técnica nueva y sorprendente: rompieron la *tannka;* se hicieron dueños y señores de su primer hemistiquio, y compusieron el *hai-ku,* es decir, un poemilla que consta casi siempre de diez y siete sílabas distribuídas en dos versos pentasílabos y un heptasílabo (5-7-5). ¡Qué maravilla! Esta forma japonesa corresponde exactamente a la del estrambote de la seguidilla castellana. Recordemos la clásica de Ruiz de Alarcón:

Venta de Viveros
dichoso sitio,
si es cristiano el ventero
y es moro el vino.
Sitio dichoso,
si el ventero es cristiano
y el vino es moro.

Si tomamos su estrambote, tendremos un *hai-ku* japonés, y no sólo por su forma externa, sino por su intención. Lo mismo resulta si tomamos el de una seguidilla tan moderna como ésta de Rafael Alberti:

En La Habana las sombras
de las palmeras
me abrieron abanicos
en revoleras.
Una mulata:
dos pitones en punta
bajo la bata.

El *hai-ku* auténtico —que es un apunte y no una descripción, ni muchísimo menos una disertación— se contenta con darnos una idea o una imagen, en sólo tres rasgos ligeros y rápidos, y su asunto —serio o jocoso, o trivial, elevado y profundo— se nos ofrece de modo delicado y sugerente, sin limitar ni en lo más mínimo nuestra libertad de ensoñación, de me-

ditación o de recordación, y por ello, al oírlo, podemos evocar todo un mundo de sensaciones, de ideas, de emociones y de recuerdos más o menos gratos. Un ejemplo bastará para probarlo:

Yo no naka wa
mikka minu yo no
sakura kana.

"En cuanto al mundo, ¡oh cerezo no visto en tres días!"

Eso nos dice un famosísimo *kai-ku* japonés que, en sus tres trazos ligerísimos, nos invita a pensar en la fragilidad de la vida y la belleza. !Magia de la sugerencia!... En efecto, el árbol de cerezo se cubre de flores al comenzar la primavera, y de ellas se desnuda a veces casi de repente cuando con más esplendor ostenta su hermosura. Así el mundo, así la vida... Y notemos que en este *hai-ku* se insinúa el mismo tema que Calderón desarrolló en su soneto a las rosas ("Estas que fueron pompa y alegría"). Calderón necesitó catorce endecasílabos con un total de ciento cincuenta y cuatro sílabas, para presentarlo. El poeta japonés necesitó sólo diez y siete. Es natural: Calderón, poeta barroco, era amigo de la suntuosidad y del color. El japonés era amigo de lo breve, lo asordinado y lo sutil, y usaba una lengua monosilábica...

El *hai-ku* japonés, además de su origen, ha tenido su desarrollo, su apogeo, su decadencia y su renacimiento. Iniciado por Maritake-Arakidu al desprenderlo de la *tannka* tradicional, lo desarrollaron otros, y lo llevaron luego a la perfección Basho (1644-1694) y su contemporáneo Onitsura.

Basho es el clásico del *hai-ku*, el poeta a quien más veneran los japoneses, no sólo por su vida y su carácter, sino por la alta calidad de sus creaciones artísticas. Pertenecía a una familia de *samurais*, pero de joven renunció al poder y a la riqueza, y se hizo monje budista. Estudió ética, urbanidad y religión, y vivió muchos años en las bellas montañas de Yoshino, meditando y buscando en la naturaleza la perfección moral, y en la humildad absoluta el camino de su liberación espiritual. Peregrinó bastante por el Imperio del Sol Naciente, ganando adeptos y adoctrinándolos por medio de la poesía y del ejemplo.

Para Basho todo lo que *es* vive y participa de la esencia divina, y merece, por lo tanto, nuestra veneración y nuestro amor. Con actividad de místico de la naturaleza, observó la nieve, los árboles, el polvo, las flores, los insectos, los peces, las aves, las arenas, los hombres, todos los seres, y trató de aprehender sus "almas", para expresarlas en miles de epigramas llenos de gracia y de ternura. A sus discípulos solía decirles: "Dejad que los *hai-kus* os salgan del corazón y se parezcan a las hojas de los sauces acariciados por la llovizna." Este consejo sintetiza su estética, y la nieve simboliza su poesía, por frágil, casta, delicada y dulce.

Muerto Basho, cultivaron el *hai-ku* los famosos *Jet-tetsu*, o sean los "diez sabios ingenios" del Japón: Kikaka, Rantsu, Kyorai, Joso, Kyoruken, Shiko, Yaka, Kotushi, Sampo y Etsujin, varones ilustres que lo mantuvieron en alto grado de perfección, dándole nuevas orientaciones. Sus *hai-kus* son admirables. Aunque los más de ellos no expresan ya ideas abstractas, sino sensaciones puras y directas de las cosas y su fugacidad, constituyen en verdad esquemas exquisitos de sonidos e imágenes evanescentes, en las cuales se manifiesta un infantilismo poético por demás delicioso y encantador.

Gracias a Basho, a Onitsura y a los *Jet-tetsu*, el *hai-ku* vino a convertirse en la forma poética del *teísmo*, antiguo culto así llamado por estar íntimamente asociado con el uso del té, bebida predilecta de los japoneses refinados. Desde el siglo VIII, este culto tenía su "dios" tutelar en el poeta Lu Wug (763-829), que tanto amaba el té verde servido en taza de porcelana azul, porque en él "flotan los ensueños como flotan los nelumbos en aguas de esmeralda".

El *teísmo*, según Oamura-Kakuso, "es un culto que se funda en la adoración de lo bello, notable aún dentro de los hechos más sórdidos de la existencia cuotidiana"; es una religión "que predica la pureza y la armonía, el misterio de la caridad mutua y el romanticismo del orden social"; es una economía "que halla el consuelo en lo sencillo, más bien que en lo complejo y lo lujoso"; una higiene mental que nos enseña la limpieza como norma suprema de vida, "alejándonos de Baco, de Venus y de Marte"; una geometría moral que "pone de relieve la pequeñez humana ante la Infinitud del Universo";

un código del honor y de los buenos modales que rige "no sólo la conducta del hombre ante los hombres, sino ante la naturaleza entera"; es el arte "de sugerir lo que no puede ni debe revelarse", un arte que nos enseña "a reírnos de nosotros mismos, y de reírnos de todo, sin ofender a nadie"...

Bajo la influencia del *teísmo*, las minorías japonesas se fueron refinando. En los hogares y en las escuelas se discutieron hasta el cansancio sus muchas posibilidades, y su forma de expresión literaria, el *hai-ku* paró así en mero juguete de poetastros, retóricos y preceptistas. Componer uno nuevo, original, fue empresa digna de premios y alabanzas de alcance imperial. Todos los años, en concursos públicos, se consagraba a quien lo compusiese, ¡y eran miles los concursantes, desde el Emperador del Japón hasta los párvulos!

Con el refinamiento vino la frivolidad, y con el preceptismo, el formalismo insustancial. Más tarde vendrían la cursilería y aun la vulgaridad. Decayó el *hai-ku*, perdiendo sus cualidades esenciales: la absoluta fidelidad a la naturaleza, la transparencia y la gracia, resultado de la contemplación amorosa y desinteresada de las cosas. Por fortuna, en la época contemporánea, han vuelto a surgir en el Japón artistas serios, inspirados y conscientes, como el ya consagrado Kyochi Takakama, cuyos *hai-kus* semejan líquidas perlas de un collar donde fulgura un pensamiento de noble grandeza y elegancia.

EL HAI-KAI ENTRE LOS FRANCESES Y ANGLOSAJONES

Según Schwartz, el movimiento orientalista en general comenzó en París hacia 1841, y continuó ganando terreno con una serie de exposiciones de muebles, lacas, porcelanas, pinturas y grabados chinos y japoneses; llegando a triunfar en 1881, cuando Edmond de Goncourt presentó la "Maison d'un Artiste", amueblada y decorada exclusivamente con los delicados productos del arte plástico oriental.

En poesía, el movimiento vino más tarde. Schwartz ha hallado ligeras tendencias japoneizantes en Mendès, Gautier, Hugo y Heredia ("quí ne faissaint que continuer la tradition poètique française, oratoire ou descriptive"), y señala el hecho

de que, para 1863, Leon de Rosny ocupaba ya en París una cátedra de arte japonés; pero admite que su *Anthologie Japanaise*, publicada en 1871, pasó inadvertida, sin interesarle a nadie más que al editor.

El iniciador del *hai-kai* francés (y el primer occidental que usó este nombre, en vez del japonés *hai-ku*, quizá por evitar ciertas asociaciones de índole fonético-escatológica poco admisibles entre franceses refinados), fue Paul Louis Couchoud, poeta que vivió varios años en el Japón. Couchoud, junto con sus amigos A. Poncin y Julien Vocance, editó en 1905 setenta y dos *hai-kais* originales, bajo el título de *Au fil de l'eau*, librito al cual siguieron *Epigrammes lyriques du Japan* (1906) y *Sages et poètes d'Asie* (1917). Con los tres primeros *hai-jins* franceses —Couchoud, Poncin y Vocance— pudieron paladear una nueva golosina los amantes de la poesía francesa, educados ya por los simbolistas que, con Mallarmé a la cabeza, querían "torcerle el cuello a la elocuencia" y proclamaban el alto valor estético del matiz y la sugerencia.

El *hai-kai*, dice Couchoud, es una impresión, "una viñeta que se esfuma"... En él todo el esfuerzo artístico debe sostenerse sólo en la selección esmerada de tres sensaciones sugestivas "qui appelerons le cortège des autres". Además, siendo el *hai-kai* el más elemental de los géneros poéticos, debe iniciarse y desenvolverse bajo el impulso imaginativo puro, libre de toda racionalización, llegando, así, a ser el medio más adecuado para expresar el alma analítica, escéptica, huidiza y burlona del hombre contemporáneo si es "refinado y discreto".

El *hai-kai* les ofreció a los artistas franceses un nuevo género poético condensado, visual, aéreo y sabiamente candoroso, y cayó entre ellos como una gota de rocío capaz de captar, no sólo ciertos fulgores de lo infinito, sino las sonrisas más deliciosas y aurorales y espontáneas del hombre. No nos sorprendamos del éxito, asordinado y sorpresivo, que el *hai-kai* ha logrado en las márgenes del Sena, ni nos maravillemos de que allí tantos poetas lo hayan explotado con tan singular deleite. Es natural. "Les civilizations qui se raffinent —dice Paul Valéry— ont arrivent a des formes poètiques breves.

Elles on appris que les longs poémes se brissent et se resolvent spontanement en leur fragments les plus precieux."

Tal fragmentación es asombrosa en el *hai-kai* francés, que muchos relacionan con la novela de Proust y con la filosofía bergsoniana. Por ello algunos lo atacan. Daniel Essetier, por ejemplo, afirma que el *hai-kai* "tiende a inmovilizar, y por ende a matar los estados de consciencia, más bien que a reproducir su continuidad viviente". Esta es tan sólo una opinión de filósofo racionalista que no quiere aceptar el hecho de que el *hai-kai* no se propone reproducir *estados* de consciencia, sino más bien estimular la *creación* de nuevos y vívidos fulgores de consciencia, por medio de agudas y aladas sugerencias, que no por medio de silogismos, ni máximas, ni sentencias, ni nada de lo que pertenece al campo estricto y mecanizante de la lógica. Los *hai-kaistas* franceses —y con ellos los "surrealistas" y algunos amantes de la "poesía pura"— prefieren la síntesis y la fragilidad evanescente, y abandonan el afán discursivo, pero sin renunciar al propósito de captar las ondas del pensamiento y emitir las de la fantasía. Al contrario: tratan de señalar siempre las sutilísimas relaciones que existen entre las cosas externas y las cosas del espíritu, y las presentan en formas que, para el lector desprevenido, son una invitación al ensueño dinámico y creador. Por eso a ellos —como a los *hai-jins* japoneses— les gusta sugerir, y nos halagan con bellas impresiones de la vida y de la realidad, que a cada instante se fugan sin cesar... Esto se siente en las obras de Couchoud, Poncin, Vocance, Sobiron, Baucomon y, sobre todo, en las de los mejores *hai-kaistas* René Maublanc, Paul Eluard y Maurice Betz, así como en las de los "surrealistas" Breton, Soupault, Goll, Peret y Cocteau, y en las de los "puristas" Mauriac y Valéry, que también han cultivado el poema breve y sugerente.

Los buenos *hai-kaistas* franceses han logrado componer epigramas líricos tan exquisitos como los mejores *hai-kus* del Japón. No se podría decir lo mismo de los llamados "imagistas" anglosajones, aunque muchos de ellos se han sentido atraídos por el arte de chinos y japoneses.

Según Schwartz, fue Richard Henry Stoddard el primer poeta anglosajón que, para 1852, intentó cantar a la manera

oriental, en poemitas libres de cadencias, aunque de muy poco sabor chino o japonés. Vinieron después Lafcadio Hearn, "el poeta en prosa"; Hellen Waddell, John Gould Fletcher, Vachel Lindsay, Amy Lowell, Ezra Pound y otros, creadores de una "poesía nueva" de inspiración en parte oriental. Para 1910, Basil Hall Chamberlain publicó en Londres su famoso tratado *Japanese Poetry*, y para 1915 los "imagistas" norteamericanos proclamaron su credo estético, y con él una apología de sus obras. Ezra Pound inventó los términos "imagism" e "imagists" para hablar de su poesía y la de sus compañeros, y con Amy Lowell defendió los fueros de la nueva escuela.

Para los imagistas norteamericanos, los poetas deben usar "el lenguaje cotidiano" y abandonar "lo puramente decorativo"... "No somos una escuela de pintores —decían en su manifiesto—, pero creemos que la poesía debe expresar con exactitud todo lo que es particular, sin curarse de vagas generalidades, por magníficas y sonoras que sean." Y continuaban: "Por eso nos oponemos al poeta cósmico" y tratamos de crear "una poesía dura y clara, nunca esfumada ni indefinida", pues "la concentración es la esencia misma de la poesía".

Con tales ideas, los imagistas norteamericanos lograron crear muchas composiciones largas de mérito indiscutible, pero fallaron en su empeño de crear *hai-kais*...

Como toda poesía auténtica, el *hai-kai* requiere concentración, pero no puede evitar lo "cósmico" ni reducirse a la pintura de lo particular, sin convertirse en mero impresionismo. Tampoco puede buscar tan sólo "lo duro y claro", pues se condenaría así a petrificarse, creando obras sin sugerencias ni matices, es decir, sin capacidad de inspirar a quienes traten de saborearlas...

El crítico japonés Jun Fuyita, al analizar la poesía de Amy Lowell —quizá el más importante entre los "imagistas" norteamericanos— pudo decir que ella no había descubierto siquiera "la calidad esencial" del *hai-ku* japonés: su evanescencia...

El fenómeno es interesante. Los anglosajones han mostrado desde hace siglos no sólo su "humor" peculiar, sino una admirable capacidad para la paradoja y el epigarma, y para

la poesía lírica, noble y profunda. ¿Cómo explicar su fracaso al intentar la *tannka* china y el *hai-ku* japonés? Quizá tiene razón Shakespeare cuando dice que "la mente anglosajona vive prisionera de los hechos". Es una mente amiga de lo positivo y lo concreto. Además, en estos tiempos, el hombre anglosajón, y muy especialmente el norteamericano, anda enamorado de lo "emocionante" y lo melodramático, y a menudo se pierde en los paraísos artificiales para evadirse de su prisión. Imposible para él cultivar la poesía oriental, que canta la sabiduría de las edades y se complace en la contemplación de lo humilde, lo natural, lo sereno y lo esfumado...

EL HAI-KAI HISPANO

La afición a ciertas manifestaciones artísticas del Lejano Oriente es ya varias veces secular en el mundo hispano. Puede decirse que comenzó antes del Siglo de los Descubrimientos, con la presencia de los judíos y los árabes en España, y que se acentuó en los siguientes.

Entre 1500 y 1800, de los puertos portugueses y españoles —y de 1600 en adelante del Acapulco mexicano— partían las naos hacia la India, Catay y Cipango, en busca no sólo de mercaderías, sino de inspiraciones artísticas. De la India sacaron temas y motivos los arquitectos y decoradores del barroco portugués y del mudéjar español, y muchas prendas suntuarias pasaron del Oriente a nuestro mundo, que las adoptó como propias: alfombras, porcelanas, lacas, colgaduras de seda y de brocado, y variadísimos objetos de hueso, de jade y de marfil. Las peinetas de carey, las mantillas de encaje y los mantones "de Manila" llegaron a identificarse con las mujeres españolas de aquende y allende el mar. Lo mismo sucedió con los *quimonos* del Japón y con las zapatillas de la China, que nuestros abuelos llamaron *chinelas*... Muchas mercaderías del Lejano Oriente nos trajeron los viajeros de ayer, pero no nos trajeron entonces ni el té, ni la literatura, a pesar de los misioneros, algunos de los cuales llegaron a ocupar allá altas posiciones.

Para hallar influencias del Lejano Oriente en nuestro arte literario, tenemos que explorar tan sólo el período contemporáneo. Entonces, las hallamos en algunos poetas y prosistas hispanoamericanos, y muy especialmente en Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal, Rubén Darío, Amado Nervo, Guillermo Valencia, Leopoldo Lugones, José Juan Tablada y Enrique Gómez Carrillo.

Según Carrera Andrade, fue Gutiérrez Nájera "el primero con quien aparece en la lírica mejicana el gusto por la evocación asiática", pues nos dejó una composición juvenil —*La Misa de la Huerta*—, "sucesión de epigramas del más depurado gusto moderno". Casal escribió algunos *surimonos* y *kakemonos*, es decir, poesías que aspiraron a parecerse a pinturas japonesas. Darío, en *Azul...* y en *Prosas profanas* utilizó temas y símbolos llenos de sugerencias chinescas y japonizantes, y Valencia, en *Catay*, desarrolló o interpretó más de cien *tannkas* sacadas de las antologías chinas. Nervo nos sorprende a veces con su "budismo" de mentirijillas, y Lugones nos encanta con imágenes novedosas de brillo oriental y de suavísima ternura. Gómez Carrillo, en muchas de sus admirables crónicas, nos da la visión del Japón "heroico y galante" de los *samuráis* y las musmés.

Estos autores dejaron pocos poemas breves, y conocieron al Lejano Oriente al través de revistas y libros franceses. Todos, menos Gómez Carrillo, que visitó al Japón a poco de terminar la guerra rusojaponesa, y Tablada, que lo visitó antes, y trajo de él su sistema de versificación.

José Juan Tablada anduvo por el Japón a fines del siglo XIX y principios del XX, como agente consular del gobierno mexicano. ¿Se puso allá en contacto directo e independiente con la poesía japonesa, o la estudió junto con el poeta francés Paul Louis Couchoud, que también anduvo por esos años en las tierras del cerezo y las musmés? ¿Fueron amigos Tablada y Couchoud? ¿Se acercaron juntos al arte exquisito, sabio y sugerente de los *hai-jins?* No he podido averiguarlo, pero es lo cierto que Tablada, al regresar del Japón, publicó en México su *Nao de la China* (1902), tres años antes de publicar Couchoud en París el libro *Au fil de l'eau*, compuesto por él y sus amigos Poncin y Vocance.

Nao de la China contiene *tannkas* y *hai-kais*. Como esos tres franceses, Tablada prefirió el nombre de *hai-kai* para sus breves composiciones, que pronto le ganaron en su patria el dictado de "poeta japonés". Más tarde publicó *Un día*, libro de "poemas sintéticos", y *El jarro de flores*, de "disociaciones líricas". Con sus libros, Tablada "le abrió caminos a la nave del sueño", como dijo alguno de sus discípulos y admiradores. Con su triunfo, el *hai-kai* fue enamorando a muchos poetas y artistas de México, Centro América, Colombia, el Perú, el Ecuador y otros países hispanoamericanos, y también a muchos de España. Muchos son los *hai-kaístas* hispánicos, y algunos de ellos han logrado miniaturas líricas de valor tan aquilatado como los buenos *hai-kus* japoneses y los *hai-kais* franceses. Debido a las diferencias silábicas entre el idioma japonés y el castellano, no siempre se ha logrado respetar en éste la forma del *hai-ku*. En castellano han gozado de mucha libertad los *hai-kaístas*. A veces, sus imágenes se presentan en tres versos de seguidilla, otras en dos versos o en más de tres. A veces se presentan en forma de sartalitos, en poemas largos —como el famoso "Bestiario", de don Ramón del Valle Inclán, y a veces en prosa, como en las numerosísimas y sorprendentes "greguerías" de Ramón Gómez de la Serna, y en las de sus discípulos... Muchas "greguerías" son verdaderos *hai-kais*.

En el mundo hispano, el terreno estaba preparado y abonado para la siembra del *hai-kai*. Aun en su forma externa tenía en él antecedentes de viejo y claro abolengo. Los *hai-kaístas* contemporáneos no somos los primeros amigos de la expresión breve y sintética, ni tampoco los primeros creadores de imaginismos sutiles y evanescentes...

Carrera Andrade, al "echar a rodar por el mundo" sus "microgramas infantiles" —que así llama él sus admirables *hai-kais*— confiesa que ellos tienen "abuelos directos" en los "donosos cuartetos" que, "como collar rústico de epigramas castellanos", nos da don Francisco de Quevedo en su *Boda y Acompañamiento del Campo*, donde el gran satírico "intentó la caricatura regocijada de los pequeños seres de la huerta", el rábano, la cebolla, etc., y pudo decirnos, por ejemplo:

Doña alcachofa, vestida
a imitación de las flacas:
basquiñas y más basquiñas,
carne poca y muchas faldas,

creando, así, un epigrama, que no un *microgramа* auténtico, ya que éste, si lo es, "se despoja de su matiz subjetivo", y se convierte en epigrama "esencialmente gráfico, pictórico", hasta constituir "una estilización emocional".

Para Carrera Andrade, el epigrama clásico español "tenía boca de risa", y, por lo tanto, "un carácter unilateral que no alcanza a satisfacer a ciertos espíritus inclinados metitativamente sobre el espectáculo del mundo". Por eso era necesario "añadir al humorismo el sentido trascendental, la vibración de la vida, la grandiosidad del mensaje de las cosas pequeñas" y crear el *microgramа* en el cual, "al esquema jocoso de personajes y sucesos, había que sumar el apunte rápido en que aprisionar el gesto de las vidas insignificantes, despreciadas por los contempladores de un mundo monumental".

Para realizar tal empresa, el elegante poeta ecuatoriano buscó otras fuentes, fuera del epigrama tradicional: estudió a Góngora —imaginista de primer orden— y a los poetas "popularistas" de la España moderna, los Machados, García Lorca, Domenchina, Alberti, etc.; se hizo amigo de los cantares, y muy especialmente de las *saetas*, "epigramas que, al escaparse de la meseta castellana, se empaparon de luz mística" y se retorcieron de "torturante gracia arábigo-andaluza"; y, por último, se familiarizó con los *hai-kais* franceses y los *hai-kus* japoneses, durante su residencia en París y en el Japón.

Gómez de la Serna —que ha sentido siempre la necesidad de devolverle a la vida "el sentido de la instantaneidad"— ha proclamado su anhelo de sorprender "lo que gritan las cosas", y se ha dado a la creación de "greguerías" en las cuales se atreve "a definir lo indefinible" y "a captar lo pasajero", por medio de las metáforas que, "después de todo", son "la expresión de la relatividad", y, por lo tanto, un *valor* para el hombre moderno, que "todo lo ve reunido, yuxtapuesto, asociado", quizá por "ser más oscilante que el de cualquier otro siglo".

Para Ramón, la *greguería* no es sentencia, ni proverbio,

ni máxima, ni aforismo, ni paradigma, ni frase lapidaria que presuma de encerrar el universo en pocas palabras. Es tan sólo un "juguete nuevo" que tiene "el brillo de los azulejos y su policromía". No siendo "ni lo demasiado poético, ni lo demasiado chabacano", la *greguería* carece del retintín cristalino del epigrama tradicional, y "no puede escribirse en abanicos". Ella se detiene sólo "ante lo concreto y lo efímero", y puede dialogar libremente, saltar, ausentarse, "sacar la lengua", pintar monos, humillarse, musitar y aun sollozar, pero siempre sonriendo... De ahí su parentezco inconfundible con el *hai-kai*.

Ramón afirma que "greguerizaron" los poetas antiguos —Luciano, Dante y Shakespeare, entre los extranjeros, y entre los nuestros Lope, Góngora, Quevedo y Gracián— y se complace en señalar otro antecedente de la greguería: las *casidas* arábigo-andaluzas, aunque casi todas ellas son de sentido "más que nada amoroso", lo cual las diferencia enormemente de los *hai-kus* japoneses, que nunca lo tienen. Y, sin embargo, algunas *casidas*, como las siguientes, tienen sabor de greguería:

La estrecha cinta del río
parece un pespunte de plata
en una túnica verde.

* * *

La luna es un espejo
cuyo alinde ha sido empañado
por los suspiros de las doncellas.

* * *

Ocaso:
la tinebla se bebe
el rojo licor del crepúsculo.

Según parece, Carrera Andrade y Gómez de la Serna se empeñan en legislar acerca de *microgramas* y *greguerías*, y al defender sus creaciones, señalan su parentesco con el *hai-ku* japonés, y les hallan antecedentes hispanos en epigramas, gongorismos, quevedismos, gracianismos, cantares, *soleares*, *sae-*

tas y *casidas*. Muy bien. Mas ¿qué decir de las seguidillas y las adivinanzas líricas, tan nuestras y castizas? ¿Y qué de otras composiciones, menos breves, como las endechas y las *rimas* que tanto han amado los románticos?...

La seguidilla —esa "ánfora lírica" que enmarca ideas-perlas en su metro "mágico y rico", como dice Rubén, y cuyo ritmo "tiene el filo de cien puñales" y "muerde y acaricia" o "mata y enflora"— es la flor más castiza de la poesía lírica de Castilla. Del pueblo brotó, en la meseta incomparable, y brotó breve y arisca, dispuesta a decirlo todo y a sugerirlo todo, a cantar y reír, o a sollozar y a hacer piruetas, si le venía la ocasión...

En sus comienzos, la seguidilla fue irregular, combinando versos de variados metros, pero poco a poco buscó su forma definitiva, en cuartetas de hexasílabos y pentasílabos (6-5-6-5), o de heptasílabos y hexasílabos (7-6-7-6), hasta hallar la predilecta (7-5-7-5), en la cual los tres últimos versos corresponden a los de un *hai-ku* japonés, como corresponde el estrambote, según vimos antes.

Para el siglo XV, los poetas cultos sacaron la seguidilla del "arroyo y la llevaron a los salones y a los templos —ya con aires cortesanos, ya empapada de místicos anhelos—, y en el Siglo de Oro la pulieron y acicalaron con primor, utilizándola en novelas, dramas y comedias, y en villancicos y canciones, para expresar cuanto quisieran. Por eso es tan asombrosa la variedad de su contenido. Si Cervantes, por ejemplo, pudo poner en boca de una chica la siguiente, tan intencionada:

> Sacristán de mi vida,
> tenme por tuya,
> y fiado en mi fe
> canta aleluya,

en otra ocasión puso otra, muy delicada:

> Frescos ventecillos,
> favor os pido,
> que me anego en las olas
> del mar de olvido.

A Cervantes no le iba en zaga Tirso de Molina, ni en el realismo picaresco, ni en el galanteo. Si aquél hace que un chico confiese:

A la guerra me lleva
mi necesidad;
si tuviera dinero
no fuera en verdad,

éste nos brinda un granito de resignación en boca de otro:

Vengo de la guerra,
niña, por verte;
hállote casadita,
quiero volverne...

Y si el Manco admirable se enterneció cantando:

A la puerta puestos
de mis amores,
espinas y zarzas
se vuelven flores,

el fraile desenfadado nos retrató así a la Tisbea de su drama inmortal:

A pescar salió la niña
tendiendo redes,
y en lugar de peces,
las almas prende.

En el Siglo de Oro español —que coincide casi cronológicamente con el apogeo del *hai-ku* japonés—, el pueblo castellano compuso miles y miles de seguidillas, y para su deleite miles crearon también sus grandes poetas, y sobre todos Lope de Vega, maestro insuperado del "ánfora lírica" y del arte supremo de la concentración. Sus seguidillas son asombrosas, leves y transparentes unas, otras intensamente dramáticas:

Nace el alba María
y el sol con ella
desterrando la noche
de nuestras penas,

dice Lope con religiosa unción, y en otra seguidilla nos da una tragedia humana de universal resonancia:

Que de noche lo mataron,
al caballero,
la gala de Medina,
la flor de Olmedo...

El pueblo mismo rivalizaba con los grandes poetas en su afán de síntesis intensa. Así cantan dos seguidillas anónimas:

Los primeros amores
no sé qué tienen:
se meten en el alma,
salir no pueden.

* * *

Dices que no la quieres
ni vas a verla,
pero la veredita
no cría yerba,

y en la Antioquia colombiana otra sonríe:

Una niña me dijo
en Salamina:
¿Cuándo va por el niño,
que ya camina?...

También tienen relación y parentesco con el *hai-ku* japonés las viejas adivinanzas líricas que con tanto cariño conserva el pueblo y que recuerdan los días de la niñez. En cualquier patio casero del mundo hispánico, a la hora crepuscular, se sientan los niños alrededor de su abuelita, sabia y sutil, que les estimula la imaginación y la inteligencia proponiéndoles acertijos rimados, que ellos adivinan con aires de triunfo. ¡A ver, niñitos, adivinen!:

Vueltas y más vueltas dando
dormido se va quedando...

¡El trompo, el trompo!—grita el que ha "hilado más fino", y la abuelita sigue proponiendo nuevos acertijos, más

o menos inocentes y delicados. Pero en ocasiones los chicuelos, estando solos, en noches de luna, entre risas y miradas picarescas, se proponen otras adivinanzas menos líricas, aunque muchísimo más picarescas y subidas de color, de ésas que el Diablo Cojuelo, desvergonzado y travieso, les susurra al oído... Algunas de éstas no se pueden escribir ni citar, para no escandalizar a las personas mayores, que "poco saben de lo que es bueno"...

Nuestras viejas adivinanzas tienen a menudo la brevedad del *hai-kai*, y se afirman casi todas en la observación directa de la naturaleza, y especialmente en la de los seres humildes. Además, se desenvuelven libremente dentro de un infantilismo, si no tan sabio y sutil como el del *hai-kai*, sí juguetón y transparente como él. Son, pues, parientes del *hai-kai*.

El *hai-kai* moderno tiene antecedentes hispanos en el epigrama, la *saeta*, el cantar, *las casidas* arábigo-andaluzas, la seguidilla y la adivinanza lírica. También los tiene en los proverbios, en algunas endechas, cancioncillas y rimas, y aun en ciertas composiciones largas que, si bien se examinan, parecen sartalitos de *hai-kais*... En tierras de América quizá hay otro antecedente más, que no por remoto deja de ser interesante. Me refiero a ciertas imágenes y dichos que hallarse pueden, digamos, en el famoso *Popul Vuh* de los Mayas, por ejemplo. A veces me atrevería a decir que los *huaynos* peruanos son antecedentes también. Las tierras indoamericanas estaban bien abonadas para la siembra del *hai-kai*. No nos sorprendamos de que en ellas haya tantos artistas que lo hemos cultivado con amor, y no sólo en el campo limitado de las composiciones en verso, sino en los cuentos y novelas. Las páginas de escritores, como Salarrué, Ciro Alegría, Humberto Salvador y otros están llenas de imágenes tan sugerentes como buenos *hai-kais*...

La *greguería* de Gómez de la Serna quiere no ser "ni lo demasiado poético ni lo demasiado chabacano", y el *micrograma* de Carrera Andrade se empeña en libertarse de todo individualismo subjetivista, para ser poema "pictórico" y breve, aunque capaz de vuelos altos de noble inspiración. Muy bien. Pero ni la greguería ni el micrograma dominan por entero el campo del poema sintético, de inspiración más o menos japo-

nesa. Al contrario. No todos los *hai-kaístas* hispanos siguen las huellas de Ramón ni las de Jorge. Desde el día en que a nuestro mundo vino el *hai-kai* con el mejicano Tablada, el poema breve o miniatura lírica se ha portado con entera libertad, así en su forma como en su intención. Casi todos los *hai-kais* modernos son breves, pero algunos tienen rimas y otros no, y unos meses de diez y siete sílabas, y otros más. Todos se contentan con rozar tan sólo la superficie de las cosas, y acogen las imágenes precisas —ya simples, ya complejas—, pero algunos se nutren de emociones ágiles y sutiles, grávidas de intimismos más o menos individualistas.

El *hai-kai* hispano es satírico y travieso cuando le conviene, y lírico y aun místico si le parece. Lo único a que aspira es ver el mundo con ojos de niño, libertándolo de conceptos, y crear belleza por medio de imágenes poéticas puras y gozosas combinaciones de sonidos armoniosos. Es juguetón y deportista, porque cree en la vida en todas sus manifestaciones libres, espontáneas y desinteresadas.

Creen algunos que el *hai-kai* es poesía "menor", "poesía en obleas", "vano juego infantil", "mundo de disociaciones líricas" sin trascendencia, o poesía incapaz de desarrollar sus temas en composiciones de tipo clásico y completo... Y yo me digo: ¡He ahí su encanto sin rival! El *hai-kai* es un parpadeo celeste, una gota de luz que se evapora, leve espuma que recoge en fulgores las más íntimas aspiraciones del espíritu. Así lo habrán creído también Valle Inclán, los Machados, Juan Ramón Jiménez, García Lorca, Alberti y otros artistas de la España moderna, autores de tantas y tan lindas composiciones breves, y así Tablada, Flavio Herrera, Francisco Monterde y tantos otros que en América han creado tan puros *hai-kais*.

La poesía no se rinde ni ante el mundo ni ante el racionalismo filosófico. Tampoco se rinde la vida ante el avance de las ciencias positivistas, inclinadas a mecanizarla. No se rinden, y avanzan y ascienden, en marejadas, dejando en las playas del mundo sus espumas.

El *hai-kai* hispano, y con él la poesía imaginista, es espuma, "dulce monjita" —dice Carrera Andrade—, que a veces

muere en las arenas y las rocas, y que "vuelve a nacer a cada instante", atesorando "en las conchas su albura".

CARLOS GARCÍA PRADA,
Universidad de Washington.

OBRAS CONSULTADAS:

Bonneau, George, *Le problème de la poésie japonaise.* Paris, Paul Genthener, 1933.

——*Rhythms japonais*, id., 1935.
——*Lyrism du temps present*, id., 1935.
——*Anthologie de la poésie japonaise*, id., 1935.

Carrera Andrade, Jorge, *Microgramas* (Precedidos de un ensayo y seguidos de una seleccin de hai-kais japoneses), Ediciones Asia-América, Tokio, 1940.

Couchoud, Paul Louis, *Sages et poètes d'Assie.* Paris, 1906.
——*Les Epygrammes lyriques du Japan.* Paris, 1906.

Chamberlain, Basil Hall, *Japanese Poetry.* London, 1910.

Gómez de la Serna, Ramón, *Obras completas* (V. *Greguerías*, con un prólogo del autor). Madrid, Editorial Plenitud, 1947.

Kakuzo, Okamuro, *The Book of Tea.* Putmam's Sons. New York, 1906.

Maublanc, René, *Le Hai-Kai Français.* Bibliographie et Anthologie. Reims, 1923.

Revon, Michel, *Anthologie de la literature japonaise.* Paris, 1910.

Rosny, Leon de, *Anthologie japonaise.* Paris, 1870.

Schwartz, M., *Hai-kai.* Larouse Mensuel Ilustré, t. VII, 21e. année.

——*L'influence de la poésie japonaise sur la poésie française contemporaine.* Revue de Literature Comparée. Paris, Octo. Nov., 1926, Sixième année, N° 4.

Estructuras Cómicas en los Coloquios de Fernán González de Eslava

HAY que repetir una vez más lo ya sabido acerca del papel de lo cómico en el teatro de la Edad Media. Dentro de aquellas obras que ponían en escena episodios del Nuevo o del Viejo Testamento, explicaciones litúrgicas o alegóricas, se hacían necesarios altos en el camino para dar al auditorio la posibilidad de escapar del exceso de tensión que la explicación o la enseñanza cristiana habían dejado en ellos: contrapeso, y atractivo al par.[1] Pero con el correr del tiempo, al desapare-

[1] William Shaffer Jack, *The early entremés in Spain: the rise of a dramatic form* (Philadelphia, 1923, Publications of the University of Pennsylvania Series in Romanic Languages and Literatures, No. 8) cita una estrofa de Diego Sánchez de Badajoz (el subrayado es nuestro), pág. 31:

> Lo que aquí se ha de decir
> serán cosas
> devotas y provechosas;
> y porque vos no *durmáis*
> algunas cosas graciosas
> diremos con que *riáis*.

Al justificar lo cómico, Eslava agrega una implícita condenación moral:

> Por estar tan estragadas
> las voluntades hoy día
> damos las cosas sagradas
> cubiertas con alegría
> como píldoras doradas. *(Col. VII,* pág. 87 a)

(Las citas de las obras de Fernán González de Eslava corresponden a la edición de Joaquín García Icazbalceta, *Coloquios espirituales y sacramentales y poesías sagradas,* México, 1877, Imprenta de Francisco Díaz de León.

cer el antiguo desarrollo rígidamente doctrinal y litúrgico, la complacencia del autor en el manejo del material no religioso va enriqueciendo las escenas cómicas, aumentando los recursos de la comedia, variando y matizando los personajes.

Por lo que toca a Eslava, las escasas noticias de que disponemos en torno a obras dramáticas en este siglo de la vida colonial[2] nos permiten inferir, sin embargo, que en éste, como en otros aspectos de su teatro no fue un creador inspirado y original: se atenía con matiz personal, a la fórmula más corriente en sus días.[3] Lo cómico se desenvuelve en escenas de

[2] Entre los libros enviados a América citados por Irving A. Leonard, *Romances of Chivalry in the Spanish Indies* (University of California, Publications in Modern Philology, Vol. 16, No. 3, págs. 217-371, University of California Press, Berkeley, California), figuran: *El pecador* de Bartolomé Aparicio, *Retablo de la vida de Cristo* de Juan de Padilla, *Obras* de Juan de la Cueva; otras, como *Farsa del turco* que Leonard no pudo identificar, y *Farsa del Nascimiento* que quizá sea alguna obra de Lucas Fernández. Guillermo Lohmann-Villena, *El arte dramático en Lima durante el virreinato* (Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de la Universidad de Sevilla, Madrid, 1945), Cap. II, cita para el Perú noticias de representaciones de las siguientes obras: *Auto de la gula, Auto de Abraham, Audiencia del alma, Figura del maná, Auto de cuando Dios se apareció a los discípulos en el camino a Emaús,* etc. Para otras noticias respecto del teatro en el primer siglo de la conquista en México, principalmente, así como los rasgos de posible influencia indígena, véase: José J. Rojas Garcidueñas, *El teatro de Nueva España en el siglo XVI* (México, 1935), esp. caps. II y III; Pedro Henríquez Ureña, "El teatro de la América española en la época colonial" en *Cuadernos de Cultura Teatral,* Instituto Nacional de Estudios del Teatro, No. 3, Buenos Aires, 1936, págs. 9-50; Alfonso Reyes, *Letras de la Nueva España* (Fondo de Cultura Económica, Tierra Firme, No. 40, México, 1948, 158 págs.), Cap. III, y "Los autos sacramentales en España y América", en *Capítulos de literatura española,* Segunda Serie, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, México, 1945 (publicados por primera vez en *Boletín de la Academia Argentina de Letras,* Bs. As., V, 1937).

[3] Lohmann-Villena, *op. cit.,* Cap. II, pág. 37 nota, reproduce documentos del Archivo Nacional del Perú relativos a la festividad de Corpus Cristi en Lima, año 1574, en que se menciona una obra que tiene marcado aire de familia con las de Eslava: "...una obra de la Sagrada Escritura de cuando al hombre lo acusaban con calugnias, en que entran ocho figuras y en ellas ha de entrar Juan Bautista, calafate, representando al bobo..." (el calafate mencionado monopolizó en años subsiguientes la representación de dicho tipo cómico); de los preparativos del Corpus de 1578 se dice que se representará "una obra sacramental en que ha de haber las figuras y pasos que aquí irán declaradas que son cuatro soldados que representan la fe, esperanza, diligencia y penitencia y otra figura que representa la misericordia que ha de venir en un carro, y un villano...". Con relación a las festividades de 1581 se habla de "Un coloquio en excelencia del Santísimo Sacramento,

diverso tipo, desde la sencilla heredada, ya convención del género, hasta aquellas en que el autor moldea complacientemente lo heredado, lo renueva, lo enriquece, y llega a adquirir dentro de la obrita una significación y un interés tal que ya no es un mero "alto para distraer la atención del espectador fatigado por una larga o severa explicación teológica o doctrinal".

Muchas de las escenas cómicas del teatro de Eslava —la mayoría— no tienen características que permitan separarlas del conjunto de que forman parte: intervienen los mismos personajes de la parte doctrinal a los que se añade un simple, por ejemplo, que no está necesariamente excluído de la parte seria, así como también hay cierta relación temática entre las dos partes. Hay otros casos de escena cómica independiente por el tema solamente, otras independientes por el tema y los personajes. A éstas se las podría llamar escenas de entremés, pero el autor reservó ese nombre para tres: y en esos casos se trata de escenas con verdadera unidad y que podrían vivir independientes del coloquio del que forman parte. La relación entre la escena cómica y el conjunto del coloquio presenta, pues, toda una gama de matices, desde entremeses desglosables, hasta breves diálogos engarzados en el desarrollo doctrinal, sacramental o de circunstancias, pero de carácter secular apenas insinuado, sin llegar a romperse la unidad de la obrita. En estos casos el arte ingenuo de Eslava trata de desenvolver lo cómico no como elemento apartado sino dentro del tema central y con ventaja para éste. En consecuencia, tenemos en el mismo autor y a veces en el mismo coloquio desde la comicidad apenas esbozada, al pasar, hasta el entremés independiente.

El *Col. XV*, breve obra de circuntancias,[4] "en el recibi-

del juego de la primera con las figuras de Cristo, Mundo, Vicio, Digna, Eva, San Pablo y María Magdalena..." Lohmann cree que el título aluda al juego español de naipes así denominado (Cf. *infra*, Col VI). Véase también Leo Rouanet, *Autos, farsas y coloquios del siglo XVI*, 4 tomos, Barcelona-Madrid, 1901, esp. Nos. XLIII, XLIV, L, LV, LVII, LXV, LXVIII, LXXXIV a LXXXVII, LXXXIX a XCII, XCIV.

[4] Desde temprano y con frecuencia aparecen mencionadas las obras de circunstancias en los anales de las colonias: la llegada de un virrey, la consagración de un obispo o acontecimientos importantes de la vida de la metrópoli eran mo-

miento del Excelentísimo señor don Luis de Velasco, cuando vino por virey desta Nueva España la primera vez" es el de tono más uniforme, sin verdadera comicidad estructurada: el único personaje en que apunta la nota de comedia es el *Contento*, quien a pesar de los esfuerzos de *Esperanza* y *Tiempo* no consigue, ante el anuncio de la llegada del nuevo virrey, recuperar su verdadera naturaleza:

> **Esperanza.**—Estás ciego, cojo y manco,
> con cara enfadosa y fea.
> **Tiempo.**—Tu nombre Contento sea,
> que es como decir Juan Blanco
> al negro que es de Guinea. (pág. 191b)

En el *Col. V*, "De los siete fuertes que el Virey don Martín Enríquez mandó hacer en el camino... de México a Zacatecas..." una escena altera el tono del coloquio simbólico. La disputa entre *Demonio, Mundo* y *Carne* no llega a la comicidad, pero los personajes salen con arco y flechas "como chichimecos", y luego de hablar cada uno de los medios de que dispone para llevar a la perdición a los mortales, disputan acerca de quién tiene los mejores recursos y obtiene los mejores resultados. Finalmente *Mundo* y *Demonio* deciden dar el triun-

tivo de diversas y solemnes ceremonias en las que no faltaban las representaciones teatrales. Lohmann-Villena, *op. cit.*, Caps. I-III, recuerda muchas de ellas en el Perú, algunas de la primera mitad del siglo. Al referirse a la comedia que el ayuntamiento preparó para la recepción del virrey Martín Enríquez de Almanza en 1581 dice que la costumbre de "solemnizar con extraordinarios festejos el encumbramiento de los nuevos gobernantes" fue importada por el emperador Carlos I de Flandes a España y de ésta a las Indias". En México, en 1539, para celebrar la paz entre Francisco I y Carlos V se representó *La conquista de Rodas* de la que nos han dejado noticia los cronistas (Cf. Bernal Díaz del Castillo, *Conquista de la Nueva España*, Cap. CCI). Véase Alfonso Reyes, *Letras de la Nueva España*, Cap. III, § 3, J. Rojas Garcidueñas, *op. cit.*, Cap. III, y T. Zepeda Rincón, *La instrucción pública en la Nueva España en el siglo XVI* (Universidad Nacional de México, Facultad de Filosofía y Letras, México, 1933), Cap. I: "Nunca faltaba oportunidad para celebrar regocijos populares: la entrada del Virrey, la jura del Príncipe, el onomástico de los Reyes, de los Virreyes, la llegada del Arzobispo, las fiestras patronales de la Universidad, reliquias recibidas, canonización de algún santo, la profesión de monjas, imposición de grados universitarios, etc., etc. Eso sí, jamás se escatimaba dinero para que las fiestas resultaran lucidas". La lectura de los títulos explicativos de las circunstancias en que se compusieron los *Coloquios* de Eslava es altamente ilustrativa de estas costumbres.

fo a la *Carne* "aunque es mujer". Lo cómico del diálogo es de poco relieve y quizá el aspecto de chichimecas con que se presentan los personajes en consonancia con el simbolismo del coloquio era un modo de comicidad plástica que suplía la pobreza del diálogo. No hay personajes cómicos especiales: en un momento del desarrollo dramático los personajes alegóricos del mal tienen una disputa que bordea lo cómico, pero no llegan a abandonar sus caracteres esenciales.[5] La frecuencia de lo cómico en los personajes alegóricos se explica dentro de la modalidad del arte de Eslava, quien se mueve con mayor soltura y complacencia, en lo cómico, en la nota que esboza la comedia de costumbres o de caracteres, y con esos personajes cómico-alegóricos pasa de uno a otro dominio sin violencia. De ahí también la tendencia ya apuntada a multiplicar las oportunidades cómicas: en varios coloquios se podría hablar de una escena cómica principal y diálogos cómicos secundarios. Esto ocurre en el extenso *Col. III,* donde el *Gusto* ha sido el protagonista de una doble escena cómica (jornada 3ª) por haberse comido la colación que se preparaba para los desposorios y porque en él probaron sus artes *Adulación* y *Vanagloria,* y reaparece en la jornada 5ª en típico diálogo con *Merecimiento* y *Nueva España* interpretando en forma pedestre y obtusa los altos conceptos de sus interlocutores. Y se podría decir que en el *Col. VII* la parte cómica anega el contenido doctrinal, en una verdadera sucesión de escenas y personajes ya más cercanos a la comedia que al coloquio.

En el *Col. VIII,* "Del Testamento Nuevo que hizo Cristo Nuestro Bien" hay, en cambio, gran trabazón entre los breves momentos cómicos y el tema y personajes del coloquio. La *Ley Vieja* desheradada por el Nuevo Testamento que hizo Cristo,

[5] Es imposible no recordar los *interludes* ingleses que no son precisamente "entremeses" sino piezas teatrales de este mismo período de transición. Cf. A. P. Rossiter, *English drama from early times to the Elizabethans* (Hutchinson's University Library, 1950), Cap. VII; "The Vices turn into recognizable scoundrels in a London comedy of ill-manners, but without losing their place in the allegorical pattern". En la 3ª Jornada de la comedia *Florisea* de Francisco Avendaño (citada por Shaffer Jack, *op. cit.,* Cap. II) de mediados de siglo el material de entremés sirve para introducir al personaje alegórico, Fortuna, que luego desempeñará papel importante en la jornada misma.

además de su contenido doctrinal representa en el judío al vencido, y es objeto de burla y menosprecio. Tiene dignidad doctrinal, pero no real, cotidiana: de ahí que pueda ensarzarse en disputas, insultos, amenazas, maldiciones, con su guía, el *Temor*, e intervenir, al mismo tiempo, en la parte doctrinal.

El *Col. XIV* es ejemplo típico de los recursos corrientes en el autor. El personaje cómico es el *Placer* a quien se presenta como "un simple, hijo de la Clemencia". También aquí tenemos prolongaciones en escenas cómicas de personajes alegóricos relacionados con el tema. *Placer*, de acuerdo con su condición dice necedades y simplezas, disputa con *Furor* y *Pestilencia*, hay preguntas, insultos, maldiciones:

Clemencia.—Hijo mío, buen Placer
Placer.—Grite, grite, dalle, dalle,
¿no le he rogado que calle? (pág. 176b)
Placer.—¿Y tú, quién eres, sayón?
Furor.—¿Yo soy sayón, majadero?
Placer.—Digo que eres carnicero. (pág. 177b)
Pestilencia.—Nací de la sequedad
que hubo el año pasado.
Placer.—Seca estés de enfermedad.
Pestilencia.—Entiende bien lo que hablo.
Placer.—¡Oh! dente con mala guija,
que eres mala sabandija
o debes de ser el diablo
o su mujer o su hija... (177b).

El coloquio es animado y vivaz y le da especial interés su relación con la peste que asoló a la ciudad de México en 1576:[6] en éste como en todos los coloquios lo cómico no se puede ver aisladamente, sino el fondo del coloquio mismo.

En el *Col. XI* tres labradores de nombre alegóricamente intencionado —*Aleve, Rigor, Cautela*— y su mozo Llorente se han apoderado de la Viña del Señor y van matando a los mensajeros que vienen a cobrar el tributo, en tres escenas pa-

[6] En el prólogo a la edición que preparo de los *Coloquios* de Eslava estudio detenidamente el sentido de lo local mexicano en este autor. Cf. Irving A. Leonard, *Books of the brave. Being an account of books and of men in the Spanish conquest and settlement of the sixteenth-century New World.* Cambridge, Mass., 1949, Harvard University Press. (Traducción española: *Los libros del conquistador*, Fondo de Cultura Económica, México, 1953, Lengua y Estudios Literarios), Cap. XIII.

ralelas, cada una de las cuales se organiza alrededor del tema bíblico del coloquio (*Mateo,* XXI) y de un elemento cómico profano representado sobre todo en torno al mozo Llorente, el único personaje con nombre individual. En el *Col. VI* "Que se hizo para la fiesta del Santísimo Sacramento en la Ciudad de México en la entrada del conde de Coruña..." hay una escena cómica más independiente. El coloquio reune elementos de diverso tipo y empieza con una loa al virrey dicha por el dios Marte "armado de punta en blanco"; es a la vez de circunstancias y sacramental y luego de un largo diálogo entre *Entendimiento, Don de Fortaleza* y *Fe* dice la indicación escénica: "Entrase *Entendimiento* y salen dos fulleros, Lope Bodigo y Juan Garabato: juegan a las presas y sobre el juego se acuchillan." Los personajes de esta escena tienen nombres corrientes y apellidos con dejo burlesco, intencionado, rasgo tan característico de la literatura cómica y satírica. Si bien los personajes irrumpen con su escena apicarada sin preparación previa ninguna, luego el autor repara esa situación más o menos hábilmente en la continuación del coloquio. La agria disputa de Bodigo y Garabato en torno a los naipes es interrumpida por un Doctor que interpreta a lo divino el juego de presa y pinta, así como los nombres de las cátedras y catedráticos de la Universidad de México y el nombre del conde de Coruña: finalmente, los fulleros prometen dirigirse al recibimiento del nuevo virrey. La estructura de esta escena permite considerarla como un verdadero entremés.

En el conjunto de los *Coloquios* de Fernán González de Eslava en tres ocasiones se menciona la palabra *entremés*[7] en escolios o indicaciones escénicas, no en el texto mismo.[8] En sus comienzos, el entremés fue esencialmente dependiente, pero

[7] El nombre de *paso* que Timoneda popularizó (Shaffer Jack, *op. cit.*, Cap. III: "*passo* for *entremés* is little more than a temporary phenomenon due to the influence of a single writer") no aparece en Eslava: estamos fuera de la órbita de influencia de Lope de Rueda, cosa que no hace sino corroborar lo que ocurre con el uso del verso y los personajes y recursos cómicos empleados.

[8] Queda la duda de si la palabra fue puesta por el propio Eslava o por su editor, el padre Bello de Bustamante, que en el caso del *Col. VI* pudo haberlo pasado por alto, así como hay olvidos en las listas de personajes que van a la cabeza de cada coloquio o confusiones de nombres al empezar a hablar un interlocutor (Cf. también nota 22).

en el prólogo dialogado de la *Comedia* de Sepúlveda (1547) se habla de los entremeses que la comedia contiene como de cosas separadas.[9] Más aún: hacia esa época existía ya la costumbre de usar tales escenas como intercambiables y más tarde se publicarán colecciones como *El deleitoso* y el *Registro de representantes* (1567 y 1570), que contienen pasos o entremeses sueltos que los autores incluirían en sus comedias.

¿En qué grado de independencia está el entremés de Eslava? Podemos considerarlo como representante de un momento de transición, pues, si, como hemos visto, sus escenas cómicas están ligadas por elementos más o menos intrínsecos. más o menos postizos, según los casos, al núcleo de cada coloquio (unas veces más cerca de Badajoz que de Lope de Rueda, y viceversa), también entre sus obras encontramos un entremés suelto, que tanto podemos suponer que fue escrito para acompañar obra suya como obra ajena. Sabemos, además, que Eslava había escrito otras obras "a lo humano" que el impresor de los coloquios a lo divino había prometido publicar y de las que nada ha llegado a nosotros y, por otra parte, en una ocasión fue acusado de haber compuesto un entremés de las alcabalas contra el impuesto fijado por el virrey don Martín Enríquez y por ello sufrió prisión.[10] Del incidente, tan vivazmente historiado por Amado Alonso, resulta indudable que en dicha ocasión el extenso *Col. III* no se representó tal como lo conocemos, sino añadido con entremeses, que muy probablemente no eran de Eslava, si bien, comenta Amado Alonso, "esto debió pesar en las desdichas inmediatas de nuestro poeta".

La pendencia en torno al entremés de las alcabalas nos permite ver con más claridad ciertos aspectos de la técnica del teatro de aquella época. El *Col. III* es obra extensa, algo informe, de 6 jornadas, con escenas cómicas nacidas de las situaciones y entre los personajes del coloquio y, a pesar de

[9] William Shaffer Jack, *op. cit.* Caps. I y II. En Torres Naharro, el entremés no ha alcanzado total independencia y la palabra tiene aún significación indefinida: cf. nota de Joseph E. Gillet, *Propalladia and other works of Bartolomé de Torres Naharro* (Bryn Mawr, Pennsylvania, 1951), t. III, págs. 551-552.

[10] Amado Alonso, *Biografía de Fernán González de Eslava*, en *Revista de Filología Hispánica*, II (1940), págs. 213-322. Cf. págs. 232 ss.

ello, se representó, con dos entremeses de añadidura, según se ve en los documentos publicados por Amado Alonso. En el documento IV varios testigos llamados a declarar, entre ellos el propio Eslava y el presbítero Juan Pérez Ramírez (primer autor teatral indudablemente mejicano de quien en aquella misma oportunidad se representó el *Desposorio espiritual entre el Pastor Pedro y la Iglesia Mexicana)* se refieren a los entremeses como a cosas ya viejas, conocidas y recitadas en otras partes.[11] Además, por carta del arzobispo don Pedro Moya de Contreras al presidente del Consejo de Indias, del 24 de enero de 1575, reproducida por Amado Alonso,[12] sabemos que el entremés lo representó un mulato que lo trajo de Castilla.

Esa independencia de entremés y drama religioso era lo corriente en el drama de la época. Por ejemplo, en las Actas del Cabildo de Lima transcriptas por Guillermo Lohmann-Villena,[13] se dice: "En la Iglesia Mayor de esta ciudad en el lugar donde es costumbre el día de Corpus Cristi primero venidero de este presente año de 1575, un auto figura del mana conforme a la obra que de ello está escrita y rubricada del señor Antonio Navarro y más he de hacer tres entremeses..."

[11] Manuel Nava, racionero de la Santa Iglesia de la ciudad dice que "en las dichas comedias yban inxertos algunos entremeses para dar contento al bulgo...", "que los dichos entremeses eran cosas muy vulgares y que en otras partes se an rrepresentado para provocar la rrisa del pueblo..."; el presbítero Alonso de Ecija, racionero de la Catedral, declara que "...abía notado que en la última comedia se rrecetó un entremés que tratava de alcavalas y sisas y que les avía hecho malgusto porque dezían que parescía rreprehenderse que hubiese sisa, se admiró este testigo y otros que thenían particular noticia del descuido con que se avían hecho los dichos entremeses, mayormente siendo entremeses muy biejos y que se an rrecitado en muchas partes d'España y en esta Nueva España..."; Albaro de Vega, canónigo de la Santa Iglesia del obispado de Tlaxcala dijo que "...biendo claramente la sinceridad y descuydo con que se hizo, que algunos de los entremeses eran biejos y rrecitados en otras partes y que los autores de las dichas rrepresentaciones los entretexieron para entretenimiento del pueblo..." El propio Eslava habla de "...entremeses rrecetados en otras partes públicamente" y que "...nunca tubo, ni por la ymaginación le pasó ni de presente entiende ni quando se hicieron los ensayos que los rrecetantes yngirieron los dichos entremeses...".

[12] *Cartas de Indias*, *Madrid*, 1877, págs. 176-194, reproducida por A. Alonso, *op. cit.*, pág. 310 ss.

[13] *Op. cit.*, Cap. II, pág. 38.

La documentación prueba, pues, indudablemente, la existencia de entremeses que corrían por España y pasaban a América, otro género más de literatura popular y anónima. Eran obritas teatrales ya con vida independiente que entretenían al auditorio, pero, como en el caso de Eslava, no eran los únicos elementos en que descansaba la tarea de entretenimiento del público que asistía a las representaciones de Corpus o de otras festividades religiosas o de circunstancias.

Los entremeses de Eslava son tanto más interesantes cuanto que, si bien sabemos que existieron muchos entremeses, pocos se han conservado, como puntualiza Shaffer Jack, muy probablemente debido a que durante mucho tiempo no se los consideró obra digna de un escritor: quedaban a cargo del director, del "autor" que ponía la obra en escena, como en el caso de Lope de Rueda. También contribuyó a su pérdida el hecho de que pasaran de mano en mano, como bien mostrenco, y siguiendo las vicisitudes que eran el cortejo habitual de aquellas compañías de cómicos de la legua.

En dos de los casos en que Eslava usa la palabra *entremés*, éste figura al comienzo de la obra, y, en cambio, en el *Col. XVI* aparece intercalado, y lo mismo ocurre en el *Col. VI* con la escena entre Lope Bodigo y Juan Garabato.[14] En estos entremeses, Eslava emplea el verso, dando así a las escenas cómicas la misma forma versificada que a todo el coloquio, y sigue, aún después de Lope de Rueda, la tradición del verso en el teatro iniciada con Juan del Encina. Antes de Rueda ya se había usado la prosa en el entremés:[15] así está escrito el *Entremés de las esteras* (alguna vez atribuido a Rueda), que se sitúa entre 1530 y 1550, aunque más probablemente hacia la mitad del siglo y no antes, y el uso de la prosa dominaba aún a fines de siglo, cuando ya había junto a los entremeses populares otros de factura más literaria.[16] Pero en Eslava, si

[14] W. Shaffer Jack, *op. cit.*, Cap. IV, págs. 96, 102 ss.

[15] Leo Rouanet, *Autos, farsas y coloquios del siglo XVI*, t. II, pág. 43 ss.

[16] En prosa está escrito el entremés de Cristóbal de Llerena representado por estudiantes de la Universidad de Santo Domingo en la catedral de dicha ciudad en la octava de Corpus Cristi de 1588. Es obra de un hombre culto, con alusiones a Edipo, Calcas, Ovidio, Terencio, pero no desdeña la modalidad popular al mismo tiempo. Hay en el breve entremés un dejo del teatro de colegio. (Véase el texto

bien los señalados como "entremés" están en verso, en los dos coloquios más extensos y divididos en jornadas *(Col. III* y *XVI)* se emplea la prosa varias veces por motivos diversos del contenido cómico o doctrinal, pero en relación con el tipo de personajes que dan la nota dominante en la escena.[17] Eslava conocería entremeses en prosa, pero probablemente les consideraría de poca calidad literaria, de aquellos que el "autor" o representante componía o arreglaba, como el del barbudo y el de las alcabalas que se incluyeron en el *Col. III.* Otra cosa eran los que él incluía originalmente en la obra, pensados en relación con ella, unidos por los personajes comunes y por el empleo de la misma forma métrica.

El *Col. X,* "De la esgrima espiritual", "Empieza con un entremés y sale la *Presunción",* según reza la indicación escénica. El entremés corre a cargo de *Presunción, Ignorancia, Ocio y Cautela,* personajes alegóricos de matiz cómico, pero de actuación en el tema fundamental del coloquio. Este carácter alegórico, como ya hemos visto, contribuye a la mayor trabazón de los elementos de la obrita y aclara el concepto de entremés: escena cómica, pero no totalmente ajena al contenido doctrinal, no necesariamente extraña en tema y personajes al coloquio mismo. También hay entremés en el *Col. XVI,* "Del bosque divino donde Dios tiene sus aves y animales", que por la variedad y trabazón de elementos, por la mayor matización de personajes y situaciones, es lo más interesante del conjunto. Como en el *Col. X,* los personajes del entremés son alegóricos e indispensables, insustituibles en el coloquio mismo.[17] *Espión* (junto con Asechanza, especies de vigías que preparan el terreno para la caza que harán los Mundanos y, al mismo tiempo, mensajeros que llevan las noticias de lo que

en Pedro Henríquez Ureña, *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo,* Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, Anejo II. Instituto de Filología, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1936, pág. 153 ss.

[17] En el *Col. XVI* usan la prosa los personajes del mal: *Príncipe Mundano, Asechanza, Espión, Halagüeña, Murmuración, Remoquete, Cojín,* etc., pero lo usa también un *Angel* que interviene brevemente en una escena en que la parte principal del diálogo corresponde a los personajes del mal, y, en cambio, el entremés en el que además de *Espión* y *Ocasión* intervienen *Voluntad* y *Templanza* está en verso.

va ocurriendo en el Bosque Divino) tiene celos de su mujer *Ocasión* porque la visita su pariente *Remoquete*, criado de doña *Murmuración* (ambos son también personajes del coloquio), y doña Chisme ("mi vecina", dice la *Ocasión)*, que no es personaje del coloquio, pero a la que se menciona dos veces (págs. 207a, 212b), es la que ha despertado los celos de *Espión*. El entremés ocurre pasada la mitad de la primera jornada, cuando los Príncipes Mundanos han reunido los elementos necesarias para su caza. No es esta la única escena de comedia en este coloquio: hay otras, hasta una intriga amorosa entre *Halagüeña* y *Cojín*,[18] pero el entremés propiamente dicho es una verdadera pausa en el desarrollo del coloquio, especialmente una pausa que divierte (en el sentido etimológico de la palabra). Por otra parte, el entremés no resulta forzado: además de la trabazón por el tipo de personajes que intervienen, *Voluntad* y *Templanza* aconsejan a *Ocasión* a fin de que no dé celos a su marido y haya paz en el matrimonio. A lo largo del coloquio hay diversas puertas que son otras tantas defensas del hombre en su lucha contra las potencias del mal: las puertas del Bautismo, Confirmación, Penitencia, Altar, Matrimonio, Orden Sacerdotal, Extrema Unción. A continuación del entremés aparece la puerta del Sacramento del Matrimonio "donde está por guarda la Justicia, que es la igualdad que se debe guardar entre los casados" (pág. 226b). Y luego *Justicia* explica:

> Justicia y Misericordia
> es un arco en los casados,
> de dos brazos abrazados
> con cuerda de la concordia
> con que están por Dios ligados. (pág. 227a)

Tiene especial interés el entremés del *Col. VII* "De cuando Dios Nuestro Señor mandó al profeta Jonás que fuese a la ciudad de Nínive a predicar su destrucción", coloquio que se caracteriza por la disparidad de elementos que en él se suman.[19] Al comenzar, la indicación escénica dice: "Entra con

[18] Estudio detalladamente los diversos personajes y recursos cómicos de Eslava en un artículo que publicaré oportunamente.

[19] Icazbalceta en las notas a su edición de los *Coloquios* señaló este colo-

un entremés de Diego Moreno y Tereza", los cuales son verdaderos tipos de la poesía popular y vulgar, del refranero y el entremés.[20] Son personajes que vivían antes de que Eslava los incorporara a su teatro. El modo de introducir el entremés, ese *"entra con un entremés de Diego Moreno y Teresa"* lo muestra consciente del manejo de personajes con vida propia, ya proverbiales y populares. Quizá sea este entremés adaptación o refundición de otro, o quizá Eslava compuso una escena más o menos original y adaptada a México, con esos personajes cuyo solo nombre preparaba al auditorio para una sabrosa y tal vez picante escena de rencillas conyugales. Lo que da cierta ordenación a los elementos caóticos y anacrónicos, de comedia, que aquí reunió Eslava, es un barco, el barco en que se embarcará Jonás y en el que también viajarán Diego Moreno y Teresa, quien no quiere seguir viviendo en México porque no puede vestirse de seda. Todos los personajes del coloquio, los cómicos y los doctrinales reaparecen en medio de la tormenta en la que temen parecer, y al ver que Dios ha escuchado sus plegarias, Diego Moreno y Teresa prometen no volver a pelear. Diego Moreno y Teresa han pasado al coloquio por haber sido previamente personajes del entremés, y ligan así los dos aspectos de la obra. De entre los personajes cómicos de Eslava sólo guardan relación con aquellos fulleros del *Col. IV*, Lope Bodigo y Juan Garabato, con quienes hasta en los nombres hay un cierto aire de familia. Quizá también en aquel caso utilizó Eslava personajes ya proverbiales o populares.

Entre los coloquios IX y X aparece un entremés independiente "entre dos rufianes", obra aislada, compuesta quizá para solaz del público de alguna representación de tono mar-

quío como "una buena muestra de los anacronismos en que sin escrúpulo incurrían aquellos poetas". También Alfonso Reyes, *Letras*... Cap. IV, § 4 señala la presencia del disparate en este coloquio.

[20] Quevedo, *Visita de los chistes:* "Qué, éste es *Diego Moreno?"*, dije yo. Enojéme más y alcé la voz diciendo: "Infame, ¿pues tú hablas? ¿Tú dices a los otros deshonrabuenos? La muerte no tiene honra, pues consciente que éste ande aquí. ¿Qué le he hecho yo?". "Entremés (dijo tan presto Diego Moreno). ¿Yo soy cabrón y otras bellaquerías que compusiste a él semejantes?..." "...Al mundo voy sólo a escribir de día y de noche entremeses de tu vida".

cadamente doctrinal. Es una escena entre dos seudovalientes, dos rufianes que representan una forma ya por demás deformada y caricaturesca del soldado fanfarrón, del "miles gloriosus" de la comedia latina.[21] La nota dominante es la exageración, la hipérbole, lo desmesurado que por su misma exageración resulta motivo de risa. La condición de los personajes está expuesta en el título explicativo: "Entremés entre dos rufianes, que el uno había dado al otro un bofetón, y el que le había recibido venía a buscar al otro para vengarse. El agresor, viendo venir de lejos a su contrario, se fingió ahorcado.. ." El grotesco, casi diríamos el esperpento, se desarrolla en dos monólogos sucesivos: primero habla el que había sido afrentado, luego el agresor, pero no hay nuevo encuentro: sólo el desfogue de la cobardía y la vanidad aunadas. La indicación escénica nos permite seguir la acción que acompañaba a los monólogos, parte grande en la comicidad del entremés: "Cada vez que acababa de glosar *Si no estuviera ahorcado* [22] acometía a darle una estocada, y el que le ahorcó, le tenía el brazo diciéndole: —No ensucie vuesa merced su espada en un hombre muerto, que no es valentía." Hay, pues, un tercer personaje que repite cuatro veces la misma frase e idéntico gesto en otros tantos altos en el primer monólogo, y permanece sin hablar en la segunda parte. La indicación escénica termina: "Y habiéndose ido el rufián agraviado, el otro se desenlazó y dijo al que estaba presente: —Oiga, vuesa merced, cómo le voy glosando la letra." [23]

Así, pues, lo cómico se estructura en Eslava desde el esquemático juego de preguntas y respuestas entre interlocutores de distinto nivel intelectual en el que se enlaza la comicidad a la explicación doctrinal, hasta el entremés tan inde-

[21] Este personaje aparece también, pero más ajustado al patrón corriente, en otros coloquios, especialmente en el II.

[22] Aquí hay un leve descuido del primer editor; debiera decir "si no se hubiera ahorcado", pues se refiere al estribillo del primer monólogo, o sea del agresor que se fingió ahorcado.

[23] Forman el entremés 16 quintillas octosilábicas, 8 en boca de cada rufián. Las rimas alternan cada dos estrofas: ababa— aabba. Cada dos estrofas se repite el mismo verso: "Si no se hubiera ahorcado", en boca del primero, "Si no estuviera ahorcado", dicho por el segundo. Hay una estructura simétrica, sencilla, pero muy clara y en el gusto de la poesía de cancionero anterior a la renovación italianizante.

pendiente como un paso de Lope de Rueda, original en detalles y matices dentro del marco típico de la escena cómica en el teatro hispánico de la segunda mitad del siglo XVI.

FRIDA WEBER DE KURLAT.
Universidad de Buenos Aires,
Instituto Filología.

Sobre el Ceceo y el Seseo en Hispanoamérica

Al invitarme a colaborar en este Homenaje, sus organizadores me han pedido expresamente que exponga mis puntos de vista sobre la discutida cuestión del andalucismo en el español de América. Voy a ceñirme a uno de sus aspectos, el de la confusión entre *s* y *c, z*. Intentar revisarlo no implica merma en la admiración que por la figura de Pedro Henríquez Ureña guardamos hoy cuantos, de un lado u otro del Atlántico, recibimos en nuestra juventud la lección de sus magistrales escritos.

En 1932, cuando publicó la versión definitiva de su estudio *Sobre el problema del andalucismo dialectal de América* el conocimiento previo que se tenía del andaluz era muy somero: la bibliografía científicamente aprovechable se limitaba a los artículos, ya lejanos, de Schuchardt y de Wulff, aparte de alguna certera observación de Américo Castro. En cuanto al español de América, apenas había empezado a salir la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, con todo lo que supuso de aportaciones y revisión. La tesis andalucista tenía que parecer, forzosamente, producto de una impresión superficial no apoyada en razones sólidas. A combatir sus fallos se dedicaron Henríquez Ureña y otro gran desaparecido, Amado Alonso. Es justo reconocer que en muchos puntos los argumentos de uno y otro estaban bien construídos sobre los datos que entonces se poseían. Estadísticas sobre la procedencia de las gentes que pasaron a Indias en el siglo XVI no arrojaban predominio andaluz. Se creía que la confusión andaluza entre

ss, *s* y *ç*, *z* no había surgido hasta 1570, por las mismas fechas en que se iniciaba la americana como fenómeno paralelo al andaluz, pero no ligado a él. Esta independencia se entendía manifiesta en el hecho de que en América no se hubiera registrado el ceceo, tenido como la pronunciación más característica y pujante en Andalucía.

Las noticias que hoy se tienen hacen variar por completo el planteamiento del problema. Ahora poseemos nutrida prueba documental de que el cambio andaluz estaba ya en marcha al tiempo de los viajes colombinos y primeras colonizaciones: el mismo Amado Alonso publicó buen número de testimonios.[1] Otros nuevos recogidos por mí, obligan a conceder que el fenómeno tenía ya gran vitalidad a fines del siglo XV, aunque no triunfase en todos los ambientes de Sevilla hasta 1560-70, conforme a la repetida cita de Arias Montano. Tanto la confusión siseante en /*s*/ coronal o predorsal, como la ciceante en /$\underset{s}{\theta}$/ o /θ/ fueron en su origen variedades del ceceo, pues tales articulaciones descienden de las antiguas de *ç* y *z*, no de las eses ápicoalveolares. Tal es la razón de que hasta el siglo XVII la confusión andaluza fuese denominada siempre *çeçeo* o *zezeo*, mientras que para la valenciana, que extendió las eses ápicoalveolares a costa de *ç* y *z*, se usaba el nombre de *seseo*. Sólo desde el siglo XVIII se aplica *seseo* a una variedad de la pronunciación andaluza, la igualación en /*s*/ coronal o predorsal, y se reserva el de ceceo para la igualación en /$\underset{s}{\theta}$/ o /θ/.[2]

Históricamente lo que hoy se llama seseo americano fue, como el andaluz, "çeçeo" o "zezeo", pues consistió en la sustitución de la *s* ápicoalveolar cóncava por la coronal o predorsal convexas resultantes de las antiguas *ç*, *z*. No es exacto que en América falten variedades ciceantes análogas a las que ahora se entienden por ceceo andaluz: investigaciones dialectológicas hechas en los últimos años han señalado la existencia de unificación ciceante en Puerto Rico, Colombia, El Salvador,

[1] *Historia del "ceceo" y del "seseo" españoles*, Thesavrvs, Bol. del Inst. Caro y Cuervo, VII, 1951.

[2] Resumo aquí lo que digo en el artículo *Sobre el ceceo y el seseo andaluces*, próximo a aparecer en el Homenaje a André Martinet que publicará la Universidad de La Laguna.

Nicaragua y Argentina.[3] Seguramente aparecerán en otros países. Sin embargo, la pronunciación que domina en el español de América es la siseante con /s/ coronal o predorsal; pero en esto Hispanoamérica no difiere de la ciudad de Sevilla, Norte de su provincia, Córdoba con toda la suya y ciertas zonas de Huelva, Málaga y Jaén; además en el resto de la Andalucía confundidora la dicción siseante es más fina y urbana, la ciceante más rústica y vulgar.[4]

Dada la prelación cronológica del cambio en Sevilla y la costa, se ve que su forma más admitida fue la que se irradió a Córdoba y demás regiones andaluzas de población asentada, mientras la masa que desde la Andalucía Occidental se desplazó al caer el reino moro de Granada, para instalarse en Málaga, Oeste granadino y Sur de Almería, llevó consigo la forma más vulgar. El crecimiento de la unificación siseante en América es paralelo y contemporáneo de la propagación del cambio sevillano a Guadalcanal, Córdoba o Antequera, siseantes también; y procede, sin duda, del mismo foco. Se podrá objetar que a diferencia de estas ciudades y comarcas, en América no se trata propiamente de una irradiación, sino, como vamos a ver, de un trasplante migratorio inicial; pero la posterior incorporación de una mayoría antes distinguidora hizo que el proceso americano tomase igual rumbo que el cordobés. Después volveremos sobre ello.

Veamos la proporción de andaluces en la colonización de América. Las estadísticas hechas por Henríquez Ureña en 1932 arrojaban sólo 4,695 andaluces en un total de 13,948 españoles y portugueses pasados a las Indias Occidentales antes de 1600,[5] lo que suponía sólo un 33.7%. Pero los datos de que disponía Henríquez Ureña eran demasiado pobres; además

[3] T. Navarro, *El español en Puerto Rico*, 1948, p. 69; Luis Flórez, *La pronunciación del español en Bogotá*, 1951, pp. 183-189; D. L. Canfield, *Andalucismos en la pronunciación salvadoreña*, Hispania, XXXVI, 1953, pp. 32-33; Heberto Lacayo, *Apuntes sobre la pronunciación del español de Nicaragua*, *Ibid.*, XXXVII, 1954, pp. 267-268 (con minuciosa descripción fonética); y Berta Elena Vidal de Battini, *El español en la Argentina*, 1954, p. 68. Además Canfield me comunica que también se oye ceceo en Honduras y Venezuela.

[4] T. Navarro Tomás, A. M. Espinosa, hijo, y L. Rodríguez Castellano, *La frontera del andaluz*, Rev. de Filol. Esp., XX, 1933, págs. 225-277.

[5] *Sobre el problema del andalucismo dialectal de América*, 1932, p. 112.

no separó los distintos momentos de la emigración. Pronto estará al alcance de los estudiosos una extensa monografía de Peter Boyd-Bowman sobre *La procedencia regional de los primitivos colonizadores* españoles de América,[6] llena de noticias concluyentes; operando con una masa documental tres veces mayor que Henríquez Ureña, Boyd-Bowman llega al resultado de que en los primeros años del período antillano (1493-1508) hubo mayoría de emigrantes andaluces, y que en el decenio siguiente (1509-1519) las andaluzas excedieron a todo el resto del elemento femenino que pasó a Indias. En las Antillas, por lo tanto hubo de formarse un sedimento lingüístico andaluzado que constituyó la base del ulterior español de América.

No he podido examinar documentación bien editada de este período inicial antillano para ver si los amanuenses daban prueba escrita de que cundía allí la confusión de *ç* y *z* con *ss* y *s*. Aparece ya en escrituras mejicanas desde 1525; ya lo hice saber años atrás.[7] En efecto, ojeando el *Indice y extractos de los Protocolos del Archivo de Notarías de México* publicado por A. Millares Carlo y J. I. Mantecón,[8] encuentro en el tomo I *rrazo* 'raso' y *calsas* (p. 30), *çecuçión* (p. 31), *piesas, ortalisa* (p. 39), *calsada* (p. 55), *sinquenta* (p. 60), *desysorios, faser, desir, rrasonar* (p. 67), *Badaxós* (p. 79), *señidor* (p. 91), todos en documentos de 1525; en 1527, *haser* (p. 101), *frizada* 'frisada', (p. 111), *vesyno* (p. 113 y 115), *asyón* 'acción' (p. 116), *ocupasyón* (p. 125), *Baltazar, pasyficar* (p. 126), *tosinos* (p. 145), *çeron* 'serón' (p. 174), *rrusya, rrusyo* (p. 179), *alcansastes* (p. 180), *dies* (p. 184), *Peres, crusifijo* (p. 186), etc.; en 1528 *ensima* (p. 225), *cabesadas* (p. 260), *cazamiento*

[6] Lo va a publicar el Instituto de Cultura Hispánica. Muy interesante es el estudio de José Pérez Vidal, *Aportación de Canarias a la población de América* (Anuario de Estudios Atlánticos, Madrid-Las Palmas, 1955, núm. 1), con la importante advertencia de que gran parte de los pasajeros que durante la primera mitad del siglo XVI embarcaban en Canarias para América no eran isleños, sino extremeños y andaluces, sobre todo de la Andalucía atlántica (p. 74). No me ocupo ahora del seseo canario, atestiguado en el siglo XVII, pero no explorado aún en documentos anteriores.

[7] En la segunda edición de mi *Historia de la lengua española*, 1950, p. 329.

[8] El Colegio de México, 1945-46. Los ejemplos de confusión siguen apareciendo en el tomo II, año 1936: *diesmos, mays* (p. 23), *haser, rrasón* (p. 55), *dies e seys* (p. 69), etc.

'casamiento' (p. 287), y otros más, aparte de *mays*, muy retirado, y de numerosas repeticiones. Es indudable que el estado de confusión que revelan tales grafías no pudo producirse en los cuatro años escasos que habían transcurrido entre la conquista de Méjico y los ejemplos más antiguos. Los amanuenses habían llegado allí resabiados ya, bien de las Antillas, bien directamente de la Andalucía occidental. Nótese que sus yerros, como en la documentación sevillana a fines del siglo XV y primeros del XVI, ofrecen ya cumplida la confusión de sibilantes en sus tres etapas: 1) en posición implosiva *(Badaxós, mays, dies, Peres)*; 2) entre sonoras intervocálicas *(rrazo, frizada, ortalisa, tosino,* etc.); y 3), entre sordas *(calsas, çecuçión, piesas, señidor,* etc.).

Amado Alonso ha puesto de relieve la nivelación del lenguaje como fenómeno peculiar y decisivo en la vida colonial.[9] Puedo aportar un ejemplo muy antiguo, demostrativo de lo contagiosa que era la confusión andaluza de sibilantes al tiempo de formarse la *koiné* lingüística americana. Se trata del conquistador y cronista Bernal Díaz del Castillo: nacido en Medina del Campo, pasó a Indias en 1514 y escribió su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* hacia 1568, en Guatemala, cuando llevaba más de cincuenta años en tierras americanas.[10] Ese medio siglo largo había dejado profunda huella en su lenguaje: el manuscrito autógrafo de la *Historia verdadera* muestra una confusión de sibilantes inconcebible en un castellano que no hubiera perdido su dicción nativa. Usa Bernal Díaz *z* por *s* implosiva y viceversa *(marquez, Bazco, pas, gasnate, bes* 'vez', *pezcar, Cortez, Velasques, Gutierres)*;[11] equivoca *s* y *z* intervocálicas *(rriquesa, quize, artezas, sasón, brazeros* 'braseros', *rresio, azidos* 'asidos', *flechasos, payzes, pueblesuelos, mohozas, rresién)*[12] intercambia *ç* con *s*-

[9] *Estudios lingüísticos. Temas hispanoamericanos,* 1955, págs. 112 y sigs.

[10] Me refiero a la fecha en que Bernal Díaz declara "estoy trasladando esta mi relación", aunque la composición de la obra se hubiera iniciado antes de 1557 y aunque haya adiciones posteriores. Véase Ramón Iglesia, *Introducción al estudio de B. D. del C. y de su Verdadera Historia,* en su libro *El hombre Colón y otros ensayos,* México, 1944, págs. 99-118.

[11] Ed. Genaro García, México, 1904, I, pp. 3, 8, 11, 18, 21, 30, 31, 52, 63.

[12] *Ibid.*, pp. 3, 7, 10, 14, 15, 18, 25, 31, 47, 55.

o *-ss-* *(abonansó, conosieron, sertificaba, serca, ençenada, acaeser, çed* 'sed', *sercana, çer, cierpes, vacallos, grandíçima)*,[13] y su castellanismo le lleva a acelerar la simplificación fonemática ensordeciendo las sonoras y equiparándolas con las sordas *(rreçina, proviçiones, zuele, Alonzo)*.[14] Si queremos saber qué influencias hicieron que Bernal Díaz abandonara la distinción entre eses, cedilla y zeta, en su misma obra econtraremos el rastro: el viejo soldado nos habla en ella de su convivencia con gentes como aquel capitán Luis Marín, natural de Sanlúcar, que "çeçeava un poco como sebillano", o aquellos tres pilotos que en 1517 llevaron al autor y a sus compañeros desde Cuba hasta el Yucatán: "el más prencipal... se dezía Antón de Alaminos, natural de Palos, y el otro se dezía Camacho de Triana, y el otro piloto se llamava Joan Álvarez el manquillo, natural de Güelva".[15]

Amado Alonso ha estudiado la acomodación de otros dos peninsulares al ambiente lingüístico del Nuevo Mundo. Los dos pertenecen a generaciones posteriores a la de Bernal Díaz: son el alférez guipuzcoano Francisco Ortiz de Vergara, que en 1569 llevaba treinta y tres años en el Río de la Plata, y el poeta Fernán González de Eslava, que salió de España en 1558, a la edad de veinticuatro años, y tuvo actividad literaria en Méjico entre esa fecha y 1579 por lo menos.[16] Los dos ofrecen en sus autógrafos muestras de confusión entre las sibilantes que nos ocupan; pero en Vergara se limitan al final de palabra, y en Eslava, si alcanzan los tres mismos grados que las escrituras notariales de 1525-1528,[17] no tienen la abrumadora frecuencia que en Bernal Díaz, ni revelan ensordecimiento de *-s-* y *z*. Estado parecido al de Eslava presentan las *Flores de varia poesía*, cancionero reunido en Méjico en 1577:

[13] *Ibíd.*, pp. 10, 12, 13, 16, 17, 18, 20, 28, 33, 35, 42, etc.

[14] *Ibíd.*, pp. 47, 54, 17.

[15] Ed. de [Ramón Iglesia y A. Rodríguez Moñino], Madrid, C. S. I. C., 1940, p. 4, col. 2.

[16] *Estudios lingüísticos. Temas hispanoam.* pp. 115-122; *Biografía de F. G. de Eslava*, RFH, II, 1940, pp. 266-268.

[17] En posición implosiva, *mez* 'mes, "Pero *Dias*"; sonoras intervocálicas, *desiseis*, rimas *hizo-aviso, gozes-dioses*, etc.; sordas, *profeçión, conçejo.*

en él se tropieza a menudo con grafías como *anҫias, seño* 'ceño', *cerenos, sierra* 'cierra', *sielo, sierua* 'cierva', *auzente, asertaste, alcansaste, soҫiega, sicalados* 'acicalados', *canҫado, has* (imperativo).[18] Es seguro que los documentos mejicanos de 1525-1528 no reflejan todavía un uso general; pero cuarenta o cincuenta años después el testimonio conjunto de Bernal Díaz, Eslava y las *Flores* prueba que la práctica confundidora de *ç, z* y *ss, s*, trasplantada a Méjico en los días mismos de la conquista o a raiz de ella, se había convertido en hábito dominante, que se contagiaba allí a peninsulares no castellanos.

La antigüedad y empuje de la confusión de sibilantes en América fueron anteriores a lo que se ha venido admitiendo. Hubo sin duda un fermento lingüístico inicial, formado en el período antillano bajo el predominio numérico de andaluces y conservado luego en actividad con elementos de igual procedencia, aunque minoritarios ya en las nuevas migraciones. La asimilación de los no andaluces empezó en los primeros tiempos de la colonización y continuó durante siglos. Esa constante incorporación de gentes que originariamente distinguían entre *ç, z* y *ss, s* explica la orientación tomada por el fenómeno en Hispanoamérica: triunfó allí la confusión sevillana, lo que en el siglo XVI se entendía por *ҫeҫeo* o *zezeo*, pues las articulaciones ápico-alveolares cóncavas propias de *s* y *ss* fueron eliminadas en beneficio de las dentales o dento-alveolares convexas nacidas del aflojamiento de *z* y *ç*. Pero, lo mismo que en Córdoba y otras comarcas de Andalucía, la variedad de *ҫeҫeo* o *zezeo* que arraigó fue la menos llamativa, la menos vulgar: es decir, el siseo con /*s*/ coronal o predorsal, no el ciceo con /$\underset{s}{\theta}$/ o con /θ/; dicho de otro modo, lo que hoy clasificamos como seseo, no lo que hoy llamamos ceceo. Los actuales focos de este ceceo registrados en América pueden ser restos de un estado fluctuante que tal vez existiera antaño, o fruto de evolución autóctona y moderna de la *s* convexa dental.

El paralelo, tan traído y llevado, del español de América con el latín vulgar resulta cierto, entre otros aspectos, en la propagación de dialectalismos metropolitanos a las nuevas pro-

[18] Códice 2973 de la Biblioteca Nacional de Madrid, fols. 63, 167, 197, 201, 202, 215, 300-308 (verso 172), 334-341 (verso 131), 381, etc., etc.

vincias. La tesis de Menéndez Pidal, según la cual el latín hablado en España fue rico en dialectalismos itálicos meridionales se ve robustecida cada día con nuevos argumentos;[19] la anticipación de fechas para la transformación de las sibilantes en Andalucía, y la temprana documentación del mismo cambio al otro lado del Atlántico, refuerzan la teoría andalucista sobre el seseo americano. El esperado trabajo de Paul Aebischer acerca de los colonizadores romanos de Hispania y el ya citado de Boyd-Bowman sobre los de la América española en el siglo XVI llevarán la evidencia a los espíritus más remisos.

RAFAEL LAPESA.
Universidad de Madrid.

[19] Véase su estudio *A propósito de l y ll latinas. Colonización suditálica en España.* Bol. de la Real Academia Española, XXXIV, 1954, pp. 165-216; y también Serafim da Silva Neto, *Fontes do Latim Vulgar,* 1946, págs. 45 y sigts., e *História da Língua Portuguesa* (en curso de publicación desde 1952), págs. 117, 122-124, etc.

Apuntes sobre el Español Dominicano

FUERON recogidos estos datos hace cerca de treinta años en una breve visita a la República Dominicana. Hice una excursión por el sudoeste del país durante la cual pude examinar el habla de cuatro campesinos, jornaleros, analfabetos; uno era natural y vecino de San Cristóbal, cabeza de la actual provincia de Trujillo; otro de Baní, provincia de Trujillo Valdés, y dos de Barro Arriba y Guanábana, provincia de Azua. En una nueva salida hacia el norte utilicé otros tres sujetos de la misma clase social que los anteriores en Jeremías, lugar próximo a La Vega; en Guayacanes, provincia de Santiago, y en Puerto Plata. Un tercer viaje por la parte oriental me dio ocasión para servirme de dos cortadores de caña en el pueblo de San Francisco, provincia del Seibo. En espera de una nueva visita más detenida para completar el trabajo ha transcurrido el tiempo sin publicar estas observaciones.

Entretanto, Pedro Henríquez Ureña, en su libro *El español en Santo Domingo*, Buenos Aires, Instituto de Filología, 1940, estudió con su habitual maestría varios aspectos de la lengua de su país, especialmente en lo que se refiere al fondo arcaico de su vocabulario y morfología, indicando, además, los rasgos generales de su sistema fonético en el nivel culto y popular. Las presentes notas se limitan a ofrecer una reducida muestra de esta misma lengua en sus manifestaciones propiamente rurales e iletradas. Aunque rápidas e incompletas, podrán servir de base para comprobar las modificaciones que hayan podido producirse a este respecto en el pasado cuarto de siglo y, asimismo, para estimular al futuro

investigador que tome a su cargo la elaboración del atlas lingüístico dominicano.

VOCALES ACENTUADAS. La *a* de timbre medio fue general en palabras como *brazo, pala, espada, labio.* Los sujetos de Jeremías y San Francisco pronunciaron *a* marcadamente palatal en *vaca, azada* y *araña. En aire* todos los sujetos coincidieron en la variante palatal y, asimismo, en *raíces,* oído como *raíse* en San Cristóbal; *ráise,* en Guanábana y Jeremías, y *raíz,* pronunciado *raí* en Bani, *rai* en Barro y Puerto Plata y *rei* en San Francisco. No se palatalizó la *a* en *gallo, mayo, calle, saya.* La tendencia a la palatalización de esta vocal resultó visiblemente menor que en Puerto Rico. Fue velar la *a* en *baúl, flauta* y *yautía,* y vacilante entre velar y media en *bocao* y *ahogao,* así como también ante *j* aspirada en *paja, bajo,* etc. No se velarizó en *caldo, alto, calvo,* ni tampoco ante la aspiración de la *s* en *basto, pasta.* En conjunto, el papel de la *a* velar parece menor en dominicano que en castellano.

La *e* media se oyó en *cabeza, cabello, diente, penca,* y la abierta en contacto con *rr, perro, tierra;* delante de *j* y *s* aspiradas, *abeja, oreja, cesta, pesca;* en el diptongo *ei, peine, reina, seis, mamey,* y en sílaba trabada por *l, clavel, papel.* Aparte de esto, el sujeto de San Francisco hizo abierta la *e* de *bandera,* y los de Guanábana y Barro dieron ese mismo timbre a la de *teta.* La de *dedo,* pronunciado *deo,* fue media en Baní, Barro y San Francisco y abierta en mayor o menor grado en San Cristóbal, Guanábana, Jeremías y Guayacanes. La pronunciación ordinaria de *veinte* y *treinta* fue *vente* y *trenta* con vacilación entre *e* media y cerrada en unos sujetos y con *e* decididamente cerrada en otros. Grados de vacilación entre el timbre medio y el cerrado se observaron también en la *e* acentuada de *leche.* La inclinación hacia la *e* abierta fue, sin duda, mayor que en castellano, aunque no tanto como la observada en Puerto Rico. Hubo labialización relativamente desarrollada en la *e* del diptongo en *nueve, hueso, puente, tuerto; bejuco* fue pronunciado casi *böuco* en San Cristóbal.

La *o* media se manifestó de manera general en sílaba libre, *repollo, retoño, ocho, boca, lechosa, mariposa.* Con timbre abierto ocurrió en *rosa, hoy, voy ,ojo, hoja, mazorca, jornal flor, sudor, bastón, carbón.* Hubo, además, abundantes

ejemplos de *o* abierta en casos correspondientes a sílaba libre: la de *cola* fue abierta en San Francisco y la de *joven* en Jeremías y Guayacanes; la de *toro* sólo resultó media en San Cristóbal y Baní; las dos primeras de *cogollo,* pronunciado *cooyo* y también cohoyo, con aspiración intermedia, fueron abiertas en Baní, Barro, Jeremías y Puerto Plata y medias en San Cristóbal y San Francisco. Como en el caso de la *e,* la tendencia a la abertura en la *o* acentuada en sílaba libre parece ser en dominicano más general que en castellano, sin llegar al grado de desarrollo que este fenómeno suele ofrecer en Puerto Rico.

Fueron registradas con timbre medio las vocales *i, u* en sílaba libre, *pico, silla, gallina, nudo, puño, pluma,* y con sonido más o menos abierto en sílaba trabada, en contacto con *rr* y delante de *j, cincha, risa, hijo, cajuil.*

VOCALES INACENTUADAS. Conservan su carácter las vocales inacentuadas sin cambios de consideración en su aspecto articulatorio. Aun en posición final ante pausa, su ordinario debilitamiento llegó rara vez a extremos de ensordecimiento o reducción. La *a* mantuvo regularmente su timbre medio en *yunta, botella, espada, bestia, espiga, abeja,* etc. En la pronunciación del sujeto de San Francisco pudo advertirse una clara metafonía en que la *a* final de *vaca* mostró el mismo timbre palatal de la acentuada, mientras que la de *flauta* resultó velar, de acuerdo, asimismo, con el carácter del diptongo anterior. El sujeto de Jeremías dio análogo timbre palatal a las dos vocales de *maya;* los de San Cristóbal, Guanábana, Barro y Guayacanes palatalizaron igualmente la final de *chincha,* y los de Guayacanes y San Francisco la de *cejas.* Sólo en Barro resultó enteramente ensordecida la *a* de *silla;* en Guayacanes la de *cincha,* y en San Francisco la de *semilla* y *rosa.*

Conservó la *e* final el timbre medio, más o menos apagado, en *peine, ubre, veinte,* etc. Al lado de esta variedad se dieron repetidos ejemplos de *e* relajada y cerrada. En Baní, Guayacanes y San Francisco apareció esta modificación en *nueve, puente, diente* y *frente.* Se observó, sobre todo, tal variedad cerrada en la final de *leche,* pronunciada ordinariamente con el sonido indicado, a excepción del sujeto de San

Cristóbal, que la hizo sorda de timbre medio, y del de Barro, que la pronunció con marcada inclinación al tipo abierto.

Por su parte, la *o* final, dentro de su ordinaria atenuación, mantuvo de ordinario el timbre medio, *hueso, palo, estribo, guarapo, banco, seto,* etc. El reflejo metafónico se advirtió en la última *o* de *toro,* influida por la abertura de la precedente en Barro y Guayacanes. Bajo análogo efecto resultó cerrada de manera general tras de *i, u,* acentuadas, *pico, potrico, castillo, puño, nudo.* En realidad, llegó a aparecer como propia *u* de timbre abierto la de *pico* en San Cristóbal, la de *castillo* en Baní y la de *puño* en Guayacanes. La palabra *nudo,* pronunciada, en general, *nudu,* con débil *d* fricativa, se redujo a *nu* en Jeremías y Puerto Plata. Fue corrientemente media la final de *cocuyo* no obstante las dos *uu* precedentes en la común pronunciación, *cucuyo.* Perdió alguna vez la sonoridad en *hueso,* Bani; *pico,* Guayacanes; *caballo,* San Francisco. Parece que la tendencia a la reducción y ensordecimiento de la vocal inacentuada final es en Santo Domingo menor que en algunas zonas de Puerto Rico, pero es posible que un estudio más completo descubra análoga inclinación en alguna parte del territorio dominicano.

CONSONANTES B, D, G. Se observa, como en el español normal, la diferenciación entre las modalidades oclusiva y fricativa de las consonantes *b, d, g.* Como rasgo particular, se notó la marcada relajación de la articulación fricativa en varios de los ejemplos registrados. La bilabial se manifestó de manera especialmente tenue y abierta en *globo, llave y huevo.* La *v* presentó el mismo sonido bilabial de la *b.* La forma ordinaria de *abuelo* fue *agüelo.*

Predominó la eliminación total de la *d* en *patada, azada, desnudo, bocado, dedo, oído;* en algunos casos, sin embargo, dentro de estas mismas palabras se advirtió la presencia de la indicada consonante con leve y suave sonido. En *nudo,* ya citado, la pronunciación con reducida *d* alternó con las variantes *nuo* y *nu.* En los sujetos de Jeremías y Guayacanes se recogió *narisú,* narizudo y, *dehnú,* desnudo. *Viuda* con leve *d* fue más frecuente que *viua.* El grupo *dr* se produjo con sonido abreviado y débil en *cuadro* y *piedra.* Del mismo modo se oyó en *padre* y *madre* en los sujetos de Bani, San Cristóbal y Ba-

rro. El de Jeremías dijo *pae* y *mae*, el de Guanábana *pai* y *mai*, y los de Guayacanes y San Francisco *taita* y *mamá*. Hubo ausencia completa de la *d* final en *verdad* y *ciudad*, esta última pronunciada *suidá*.

La articulación blanda y reducida de la *g* fue notada en *fuego, ciego, ahogado*, etc. En Baní, San Cristóbal, Barro y San Francisco, la pronunciación de *suegro* apareció con atenuada articulación del grupo *gr;* los sujetos de Guanábana, Jeremías y Guayacanes dijeron *suedro* con la misma atenuación de *dr*. El de Guayacanes decía también *adricultura*. El cambio inverso *g* en lugar de *d*, lo hizo el sujeto de San Francisco en *ardilla*, pronunciado *aiguiya*.

FRICATIVAS F, S. J. Rara vez se oyó la *f* como labiodental pura; se mostró de ordinario como articulación mixta bilabiodental en *filo, forma, frente* y *flor*. El carácter bilabial se hizo pleno ante la semiconsonante labiovelar en *fuego, fuelle, fuerza, fuera, fuimos, fue*.

Ninguno de los sujetos examinados aspiró la *h* en *hacer* ni en *hijo*. El de Jeremías aspiró tal consonante en *hoja;* el de Guayacanes la de *harinear*, lloviznar, y los de Guanábana, San Francisco, Jeremías, Guayacanes y Puerto Plata la de *ahogado*. Fue aspirada por todos la de *hurón*. Según estos ejemplos, la aspiración de la *h*, como en las demás regiones, se mantiene en unas palabras, en otras vacila y en otras desaparece.

La *s* inicial de sílaba se manifestó uniformemente con articulación predorsal dentoalveolar más o menos convexa. Final de sílaba ante consonante oclusiva sorda experimentó algunas modificaciones. En Baní, Barro y Guayacanes, la *s* de *abispa* fue pronunciada con ligera aspiración; los sujetos de San Cristóbal y San Francisco la sustituyeron por una leve geminación de la *p;* los de Guanábana y Jeremías sencillamente la omitieron. Análogas modificaciones ocurrieron en la *s* de *cáscara, cresta, escopeta, espuela* y *bastón*.

Ante consonante sonora, la *s* final añadió otras variantes. La de *desnudo* se oyó como débil aspiración sorda en San Francisco y Barro; como tal aspiración visiblemente nasalizada en Jeremías y Guacacanes; como aspiración sonora en Baní; como suave *r* fricativa en San Cristóbal, y con eliminación

de todo sonido en Guanábana. La de *islita* resultó aspirada sorda en Guanábana y Barro, aspirada sonora en Baní y San Cristóbal y mera asimilación a la *l* siguiente en Guayacanes. La de *desbocado* se produjo como tenue aspiración sonora en San Francisco, desapareció enteramente en Guanábana, Jeremías y Guayacanes y apareció con aspiración sorda y metátesis, *debohcao*, en San Cristóbal y Baní.

Como final absoluta, la *s* quedó enteramente omitida. Fue común y uniforme el seseo de *z* y *ce, ci*. Las modificaciones de la *z* final fueron idénticas a las de la *s*. Es seguro que las notas indicadas no agotan los cambios que la *s* final debe experimentar en Santo Domingo, como en los demás países de la zona antillana.

Como mera aspiración sorda fue pronunciado el sonido correspondiente a *j* y *ge, gi* iniciales en *joven, julio, gente, giro*. En ningún caso apareció la fricación velar de la *j* castellana. En posición intervocálica, la referida aspiración resultó unas veces sorda y otras sonora en el habla de los mismos individuos y hasta en la repetición de las mismas palabras. Alternaron sonoridad y sordez en *abeja, espejo, oreja, paja, hoja, hijo, ceja* y *ojo;* dominó la sonoridad en *cojo* y *eje* y fue general en los indigenismos *bija* y *cajuil*. La aspiración sonora se atenuó hasta hacerse imperceptible en el caso ya mencionado de *böúco*, bejuco.

LIQUIDAS. La articulación de *r* y *l* presentó su ordinaria forma ápico-alveolar en posición inicial de sílaba, *cara, fiera, palo, cielo*. Fue igualmente regular la *l* interior, *plata, clavo*. En el grupo *tr*, las dos consonantes fueron débiles y reducidas, con cierto rehilamiento en la fricación de la *r, cuatro, letra*. La *r* fue simplemente breve y fricativa, sin rehilamiento, en *pobre, piedra, cuadro*.

Se dio de manera general la igualación de *l* y *r* finales de sílaba en interior de vocablo. En el resultado de esta igualación, la *r* predominó sobre la *l* en San Cristóbal, Guanábana y Barro, donde se registró una leve *r* fricativa, tanto en *puerta, tuerto, martillo, tarde* como en *calvo, soldado, espalda, palmito, pulga* y *caldo*. El sujeto de Baní, en la misma zona sudoeste, logró, con cierto esfuerzo, aplicar la *l* en *palmito* y *calvo*,

pero su manera corriente consistió en un sonido mixto y oscilante entre *l* y *r*.

A diferencia de los lugares referidos, en Guayacanes, Puerto Plata y San Francisco, ambas consonantes se vocalizaron reduciéndose al sonido *i*, *pueita*, *mueite*, *tueito*, *masoica*, *ehpaida*, *paimito*, *soidao*, *baiba*, *puiga*, *saito*. El sujeto de Puerto Plata reforzaba la consonante posterior al diptongo imprimiéndole cierto grado de geminación y convirtiendo las fricativas en oclusivas, *pueitta*, *masoikka*, *baibba*, *taidde*, etc. En Jeremías, correspondiente a la zona central de La Vega, entre la vocalización del norte y la igualación del sur, el hecho aparecía reducido a la geminación, *muette*, *masokka*, *tadde*, *babba*, *pugga*.

No hubo vocalización ni geminación en *dulce*, pronunciado *durse* con débil *r* en Jeremías como en San Cristóbal, Baní y Barro, y simplemente *duse* en Puerto Plata, Guayacanes y San Francisco. El sujeto de este último punto decía, sin embargo, *baisón*, barzón. Tampoco se produjo la vocalización entre las varias modificaciones de la *r* en *yerno*, *pierna*, *jornal*. El sujeto de Baní empleó su ordinario sonido mixto entre *r* y *l*; el de San Cristóbal hizo en *yerno* y *pierna* una débil *r* fricativa y en *jornal* dejó oir este mismo sonido visiblemente nasalizado; los de Guanábana, Barro y Jeremías pronunciaron una leve aspiración nasalizada y más o menos sonora; el de Guayacanes empleó en *yerno* una *r* fricativa rehilante y nasalizada, en *pierna* una débil aspiración sorda y en *jornal* una simple *n* asimilada a la siguiente; el de San Francisco mostró una breve aspiración sorda y nasal en *yerno* y *pierna* y suprimió todo indicio de sonido correspondiente a la *r* en *jornal*.

No menos variable fue la pronunciación de la *r* en *virgen*, articulada como suave y breve *r* fricativa por los sujetos de Baní y Barro, como leve aspiración semisonora por los de Guanábana y Jeremías, como aspiración nasalizada y sorda por los de Guayacanes y San Francisco y como mera *n* velar por el de San Cristóbal. La mayor parte de las variantes señaladas en relación con la *r* de *yerno*, *virgen* y *jornal* fueron registradas también en el habla popular de Puerto Rico.

Al contrario que en posición interior, la igualación de *l* y *r* finales de dicción manifestó preferencia por la primera

de estas consonantes, fuera de aquellos lugares en que uno y otra se redujeron a *i*. Es ejemplo representativo la palabra *sudor*, en la que el sujeto de Baní empleó su habitual sonido mixto de *r* y *l;* los de San Cristóbal, Guanábana y Barro pronunciaron una débil *l*; los de Guayacanes, Puerto Plata y San Francisco vocalizaron el sonido en *i* y el de Jeremías lo vocalizó en e cerrada y nasal. Las mismas diferencias se observaron en *cazador, ruiseñor, flor* y *zumbador*.

En *cañaveral* y *manantial* hubo clara división entre Baní, San Cristóbal, Guanábana y Barro que mantuvieron la *l* y de otra parte Jeremías, Guayacanes y San Francisco que la sustituyeron por *i*, la cual a veces sonaba con timbre abierto, casi como *e*. Dentro de esta misma división, los sujetos de Guanábana y Barro nasalizaron la *l* final de *clavel*, juntamente con la *e* acentuada, a la vez que los de Jeremías, Puerto Plata y San Francisco nasalizaban también el diptongo resultante de la vocalización, *clavéi*. Las modificaciones de la *l* en *baul* y *miel* siguieron líneas análogas a las de *clavel*.

La *r* del infinitivo se mantuvo aunque reducida en San Cristóbal y Baní, *golpear, bailar, comer;* en Guanábana y Barro se oyó como débil *l;* en Guayacanes, Puerto Plata y San Francisco como *i* y en Jeremías como *e* cerrada y nasal. Las modificaciones de las finales *l* y *r*, juntamente con las de la *s* en esa misma posición constituyen la materia más imprecisa y variable de la pronunciación dominicana.

VIBRANTE RR. No fue corriente la *rr* con clara y limpia vibración múltiple a la manera castellana. El único sujeto que usó un sonido de esta especie fue el de Guanábana, en especial después de la vocal acentuada, *perro, torre, sierra*. En San Cristóbal y Barro lo ordinario fue la *rr* apicoalveolar fricativa suave. Este sonido ocurrió de modo regular en los mismos tres lugares mencionados en contacto anterior al acento, *rienda, carreta, rueda, rosa, reina*. En Baní se advertía cierto elemento rehilante al principio de la fricación y en Jeremías y Guayacanes tal elemento se extendía a toda la consonante, cualquiera que fuese su posición en la palabra. Varias veces este sonido se oyó con timbre asibilado y sordo en el sujeto de Jeremías, sobre todo en principio de vocablo, *rueda, rosa, risa*. El de San Francisco procedía con extraordinaria inse-

guridad: hizo *rr* vibrante pura en *rosa, reina, perro* y *guitarra;* fricativa suave en *herrero* y *herrería;* rehilante sonora en *rienda* y *risa,* y uvular semivibrante en *rueda, carreta* y *garrapata.* En ningún otro caso se registró la *rr* con articulación posterior, uvular o velar, tan abundante en el habla puertorriqueña.

PALATALES. En la mayor parte de los casos, la pronunciación de la africada *ch* coincidió con el sonido del español normal. La correspondencia con este sonido, en la proporción de equilibrio con que se oye en Castilla, ocurrió sobre todo en San Cristóbal, Guanábana, Jeremías y San Francisco. No se registraron casos de predominio del elemento fricativo a la manera del granadino y de otras partes de Andalucía. Las excepciones al uso ordinario se dieron precisamente en sentido opuesto a tal dirección. Fueron instrumento de observación sobre este punto las palabras *leche, lechuga, cuchara, ocho, cincha* y *chinche.* El sujeto de Baní hizo oir en toda ocasión una *ch* de fricación relativamente recortada con ventaja de la parte oclusiva, pero sin sensible desviación del efecto común del sonido. En el habla del sujeto de Barros, la oclusión mostraba predominio más notorio sobre la fricación. El de Guayacanes pronunció la *ch* como una *t* dorsopalatal, con fricación apenas perceptible. Es probable que esta modalidad de *ch* esencialmente oclusiva, muy extendida en Puerto Rico, tenga también en Santo Domingo mayor representación que la que resulta de estos breves datos.

Respecto a la *y,* y del mismo modo respecto a la *ll* identificada constantemente con la *y,* la práctica general ofreció formas análogas a las que dominan en el español corriente. En posición intervocálica, la articulación fue fricativa suave sin rehilamiento y relativamente cerrada, *mayo, rayo, cocuyo, gallo, patilla, sello, cogollo,* etc. En algunos casos la estrechez llegó a alcanzar la modalidad africada dentro de la referida posición intervocálica. Desde luego tal modalidad africada, de timbre suave, no rehilante, fue sobretodo frecuente en principio de palabra, *yugo, yunta, llave, lluvia.* El único sujeto que en estas ocasiones imprimió a la articulación africada cierto grado de rehilamiento fue el de Guanábana. Hubo también considerable número de casos en que la *y* o *ll* inicial, en los mismos voca-

blos mencionados, no fue africada sino fricativa. No se registraron ejemplos de *y* abierta, relajada o vocalizada en palabras como *cuchillo, estrella,* etc.

NASALES. La palatal *ñ* apareció con plena articulación palatal nasal mojada, *araña, puño.* Como iniciales de sílaba, la labial *m* y la alveolar *n* respondieron a su valor común. La *n* final de palabra ante pausa, en *joven, virgen, carbón, pendón,* se pronunció uniformemente con reducida y débil articulación velar. Una gran parte del efecto nasal recaía sobra la vocal de la misma sílaba. La nasalización afectó a las varias modificaciones de la *r* en *yerno* y *pierna,* envolvió las articulaciones de las dos primeras sílabas de *enjambre* y se extendió a la totalidad de la palabra en *jornal* y *mejor.* Fue también parte importante en los cambios fonéticos de la palabra *virgen.* El sujeto de Jeremías nasalizó además, sin relación con ninguna consonante nasal inmediata, la *e* resultante de la vocalización de la *r* en *sudor, cazador, llover, bailar.* La *m* sustituyó a la *n* en *míhpero,* níspero, Guayacanes, y la *ll* fue reemplazada por la *ñ* en *ñamar,* llamar, en todos los puntos estudiados.

DIVISION. El rasgo de diferenciación más conocido en el habla local consiste en el tratamiento de *l* y *r* finales, que según se ha visto da por resultado articulación mixta de ambos sonidos en el sur y vocalización en el norte, desde el Cibao a Puerto Plata, y en El Seibo al este. Una delimitación precisa de este fenómeno está por hacer. Por otra parte parece que tal división no se reduce a ese solo punto. Entre las mismas zonas indicadas se ha advertido también diferencia respecto al sonido de la *rr* inicial, generalmente fricativa suave en el sur y con tendencia al rehilamiento en el norte. Varias notas del vocabulario subrayan ese mismo contraste. Por ejemplo, la amapola de jardín, llamada *cayena* en San Cristóbal y Baní, recibió los nombres de *sangre de Cristo* en Jeremías y *moco de pavo* en San Francisco. La fruta del árbol del pan con semilla o grano fue llamada *pan de fruta* por los sujetos de San Cristóbal, Baní y Barro, *pan de pobre* por el de Jeremías y *aibopán* por el de Puerto Plata. La variedad sin semilla, llamada *mapén* y *guapen* en los lugares del sur, recibió el nombre de *buen pan* en el norte.

En el contraste indicado los nombres de carácter más

antiguo y local suelen ser los del norte y los más modernos y comunes los del sur. El molino de caña, para los sujetos de San Cristóbal, Baní y Guanábana fue *ingenio* y para los de Puerto Plata, Guayacanes, Jeremías y San Francisco, *trapiche*. La lanza del arado para los primeros fue *timón* y para los segundos *broncal*, aparte del de San Francisco que la llamó *flecha*. El cubo de la rueda apareció en San Cristóbal, Baní y Barro con el nombre de *manzana* y en Jeremías, Guayacanes y Puerto Plata con el de *tambor*. El cuerno del toro fue entre los sujetos del sur *cacho* y entre los del norte *chifle*. El machete del campesino fue para aquéllos *machete* y para éstos *colín*. El pie del caballo fue, respectivamente, para unos *casco* y para los otros *uña*.

VARIEDAD. Aparte del vulgarismo formal que se manifiesta en evidentes y conocidas deformaciones de las palabras y que la acción de la escuela y de los centros urbanos refrena y corrige, el español dominicano en su nivel popular, a pesar de su aparente uniformidad fonética, debida a la consistencia de las vocales, ofrece, a juzgar por los presentes datos, numerosas variantes de pronunciación en que representa papel principal la movible y vacilante calidad de las consonantes finales de las sílabas trabadas. En la mayor parte de los casos son fáciles de apreciar las coincidencias de estas modificaciones con las que se observan en los demás países antillanos y en las provincias del sur de España. La causa de sus diferencias de localización dentro del territorio dominicano responde sin duda a circunstancias interiores de la historia local.

De las muestras recogidas del vocabulario así como de las referentes a la pronunciación se deduce que las áreas lingüísticas del país no se limitan a la geografía de la igualación y vocalización de *-l* y *-r*. Las respuestas a determinados conceptos descubrieron una extraordinaria variedad denominativa repartida por los pueblos. El escarabajo que anida al rededor del tronco de la palma fue llamado *catarrón* en San Cristóbal y San Francisco, *tatarrón* en Barro, *gongorocho* en Balí y *abejón de coco* en Jeremías y Puerto Plata. A la comejenera se le llamó *pan de comején* en San Cristóbal y Guanábana, *cayo de comején* en Baní, *panal de comején* en Jeremías y San Francisco y *casa de comején* en Puerto Plata.

El plátano pequeño de exquisito sabor recibió el nombre de *guineo dátil* en San Cristóbal, *guineo niño* en Baní, *gustoadentro* en Guanábana, *guineo de rosa* en San Francisco, *damemás* en Jeremías y *guineíto de seda* en Puerto Plata. Al plátano de tamaño mayor y de sabor menos delicado se le llamó *guineo martinico* en San Cristóbal y Guanábana, *mampurio, rulo, tresfilos* y *malpecho* en San Francisco, *cañohondo* en Jeremías y *guineo hembra* en Puerto Plata. Los nombres dados a la palma real fueron *palma real* en San Cristóbal, Barro y San Francisco, *palma de sigua* en Baní, *palma de fruta* en Guanábana, *palma de yagua* en Jeremías y *palma de puerco* en Puerto Plata. El hongo que brota junto a los troncos viejos fue llamado *bombón* en San Cristóbal, *paragüitas* y *flor de muerto* en Baní, *yonyón* en Guanábana, Barro y San Francisco, *flor de tierra* en Jeremías y *esponja* en Puerto Plata.

TRANSCRIPCION. Del conjunto de las observaciones anteriores puede dar idea la transcripción del siguiente relato sobre la confección del pan de yuca, tomado de labios de un jornalero del muelle de Puerto Plata:

> Se siembra la yuca de rolito, que es un pedacito de palo como asina, y después que está de provecho, se arranca. Tarda como un año en estar buena. Después que se arranca, se busca un cuchillo y se raspa. Después que se raspa, se busca un guayo y se guaya. Se echa en un saco y se prensa para que salga el agua, y cuando está seca la yuca, se busca un hibo y se cedacea para que salga la fina y se quede arriba la gorda, que le dicen palote. La yuca fina se mete en un burén para que se haga una torta, como de especie de una luna grande. Se pone candela abajo, como entremedio de tres piedras. El burén se pone arriba de las piedras. La torta se pone de un lado y después se voltea para que no se queme, y se saca para dejarse enfriar y poderse comerla o para vender. De la yuca se saca también almidón para almidonar la ropa, y también se hacen panecicos de manera como un bollo, como una cosita cuadrada. Se le echa manteca y anís si se quiere amargo, y si lo quiere dulce, se le echa melado, anís, clavo y más nada. De la yuca se háce hojaldre del mismo almidón, de manera de un pegotico blanco. Son dulces y se hornean como la torta.

TOMÁS NAVARRO,
New York.

se sjémbrɐ la yúkɐ đe u̯olíto ˈ ké sụ́m pjasíko ə pálo ˈ komọ asínɐ ‖ i đẹʰpwẹ́ kə tá đə proƀéᵗĉo ˈ sə̀ au̯áŋkɐ ‖ táiđɐ komõ ũ nắn̥ọ̃ ẽn̥ tái̯ ƀwẽ́nɐ ‖ dẹʰpwẹ́ kə sə̀au̯áŋka ˈ se ƀụ́ʰkɐ̀ ũŋ kuᵗĉíyo ˈ i sẹ u̯áʰpɐ ‖ dẹʰpwẹ́ kə se u̯áʰpa ˈ se ƀụ́ʰkạ ũŋ gwáyo ˈ i se gwáyɐ ‖ séᵗĉa ə nụ̃n sáko ˈ i sə ̀aprjénsa ˈ para kə sə sái̯ga ə lágwɐ ‖ i kwan̥do tá séka la yúka ˈ se ƀụ́ʰkạ ũ ʰi̯ƀo ˈ i sə seđaséa ˈ pa kə sái̯ga la fína ˈ i se kéđe au̯í̯ƀa la gói̯đa ˈ ke le đísem palótə ‖ la yúka fína sə méte nụ̃m buréŋ ˈ pa kə sẹ ágạ ũna tọ́i̯ta ˈ komo đẹʰpésje đə ụ́na lúna gráŋ̥də ‖ se póne kan̥déla ƀáʰo ˈ komo ən̥treméđjo đə trẹ́ pjẹ́i̯đu̯ɐ ‖ ẹi̯ ƀurén sə pónə au̯í̯ƀa đə la pjẹ́i̯đu̯ɐ ‖ la tọ́i̯ta sə pónə đə u̯n láo ˈ i đẹʰpwẹ́ sə ƀọi̯téa parɐ kə nó sə kémə ˈ i se saka pa đẹʰái̯sem̥ friái̯ ˈ i pođẹ́i̯sə komẹ́i̯ya ˈ o pa ƀen̥dẹ́i̯ ‖ de la yúkɐ sə sákɐ tambjén ai̯mɪđọ́ŋ ˈ pai̯miđonái̯ la u̯ọ́pa ˈ i tambjén sə ásem panəsíko ˈ đe manéra komo u̯m bóyo ˈ komọ u̯na kosíta kwađu̯á ‖ se léᵗĉa mãn̥téka yaní si sə kjé ɹə amái̯go ˈ i si lo kjé đúse ˈ se léᵗĉa meláo ˈ aní ˈ kláᵇo ˈ i mã́ náđɐ ‖ de la yúka sə̀ ásə ọʰáị̯đu̯e ˈ dẹi̯ mĩ́mọ ai̯mɪđọ́ŋ đe manera đe u̯m pegotíkụ bláŋkụ ‖ sọ́n̥ dúse ˈ i sẹ ʰõ̯ⁿnẹ́aŋ komo la tọ́i̯tɐ.

Noticias importantes de Hispanoamérica

(A cargo de Alfredo A. Roggiano, con la colaboración de Horacio J. Becco [Argentina], Luis Leal [México] y Raúl Silva Castro [Chile]. El próximos números será ampliada con la contribución de colaboradores de los demás países de Iberoamérica).

INSTITUTO INTERNACIONAL DE LITERATURA IBEROAMERICANA

VIII° CONGRESO

Tendrá lugar en la Universidad de Puerto Rico, los días 26, 27 y 28 de agosto de 1957, bajo el auspicio del Gobierno y de la Universidad de San Juan de Puerto Rico.

Tema: *Las literaturas del Caribe y de los países adyacentes.*

Programa

Miércoles, 28 de agosto: Por la mañana, *Sesión inaugural,* en La Fortaleza, San Juan. Vermouth de honor ofrecido por el Sr. Gobernador del Estado Libre Asociado de Puerto Rico, Hon. Luis Muñoz Marín.

2 p. m. *Primera sesión de trabajo.* Salón Jerónimo, Hotel Caribe Hilton. Presidente de la sesión: Marcel Bataillon, College de France.

1. Margot Arce, Universidad de Puerto Rico: "El mito del Paraíso en la poesía puertorriqueña".
   Relator: Salvador Dinamarca, Brooklyn College.
2. Muna Lee, "Lo puertorriqueño en las *Elegías de Varones Ilustres*".
   Relator: María Teresa Babín, New York University.
3. Concha Meléndez, Universidad de Puerto Rico. "El cuento puertorriqueño y el cubano. Reflexiones sobre dos antologías".
   Relator: Seymour Menton, University of Kansas.
4. Enrique Anderson Imbert, University of Michigan, "La crítica literaria en el Caribe".
   Relator: Cesáreo Rosa-Nieves, Universidad de Puerto Rico.

4 p. m. *Segunda sesión de trabajo.* Salón Jerónimo. Hotel Caribe Hilton. Presidente de la sesión: William Atkinson, University of Glasgow.

1. Luis Monguió, University of California, Berkeley. "El negro en algunos poetas españoles y americanos anteriores a 1800".
   Relator: Renato Rosaldo, University of Arizona.
2. Eugenio Chang-Rodríguez, University of Pennsylvania, "La poesía negrista y la poesía de las Antillas".
   Relator: Angel Luis Morales, Universidad de Puerto Rico.
3. John E. Englekirk, Tulane University, New Orleans, "El Teatro y el pueblo en el Caribe".
4. Raimundo Lazo, Universidad de La Habana, "Existencia, personalidad y expresión literaria de una Hispanoamérica insular".
   Relator: Francisco Monterde, Universidad Nacional de México.

Jueves, 29 de agosto: 9.30 a.m. *Tercera sesión de trabajo.* Paraninfo, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras. Presidente de la sesión: John Van Horne, University of Illinois.

1. G. Arnold Chapman, University of California, Berkeley, "De las fuentes de Heredia".
   Relator: José Arce, Dartmouth College.
2. José de Onís, University of Colorado, "William Cullen Bryant y José María Heredia. Vieja y nueva polémica".
   Relator: José Ferrer Canales, Texas Southern University.
3. Arturo Torres-Rioseco, University of California, Berkeley, "Estilo poético de José Martí".
   Relator: Eugenio Florit, Barnard College, Columbia University.
4. Alfredo Roggiano, State University of Iowa, "Pedro Henríquez Ureña o el pensamiento integrador".
   Relator: Hugo Rodríguez Alcalá, Rutgers University.

11.30 a. m. *Cuarta sesión de trabajo.* Paraninfo, Universidad de Puerto Rico. Presidente de la sesión: Julio Jiménez Rueda, Universidad Nacional de México.

1. Juan Marín, Unión Panamericana, Washington, D. C., "Vida y obra de José Batres Montúfar".
   Relator: Ruth S. Lamb, Scripps College, Claremont, California.
2. Fernando Alegría, University of California, Berkeley, "Miguel Ángel Asturias, novelista del viejo y del nuevo mundo".
3. Rogelio Sinán, Secretario de la Embajada de Panamá en México, "Rutas de la novela panameña".

12:45 p. m. Almuerzo.

3:00 p. m. *Quinta sesión de trabajo.* Paraninfo, Universidad de Puerto Rico. Presidente de la sesión: Ronald Hilton, Stanford University.

1. Marcel Bataillon, College de France, "La raíz colonial y criolla de las literaturas hispanoamericanas".
   Relator: J. Jiménez Rueda, Universidad Nacional de México.
2. J. Riis Owre, University of Miami, "La fauna en la novela hispanoamericana".

Relator: Arnulfo Trejo, U. C. L. A.

3. Max Henríquez Ureña, "Sobre las tres Antillas Mayores".
   Relator: George Schade, University of Texas, Austin.
4. Hugo Rodríguez Alcalá, Rutgers University, "Los sonetos de Alejandro Korn".

Viernes, 30 de agosto: 9:30 a. m. *Sexta sesión de trabajo,* Universidad Interamericana, San Germán. Presidente de la sesión: Jefferson Rea Spell, University of Texas.

1. Cecilia Meireles, "Sobre o folklore brasileiro".
   Relator: Daniel Wogan, Tulane University.
2. Reyes Carbonell, Duquesne University, "Poetas iberoamericanos: Arturo Torres-Rioseco".
   Relator: Enrique A. Laguerre, Universidad de Puerto Rico.
3. Alfonso Escudero, Universidad Católica de Chile, "Hombres de tierra cálida en el clima de Chile".
   Relator: Francisco Aguilera, Hispanic Foundation, Library of Congress, Washington, D. C.

2:00 p.m.: *Séptima sesión de trabajo.* Universidad Interamericana, San Germán. Presidente de la sesión: J. de Onís, University of Colorado.

1. Allen W. Phillips, University of Chicago, "López Velarde y su concepto de la poesía en el postmodernismo".
2. Frank Dauster, Rutgers University, "Aspectos del paisaje en la poesía de Carlos Pellicer".
3. José Vázquez Amaral, Rutgers University, "Novelística de Agustín Yáñez".

Sábado, 31 de agosto: Por la mañana, *Sesión de clausura* del 8º Congreso. San Juan.

Informe de Comisiones.

Palabras de despedida por el Subsecretario de Estado, Dr. A. Morales Carrión.

Trabajos leídos solamente por título:

José J. Arrom, Yale University, "El descubrimiento de América narrado por un humanista del Renacimiento, Fernán Pérez de Oliva".

Salvador Dinamarca, Brooklyn College, "Gabriela Mistral y su obra poética".

José Ferrer Canales, Texas Southern University, "Huellas de José de Diego".

Enrique Laguerre, Universidad de Puerto Rico, "El modernismo en Puerto Rico".

Ruth S. Lamb, Scripps College, Claremont, Calif. "La poesía de Salomé Ureña de Henríquez".

Ángel Luis Morales, Universidad de Puerto Rico, "Puerta al tiempo en tres voces. Poema de Luis Palés Matos".

Alicia Perales Ojeda, Universidad Nacional de México, "La didáctica del español".

Cesáreo Rosa-Nieves, Universidad de Puerto Rico, "Preludio al tema del modernismo" (Ciclo generacional: 1917-1921).

Arnulfo D. Trejo, Univ. of California Library, Los Angeles, "El acercamiento entre las Américas a través de la enseñanza y del escrito impreso".

John Van Horne, University of Illinois, "El valor de la *Araucana*".

INVITADOS DE HONOR: Marcel Bataillon, Arturo Capdevila, Waldo Frank, Rómulo Gallegos, Max Henríquez Ureña, Juana de Ibarbourou, Julio Jiménez Rueda, Raimundo Lazo, Juan Marín, Cecilia Mireilles, Luis Monguió, Mariano Picón Salas, Alfredo Ángel Roggiano, Rogelio Sinán y Arturo Torres-Rioseco.

ARGENTINA

Nuevo Presidente de la Academia Argentina de Letras. Ha sido elegido el Dr. Mariano de Vedia y Mitre. Nacido en Buenos Aires en 1881, hijo de Nicolás de Vedia y Dolores Mitre, pertenece a una de las más ilustres familias patricias de la Argentina. Doctorado en Jurisprudencia en la Universidad de Buenos Aires, ha repartido su vida entre la cátedra, la historia y la investigación teórica del derecho constitucional argentino e internacional, la historia de las ideas políticas, la crítica y la traducción literaria. Sus traducciones de Shakespeare, Shelley y otros autores ingleses le han dado justo prestigio en el mundo hispánico. Poeta él mismo y autor de una *Apología del traductor* (1935), sabe dar a sus versiones fidelidad y justo sentido poético. Como crítico e investigador literario se destacan sus libros *Shelley y el amor* (1925), *Las alegorías de Salomé* (1936), *Los más grandes poetas ingleses* (1952) y *En torno del monólogo de Hamlet* (1943). Como poeta se recuerdan sus libros *Poemas de la fundación* (1937) y *Una dulce canción* (1944). Como historiador e investigador del Derecho ha publicado más de veinte volúmenes. Es también miembro de la Academia Nacional de la Historia y de la Academia de Derecho y Ciencias Sociales.

Nuevos profesores en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Fueron designados, después de los concursos de rigor, los siguientes profesores en la sección Letras: Enrique Anderson Imbert, Salvador Bucca, Julio Caillet-Bois,

Augusto Raúl Cortazar, Fermín Estrella Gutiérrez, José María Moner Sans, Marcos A. Morínigo, Antonio Pagés Larraya y Guillermo de Torre. Todos ellos son personas de reconocida competencia en el ambiente profesoral argentino y con prestigio en las letras hispánicas.

A. S. C. U. A. La Asociación Cultural Argentina para Defensa y Superación de Mayo, que preside el pensador argentino Carlos Alberto Erro y que se caracterizó por su denodada lucha contra la dictadura peronista, ha tenido a su cargo la realización del Primer Congreso Argentino sobre Federalismo. ASCUA surgió en un grupo de estudiosos profesores, maestros e intelectuales argentinos y alberga en su seno a miembros de las distintas profesiones, representantes de la producción, empleados, obreros y estudiantes, todos ellos dentro de una línea de conducta humana que defiende la tradición democrática de Mayo frente al llamado "revisionismo histórico", contrario a dicha actitud. Los filósofos Francisco Romero y Vicente Fatone, el poeta Enrique Banchs, brigadier Angel M. Zuloaga, el señor José Santos Gollán, director del suplemento dominical de *La Prensa* y el señor José P. Barreiro, director del diario *El Mundo*, son entre otras figuras de prestigio, sus miembros integrantes.

Nuevo Presidente de la Sociedad Argentina de Escritores. Ha sido elegido el profesor José Luis Romero, ex-Rector interino de la Universidad de Buenos Aires, catedrático, miembro del Partido Socialista, historiador de las ideas políticas argentinas y excelente intérprete de la realidad social de su país, como lo prueban sus libros recientes: *Argentina: Imágenes y perspectivas* (1956) y la segunda edición de *Las ideas polticas argentinas* que acaba de hacer el Fondo de Cultura Económica de México. El Dr. Romero ha viajado recientemente a E. U. Participó en México en el Congreso por la Libertad de la Cultura y dio conferencias en Cuba.

La revista *Sur* cumplió veinticinco años de vida. Fundada en 1931 por Victoria Ocampo, que ha sido y sigue siendo su Directora-propietaria, ha sido un alto ejemplo de cultura. universal en la gran ciudad cosmopolita del Plata. Ha tenido asesores eminentes como los desaparecidos maestros Amado

Alonso y Pedro Henríquez Ureña y ha dado cabida en sus páginas a firmas de renombre en todo el mundo, a la par que ha estimulado a los jóvenes valores argentinos.

Colegio Libre de Estudios Superiores. Esta institución de cultura democrática, clausurada por la dictadura peronista, ha vuelto a convertirse en el centro de la más alta cultura independiente del país. Tribuna de los mejores pensadores y artistas argentinos, es, puede decirse, la verdadera universidad libre de Argentina.

Instituto Popular de Conferencias. Tribuna perteneciente al diario *La Prensa,* reabrió sus ciclos culturales al ser devuelto el diario a su dueño, el Dr. Alberto Gainza Paz. Preside dicho Instituto el conocido escritor Dr. Arturo Capdevila.

Sociedad Hebraica Argentina. Desarrolló un importante ciclo de conferencias sobre temas argentinos y universales de palpitante actualidad, que estuvo a cargo de José Luis Romero, Risieri Frondizi y José Babini.

Ateneo Iberoamericano. Reinició sus actividades después de una clausura de varios años durante la dictadura, y ha vuelto a ser el hogar de la confraternidad hispanoamericana en Buenos Aires.

Instituto Cultural Argentino-Norteamericano. Patrocinó un ciclo de conferencias del profesor Luther S. Mansfield. El Agregado Cultural norteamericano en Buenos Aires, Dr. Chase, desarrolló un ciclo sobre la cultura norteamericana de este siglo.

Visita de escritores. Visitaron Buenos Aires y dieron conferencias en diversas instituciones, el novelista Arturo Barea, el escritor colombiano Germán Arciniegas, el poeta peruano Xavier Abril, el director de *Cuaderni-Iberoamericani* de Turín, Dr. G. M. Bertini y los escritores uruguayos Juvenal Ortiz Zaralegui y Emir Dodríguez Monegal, entre otros.

Congreso de Bibliotecarios. Presidido por el Presidente de la Comisión Argentina de Bibliotecarios, Sr. Germán García, se desarrolló el Primer Congreso de Bibliotecarios Argen-

tinos, que tomó importantes decisiones de interés para la difusión del libro argentino.

Nuevo Director de la Biblioteca Nacional. Fue designado el prestigioso escritor Jorge Luis Borges, por demás conocido como para destacar sus méritos o el acierto de la designación.

Embajador en la UNESCO. Fue designado el novelista Eduardo Mallea, quien presidió también la representación argentina en la novena reunión de la Comisión de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, celebrada en Nueva Delhi. Integraron dicha misión el Sr. Director de Cultura del Ministerio de Educación, Prof. Julio Caillet-Bois, y el Rector de la Universidad Nacional del Sur, Prof. Vicente Fatone.

Instituto Argentino de Crítica Literaria. Presidido por el historiador Enrique de Gandía, rindió homenaje a tres escritores desaparecidos: el novelista español Pío Baroja, el poeta argentino Vicente Barbieri y el ensayista y narrador, también argentino, Pablo Rojas Paz.

Asociación Argentina de Críticos Literarios. Quedó constituida esta nueva entidad argentina con la intervención de los siguientes socios fundadores: Jorge Luis Borges, Carmen Gándara, Roberto F. Gusti, Eduardo González Lanuza, Arturo Morasso, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Emilio Soto, Guillermo de Torre, Alfredo J. Weiss, etc.

Academia Internacional Rubén Darío. Acaba de fundarse y de elegir sus autoridades, presidida por Arturo Marasso, conocido especialista en Rubén Darío. Tendrá como fin el mantenimiento del culto al célebre poeta nicaragüense. Tratará de editar una publicación periódica que se llamará *Revista Mundial.*

Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura. Rindió homenaje al filósofo Alejandro Korn, con motivo de cumplirse el vigésimo aniversario de su fallecimiento.

Nuevas casas editoras. Se han establecido nuevas casas editoras en distintos puntos del país. Destacamos entre las más recientes: *El Litoral,* en Santa Fe; *Agora,* en Buenos Ai-

res, destinada a difundir libros de la historia, la vida y la cultura norteamericanas, y *Editorial Reconstruir*, que cuenta ya con una docena de títulos de autores del prestigio de Albert Camus, Herbert Read, Francisco Romero, Luis Franco, etc.

Fallecimientos.

En la ciudad de Buenos Aires, falleció el 11 de septiembre de 1956, el poeta y escritor don Vicente Barbieri, presidente de la Sociedad Argentina de Escritores. Era autor de varios libros de poemas, como: *Fábula del corazón*, 1939; *Arbol total*, 1940; *Corazón del oeste*, 1941; *La columna y el viento*, 1942, Premio Municipal de Poesía; *Número impar*, 1943; *Anillo de sal*, 1946; *El bailarín*, 1953, y de obras en prosa como *El río distante* (Relatos de una infancia), 1945; *Desenlace de Endimión*, 1951. Había merecido también en 1946, el Premio Nacional de Poesía. A pocos días de su muerte fue puesta en escena su tragedia, *Facundo en la ciudadela*, en el Teatro Nacional Cervantes. (Sobre su obra puede consultarse, José Luis Ríos Patrón, *Vicente Barbieri*, Editorial La Mandrágora, Buenos Aires, 1954, con amplios detalles bibliográficos y críticos).

El 1º de octubre falleció en Buenos Aires el escritor Pablo Rojas Paz, ensayista y novelista, con una gran labor periodística, siendo últimamente redactor de *La Prensa*. Era autor de *Paisajes y meditaciones*, 1924; *La metáfora y el mundo*, 1926; *El perfil de nuestra expresión*, 1929; *Hombres grises, montañas azules*, 1930, *Hasta aquí, no más*, 1936; *El patio de la noche*, 1940, etc.

Revistas

Bibliograma. Número 15, Director: Aristóbulo Echegaray.

Organo difusor del Instituto Amigos del Libro Argentino. Trae una entrevista a Enrique Anderson Imbert; artículos de Augusto Raúl Cortazar, Héctor Eandi, Dardo Cúneo, F. J. Solero, y una buena cantidad de críticas bibliográficas (julio y agosto).

Ciudad. Número 4-5, Director: Carlos Manuel Muñiz.

Casi en su integridad el número está dedicado a Francisco Romero. (Los anteriores se ocuparon de Ezequiel Martínez Estrada y Jorge Luis Borges). Allí vemos: *La concepción antropológica de Francisco Romero,* por Juan Carlos Torchia Estrada; *La dualidad del hombre en Francisco Romero,* por J. Kogan Albert; *Persona y libertad en la filosofía de F. R.,* por Norberto Rodríguez Bustamante; *La idea de cultura en la filosofía de F. R.,* por Raúl Alvarez Forn; *Culturas de Oriente y crisis occidental según F. R.,* por Víctor Massuh; *Romero y las ideas lógicas,* por Juan Bruera, y una *Bibliografía de Francisco Romero,* por Horacio Jorge Becco.

Comentario. Rev. trimestral, número 12, septiembre de 1956.

Publicación del Instituto Judío Argentino de Cultura e Información. En el presente figuran: Carlos Alberto Erro, *El federalismo argentino en 1956;* Sergio Bagú, *Julián Martel y el realismo argentino;* Julio Arámburu, *El rango civil del general Paz;* David José Kohon, *El guacamayo rojo* (cuento), etc. Su importante sección crítica contiene reseñas de Martínez Estrada, Gregorio Weinberg, Attilio Dabini ,Raúl Galán, Antonio Pagés Larraya, Luis Ordaz, etc.

Ha aparecido el primer número de la revista "A", publicación de arte, con los auspicios de la Editorial Nueva Visión. En este número inicial encontramos poemas de Raúl Gustavo Aguirre y Edgar Bayle, con reproducciones de Sarah Grilo, Fernández Muro y Alfredo Hlito.

El número 22 de la revista "Poesía Buenos Aires", contiene una versión de *Nosotros dos aún,* poema de Henri Michaux, una carta de René Char, poemas de Wallace Stevens, Giusseppe Ungaretti, etc.

En Jujuy, provincia del norte argentino, circula ::Tarja", conducida por un grupo de elementos jóvenes, capitaneados por Jorge Calvetti.

En Buenos Aires aparece el primer número de T-A (Tiempo de América), con un material gráfico sorprendente y artículos como *Psicopatología de la reacción en el arte,* de Herbert Read; *La adolescencia en crisis,* por Jorge de Lima;

Tupac-Amaru, el precursor, por Felipe Cossío del Pomar; *Poetas músicos y cantores del antiguo Méjico*, por Marcelino M. Román; *Función social de la nueva poesía*, por Rodolfo Alonso; *García Lorca*, por Francisco Urondo, y *Roberto F. Giusti*, por Luis Emilio Soto. Además una sección poética con trabajos de Antonio Esteban Agüero y Raúl Gustavo Aguirre. (Número uno, octubre de 1956, dirección, Cangallo 439, Oficina 509, Bs. As., Redacción, Danilo Romero).

Correspondencia. Número 2, octubre 1956. (Dirección de un comité, entre ellos Cécar Fernández Moreno, Eduardo Dessein, Ramio de Casasbellas, Jaime Alberto Barceló, etc.).

Se inicia con un trabajo inédito del poeta fallecido, don Baldomero Fernández Moreno, titulado *Figuras del polvo y de la garúa (El meritorio Pérez); Realidad de la nueva poesía argentina*, por Rubén Vela; Poemas de Jorge Carrol; una movida sección bibliográfica, clasificada como "La licuadora", donde la crítica desmenuza a los elegidos en forma muy humorística y mordaz. Casi todo su material está dedicado al grupo de jóvenes actuales, especialmente los poetas, que van surgiendo con una obra de importancia.

Ficción. Revista-libro bimestral, dirigida por Juan Goyanarte.

Número 3, septiembre-octubre de 1956.

Escriben: Luis Gudiño Kramer, *Chamamé;* Manuel Mújica Láinez, *El retrato amarillo;* Gloria Alcorta, *La tortura perfecta;* Anderson Imbert, *El beso;* Aristóbulo Echegaray, *S. O. S. Música de Jazz;* Luis Pico Estrada, *Paraguay y Talcahuano;* Luis Emilio Soto, *Juan María Gutiérrez y la tradición del juicio literario;* F. J. Soleto, *Eugenio Cambaceres y la novela argentina;* Pablo Rojas Paz, *El centauro moribundo;* Eduardo Dessein, *Una fábula.* Además una sección bibliográfica donde figuran E. Martínez Estrada, Carlos A. Loprete, Celia de Diego, Augusto Indarrega, Solero y otros. Esta revista-libro tiene 194 páginas. (Dirección: Paraguay 479, Buenos Aires).

Noa. La revista "Movimiento NOA, 3", apareció en septiembre, bajo la dirección de Franco Di Segni. Entre sus artículos anotamos: *Para una novela de las tendencias artísticas de nuestro tiempo,* por Ernesto B. Rodríguez; *Música nueva,* por Francisco Kröpfl; *Henri Michaux: una actitud,* por Osvaldo Svanascini; *Miserable miracle,* por Félix Gattegno, y varias notas sobre actividades plásticas en nuestro país y una lista de los participantes a la Bienal de Venecia.

El diario "Crítica" comienza a publicar un "suplemento literario", como sus colegas "La Prensa", "La Nación", "Clarín", etc. Las letras hispano-americanas están a cargo de H. A. Murena y las mundiales a cargo de J. R. Wilcok. Este suplemento aparecerá semanalmente, todos los días miércoles.

Vigilia. Número 5-6. Director: Hugo Delfor Mangini.

Artículos de Karl Jaspers, Edgar Bayley, Raúl G. Aguirre, traducciones de Cesare Pavese y poemas de Hugo Gola, Carmen Bruna, etc.

BOLIVIA

Ministro de Educación. Fue designado el historiador de la literatura boliviana Fernando Díez de Medina. Nacido en La Paz en 1908, pertenece a la llamada "genración de la fe", la que, salida en 1935 del desastre del Chaco, tiene como propósito fundamental reconstruir a Bolivia. Desde 1948 a 1950 sostuvo el "Pachakutismo", grupo cívico renovador de tendencia vernácula. En 1950 obtuvo el Gran Premio Nacional de Literatura por su libro *Nayjama.* Es una de las figuras representativas del pensamiento boliviano actual y de la literatura hispanoamericana en general.

Fallecimiento de Franz Tamayo. En agosto de 1956 falleció en La Paz, a los 77 años de edad, Franz Tamayo, prominente hombre público y figura cumbre de las letras bolivianas. Nacido en 1879, se graduó de abogado, fue a perfeccionarse a París, formó parte desde 1913 del Partido Radical, fue diputado y electo Presidente de la República, cargo que no llegó

a ocupar debido a un golpe de estado. Crítico erudito en sus estudios sobre Horacio y el arte lírico, poeta en *La Prometheida y la Oceánica*, su personalidad se destaca, sobre todo, como pensador. En este sentido se le compara con Vasconcelos, Vaz Ferreira, Francisco Romero y otros pensadoras de la América Hispánica. *Proverbios* y *Creación de la pedagogía nacional* son sus mejores obras como hombre de pensamiento. *Scherzos* y *Odas* son sus mejores creaciones líricas.

COLOMBIA

Baldomero Sanin Cano recibe honores. Su fallecimiento.

Al decano de las letras hispanoamericanas, al cumplir 95 años de edad, la Academia Colombiana de la Lengua, de la que era miembro, lo ascendió a "Miembro honorario". El 12 de mayo de 1957, a los 96 años de edad, muere en su ciudad natal. Véase nuestra nota necrológica en este mismo número.

Rivas Sacconi es nombrado Ministro. El lingüista e investigador de las letras colombianas, Dr. José Manuel Rivas Sacconi ha sido designado Ministro de Relaciones Exteriores. Latinista, sabio, filólogo, formado en Italia, doctor en Derecho y en Letras, ex representante de Colombia en la UNESCO, llega al alto cargo a los 39 años de edad. Retiene su puesto de Director del Instituto Caro y Cuervo de filología e investigación literaria.

La hija de Guillermo Valencia, Ministro de Educación. La señora Josefina Valencia de Hubach, hija del poeta Guillermo Valencia, ha sido designada Ministro de Educación. Por primera vez en la vida institucional de Colombia, una mujer ocupa una cartera ministerial.

CUBA

Nuevo Director del Archivo Nacional. Fue designado el Dr. Félix Lizaso, ex Director de Cultura, ensayista e historiador, director también de los *Archivos de José Martí.*

Instituto Nacional de Cultura. Es el nuevo nombre que tiene ahora la ex Dirección Nacional de Cultura. Tiene como órgano de difusión un *Boletín Informativo,* que dirige la Dra. Marilyn Ichaso.

Visita de escritores. Visitaron Cuba, en donde dieron conferencias, el prestigioso crítico hispano-argentino Guillermo de Torre y el conocido historiador de la literatura hispanoamericana y del Perú, Dr. Luis Alberto Sánchez, actual catedrático de la Universidad de San Marcos de Lima.

Centro de Altos Estudios. Quedó inaugurado en La Habana, patrocinado por el Instituto Nacional de Cultura. En dicha oportunidad habló el Director del mencionado Instituto, Dr. Guillermo de Zéndegui.

Patronato del Teatro. Otorgó el Gran Premio en el concurso anual "Luis de Soto" al autor dramático cubano José Enrique Montoro Agüero por su obra *Desviadero 23.*

Salvador de Madariaga, en Cuba. El eminente escritor español tri-lingüe habló sobre "La angustia de la libertad", en el Lyceum Lawin Tennis Club de La Habana.

Ciro Alegría, en la Sociedad Lyceum. El eminente novelista de *El mundo es ancho y ajeno* dio un ciclo de conferencias en la Sociedad Lyceum, en el que trató diversos aspectos de la creación narrativa.

Academia Municipal de Artes Dramáticas. En esta institución tuvo a su cargo un *Ciclo Teatral* el escritor Salvador Bueno.

Julián Marías, en el Instituto Nacional de Cultura. El conocido pensador español visitó la isla, de regreso de los EE. UU. y en viaje a España y pronunció conferencias en la institución citada.

Comisión Cubana de la UNESCO. Invitó a dar conferencias al crítico chileno Ricardo Latcham.

Colegio de Ciencias y Filosofía y Letras. Jorge Mañach ofreció un curso sobre problemas de la educación secundaria en Cuba.

Ateneo de Matanzas. Dio conferencias el Dr. Max Henríquez Ureña.

Revista Cubana de Filosofía. Publicó un número (enero-junio de 1956) en homenaje a Ortega y Gasset. Se abre con

una nota editorial escrita por el Director de la Revista, Dr. Humberto Piñera Llera.

Ateneo de La Habana. El escritor Alberto Baeza Flores hizo una importante exposición crítico-histórica sobre las revistas cubanas del siglo XIX.

Cosme de la Torriente.

A la edad de 84 años falleció el patriota cubano Cosme de la Torriente y Peraza, soldado, diplomático, abogado y estadista. Era el Presidente de la Comisión Cubana de la UNESCO. Cosme de la Torriente y Peraza nació el 27 de junio de 1872 en la estancia de su padre, La Isabel, situada cerca de Jovellanos, en la provincia de Matanzas. Después de cursar bachillerato en el Instituto de la capital de esa provincia, estudió abogacía en la Universidad de La Habana, hasta 1895, año en que se alistó en la revolución estallada entonces. Ya en 1892 había obtenido el título de licenciado en filosofía, profesión que estudiaba juntamente con la de abogacia, y, a su regreso del campo de batalla, en 1898, se graduó como doctor en leyes.

Durante la revolución de 1895 se dirigió a Estados Unidos para organizar fuerzas expedicionarias destinadas a emancipar a su país, y debido a esas actividades fue encarcelado en distintas ocasiones en Washington, Delaware, Nassau —islas Bahamas— y Nueva York. Finalmente, participó en la famosa expedición del vapor *Bermuda*, a las órdenes del general Calixto García, que desembarcó con éxito en Baracoa, y durante el resto de la guerra sirvió con los generales Máximo Gómez, José María Rodríguez, Francisco Carrillo y José Manuel Capote.

Desde 1906 se dedicó al ejercicio de la profesión y a los asuntos públicos. A su regreso de España fundó y organizó el Partido Conservador Nacional, llegando a ser presidente de esa agrupación en 1914. En abril de 1918 fue elegido senador y más tarde Secretario de Estado en el gobierno del Presidente Menocal. Otros cargos que desempeñó fueron: embajador en Washington, 1923-1925; Presidente de la Cuarta Asamblea de la Liga de las Naciones (1923), de la Asociación Cubana de las Naciones Unidas, de la Sociedad Cubana de Derecho Internacional y de la Comisión Nacional Cubana de la UNESCO; Vicepresidente de la Academia Cubana de la Histo-

ria; miembro correspondiente honorario de la Sociedad Geográfica de Madrid y miembro correspondiente de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes de Madrid.

Torriente publicó muchos libros sobre política y jurisprudencia internacional, así como sobre asuntos relacionados con la gesta de la independencia cubana y la ulterior reconstrucción nacional.

CHILE

Juan Marín, en la Unión Panamericana

El doctor Juan Marín, miembro distinguido de nuestro Instituto, acaba de ser nombrado Director del Departamento de Asuntos Culturales de la Unión Panamericana en reemplazode nuestro estimado compañero Erico Verissimo, quien regresa al Brasil después de servir en ese cargo durante varios años. El doctor Marín tomó parte muy activa en el último Congreso del Instituto celebrado en Berkeley el año 1955. Conocido de sobra como escritor, Juan Marín trae a la Unión Panamericana, además, su rica experiencia de diplomático y director de sociedades literarias en Chile. Sus colaboraciones periodísticas aparecen a menudo en diarios tan diversos como *El Mercurio*, de Santiago; *El Diario Latino*, del Salvador; *El Nacional*, de México, etc., etc. No hace mucho tiempo la editorial chilena Zig-Zag publicó su último libro, *El Egipto de los faraones*, que se convirtió rápidamente en un *best-seller* y que recibió el Premio Atenea auspiciado por la Universidad de Concepción. Juan Marín es autor, también, de novelas y cuentos como *Paralelo 53*, *Sur*, *Naufragio* y *Cuentos de viento y agua*. Nuestro Instituto le da la bienvenida a los EE. UU. y le hace llegar sus deseos de que su obra cultural se vea coronada con un éxito completo.

Nuevo académico

Ricardo A. Latcham ha sido nombrado miembro de la Academia Chilena, correspondiente de la Real Española, en sesión de 20 de agosto de 1956. Se le conoce como crítico literario, biógrafo y catedrático de Literatura Hispanoameri-

cana en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. En la Academia le tocará reemplazar a Misael Correa Pastene, periodista, crítico literario y cuentista, fallecido a comienzos de 1956.

El núm. 370 de *Atenea*, correspondiente a los meses mayo y junio de 1956, con un otal de más de doscientas ochenta páginas de texto, aparece dedicado a estudios sobre Mariano Latorre, con motivo de su reciente fallecimiento. Colaboran Milton Rossel, Ricardo A. Latcham, Raúl Silva Castro, Juan Uribe-Echevarría, Luis Merino Reyes, Homero Castillo y otros escritores.

Manuel Rojas obtuvo las palmas como uno de los primeros novelistas chilenos contemporáneos con la publicación de *Hijo de ladrón* (Nascimento, 1951). Después de varias ediciones en español, la obra ha sido, además, traducida al inglés y al alemán. La primera de esas versiones lleva el título de *Born Guilty*, y ha sido publicada por Library Publishers, de Nueva York, en versión que firma Frank Gaynor. La segunda, vertida por el Dr. A. M. Rothbauer, se titula *Wartet, ich komme mit*, y ha sido editada en Austria por la casa editorial Styria. Ambos libros son de 1955.

Alberto Ried, compañero de Pedro Prado y de Juan Francisco González en la aventura del grupo artístico Los Diez, que floreció en Santiago de Chile en 1916, ha publicado una serie de capítulos autobiográficos en su libro *El mar trajo mi sangre* (Editorial del Pacífico, 1956). Fuera de los dos personajes ya mencionados, en el libro aparecen útiles referencias a no pocos otros chilenos distinguidos en la primera mitad del siglo XX.

Gabriel Sanhueza acaba de publicar con el título de *Santiago Arcos, comunista, millonario y calavera* (Editorial del Pacífico, 1956), una biografía de aquel personaje. Fundó en 1850 la Sociedad de la Igualdad, que tiene sitio propio en la historia política de Chile como el primer partido proletario, y aunque vivió poco tiempo en su patria, fue compañero y amigo de sus escritores y periodistas. La biografía, que se debe a Sanhueza, está muy bien informada y escrita con elegancia.

Hernán Poblete Varas traza en su *Misión en el Pacífico* (Editorial del Pacífico, 1956) un amenísimo relato del viaje

desde Valparaíso hasta el Japón, pasando por las islas oceánicas, y con vuelta por los Estados Unidos. Escrito con buen estilo, es un libro de grata lectura hasta para quienes no sienten demasiado el hechizo de los viajes contados por otros.

Francisco Coloane, distinguido ya en la literatura chilena como autor de relatos sobre la ruda vida en las regiones más australes del país (Magallanes, los archipiélagos y canales), ha reunido ocho de sus cuentos en *Tierra del Fuego* (Editorial del Pacífico, 1956). Han sido muy bien recibidos por la crítica literaria.

Páginas olvidadas y dispersas de Alberto Blest Gana (1830-1920) aparecen en *El jefe de la familia*, que acaba de publicar la Empresa Editorial Zig-Zag. El título corresponde a la única pieza dramática que se conoce del autor, reputado como el mejor novelista chileno de todos los tiempos; siguen artículos de costumbres y dos estudios sobre literatura, en que el autor fija sus ideales estéticos. La recopilación se debe a Raúl Silva Castro, que en 1941 publicó una completa biografía de Blest Gana, premiada por la Universidad de Chile.

Centenario de Menéndez y Pelayo. El programa de celebración del centenario de este escritor español se abrió para Chile con la serie de conferencias que auspiciaba el Departamneto de Extensión Cultural de la Universidad Católica. En dicha serie se pronunciaron las siguientes conferencias:

—Menéndez Pelayo y la tradición, por el R. P. Osvaldo Lira, 15 de octubre.

—Menéndez Pelayo al través de su correspondencia, por Roque Esteban Scarpa, 16 de octubre.

—Menéndez Pelayo y Chile, por Raúl Silva Castro, 17 de octubre.

—Menéndez Pelayo, crítico, por Fernando Durán Villarreal, 18 de octubre.

La Biblioteca Nacional quiso asociarse, igualmente, al centenario de Menéndez y Pelayo y organizó una exposición de los libros del maestro que guarda en sus colecciones.

La exposición fue inaugurada el 2 de noviembre con una ceremonia a la cual asistieron el Ministro de Educación Pública, representantes de la Embajada de España y otras autoridades. Inició el acto el Director General de Bibliotecas,

don Eduardo Barrios, con un breve discurso alusivo, y en seguida pronunció una conferencia sobre Menéndez Pelayo y la exposición de sus obras don Raúl Silva Castro. La exposición ha permanecido abierta hasta el día 17 de noviembre. Se publicó catálogo impreso de la misma.

La Academia Chilena, correspondiente de la Real Española, llevó a cabo una velada en el mismo local el día 23 de noviembre, en la cual hicieron uso de la palabra don Pedro Lira Urquieta y don Ricardo A. Latcham.

EL SALVADOR

Muere Francisco A. Gavidia (1864-1955). Con la muerte de Francisco A. Gavidia desaparece el que fuera decano de las letras salvadoreñas. Su obra, como lo recuerda Rubén Darío en su *Autobiografía*, está directamente vinculada a las renovaciones métricas modernistas del autor de *Azul*.

MEXICO

Congreso por la Libertad de la Cultura. Celebróse en la capital mexicana, con la asistencia de las más destacadas figuras del mundo cultural de nuestro tiempo en el hemisferio occidental. Fue presidido por Salvador de Madariaga y contó con la asistencia de delegaciones de casi todos los países de habla hispánica.

Nuevas revistas

Acaban de aparecer las revistas *Panoramas* y la *Revista de Bellas Artes*, la primera publicada por las Galerías Excélsior y la segunda por la Secretaría de Educación Pública.

México en la Cultura. Nueva publicación, en un volumen, de la sección literaria del periódico *Novedades*, de la ciudad de México.

Premio. El premio Ruiz de Alarcón para 1956 lo ganó Luis G. Basurto por su comedia *Miércoles de ceniza;* el segun-

do puesto lo obtuvo Humberto Robles Arenas con su obra *Los desarraigados*, que ya había merecido el premio del periódico *El Nacional*.

Berta Gamboa de Camino (1888-1957). El 1º de enero murió la profesora y esposa del poeta español León Felipe Camino. La señora Gamboa de Camino se especializaba en la literatura de la Revolución mexicana. Dictó clases sobre esta materia por varios años en la Escuela de Verano de la Universidad Nacional Autónoma.

Nuevos académicos. El 31 de octubre de 1956 ingresó en la Academia Mexicana de la Lengua Española el Dr. Jesús Guisa y Azevedo, como individuo de número. El 17 del mismo mes había ingresado el profesor Jesús Silva Herzog, director de la revista *Cuadernos Americanos*, y el 11 de junio el Dr. Luis Garrido. El 24 de febrero había sido aceptado el escritor Octaviano Valdés.

Diploma. El Dr. Francisco Monterde, en nombre de la Academia Mexicana de la Lengua Española, entregó a la escritora doña María Enriqueta Camarillo de Pereyra un diploma —en función celebrada el 17 de octubre de 1956— como reconocimiento a quien ha usado la lengua española con gran decoro.

Manuel Toussaint (1895-1955) falleció en Nueva York el 22 de noviembre; destacó en la crítica literaria y las artes plásticas.

Alfonso Cravioto (1884-1955), poeta y crítico, falleció en la ciudad de México el 11 de septiembre. Desde muy joven se dedicó a las letras, formando parte del grupo literario de la *Revista Moderna* y, poco después, del *Ateneo de la Juventud*.

PUERTO RICO

Federico de Onís ha renunciado a la Universidad de Puerto Rico, en la cual era decano del Departamento de Español. El ilustre crítico español que tanto ha hecho por las letras hispanoamericanas, fue durante muchos años director del Hispanic Institute de la Universidad de Columbia, en Nueva York. Ahora pasará a ocupar un nuevo cargo en la Universidad de

Santa Clara, en Cuba, en donde piensa establecerse, después de un viaje a la Argentina, según nos manifiesta por carta. Auguramos al sabio historiador y antologista de la poesía hispanoamericana el mejor de los éxitos en su futura labor, que honrará, como en casos anteriores, al país que lo acoge y a todo el mundo hispánico.

Publicaciones Recibidas

1. ARGENTINA

De la Academia Argentina de Letras. Boletín: Tomo I (1933), N° 4 (2ª ed.; 1946); tomo II (1934), Nos. 5 y 6; 7 y 8 (2ª ed., 1943); tomo III (1935), Nos. 9 y 10 (2ª ed., 1946), y completos los tomos desde el 41 al 78 (1943-1951).

Discursos académicos (4 tomos): *Acuerdos acerca del idioma* (2 tomos). además:

Andrade, Olegario Víctor, *Obras poéticas,* Estudio. Texto de Eleuterio F. Toscornia.

Díaz, Leopoldo, *Antología.* Prólogo de A. Navarro.

Groussac, Paul, *Mendoza y Garay* (2 tomos). Prólogo de Carlos Ibarguren.

Gutiérrez, Juan María, *Los poetas de la Revolución.*

Lugones, Leopoldo, *Diccionario etimológico del castellano usual.*

Mármol, José, *Poesías completas* (2 tomos). Textos y prólogo de R. A. Arrieta.

Mitre, Bartolomé, *Defensa de la poesía.* Estudio preliminar y notas de Mariano de Vedia y Mitre.

Oyuela, Calixto, *Textos hispanoamericanos* (2 tomos).

——. Estudios literarios (2 tomos). Prólogo de Alvaro Melián Lafinur.

Vélez Sarsfield, Dalmacio, *La Eneida* (libros I a VII). Trad. de. Prólogo de Juan Alvarez.

Zaldumbide, Gonzalo, *Cuatro grandes clásicos americanos.*

Editorial CASTELVÍ, San Martín 2355. Santa Fe.

Ambrosetti, Juan B., *Supersticiones y leyendas* (1953);

Ascasubi, Hilario, *Poesías para el pronunciamiento de Urquizo* (1956);

Buonocore, Domingo, *El mundo de los libros* (1955); *Vocabulario bibliográfico* (1952);

Cambaceres, Eugenio, *Obras completas* (1956);

D'Aló, Oreste A., *Algunos hombres; algunas ideas* (1955);

Danero, E. M. S., *Antología gaucha* (1956);

Finó, J. Frederic y Hourcade, Luis A., *Tratado de Bibliología* (1954);

Gionello, Leopoldo, *José de San Martín* (1956);

Gollán, Josué (h.), *La alquimia* (1956);

Hume, Rolando, *El legado del montonero escocés* (novela, 1956); *Nuevo enfoque agrario* (1956); *El hombre como medida de la economía* (1955);

Editorial CLARIDAD, San José 1621. Buenos Aires.

Ravines Eudocio, *América Latina. Un continente en erupción* (1956).
Colegio Libre de Estudios Superiores. Talleres *Continental*. Lavalle 1671, Buenos Aires.
Germani, Gino, *Integración política de las masas y el totalitarismo* (1956).

La *Editorial Columba* de Buenos Aires [domicilio: Sarmiento 1889, 5º piso, Buenos Aires] nos ha enviado los siguientes libros de su ya prestigiosa Colección Esquemas:

1. Francisco Romero, *Qué es la filosofía* (1953);
2. Jorge Luis Borges, *El "Martín Fierro"* (1953);
3. Julio E. Payró, *El Impresionismo en la pintura* (1953);
4. Vicente Fatone, *Introducción al existencialismo* (1953);
5. Marcos Victoria, *Qué es el psicoanálisis* (1953);
6. Carmelo M. Bonet, *Escuelas literarias* (1953);
7. Jorge Romero Brest, *Qué es el arte abstracto* (1953);
8. José Luis Romero, *La Cultura occidental* (1953);
9. Julián Marías, *Idea de la metafísica* (1954);
10. Alfredo L. Palacios, *Masas y élites en Iberoamérica* (1956);
11. Ismael Quiles, S. J., *Qué es el Catolicismo* (1954);
12. Luis Juan Guerrero, *Qué es la belleza* (1954);
13. B. Foster Stockwell, *Qué es el Protestantismo* (1954);
14. Alvaro Melián Lafinur, *El Romanticismo literario* (1954);
15. Francisco Romero, *Ubicación del hombre* (1954);
16. José María Monner Sans, *Introducción al teatro del siglo XX* (1954);
17. Vicente Fatone, *El Hombre y Dios* (1955);
18. Guillermo de Torre, *Qué es el superrealismo* (1955) ;
19. José Babini, *Qué es la ciencia* (1955);
20. Marcos Victoria, *Introducción a la psicología* (1955);
21. Julio E. Payró, *Que es el* "Fauvismo" (1955);
22. Bernardo A. Houssay, *La investigación científica* (1955);
23. Osvaldo Loudet, *Qué es la locura* (1955);
24. Rafael Alberto Arrieta, *Introducción al modernismo literario* (1956);
25. Rodolfo Mondolfo, *El Genio helénico* (1956);
26. Desiderio Papp, *Qué es el átomo* (1956).

Como puede comprobarse por los nombres de los autores que firman los trabajos y la variedad de los temas tratados, la Colección Esquemas tiene un interés de primer orden en la difusión y mantenimiento de las más diversas exigencias de la cultura en esta parte del mundo hispánico. La mayoría de esos autores son argentinos, o bien hombres de reconocido prestigio mundial incorporados a la vida argentina, en donde desarrollan su labor en la cátedra, las casas editoras, las revistas, los diarios, etc. Los investigadores científicos y literatos argentinos con cuyos nombres se garantiza la seriedad de esta colección, son también personas que constituyen hoy el núcleo ejemplar de la vida moral e intelectual de la culta república del Plata. Los "esquemas" que se ofrecen, de alrededor de unas setenta

páginas cada uno, son en todo momento la exposición sintética, abarcadora en sus esencias o constantes de grandes momentos de la cultura o de aspectos específicos de sus diversas manifestaciones. La Colección, que tiene apenas tres años de vida, se encuentra en pleno desarrollo. Por su calidad y utilidad estos "esquemas" están destinados a convertirse en los compañeros imprescindibles de estudiantes, profesores y toda otra persona que se interese por la historia de la cultura, su actualización y su sentido dinámico y formativo. Cada uno de nuestros lectores escogerá el título a que lo lleven sus preferencias. El filósofo hallará en Francisco Romero, Rodolfo Mondolfo, Julián Marías o Vicente Fatone la madurez y el ajuste de quienes viven la dignidad de la disciplina que cultivan; Bernardo Houssay, premio Nóbel de la ciencia en la Argentina, José Babini, Desiderio Papp, Marcos Victoria y Osvaldo Loudet se concretan a aspectos de la investigación científica más especializados; la estética y la literatura tiene síntesis magistrales en los títulos que firman Guerrero, Arrieta, Guillermo de Torre, Romero Brest, Borges y Moner Sans; la religión ofrece los panoramas de los dos sectores más universales del cristianismo: el católico, a cargo del P. Quiles, y el protestante, confiado a Stockwell. Por último, los contrastes entre culturas como la europea y la de América Latina se exponen en dos libros admirables por su claridad y rigor, el de José Luis Romero sobre *La Cultura Occidental* y el de Alfredo L. Palacios sobre *Masas y élites en Iberoamérica* . (A. A. R.).

Instituto Amigos del Libro Argentino. Beauchef 287. Buenos Aires. *Boletín,* número 14; *Bibliograma,* número 15.

Editorial LAUTARO, José E. Uriburu 1225. Buenos Aires.

Martínez Estrada, Ezequiel, *¿Qué es esto?* (1956);
Rodríguez, Alberto (h.), *Matar la tierra* (1955);

Editorial POSESIÓN, Perú 973. Buenos Aires.

Loprete, Carlos Alberto, *La literatura modernista en la Argentina* (1955).

Editorial RAIGAL, Sarmiento 730. Buenos Aires.

Girri, Alberto y Viola Soto, Carlos, *Poesía italiana contemporánea* (1956);
Lima, Jorge de, *Poemas* (1956);
Mastronardi, Carlos, *Conocimiento de la noche* (1956);
Navarro, Raúl, *Poesía moderna del Brasil* (1956);
Rodríguez Araya, Agustín, *Nuevas bases* (1956);
Ruiz, Luis Alberto, *Diccionario de la literatura universal* (1955; tres vols.);
Romero, José Luis, *Argentina: imágenes y perspectivas* (1956);
Shand, William y Girri, Alberto, *Poesía norteamericana contemporánea* (1955);
Villafañe, Javier, *De puerta en puerta* (1956);
Wilcock, Juan Rodolfo, *Cuartetos* de T. E. Eliot; traducción de (1955);

Editorial SUR, San Martín 689, Buenos Aires.

Borges, Jorge Luis, *Otras inquisiciones* (1952);
Girri, Alberto, *Línea de la vida* (1955); *Examen de nuestra causa* (1956);
Murena, H. A., *El pecado original de América* (1954); *La fatalidad de los cuerpos* (1955); *El centro del infierno* (1956);
Ocampo, Victoria, *Virginia Woolf en su diario* (1954);
Onetti, Juan Carlos, *Los adioses* (1954),
Salas, Alberto, *Relación parcial de Buenos Aires* (1955);

Editorial TROQUEL, Vidt 2826, Buenos Aires.

Borges, Jorge Luis, *Leopoldo Lugones* (1955);
Du Bos, Charles, *¿Qué es la literatura?* (traducción de Ernesto F. Babino (1955).

Editorial RECONSTRUIR. Director: L. Danussi. Casilla de Correo 320, Buenos Aires.

Universidad Nacional del Litoral.
Universidad. Revista oficiial de la U. N. del L. Bulevar Pellegrini 2750, Santa Fe. Números 30, 31 y 32. Años 1955 y 1956.
Buonocore, Domingo, *Bibliografía literaria y otros temas sobre el editor y el libro* (1956);
Lasso de la Vega, Javier, *La selección de libros* (1956);
Boletín Informativo, Año I, números 1 y 2 [mimeografiado].

Reconstruir. Periódico semestral "por el socialismo y la libertad", Año X, números 61-74 (menos el 68);

A. Camus, *Ni víctimas ni verdugos;*
G. Ernestau, *Reivindicación de la libertad;*
L. Franco, *Antes y después de Caseros;*
H. Read, *Arte, poesía, anarquismo;*
R. Rocker, *La voluntad de poder como poder histórico;*
F. Romero, *Alejandro Korn como la libertad:*
H. E. Roqué, *Origen del socialismo moderno;*
A. Souchy, *Capitalismo, democracia y socialismo libertario.*
J. P. Warbasse, *El cooperativismo puede evitar la guerra.*

2. BRASIL

La LIVRARIA JOSE OLIMPIN EDITÔRA nos ha enviado:
Ivone Azevedo, *A. face mutável;* María Eugênia Celso, *Poesias completas* y Osman Lins, *O visitante.*

Sabemos que esta casa editora tiene en circulación otros títulos, que esperamos para prestarles la debida atención en nuestras páginas.

3. COLOMBIA

Hemos recibido *Espiral,* revista de artes y letras de Bogotá, Vol. VII, número 62, correspondiente a junio de 1956. Contiene: "Sor Francisca Josefa de la Concepción", por Darío Achury Valenzuela; "El concepto de la novela en Ortega y James", por Nilita Vientós Gastón; "Cuatro sonetos y una canción" por Dora Castellanos; "El hombre en la plástica americana", por Jacinto Hernández; "El horizonte está en frente", por Raúl González de Cascorro, y "La muerte sonreída" (teatro), por Joaquín Piñeros Corpas. Además: Notas, Reseñas y Noticias de actualidad.

Espiral. Revista Mensual de Artes y Letras. Bogotá, noviembre de 1956. Contiene: Clementé Airó, "Ocio y creación"; Waldo Ross, "Hombre y tiempo de las dos Américas"; Andrés Holguín, "tierra humana (poema); Antonio Aparicio, "Cuando la luz asomaba"; "Mosaicos y esculturas en la Universidad de Caracas"; Tulio M. Cestero, "Sangre solar"; Reyes Carbonel, "Guerra civil" (poema). Además, una interesante sección de Notas.

4. CUBA.

Instituto Nacional de Cultura. Ministerio de Educación. Palacio de Bellas Artes. Número extraordinario del Boletín Informativo, correspondiente a julio de 1956 y cuya dirección estuvo a cargo de la doctora Marlyn Ichazo. Trae interesante material ilustrativo e informativo.

Comisión Nacional Cubana de la UNESCO. Su *Boletín* correspondiente al Año V, número 6, junio, 1956, contiene: "Berta Arocena, una precursora", por Francisco Ichazo; "Homenaje a Ortega y Gasset", por Humberto Piñera Llera; "Educación de la comunidad en México", por Rafaela Chacón Nardi; "Hasta aquí otra vez", por Salvador Bueno; "Exposiciones", por Ramón Loy; "Musicales", por Odilio Urfe, y un "Calendario", de conferencias, conciertos, exposiciones y funciones teatrales, que registra la actividad cultural de Cuba durante el mes de mayo de 1956.

Ciclón. Revista Literaria. Vol. 2, Núm. 5. Septiembre de 1956. Director: José Rodríguez Feo. Contiene: Julio Rodríguez Luis, "Recuerdo de Mariano Brull"; Adolfo Bioy Casares, "De cada lado"; Humberto Rodríguez Tomeau, "La aventura"; Antón Arrufat, "Admisión"; Luis Marré, "Folia"; Luis Suardiaz, "Las voces"; Lionel Trilling, "Arte y neurosis"; Carlos E. Sánchez, "Gettatore"; Rubén Vela, "La bestia del cielo". Y una sección de reseñas titulada "Barómetro".

5. EL SALVADOR.

El *Ministerio de Cultura. Departamento Editorial,* El Salvador, C. A., ha encomendado al prestigiado hombre de letras Trigueros de León la publicación de una "Biblioteca Popular", que integran autores nacionales, y de la que hemos recibido ya una docena de títulos, a saber:

Vol. 1. Alfredo Espino, *Jícaras tristes* (1955);
Vol. 2. Francisco Miranda Ruano, *Las voces del terruño* (1955);
Vol. 3. Salarrue, *El Cristo negro* (1955);
Vol. 4. Miguel Ángel Espino, *Mitología de Cuscatlán* (1955);
Vol. 5. Alberto Rivas Bonilla, *Andanzas y malandanzas* (1955);
Vol. 6. Alberto Masferrer, *Una vida en el cine* (1955);
Vol. 7. Emilio Campos, *Normas supremas* (1955);
Vol. 8. Arturo Ambrogi, *Muestrario* (1955);
Vol. 9. Salvador Calderón Ramírez, *Aquino, Morgan y Paterson* (1955);
Vol. 10. León Sigüenza, *Fábulas* (1955).
Vol. 11. Napoleón Velazco, *Cisneros, El Pintor* (1955);
Vol. 12. Rafael Heliodoro Valle, *Flor de Mesoamérica* (1955).

Como se ve, en un año de labor el señor Trigueros de León ha cumplido, con extraordinaria y hasta increible eficacia en medios tan exiguos, con la misión que se le ha encargado. Él mismo, escritor limpio y crítico penetrante, es un ejemplo de gusto y sobriedad. Por eso, la selección de esta "Biblioteca Popular", hecha con esmero y rigor de valores, es una muestra de cómo, al decir de Taine, el arte es a la vez aristocrático y popular, ya que dice las más altas cosas para una mayoría. "Biblioteca Popular" del Ministerio de Cultura de El Salvador cumple con nobleza y sentido común.

El mismo Departamento Editorial publica también la "Colección contemporáneos", cuyos títulos aparecidos hasta la fecha son:

1. Manuel Andino, *Vocación de marino* (1955);
2. Hugo Lindo, *Guaro y champaña* (1955;
3. Juan Antonio Ayala, *Cifra de humanidad* (1955);
4. Francisco Herrera Velado, *Agua de coco* (1955);
5. Trigueros de León, *Perfil en el aire* (1955).

Esta colección, dirigida también por Trigueros de León, posee calidad semejante a la anterior.

El mismo Departamento Editorial nos ha enviado, además, las siguientes publicaciones:

Arturo Ambrogi, *El libro del trópico* (1955);
Walter Béneke, *El paraíso de los imprudentes* (1956);
Julio Fausto Fernández, *El libre albedrío* (1956);
Claudia Lars, *Escuela de pájaros* (1955);
T. P. Mechin, *Burla burlando* (1955).

El Ministerio de Cultura ha iniciado, además, tres colecciones: 1) *De poesía*, que lleva publicados dos volúmenes: Juan Cotto, *Cantos de la tierra prometida* (1955) y Margarita Paz Paredes, *Presagio en el viento* (1955); 2) *De historia*, cuyo volumen 1 es: Jorge Larde y Larín, *José Simeón Cañas* (1956); y 3) *Biblioteca mínima*, que se inicia con Manuel Ángel Espino, *La vida de José Simeón Cañas* (1955).

EL SALVADOR (Ministerio de Cultura).

Cultura. Revista del Ministerio de Cultura, número 7. Enero-Febrero 1956. Director: Manuel Andino; Secretario de Redacción: Juan Antonio Ayala. Contiene: Lujio Icaza Tejerino, "La muerte en la poesía de Rubén Darío"; Luis Rosales, "La Adolescencia de Don Quijote"; Alberto Quinteros (h.), "En el centenario del nacimiento de G. B. Shaw"; Enrique Labrador Ruiz, "Me llamo barro aunque miguel me llame"; Salvador Cañas, "Un nuevo libro de Trigueros de León"; Augusto Monterroso, "Jorge Luis Borges"; Juan A. Ayala, "Algo más sobre los géneros literarios"; Alfredo Betancourt, "Esquema práctico de la función instructiva"; "Gustavo Pineda, "Breve historia de César"; Trigueros de León, "Nuestros poetas y la historia literaria"; "Pintores salvadoreños"; Jorge Carrera Andrade, "Ignacio Flores el primer escritor satírico americano"; Miriam Tal, "Tendencias en escultura"; José Bruin, "Elogio del piropo"; José María Méndez, "Disparatario"; Sebastián Vega (h.), "Chontales"; y otras colaboraciones y noticias.

Guión literario. Publicación del Departamento Editorial del Ministerio de Cultura. San Salvador. Números 5, 6, 7, 8; mayo, junio, julio, agosto de 1956;

Ayala, Juan Antonio, *Lydia Nogales.* Un suceso en la historia literaria de El Salvador (1956);

Fernández, Julio Fausto, *Patria y juventud en el mundo de hoy* (1956);

Masferrer, Alberto, *Estudios y figuraciones sobre la vida de Jesús* (1956);

Rubio, Víctor Daniel, *Orden y libertad en la educación y otros ensayos* (1956);

Sáenz, Vicente, *Morelos y Bolívar* (1956);

Valdés, José, *Poesía pura* (1956).

6. ESPAÑA.

La *Casa Americana* de Madrid nos ha enviado dos números (1 y 2) de *Atlántico,* Revista de Cultura Contemporánea (junio, 1956); el número 2 contiene un valioso material de ensayos y notas críticas que firman Manuel García Blanco, José A. Balseiro, John Englekirk, George Hamilton, George R. Harrison, José Luis Cano, Bernardo Villarrazo, John E. Keller y John T. Reid. Es una publicación de la Embajada Norteamericana en España.

La Casa Americana, de la Embajada de los E. U. en España, publica también una serie de cuadernillos de difusión popular que titula *Noticias de actualidad.* Son publicaciones semanales. El último número que hemos recibido corresponde al 2 de julio de 1956.

Insula. Publicación de la Librería de Ciencias y Letras (Carmen 9, Madrid), de Luis Canito. Hemos recibido el número 123. Tanto los artículos y reseñas como la bibliografía que trae son de suma utilidad para conocer la actividad cultural española de hoy.

7. ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA.

Pan American Union, Washington 6, D. C.

Hemos recibido: *Revista Interamericana de Bibliografía,* Vol. VI, Núm. 1, enero-marzo, 1956. De gran valor bibliográfico. Imprescindible para conocer el movimiento cultural de Iberoamérica. *Américas,* Vol. 8, Núm. 7, julio de 1956. Número especial en conmemoración del Congreso de Panamá de 1826. Contiene: Andrés Iduarte, "Bolívar y la independencia americana"; Antonio Carrillo Flores, "México en marcha"; Georges D. Landau, "Moderno Instituto de aeronáutica del Brasil"; Ricardo J. Bermúdez, "Vieja y nueva Panamá", y notas de Gil Blas Tejeira, Carlos Spinedi y Ch. G. T.

8. MÉXICO.

La Librería *Studium* (Apartado 20979, Adm. 32) nos ha enviado la serie completa de la "Colección Studium" y de los "Manuales Studium", que dirige el profesor Frank de Andrea. [Véase aviso en este número].

Estos manuales, cuyo plan abarca las literaturas de todos los países de América latina, son de suma utilidad. Confiado cada uno a especialistas de reconocido prestigio en el mundo hispánico (Arturo Torres Rioseco, Luis Leal, F. Dauster, Zum Felde, Anderson Imbert, Mead, Fernando Alegría, etc.), enfocan y exponen, en forma sintética y necesaria, aspectos generales y sobresalientes de la producción literaria hispanoamericana, como el ensayo, la novela, el modernismo, la poesía, o bien nos dan panoramas de las literaturas de cada país. En este último sentido, consideramos un modelo en su género la *Breve historia de la literatura chilena,* que corresponde al manual número 1, de Arturo Torres Rioseco, recientemente dado a la circulación. (A. A. R.).

Abside. Revista de cultura mejicana. XX-3. Julio-septiembre de 1956. Contiene colaboraciones de Joaquín Antonio Peñalosa, Luis Medina Ascensio, S. J., J. M. González de Mendoza, Gregorio Marañón, Alfonso Junco, José María Pemán, Oscar Méndez Cervantes y se reproducen traducciones de Manuel José Othón y Ambrosio Ramírez. Se prosigue la publicación de la correspondencia entre R. Foulché-Delbosc y Alfonso Reyes y se inserta una carta sobre Nervo de Juan Zorrilla de San Martín; *Ídem,* XX-4, octubre-diciembre, 1956. Director Alfonso Junco. Contiene: "Ábside cumbre veinte años" (La Dirección); Octaviano Valdés, "El barroco, espíritu y forma del arte de México"; Antonio Gómez Robledo, "Octaviano Valdés en la Academia"; Francisco Alday, "Amor del nuevo cántico"; José María Pemán, "El tiburón"; Eduardo Carranza, "Menéndez Pelayo y nosotros"; Fray José Alvarez, "Duarte y Virgilio" (Carta al Director de *Abside);* Esther M. Allison, "Profunda España"; Silvino Robles Gutiérrez, "Miguel Bernal Jiménez. La última charla del maestro".

Estaciones. Revista literaria de México. Año 1, Núm. 1, Primavera, 1956. Editores: Elías Nandino y Alfredo Hurtado. Dirección: Alí Chumacero, Alfredo

Hurtado, José Luis Martínez, Elías Nandino, Carlos Pellicer. Distribuidor: Obregón, S. A., Av. Juárez 30, México, D. F.

Esta revista que "aparecerá cson el ritmo de las estaciones del año", se abre con "La 'Obra soñada' de Mallarmé'," por Alfonso Reyes y se completa con un excelente material de poesías, prosa imaginativa, crítica literaria, notas, noticias y un "Suplemento en homenaje a la memoria del poeta y pintor peruano César Moro. *Idem,* Año I, Núm. 3, Otoño de 1955. Editores: Elías Nandino y Alfredo Hurtado. Contiene: Alfonso Reyes, "La reacción contra Goethe"; Miguel Guardia, "Elegía"; José Luis González, "La despedida de Laura"; Salvador Reyes Nevares, "Notas sobre el surrealismo"; Mario Puga, "Antonio Machado: el hombre y la política"; Fernando Sánchez Mayáns, "Poema a un artista difunto"; Salvador Echevarría, "Surrealismo y babelismo"; María Luisa Hidalgo, "Épica del gusano"; Enriqueta Ochoa, "La sequía"; St. John Perse, "Nieves" (Traducción de J. Moreno de Tagle); Ermilo Abreu Gómez, "Notas sobre poesía americana"; María Amparo Dávila, "*Garden Party* del olvido"; Elías Nandino, "Después del surrealismo... ¿qué?"; Rubén Salazar Mallén, "Diagnóstico de una traición". Notas de Alfredo Hurtado Hernández y Arturo Rivas Sáinz. Suplemento con estudio y antología del surrealismo.

Fondo de Cultura Económica.

La Gaceta. Año III, Nú, 25. Dedicado al Congreso por la Libertad de la Cultura. Año III, Núm. 26. Homenaje a Alejandro Korn (Evocación de R. Lida).

Celestino Gorostiza, *Teatro Mexicano del Siglo XX,* Vol. III;

Fernando Benítez, *La ruta de Hernán Cortés* (2da. edición);

José Luis Romero, *Las ideas políticas en Argentina* (2da. edición).

Revista Mexicana de Literatura, Núm. 5. Mayo-junio de 1956. Responsables: Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo. Contiene: Jorge Lezama Lima, "Fiestas oscilantes"; Eduardo Anguita, "La visita"; Braulio Arenas, "Poesía"; José Vázquez Amaral, "La poesía norteamericana contemporánea" [Estudio y traducción por]; Ricardo Garibay, "Alemán tomando cerveza"; Saki, "Laura"; Daniel Cosío Villegas, "Rabasa entre dos constituciones"; Kostas Papaionannou, "La teoría de la ideología"; Octavio Paz, "La poesía de Carlos Pellicer"; J. M. Cohen, "Marvell y el barroco español"; Laurette Séjourné, "El mito náhuatl de la resurrección". Textos de Jaime Torres Bodet y Jaime García Terrés sobre "La responsabilidad del escritor"; Cheng Ch'u-Hui, "Los caballos bailarines" y una sección crítica denominada "Talón de Aquiles".

Porrúa Hnos. y Cía.

Boletín Bibliográfico Mexicano. Noviembre-diciembre de 1956. Trae una breve selección de *Prosa y Verso* de Juan Ramón Jiménez.

Studium. Gacetilla Bibliográfica Cultural de la Librería "Studium", Núm. 49, 15 de octubre de 1956.

9. NICARAGUA.

La Universidad Nacional de Nicaragua, León, Nicaragua, nos ha enviado los cinco números de los *Cuadernos Universitarios* que lleva publicados hasta enero-marzo de 1956. Dirige Dr. Roberto Arana Navas. Alternan en sus páginas trabajos originales y reproducciones. El material es variado y de muy diversa calidad.

10. URUGUAY.

Cuadernos Herrera y Reissig. Ediciones.

Di Giorgio Medicis, Marosa y Varela, Luis Alberto, *Dos poetas* [selección de ambos poetas]. Núm. 45, Montevideo;

González Garcés, Miguel, *Diez poetas gallegos.* Núm. 43, 1956;

Roggiano, Alfredo y Palley, Julián, *Elegías y otros poemas* (1956);

Moratorio, Arsinoe, *La última garza* (1956);

Mural de poesías. Director: Luis Alberto Varela. Entregas de 1954 y 1955.

11. VENEZUELA.

Ministerio de Educación. Dirección de Cultura y Bellas Artes. Hemos recibido: *Revista Nacional de Cultura,* Núm. 115, marzo-abril de 1956. Director: Manuel F. Rugeles.

En sus dieciocho años de vida, esta revista ha mantenido su alta calidad,y es hoy una de las mejores consideradas de la América hispánica. El número 115 se prestigia con las firmas de Mariano Picón-Salas, Guillermo de Torre, Luis Alberto Sánchez, Fernando Díez de Medina, entre las prosas de ensayos, y con los de Manuel F. Rugeles y Carlos Bousoño entre los poetas. Tiene una abundante y valiosa sección de reseñas y otra dedicada al "Panorama de las ideas", que esta vez está a cargo de Juan David García Bacca, Jorge Campos, Héctor García Chuecos, R. Di Prisco y C. Montiel Molero. (A. A. R.).

El No. 117-118 de la misma Revista, correspondiente a julio-octubre de 1956,

- Contiene: Centenario de Menéndez y Pelayo, "Valores Hispánicos: Retrato de Don Marcelino Menéndez y Pelayo"; Mariano Picón-Salas, "Menéndez y Pelayo leído otra vez"; Pedro Pablo Barnola, "Menéndez y Pelayo ante la obra de Bello"; Pedro Grases, "El juicio de Menéndez Pelayo sobre Rafael María Baralt".

Letras: Edoardo Crema, "Arte, mistagogía y mitos"; Guillermo Meneses, "Venezuela"; Hugo Emilio Pedemonte, "Panorama de la actual literatura uruguaya; Vitelio Reyes, "Sesquicentenario de la Bandera Nacional"; Simón Romero Lozano, "Guillermo Morón: el pensador y el escritor"; Israel Peña, "A un siglo de su sombra"; Guillermo Morón, "Historia de una posibilidad"; Federica de Riteter, " 'El soneto. Su forma e historia': obra de Walter Mönch";

Jacobo Bentata, "Poesía árabe"; Wesley G. Woods, "La poesía inglesa del siglo XX"; Jean Aristeguieta, "Así es piedra de leyenda viva".

Poesía: Octavio Paz, "¿No hay salida?"; Miguel Otero Silva, "Elegía coral a Andrés Eloy Blanco"; Oscar Rojas Jiménez, "Muerte de un labrador"; Rafael Ángel Insausti, "Soledad"; José Ramón Medina, "En el límite". *Panorama de las ideas:* Francisco Romero, "Alejandro Korn, filósofo de la libertad"; Juan D. García Bacca, "Comentarios a la 'esencia de la poesía' de Heidegger"; Victoriano Tejera, "La filosofía y el arte poético"; "Estampas de Venezuela; Emilio Boggio, "Un maestro del impresionismo". Trae, además, una importante sección de reseñas denominada "Libros" y otra de "Noticias" y "Actualidades".

La misma Dirección de Cultura y Bellas Artes nos envía los cuadernos de poesías números 16, 17 y 18, en lujosas ediciones, que pertenecen a Carlos Gottberg, *Estrictamente humano* (16); Pedro Rafael Gilly, *Ventanal sonoro* (17), y Rafael Pineda, *La caza del unicornio* (18).

Asociación de Escritores Venezolanos. Recibimos el cuaderno literario número 90, que corresponde a los cuentos *Las hormigas viajan de noche,* de Antonio Márquez Salas.

Colección *Letras Venezolanas.* Recibimos los números 3 y 4 de esta valiosa colección. Son dos volúmenes de crítica historiográfica, el número 3, *Evolución de la historiografía en Venezuela,* de Ramón Díaz Sánchez, y el número 4, *Examen de la poesía venezolana contemporánea,* de José Ramón Medina. El primero abarca, en prieta síntesis, los momentos básicos del movimiento historiográfico en Venezuela. El autor, Ramón Díaz Sánchez, hombre de acción e investigador, cuentista, novelista y miembro de las academias venezolanas de la Lengua y de la Historia, muestra en este cuaderno de diecinueve páginas su competencia erudita y su personal interpretación del tema que trata. Por su parte, José Ramón Medina, en su *Examen de la poesía venezolana contemporánea,* nos ofrece un útil panorama crítico desde la generación del año 18 hasta nuestros días. El cuaderno se terminó de imprimir en Caracas, en junio de 1956. De modo que es de la mayor actualidad. El autor, poeta laureado con el premio "Boscán" en Barcelona y con el "Municipal" en Caracas, director de la revista literaria *Shell,* universitario y viajero por Europa, revela una alta sensibilidad de poeta, a la cual sujeta su crítica, siempre personal, como ocurre con todos los poetas. En estos casos interesa menos la subjetividad de los juicios que el rico conjunto de sugerencias que de ellos se desprende. El "Examen" cumple acabadamente con su fin. Si de todos los países de la América hispánica tuviéramos panoramas semejantes a éste, estaríamos mejor enterados de la poesía del continente, a veces tan ignorada inclusive en los mejores tratados de literatura hispanoamericana. (A. A. R.).

SE TERMINO DE IMPRIMIR EL 25 DE JULIO DE 1957, EN LOS TALLERES GRAFICOS DE LA EDITORIAL CVLTVRA, T. G., S. A., AVE. REP. DE GUATEMALA Nº 96 DE LA CIUDAD DE MEXICO, D. F. CONSTA LA EDICION DE 1,000 EJEMPLARES.

SYMPOSIUM

A Journal Devoted to Modern Foreign Languages and Literatures

Literary History	Comparative Literature
History of Literary Ideas	Literature and Society
Literature and Science	Philology
Original Literary Essays	Trends in Recent Literature
Notes	Reviews and Appraisals

Published twice yearly by the Department of Romance Languages of Syracuse University with the cooperation of the Centro de Estudios Hispánicos and a distinguished board of Associate Editors.

$3.00 per year. $2.00 per issue.

Antonio Pace, chairman Editorial Board.
D. W. McPheeters, Review Editor.
Winthrop H. Rice, Business Manager.

Address: 302 Hall of Languages

Syracuse University Syracuse 10, New York

LA NUEVA DEMOCRACIA

Revista trimestre

Artes y Ciencias... Filosofía y Letras...

Religión y Humanidades...

Suscripción: Dos dólares al año.

Cheques y giros postales se han de dirigir a

LA NUEVA DEMOCRACIA

156 Fifth Avenue. New York 10, N. Y

DIRECTOR: ALBERTO REMBAO

MEMORIA

DEL PRIMER CONGRESO INTERNACIONAL DE CATEDRATICOS DE LITERATURA IBEROAMERICANA

Publicada por

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

INSTITUTO INTERNACIONAL DE LITERATURA IBEROAMERICANA

PREFACIO DE MANUEL PEDRO GONZÁLEZ

UN TOMO DE MÁS DE 200 PÁGINAS, $1.75

OBRAS COMPLETAS DEL MAESTRO
JUSTO SIERRA

EDICION NACIONAL DE HOMENAJE
publicada por la Universidad Nacional de México
y dirigida por
AGUSTÍN YÁÑEZ

Volúmenes de que consta la edición:

I. *Estudio preliminar y obras poéticas.*
II. *Prosa literaria.*
III. *Crítica y ensayos literarios.*
IV. *Periodismo político.*
V. *Discursos.*
VI. *Viajes.* En tierra yankee. En la Europa latina.
VII. *El Exterior.* Revistas políticas y literarias.
VIII. *La Educación Nacional.* Artículos y documentos.
IX. *Ensayos y textos elementales de historia.*
X. *Historia de la antigüedad.*
XI. *Historia general.*
XII. *Evolución política del pueblo mexicano.*
XIII. *Juárez: su obra y su tiempo.*
XIV. *Epistolario y papeles privados.*

Pedidos a:
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO

LIBRERIA UNIVERSITARIA
Justo Sierra, 16

MEXICO, D. F.

REVISTA INTERAMERICANA DE BIBLIOGRAFIA
INTER-AMERICAN REVIEW OF BIBLIOGRAPHY

Organo cuatrimestral documentado que contiene artículos, reseñas de libros, notas y repertorios bibliográficos selectos relativos a la América Latina. Un grupo de corresponsales dispersos en cuarenta y dos países y territorios, suministra informes acerca de autores, libros, revistas, editoriales y bibliotecas.

Publicada por la División de Filosofía, Letras y Ciencias, Departamento de Asuntos Culturales, Unión Panamericana, Washington 6, D. C.

MAURY A. BROMSEN Director — **JOSE E. VARGAS SALAS** Secretario

Precio de subscripción: $3.00 al año en América y España; $3.50 en los demás países.

The ANTOLOGIA POETICA of MANUEL GONZALEZ PRADA, first in the series CLASICS OF LATIN AMERICA published under the auspices of the International Institute of Ibero-American Literature, is now for sale at $2.50 ($2.00 in Iberoamérica).

The anthology contains nearly 400 pages, is beautifully printed, carries an excellent introduction and many notes by Carlos García-Prada, and is to date the finest single volume representing the works of the famous Peruvian master.

COPIES ARE LIMITED, SO PLEASE PLACE ORDERS AT ONCE WITH MARSHALL R. NASON, BOX 60, UNIVERSITY OF NEW MEXICO, ALBUQUERQUE, N. M.

MEMORIA

OF THE SECOND INTERNATIONAL CONGRESS OF PROFESSORS OF IBERO-AMERICAN LITERATURE

An excellent collection of studies in Latin American Literature and Philology which contains contributions by many of the most distinguished scholars in the field from Latin America, Spain, and the United States. Only a limited number of copies are available.

A volume of more than 400 pages $3.50

OTHER BOOKS ON HISPANIC SUBJECTS

Grandes novelistas de la América Hispana, with detailed biographical, critical material, and analyses of their works, by Arturo Torres-Ríoseco, Profesor of Spaish American Literature in the University of California ..... (cloth) 3.50

La Novela en la América Hispana, by Arturo Torres-Rioseco ..... (paper) 0.75

Don Carlos de Sigüenza y Góngora, a Mexican Savant of the Seventeenth Century, by Irving A. Leonard... ..... (paper) 2.75

Spain's Declining Power in Souht America, the years 1730-1806, by Bernard Moses ..... (cloth) 3.00

The Civilization of the Americas, by Simpson, Beals, Priestley, Alsberg, González, Fitzgibbon . (paper) 1.00

Essays in Pan-American, by Joseph B. Lockey . . (cloth) 2.00

Beside the River Sar: Selections from *En las Orillas del Sar* by Rosalía de Castro, translated by S. G. Morley ..... (cloth) 1.50

Sonnets and Poems of Anthero De Quental, translated by S. G. Morley ..... (cloth) 1.50

Studies in the Administration of the Indians of New Spain, by L. B. Simpson ..... Vol. I & II 1.50
Vol. III 1.75
Vol. IV In Press

AND OTHERS. WRITE FOR LIST.

ORDERS SHOULD BE SENT TO THE BERKELEY OFFICE

The University of California Press

Berkeley and Los Angeles, California

THE SPANISH AND PORTUGUESE TEACHERS' JOURNAL

HISPANIA

Established 1917

AURELIO M. ESPINOSA, *Editor 1917-1926;*
ALFRED COESTER, *Editor 1927-1941;*
HENRY GRATTAN DOYLE, *Editor 1942-1948*
Published by the American Association of Teachers of Spanish and Portuguese.
Editor, DONALD DEVENISH WALSH, The Choate School, Wallingford, Connecticut.

Associate Editors, L. L. BARRETT, AGNES M. BRADY, AURELIO M. ESPINOSA, JR., E. HERMAN HESPELT, MARJORIE JOHNSTON, WALTER T. PHILLIPS, STEPHEN L. PITCHER, FLORENCE HALL SENDER, ROBERT H. WILLIAMS.
Adverstising Manager, GEORGE T. CUSHMAN, The Choate School, Wallingford, Connecticut.

HISPANIA appears four times a year, in February, May, August, and November. Subscription (including membership in the Association), $4.00 a year: foreign countries, 40 cents additional for postage. Each number contains practical and scholarly articles for teachers of Spanish and Portuguese, including helpful hints for teachers new to the field. A sample copy will be sent on request to the Secretary-Treasurer of the Association. Address subscriptions and inquiries about membership to: LAUREL TURK, *Secretary-Treasurer*, American Association of Teachers of Spanish and Portuguese, DePauw University, Greencastle, Indiana.

HISPANIA is an ideal medium through which to reach the organized Spanish and Portuguese teachers of the United States. For advertising rates, address the *Advertising Manager*.

Articles, news notes, and books for review should be addressed to the *Editor*.

El Instituto anuncia la publicación de

CAUTIVERIO: Antología Poética, 1940-1955
Por ARTURO TORRES-RIOSECO

Prólogo de GABRIELA MISTRAL

183 págs. Precio: Dlls. 1.20

DESCUENTOS:
A los libreros : 30%. — A los profesores: 10%
Pedidos a:

Marshall R. Nason, Secretario Ejecutivo.
Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.
Box 60, Univ. of New Mexico. Albuquerque, N. M.

MEMORIA

DEL
TERCER CONGRESO INTERNACIONAL
DE CATEDRATICOS
DE
LITERATURA IBEROAMERICANA

Publicada por

UNIVERSIDAD DE TULANE — INSTITUTO INTERNACIONAL DE LITERATURA IBEROAMERICANA

Tomo de más de 250 páginas y 12 trabajos en torno al tema "El nuevo mundo en busca de su expresión"

TRABAJOS:	AUTORES:
La empresa de América y el sentido de la libertad	José María Chacón y Calvo
O homem cósmico de América	Afrânio Peixoto
Conceitos históricos da América brasileira	Gilberto Freyre
Crisis europea, cultura americana	César Barja
Americanismo y americanidad	Baldomero Sanín Cano
México en busca de su expresión	Julio Jiménez Rueda
La eternidad de España en América	Federico de Onís
La democracia en América	Alberto Zum Felde
Who speaks for New World Democracy	Henry Seidel Canby
Posición de América	Alfonso Reyes
La expresión literaria de América	Antonio Aita
La poesía hispanoamericana del presente y del porvenir	Arturo Torres-Rioseco

Contiene, además, un Prefacio de Arturo Torres-Rioseco
Discursos de los señores

John E. Englekirk — Alfred Coester
Rufus Carrollton Harris — Mariano Picón-Salas

Carlos García-Prada

Noticias sobre otros trabajos y una documentación completa del programa y de las actas del Congreso

$3.00 en los Estados Unidos — $2.00 en los demás países

Pedidos a:

MIDDLE AMERICAN RESEARCH INSTITUTE
Tulane University
NEW ORLEANS, LOUISIANA

PUBLICACIONES
del
INSTITUTO INTERNACIONAL DE LITERATURA IBEROAMERICANA

Biblioteca de Clásicos de América

Constituirá no sólo una selección de autores y de obras iberoamericanas, sino también una historia de la literatura iberoamericana, en cien tomos. En cada tomo, la selección literaria irá acompañada de un estudio biográfico y crítico, notas explicativas y bibliografía.

Se han publicado los siguientes tomos, en su mayoría agotados:

		Estados Unidos	Otros países
I.	*Antología poética*, de Manuel González-Prada	2.50 Dls.	2.00 Dls.
II.	*Prosas y versos*, de José Asunción Silva	2.00 „	1.50 „
III.	*Cuentos*, de Horacio Quiroga	2.50 „	2.00 „
IV.	*Flor de tradiciones*, de Ricardo Palma	2.50 „	2.00 „
V.	*Don Catrín de la Fachenda*, de J. Joaquín Fernández de Lizardi	2.50 „	2.00 „

Colección Literaria

Amplia y verdadera antología de la poesía iberoamericana contemporánea, editada por Carlos García-Prada. Todas las selecciones van acompañadas de estudios y noticias biográficas y bibliográficas.

Se han publicado los siguientes:

		Estados Unidos	Otros países
I.	*15 poemas*, de Porfirio Barba Jacob	Agotado	
II.	*16 poemas*, de León de Greif	.50 Dls.	.40 Dls
III.	*42 poemas*, de Luis C. López	Agotado	
IV.	*17 poemas*, de Julio Vicuña Cifuentes	Agotado	
V.	*35 poemas*, de Rafael Arévalo Martínez	Agotado	
VI.	*36 poemas, de autores brasileños*	Agotado	
VII.	*22 poemas*, de Arturo Torres-Rioseco	Agotado	

Pedidos a:

MARSHALL R. NASON

Box 60, University of New Mexico Albuquerque, N. M.

MEMORIA

DEL QUINTO CONGRESO DE LITERATURA IBEROAMERICANA

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE NUEVO MEXICO, ALBUQUERQUE, NEW MEXICO, 1951

LA NOVELA IBEROAMERICANA

Contenido:

Enrique Anderson Imbert, *Notas sobre la novela histórica en el siglo* XIX.

Alfredo A. Roggiano, *El modernismo y la novela en la América hispana.*

Ciro Alegría, *Notas sobre el personaje en la novela hispanoamericana.*

Fernando Alegría, *Una clasificación de la novela hispanoamericana contemporánea.*

José Antonio Portuondo, *El rasgo predominante en la novela hispanoamericana.*

Luis Monguió, *Reflexiones sobre un aspecto de la novela hispanoamericana actual.*

José A. Balseiro, *Revisión de Hernández Catá.*

Federico de Onís, *Tomás Carrasquilla, precursor de la novela americana moderna.*

Arturo Torres-Ríoseco, *Definición de "Don Segundo Sombra".*

José Enrique Etcheverry, *Historia, nacionalismo y tradición en la novela de Eduardo Acevedo Díaz.*

Benjamín Mather Woodbridge, Jr., *O que sobra de Alencar.*

Julio Jiménez Rueda, *Influjo de Quevedo y Torres de Villarroel en el México virreinal.*

Arnold Chapman, *Perspectivas de la novela de la ciudad en Chile.*

Precio $3.00

Pedidos a:

THE UNIVERSITY OF NEW MEXICO PRESS

ALBUQUERQUE, N. M., E. U. A.

For every student:

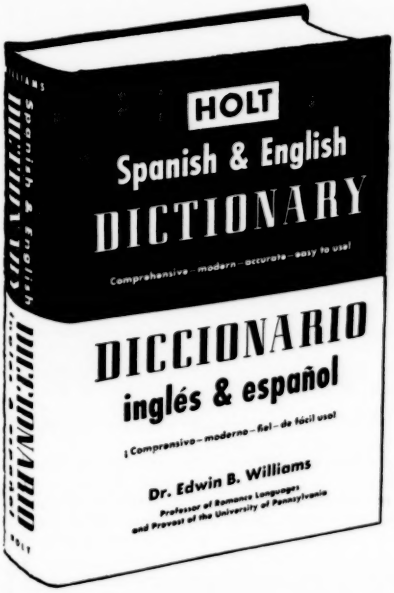
Ramsey's TEXTBOOK
OF MODERN SPANISH

Revised by Robert K. Spaulding
of the University of California

Williams' DICTIONARY
OF SPANISH AND ENGLISH

By Edwin B. Williams of the
University of Pennsylvania.

HENRY HOLT - New York - Chicago - San Francisco



$5\frac{5}{8} \times 8\frac{5}{8} \times 2\frac{1}{4}$"
1280 pages
$7.50 Plain Edges
$8.50 Indexed

HENRY HOLT & Co.
New York

EDICIONES DE ANDREA

* COLECCION STUDIUM de cultura mexicana e hispánica. Ediciones numeradas (Los núms. 1, 2, 3, 4 y 6 están agotados).

5) Alegría, Fernando. *Walt Whitman en Hispanoamérica* [y en España] 424 p. Amplia bibliog. México, 1954. $3.25 US. Cy.

7) Cardona Peña, Alfredo. *Pablo Neruda y otros ensayos* [Alfonso Reyes, E. González Martínez, Jorge Guillén, Moreno Villa] México, 1955. $1.45.

8) Méndez Plancarte, Alfonso. *Cuestiúnculas Gongorinas.* Con prólogo: *Alfonso Méndez Plancarte, la persona y la obra,* por Alfonso Junco. México, 1955. $1.45.

9) Zorrilla, José. *México y los mexicanos.* (1855-1857). Con un prólogo: "Zorrilla en México", por A. Henestrosa. México, 1955. $1.00.

10) Sender, Ramón J. *Unamuno, Valle-Inclán, Baroja y Santayana.* (Ensayos críticos). 170 p. México, 1955. $1.45.

11) Olguín, Manuel. *Alfonso Reyes, ensayista. Vida y pensamiento.* Amplia bibliog. 230 p. México, 1956. $2.00.

12) Carter, Boyd G. *Manuel Gutiérrez Nájera. Estudio y escritos inéditos.* Pról. de E. K. Mapes. 160 p. México, 1956. $1.60.

13) García Gutiérrez, Antonio. *El diablo nocturno.* Comedia en dos actos, inédita. Ed., pról. y notas de Harvey L. Johnson. xvi, 72 p. México, 1956. $1.20.

14) Monterde, Francisco. *Díaz Mirón. El hombre. La obra.* Amplia bibliog. 112 p. México, 1956. $1.45.

15) Dunham, Lowell. *Rómulo Gallegos. Vida y obra.* 328 p. México, 1957. $3.85.

16) Monguió, Luis, et al. *La cultura y la literatura iberoamericanas.* (Memorias del 7º Congreso del Instituto Internacional de Lit. Iberoamer.) 236 p. México, 1957. (Limited printing. Order early). Tela (Cloth) $3.50 Rústica (Paper bd.) $2.60.

17) García Prada, C. *Leve espuma.* Selección de miniaturas líricas españolas e hispanoamericanas. Pról. sobre el hai-kai en el mundo hispánico. 128 p. México, 1957. $1.45.

18) Chang-Rodríguez, E. *La literatura política de González Prada, Mariátegui y Haya de la Torre.* Pról. G. Arciniegas. 433 p. (Amplia bibliog. de 84 p.) México, 1957. $3.50.

* MANUALES STUDIUM. A New series of Hispanic Outlines that will greatly aid both teachers and students...Concise, authoritative with suggested readings and critical references.

1 Torres-Ríoseco, A. *Breve historia de la literatura chilena.* 175 p. México, 1956. $1.60.

2) Leal, Luis. *Breve historia del cuento mexicano.* 168 p. México, 1956. $1.45.

3) Mead, Robert G., Jr. *Breve historia del ensayo hispanoamericano* 142 p. México, 1956. $1.45.

4) Dauster, Frank. *Breve historia de la poesía mexicana.* 200 p. México, 1956. $2.00.

5) Jones, Willis Knapp. *Breve historia del teatro latinoamericano.* 240 p. México, 1956. $2.50.

* ANTOLOGIAS STUDIUM. Publicadas bajo los auspicios y en colaboración con el *Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana* y el *Hispanic Institute in the United States.*

1) Torres-Ríoseco, Arturo. *Cautiverio.* Antología poética. (1940-1955) Pról. de Gabriela Mistral. 180 p. México, 1955. $1.20.

2) Florit, Eugenio. *Antología poética.* (1930-1955) prólogo de Andrés Iduarte. Soneto de Alfonso Reyes. 182 p. México, 1956. $1.50.

*...and bear in mind that we supply most American, and European universities with all Mexican books. Correspondence in English. Mail us. your desiderata and request our lists. Special discount to librarians, professors and bookdealers.

LIBRERIA STUDIUM
Apartado Postal 20979, Administración 32.
México 1, D. F., México.

Nuevo precio de números atrasados de la

REVISTA IBEROAMERICANA

Por el aumento de suscritores que solicitan los primeros números de REVISTA IBEROAMERICANA y la demanda constante de los mismos, por parte de instituciones y particulares que desean tener sus colecciones completas, se hallan a punto de agotarse los números atrasados que previsoramente se conservaban.

En vista de ello, el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana se ha visto obligado a aumentar el precio de esos números atrasados de la REVISTA, órgano del mismo.

Los precios fijados, por ahora, a los cuatro primeros números, son los siguientes (en dólares):

Número	Estados Unidos	Otros países
1	2.75	2.25
2 y 3	2.50	2.00
4	2.00	1.50
5 y siguientes	2.25	1.50

Como es fácil advertir por dichos precios, en la venta de esos números atrasados se hacen concesiones análogas a aquellas de que disfrutan los suscritores de la REVISTA IBEROAMERICANA, fuera de los Estados Unidos.

Pedidos a:

MARSHALL R. NASON

Box 60, University of New Mexico Albuquerque, N. M.

Are you looking for a compact yet rich cultural review grammar?

Here it is...

SPANISH REVIEW GRAMMAR

By VINCENZO CIOFFARI
and EMILIO GONZALEZ

More thorough than other grammars in provision of materials for training in oral and written self-expression.
Up-to-date in usage and in all information concerning Spanish-speaking countries.
Beautifully illustrated

D. C. Heath and Company

Sales Offices: Englewood, N. J., Chicago 16, San Francisco 5, Atlanta 3, Dallas 1. Home Office: Boston 16.

BULLETIN OF HISPANIC STUDIES

A quarterly review published by the Liverpool University Press
Founded in 1923 by E. Allison Peers

Editor
ALBERT E. SLOMAN
UNIVERSITY OF LIVERPOOL

Editorial Committee

Narciso Alonso Cortés
Universidad de Valladolid
William C. Atkinson
University of Glasgow
Reginald F. Brown
University of Leeds
Manuel García Blanco
Universidad de Salamanca
Ignacio González-Llubera
University of Belfast
George A. Kolkhorst
University of Oxford
A. A. Parker
University of London
J. W Rees
University of Manchester
Walter Starkie
Madrid
Edward M. Wilson
University of Cambridge

Annual subscription, postage included, 30 shillings, $4.50 or 175 pesetas. Write: Bulletin of Hispanic Studies, University Press, Liverpool.

La Unión Penamericana en Washington, D. C. ha publicado en su Bibliographic Series No. 42, un INDICE DE LA REVISTA IBEROAMERICANA (de mayo de 1939 a enero de 1950) y de las MEMORIAS del Congreso Internacional de Catedráticos de la Literatura Iberoamericana (del Primero en 1938 al Cuarto en 1949).

Ejemplares de esta publicación pueden solicitarse a:

División de Publicaciones y Distribución,
UNION PANAMERICANA
19th & Constitution Ave., N. W.
Washington 6, D. C., U. S. A.

Precio por ejemplar: 0.25 de dólar.

NOTICE TO MEMBERS

PLEASE patronize our advertisers and thus contribute to the financial support of your institute. Our advertisers have splendid collections of Latin American books at prices no higher than you would elsewhere. When ordering from them, please mention the *REVISTA*.

THANK YOU